EL PAÍS PEQUEÑO

CHARLES DE LINT

LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Para
Don Flamanck y Colin Wilson,
dos sabios habitantes de Cornualles,
y para
todos esos músicos tradicionales
que, a sabiendas o no,
pero con magnífica destreza,
aún procuran recobrar esa música primigenia.

NOTA DEL AUTOR

Todos los personajes y acontecimientos de esta novela son ficticios y cualquier semejanza con personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

Cada capítulo lleva por título el nombre de una melodía tradicional, excepto *Abracadabra* de Donal Lunny, *Conque hallábame allí* de John Kirkpatrick y *Absurda buena nueva* de Janey Little. Los músicos interesados en rastrear dichas melodías debieran buscarlas en las fuentes habituales: libros musicales nuevos y viejos, pero especialmente en el repertorio de los músicos, grabado o ejecutado en conciertos en vivo; en cuanto a las melodías atribuidas a Janey Little, se transcriben al final de la novela con la esperanza de deleitar a los interesados en ejecutarlas[1].

Una obra como ésta no nace del vacío. *El país pequeño* posee tantas fuentes que sería imposible enumerarlas en forma exhaustiva, pero en cambio puedo señalar la chispa que la inspiró: las numerosas veladas que pasé a principios de los años setenta escuchando las leyendas de Cornualles tal como las evocaba mi amigo Don Flamanck. Cuando mi esposa Mary Ann y yo viajamos a Cornualles en octubre de 1988 para investigar el ámbito de esta novela, descubrimos allí todo lo que Don había prometido y más.

Debo mi máxima gratitud a Don por esa inspiración, lo mismo que a Phil y Audrey Wallis de Mousehole por otras narraciones maravillosas y por su hospitalidad; a Bernard Evans de Newlyn por asesorarme sobre la música lugareña; a Ben Batten, Christopher Bice, Des Hannigan, John Hocking, Rober Hunt, John y Nettie Pender, Dereck Tangye, Douglas Tregenza, Ken Ward, G. Pawley White y a un sinfín de personas más por los datos adicionales; a Colin Wilson por sus exploraciones lógicas de ciertas cosas que desafían toda lógica; a los muchos músicos tradicionales —demasiados para enumerarlos a todos— que mantienen viva la música y le insuflan nueva vida con cada nota que ejecutan; a los músicos que asisten a las sesiones musicales locales aquí en Ottawa («All of a Monday Night») y con su entusiasmo mantienen afinada mi propia música; y también a mi esposa Mary Ann, una magnífica mandolinista, por su respaldo musical y literario y por su amor, del cual no sabría prescindir.

CHARLES DE LINT

[1] Las piezas de Janey Little se transcriben en el Apéndice 1. El nombre original de las melodías tradicionales que dan título a los capítulos figura en el Apéndice 2.

Yo, un mocoso que,
nunca acertaba con los números,
siempre amé el azar,
y si me daban a sumar tres líneas, ponía la del medio.
como resultado,
pero me las apañaba para leer todo el día,
y también toda la noche, con una linterna bajo las mantas,
acerca del Hombre Verde... o de Merlín de las fronteras...

ROBÍN WILLIAMSON,
Cinco negaciones sobre la tumba de Merlín

Quería esa clase de libro que no necesitaba principio ni fin, sino que se podía abrir sin problemas en cualquier página: una lectura lenta a la luz de las velas.

JAMES P. BLAYLOCK,
Tierra de sueños

PRIMERA PARTE

EL PUEBLO OCULTO

El hombre se ha encerrado y sólo ve las cosas a través de las rendijas de su caverna.

WILLIAM BLAKE

Bajo la realidad donde vivimos y existimos se oculta otra realidad totalmente distinta.

FRIEDRICH NIETZSCHE

LA GAITERA PENDENCIERA

Como pegotes, los viejos nombres se adhieren unos a otros y a cualquiera que camine entre ellos.

PAUL HAZEL,
Bajo el mar

Dos cosas amaba Janey Little sobremanera en este mundo: la música y los libros, aunque no necesariamente en ese orden.

Su músico favorito era el difunto Billy Pigg, el gaitero de Nortumbria, al nordeste de Inglaterra, cuyo arte la había inducido a adoptar la gaita como instrumento favorito.

Su autor predilecto era William Dunthorn, y no sólo porque el músico y el abuelo de Janey hubieran sido compadres, aunque la muchacha conservaba la vieja fotografía color sepia de ambos en una carpeta de plástico dentro del estuche del violín. La habían tomado antes de la Segunda Guerra Mundial en su pueblo natal, Mousehole, un nombre que los lugareños pronunciaban, desconcertadamente, «Mouzel». Estos dos desmañados mozos de Cornualles se hallaban frente a la posada del Barco, con sus gorros de paño en la mano y sonrisas tímidas en el rostro.

Dunthorn había escrito tres novelas, pero hasta ese día en que Janey se dedicó a explorar el polvo del ático de Vejete, hurgando en viejas cajas y baúles, sólo conocía dos. La tercera era un libro secreto, publicado en una edición de un solo ejemplar.

El pueblo oculto era su obra más conocida. Los lectores la recordaban con el mismo afecto que profesaban por *Whinnie the Pooh, El viento en los sauces* y otros clásicos de la literatura infantil. Hablaba de una raza de gentes de tamaño de ratón, conocidas como los Pequeños, reducidas a esa ínfima estatura de la Edad Media por una vieja e irascible que murió antes de que se pudiera eliminar la maldición. Presuntamente los Pequeños prosperaron a través del tiempo, viviendo ocultos junto a las personas normales hasta la actualidad. El libro aún circulaba en diversas ediciones ilustradas, pero la preferida por Janey aún era la que contenía los deliciosos dibujos a pluma y tinta de Ernest Shepard.

La otra novela era *La música perdida,* publicada dos años después de la primera.

Aunque no había gozado del éxito de *El pueblo oculto* —sin duda porque era menos extravagante y trataba temas más adultos—, la teoría de que la música constituía una llave para los reinos ocultos y los estados secretos de la mente la había transformado en un clásico de la fantasía. También seguía circulando, aunque eran pocos los niños que hallaban bajo su árbol navideño un ejemplar ilustrado por el artista que en ese momento fuera el punto de referencia en la ilustración de libros infantiles.

Janey pensaba que era una lástima, pues a fin de cuentas *La música perdida* era el mejor libro, y a ella le había despertado su amor por las cosas viejas. Janey había acudido a las fuentes del libro, investigando cuentos populares y mitos, indagando la música tradicional y descubriendo que las referencias entre la tradición y las viejas melodías y canciones se entrecruzaban sin cesar. Había sido una exploración deliciosa que la había llevado a su profesión actual.

Pues, aunque Janey no tenía interés en escribir libros, había descubierto, muy dentro de sí, un genuino talento para la música antigua. Se aficionó a tocar el violín y a hojear viejos libros de música que había hallado en librerías de segunda mano. Las melodías se le pegaban como zarzas en una caminata por el descampado. Viejas melodías, viejos nombres, viejos relatos. Una vez, cuando Janey comentó que Dunthorn era en parte responsable de que ella fuera lo que era, el Vejete rió jovialmente.

—Vaya si Billy sonreiría al oírte decir eso, palomita mía —declaró—. Que sus escritos indujeran a una buena muchacha de Cornualles a tocar música tradicional para ganarse la vida..., por no mencionar sus vagabundeos con la sola compañía de un violín y una gaita escocesa.

—A ti te gusta mi música.

El Vejete asintió.

—Y sin duda también le habría gustado a Bill, tal como le gustaban sus propias novelas. Garrapateaba a la luz del farol toda la noche. Lo tomaba muy a pecho. Te habría admirado por ganarte la vida con algo que amas. El siempre quiso vivir de lo que escribía o, mejor dicho, de escribir lo que le gustaba. Pero los literatos querían más cuentos de hadas. Como Bill tenía cosas más serias que contar, trabajaba en los botes de día para ganarse la vida y escribía de noche... para sí mismo. No les dio otro libro como el de los pequeños. No quería escribir lo mismo una y otra vez.

—*La música perdida* tiene elementos de cuento de hadas.

—Claro que sí, preciosa. Pero, por lo que él decía, eran retazos mezclados... Algo así como la historia se confunde cuando pasan los años. *La música perdida* era su modo de decir que los cuentos de viejas, las antiguas danzas y los relatos tradicionales eran los ecos enmarañados de algo que no es de este mundo, algo que todos conocimos alguna vez pero hemos olvidado. Así me lo explicó, y con toda seriedad. Pero, claro, Bill tenía ese modo de lograr que cualquier cosa sonara importante... Era su don, creo. Por lo que sé, también tomaba en serio a los Pequeños.

—¿Piensas que de veras creía en esas cosas?

El Vejete se encogió de hombros.

—No digo que sí ni que no. Bill era un tío sensato y un buen amigo, pero también estaba un poco chiflado. Sólido como tierra firme, a veces cobraba ese aire raro, como si hubiera visto un *piskie*[2] asomando su cabecita parda por la puerta, y entonces guardaba silencio... o se ponía a decir extravagancias. Pero nunca oí a un hombre que dijera extravagancias con la elocuencia de Dunthorn. Más de una vez casi llegué a creerle.

Dunthorn también había escrito ensayos, cuentos, guías de viaje y poesía, aunque ninguna de esas obras sobrevivía en ediciones actuales, salvo dos cuentos que aún se reeditaban en colecciones para niños, «Los Pequeños», que era la versión original de *El pueblo oculto,* y «El hombre que vivía en un libro», una deliciosa parodia sobre un mundo

[2] *Piskie:* nombre que reciben los duendecillos en Cornualles. (N. *del T.)*

que existía dentro de un libro y al cual el lector llegaba poniendo su fotografía entre las páginas. Janey aún recordaba las veces en que había puesto fotos suyas entre las páginas de sus libros favoritos, en las mejores partes, y se había dormido con la esperanza de despertar en un reino mágico.

—Ahora me vendría bien esa triquiñuela —murmuró mientras sacudía el polvo y las telarañas de un baúl que estaba en un recoveco, bajo los aleros del ático.

Aún no podía creer que Alan la hubiera plantado de ese modo. Justo en vísperas de una nueva gira por Nueva Inglaterra y California.

No se habían llevado bien el verano anterior, lo cual demostraba que convenía prestar más atención a los viejos refranes, pues todos se basaban en el más sólido sentido común.

No mezcles los negocios con el placer.

Muy acertado. Excepto que una relación con tu principal guitarrista parecía ideal. En vez de dejar a tu amante, lo llevabas de gira. ¿Qué podía ser mejor? Basta de noches solitarias mientras tu compañero salía con una admiradora y tú te quedabas sola en el hotel porque estabas harta de las multitudes y de gente extraña, harta de dibujar una sonrisa en la cara cuando sólo querías hacer tonterías con un amigo o remolonear en un rincón y no hacer nada, sin preocuparte por la impresión que causabas o dejabas.

Pero la falta de afecto minaba las relaciones, y ellos no eran la excepción. Durante su última gira por Europa estaban irritables, malhumorados, y no por culpa de los demás. En general eran nimiedades, insatisfacciones y pequeñas rencillas; pero empezaron a afectarles profesionalmente, hasta el extremo de que ya no podían trabajar en un nuevo arreglo musical sin una riña.

Alan la describía como tozuda.

Tal vez lo fuera. Pero Janey no quería poner la música en jaque. Improvisar estaba bien, pero no sólo porque él no se dignara recordar un arreglo. Y andar aporreando las cuerdas de la guitarra como si fueran herraduras y la púa fuera un martillo... ni pensarlo. El nombre que figuraba en los carteles era el de Janey. El público quería escuchar música, y ella quería satisfacerlo. Nadie iba a ver cómo su guitarrista se emborrachaba y en ciertas noches hacía lucir a los Pogues como músicos brillantes.

Y allí estaba el meollo del asunto. El público no iba a ver a Alan MacDonald; iba a ver a Janey.

—Oh, al cuerno con él —masculló Janey mientras arrastraba el baúl para sacarlo de su escondrijo.

La voz retumbó huecamente en el ático. Janey se preguntó qué pensaría el Vejete si la oyera hablando sola, pero él no estaba en la casa. Estaba en Paul, en las Armas del Rey, compartiendo unas cervezas con los amigos. Tal vez tendría que haberlo acompañado. Chalkie Fisher estaría allí, y, si llevaba su organillo, podrían haber tocado algunas piezas. Y, al cabo de algunas melodías, Jim Rafferty habría sacado su pequeño silbato para preguntar: «¿Conocéis ésta?», antes de lanzarse a la versión de *Johnny Cope* que era su pieza característica.

Pero Janey sabía que esta vez no hallaría solaz en la música. La gira era inminente y no tenían guitarrista. Había publicado un anuncio en un par de periódicos, pero tendría que regresar a Londres para entrevistar a los aspirantes. Si al menos alguien se dignara llamarla. Con su suerte, tendría que aguantar a uno de esos chapuceros a quienes debería enseñar a tocar el maldito instrumento antes de empezar a trabajar en el concierto. Pues los músicos decentes no estaban disponibles. A menos que le suplicara a Alan que terminara esa gira con ella.

No, gracias.

Abrió el crujiente baúl de madera y estornudó ante el tufo almizclado. Parecía estar atiborrado de revistas viejas. Hojeó una y se detuvo al encontrar el nombre de William Dunthorn. Un artículo titulado «La Nochebuena de Tom Bawcock en Mousehole», una breve descripción de las tradicionales festividades del 23 de diciembre en Mousehole, cuando los pescadores se reunían para comer *Stargazy Pie,* un pastel hecho de pescados enteros, con

las cabezas asomando por la corteza.

Hojeó más revistas y en todas halló breves artículos de Dunthorn. Había visto la mayoría. El Vejete había conservado todos los escritos de su compadre que había logrado hallar. Había un par que Janey nunca había leído y también manuscritos, además de la versión publicada.

Bien, todo un hallazgo. ¿No sería perfecto si en el fondo encontrara páginas manuscritas de una novela inconclusa? O, mejor aún, de una novela concluida en espera de un lector...

Contuvo el aliento cuando sus manos se toparon con un libro encuadernado en cuero en el fondo del baúl.

Calma, corazón, pensó.

La cubierta estaba mohosa. Janey la limpió con la manga de la camisa, dejando sólo un borrón tenue. Contuvo el aliento al ver el título del libro.

El país pequeño. Una novela de William Dunthorn.

Abrió el libro con dedos trémulos. Un papel plegado le cayó en el regazo, pero Janey lo ignoró mientras hojeaba deprisa las gruesas páginas de pergamino.

¡Cielo santo! Una novela. Una novela de Dunthorn, completa y publicada, que ella nunca había oído nombrar.

Buscó la página de los derechos, sin comprender del todo la frase «publicado en una edición de un solo ejemplar» hasta haberla leído varias veces.

Un ejemplar.

Este ejemplar era el único.

¿Qué demonios hacía allí?

Lentamente apoyó el libro en un fajo de revistas y manuscritos y recogió el papel que le había caído en el regazo.

Una carta. «Querido amigo Tom», comenzaba.

Janey buscó la firma. Era una carta de Dunthorn al abuelo de Janey. Pestañeando, fue hacia la parte superior de la página y leyó la carta.

He aquí el libro que prometiste guardar. Léelo si quieres, pero recuerda tu promesa: no debe caer en manos ajenas. No se debe publicar. ¡Jamás! Su existencia debe permanecer en secreto; no sólo la historia que se narra en sus páginas sino el libro mismo.

Sé que a veces piensas que estoy loco, y Dios sabe que te he dado razones (sonrío cada vez que me describes como "un «sujeto sólido"), pero contarás con mi gratitud eterna si me complaces esta última vez.

Tengo un mal presagio para el año venidero. Si..., ¡la famosa presciencia del Gitano Loco Bill Dunthorn ataca de nuevo! Con gran alivio te cedo la propiedad de este libro, sabiendo que estará a buen recaudo contigo.

Dios te guarde, amigo mío. Ojalá hubiera más tiempo.

Janey releyó la carta y fijó la vista en la fecha que figuraba debajo de la firma de Dunthorn. Había escrito la carta dos meses antes de su muerte.

¿Presciencia gitana?

¿Un libro secreto?

Plegó pensativamente la carta y la guardó en la última página del libro. Luego, sentada en el polvoriento altillo del Vejete, fue a la primera página y se puso a leer. Al cabo de algunos párrafos sus problemas se habían esfumado y Janey estaba enfrascada en la magia de la historia secreta de Dunthorn.

LA VIDA ES ABIGARRADA

A veces me siento como si tuviera la nariz apretada contra el escaparate de una panadería, sólo que yo soy el pan.

CARRIE FISHER,
Postales desde el abismo

—Si nuestras vidas son libros —le dijo Jodi a Denzil Gossip—, alguien arrancó unas páginas del mío.

—Oh, la, la —se mofó el anciano—. Escuchadla hablar.

Estaba encaramado sobre un alto taburete ante su mesa de trabajo, bajo los aleros, reparando un modelo en escala de su máquina volante más reciente. Escrutando a través de las gafas, ajustó las tuercas y pernos por tercera vez desde que Jodi habla llegado esa mañana. Jodi aguardó pacientemente mientras él cortaba un trozo del queso Burke que llevaba en el bolsillo del chaleco de lana para alentar a los dos ratones que pilotarían la pequeña nave, siempre que pudiera sacarlos de la jaula y meterlos en los dos mecanismos rotativos, que parecían ruedas de ejercicios, conectados a ambos lados de la máquina.

Denzil no era hombre de forzar las cosas, y menos tratándose de las criaturas de las cuales dependían sus experimentos.

—Es necesario que tengan ganas —le explicó a Jodi cuando ella preguntó por qué no los metía a la fuerza—. Esos ratones y yo somos socios en la solución del misterio, no el amo y sus esclavos.

Los ratones, más sabios de lo que muchos pensarían, ignoraron esa adulación y se quedaron en la jaula, atisbando por la puerta abierta y haciendo temblar los morros rosados. Jodi trató de recordar cuál de ambos había viajado en el globo de aire caliente en miniatura que flotaba por el altillo un día de la semana pasada en que ella había entrado en el taller. Le pareció ser el que tenía la mancha parda en la pata trasera izquierda.

—No le veo mucho sentido —comentó.

—¿Qué? —Denzil la miró sorprendida. Se acomodó las gafas de armazón de alambre sobre el puente de la nariz—. ¡Vaya, me desconciertas! ¡Estamos hablando del secreto del

vuelo: la frontera final! ¿Y tú quieres ignorarlo?

—Supongo que no —dijo Jodi—. ¿Pero de qué sirve correr como un loco para mantenerse en vuelo? Sería más rápido coger el tren. Y más descansado.

—¿Dónde está tu sentido de la aventura?

—Creo que lo dejé en mi otro abrigo. ¿Quieres que vaya a buscarlo?

Denzil refunfuñó y trató de convencer a los ratones mientras Jodi se arrellanaba en el mullido sofá que había arrastrado desde el hogar hasta el banco de trabajo para mirar confortablemente esas actividades.

—Buscarlo —repitió el loro que estaba posado en el respaldo del sofá. Luego caminó de aquí para allá por el cojín, imitando los rezongos de Denzil.

Jodi tendió el brazo para acariciarle las plumas.

—No empieces, Noz —le dijo.

El taller de Denzil era una curiosa mezcla de zoológico, laboratorio de alquimista y taller mecánico.

En las jaulas de una pared vivían cuatro ratones, dos ratas blancas, un conejo gordo y negro de orejas caídas, un par de lagartos verdes y una tortuga. También había un turbio acuario donde dormitaban dos bagres, la percha de Nor, donde ahora se erguía un cuervo de ojos negros, y una jaula vacía donde guardaban a Ollie, el macaco, cuando empezaba a portarse mal. En ese momento Ollie dormía sobre un anaquel de la biblioteca, compartiendo el lugar con Rum, un gato viejo y anaranjado con una oreja desflecada.

El banco de trabajo estaba vagamente dividido en dos secciones: una consistía en un confuso amontonamiento de tubos de laboratorio, jarras, canutos de vidrio, un mechero de gas, grapas, soportes, termómetros, frascos, balanzas, un microscopio con una bandeja mugrienta y otros elementos similares; la otra, donde Denzil trabajaba ahora, presentaba una igualmente confusa exhibición de herramientas mecánicas, cables, trozos de metal, mecanismos de relojería y demás.

El resto del gran altillo contenía un pequeño sofá que también servía de cama y, al otro lado del hogar, buhardas, un sofá similar al que ahora ocupaba Jodi, aún junto al hogar, una pequeña cocina centrada alrededor de una estufa de hierro negro, y anaqueles repletos de libros, carpetas y papeles sueltos. Las pertenencias de Denzil estorbaban el paso por doquier: un montón de desechos de metal junto a la puerta, un saco de alimentos apoyado contra un armario, una caja llena de mapas enrollados en medio de la habitación y pilas de libros, revistas y periódicos.

La habitación era como su dueño, quien invariablemente presentaba al mundo un rostro desaliñado y simpático, mientras que debajo de las ropas raídas, el pelo y la barba desmelenados y los rasgos delgados y contraídos se ocultaba una mente brillante que jamás cesaba de cuestionar el mundo circundante. Jodi pasaba más tiempo con él en ese altillo, o en largos paseos por la campiña en busca de ingredientes para un experimento, que en cualquier otra parte de la ciudad de Bodbury.

La compañía de Denzil compensaba el tufo de ese altillo, una extraña mezcla de aromas químicos, hedores de las jaulas que habitualmente ella limpiaba, aceite de máquina y humo de la pipa de Denzil. Y, aunque él siempre parecía enfrascado en su tarea, era capaz de entablar una conversación sobre una gran variedad de temas. Había pausas y demoras en esas conversaciones, ocasiones en que una frase interrumpida una mañana se redondeaba por la tarde, pero las conversaciones siempre valían la pena.

—¿Qué páginas te faltan? —preguntó Denzil.

Dejó el queso entre la jaula de los ratones y la máquina volante y miró a Jodi. Alzó la mano para acomodarse las gafas.

—Oh, no sé —respondió Jodi—. Siempre ando despistada y nunca encuentro lo que busco. Supongo que es natural cuando envejeces.

Denzil rió entre dientes.

—Y vaya si eres vieja, tú. Diecisiete, ¿verdad?

—Dieciocho. Y me siento antiquísima.

—¿Antiquísima? Niña, aún ni siquiera pareces antigua. Yo que tú esperaría unos años más.

Acercó el trozo de queso a la jaula de los ratones.

—Pero necesito hacer algo —dijo Jodi—. Necesito un objetivo en la vida.

—Ya que lo dices, supongo que tienes razón. No puedes pasarte la vida remoloneando por aquí. No es natural.

—Yo no remoloneo. Soy tu asistente. Eso dijiste.

—¿Pero eso fue antes o después de que decidiéramos que la asistente tenía el deber de asear a los animales?

Jodi sonrió.

—Antes. Y fuiste tú quien lo decidió, no yo.

—Mm.

Denzil cogió el trozo de queso y se lo puso en la boca. Se metió la mano en el otro bolsillo y sacó una cuña de queso Tamshire que dejó cerca de la jaula de los ratones. Ambos ratones la miraron con interés, pero no se movieron.

—¿Un objetivo, has dicho? —continuó Denzil—. ¿Y las páginas que faltan?

Jodi asintió.

—Enormes períodos de tiempo. Como esta primavera. ¿Es posible que toda mi vida sea tan igual que ya nada sobresale? ¿Qué hice esta primavera?

—¿Cuándo no me estabas ayudando? —Jodi asintió de nuevo—. Pues no recuerdo. ¿Qué dice Nettie?

Jodi vivía con la tía Nettie en un pequeño apartamento del piso superior del burdel que su tía regentaba a las afueras del pueblo. Para gran decepción de la tía, Jodi no había seguido la tradición familiar y no había adoptado la «vida de ocio» de las demás mujeres de la familia.

«A algunos les gustan escuálidas y con facha de varón», le recordaba la tía, sin lograr estimular el interés de Jodi en la profesión.

Además, se decía Jodi, no era escuálida. Delgada, quizás; incluso flaca. Pero no escuálida. Los gatos eran escuálidos. O los niños.

No era una ayuda que Jodi midiera sólo un metro y medio, se cortara el pelo rubio a cepillo y anduviera con pantalones mugrientos y camisa como un chico de los Pingajos, la zona más pobre de Bodbury, una serie de chabolas amontonadas en una larga hilera tambaleante que dominaba el puerto del Muelle Viejo.

—Nettie dice que no me entiende —dijo Jodi—. Desde luego, Nettie siempre dice eso.

—Bien, mi consejo sería que lo olvides por ahora.

—¿Y hacer qué? ¿Enloquecer en silencio?

—No. Podrías ayudarme a convencer a estos tercos ratones a cumplir su parte en el vuelo de prueba antes de que yo me muera de viejo.

—La historia de mi vida —dijo Jodi, levantándose del sofá pata acercarse al banco—. Hasta los malditos ratones reciben más atención.

—Tensión —repitió Noz desde el respaldo del sofá, extendiendo las alas y brincando al sitio que Jodi acababa de dejar.

—Taupin dice —continuó Jodi mientras formaba una hilera de trozos de queso desde la jaula hasta la máquina— que el mundo es un libro que alguien está escribiendo y que todos figuramos en él. Por eso yo hablaba de las páginas que faltan. Creo de veras que alguien arrancó las mías.

—Taupin no es más que un filósofo campestre que no reconocería un pensamiento original aunque éste le diera una dentellada —dijo Denzil—. ¿Qué sabe él?

—Tienes razón. ¿Quién publicaría un libro tan aburrido como nuestras vidas?

—Oye, tú, mi vida no me parece aburrida —replicó Denzil.

—Claro que no. Tú tienes un objetivo.

—Y te he asignado el tuyo. Convence a estos ratones de que este experimento es para el perfeccionamiento del género humano. Y del género ratonil, por supuesto.

Los ratones habían comido todo el queso que Jodi les había puesto en la jaula, pero no daban un solo paso hacia fuera.

—Oh, demonios —dijo ella.

Los recogió y puso a cada uno dentro de una rueda de ejercicios.

—Espero que comprendas que eso es coerción —señaló Denzil.

Los ratones comenzaron a correr dentro de las ruedas. Los cables conectados a las ruedas impulsaban engranajes de madera que a la vez impulsaban otros, hasta que la hélice del frente de la máquina en miniatura comenzó a girar y la máquina avanzó sobre la mesa.

—¡Eso es! —exclamó Denzil—. ¡Así me gusta!

Alzó la máquina, sosteniéndola en el aire hasta que la hélice giró a tal velocidad que parecía un borrón. Sonriendo, Denzil echó el brazo hacia atrás. El loro abandonó el respaldo del sofá y se refugió en la biblioteca. Cuando Denzil la soltó, la máquina volante planeó espasmódicamente, recorriendo media habitación antes de descender en picado.

Jodi, que la estaba siguiendo, la atajó antes de que chocara contra el suelo. Posó la máquina en el suelo, sacó a los ratones y los acunó en sus manos, tratando de calmarlos.

—¡Los has matado del susto! —exclamó.

—Todo en nombre de la ciencia.

—Eso no cambia nada. Pudieron haberse lastimado.

—¡Exactamente! Por eso pedía voluntarios, no sujetos bajo coerción. Sin duda la falta de entusiasmo contribuyó a la calda de la máquina.

—Eso no tiene sentido.

Pero Denzil no le prestaba atención.

—Oh, cielos —dijo Denzil, recogiendo la máquina—. Mira esto. Este engranaje ha perdido los dientes.

Jodi suspiró. Pensó que hoy tampoco quería hacer esto. La habían echado del burdel por su cara larga, había vagabundeado por la calle del Mercado, había arrojado guijarros a las olas de la playa durante una hora y ya no sabía qué hacer para llenar las horas que faltaban para la cena.

Puso a los ratones en la jaula de la pared. Echando un vistazo por la ventana, comprobó que el cielo todavía estaba gris, aunque la lluvia había cesado. Los adoquines de la calle Peter estaban lustrosos y húmedos.

—Saldré a caminar —anunció.

—Llévate a Ollie, por favor. Me ha fastidiado toda la mañana.

—Ahora parece estar más tranquilo —repuso Jodi, mirando al mono.

Denzil meneó la cabeza.

—Lo conozco. Está juntando energías para causar estragos al anochecer. Así no podré hacer nada. Cánsalo para que duerma toda la noche.

Jodi se puso el abrigo y llamó a Ollie. El macaco se le posó en el hombro con aire somnoliento, le rodeó el cuello con el brazo y el brazo con la cola.

—Si encuentras esas páginas que he perdido... —dijo Jodi al llegar la puerta.

Denzil apartó los ojos de la máquina volante.

—Te las enviaré —prometió.

Jodi sonrió, cerró la puerta y bajó por la desvencijada escalera que daba a la calle Peter. El aire estaba húmedo, pero Jodi no subió a buscar los pantalones y el jersey que el mono usaba para el tiempo inclemente, pues consideraba denigrante vestir a los animales como si fueran personas. En cambio, dejó que Ollie se le acurrucara dentro de la chaqueta y echó a andar por los adoquines hacia la calle del Mercado.

El mono se le apretó contra el pecho, irradiando tanto calor como el que absorbía, asomando la cabecita por la chaqueta, bajo la barbilla de Jodi. Algunos peatones la miraron con curiosidad, pero las gentes del pueblo estaban demasiado habituados a ella para sorprenderse de nada. Como a menudo salía con el mono a cuestas y Noz posado sobre el hombro, con las plumas verdes e iridiscentes contrastando con las grises casas de granito y las calles adoquinadas, prestaron poca atención a la cabecita parda que le asomaba del pecho.

Venid todos, pensó Jodi deteniéndose para estudiar su reflejo en una luna. Ved a la asombrosa mujer de dos cabezas.

Rascándose la cabecita que llevaba bajo la barbilla, continuó la marcha.

2

Más allá de los grises edificios de Pingajos, encarados al mar, el Muelle Viejo del puerto de Bodbury se extendía a lo largo de la costa durante más de un kilómetro y terminaba en un tramo de piedra desmoronada y pilotes de madera. Los pilotes se estaban pudriendo y mostraban una gruesa costra de sal seca por encima del agua, con lapas debajo. Espigones abandonados se internaban en ángulo recto en el mar. Les faltaban tablones, y la madera agrisada estaba salpicada de excrementos de aves marinas. El aire era salobre y algunos peces muertos golpeteaban contra el muelle.

Más allá del muelle, la marea baja revelaba cascos de naves podridas y quillas partidas, un cementerio en miniatura para esa parte de la flota pesquera de Bodbury que se había hundido en la gran borrasca que había azotado el pueblo veinte años atrás.

Ahora las actividades portuarias de Bodbury se realizaban en la Dársena Nueva, situada en la zona donde la calle del Mercado desembocaba en la plaza. En el Muelle Viejo sólo merodeaban ratas, algunos viejos que recorrían la vereda de piedra por la tarde, rememorando tiempos idos, y los chicos de Pingajos, que consideraban la zona como un feudo propio.

Cuando llegó Jodi, con Ollie dormido en la chaqueta, un grupo de chicos discutió alborotadamente por un juego en que competían dos de ellos. Usaban conchas y guijarros para marcar la puntuación. Cuando Jodi se aproximó, volvieron hacia ella sus caras mugrientas.

—Oye, abuela —dijo un chico pelirrojo, torciendo la cara en una sonrisa—. ¿Has venido a arrojar a ese crío feo al mar?

Para ellos, cualquiera que tuviese más de doce años era un viejo y una víctima probable de sus chanzas.

—Deja en paz a la anciana —replicó otro. Jodi reconoció a Peter Moyle, hijo de una de las muchachas de su tía—. ¿No ves que ya tiene suficientes problemas, encorvada y vieja como está?

Un coro de risas joviales acogió el comentario.

—¿Ves? —le dijo Jodi a su carga dormida—. Estoy en el peldaño inferior de todas las escaleras. Asistente de Denzil. Oveja negra de la familia. Demasiado femenina para ser varón y demasiado viril para ser una muchacha. Debo llevar animales en vez de pechos dentro de la chaqueta.

—No eres tan fea —repuso otro chico.

—No tanto como ese crío.

—Será mejor que lo ahogues pronto.

—En otros tiempos —continuó Jodi— los hubiera zurrado, pero ahora soy grande para eso.

—Vieja, querrás decir.

—Ah, no les prestes atención —dijo Kara Faull.

Era una mocosa delgada de once años, vestida con ropas harapientas: camisa y pantalones, con un suéter remendado y una falda encima de los pantalones. Tenía los pies descalzos y la cara enjuta casi tan roñosa como las de sus amigotes. Levantándose, enfiló hacia Jodi y tendió la mano para acariciar a Ollie.

—¿Puedo cogerlo?

Jodi le pasó el mono, que se había despertado y se puso a investigar los bolsillos de las faldas de Kara.

—¿Quieres jugar? —preguntó Peter.

—¿Cuál es la respuesta?

—Medio penique por cabeza.

—No creo. Hoy no me siento con suerte.

—Demasiado vieja —señaló alguien—. No tiene tiempo para juegos.

—¿Es verdad, abuela? —preguntó otro.

Jodi se rió de todos ellos. Formaban un círculo andrajoso alrededor de ella y Kara, con los ojos titilando alegremente en las caras mugrientas y las manos hundidas en los bolsillos. Estaba a punto de replicarles cuando el grupo calló de repente. Retrocedieron hacia el parapeto del muelle, agachando la cabeza, mientras dos de ellos silbaban melodías discordantes con aire inocente. Contrariado por el cambio de ánimo, Ollie se zafó de la mano de Kara y saltó a los brazos de Jodi.

Cuando Jodi miró en torno y vio quién se acercaba, evocó fugazmente los días en que hacía travesuras con los chicos de Pingajos. Sin entender por qué, se sintió culpable, segura de que la acusarían de un crimen horrendo que no había cometido, pero por el cual sufriría.

La Viuda Pender alentaba esos temores en los chicos de Pingajos. Todos estaban convencidos de que era una bruja. Las madres de Pingajos a menudo amenazaban con castigar la mala conducta mascullando: «Ya verás cuando te coja la Viuda.»

Callada como los niños, Jodi se unió al silencioso grupo mientras esa mujer alta de rostro aquilino, vestida de negro, seguía de largo tanteando los adoquines con el bastón, la espalda envarada y tiesa como una tabla y el pelo gris recogido en un severo rodete. Miró a los niños con ojos reprobatorios, horadándolos uno por uno con sus feroces ojos grises, demorándose más en Jodi.

La Viuda hizo una mueca cuando Ollie lanzó un quejido. Durante un largo instante Jodi temió que la vieja los aporreara con el bastón. Pero la Viuda les lanzó una mirada fulminante y continuó su lenta marcha.

Cuando la mujer se alejó, los niños se relajaron y soltaron un suspiro colectivo de alivio. Susurraron bravatas para disipar el tufo que la Viuda había dejado en el aire.

—Me pone la carne de gallina.

—Oh, a mí no me asusta.

—No te vi haciéndote el listo frente a ella.

—Alguien debería darle un empellón.

—Sus amigos la levantarían de nuevo.

Se decía que, veinte años atrás, ella había provocado la tormenta que había

desconchado el Muelle Viejo y hundido los botes pesqueros. La había provocado porque su esposo, también pescador, se pavoneaba por el pueblo con una camarera del Pintar. Quince hombres se ahogaron ese día, tratando de salvar los botes. La camarera abandonó el pueblo, aunque muchos murmuraban que la Viuda la había liquidado y la había sepultado en una tumba secreta entre los brezales.

Todos los niños de Pingajos sabían que los muertos ahogados estaban a las órdenes de la Viuda.

—Rata Friggens dice que la vieja tiene un Pequeño en su casona..., un hombre diminuto que ella guarda en un frasco.

Jodi se volvió hacia el niño que acababa de hablar.

—¿Un pequeño?

—Es verdad. El Rata lo vio. Un hombrecillo del tamaño de un ratón. Una gitana lo llevó a la casa en una jaula de madera y se lo entregó ante los ojos del Rata. Él mismo me lo contó. Dice que la vieja lo usará para que se meta en casa de la gente y robe objetos de valor, una vez que lo haya adiestrado.

—Ella no necesita objetos de valor —dijo Peter—. Tiene el sótano repleto de tesoros.

—Mi papá dijo eso una noche, hablando con sus amigos —asintió Kara.

—Un Pequeño —repitió Jodi.

Miró muelle abajo, hacia donde la Viuda, una rígida figura negra, contemplaba el mar. El corazón le palpitó con fuerza. Notando su excitación, Ollie soltó una queja. Ella le acarició la cabeza pensativamente.

—¿Sería verdad? Si la Viuda tenía un Pequeño oculto en esa vieja casona...

¿No sería extraordinario?

Y si era verdad, ¿tendría ella las agallas para ir a echarle un vistazo?

No era probable.

No tenía las agallas.

Y además no había tal Pequeño.

Pero ¿y si lo había?

La Viuda volvió la cabeza y, a pesar de la distancia, pareció posar los ojos en Jodi. La vieja sonrió como leyéndole el pensamiento.

«Conozco secretos que ni siquiera imaginas —decía esa sonrisa—. Secretos que te costarían el alma si me los arrebataras. ¿Aún deseas desentrañarlos?»

Jodi tiritó. Imágenes de cadáveres de ahogados que venían a buscarla le cruzaron la mente. Blancos e hinchados, orlados con algas húmedas. Apestando a muerte. Cosas muertas irrumpiendo en su cuarto mientras ella dormía...

Antes de que la Viuda regresara hacia ellos, Jodi se despidió agitando el brazo, se alejó deprisa y regresó al altillo de Denzil.

EL REGRESO DEL MARINERO

Ojalá yo estuviera donde quiero
en un plato de madera en alta mar;
mas, si el plato de agua se llenara,
a Mousehole Hill quisiera regresar.

Antiguo poema de Cornualles,
tomado de DON FLAMANCK

La guarida de los viejos contrabandistas de Mousehole está en la parroquia de Paul, en la Rectoría de la División Oeste de las Cien de Penwith, en el sur de Cornualles. Sus callejas sinuosas y sus casas de piedra ascienden desde la costa oeste de Mount's Bay por la empinada cuesta de Mousehole Hill, en un punto que está a un cuarto de la distancia entre Penzance y Land's End, siguiendo la línea costera hacia el oeste.

El abuelo de Janey Little amaba esa aldea y amaba obsequiar a los visitantes de su nieta con los retazos de historia y folklore que había adquirido con los años. El origen del hombre ya era pretexto suficiente para que empezara a divagar.

Explicaba que algunos historiadores creían que la aldea adquirió su curioso nombre de la Ratonera[3], una enorme caverna —hoy derrumbada— que se encontraba al sur de la aldea, o que era una corrupción de Porthenys, «el puerto de la isla», en alusión a la isla de St. Clement, que se encuentra en las cercanías. Otros citan una referencia a un antiguo manuscrito redactado en la lengua de Cornualles, el cual habla de «Moeshayle», nombre procedente del riachuelo que lo atraviesa: *moes* quizá sea una abreviatura de *mowes,* que significa «mujeres jóvenes», y *hayle* significa «río». Así pues se traduciría «Río de las jóvenes».

El hecho más dramático de la historia de Mousehole aconteció en 1595, cuando la aldea fue saqueada por tropas de tres buques españoles; fue un hombre de Mousehole quien avistó primero la Gran Armada siete años antes. El único edificio que sobrevive de ese período es el Keigwin Arms, que se yergue sobre columnas de granito sobre el patio donde el escudero Keigwin mató a seis españoles en defensa de su hogar. Ese

[3] Mousehole: «ratonera». *(N. del T.)*

Librodot

acontecimiento se celebra aún hoy todos los años, en julio, con un festival que culmina en una cena de conmemoración en el Cairn Dhu Hotel, donde los nombres de los diversos platos sirven para narrar la historia.

Los demás hitos históricos de Mousehole son menos cruentos. La misma calleja donde se yergue el Keigwin Arms presenció el nacimiento de Dolly Pentreath, última nativa en hablar la lengua local, cuya lápida forma parte del parapeto de la iglesia de St. Paul, que domina la aldea, y cuyas exequias, según se cuenta, se interrumpieron para que los presentes bebieran un sorbo de whisky. Al sur de la aldea, en Raginnis Hill, que domina la isla de St. Clement, en Mount's Bay, se yergue el hospital de Aves Silvestres, fundado en 1928 por las hermanas Dorothy y Phyllis Yglesias, que aún hoy sobrevive merced a donaciones privadas. En una pared musgosa hay una campanilla con esta inscripción: «Por favor, toque la campanilla si usted trae un ave.» Cada año el hospital cuida a más de mil aves silvestres enfermas, llevadas por el público.

Mousehole fue otrora el centro de la industria de la sardina en Cornualles. Aunque aún conserva su atmósfera de aldea pesquera y todavía hay botes pesqueros en la bahía, la industria principal es ahora el turismo. Quedan pocos pescadores, y los contrabandistas sólo sobreviven a los recuerdos de los aldeanos más viejos.

Thomas Little recordaba a los contrabandistas, aunque no pensaba en ellos cuando bajó por Mousehole Lane desde la taberna Armas del Rey de Paul hacia el hogar que compartía con su nieta en la calle Duck. Un litro de cerveza Hick le burbujeaba en el estómago. En un saco de papel marrón llevaba un par de cervezas pardas.

El Vejete, como todos le llamaban, pensaba en Janey. Quería exhibirla ante sus compadres, pero ella estaba de mal humor y no había querido ir. Pero esa noche... Bien, habría una sesión en la granja de Charlie Boyd, en el camino de Lamorna, y en la casona donde se reunían los músicos y narradores de historias los viernes por la noche.

La granja de Boyd estaba en un promontorio cerca de Lamorna, con una buena vista de la bahía. El chato peñasco se animaba con los graznidos de aves canoras y gaviotas, que vibraban por encima del golpeteo del oleaje sobre las rocas, y el aire era cortante y salobre. Las olas habían carcomido los acantilados de granito, pero la granja duraría un par de siglos más antes de que la roca se erosionara del todo.

Hasta entonces sería el hogar de Charlie y su familia —hermano, esposa e hijos, todos músicos— y un sitio acogedor para sus visitantes los viernes por la noche. Aunque esas veladas ya no eran tan frecuentes —a pesar del renovado interés en la música tradicional en otras zonas del país—, en general se reunía bastante gente, con visitantes que llegaban incluso desde Lizard's Point, que estaba en el otro extremo de la bahía.

Sin duda habría buenos músicos en la sesión de esa noche, pero, pensó el Vejete con orgullo, su nieta sería la mejor. ¿Acaso no había grabado dos discos? ¿Acaso no estaba siempre de gira, en Europa y en Estados Unidos, cuando no en Inglaterra?

Continuó la marcha calle arriba, un hombre rechoncho con una calva incipiente y rubicundo rostro de pescador, vestido con viejos pantalones de pana y una chaqueta de lana con remiendos en los codos, sonriente y de andar saltarín, con las botellas de cerveza tintineando en el saco de papel marrón que llevaba al costado.

¡Vaya que sí! Esa noche exhibiría a su nieta.

Cuando llegó a la puerta de la casa —su propiedad, a Dios gracias, mantenida con su pensión y con el dinero que Janey le enviaba cuando estaba de gira— silbaba una melodía de Chalkie pensando en la gran velada.

—¡Janey! —llamó al entrar—. ¿Has preparado una taza de té para un viejo?

Durante un buen rato no hubo respuesta.

2

Janey recordaba que un escritor describía el proceso de la creación como ver un orificio en el papel, en el cual se introducía para presenciar el desarrollo del relato. Así se sentía ella ante esa nueva novela de Dunthorn. Era como estar en una buena sesión donde olvidabas quién eras y dónde estabas y tocando el instrumento te perdías en la música. Cuando terminaba la melodía, pestañeabas un instante con una sensación de dislocación, hasta que se disipaban los ecos de la vieja melodía y se iniciaba una nueva.

Apartó los ojos del libro, olvidando que estaba en un viejo altillo y tenía un libro en el regazo, recorriendo aún el mundo que había hallado en esas páginas. Luego deslizó la carta de Dunthorn entre las páginas, a modo de señalador, y se levantó con el libro bajo el brazo.

—¡Aquí estoy, abuelo! —anunció mientras bajaba por la angosta escalera que la llevaría hasta el segundo piso de la casa.

Su abuelo la aguardaba en el pequeño vestíbulo; la puerta de la calle estaba aún abierta. Miró hacia la escalera. A los veintidós años, Janey no había perdido el entusiasmo ni la energía de una adolescente. El cabello castaño rojizo le colgaba sobre los hombros, excepto por el flequillo de la frente, y el color era más rojizo que el natural porque se lo había teñido con henna. Por encima de los ojos castaños, las cejas se arqueaban con un aire permanente de inquisitiva sorpresa. Tenía ese típico cutis inglés de melocotón con crema, la nariz pequeña y delgada, y una sonrisa tan frecuente que le había dejado hoyuelos en las mejillas.

Usaba una malla negra bajo una falda amarilla y un jersey negro y abolsado. Las zapatillas altas y amarillas hacían juego con la falda. Las rodillas de la malla estaban sucias de polvo. Tenía la nariz tiznada y las mejillas lucían un saludable rubor de entusiasmo.

—Tienes la nariz tiznada, cariño —dijo él mientras Janey bajaba a brincos los últimos escalones.

El redondo rostro de Puck se partió en una sonrisa cuando la nieta se inclinó para besarle la mejilla. Pero entonces vio lo que ella llevaba bajo el brazo y le temblaron los labios.

—Conque lo encontraste —murmuró al cabo de un momento.

Janey tuvo la repentina sensación de haber abusado de su confianza.

—No quise husmear —se disculpó. Recordó la carta de Dunthorn. *Su existencia debe permanecer en secreto...* —. No estás enfadado conmigo, ¿verdad?

El Vejete meneó la cabeza.

—Contigo, jamás. Es sólo... En fin, pensaba dártelo tarde o temprano.

—Es un libro maravilloso, ¿no crees?

—Parece que ya te lo has devorado.

—¡Apenas lo he empezado!

—Es curioso que lo hayas encontrado ahora. Hace tres días una mujer llamó a nuestra puerta para pedirlo. La primera vez que me ocurre, después de tantos años. Después de la muerte de Billy revolotearon muchos cuervos, pero con el transcurso del tiempo sólo veía uno por año. Luego no vi a nadie más. De eso hace cinco años. Hasta que esa mujer llamó a la puerta.

—¿Cómo sabía de la existencia del libro?

—Bien, no buscaba ese libro en particular. Quería cualquier manuscrito inédito de Billy... Manuscritos u objetos. Afirmó que tenía derecho a ellos. Era una mujer americana, de tu edad, con esa prepotencia que tienen ciertos americanos. Afirmó que era nieta de un primo de Billy a quien jamás oí nombrar.

—¿Qué le dijiste?

—Nada, palomita mía. Debía cumplir mi promesa, ¿verdad? Además se equivocó de

hombre, con esa actitud. Me ofreció dinero... Y, aunque el dinero puede comprar cualquier cosa, la eché con cajas destempladas. Aun así me inquietó que preguntara de ese modo. Era como si supiera que había algo. Tal vez no era el libro en sí, sino otra cosa. ¡Y vaya si lo quería!

—¿Cómo se llamaba?

—No me lo dijo. Aunque afirmó que se mantendría en contacto... una vez que hablara con sus abogados.

—¿Y no me contaste nada?

—Janey, encanto, ¿qué iba a contarte? Una americana chiflada llama a mi puerta para pedir un libro cuya existencia no puedo admitir... No estaba preparado para hablarte del libro, pero tampoco quería mentirte. Entre nosotros no hay mentiras, ¿verdad?

Janey asintió.

—Bien, ahí tienes.

—¿Y no tuviste más noticias de ella? —preguntó Janey.

El Vejete meneó la cabeza.

—¿Qué noticias? Ni ella ni sus abogados pueden hacer nada. El libro no existe. —Janey miró ese libro muy real que sostenía en la mano—. Quiero decir que en cierto modo no existe.

—¿Cuándo ibas a hablarme de él? —preguntó Janey.

—Bien, eso es lo raro, querida. Tenía la sensación de que el libro escogería el momento oportuno... ¿Y no crees que lo ha hecho?

Ella buscó una expresión burlona en sus ojos, pero no la encontró.

—¡Abuelo! No creerás que un libro podría...

—Tráele un té a tu viejo abuelo y te contaré algo más sobre Mousehole y tus dos Billys.

«Dos Billys» era una alusión a la chifladura de Janey con la obra de Billy Pigg y William Dunthorn. Algo muy, muy bueno «valía casi dos Billys».

—Aún no puedo creer que no me hayas hablado de esto —dijo Janey, dirigiéndose hacia la cocina.

—Sí, bien... —El Vejete advirtió que la carta de Dunthorn hacía las veces de señalador—. Veo que también has leído la carta; así que ya sabes por qué retuve el secreto.

—Lo encontré por casualidad —replicó Janey, de nuevo dispuesta a disculparse.

—Traerme el té es penitencia suficiente, cariño —dijo el Vejete.

El centro del hogar de los Little era la cocina. Siempre lo había sido, especialmente cuando la abuela de Janey aún vivía y la impregnaba con los tentadores aromas de sus pasteles y la calidez de su presencia.

Janey y el Vejete habían estado en el accidente automovilístico que había arrebatado la vida a la esposa y al hijo del Vejete, la abuela y el padre de Janey. Ella tenía apenas ocho años. Luego se había criado en esa casa que ella y el Vejete habían transformado en un sitio especial con el correr de los años. Su madre —Constance Little, de soltera Hetherington— se había escapado con un cineasta, mientras estaba de vacaciones en Nueva York, años antes del accidente, y no habían recibido noticias de ella desde que se había concretado el divorcio. Aunque la madre de Janey había vuelto a su apellido de soltera para los asuntos legales, aún se llamaba Connie Little en el espectáculo. Teniendo en cuenta los filmes donde actuaba, Paul, el padre de Janey, había comentado en un raro arrebato de amargura que tendría que haber adoptado el apellido Lingus[4].

El Vejete prefería no recordar a esa mujer. Desde que había abandonado a Paul y Janey, ya no la consideraba parte de la familia. No ocupaba ningún sitio en la vida que él y Janey habían forjado.

[4] Connie Lingus sonaría como «cunniiingus». *(N. del T.)*

Por lejos que la música se llevara a Janey durante los largos períodos de tiempo, Mousehole siempre sería su hogar: esa casa de la calle Duck donde vivía el Vejete, al lado de la bahía donde otrora él había navegado con otros pescadores de la aldea. Aunque los bancos de sardinas habían dejado de existir a principios de siglo, aún había trabajo para un pescador cuando el Vejete era joven. El trabajo declinó década tras década, hasta que sólo quedó una sombra de esa industria. La mayoría de los botes que ahora zarpaban de Mousehole sólo llevaban turistas.

La primera melodía que Janey compuso era una simple improvisación para violín titulada *La Mousehole del Vejete.* La tapa del primer álbum era una foto de la aldea, tomada desde el ferry que unía Penzance con las islas Scillies, en Mount's Bay. Llevaba la aldea en la sangre, tanto como el abuelo.

El Vejete se sentó a la mesa de la cocina, acariciando la cubierta del libro, mientras Janey preparaba el té. Janey llevó bocadillos y tazas humeantes, se sentó frente al abuelo y le cogió la mano.

—Te he puesto triste, ¿verdad? —dijo—. Te hice recordar cosas tristes.

—Yo nunca podría olvidar, palomita mía —respondió, meneando la cabeza—. Billy y yo formábamos una buena pareja. No hay quien lo niegue. Siempre liados en alguna picardía. Si hubiéramos nacido un siglo antes, habríamos sido contrabandistas. Yo conocía todos los escondrijos.

Janey meneó la cabeza. Nunca se cansaba de recorrer la campiña de Mousehole en compañía del Vejete, quien no se cansaba de contarle historias y leyendas. Siempre tenía alguna anécdota sobre esos dólmenes, ese peñasco, esa vieja carretera, ese banco de arena, esa mina de estaño abandonada. Cada cosa tenía su historia. Las canteras de la península de Penwith. El círculo de piedra de las Alegres Doncellas, con dos gaiteros de piedra a poca distancia; la piedra agujereada de Men-an-Tol, al este de Penzance; el círculo pétreo de Boscowen-Un, con sus diecinueve piedras y su columna central inclinada, al sur de Crows-an-Wra; la aldea romana de la Edad del Hierro, en las dunas de Gulval.

—Esta carta —dijo Janey— es tan misteriosa...

—Oh, lo sé. Billy era extravagante a veces... Un pescador rudo con una increíble dosis de la vieja locura. ¿Dónde crees que aprendí mis historias, reina mía? Gigantes y *piskies,* santos y contrabandistas. Era Billy quien hablaba de ellos como si fueran reales.

—¿Pero qué tiene de malo? —preguntó Janey—. He oído a los viejos hablando en la taberna. Todos desvarían con las mismas historias.

Como tú, añadió afectuosamente para sus adentros.

El Vejete se encogió de hombros.

—Afán de supervivencia, supongo. Para ambos. Luchamos juntos en la guerra. Los demás soldados ya se burlaban bastante de las costumbres de nuestra región, como para hacerles creer que también creíamos en *piskies* y cosas similares. Las cosas más sencillas, como decir que las gaviotas son...

—Espíritus de marineros muertos —interrumpió Janey.

—Eso me contó mi padre. Y le creo. Pero algunos te tratan como un retardado si dices semejante cosa. O piensan que eres raro..., como los turistas. A Billy no le importaba mucho, pero a mí sí. Al menos me importaba entonces. Y se transformó en una especie de hábito secreto.

—¿Conque Billy creía de veras en lo que escribía?

El Vejete se rió.

—Oh, no sé, palomita mía. Él decía que creía. Y lo decía de tal modo que te lo hacía tragar. Siempre tenía ese destello en los ojos.

El mismo destello que asomaba en los ojos del Vejete, pensó Janey, cuando comenzaba a contar una de esas historias.

«¿Ves esa piedra, hermosa Janey? —comenzaba—. En un tiempo...» Y sin más se despachaba con una larga historia. El rostro solemne, sin una sonrisa, pero con ese

Librodot

destello en los ojos.

—¿Por qué crees que Billy no quería que nadie más viera este libro? —preguntó Janey—. No he leído mucho, pero noto que es tan bueno como los demás, o mejor. Y si es tan importante mantener el secreto, ¿por qué se publicó? —Janey abrió el libro en la página de los derechos y leyó en voz alta—: «Publicada en una edición de un solo ejemplar.» Parece tan raro...

Buscó a pie de página el nombre de la editorial: Goonhilly Downs Press, Market Jew Street, Penzance.

—Es raro —convino el Vejete.

—¿Nunca se lo preguntaste?

El Vejete meneó la cabeza.

—¿Por qué no?

—Un hombre tiene derecho a tener sus secretos. Y también una mujer.

—Supongo que sí. —Janey señaló el nombre de la editorial—. Quizá podamos preguntar en la editorial. Goonhilly Downs Press. ¿Todavía existe?

—Nunca la oí nombrar.

Goonhilly Downs estaba en Lizard's Point, en el otro confín de Mount's Bay. Janey se preguntó por qué una editorial de Penzance adoptaría ese nombre para su pie de imprenta. Bien, también podría preguntárselo.

—Muchas personas querrían leer esto —dijo Janey, pensando en voz alta.

—Ni lo menciones —replicó el Vejete—. Hice una promesa, una promesa familiar, azucena mía. Tú también estás comprometida.

—No obstante... —comenzó Janey, pero luego asintió. Una promesa era una promesa—. No se lo diré a nadie.

—¿Hay más té?

Janey se levantó para llevar la tetera. Tras echar un chorro de leche en el fondo de cada taza y dos cucharadas de azúcar en la taza del Vejete, sirvió té para ambos.

—¿Este libro es el único escrito secreto de Billy? —preguntó al sentarse de nuevo.

—El único secreto que me comprometió a guardar. Hay algunos artículos inéditos en una carpeta, en el mismo baúl donde hallaste este libro. Son escritos sobre asuntos locales, pero nunca hice nada con ellos. No tenía ánimos, para ser franco. No es correcto ganar dinero con la muerte de un amigo. Así pienso yo.

—También yo —asintió Janey, cogiéndole la mano.

Guardaron silencio, aferrándose a ese momento de intimidad. Luego el Vejete cambió de posición y atinó a sonreír.

—Bien, preciosidad —dijo—, creo que me debes un favor.

—¿Qué tienes en mente? —preguntó ella con cautela.

—Oh, nada malo. Esta noche hay una sesión en casa de Charlie Boyd y...

—Y querías lucir a tu nieta.

—Sólo tengo una.

Janey sonrió con genuino afecto.

—Me encantará ir. Me dará la oportunidad de lucir a mi abuelo.

3

Félix Gavin atravesó la estación Victoria de Londres con su contoneo de marinero. Era un hombre alto y bronceado de hombros anchos, con pelo castaño, oscuro y cortado al rape, ojos claros y azules y un arete de oro en el lóbulo de la oreja derecha. Atraía la

mirada de las mujeres con que se cruzaba al dirigirse al andén, no tanto porque fuera alto o apuesto, sino por su aplomo.

Irradiaba una sensación de fortaleza y calma, la promesa de que era hombre de fiar. Usaba abolsados pantalones de franela, una camiseta blanca con un chaquetón desabotonado encima, zapatones resistentes y negros. En una mano llevaba un bolso azul marino y en la otra un estuche cuadrangular de madera, pintado de negro y cubierto de estampillas de los puertos donde habían atracado sus diversos buques, la mayoría en Europa y América del Norte, pero también en sitios remotos como Hong Kong y Australia.

Había sido marinero durante un tercio de sus veintiocho años, recientemente como tripulante del carguero *La Madeleine,* que zarpaba de Montreal. En Madrid había recibido la carta que ahora llevaba en el bolsillo de los pantalones. Tras tomar el primer vuelo a Londres, había llegado a Gatwick esa misma mañana, había cambiado su dinero por libras inglesas y había abordado un tren hasta la estación Victoria.

Ahora aguardaba en el andén un tren que lo llevara hacia el oeste.

Dejó los petates en el suelo y se apoyó en una columna, con las manos en los bolsillos. Los dedos de la mano derecha tocaron la carta plegada.

«*Oh Félix»,* comenzaba. Y continuaba:

Me siento muy mal por escribirte esto. Tú siempre me envías tarjetas postales, cuando yo apenas te he enviado alguna tarjeta de Navidad, y no parece justo. Pero dijiste que te llamara si alguna vez necesitaba ayuda.

Pues bien, necesito ayuda. ¿Puedes venir a casa del Vejete? Por favor, no me odies. No quisiera pedirte esto, pero estoy desesperada.

Afectuosamente,

Janey

La carta estaba escrita a máquina, incluso la firma. El timbre postal era de Mousehole, Cornualles, donde vivía el abuelo de Janey. Donde Félix enviaba sus tarjetas postales todos los meses. Las tarjetas apenas contenían unas líneas enviadas desde el puerto donde él estuviera, breves resúmenes de las conversaciones unilaterales que él entablaba con Janey cuando estaba en alta mar y ella no podía oírle.

Suspirando, Félix palpó la carta y la plegó en un cuadrado aún más pequeño.

—¿Odiarla? Jamás.

Siempre tenía sentimientos ambiguos. Felicidad por haberla conocido, tristeza de que todo se hubiera desmoronado así, frustración porque no habían podido recomponer las cosas, porque no lo habían intentado de veras. La grata historia que habían compartido —dos años y medio en que todo parecía perfecto— no había sido suficiente para superar unos meses de discusiones insensatas, donde habían dicho cosas que más valía callar y que después habían lamentado. Una vez dichas, esas palabras habían cobrado vida propia y era imposible aplacarlas.

Pero Félix no había dejado de amarla, no había dejado de esperar que un día se reunirían de nuevo. Y, ahora que ella al fin lo llamaba, la esperanza quedaba sofocada por el temor. ¿Qué había ocurrido de malo para que ella le escribiera?

Rogó que no fuera el Vejete. Que nada le hubiera ocurrido a ese dulce anciano.

¿Pero entonces *qué* había ocurrido? La carta tenía esa impresión típica de Janey, que a veces actuaba como una atolondrada.

Con la llegada del tren, Félix olvidó sus preocupaciones en el ajetreo de montar, guardar sus bártulos y encontrar un asiento. El coche llevaba pocos pasajeros. En esa época del año —mediados de octubre— los ingleses no emigraban en tropel hacia el oeste, como en las vacaciones de verano. La zona de Penzance era conocida como la Riviera de

Librodot

Cornualles, y en verano hacía honor a ese hombre. Ahora los únicos que viajaban a la Península de Penwith eran los que vivían allí o los que iban por negocios.

Una vez apoltronado en el asiento, extrajo una novela de misterio e intentó leer mientras el tren salía de la estación. Pero los rasgos de Janey se entrometían en la narración. Apenas había seguido Félix el relato del detective privado durante unas pocas frases cuando tuvo que reiniciar el párrafo. Sus expectativas se mezclaban turbulentamente con la angustia nacida de la mera ansiedad de verla de nuevo.

Cuando salieron de Londres, Félix dejó el libro y miró por la ventanilla, observando las parcelas rodeadas por setos. Los recuerdos acudieron en tropel, y él simplemente los dejó venir.

Cinco horas después se apeó en la estación de Penzance y se plantó en el aparcamiento para automóviles, mirando el monte St. Michael, que se erguía como una hinchazón combada en Mount's Bay. Ya anochecía. Los cielos cobraron un color de pizarra. Un vivaz viento del este soplaba del mar, henchido con el sabor de la sal y una promesa del lluvia.

Félix echó a andar hacia una cabina telefónica, pero cambió de parecer. No estaba preparado para llamarla. No quería que el primer contacto fuera una comunicación impersonal por una línea telefónica. Pensó en coger un taxi hasta Mousehole —la aldea estaba a pocos kilómetros al oeste de Penzance, después de Newlyn, ya que las tres formaban una hilera en la costa de Mount's Bay, como tres gaviotas en la borda de un buque—, pero también desistió.

Este lugar despertaba más recuerdos. Sería mejor evocarlos caminando, antes de llegar a la casona del Vejete en la calle Duck, que tratar de afrontarlos en el asiento de un taxi.

Echándose al hombro la correa del bolso, cogió el estuche de madera y tiró por Quay Wharf Road hasta Battery Road. Luego siguió por el paseo del Oeste rumbo a Newlyn.

Aun en la oscuridad, Mousehole era tal como la recordaba. Quizás especialmente en la oscuridad, porque a menudo había recorrido esas calles de noche con Janey y las conocía tan bien como su pueblo natal de Deschenes, en Quebec Oeste. Ambas estaban a orillas del agua, pero allí cesaba toda semejanza.

Deschenes, al menos en su infancia, era una aldea asolada por la pobreza, en el lado desfavorable de las vías que bordeaban esa parte del río Ottawa conocida como Lac Deschenes. Calles de tierra apisonada, edificios destartalados, en algunos casos meras chabolas de lona. Los principales recuerdos de Félix evocaban episodios desdichados: riñas entre sus padres alcohólicos, su hermano Barry estrellándose con la Harley contra un farol de la calle y matándose con su novia, su hermana Sue teniendo el primer hijo a los quince años.

Mousehole era un puerto antiguo, una virginal aldea pesquera de calles angostas y pasadizos sinuosos que serpeaban entre casitas y pequeños jardines. Si allí había pobreza, no mostraba al mundo la fealdad que había mostrado su pueblo natal.

Entró por el paseo, dejó atrás el viejo hotel guardacosta y se dirigió hacia el Acantilado Norte. Allí se plantó frente a la tienda de revistas y miró hacia los dos espigones que encerraban el puerto en un abrazo protector. Mas de una noche de luna se había sentado en uno de esos espigones con Janey y había escuchado el golpeteo de las olas contra las paredes de piedra, mirando el mar o dando la espalda al agua para contemplar el pintoresco paisaje de la aldea escalonada en la ladera y el pestañeo de las luces en las ventanas. Eran noches agradables. No siempre necesitaban conversación. La oscuridad los rodeaba en un

abrazo de camaradería, tan protector como el de los espigones alrededor del puerto.

Félix desvió los ojos. Titubeaba y sabía por qué. Tan cerca de la presencia de Janey el coraje le abandonaba tal como la bajamar robaba las aguas a la bahía.

Se internó por un callejón angosto y echó a andar camino arriba por la calle Duck. Tenía un par de metros de anchura, pero se ensanchaba transformándose en una calle de un carril al llegar a Wellington Place, la plaza que estaba justo antes de la casa del Vejete, en Chapel Place, frente a la capilla metodista.

Un gato negro y anaranjado lo observó con curiosidad desde la pared de piedra cuando abrió el portón de hierro forjado que conducía al diminuto patio del Vejete. Las luces de la pequeña casa de piedra estaban encendidas.

Janey estaba adentro, pensó. Tal vez sentada frente al hogar con el abuelo, leyendo o jugando una partida de dominó con el Vejete. No estaba tocando música, pues no se oía la gaita ni el violín.

Titubeó ante la puerta.

Ánimo, se dijo.

Alzó la aldaba de bronce y golpeó enérgicamente la placa atornillada a la madera. De pronto tuvo una sensación extraña.

No había nadie en casa. Sintió el vacío que la ansiedad le había ocultado. Ni Janey ni el Vejete estaban allí. Pero había alguien...

Golpeó de nuevo y oyó un estrépito. Impulsivamente soltó sus petates en la vereda adoquinada y tanteó la puerta. No estaba cerrada con llave y se abrió enseguida. Félix entró alarmado e intuyó el golpe antes de sentirlo.

Ese aviso fugaz le dio tiempo para dar la vuelta y recibir el puñetazo en el hombro. Una figura se escabulló con un bulto bajo el brazo. Félix recobró el equilibrio, estiró la mano y cogió al hombre por el hombro de la chaqueta. El hombre le descargó el bulto en el vientre.

Félix soltó al intruso. Se encorvó y aferró lo que resultó ser una caja con periódicos y revistas. El hombre forcejeó un momento, tratando de recobrar la caja. Las sombras aún le ocultaban los rasgos. Una puerta se abrió en la casa de al lado. Ante el grito del vecino, el hombre dio un empellón a Félix y huyó. Cuando éste recobró el equilibrio y salió al patio, vio al hombre huyendo por la calle Duck hacia Mousehole Lane.

Dejó la caja en el umbral y se volvió hacia el vecino del Vejete, haciendo un esfuerzo para recordar el nombre.

—¿Señor Bodener? —jadeó, recobrando el aliento.

George Bodener era un poco mayor que el Vejete y también era nativo de Mousehole, aunque nunca había ido más lejos de Plymouth en toda su vida. Era delgado y canoso, pero tenía una redonda cara de *piskie* donde rara vez faltaba una sonrisa. En ese momento, sin embargo, no sonreía. Empuñaba un bastón y estudió atentamente a Félix antes de bajar el brazo.

—¡Vaya! ¿No es usted Félix? —preguntó—. ¿El amigo músico de Janey?

Félix asintió.

—Sorprendí a un ladrón...

—¿Un ladrón? ¿En Mousehole? ¡Vaya, jamás vi semejante cosa! —Se acercó unos pasos—. ¿Está usted herido?

—No, estoy bien. Sólo un poco vapuleado.

Pero, al pensar en ese momento de violencia, miró con aprensión el interior de la casa. ¿Habría lastimado el hombre a Janey o al abuelo?

—No se preocupe por ellos —dijo George—. Se han ido a la granja de Boyd. Es viernes por la noche.

Viernes por la noche significaba una sesión en casa de Charlie Boyd, recordó Félix. Algunas cosas no cambiaban nunca. ¿Pero por qué Janey iba a una sesión cuando presuntamente andaba en problemas?

O no tan presuntamente. ¿Acaso ese intruso a quien acababa de sorprender era un invitado?

—Caracoles —exclamó George, al entrar junto a Félix—. ¡Qué desquicio!

Félix meneó la cabeza. Había una lámpara de pie tirada en la alfombra, con la pantalla de cristal rota. Libros desperdigados frente al hogar. Almohadones arrancados del sofá y del sillón que el Vejete tenía junto a la ventana. Miró la caja que había arrebatado al intruso. Contenía papeles y algo que parecía un libro. ¿Quién habría irrumpido en una casa para robar esas cosas?

—¿Quiere un sorbo de té? —preguntó George.

Félix negó con la cabeza.

—Trataré de ordenar esto antes de que regresen Janey y el Vejete, para que la sorpresa no sea tan grande.

—Es usted muy considerado.

—¿Ha habido muchos problemas por aquí? —preguntó Félix, adoptando una voz despreocupada.

George pestañeó sorprendido.

—¿Problemas? ¿En Mousehole? Qué va. Esto no es Londres. Ni siquiera Penzance.

—He hablado sin pensar —dijo Félix sonriendo.

—Pues eso no es delito —replicó George, echando una última ojeada al cuarto de estar—. Bien, me vuelvo a ver la televisión, Félix. ¿Por qué no me visita por la mañana y me cuenta alguna historia sobre puertos lejanos?

—Lo haré.

Recogió sus bártulos y los llevó adentro junto con la caja, mientras George regresaba a su casa. Luego pasó media hora ordenando la habitación y reparando los daños antes de preparar té.

Llevó la caja a la cocina preguntándose quién robaría semejante cosa. Hurgó entre los papeles y vio que eran manuscritos y artículos del viejo compadre del Vejete, Billy Dunthorn. También había un libro, con un título que Félix desconocía, pero eso no era sorprendente. No tenía mucha memoria para los nombres de los autores ni la cantidad de libros que publicaban. Sólo leía lo que le caía en las manos, le gustara o no.

Pero conocía a Dunthorn porque Janey nunca se cansaba de hablar de ese hombre y su obra.

Llevó el té al ordenado cuarto de estar. Se sentó en el sillón del Vejete con el libro y hojeó las páginas mientras aguardaba el regreso de Janey y el abuelo.

EL RATÓN RASTRERO

Pulgarcete, Acusador, Mediador el larguirucho, Anular y Pequeñín, baila que te baila.

Canción infantil

Jodi no podía contenerse: tenía que enterarse.

Desde luego no existían los Pequeños. Era imposible. Y la Viuda Pender no era una bruja. No tenía poderes misteriosos para dominar a los vivos, ni podía invocar a los muertos. Pensar lo contrario era vivir en un cuento de hadas.

El mundo ya era bastante extraño y maravilloso, como Denzil no se cansaba de repetirle. ¿Qué necesidad había de ir husmeando en busca de rarezas sobrenaturales que no podían existir cuando apenas comprendíamos los misterios de la naturaleza?

«Desde luego, estoy totalmente de acuerdo», respondía Jodi.

¡Pero escuchaba tantas historias! Fantasmas, casas encantadas y criaturas que se tambaleaban en la noche. Hadas, gigantes y seres imposibles. ¿De dónde salían? ¿Sólo de nuestras cabezas? Sin duda algo había incitado a los autores de esas historias a imaginar lo increíble. Sin duda había una pizca de verdad que ponía la mente del autor en funcionamiento.

¿Y si las imposibilidades eran maravillas verdaderas?

¿Y si la Luna estuviera hecha de queso?, respondería secamente Denzil. Entonces la pregunta era quién la comía noche a noche y cómo regresaba, trozo por trozo, hasta parecer totalmente nueva.

Así que Jodi asentía a regañadientes, pero, aunque intentaba ser sensata, no podía acallar esa vocecita que le susurraba en el fondo de la mente.

¿Y si las maravillas fueran reales? ¿Y si lo fueran?

Tenía que saberlo.

De modo que esa noche, cuando se marchó el último cliente y la tía Nettie y sus muchachas se fueron a dormir, Jodi salió por la ventana, bajó por el caño de desagüe y echó a andar por las calles adoquinadas de Bodbury, encaminándose hacia la casa de la viuda Pender.

¡Y qué noche para el misterio! Las nubes surcaban el cielo, ocultando la Luna, despertando las sombras. El mar mascullaba como una vieja, abofeteando los pilotes del

muelle frente a Pingajos, y el fósforo relumbraba en la marea. No se veía luz en una sola ventana, ni siquiera en el taller de Denzil.

Jodi caminaba contoneándose, inhalando el aire salobre, deslizando sus zapatos de suelas blandas silenciosos en los adoquines. Impulsada por su amor por la aventura, ni siquiera sintió nerviosismo hasta que llegó a los lindes del pueblo y tuvo a la vista la casa de la Viuda. Aminoró la marcha, buscando el amparo de una casa vecina.

El edificio de piedra de dos pisos que pertenecía a la viuda Pender se elevaba con aire siniestro sobre los sombríos jardines. Un destello de luz asomaba por una de las ventanas de la planta baja. En ocasiones una sombra pasaba por la ventana, como si la Viuda anduviera de aquí para allá.

Jodi pensó que pronto saldría y se aplastó contra la pared de la casa vecina para esperar. En Pingajos se sabía que la Viuda salía todas las noches cuando el pueblo dormía e iba a mirar el mar desde el promontorio que había frente a su casa.

Las gentes decían que recordaba a su esposo. Los niños de Pingajos susurraban que conversaba con los muertos.

Esta posibilidad le parecía muy real a Jodi mientras se agazapaba con nerviosismo contra la pared y observaba la casa de la Viuda. La noche había cambiado. Había un inquietante rezongo en el murmullo de la marea. El viento ligero que soplaba desde el agua parecía más un resuello que una brisa marina. Los árboles gruñían ominosamente. Cosas invisibles susurraban en los setos.

La tibieza del lecho parecía muy remota, y la echaba de menos, pero se mordió el labio inferior y montó guardia, rehusando dejarse disuadir. Era un momento para ser valiente, y estaba resuelta a serlo. Pero, mientras aguardaba, no podía dejar de pensar en todas las historias escalofriantes que había oído. Estaban los *hummocks,* espíritus malignos que saltaban de los setos para intimidar a los viajeros con su presencia espectral. Estaban los hombres ahogados que emergían con la marea, festoneados de algas y chorreando agua por la ropa podrida. Estaba el Espectro Acechante, un espantajo con piernas de paja cuya cabezota era un nabo tallado, que capturaba y devoraba a los niños que se escabullían de la casa por la noche...

Jodi lamentó haber pensado en él. Ahora sólo oía sus pisadas blandas en la calle. Era demasiado fácil imaginar que se le acercaba con sigilo, la cogía con los dedos nudosos y le hundía las uñas puntiagudas en los brazos.

Se puso a temblar, mirando por encima del hombro con tanta frecuencia que casi no vio cuando la Viuda salió de la casa. Jodi la siguió con la vista y se levantó deprisa. Sin dejar de mirar a la Viuda que se alejaba, temiendo hasta respirar, corrió hacia la ventana iluminada y miró adentro.

No vio nada fuera de lo común.

Siguió mirando y vio una salita donde todo era tan normal que daba ganas de bostezar. Una fogata de carbón ardía en el hogar. Desde la repisa, dos velas gordas y blancas en candelabros de plata arrojaban su luz fluctuante en la habitación. Había un par de cómodos sillones junto al fuego y un tejido descansando en un respaldo; un armario exhibía platos de porcelana, la mayoría con escenas que describían Bodbury y la campiña circundante; una larga mesa junto a la pared le recordó las mesas de Denzil, pues estaba atiborrada de extrañas herramientas de carpintería y trozos de paño y madera; y una estantería guardaba tantas chucherías como libros. Pinturas y tapices colgaban de las paredes. Una acogedora y gruesa alfombra de lana yacía sobre el piso.

Pero nada mágico. Ninguno de los artilugios asociados con las brujas: ni marmitas burbujeando sobre el fuego, ni manojos de hierbas y extraños talismanes. Era lógico. Si la Viuda fuera una bruja, ocultaría las herramientas de su oficio. En el altillo, quizás. O en el sótano.

Jodi volvió a mirar la mesa de trabajo. En un extremo había una caja oblonga cubierta de terciopelo. Miró hacia donde había ido la Viuda, pero aún no vio indicios de que

regresara.

¿Se atrevería? Había llegado hasta allí, pero entrar en la casa y husmear entre las pertenencias de esa mujer...

Titubeó un largo instante, fue hasta la puerta y tanteó el picaporte, que giró sin dificultad. La puerta se abrió en silencio cuando Jodi la empujó. Titubeó de nuevo en el umbral, inhaló profundamente y entró.

Se detuvo en el vestíbulo, espetando sin saber qué. Una especie de alarma, quizás. Un gato que le saltara encima, chillando y bufando. Un cuervo que la atacara graznando. Un perro negro y gruñón de ojos rojos que surgiera de una nube de humo denso para morderle los pies. Pero no había nada.

¿Por qué iba a haber algo? No existían las brujas. La viuda Pender era sólo una anciana solitaria que se las tenía con su soledad y su pensión. Y allí estaba ella, entrando en la casa sin permiso y, sin duda, contra la voluntad de esa mujer.

Rata Friggens dice que la vieja tiene un Pequeño en su casona...

Pero los Pequeños eran tan irreales como las brujas, ¿verdad?

Un hombre diminuto que ella guarda en un frasco.

Enfiló hacia la salita. Parecía tan inocua desde este lugar como cuando había atisbado por la ventana. Podía ser la sala de cualquier anciana, con un fuego alegre y un vago aroma de flores secas en el aire.

Jodi entró, acariciando la lisa superficie de madera del aparador, y se acercó a la mesa de trabajo. Se detuvo al llegar, mirando con curiosidad el trabajo de la Viuda.

Muebles para muñecas.

Un hombre diminuto.

Podía haber cien buenas razones para que la anciana hiciera muebles para muñecas.

Ella tiene un Pequeño...

Apoyó la mano en el terciopelo que cubría la caja del extremo de la mesa y apartó lentamente la tela. Un acuario. Pero, a diferencia de los que había en el altillo de Denzil, éste estaba amueblado como una casa de muñecas. Había una mesilla con dos sillas; una estufa en miniatura con carbón adentro, cuya chimenea se elevaba por el costado del acuario y salía por un orificio circular en el vidrio; un armario y una cómoda; una pequeña alfombra tejida; una cama, con mantas y almohadas. Incluso había un muñeco tendido bajo las mantas. De pronto, el muñeco se dio la vuelta y la miró. A Jodi se le fue el corazón a la garganta.

El Pequeño.

Rayos, de veras había un hombrecillo.

No era mayor que un ratón; un hombre en miniatura, perfectamente formado, pestañeando en su prisión de vidrio. El hombrecillo se apretó las mantas contra la garganta y abrió los ojos en un gesto de alarma.

Jodi se acercó a la pared de vidrio, moviéndose despacio para no asustarlo. Entonces sintió una ráfaga de aire frío en la nuca. Aún moviéndose despacio, pero ahora por temor, enderezó el cuerpo y se volvió hacia la puerta.

Allí estaba la Viuda, con una expresión socarrona en los ojos oscuros. Se apoyaba en el bastón, y los oscuros pliegues de la capa le caían hasta la caña de los altos botines acordonados.

—¿Qué tenemos aquí? —dijo—. ¿Has venido a espiarme, Jodi Shepherd?

No había sitio donde ocultarse —y de cualquier modo era demasiado tarde— ni sitio adonde huir, así que Jodi se quedó donde estaba, haciendo frente a la Viuda con rodillas trémulas.

Algo se movió a los pies de la Viuda. Jodi no las tenía todas consigo —había descubierto al Pequeño, y la Viuda la había descubierto a ella— y apenas atinó a mirar a la

pequeña criatura.

No era mayor que un gato, o que el macaco de Denzil, pero el cuerpo no tenía pelo. Patas esmirriadas sostenían un torso barrigón. Un desgreñado mechón de pelo rojo caía sobre la frente del rostro triangular. Orejas semejantes a pequeñas conchas sobresalían de la cabeza en ángulo recto. Se aferraba al ruedo de la capa de la Viuda, mirando a Jodi con ojos grandes como platillos. Una sonrisa le asomaba en la bocaza.

Jodi volvió a mirar a la Viuda.

—¿Qué... qué vas a hacerme? —atinó a decir al fin.

—Es una buena pregunta, ¿verdad? —replicó la Viuda.

Aunque el tono era mesurado, la mirada era escalofriante.

¿Cómo podía haber sido tan tonta de ir allí sin que nadie lo supiera?

Estaba condenada a pasar el resto de la vida como sapo o salamandra o cualquier otro bicho en que la Viuda decidiera transformarla, por meterse en la casa y descubrir sus secretos,

—Yo... yo no he querido...

Causar daño, quería decir, pero tenía un nudo en la garganta y no podía articular palabra.

—Mi hombrecillo está tan solitario —dijo la Viuda.

A sus pies, la extraña criaturilla rió entre dientes. Jodi intentó retroceder, pero detrás sólo tenía la mesa, y ya estaba apretada contra ella.

—Por favor —musitó Jodi.

La Viuda dijo una palabra que pareció quedar colgada en el aire.

Jodi no conocía el idioma, pero aun así creyó entenderla. Se amilanó al oír la repetición de las tres sílabas, como si su cuerpo infiriese subconscientemente el significado y se acobardara.

Luego, la Viuda dijo el nombre de Jodi. Lo repitió una vez, y otra. Tres veces en total.

Jodi sintió un mareo.

No me desmayaré, pensó mientras se apartaba de la mesa.

La dominó una sofocante sensación de encierro que parecía acosarla desde todas partes. Al mismo tiempo, las paredes se alejaban en dirección contraria.

Aturdida, tambaleante, desorientada, Jodi luchó para conservar el equilibrio, pero aun así el suelo subió a su encuentro.

Librodot

LA CACERÍA

Inició el brioso Nimrod sangrienta cacería: cazador poderoso, cuya presa era humana.

ALEXANDER POPE,
El Bosque de Windsor

Al oeste de Mousehole, muy al oeste, más allá de los escarpados acantilados de Land's End, allende el Océano Atlántico, más al oeste, cruzando el continente norteamericano hasta el extremo meridional de la isla de Vancouver... Allí, en una inmaculada casa de estilo Tudor de esa zona residencial de Victoria denominada James Bay, un viejo despertó de un sueño ligero y se enderezó en la cama.

El casi nonagenario John Madden aún gozaba de tanta salud como cuando era sesentón. Y gozaba entonces de tan buena salud que el médico había observado: «Si no hubieras sido mi paciente durante veinte años, John, juraría que no tienes más de cincuenta.»

Era verdad que el mechón de pelo negro de su juventud se había puesto gris y había raleado. Ahora se movía más despacio y sentía la fragilidad de los años en el cuerpo delgado, de modo que los huesos le dolían con el tiempo inclemente y tenía los músculos rígidos al levantarse por la mañana o tras un largo tiempo ante el escritorio. Pero aún se encargaba de sus negocios, con toda la astucia que lo había hecho rico, y su mente seguía tan aguda y penetrante como siempre.

Era una maravilla en los círculos que frecuentaba: siempre un líder, nunca un gregario. Sus asociados se preguntaban cómo lograba conservar la lucidez y la salud, aunque nunca en su presencia. Pero él les veía el asombro en los ojos, cada vez más a medida que transcurrían los años y él conservaba la apostura mientras los demás quedaban en el camino, desplazados por jóvenes ambiciosos que a la vez se hacían las mismas preguntas.

Con todo, el secreto de su éxito no residía en su agilidad mental ni en el espléndido estado de su viejo cuerpo. La clave se hallaba en la pequeña paloma gris que llevaba tatuada en el interior de la muñeca izquierda, de tal modo que la pulsera del reloj la ocultaba a las miradas impertinentes.

Encendiendo la luz de la cama, Madden apretó el botón del interfono que tenía junto al teléfono, en la mesilla de noche.

—¿Si?

La respuesta fue inmediata, vivaz y alerta, aunque el receptor de la llamada sin duda dormía cuando la recibió en su habitación, que se hallaba en la planta baja del edificio.

—Quiero verte, Michael —dijo Madden.

—Subiré enseguida.

Madden se apoyó en el cabezal y cerró los ojos.

Treinta años atrás había medido su inteligencia con la de un compatriota y perdió. Esa derrota aún lo irritaba, no por la pérdida en sí —incluso entonces Madden estaba por encima de esas nimiedades— sino por el trofeo irreemplazable que le habían arrebatado.

Casi lo tenía en las manos —un enigma que no se podía medir en términos vulgares— y se le había escabullido, borroso e intangible como una niebla que se disipa en el sol de la mañana. Continuaba existiendo, pero su adversario lo había ocultado demasiado bien. Dormía en un lugar oculto, y su rival se había llevado el secreto a su tumba marina.

Madden había enviado agentes en su busca, una y otra vez, pero el secreto dormido era invisible. Impenetrable. Escurridizo. El mismo había recorrido la casa y la zona circundante —él, con su conocimiento y comprensión de lo que buscaba, aunque no de la configuración donde ahora moraba el secreto— sin hallar nada. ¿Cómo podía esperar que otros lo consiguieran?

A pesar de todo, los enviaba a observar.

Y esperaba.

Porque sabía que un día despertaría de nuevo.

Y entonces el secreto sería suyo.

Yél se lo llevaría a la eternidad.

Un golpe a la puerta de roble del dormitorio lo arrancó de sus ensueños. Abrió los ojos.

—Entra, Michael —dijo.

El hombre que entró era otro secreto, sólo sospechado, quizá, por la comunidad hermética del mundo, pero su importancia trascendía las fronteras del ocultismo. Michael Bett era —como Madden había probado irrefutablemente— la reencarnación de uno de los mayores hechiceros de principios del siglo XX. Nacido el 5 de diciembre de 1947, demostraba con su existencia no sólo que la reencarnación era posible, sino que la voluntad de un hechicero tenía fuerza suficiente para brindarle más de una oportunidad para deambular por el mundo con forma corpórea.

Madden había conocido bien a Bett en la vida anterior de ese hombre; tanto que no pudo dejar de reconocerle cuando lo sorprendió en su nueva identidad.

La semejanza no era física. Bett era un hombre flaco y membrudo, muy distinto de lo que había sido. Usaba el cabello oscuro bien largo, a la moda, tenía rasgos angulosos, pómulos pronunciados, frente alta, ojos brillantes y hundidos. Pero poseía esa misma voluntad potente, esa tendencia hacia el exceso, esa incapacidad para el afecto natural, ese egotismo y esa mente brillante.

En vidas anteriores no habían sabido comprenderlo, ni sabían comprenderlo ahora. No era el caso de Madden. Madden había alimentado esa mente brillante.

Había encontrado a Bett diez años atrás, cuando él se erguía ante el cadáver de su última víctima en un ventoso callejón de Chicago. En una ráfaga de lucidez reconoció al turbado espíritu que aleteaba detrás del brillo de la mirada de ese hombre.

Antes de que Bett le atacara, Madden invocó a la Paloma —cuyo símbolo ahora Bett también lucía en la muñeca— y se llevó a Bett consigo. Lo cuidó y aplacó su insaciable apetito de sufrimiento ajeno. Encauzando la increíble voluntad del hombre hacia las doctrinas de la Orden brindando una salida intelectual para sus excesos. Bett dominó la necesidad de sembrar estragos en las carnes de otros e incluso superó las elevadas expectativas de Madden.

Pero sabiendo quién era Bett, ¿cómo podía sorprenderse?

Había secretos y secretos. Este pertenecía a Madden y a Michael Bett; a nadie más. Era

Librodot

un secreto de diez años, pero todavía despertaba un destello de satisfacción en los ojos de Madden cada vez que miraba a su colega.

Pidió a Bett que se acercase. Bett cruzó la habitación y se sentó en el borde de la cama.

—¿Lo has sentido de nuevo? —preguntó.

—Dos veces en un día —asintió Madden—. Creo que es hora de que te reúnas con Lena. —Bett frunció el entrecejo—. Lo sé —continuó Madden—. Si Lena estorba...

—La pondré en cintura.

—Pero con suavidad. Su padre aún ocupa un alto puesto en la Orden.

Bett meneó la cabeza en señal de aprobación y se levantó de la cama.

—Será mejor que vaya a hacer el equipaje. —Se detuvo en la puerta—. Puedes contar conmigo —le dijo a Madden, y se marchó.

Madden asintió satisfecho. Cuento con que tú lo traigas, pensó. ¿Pero una vez que el secreto sea arrancado de su configuración actual y esté disponible para que lo usemos...? ¿Aún podré contar contigo entonces?

Madden era demasiado listo para permitir que su afecto por Bett le impidiera olvidar el carácter codicioso de ese hombre. A pesar de todo lo que Madden le había brindado, Bett sólo era fiel a sí mismo.

Pero en eso no somos tan diferentes, ¿verdad?, pensó Madden mirando a su alrededor.

Eso era lo que los separaba del rebaño.

Librodot

¿QUÉ DEMONIOS TE DUELE?

Siempre es bueno establecer contacto con otros músicos y descubrir que no eres un chiflado, que hay otros... que tocan este extraño instrumento.

KATHRYN TICKELL,
acerca de la gaita de Nortumbria,
en una entrevista en *Folk Roots,*
nº 41, noviembre de 1986

Fue Manus Boyd —abuelo de Charlie Boyd, un granjero de Ballyduff, cerca de la desembocadura del Shannon— quien introdujo la costumbre de edificar amplias casas irlandesas en la península de Penwith a principios de siglo. Janey había oído la historia tan a menudo que, como los hijos de Charlie, entornaba los ojos y pensaba en otras cosas cuando Charlie la contaba de nuevo.

Manus cruzó el mar Celta con su esposa Anne en 1902 y recaló en Cornualles, donde se puso a trabajar cerca de Sennen, en una granja que pertenecía a una de las grandes fincas de la región. En esos días las fincas tenían problemas para hallar arrendatarios, así que un intermediario establecido arrendaba las tierras no deseadas, las llenaba de ganado y subalquilaba la propiedad. El subarrendatario no era responsable ante la finca; la responsabilidad por el mantenimiento quedaba en manos del granjero ausente.

Cuando Charlie se hizo cargo de la granja ya no trataba con el intermediario, sino que arrendaba la propiedad directamente a la finca, a través de un agente. Él pertenecía a la tercera generación de Boyds en esa comarca, por lo que a comienzos de la Segunda Guerra Mundial sus taciturnos vecinos se avinieron a llamarla Granja Boyd en vez de Granja Dobson. Los Dobson habían sido los arrendatarios anteriores a Manus Boyd.

Manus y Anne habían abandonado este mundo, al igual que el padre y la madre de Charlie, pero aún abundaban los Boyd por esos lares, con Charlie, su esposa, sus tres hijos y su hermano Pat. Y las sesiones musicales que la habían transformado en una casona amplia en tiempos de sus abuelos aún conservaban popularidad entre quienes amaban las baladas tradicionales.

A Janey le disgustaba que en esas sesiones hubiera tantos fumadores; siempre salía con el cabello y la ropa impregnados de humo. Lo mismo ocurría cuando tocaba en los clubes. Pero ese elemento irritante era una molestia menor en comparación con el magnífico

momento que pasaba.

Ya había una buena muchedumbre cuando llegaron ella y el Vejete.

Chalkie estaba allí con su organillo, sentado junto a Jim Rafferty, que aún no había sacado el silbato de hojalata del bolsillo interior de la chaqueta. Habían acudido un par de integrantes de los Newlyn Reelers, una banda de música lugareña, así como Bobbie Wright y Lesley Peake, un dúo profesional que vivía al otro lado de Penzance y tocaba guitarra y violín.

Había gente de las granjas vecinas —algunos habían llevado instrumentos, otros solamente la voz— y, desde luego, estaban los Boyd: el tío Pat, banjo tenor; Charlie, violín; su esposa Molly, piano y concertino; su hija Bridget, flauta de concierto y silbato; y sus hijos Sean, violín, y Dinny, quien tocaba una gaita típica de Irlanda y Nortumbria.

Fue Dinny quien le consiguió a Janey su primera gaita cuando ella habló de aprender ese instrumento. Le enseñó lo básico y la alentó cuando las complejidades del instrumento la exasperaban tanto que deseaba arrojarlo a la bahía.

Esa noche, sentada junto a las dos sillas correspondientes a Janey y el abuelo, también estaba Clare Mabley, la mejor amiga de Janey. Clare era una muchacha trigueña, esbelta y pálida, que trabajaba en una librería de Penzance. Tenía un bastón de endrino en el suelo, junto a la silla. Cuando Janey se sentó sacó un silbato de hojalata de la cartera.

—He recibido este silbato en clave de fa —dijo—. Ha llegado hoy con la correspondencia.

Janey sonrió.

—¿Y?

—Todavía me estoy acostumbrando a la modulación.

Clare tenía buena voz, pero siempre había deseado tocar un instrumento. El problema era que no podía concentrarse en el aprendizaje. Al final escogió el silbato y lo adoptó cuando Jim Rafferty le aseguró que era fácil de aprender y se ofreció para enseñarle. Ahora lo pasaba mucho mejor en las sesiones, aunque cada vez que le llegaba el turno escogía una melodía que todos conocieran para no tener que tocar sola.

Como todos los viernes por la noche, estaban reunidos en la enorme cocina de los Boyd, donde sillas, taburetes y cajas de embalaje formaban un círculo en torno de la estufa de gas y la gran mesa, atiborrada de pasteles, bizcochos y galletas traídas por los invitados. Siempre había té caliente en una gran tetera de cerámica junto a la estufa, aunque muchos llevaban bebidas más fuertes. El Vejete había llevado sus cervezas, una de las cuales estaba bajo su propia silla y otra bajo la de Janey.

La música recorrió el círculo. Cuando le tocaba el turno, cada persona tenía que ofrecer algo: una melodía, una canción, un cuento, una broma. Si uno conocía el procedimiento y le parecía bien, participaba; de lo contrario, se reclinaba para disfrutar.

Como ocurría cada vez que llegaban, justo acababa Janey de sentarse cuando le tocó el turno. Con quejas risueñas, cogió la gaita y se sujetó el fuelle encima del codo del brazo izquierdo. Luego sujetó el odre a los roncones, se apoyó los roncones en el brazo derecho y conectó el diminuto canuto. Tras afinar los roncones con el canuto, le sonrió a Dinny y acometió una vigorosa versión de *Billy Pigg's Hornpipe.* Era una de sus melodías predilectas, compuesta por el mismo Pigg.

Como tocaba en clave de fa, la mayoría de los otros músicos no podía participar. Una peculiaridad de la gaita de Nortumbria era que no podía tocar en la clave de la mayoría de las danzas tradicionales. Pero Dinny, tras dejarla tocar una vez a solas, se le unió con su propia gaita, al igual que Clare con su flamante silbato, cuyos tonos agudos y dulces hendían gratamente el zumbido de los roncones de la gaita y el más blando sonido de sus canutos.

Terminaron la ejecución con un floreo y recibieron una ovación que ruborizó a Clare. Luego le llegó al Vejete el turno de contar una de sus inverosímiles historias. Después Chalkie acometió una versión de *Johnny Cope* con el organillo y Janey cambió la gaita por

Librodot

el violín. Cuando Chalkie pasó a *Tipsy Sailor* —una variante irlandesa de la misma balada—, todos los que tenían un instrumento en la mano comenzaron a tocar, y los que no batieron palmas. La cocina vibraba con el sonido de la música.

Así iba transcurriendo la velada, con melodías y canciones y poesías. Cuando llegaba el turno de Janey o Dinny, ambos cogían la gaita y disfrutaban de la oportunidad de tocar juntos. Era lo que más complacía a Janey en las sesiones.

Era una lástima no poder persuadir a Dinny de que la acompañara en su gira, pensó mientras tocaban una delicada versión del lento aire *The Flowers of the Forest.* Siguiendo la línea melódica, primero un canuto y luego el otro tomaron la iniciativa, armonizando bellamente con el dulce ronroneo de los roncones.

Pero Dinny no tenía interés en las giras. Aunque amaba la música, como toda su familia prefería las sesiones a los conciertos organizados. Sólo después de semanas de persuasión, Janey había logrado que participaran en algunos temas de sus grabaciones.

En un punto, la rueda del círculo llegó a Frank Woolnough, quien poseía una granja en las afueras de St. Buryan. No cantaba ni tocaba un instrumento, pero sabía contar historias exageradas. En ocasiones él y el Vejete se pasaban la noche tratando de superarse uno al otro. Esta vez el Vejete había contado su anécdota sobre el par de *hummocks* que había visto una noche en el sendero campestre cerca de Sennen; así que Frank, naturalmente, procuraría cargar las tintas.

—Bien —dijo—, esto me lo contó mi padre y aconteció por tus lares, Vejete, en la bahía de Mousehole. Un barco de Lizard había atracado allí y mi padre salía tambaleándose de la taberna después de haber empinado alguna cerveza de más... Claro que no era su costumbre, pero como había sido un día de suerte, quién no iba a convidarle a un trago.

»Pues bien, estaría borracho, pero oíd lo que me contó. Estaba allí, apoyado en la baranda y mirando los barcos que cabeceaban en el agua, en plena marea baja, cuando he aquí que ve salir a un hombrecillo de ese buque de Lizard. No era mayor que un ratón y bajaba por la soga de amarre manteniendo el equilibrio de lo más ufano.

»Mi viejo pestañea una y otra vez y, en la pausa entre los dos pestañeos, he aquí que el hombrecillo desaparece.

El tío Pat, que estaba junto a la estufa, soltó una risotada.

—¡Pues habrá regresado a la botella de donde vino!

—Ríete si quieres —dijo Frank—, pero mi viejo bajó al puerto para echar una vistazo de cerca. ¿Y qué vio? Huellas diminutas que iban desde una soga de amarre por la arena y se perdían en una gran pila de redes amontonadas contra una escalinata. —Frank cabeceó sabiamente, dirigiendo la mirada hacia el Vejete—. Los *hummocks* son una cosa —prosiguió—. Pero quizá no hayas visto más que una niebla, Vejete. No quiero ofender, pero así veo las cosas. En cambio, ese hombrecillo... Mal rayo me parta si lo que vio mi padre no fue un *piskie.* Las huellas eran prueba suficiente a ojos de todos.

—¿Y quién más las vio? —preguntó Chalkie.

—Oh, claro —replicó Frank—. Subió la marea y las borró. Pero él las vio con toda claridad y, ebrio o sobrio, mi padre no era hombre de inventar una historia así.

Janey no pudo contener una sonrisa. La historia le evocaba los libros de Dunthorn, incluido el libro que había descubierto esa tarde y apenas había comenzado a leer. Pero no tuvo tiempo para cavilaciones, pues Bridget Boyd, sentado al lado de Frank, acometió una melodía y todos se dejaron arrastrar por la música.

A medianoche, la música fue perdiendo ímpetu y todos empezaron a marcharse. Janey y el Vejete estuvieron entre los últimos en partir, pues el Vejete entabló una solemne conversación con el tío Pat acerca del reparto de pescado fresco que el Vejete dirigía desde su hogar, efectuando la distribución en una vieja y desvencijada camioneta Austin que estaba pintada de amarillo brillante con la leyenda «Pescado local fresco» en cada flanco.

Dinny y Janey entablaron su propia conversación. Sentados casi cara a cara, fueron comentando las peculiaridades de ciertas lengüetas, ciertos giros de raras melodías y otros

temas musicales, hasta el punto de obligar a Clare y los demás —que conocían de sobra las pláticas de esos dos— a iniciar charlas menos esotéricas.

Cuando llegó la hora de partir, Clare se fue con Janey y el Vejete para que la llevaran a casa. Janey acomodó los instrumentos en la parte trasera de su diminuto Reliant Rodent de tres ruedas —como de costumbre, Dinny le preguntó cuándo pensaba comprarse un coche en serio—, y enfilaron hacia Mousehole por los tortuosos senderos que unían Lamorna con la aldea, con altos setos a ambos lados de los angostos caminos.

Dejaron a Clare en la puerta de la casa que compartía con su madre en Raginnis Hill, a poca distancia del Hospital de Aves Silvestres. Tras prometerle que la vería mañana, pues Clare tenía el día libre, Janey se despidió con un ademán. El Vejete añadió un «Que duermas bien, capullito», y continuaron la marcha cuesta abajo.

2

Félix oyó el ronroneo del Reliant antes de que alumbraran la sala de estar del Vejete las luces del coche que rodeó la esquina de Mousehole Lane y aparcó junto a la camioneta. Dejó de leer el libro que había rescatado y se inclinó en el sillón, con el pulso palpitante de ansiedad.

Pensó que habían pasado tres años.

¿Habría cambiado ella? ¿Y él? ¿Sería una situación engorrosa?

Se pasó la mano por el pelo corto, mientras escuchaba las voces. Iba a levantarse, cuando de pronto la puerta se abrió de par en par y Janey irrumpió con su ímpetu habitual.

Se paró en seco al verlo sentado en el sillón del Vejete.

Éste entró más despacio y fue el primero en hablar.

—Félix. ¡Qué gran suerte! ¿Cómo estás?

Félix se levantó, pero aún no había atinado a pronunciar palabra cuando Janey arrojó los instrumentos al diván y voló por la habitación para abrazarlo.

—¡Félix! —exclamó, estrechándolo, apretándole el cuerpo con sus brazos menudos.

El pulso de Félix se aceleró otra vez. La abrazó, palpó la forma familiar de esas clavículas bajo el vestido y olió el humo de cigarrillo que le impregnaba la ropa y el cabello, aunque debajo estaba ese dulce aroma que era ella.

No pudo decir una palabra.

Janey retrocedió un paso para mirarle el rostro.

—Qué magnífica sorpresa —exclamó—. Han pasado siglos.

¿Sorpresa?, pensó Félix.

—Debiste anunciar que venías —dijo el Vejete, mientras cerraba la puerta—. Habríamos ido a recogerte a la estación.

Janey lo abrazó de nuevo y se apartó con el rostro aún radiante.

—Grandísimo granuja —le increpó, pegándole suavemente en el hombro—. Tan típico de ti, presentarte sin aviso.

—Pero...

—Es espléndido verte —le interrumpió Janey. Lo arrastró al diván para que ambos pudieran sentarse juntos—. Debes contármelo todo. Dónde has estado. Qué haces aquí. —Echó una ojeada al equipaje y detuvo la vista en el estuche de madera—. Veo que has traído tu acordeón. Espero que también hayas traído nuevos temas.

—No hay cerveza —se lamentó el Vejete—, pero puedo poner agua a calentar.

—No, gracias. Acabo de beber un poco de té —dijo Félix, negando con la cabeza.

—¿Cuánto tiempo puedes quedarte? —preguntó Janey, estrujándole la mano—. Dime

Librodot

que serán semanas.

Félix quería disfrutar de esas atenciones y no decir nada, pero no pudo contenerse.

—Janey, ¿por qué estás tan sorprendida de verme?

Ella parpadeó.

—¿Por qué no iba a estarlo? No anunciaste que venías.

—Pero la carta...

—¿Escribiste? —Janey se volvió hacia el Vejete—. No hemos recibido ninguna carta, ¿verdad? —El Vejete meneó la cabeza—. Se habrá perdido en el correo —dijo Janey—. ¿Dónde la enviaste?

—Yo no escribí —corrigió Félix—. Tú me escribiste a mí.

—Nunca lo he hecho —dijo Janey, parpadeando de nuevo.

Félix se zafó la mano, extrajo la carta plegada del bolsillo y se la entregó.

—¿Pues qué es esto? —preguntó.

Janey abrió la carta y la leyó deprisa.

—Yo no envié esta carta, Félix.

—No es gracioso —protestó, frunciendo el ceño—. He recorrido un largo trecho. Yo...

¿Qué podía decir? ¿Que había acudido porque una vez lo había prometido y las promesas le parecían sagradas? ¿Porque le había dicho que siempre estaría a su disposición, a pesar de todo? ¿Porque la carta había ardido como una señal brillante en su mente, despertando esperanzas muertas?

—Yo no la escribí, de veras —insistió Janey—. No estoy en ningún problema, ni estoy desesperada.

—Pero...

—Bien, no es del todo cierto. Rompí con Alan y estoy a punto de iniciar una gira y necesito un acompañante; pero no te escribiría por eso. —Tanteó la carta con un dedo—. Esto parece tan... serio.

—Por eso he venido.

Janey se había puesto solemne. Le cogió la mano de nuevo.

—Me agrada mucho que vinieras después de recibir esto.

—¿Puedo ver esa carta? —preguntó el Vejete. Janey se la entregó—. Es raro que alguien gaste este tipo de bromas —añadió después de leerla.

Félix escrutó la mirada firme del anciano y comprendió que éste sabía exactamente a qué había venido, y que lo aprobaba. Félix y el Vejete siempre se habían llevado bien. Pero aunque le agradaba el anciano, más le interesaba la nieta.

—¿Has tenido que viajar mucho? —preguntó el Vejete.

—La recibí en Madrid —dijo Félix— y he venido cuanto antes.

—Yo no la escribí —repitió Janey—. Ni siquiera tengo máquina.

Félix quería creerle. ¿Pero entonces quién la había enviado? ¿Quién lo conocía tanto para saber que semejante carta lo llevaría hacia Janey, sin importar dónde estuviera al recibirla? ¿Y quién se tomaría esa molestia?

No tenía sentido.

—Janey no gasta estas bromas —aseguró el Vejete.

—Lo sé.

Al menos creía saberlo. La Janey que había conocido no lo habría hecho ni en sueños. ¿Pero quién sabía cuánto había cambiado en tres años?

De nuevo se acarició el pelo corto, sintiéndose en ridículo por haber viajado tanto para estar allí cuando nadie lo necesitaba.

—Sin embargo, ha sido maravilloso verte —dijo Janey.

—Y es mejor que no haya problemas, ¿no te parece, palomita mía? —añadió el Vejete.

Problemas, pensó Félix.

—Bien, sí ha habido problemas —anunció. Y describió brevemente lo que le había ocurrido al llegar.

—¿Cómo habrán podido saberlo? —inquirió el Vejete cuando Félix concluyó.

—¿Saber qué? —preguntaron Félix y Janey al unísono.

El Vejete miró el libro, que descansaba en el brazo de su sillón favorito. Calló unos instantes y al final suspiró.

—Hay algo en ese libro —dijo—. No sé exactamente qué, pero hay gente que lo busca desde que está en mis manos.

Janey se inclinó hacia adelante en el borde del diván.

—¡Eso es! Dijiste que una mujer americana estuvo preguntando por él.

—Y no es la primera, tesoro mío. Cuando Billy me lo entregó... Bien, Billy y yo éramos compadres. Íntimos como hermanos. Yo no sabía por qué él me había enviado el libro, por qué deseaba que lo escondiera. Lo he leído y es sólo una historia como las otras que escribió. No obstante, lo escondí.

«Primero lo guardé en la casa de Charlie, luego en la granja de Andy Spurr, cerca del lago artificial. Y fue una suerte que lo hiciera, pues había hombres que preguntaban por él, amenazando con entablarme un pleito, aunque no tenían el menor fundamento legal para ello, e incluso venían a la casa cuando no estábamos mi mujer ni yo.

—¿Cuándo ocurrió eso? —preguntó Janey.

—Oh, hace años... Antes de que tú nacieras, encanto. Pero vinieron, espiaron y fisgonearon durante unos meses, sin darme tregua, hasta que un día se esfumaron de golpe. De vez en cuando recibía una carta, o una llamada telefónica, cuando instalaron las líneas, preguntando por los «manuscritos inéditos» de Billy. Parecían ser editores en busca de apuntes o cuentos que no se habían publicado, o pidiendo fotos y objetos. Pero yo sabía distinguir muy bien. Y esos tíos no eran editores. Tampoco sé decirte cómo lo supe, ni quiénes eran, ni qué querían.

—Esto se vuelve cada vez más misterioso —reconoció Janey, tiritando.

El Vejete asintió, aunque el misterio no parecía alegrarlo.

—Cuando Andy murió el año pasado, su viuda me pidió que me llevara la caja con los escritos de Billy, pues ella pensaba abandonar la granja para ir a vivir a St. Ives con su hijo. La guardé en el altillo, pero no la revisé, salvo para cerciorarme de que el libro aún estaba allí. No abrí el libro.

—¿Por qué no? —preguntó Félix.

—No lo sé, hijo —respondió, encogiéndose de hombros—. Me temo que cuando alguien abre ese libro comienzan a ocurrir cosas.

—¿Pero qué cosas? —quiso saber Janey.

El Vejete pareció a punto de contar algo, pero sólo se encogió de hombros y comentó:

—Los cuervos vuelven a merodear.

—Supongo que se puede ganar dinero con un libro desconocido e inédito de Dunthorn —sugirió Félix. Ni el Vejete ni Janey replicaron—. ¿Sí o no? —preguntó Félix.

—Supongo que sí —reconoció el Vejete—. Pero no sería correcto. Hice una promesa, ¿verdad?

—No he dicho que tú debas hacerlo publicar. Es sólo que eso explica por qué la gente viene a buscarlo... Incluso que esté dispuesta a robarlo. Debe de existir un rumor acerca de la existencia del libro, y alguien lo resucita de vez en cuando.

Janey meneó la cabeza.

—Tengo todas las biografías de Billy, y jamás hallé ninguna mención sobre *El país pequeño,* ni sobre ningún libro inédito, hasta que lo encontré esta tarde.

—Hay algo más que dinero —convino el Vejete—. Hay algo raro en ese libro. No sé expresarlo en palabras, pero hay algo. Es sólo una sensación.

Félix pensó en el libro. Era verdad que causaba cierta sensación, aunque él no la habría

llamado rara. La palabra que habría usado sería «acogedora». Era esa clase de libro que demostraba hospitalidad en cuanto lo abrías. Querías seguir la trama, por antojadiza que fuera. Y eso que él ni siquiera era un entusiasta de esas lecturas.

—¿Qué harás? —le preguntó al Vejete—. ¿Ocultarlo de nuevo?

—Supongo.

—¡Pero no hasta que yo termine de leerlo! —protestó Janey.

—No. Podemos esperar, reina mía. —El Vejete sonrió—. Pero tendremos que ser cautos y esconderlo cada vez que salgamos.

Janey tiritó de nuevo.

—¿Todo esto no resulta..., no sé... inquietante?

—Es perturbador, sin duda —convino el Vejete.

Aunque no más extraño que la misteriosa carta que lo había llevado allí, pensó Félix, y que ahora descansaba en el regazo de Janey. La recogió y la plegó.

—Félix —dijo Janey mientras él se la guardaba en el bolsillo—, de veras, yo no la envié.

—Está bien. No me molesta haber venido. Me alegra veros a ambos.

—No pensarás escaparte de nuevo, ¿verdad? —preguntó Janey.

¿Así era como ella veía el fin de su relación? ¿Pensaba que él se había escapado?

—No —respondió Félix—. Me quedaré un par de días, pero luego tendré que marcharme.

—Si acabas de llegar...

¿Cómo explicarle lo que significaba estar allí junto a ella, pero no *con* ella?

—Gasté casi todo el dinero que tenía para llegar cuanto antes —dijo—. Tengo que regresar a Londres para ver qué buques hay en el puerto y conseguir un trabajo.

—Puedes quedarte con nosotros —ofreció Janey.

—Me quedaré esta noche.

—Hay espacio de sobra —añadió el Vejete.

Félix sabía a qué se refería el anciano. Todo podía ser como antes, cuando él vivía con ellos. Pero nunca sería lo mismo. Aunque Félix no se oponía a andar en buenos términos con Janey, ahora se sentía demasiado confuso para pensar en reanudar una relación.

Esa carta se interponía entre ambos...

—No me culpes por algo que no hice —comenzó Janey, pero el Vejete la hizo callar.

—Dale una oportunidad de ordenarse las ideas, amor mío. —Miró de soslayo a Félix—. ¿Recuerdas tu viejo cuarto? —Félix asintió—. No ha cambiado mucho. Puedes subir y usarlo, si gustas.

Félix se volvió hacia Janey. Quería explicarle su confusión, pero aunque podía hablarle con elocuencia cuando navegaba en un carguero y ella sólo estaba presente en su imaginación, ahora, en la casa del Vejete, ante esa presencia demasiado real, su cabeza era un berenjenal.

—De acuerdo, subiré —asintió.

Janey le cogió el brazo cuando se levantó del diván. Félix se detuvo para mirarla.

—Yo... —comenzó ella, y suspiró—. Sólo quería darte las buenas noches.

Félix sonrió con desgana.

—Buenas noches —dijo.

Cogió sus bártulos y se fue arriba.

3

Janey permaneció un largo rato en el diván cuando Félix se marchó. Mientras le escuchaba moverse en la habitación, una marejada de recuerdos la arrasó. Eran buenos recuerdos. Se preguntó por primera vez en mucho tiempo por qué la relación no había funcionado.

Félix nunca había envidiado el éxito musical de Janey, como Alan, ni las giras le habían molestado como al fulano con quien salía antes de Alan, quizá porque el trabajo de Félix lo llevaba por todo el mundo. Habían pasado semanas juntos en Mousehole, sin embargo, cuando ella no estaba de gira y él no estaba navegando. Cuando Janey estaba de gira, él aparecía en los sitios más extraños para pasar unos días con ella. Una vez en Nueva Inglaterra, cuando su buque atracó en Boston. Otra vez en California, cuando él se tomó unos meses de permiso y atravesó el país haciendo autostop para verla. Y en un festival en Alemania. Y en otro en Escocia.

Como Dinny Boyd, amaba la música pero no tenía la menor ambición de ser un profesional, algo que irritaba a Janey, porque Félix tenía mucho talento. En los círculos de entendidos, lo ponían a la misma altura que a ciertos maestros del acordeón —John Kimmel, Paddy O'Brien, Joe Cooley, Tony MacMahon, Joe Burke— y lo consideraban a la par de contemporáneos tales como Martin O'Connor, Jackie Daly y otros similares. También sabía tocar el silbato, la flauta de concierto y la guitarra. Pero, aunque a veces la acompañaba para tocar, se negaba a grabar discos o actuar en giras.

A veces discutían por esa causa. Y las discusiones se habían intensificado al final de la relación. Janey pensó que, para ser franca, esa constante presión que ella ejercía había contribuido muchísimo a la ruptura. Empezaban a hablar de su negativa a actuar en giras, o de su deseo de sentar cabeza —eso causaba gracia, pues su trabajo lo llevaba a los cuatro confines del mundo—, y todo desembocaba en discusiones insensatas y desaforadas que a fin de cuentas no aludían a nada sustancial.

Janey recordaba que él intentaba evitarlas, conservando la calma ante su actitud beligerante, pero como ella tenía un temperamento demasiado explosivo esa serenidad la sacaba de quicio. Era una ridiculez, pues cinco minutos después Janey se había olvidado de todo. Sin embargo, Félix seguía sufriendo en silencio. Se le notaba en los ojos, o en el tacto con que la trataba. Y eso desencadenaba un nuevo estallido. Hasta que un día decidieron romper. Antes de que Janey comprendiera lo que estaban haciendo, Félix hizo las maletas y se marchó.

Al principio lo echó muchísimo de menos y aceptó una larga gira por el continente europeo, una gira que antes había rechazado porque ella y Félix planeaban pasar un mes viajando por Irlanda. Sin él, ya no quería ir a Irlanda. Tampoco quería quedarse en Mousehole. Sólo quería olvidar.

Y eso había hecho. Pero al verlo esa noche —al sentir un vuelco en el corazón y notar cuan cómoda se sentía en sus brazos—, comprendió que en efecto había olvidado. Más de la cuenta. Comprendió que no tenía que haber permitido que se marchara.

Suspirando, miró de reojo al Vejete, que estaba sentado en el sillón junto al hogar, fingiendo que no la observaba.

—Él no me cree, ¿verdad? —dijo Janey.

—Bueno, es un asunto extraño, cariño.

—Me resulta raro verlo de nuevo. Es como si nunca hubiéramos dicho adiós, pero al mismo tiempo es como si nos separase todo un océano.

Estiró de una hilacha de su falda larga, fijando los ojos en lo que hacía, aunque no pensaba en la hilacha ni en la falda. Miró de nuevo al abuelo.

—¿Crees que es posible una segunda oportunidad? —preguntó.

—Depende —respondió el Vejete—. En mis tiempos no nos preocupábamos mucho por esas cosas. Las parejas trataban de apañárselas, de ayudarse a pasar los malos ratos. No digo que estuviera bien o mal. Hay veces en que un hombre y una mujer no congenian y no hay manera de lograr que se lleven bien. Pero en general seguíamos en la brecha.

Librodot

—¿Pero qué hay de Félix y yo?

—¿Cómo te sientes al verlo?

—Confundida.

—Bien, palomita mía, primero tienes que decidir qué quieres.

—Supongo que sí.

—Sé que es difícil. —El Vejete meneó la cabeza—. Pero primero averigua qué quieres, cariño. Si tratáis de andar a tontas y a locas, sólo os causaréis más dolor.

—¿Pero cómo puedo convencerlo de que yo no mandé esa estúpida carta?

—No es tan estúpida. Esa carta lo trajo aquí.

Janey lo miró con repentina suspicacia.

—No la habrás enviado tú, ¿verdad?

—Claro que no, azucena mía. —El Vejete rió—. Aprendí hace tiempo a no meter las narices donde no debo, especialmente cuando se trata de mi familia.

—¿Pero quién fue?

—No te preocupes tanto por eso. Preocúpate por tu corazón, amor mío. Félix no estará aquí mucho tiempo.

—Pero él no me cree.

—Dale tiempo para creer.

—Acabas de decir que no estará aquí mucho tiempo —replicó Janey, dando un suspiro—, y ahora me dices que le dé tiempo para creer.

—Ahora ya sabes por qué me gusta ocuparme de mis propios asuntos —dijo el Vejete, levantándose del sillón—. En estas circunstancias, digas lo que digas siempre te equivocas.

—Lo lamento. No he querido...

—Está bien, bonita. Tu viejo abuelo te conoce mejor de lo que crees. Me voy a la cama. ¿Te vas a quedar levantada? —Janey meneó la cabeza. El Vejete cogió el libro de Dunthorn del brazo del sillón y se lo dio—. Bien, no dejes esto por ahí.

—No lo dejaré. Buenas noches, abuelo.

—Buenas noches, palomita mía. Las cosas tendrán distinto color por la mañana, cuando las veas con nuevos ojos.

—Lo que necesito es un nuevo cerebro —masculló Janey. Pero el Vejete ya abandonaba la sala y no dio indicios de haber oído.

O quizás un nuevo corazón, añadió para sus adentros. ¿Por qué las cosas siempre se complicaban tanto?

Se quedó un rato remoloneando en el diván. Al final se levantó, recogió sus instrumentos, apagó las luces y se fue a su habitación.

La casa del Vejete tenía un pequeño patio frontal, el mismo sitio donde Félix había forcejeado con el intruso ese anochecer. Un parapeto de piedra, interrumpido por un portón de hierro forjado, lo aislaba del camino. Macetas con flores colgaban a ambos lados y Jabez, el gato blanquinegro del Vejete, haraganeaba por allí casi todos los días hasta muy entrada la noche.

A la derecha de la puerta del frente, el patio de piedra conducía por una pequeña arcada hasta un patio más pequeño. Frente a la arcada estaba la entrada del sótano donde el Vejete guardaba los refrigeradores para el pescado. Doblando de nuevo a la derecha, uno veía una escalera angosta que conducía al lugar donde vivía Janey.

Constaba de dos habitaciones.

La exterior tenía el cuarto de baño frente a la puerta de entrada y dos ventanas; una que daba al patio y otra que daba al pequeño cuadrado de césped de la parte trasera, que estaba bordeado por zarzamoras. Ésta era la salita de Janey, el lugar donde ensayaba. Las paredes estaban cubiertas por carteles de festivales, incluido su favorito, del Cornwall'86 Folk Festival de Wadebridge, donde había obtenido su primera presentación en letra grande, en vez de estar perdida entre las letras pequeñas o incluida en «y otros». Cerca de la puerta había dos cuadros de Bernard Evans, el artista de Newlyn: uno representaba la bahía de

Mousehole, y en el otro flotaba uno de los viejos lugares pesqueros de la región.

Aquí el mobiliario consistía en dos sillas de madera (Janey no podía tocar sentada en un sofá ni en un sillón), un sofá desvencijado que ella había remendado con retazos de un par de vestidos Laura Ashley que le quedaban chicos; una caja de embalaje al pie de la ventana trasera, con un calentador, una cacerola y una tetera encima; una cómoda atiborrada de discos y donde estaba apoyado el estéreo, junto a una pila de casetes; una biblioteca llena de libros de música y, desde luego, sus instrumentos. Dos violines y una mandolina de dorso chato colgaban de la pared, su primera gaita descansaba en su estuche en un rincón y diversos silbatos, canutos, lengüetas sueltas y objetos similares estaban desperdigados en la mesilla, frente al diván. En el diván había un instrumento regional, un *bodhran.*

La otra habitación era el dormitorio. En un rincón estaba la ducha Aquatron que el Vejete le había instalado un par de años atrás, ahorrándole la molestia de tener que ponerse algo encima para ir al lado cada vez que deseaba darse un baño. También tenía su cama, un viejo ropero de madera repleto de ropa —que incluía muchas prendas que le quedaban chicas pero que no se animaba a tirar—, otra cómoda y una biblioteca atiborrada de libros. La ventana de esta habitación también daba al patio interior.

Tras dejar los instrumentos en la primera habitación, Janey entró en el dormitorio. Se desvistió despacio, casi sin pensar en lo que hacía. Luego se acurrucó bajo la manta, con el libro de Dunthorn contra el pecho.

Las cosas serían distintas por la mañana, había prometido el Vejete. Eso estaba muy bien. ¿Pero cómo dejaría de pensar en ellas en el ínterin?

Se quedó un rato tendida, escuchando el viento y el tamborileo de la lluvia que no tardó en llegar. Por fin, abrió el libro y dejó que Dunthorn la alejara de sus problemas hasta que se durmió, soltando el libro sobre la ropa de cama.

Librodot

¡ALLÁ SE NOS VA!

No es que tenga miedo de morir. Lo que ocurre es que no quiero estar allí cuando ocurra.

Atribuido a WOODY ALLEN

Jodi nunca se habla desmayado. En la narración que era su vida se veía como la heroína briosa y valiente que —cuando llegaba el momento de la acción aventurera— llevaba las cosas a buen término. De ninguna manera se veía como una debilucha que se derrumbaba ante el primer problema.

Pero se desmayó.

Cuando recobró el conocimiento, casi se desmayó de nuevo, pues se encontró tendida en una cama con un hombre sentado junto a ella. Era turbadoramente parecido al hombrecillo que Jodi había visto dentro del acuario de la viuda Pender, sólo que tenía el mismo tamaño que ella. Casi se desmayó al comprobar que él no se había agrandado. No. Pues al mirar a través de las paredes de vidrio descubrió que estaba con él en el acuario, sobre la mesa de trabajo de la gigantesca sala de la Viuda.

El hombrecillo no se había agrandado.

Ella se había encogido.

Era imposible, desde luego. Se trataba sólo de un sueño. En cualquier momento despertaría en la casa de su tía para descubrir que se había dormido y había soñado toda esa historia. Su aventura de medianoche aún no había comenzado y, ya que este sueño la ponía sobre aviso, Jodi actuaría con sensatez y se quedaría en la cama hasta la mañana.

—¿Te sientes mejor? —preguntó el hombrecillo.

Jodi aún lo consideraba diminuto, a pesar de que ahora tenían el mismo tamaño. Era un individuo agradable con rasgos redondos de campesino y cuerpo robusto, mayor que ella; tenía unos veinticinco años, por lo cual habría resultado una antigualla para los chicos de Pingajos. Ella lo estudió con la mirada y luego trató de olvidar la escena.

Despierta, despierta, se dijo.

Su entorno y su tamaño permanecieron turbadoramente iguales.

—¡Oye! —insistió el hombrecillo.

Jodi se incorporó en la cama, apoyándose contra el cabezal cuando el interior del acuario empezó a girar en torno de ella. Espero a que la cabeza se le asentara y luego se

concentró de nuevo en el rostro del hombrecillo.

—Estoy soñando, ¿verdad?

El meneó la cabeza.

—No es un sueño..., aunque es una pesadilla.

Bien, desde luego él no podía creer que fuera un sueño, pues formaba parte de él. Jodi trató de identificar el acento. No era el canturreo típico de Bodbury, sino que tenía algunos sonidos cortantes que le daban un tono formal. Pensó en cómo se llamaría.

—Edern Gee —dijo él cuando le preguntó.

Eso sonaba exactamente a algo inventado por ella. No era un nombre real.

—Mi nombre es Jodi —se presentó—. Jodi Shepherd.

Edern asintió con la cabeza.

—Lo sé. Lo oí cuando la bruja te encantó.

—Yo no la encontré muy encantadora.

—Quiero decir cuando ella usó su magia... cuando te hechizó.

Magia. ¡Rayos! Le dolía la cabeza de sólo pensarlo.

—¿Y tú? —preguntó—. Supongo que a ti también te hechizó.

—¿Acaso crees que nací con este tamaño? —replicó Edern, mirándola con amargura.

Eso la hizo sonreír.

Jodi observó una vez más su prisión de vidrio.

—¿Entonces esto es... real? —preguntó.

—Demasiado.

—¿Tú también viniste a curiosear a su casa?

Edern meneó la cabeza.

—Sólo me proponía pasar por Bodbury. Me detuve aquí para preguntar si había algún trabajo que hacer. Nunca llegué a la ciudad.

—¿No le gustó el trabajo que hiciste?

—No quiso pagarme. Me encogió cuando discutí con ella por esa razón. Hace tres semanas que estoy aquí, encerrado en esta caja de vidrio como si fuera un sapo.

—¿Tres semanas? —Edern asintió acongojado—. ¿Y no has tratado de escapar?

—Trata de trepar por esas paredes de vidrio.

—¿Y por ese lado? —preguntó Jodi, señalando la chimenea de hojalata que se elevaba desde la estufa y subía a lo largo del vidrio.

—La hojalata está demasiado caliente.

—Pues apaga el fuego —replicó Jodi riendo.

Edern la miró un largo momento. Luego suspiró.

—No se trata sólo de salir de la caja —advirtió—. También está eso.

Jodi miró hacia donde él señalaba y se sintió débil de nuevo.

Se dijo que ya tenía bastante.

Pero era difícil, pues sentada en el alto respaldo de una silla estaba la extraña criatura de la Bruja, con su cuerpo gordo y sus miembros flacos. La criatura sonrió, revelando largas filas de dientes malignamente afilados. La última vez que Jodi la había visto tenía el tamaño de un gato. Ahora, al ser ella más pequeña, parecía un elefante.

—Córcholis y recórcholis —exclamó.

No sólo era imposible, sino que no era justo. Casi oyó la voz de su tía en cuanto tuvo ese pensamiento: «La justicia es para quienes tienen dinero para pagarla —le solía decir a Jodi—. No para gente como nosotras.»

—Casi siempre está al acecho —dijo Edern—. Cuando no puedes verla, basta un golpe en el vidrio para que vuelva corriendo a su puesto.

—¿Qué es?

—Su doble.

—Pero eso es como un *hummock,* ¿verdad? —preguntó Jodi—. ¡Es sólo otra especie de fantasma!

—También es el familiar de una bruja. Ella lo llama Malvís. Las brujas los hacen crecer a partir de sus falanges, habitualmente las del dedo pequeño del pie.

Jodi lo estudió con la mirada. Edern Gee afirmaba que era un simple viajero, pero parecía saber muchísimo sobre brujas, magia y demás monsergas.

—No creo que seas un viajero —dijo—. Creo que vienes del Mundo de los Túmulos. Eres un Pequeño... un *piskie* que ella cogió en los brezales.

—Yo podría decir lo mismo de ti.

—Ah, pero tú me has visto grande. Has visto cómo me encogía hasta dejarme del tamaño de un ratón. —Era fácil decirlo, pero aun así tenía sus reservas, sobre todo porque todavía rezaba para que todo fuera un sueño—. Pareces saber mucho sobre magia —añadió.

Edern se encogió de hombros.

—¿Nunca has leído las historias de los viajeros en Bodbury? ¿Que todos somos hechiceros y brujas?

—Pero son sólo historias... —Jodi calló. Siguió pensando que se trataba de cuentos. Como el de los Pequeños. O el hecho de que una bruja pudiera generar una criatura a partir de los huesos del dedo pequeño del pie, o encoger a alguien hasta dejarlo del tamaño de un topo—. ¿Qué hará con nosotros? —preguntó al fin.

—No lo sé. Mantenernos como mascotas, supongo. Le agrada entrar aquí y hablarme mientras hace esos pequeños muebles y demás. No creo que sea malvada, en el fondo... Sólo se siente sola.

Jodi no podía sentir mucha compasión por una bruja solitaria, y menos si la había hechizado como la Viuda Pender.

—No puedo quedarme encerrada aquí —aseguró—. Me volveré loca.

—¿Alguien sabe adonde fuiste?

Jodi meneó la cabeza.

—Me echarán de menos... tarde o temprano. Probablemente tarde, cuando Denzil o mi tía empiecen a buscarme uno en casa del otro. Pero eso podría tardar más de un día y nunca sabrían dónde buscar. ¿Y tú?

—¿Un viajero solitario? ¿Quién me echaría de menos?

—Bien, no pienso quedarme aquí —insistió Jodi.

Se levantó despacio de la cama. Aún le dolía la cabeza, pero al menos la habitación no giraba. Cruzando el acuario, se apoyó en la pared de vidrio y miró hacia afuera. Malvís estaba sentado en el respaldo de la silla y la observaba con interés con sus ojos grandes como platillos.

—¿Por qué ella no ha puesto la tapa? —le preguntó Jodi a Edern.

—Sólo la pone cuando sale.

—¿Y cuándo sale?

Jodi sabía que por la tarde salía a pasear por el Muelle Viejo y a medianoche por el promontorio. Pero eso era todo.

—Por la tarde y a medianoche... con la regularidad de un reloj —respondió Edern, sin añadir nada a lo que Jodi sabía.

—Entonces supongo que tendré que esperar hasta esta tarde. —Dejó de mirar hacia afuera y se volvió hacia su compañero—. ¿Quién se queda con la cama? —preguntó.

—Tiene tamaño suficiente para los dos.

—Supongo. Pero deja las manitas quietas.

—Eres algo pequeña para mí —repuso Edern riendo.

Conque sí, ¿eh?

—Y tú eres algo gordo para mí, bobo.

Ignorando la sonrisa de Edern, fue hasta el otro lado de la cama y, sin desvestirse, se metió bajo las mantas.

Puede ser que me duerma y despierte de vuelta en casa, pensó.

Tal vez. Y tal vez sólo soñara que así ocurría. ¿Cómo podría saberlo?

Pensar en eso le agudizó el dolor de cabeza, por lo que trató de pensar en cosas más agradables. Pero todo daba vueltas en círculos vertiginosos, y cada cual se centraba en la imposibilidad de la actual situación.

Vaya, la vida podía ser confusa, pensó mientras al fin se dormía de agotamiento.

2

El despertar no le brindó alivio.

Aún tenía tamaño de ratón al abrir los ojos, aún estaba atrapada en un acuario como uno de los bagres de Denzil, aunque por suerte éste no estaba lleno de agua turbia. Pero la sequedad era un magro consuelo, considerando la situación. Y la situación era tan increíble que bien podría haber estado en el Mundo de los Túmulos —un lugar que anhelaba visitar desde que había leído su primer cuento de hadas— y no en su nativa Bodbury. Sin embargo, ahora que estaba apresada en la incómoda realidad de su aventura (una realidad más pequeña, pensó con una sonrisa amarga), lo maravilloso perdía su atractivo libresco.

Decidió que se conformaría con su antigua vida. Aunque faltaran páginas. Sin duda alguna. Lamentablemente, la decisión acerca de qué hacer de su vida ya no parecía estar en sus manos.

—¿Vas a levantarte? —Jodi miró hacia el otro lado del acuario, donde Edern estaba sentado a una mesa, comiendo—. Apresúrate —añadió Edern—, a menos que no te importe comer en la oscuridad.

—¿A qué te refieres?

—Es más de mediodía y dentro de un rato ella saldrá. Tiene la costumbre de alimentarme antes de salir. Supongo que ahora nos alimentará a los dos.

Restregándose los ojos y entumecida por haber dormido con la ropa puesta, Jodi bajó de la cama y fue a reunirse con Edern. Ante la mención de la comida, el estómago empezó a hacerle ruidos, pero el pequeño plato de trozos de queso y migajas de pan no parecía muy atractivo. Le recordaba lo que Denzil daba a sus ratones.

Se quedó de pie, peinándose con los dedos, hasta que Edern la invitó a sentarse.

—¿Esto es todo? —preguntó Jodi, señalando la comida.

—He comido peor.

—Tal vez tú sí, y tal vez yo también, pero esto... esto es comida de ratón. Yo no soy su mascota y no comeré.

No importaba que le gustara el pan con queso. Era una cuestión de principios.

Edern rió.

—Pero eso somos para la Viuda...: mascotas. —Jodi no dijo nada—. Con morirte de hambre no solucionas nada —añadió Edern. Ante el mal talante de Jodi, empujó un dedal de cerámica por la mesa—. Al menos bebe un poco de té.

—Bien, quizás un poco de té.

Cogió el dedal y bebió un sorbo. El té era bueno, pero el recipiente la hacía sentir como el pequeñín de la vieja canción de cuna. Ahora podía improvisar sus propios versos:

Ahora soy pequeña, pero fui larguirucha;
me siento una tonta, baila que te baila.

Sin pensar en ello, puso un poco de queso entre dos trozos de pan y lo comió, bajándolo con más té. Sólo notó lo que estaba haciendo cuando iba por el tercer emparedado. Miró de soslayo a Edern, pero él hacía como que no se daba cuenta.

Conque estaba comiendo. Bien, ¿a quién le importaba? Además, necesitaba fuerzas para la gran fuga.

Cuando terminó el tercer emparedado, cambió la silla de posición para examinar la sala de la Viuda.

Malvís no parecía andar cerca. El doble de la bruja la hacía sentir como si el Espectro Acechante le respirase en la nuca. Y ya que ni la bruja ni su criatura estaban en la habitación, era una ocasión perfecta para explorar un poco.

Dejando la silla, Jodi se acercó a la estufa. El fuego estaba apagado; así que tocó con cautela la chimenea y la encontró tibia, no caliente. Como había trepado por techos y desagües desde que tenía seis años, sabía que no tendría problemas para subir. Incluso podía ir por adentro, lo cual le evitaría tener que apartar la tubería de vidrio cuando llegara arriba. Podría pasar a través y bajar por el terciopelo que la Viuda pondría encima del acuario al salir.

Bajar de la mesa era otra cuestión. Pero pronto entrevió un rollo de hilo de bramante. Si podía abrir la ventana y sujetar el hilo a la aldaba, arrojaría el hilo, bajaría al jardín y se marcharía.

Luego pensó en Edern y estudió la tubería otra vez. ¿Entraría él? Dos podían encargarse de la ventana y el hilo mejor que uno. Pero si él no pasaba...

Miró el sitio donde la tubería se juntaba con el vidrio. No estaba pegada. Si ella se colgaba del paño y le daba un buen puntapié, podría desprenderla del vidrio. Sería más fácil hacerlo desde fuera que desde dentro. Iba a comentarle el plan a Edern cuando se abrió la puerta y entró la Viuda.

Canturreando, la Viuda cogió un par de tenacillas de la mesa y las usó para extraer del hogar un carbón, que llevó al acuario.

Oh no, pensó Jodi. No lo hagas.

Daba lo mismo haber deseado que la luna bajara del cielo y se la llevara.

—¿Y cómo estáis hoy, tesoros míos? —preguntó la Viuda, sacando la tapa de vidrio del acuario.

Su voz retumbaba como un trueno. Jodi miró el enorme rostro de la Viuda, pero Edern no le prestó atención.

Una manaza bajó al acuario y apartó a Jodi de la estufa. Jodi se alejó con desgana, lamentando no tener un gran alfiler. La Viuda abrió la puerta de la estufa y metió el carbón adentro; luego la cerró y retiró las manos.

—Eso es. Ahora estaréis cómodos y calentitos. —Puso de nuevo la tapa de vidrio. Cogió el terciopelo, que colgaba en el respaldo de una silla, y lo extendió sobre el acuario—. Ahora portaos bien —dijo antes de desaparecer detrás del paño.

De pronto anocheció dentro del acuario. La única luz venía del lugar donde la tubería se unía al vidrio. Allí el paño tenía un orificio para que no tocara la hojalata.

En cuanto oyó que cerraban la puerta, Jodi se volvió hacia su compañero.

—Tengo un plan.

—Qué bien.

—¿Quieres escapar o no?

Edern extendió las manos en un remedo de rendición.

—Soy todo oídos.

—Bien, ayúdame a sacar ese carbón —dijo Jodi.

Apartaron la alfombra de la estufa y luego usaron el respaldo de una silla para sacar el carbón y arrojarlo al piso de vidrio, donde cayó con una lluvia de chispas.

—Vaya desquicio —comentó Edern.

—Por todos los diablos —exclamó Jodi—. ¿Por qué no te callas?

Edern escuchó el plan y meneó la cabeza despacio cuando Jodi terminó de explicarle.

—Podría funcionar, pero...

—¿Pero qué?

Librodot

—Te olvidas de Malvís.

—Cogeremos un clavo de la mesa de la Viuda y lo apuñalaremos con él.

—Hum —murmuró dubitativamente Edern.

Jodi lo miró un largo instante; y luego le dio la espalda y metió la cabeza en la estufa. Aún estaba caliente, pero era tolerante. Jodi se dio la vuelta y se introdujo en la tubería.

Pensó que había espacio de sobra.

Tardó sólo unos instantes en trepar. El codo donde la tubería doblaba en ángulo recto para salir del acuario resultó un poco engorroso, pero consiguió pasar. Manoteando el terciopelo, logró salir. Con los pies apoyados en el borde del tubo y manteniendo el equilibrio con las manos, se encontró frente a Edern, ambos separados por la pared de vidrio.

Enarcó las cejas inquisitivamente. Cuando él dio a entender que estaba preparado, Jodi cogió el terciopelo con fuerza y osciló, regresando para patear el tubo con ambos pies y con todo su peso. El tubo se aflojó en el primer intento. Edern se columpió encima, como si fuera a caer con el tubo. Logró manotear la abertura antes de que el tubo se derrumbara dentro del acuario y se estrellara en el piso junto a la cama.

Ambos contuvieron el aliento, escuchando. No oyeron nada.

—Vamos —susurró Jodi.

Bajó deprisa por el terciopelo, valiéndose de las manos hasta que tocó con los pies la superficie de la mesa. Mientras Edern iniciaba el descenso, ella salió de debajo de la tela y escrutó cautamente la sala.

Aún tenían suerte, pues no habla rastros del doble de la bruja.

Mientras Edern cargaba el rollo del hilo, Jodi se encaramó al alféizar y probó suerte con la almohada. No cedía.

—Necesito que me eches una mano —le susurró a su compañero.

Edern la ayudó, y entre ambos lograron aflojar la aldaba y abrir la ventana. Recibieron una bocanada de viento salobre.

—Aja —dijo Jodi—. Ya saboreo la libertad.

Ató el hilo a la aldaba con un nudo de marinero, y ambos subieron el rollo hasta el alféizar y lo arrojaron fuera de la ventana. El hilo cayó entre la pared de la casa y los rosales que crecían a lo largo.

—Después de ti —indicó Edern con un ademán caballeresco.

Sonriendo, Jodi se deslizó por el hilo y lo mantuvo luego tenso mientras Edern descendía.

—¿Y ahora adonde vamos? —preguntó él al llegar abajo.

—A casa de Denzil —respondió Jodi. Y, ante la mirada inquisitiva de Edern, añadió—: Es amigo mío. Un inventor.

—¿Un inventor?

—Él... oh, no importa. Pronto verás.

Echó a andar desde el rosal, con Edern a los talones. El tropezó con ella cuando Jodi se paró en seco.

—¿Qué...? —masculló, pero pronto vio qué les aguardaba en el jardín de la Viuda.

Malvís estaba allí, con sus ojos risueños, exhibiendo los dientes en una sonrisa desagradable. La criatura estaba agazapada, oculta a la mirada de los peatones de la calle, y obviamente esperaba a que ambos salieran de debajo de las ramas espinosas para atacar.

—Rayos y truenos —murmuró Jodi—. Olvidamos el clavo.

—¿Clavo? —respondió Edern—. Necesitaríamos algo más que un clavo para detener a esa criatura. ¡Mira su tamaño!

Por desgracia tenía razón. Como ellos tenían tamaño de ratón, el doble aparecía monstruosamente enorme con su tamaño de gato.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Jodi—. La Viuda regresará pronto. —Edern meneó la cabeza con amargura, sin apartar los ojos de la criatura—. ¡No regresaré a ese acuario! —declaró Jodi.

Valientes palabras. Las piernas le temblaron y las rodillas se le doblaban. ¡Si tan sólo se le calmaran las palpitaciones! El tamborileo del pulso en los oídos le impedía pensar.

—No regresaré —insistió, como si la repetición pudiera dar realidad a sus deseos.

Edern meneó la cabeza de nuevo y le tocó el brazo cuando el doble movió la cabeza y miró hacia el parapeto poblado de malezas que separaba el jardín de la calle.

—¿Qué es lo que oye?

—¿La Viuda...?

Edern agitó la cabeza.

No veían nada, pero había un campanilleo en el aire, acompañado por un sonido que se extinguía.

La excitación ahuyentó el miedo de Jodi.

—Edern —dijo—. ¿Sabes silbar? ¡Silba con todas tus fuerzas!

SACA EL CUCHILLO Y HÚNDELO DE NUEVO

No me siento culpable por nada... Compadezco a las gentes que se sienten culpables.

Atribuido a TED BUNDY

Michael Bett cogió un jet privado de Madden Enterprises hasta el aeropuerto Heathrow de Londres e hizo una sola escala en St. John's para reaprovisionarse de combustible. No bajó del avión en St. John's, pues prefería continuar con sus investigaciones.

Su única alegría verdadera en la vida era descubrir cómo funcionaban las cosas, sortear las frivolidades y llegar al meollo del asunto que le ocupaba. A veces, eso implicaba investigación y estudio, como ahora; a veces, era cuestión de llevar cierta clase de vida, como ocurría con la Orden de la Paloma Gris de Madden; a veces, sólo se necesitaba coger un cuchillo y ver a qué profundidad y con cuánta frecuencia se hundía antes de que huyera el misterio de la vida.

El primero en caer bajo su cuchillo fue el perro de la familia. Con el cuerpo aún dolorido después de la última zurra de «papá», había llevado al viejo sabueso al solar que había entre dos viviendas abandonadas, cerca de la casa de su madre. Se quedó largo rato mirando al perro. Experimentaba una extraña sensación de vacío ante esos ojos confiados. Esa lengua colgante y esa cola que siempre le hacía reír al chocar contra el suelo ni siquiera le arrancaban una sonrisa.

Sacó del bolsillo de la cazadora el cuchillo que había robado de la cocina, alzó la cabeza del perro para exponer el pescuezo y le abrió un tajo en la garganta. La sangre saltó a borbotones. Él retrocedió a tiempo para que no le salpicara. Luego acometió al perro por detrás, hundiéndole el cuchillo una y otra vez, y apuñaló e hizo pedazos al pobre animal cuando ya estaba muerto.

Tenía entonces once años.

Otros animales del vecindario siguieron el destino del perro. Cuando Bett tenía trece años, mató a su primer humano: un niño de cinco años a quien había secuestrado en un patio y había llevado a un edificio desierto, donde la agonía del chico le divirtió durante horas. Cuando tenía quince años, su última víctima —una adolescente a quien había llevado a una vivienda desierta prometiéndole una fiesta— le brindó un momento de pura exaltación.

Librodot

Moribunda, indefensa, con un infierno de dolor en los ojos centelleantes, ella graznó una pregunta:

—¿Por qué?

Hasta entonces Bett no se había cuestionado sus actos, no había comprendido qué le impulsaba hacia ese acto supremo de rapiña.

—Porque puedo hacerlo —le dijo a la muchacha.

Pero ésa no era la verdad, sólo la parte más obvia. Por debajo había un propósito que, con el transcurso de los años, se transformó en el eje de su existencia: la necesidad de comprender no sólo el secreto de la vida, sino el misterio de su tránsito hacia la muerte; cómo funcionaba una cosa, *por qué* funcionaba de ese modo. Nunca sintió arrepentimiento ni escándalo ante su metodología para buscar ese conocimiento. Las muertes eran sólo un modo de alimentar la curiosidad que ardía en su interior como un fuego humeante.

Vivía una especie de autismo controlado, pues siempre estaba absorto en una actividad mental subjetiva y egocéntrica, pero no tenía dificultades para relacionarse con el mundo circundante. El mundo y sus habitantes lo fascinaban. Tenía disciplina para concentrar la atención en un objeto o un sujeto todo el tiempo que necesitara para comprenderlo. En el caso de un sujeto, todo el tiempo que la víctima tardara en morir.

Todo era importante, pero sólo en relación con él mismo.

Sentado en el jet de Madden, Bett fijaba la atención en el enigma de Janey Little.

Llevaba un *walkman* donde tocaba una cinta que contenía los dos álbumes de la muchacha. El aparato estaba en reproducción continua, de modo que tocaba la cinta una y otra vez, deteniéndose sólo cuando se gastaban las baterías. Entonces Bett las reemplazaba, y la música seguía una vez más.

En el asiento de al lado llevaba un maletín de cuero, y al lado un ordenador *laptop* marca Toshiba. Sobre su regazo descansaba una delgada carpeta con recortes de prensa y el informe de treinta y siete páginas de un detective privado; el tema de ambos era la mujer cuya música sonaba en sus oídos. Ahora estudiaba un artículo sobre ella que habían publicado en un viejo número de la revista *Folk Roots.* Lo había leído tantas veces que podía citarlo de memoria, palabra por palabra. Ante todo estudiaba las fotos que acompañaban la noticia, comparándolas con las que acompañaban el informe del detective.

Con ese material a mano y las cintas de vídeo —también suministradas por la agencia de detectives—, sabía más que nadie sobre Janey Little. Quizá tanto como la mujer misma.

Madden no sabía nada acerca de las investigaciones de Bett; investigaciones que había iniciado mucho antes de que Madden lo enviara a Cornualles. Pues Bett había visto, en cuanto notó el interés de la Orden por Thomas Little, que la clave no estaba en él sino en la nieta. Ella sería el umbral de los secretos del viejo. Pero el abordaje tenía que ser sutil, mucho más que los torpes intentos de la Orden de apropiarse del enigma que guardaba Thomas Little.

Ah, sí: el enigma. El secreto.

¿Qué era?

Madden no quería decirlo. Tal vez no lo conocía. Y nadie más lo sabía. Eso intrigaba a Bett.

Sonrió, pensando en John Madden. Mientras compartían una copa de jerez en la biblioteca, Madden gustaba de repetir la historia de cómo se habían encontrado. Madden había reconocido de inmediato el alma de su viejo amigo Aleister Crowley en los ojos de Bett. Madden tenía una mente agudísima, pero se dejaba cegar por sus estudios herméticos en vez de recurrir a la lógica, la cual revelaría que las monsergas del ocultismo eran puras patrañas.

Bett tenía otra impresión de esa noche en Chicago. Madden había reconocido en Bett a un espíritu afín. La diferencia entre ambos era que Madden sólo soñaba en coger el cuchillo, mientras que Bett se permitía actuar a su antojo.

Pero esa historia de la reencarnación le había resultado útil. Le divertía continuar con la farsa. En cuanto comprendió lo que podía conseguir si convencía a Madden de que en efecto era el brujo que se llamaba a sí mismo la Bestia, investigó subrepticiamente la vida de Crowley. Valiéndose de la misma puntillosidad con que abordaba todos sus proyectos, descubrió tantos detalles biográficos que Madden no sólo estaba convencido sino que *creía.*

Naturalmente, Bett no había cometido la tontería de revelarle todo de golpe. Había hablado poco a poco, con titubeos, inseguro de sí, permitiendo que Madden, en su entusiasmo, los «convenciera» a ambos.

Esa flaqueza de Madden —su única flaqueza— lo transformaba en un individuo fascinante para Bett. Que un hombre tan sensato y brillante aceptara de buen grado un cuento de hadas...

Si era eso...

Para bien o para mal, Bett tenía una mente abierta. A pesar de las ilógicas creencias que sostenía la Orden, no hacía juicios absolutos. Pues existían ciertas anomalías entre lo que lógicamente podía ser real y lo que pasaba por real entre Madden y sus iguales. Estaba el asunto de la longevidad de Madden, compartida por otros viejos miembros de la Orden. El éxito que tenían en los negocios no se podía atribuir a mera astucia. Lo mismo que el curioso modo en que siempre cumplían con sus propósitos.

La voluntad lo es todo, decía la Orden.

Bett conocía la voluntad y lo que se lograba con ella. Pero no sabía si la voluntad permitía explotar una fuerza o entidad externa para dominar su poder —como sostenía la Orden— o si esa fuerza venía del interior de uno mismo. O ambas cosas.

Mientras no hubiera resuelto ese interrogante, Bett formaría parte de esa Orden secreta de viejos hombres y mujeres que creían dominar el mundo.

2

Un coche lo recibió en Heathrow y lo llevó a la estación Victoria, donde abordó el tren a Penzance. Madden se había sorprendido de esa decisión y se había opuesto, pero Bett no se dejó disuadir.

—Necesito tiempo para asimilar el papel que me propongo desempeñar —explicó—. Además, con la diferencia horaria, llegaré con tiempo de sobra.

—¿Qué papel? —preguntó Madden.

—Permíteme traer los resultados primero —replicó Bett—. Luego me explicaré.

Y Madden, el mentor orgulloso, sonrió y meneó la cabeza. Bett vio suspicacia en los ojos del viejo, pero en una dosis no mayor de la habitual. Nunca le había fallado a Madden. ¿Por qué iba a fallarle ahora?

En el tren completó la transformación, dejando de ser el acólito de Madden para componer su nuevo personaje. Allí quedaron el traje de ejecutivo, los rígidos gestos y los rasgos inexpresivos que no delataban los pensamientos.

Ahora vestía informales pantalones de pana, una camisa liviana de algodón, zapatillas Nike y una cazadora Windbreaker azul oscuro. Había dejado el maletín de ejecutivo en el jet y llevaba sólo una cámara Nikon en un estuche ajetreado, el ordenador *laptop* y un maletín maltrecho con sus notas y archivos, además de mudas de ropa similar a la que llevaba puesta.

Ahora sus gestos eran distendidos. El rostro expresivo y abierto y la actitud le hacía aparentar diez años menos de los cuarenta y uno que tenía.

Cuando llegó a la estación de Penzance, se apeó tan fresco como si no hubiera soportado tantas horas de viaje. Ayudó a una anciana con las maletas, sonriéndole con

dulzura cuando ella lamentó que el esposo de su Janet no fuera tan amable con su propia familia y mucho menos con una extraña. Cuando Bett se despedía de ella, se le acercó un individuo de traza desagradable.

—¡Señor Bett!

Bett frunció el ceño ante ese sujeto andrajoso: chaqueta remendada, zapatos gastados, una gorra marrón calada sobre los rasgos de rata.

—¿Qué quiere?

—La señorita Grant me envió a buscarle, señor.

—Deme la dirección y yo me las apañaré.

—Pero...

Bett se le acercó y su máscara de afabilidad se derrumbó como si se la hubieran arrancado con un trinchante.

—Nunca me llames por el nombre —dijo—. Nunca cuestiones lo que digo. Hazlo de nuevo y le haré comer tu corazón a tu madre.

—Yo... yo...

Bett retrocedió, sonriendo con simpatía.

—¿La dirección?

Tartamudeando, el hombre le dio el nombre de un hotel del paseo del Oeste, sobre la bahía, y un número de habitación. Cuando Bett se aseguró de que estaba a corta distancia, dejó al hombre plantado en el aparcamiento de la estación y echó a andar.

3

Lena Grant, estaba igual que siempre: bonita, malcriada y muerta de aburrimiento. Tenía el pelo oscuro peinado en una rígida onda que nacía en la frente. El maquillaje típico de Park Avenue lucía incongruente en ese pueblucho de Cornualles. Lo mismo podía decirse del corte perfecto de la blusa y la falda exclusivas; la blusa desabotonada mostraba el encaje del sostén y, a cada paso, el tajo de falda revelaba una larga pierna recubierta de seda.

—El Muchacho Dorado —dijo al abrirle la puerta de la habitación.

Bett entró y cerró la puerta.

—¿Dónde está Willie? —preguntó ella.

—Supongo que Willie fue quien me recibió en la estación.

Lena cabeceó.

—Willie Keel. Un lugareño.

—No lo dudo.

—¿No os habéis llevado bien?

—Nunca me llevo bien con los necios.

Lena frunció el ceño.

—Lo recomendó uno de los agentes de seguridad de mi padre. Papá siempre dice que conviene aprovechar a los talentos locales cuando...

—Allí la palabra crucial es talento —interrumpió Bett.

Sus labios perfectos se fruncieron en una mueca que Bett simplemente no quiso advertir. No estaba de ánimo para aguantar discursos acerca de la perfección de todo lo que hacía «papá». Conocía muy bien a los papas.

—¿Ha habido alguna novedad desde ayer? —preguntó con voz cortante.

—He hecho todo lo que he podido —dijo Lena.

Sin duda así había sido. Hacerse pasar por una parienta perdida de Dunthorn y pedir sus efectos personales... Hasta allí llegaba la imaginación de Lena. O quizá fuera un plan de «papá». Roland («Llámame Rollie») Grant podía ser muy hábil en Wal Street, pero allí

Librodot

terminaban sus luces, junto con su sentido del decoro y sus gracias sociales. Así que quizá no fuera culpa de Lena. Pero Bett no tenía tiempo para ser comprensivo. Lo único que le interesaba de Lena era averiguar cuánto tardaría en morir y, lamentablemente, era improbable que pudiera averiguarlo.

Por ahora.

Mientras la Orden aún le interesara.

—Ordené a Willie que fuera anoche a la casa —informó Lena—. Encontró una caja con manuscritos de Dunthorn.

Bett enarcó las cejas con interés y echó una ojeada a la habitación.

—¿Dónde está?

—Ah... —Lena rehuyó su mirada.

—¿Dónde está?

—Un matón lo sorprendió y apenas logró escabullirse.

Maravilloso. Ahora los Little estarían más alerta que nunca.

Era una lástima que Madden estuviera tan seguro de que Thomas Little se llevaría el secreto de su amigo a la tumba, porque la solución más sencilla consistía en secuestrar al viejo y dejarlo en manos de Bett por unos días. A pesar de las convicciones de Madden, Bett no dudaba de que le sonsacaría el secreto a Little. Quizá pudiera descuartizar a la nieta ante sus ojos hasta que la sangre le refrescara la memoria...

Apartó esa grata imagen de su mente.

—¿Un matón, has dicho?

Lena se encogió de hombros.

—Un tío grandote, según Willie. Recién llegado, con equipaje. Parecía un marinero. Aunque aquí todos parecen marineros.

—¿Reconocería al hombre en una foto? —intentó Bett, pero Lena estaba ahora divagando.

—Es un sitio tan lúgubre. No hay presión de agua en eso que llaman ducha y ni puedo lavarme bien el cabello. La comida es horrenda. No hay nada que hacer. El aire apesta. Por donde vayas hay...

—Cállate —dijo Bett.

Habló en voz baja, pero con suficiente energía para obtener un resultado inmediato. Ella parpadeó sorprendida y luego lo señaló con un dedo perfectamente manicurado.

—Si le cuento a papá cómo me tratas, él...

—Se quejará ante John, quien no hará nada. Háblame de ese hombre.

De nuevo hizo una mueca.

—¿Qué puedo contar? Tal vez contrataron un guardaespaldas.

Desde luego no había tenido la iniciativa de averiguar quién era y qué hacía en casa de los Little. Aunque, pensándolo bien, era una bendición. Lena se habría encargado de embrollar las cosas.

—A partir de ahora no te entrometas más con los Little —le dijo—. Y actuarás como si no me conocieras, si nos encontramos en la calle. En realidad, sería mejor que no salieras.

—No pienso quedarme aquí encerrada.

—Entonces, tal vez debas volver a casa.

Ella rió con desgana.

—No puedo. Papá quiere que haga esto.

Bett meneó la cabeza. Había oído ciertas charlas entre los viejos miembros de la Orden. No estaban satisfechos con Lena. Aunque ella llevaba la marca en la muñeca, era demasiado torpe para merecer confianza. No sólo carecía de disciplina para emprender estudios, sino que temían la posibilidad de que cometiera una indiscreción, como mencionar la Orden a un periodista en uno de sus arranques o revelar qué se proponían, quiénes eran los miembros y qué hacían. Con el continuo ascenso del fundamentalismo

Librodot

cristiano en los negocios y la política, eso sería calamitoso.

Si su padre no hubiera sido uno de los primeros asociados de Madden —Grant era uno de los miembros fundadores de la Orden—, quizá la hubieran liquidado tiempo atrás. Y aún existía esa posibilidad.

Bett esperaba que le encomendaran la tarea.

Hasta entonces, tendría que apañárselas.

—Si no puedes irte, tendrás que hacer lo que te ordeno. Cuento con la plena confianza de la Orden y…

—Lo sé, lo sé. Eres el Muchacho Dorado.

Bett comprendió que sería la de nunca acabar. Así que cambió de actitud y adoptó una nueva máscara. Sonrió simpáticamente, tratando de imponer su seducción.

—Lo lamento —dijo—. Sé que este asunto es difícil para ti. Pero ambos estamos en la misma situación. ¿Crees que me agrada estar aquí? Madden insistió en que viniera. Pero si fracaso..., se acabó para mí.

—¿A qué te refieres?

Hablaba con voz menos hostil, delatando interés.

—Tú has nacido en tu posición —prosiguió Bett—. Yo tengo que trabajar en ella constantemente. Si fracaso en esto, puedo despedirme.

Ella no pudo resistirse ante esa falsa sinceridad.

—No harían semejante cosa. ¿O sí?

Él meneó la cabeza y agachó la vista.

—No tendré una segunda oportunidad.

—Qué espanto. Hablaré con papá...

—No servirá de nada.

—No —replicó ella, pensando obviamente en ese viejo huraño que era el mentor de Bett—. No con Madden.

Bett la miró bajando las pestañas. Nunca cesaba de asombrarle que algunas personas fueran tan fáciles de manipular. Un instante atrás ella lo odiaba con todo su vacío corazón. Ahora eran compinches.

—Podríamos ayudarnos mutuamente —dijo Bett—. Déjame hacer esto a mi modo..., pero compartiremos el mérito. Así ambos saldremos ganando.

—¿Por qué ibas a ayudarme? —preguntó Lena con suspicacia.

—No lo hago sólo por ti, sino también por mí. Yo no puedo fracasar.

Lena suspiró. Se le acercó y le pasó la mano por la parte delantera de la cazadora.

—Eres desconcertante. A veces eres como el hielo y estoy segura de que me odias, y de pronto apareces tan..., no sé, vulnerable... Entonces sólo deseo protegerte del resto del mundo.

—Ése soy yo —dijo Bett—. Tengo que disimular frialdad, pues eso quiere Madden, pero es duro hacerlo contigo.

—¿De veras?

El hizo frente a su mirada con un aire de candidez en los ojos azules.

—De veras.

—De acuerdo —dijo ella, pareciendo tomar una decisión y dejando caer la mano al costado—. Te esperaré aquí y no estorbaré. Sólo prométeme una cosa.

—¿Qué?

—Qué no volverás a tratarme mal. Cuando estemos a solas, no tienes que disimular nada. Me gustaría que fuéramos amigos.

Era increíble, pensó Bett, aunque muy típico de ella. Si todos actuaban con dulzura, todo andaba bien, ¿verdad? Todos la amaban y querían ser sus amigos.

—A mí también me gustaría.

Ella se inclinó para darle uno de esos besos que se estilaban en los círculos que frecuentaba: un soplo en el aire, cerca de la oreja.

—Me alegra —dijo Lena, retrocediendo—. ¿Qué hacemos, pues?

—Primero pedimos a Keel que mire unas fotos para ver si reconoce al hombre que vio anoche —indicó Bett, enderezando los hombros.

—¿Y luego? —Bett titubeó—. No estorbaré —insistió ella—. De veras. Es sólo que nadie me dice nunca qué está pasando.

—De acuerdo —admitió Bett, y le contó que pensaba abordar a los Little fingiendo que era un reportero de *Rolling Stone* interesado en la obra de Dunthorn, concentrando la atención no en el viejo sino en la nieta, quien al parecer era una admiradora del escritor.

No era toda la verdad, pero Lena quedó satisfecha.

4

A pesar de su aburrimiento, Lena sintió alivio cuando Bett y Willie Keel se marcharon.

Bett la ponía incómoda. Nunca sabía a qué atenerse con ese hombre. Aunque casi siempre la trataba como a una idiota, de pronto se ponía tan afable que no podía evitar tenerle simpatía, aun sabiendo que no podía confiar en él; sabía que Bett le tenía ojeriza, que bajo la máscara de calma que presentaba al mundo acechaba algo infinitamente peligroso. No podía explicar por qué estaba tan segura, pero lo sabía.

Intuición... o quizá fuera lo que papá llamaba magia.

En cuanto a Willie Keel... Bien. Aunque Jim Gazo lo hubiera recomendado —y Lena confiaba en el agente de seguridad de su padre—, Keel era —por decirlo sin rodeos— un sujeto tosco. Parecía una comadreja con esa ropa desaliñada que le sentaba tan mal. Su aliento apestaba a tabaco rancio y ajo. Su ropa olía como si no la hubiera lavado nunca. Y, por Dios, su cuerpo hedía tanto que daba ganas de vomitar.

De sólo pensar en él tenía escalofríos.

Así que sintió alivio mientras miraba por la ventana del hotel a los dos hombres que se marchaban por la calle, cada cual por su camino. Una vez que se perdieron de vista, regresó a la cama y cogió la fotografía que Willie había escogido entre las que Bett le había presentado.

Ese era el hombre que había frustrado el robo en casa de los Little la noche anterior, según había asegurado Willie mirando nerviosamente a Lena y Bett.

Félix Gavin.

Un vulgar marinero mercante, según Bett. Quizá lo fuera, pero a Lena le agradaba. Comparándolo con Bett y Willie, decidió que no apestaría ni la haría sentirse incómoda.

Movió la fotografía para que la luz no se reflejara sobre la superficie brillante. Un viejo amante de Janey. ¿Habría regresado para reavivar su idilio? Siendo un viejo amigo, quizá supiera algo sobre los recuerdos que Dunthorn hubiera dejado en casa de los Little. Quizás, en algún momento de la relación, Janey Little le hubiera confiado secretos que sólo se compartían con un amante...

Lena sonrió. Quizá debiera tomar la iniciativa y mostrar a papá que era tan hábil como el Muchacho Dorado de Madden. ¡Y qué cara pondría Bett si ella triunfaba donde todos, incluso Bett, habían fracasado!

Pensar en la furia de Bett volvió a ponerla nerviosa.

Mejor no pensar en ello. Mejor pensar en el fulgor de orgullo en el rostro de papá.

Y podía lograrlo. Como Bett, como papá y sus amigotes con sus palomas tatuadas —se frotó el tatuaje de la muñeca evocando ese club de hombres que se autodenominaba la Orden—, ella también tenía sus secretos. ¿Acaso no había tomado lecciones de teatro dos veces por semana durante dos años? ¿Acaso su profesor no decía que era mejor que sus

Librodot

alumnas anteriores?

Lena se estudió en el espejo de la puerta del cuarto de baño. Podía lograrlo. Podía lograr que Félix Gavin le contara cualquier cosa. Pero no así. A Félix le gustarían las mujeres con clase. A los tíos como él siempre les gustaban, pues una mujer como ella les parecía inalcanzable, aunque el aspecto que tenía ahora sólo le pondría nervioso.

Pero eso tenía solución.

Tarareando, se puso unos téjanos exclusivos desteñidos, con el correspondiente corte en la rodilla, una ceñida camiseta del MIT y un par de zapatillas altas. Se quitó el maquillaje y se lo aplicó de nuevo, esta vez buscando un aire informal. Cuando hubo terminado, se puso una cazadora de cuero y se miró en el espejo.

Sí, decidió. Eso surtiría efecto. Eso iría muy bien. Félix Gavin estaba perdido.

Ahora sólo debía encontrarlo. Sin la intromisión de Bett.

Llamó a la conserjería y dejó el mensaje de que estaba durmiendo y no quería molestias en todo el día. Luego, con la deliciosa sensación de ser una espía, abandonó la habitación, bajó por la escalera, aguardó a que el vestíbulo estuviera desierto y se escabulló por la puerta de enfrente.

El viento salobre le desmelenó el cabello en cuanto salió, pero, en vez de irritarla como cada vez que salía del hotel, esto se sumó a la aventura. El cielo gris prometía lluvia. Lena se subió el cuello de la cazadora.

¿Cómo hallar a Gavin?

Willie lo sabría.

Librodot

PERROS ENTRE LOS ARBUSTOS

La suerte es una gran cosa, pero mejor es la valentía.

MARY ENGELBREIT

Jodi pensó que lo bueno de los animales era que tenían mucho mejor oído que la gente.

Por desgracia, el doble de la bruja también tenía un oído muy agudo. Volvió la cabeza bruscamente cuando Jodi y Edern se llevaron los dedos a los labios y silbaron con estridencia, pero ya era demasiado tarde. Dos perros entraron al trote en el jardín. Jodi los reconoció a ambos.

Uno era un pequeño mestizo —mitad terrier y mitad quién sabía qué— llamado Lunático. El otro era un collie llamado Guapo. Ambos vivían a poca distancia de la casa de la tía Nettie y a menudo salían a pasear junto a los acantilados con Jodi y Denzil.

Lunático ladró ásperamente cuando vio al doble y brincó hacia él, seguido de cerca por Guapo. Malvís huyó ante esa acometida entusiasta. El doble saltó por encima de la cabeza de Jodi y Edern y por encima de los rosales, entró por la ventana y aterrizó con estrépito en la mesa. Lunático corrió de aquí para allá frente a los rosales, se internó en un claro y se asomó por la ventana irguiéndose sobre las patas traseras y aullando alegremente. Guapo se quedó en el césped y metió la cabeza en el sitio donde estaban Jodi y Edern.

Edern retrocedió con nerviosismo. Parecía a punto de echar a correr, pero Jodi le cogió el brazo.

—Me conocen —le explicó.

Guapo continuó mirando con curiosidad a las dos personas con tamaño de ratón. Poco después, Lunático abandonó su vigilancia y se reunió con el collie, brincando por el césped con entusiasmo.

—No nos harán daño —dijo Jodi.

Al menos eso espero, añadió para sus adentros.

Mientras Guapo los olisqueaba, obviamente intrigado por el olor familiar que salía de esa criatura tan poco familiar, Jodi se le acercó.

—Hola, amigo —saludó.

Acercó la mano al hocico y se sorprendió al notar cuan diminutos eran sus dedos en comparación con las narices del perro. Guapo retrocedió nerviosamente y gimió.

—Estupendo —se alegró Edern con voz nerviosa—. No nos harán daño.

—Oh, cállate —replicó Jodi, empezando a irritarse—. Les confunde mi tamaño.

—Parece que están decidiendo si vale la pena comernos —masculló Edern—. Si me preguntas a mí, yo...

Calló ante la mirada fulminante de Jodi.

—Vamos, Guapo —dijo Jodi—. Hola, Lunático.

Mientras el terrier continuaba brincando por el jardín, soltando algún que otro aullido, Guapo se tendió en el suelo y acercó el hocico a Jodi. Emitió un sonido gutural de satisfacción cuando ésta le rascó el morro.

—¿Y ahora qué? —preguntó Edern, manteniéndose aún a distancia.

—Ahora escapamos.

—Pero los perros...

—Están aquí para ayudarnos. ¿En tu pueblo nunca oíste hablar de buena suerte?

Edern suspiró.

—Claro que sí. Pero también oí hablar de perros hambrientos y no me interesa....

Esta vez le interrumpió el repentino cambio de tono y volumen en los ladridos de Lunático.

—Criaturas malignas —gritó una voz demasiado familiar.

—Es la maldita bruja —reconoció Jodi.

Guapo iba a alzar la cabeza, pero se detuvo cuando Jodi lo llamó por el nombre.

—Ahora o nunca —le dijo a Edern, echando a correr.

Edern la miró sorprendido cuando Jodi se encaramó al pescuezo del collie, se acomodó detrás del collar y quedó apretada entre el collar y la pelambre.

—Tú estás loca —le increpó Edern.

—Pues quédate a que te conviertan en sapo. ¡No! —añadió cuando Guapo comenzó a levantarse. Luego se volvió a Edern—: ¿Vienes? Última oportunidad.

—¡Largo de aquí! —gritaba la Viuda—. Largo de aquí, bestias roñosas.

—También yo estoy loco —dijo Edern, poniéndose en marcha.

Poco después, también él estaba aferrado al collar de Guapo. El collie se levantó. Pálidos, Jodi y Edern se aferraron con fuerza mientras el perro se marchaba por el jardín, con Lunático aullando a su lado y la cabeza vuelta hacia atrás para demostrar su desprecio a la Viuda. Jodi vio al doble de la Viuda, que los miraba furioso desde la ventana, pero pronto la casa se perdió de vista.

Fue un viaje frenético y accidentado para ambos la alocada carrera de los perros por las callejas de Bodbury, rumbo al puerto. Se aferraban al collar de Guapo, apretando los dientes para aguantar los barquinazos.

—¡Más despacio, más despacio! —gritaba Jodi, pero ninguno de ambos perros le oía.

Al fin se detuvieron jadeando en los adoquines cercanos a los muelles. Las cajas de embalaje se elevaban como montañas en la dársena. Colinas de redes se erguían en pilas desordenadas. Antes que los perros echaran a correr de nuevo, Jodi le asestó un codazo a Guapo. El perro sacudió la cabeza.

El mundo giró y el estómago de Jodi dio un vuelco. Frunciendo el ceño, se aferró con fuerza del collar.

—¿Por qué no te estás quieta? —exclamó Edern cuando ella se disponía a asestarle otro codazo.

—Tenemos que bajarnos, ¿no?

Guapo se quedó muy quietecito al oír esas vocecitas bajo la barbilla. Sacudió la cabeza de nuevo y se detuvo cuando Jodi le gritó.

—Voy a vomitar —dijo Edern.

Jodi lo comprendía muy bien. Ya era bastante desconcertante y desagradable estar colgados del collar del perro sin que Guapo se sacudiera.

Librodot

—¡Abajo! —exclamó a todo pulmón—. Agáchate, Guapo. Sé buen chico.

El collie se quedó donde estaba con una mirada de asombro. Lunático soltó un aullido.

—¡No empieces, Lunático! —gritó Jodi. Ya estaba ronca de tanto gritar—. ¡Abajo! —insistió de nuevo.

Al final Guapo obedeció.

Antes de que el perro se arrepintiera, Jodi y Edern se alejaron del collar y descendieron al suelo. Se tambalearon sobre los adoquines, mareados después de esa frenética cabalgata. Uno de los enormes ojos de Guapo los examinó con solemnidad. Lunático seguía aullando y ladrando alegremente.

Edern miró al terrier con inquietud.

—No me agradan mucho esos dientes —dijo.

Jodi rió y lo empujó hacia una abertura entre las cajas. En cuanto estuvieron a salvo adentro, Jodi se volvió para mirar hacia afuera. Al parecer, nadie había reparado en los perros ni en su extraño cargamento.

—Nadie nos vio —comentó por encima del hombro.

Edern se apoyó en una caja y se despatarró.

—Qué bien, siento un inmenso alivio.

—Déjate de burlas —replicó Jodi—. Logré que escapáramos, ¿no?

Guapo y Lunático aún estaban junto a las cajas. El terrier estaba sentado, ladeando la cabeza y mirando a Jodi. Guapo gimió y arañó los adoquines con la pata.

—Muchas gracias —les dijo Jodi—, pero ya podéis iros de aquí. —Ninguno de ambos perros se movió—. ¡Largo! —Corrió unos pasos, gritando, y los perros retrocedieron de un brinco, pero regresaron a sus puestos cuando Jodi regresó a su escondrijo—. Por todos los diablos —exclamó—. No se quieren ir. Esto significa que debemos irnos nosotros antes de que algún entrometido venga a averiguar la causa del alboroto.

Edern la miró fatigado.

—¿Nunca te cansas?

Jodi meneó la cabeza. Echó a andar, se detuvo un instante para mirarlo por encima del hombro y se marchó. Edern se levantó despacio y miró a Guapo y al terrier. Cuando Lunático lanzó otro estridente ladrido, Edern movió los hombros para combatir el escalofrío que le recorría la espalda al pensar en esos perros y al instante se apresuró a alcanzar a su compañera.

2

Estaba oscuro entre los pequeños espacios que separaban las caías. El aire denso olía a pescado y sal, y la luz del día apenas penetraba en los angostos corredores por donde Jodi conducía a Edern. Después de muchas idas y venidas llegaron al otro lado de la montaña y echaron un vistazo al mar.

—Bien, parece que no saldremos por aquí —dijo Jodi,

Las cajas estaban apiladas en el extremo del muelle y no dejaban espacio ni siquiera para que pasaran sus diminutos cuerpos. Abajo, la marea alta lamía los pilotes. En la bahía, los lugres pesqueros flotaban en desorden mientras sus tripulantes, en la costa, limpiaban pescado y reparaban las redes para la faena de la mañana siguiente. Fuera del amparo de la bahía, se aproximaba un carguero.

—Tal vez estas cajas sean para el carguero —sugirió Edern.

Jodi se encogió de hombros.

—Tardará tiempo en atracar. Además deben hacer trámites con el capitán de puerto y

esperar la marea. Estaremos bien.

—Preferiría estar caminando al descampado.

—Qué melindroso eres.

—Habla por ti misma.

—Bien, yo no me ando quejando por todo, ¿no?

—No estoy acostumbrado a esto —dijo Edern—. Prefiero caminar por las colinas.

—Donde un armiño o una comadreja podría engullirte para la cena. ¿No sería maravilloso?

—Tú sabes a qué me refiero.

—Supongo que sí. Tampoco yo estoy pasando el mejor momento de mi vida.

Se sentó, colgando los pies encima del agua, sin preocuparse de que un pescador la viera o no.

—¿Adonde iremos ahora? —preguntó Edern, sentándose al lado.

Jodi se encogió de hombros.

—Esperaremos aquí hasta que oscurezca y luego iremos a casa de Denzil. Quizás él pueda ayudarnos.

—¿Ayudarnos?

—A recobrar nuestro tamaño natural, bobo. ¿Crees que quiero pasar el resto de mi vida como ratón?

—De eso quería hablarte —replicó Edern.

—¿Hablarme de qué? —Edern no las tenía todas consigo—. ¿Hablarme de qué? —repitió Jodi.

El se volvió hacia ella.

—¿Nunca has pensado adonde fue el resto de ti? —Jodi pestañeó y lo miró desconcertada—. En un momento eres grande y de pronto tienes la altura de un camarón. Sin duda habrás pensado en la discrepancia.

—Vaya —dijo Jodi—. No lo había pensado.

Edern meneó la cabeza.

—Cuando la Viuda te encogió, una parte de ti siguió siendo tú, en tu tamaño actual, pero el resto se dispersó de algún modo, se desvaneció en el aire. Para recobrar esos fragmentos, necesitas la tercera parte de ti, que se ha guardado la Viuda.

—No sé de qué hablas —protestó Jodi con aprensión.

—Es una especie de código de tus elementos constitutivos. Un amuleto, si quieres, que invocará las partes dispersas cuando estés dispuesta a recobrar tu tamaño normal.

—Pues ya estoy dispuesta.

Edern negó con la cabeza.

—Sin el amuleto, nunca recobrarás el tamaño correcto.

—Amuleto —repitió Jodi. Edern asintió—. ¿Y lo tiene la Viuda? Por todos los diablos. ¿Por qué no lo has dicho antes?

—No me has dado tiempo.

—Te he dado todo el tiempo del mundo. Lo más probable es que tú también quisieras escapar y no desearas distraerme con otras preocupaciones. —Edern la miró compungido—. O quizá no —concluyó Jodi—. ¿Y qué aspecto tiene ese amuleto?

—Tiene forma de botón y está cosido al interior de la capa de la Viuda.

—¿Y el tuyo? ¿Cuál es tu amuleto?

—No lo sé. Vi cómo obraba el sortilegio contigo... Por eso sé lo que sé. Cuando lo obró sobre mí, yo estaba igual que tú. Inconsciente.

—¿Entonces debemos regresar?

—Sólo si quieres recobrar tu tamaño.

Jodi meneó la cabeza.

—No puedo creerlo. ¡Mira en qué termina mi gran aventura! Buscar un maldito botón

en la capa de una vieja. Si esto estuviera en un libro, me daría vergüenza volver la página.

—No es culpa mía.

—Supongo que no. ¿Pero dónde está el romanticismo? ¿Dónde está la maravilla?

—Bien, ahora eres un Pequeño.

—Oh, sí. Qué maravilla. Ser un ratón. Quizás encuentre el príncipe rata para que me salve el día. ¿No sería romántico?

—Siempre me tienes a mí.

—Oh, demonios.

—Pero, desde luego, soy demasiado mayor para ti.

—Demasiado viejo —convino Jodi. Luego suspiró: una larga y sentida exhalación que no contribuyó a levantarle el ánimo ensombrecido—. Supongo que es culpa mía —dijo—. Siempre andando de aquí para allá, anhelando tropezar con esa gran aventura. Y ahora que la encuentro... Bien, es típico, ¿verdad? —Edern no supo qué decir—. Que, cuando la encuentro —explicó cansadamente Jodi—, sea tan... Oh, no sé. Tan ridícula. Tan pedestre.

—Tal vez todas las aventuras sean así y sólo parezcan excitantes cuando las escriben —observó Edern—. Sin embargo, cuando pienso en nuestra fuga, puedo prescindir de la excitación.

—Tú sabes a qué me refiero. Me gustaría que fuera algo más trascendente que andar vagando por Bodbury con cuerpo de ratón y buscando un botón. Parece tan irrelevante.

—¿Una persona reducida a nuestro tamaño te parece irrelevante?

—No seas cargante.

—¿Quién es la melindrosa ahora?

—Y no seas latoso. —Edern la miró de soslayo y Jodi sonrió—. Sólo estoy de mal humor —dijo—. Y lo sé. Así que no me sermonees. Pronto me repondré y desearás que vuelva a estar de mal humor.

—No eres muy buena para poner cara larga —observó Edern.

—No puedo evitarlo. No tengo suficiente práctica. —La sonrisa de Jodi se ensanchó—. Háblame de tu vida de viajero. Para pasar el tiempo.

—¿Qué te puedo contar? Andas por los senderos, cuesta arriba y cuesta abajo...

Jodi olvidó sus preocupaciones por el momento, se reclinó contra la caja meciendo los pies sobre la marea en ascenso y cerró los ojos. Mientras Edern hablaba, evocó imágenes que acompañaran sus palabras: carreteras que serpeaban por agrestes brezales y bajaban al mar por sendas escabrosas, carreteras con setos que delimitaban parcelas y se internaban por aldeas que ella jamás había visto, carreteras soleadas de día y misteriosas de noche...

Cuando el cielo se oscureció y largas sombras de los edificios de Bodbury se proyectaron sobre las aguas, Jodi despertó para descubrir que se había dormido con la cabeza apoyada en el hombro de Edern. Como él también estaba dormido, Jodi se quedó donde estaba, mirando las aguas hasta que el crepúsculo se transformó en noche. Luego, le dio un codazo a Edern y se incorporó.

—Es hora de irnos —dijo.

—Dame cinco minutos más.

—No sabía que un viajero podía ser tan perezoso.

—¿Por qué crees que erramos como gansos, en vez de instalarnos en un sitio?

Jodi sonrió con sorna, se levantó, se desperezó y le hizo frente con los brazos en jarras.

—¿Preparado?

Edern gruñó y se levantó con lentitud, fingiendo que era un anciano.

—Supongo que ya tendrás un nuevo y asombroso plan —dijo.

Jodi asintió.

—A pesar de todo, iremos a ver a Denzil. Quizá no logre volvernos más grandes, pero sin duda pensará un modo de conseguir esos botones.

—Tal vez no sea tan malo ser un Pequeño —replicó Edern tiritando.

—Quizá —convino Jodi jovialmente—, pero no me propongo conformarme con la vida de ratón a menos que sea necesario.

Dijo estas últimas palabras por encima del hombro, mientras desandaba el camino por el sinuoso laberinto formado por la montaña de cajas. Edern la siguió a paso más lento, preguntándose cómo hacía Jodi para orientarse tan bien en la oscuridad. La marcha duró una eternidad. Edern apenas prestaba atención cuando Jodi se detuvo de golpe. Por poco tropezó con ella.

—Si vas a detenerte así, al menos avísame...

—¡Chist! —susurró Jodi.

—¿Qué pasa? —preguntó Edern, adelantándose.

Apenas tuvo tiempo para ver la gigantesca cara de un gato que los observaba desde fuera de las cajas, pues pronto él y Jodi echaron a correr por donde habían venido mientras una zarpa intentaba atraparlos. El gato soltó un gruñido de frustración, estirando aún más la zarpa. Jodi y Edern retrocedieron.

—¡Recontra! —explicó—. ¿Qué hacemos ahora?

—¿Nunca oíste hablar de buena suerte en tu pueblo? —preguntó Edern.

—No empieces —advirtió Jodi, fulminándolo con la mirada.

—¿Quieres decir que no puedes seducirlo?

El gato gruñó con furia mientras continuaba buscándolos.

—¿Tú qué crees? —preguntó Jodi.

—Creo que todavía estaremos aquí cuando los hombres vengan a subir estas cajas al carguero por la mañana —respondió Edern, tras lanzar un suspiro.

3

Denzil Gossip estaba ante su mesa de trabajo, trabajando en una pequeña locomotora de vapor, cuando anocheció. Estaba encorvado sobre el taburete, con la espalda combada como un arco de triunfo, para concentrarse. Como las gafas se deslizaban por la nariz, tenía que interrumpir los ajustes que efectuaba en el mecanismo de relojería del tren para acomodárselas, hasta que se le caían de nuevo.

Sólo cuando estuvo totalmente oscuro y no pudo ver nada se irguió para mirar su umbrío altillo. Viendo una oportunidad de llamarle la atención, los animales la aprovecharon de inmediato.

Rum soltó un grito agudo y raspó la puerta, sumando nuevos surcos a los que ya había trazado en el pasado sobre la madera. Ollie se descolgó de un anaquel de la biblioteca y le aterrizó en el hombro, sobresaltándolo tanto que Denzil soltó el pequeño destornillador que estaba usando.

—Mira la que has hecho —le regañó.

—Lecho, lecho —gritó Noz desde su percha, abriendo las alas para abanicar el aire.

Como si lo hubiera planeado desde el principio de su salto, Ollie bajó por el hombro de Denzil para aterrizar en el suelo, donde se dedicó a escarbarse inocentemente la nariz.

Los ratones y las ratas correteaban en sus jaulas, excitados por los repentinos movimientos. El conejo de orejas caídas apretó la cara contra los alambres de la jaula. Los lagartos se escabulleron para petrificarse en nuevas posiciones. El cuervo graznó desde el marco de la ventana. Los bagres fueron los únicos que conservaron la calma. Claro que nunca hacían nada excepto cuando les arrojaban migajas de pan u otro comestible en la superficie del agua.

Denzil se preguntó si sería de día o de noche.

Se levantó del taburete para buscar el destornillador, pero Ollie ya lo tenía y trataba de metérselo en la oreja.

—Dame eso —ordenó Denzil.

—Queso, queso —dijo Noz.

En el otro lado de la habitación, Rum añadió otra serie de rasguños a la puerta.

Denzil se metió el destornillador en el bolsillo, se quitó las gafas, las limpió con la manga, se acercó a la ventana y se las caló de nuevo.

Advirtió que estaba anocheciendo. Eso significaba que un día se había ido. ¿Pero adonde? Si se lo hubieran preguntado, Denzil habría afirmado que hacía sólo media hora que se había puesto a trabajar en el tren. A lo sumo una hora. Sólo después del desayuno...

Fue a la puerta y dejó salir a Rum. Luego comprendió que debía seguir al gato hasta abajo para abrirle la puerta de la calle. Cogió a Ollie del hombro cuando el monito quiso seguir a Rum a la calle.

—No te hagas el valiente, tú —dijo, acomodándose a Ollie en el brazo.

Echó un vistazo calle arriba y calle abajo antes de cerrar la puerta y subir la escalera. Ollie se le movía en los brazos, pero Denzil retuvo al macaco hasta que llegó al altillo y cerró la puerta.

La vasta habitación parecía muy vacía a pesar de los animales. Denzil encendió una lámpara; luego otra. Muy vacía. Y no le extrañaba.

Jodi no había ido ese día.

Qué raro, pensó. ¿Dónde estaría?

Mientras limpiaba las jaulas y alimentaba a los animales, trató de recordar si le había avisado que no vendría, porque era muy extraño que no fuera a visitarlo por lo menos una vez al día. Con frecuencia, lo hacía media docena de veces.

Sólo recordaba que habían hablado de páginas faltantes, de cabos sueltos y de objetos. No, de objetivos. Objetivos en la vida. Ella había mencionado de nuevo a Taupin —sin duda para irritarlo y se había marchado, sólo para regresar con chismes acerca de un Pequeño en casa de la viuda Pender. En suma, un día típico en la chispeante conversación de Jodi.

Pero ninguna mención de que no iría a visitarlo.

¿Estaría enferma?

No era probable. Parecía gozar de un físico que no conocía el significado de esa palabra.

¿Se habría escapado?

¿Adonde y de qué? Aunque hablaba mucho de su aburrimiento y su falta de objetivos en la vida, Jodi amaba a Nettie y jamás se iría sin primero decirle adiós a Denzil.

¿Secuestrada, tal vez? Un pensamiento ridículo, se dijo Denzil junto a la ventana, mirando las oscuras calles de Bodbury. ¿Pero dónde estaba?

Frunciendo el ceño, hundió la mano en el bolsillo con tan mala suerte que se clavó la punta del destornillador. Sacó la mano y se sorbió la herida. Luego tomó una decisión.

Si ella no iba a verlo, iría él a buscarla.

Se puso la chaqueta y una chistera que se ladeaba. Del paragüero de bambú que había junto a la puerta escogió un bastón coronado por una cabeza de tejón de plata.

Estaba preocupado de verdad. Muy preocupado.

—Portaos bien —dijo a los animales al cerrar la puerta.

Cuando llegó a la calle, titubeó.

El problema era que no sabía por dónde empezar a buscar.

Librodot

LA TAZA DE TE INFORTUNADA

El cortejo consiste en una serie de atenciones discretas, que ni deben alarmar por su impetuosidad, ni deben pasar inadvertidas por su vaguedad.

LAURENCE STERNE

Janey durmió hasta tarde esa mañana. Cuando se levantó y se dirigió al cuarto de al lado para desayunar, el Vejete, que ya habla realizado el reparto matinal, bebía una taza de té antes del almuerzo, con su ejemplar de *The Cornishman* en la mesa, junto a la taza. Reparó en el rostro somnoliento de Janey y sonrió.

—¿Y cómo estamos en esta hermosa y chispeante mañana, palomita mía? —preguntó.

—Hum —respondió Janey.

Se sentó a la mesa con él. Echó un chorro de leche en la taza que el Vejete le habla apartado y luego la llenó de té hasta el borde. Éste continuó leyendo el periódico hasta que Janey terminó la taza y se sirvió otra.

—¿Dónde está Félix? —preguntó Janey, mirando sin entusiasmo la caja de cereal que descansaba sobre el aparador.

—Salió temprano a caminar.

Eso la despabiló. El reloj que había junto a la puerta de la cocina le indicó que eran las once y media.

—¿Dijo adónde?

El Vejete meneó la cabeza.

—Me pidió un par de mis viejas botas de goma; así que supongo que habrá tomado el sendero de la costa.

—¿Dijo cuándo regresaría?

El Vejete negó de nuevo con la cabeza.

—Dale la oportunidad de reflexionar un poco. —Como Janey no respondía, su abuelo añadió—: ¿Ya has tomado una decisión?

—No. Sí. Quizá. —Janey suspiró—. Oh, no sé. Fue agradable ver a Félix de nuevo; no había comprendido cuánto lo extrañaba hasta que lo vi frente a mí. ¿Pero qué va a cambiar? Él se negará a tocar profesionalmente; de modo que estamos en lo mismo.

—¿Se lo has preguntado?

—Aún no he tenido la oportunidad, ¿no?

El Vejete plegó el periódico y lo dejó sobre la mesa.

—¿Y tú qué quieres, tesoro mío?

—Si pudiera conseguir todo lo que quiero... —El Vejete meneó la cabeza—. Qué Félix y yo viviéramos aquí contigo casi todo el año. Grabar discos juntos. Hacer un par de giras por año. Tener hijos..., pero no demasiado pronto.

—¿Y Félix? ¿Qué quiere él?

—Yo... —Janey suspiró—. No sé.

—Bien, cariño, veo que conoces tu propio parecer... Tal vez nunca lo conozcas mejor. Así que es hora de que te sientes con Félix y averigües qué quiere él. Pero recuerda...

—No riñas con él. Lo sé.

—Iba a decirte que recuerdes que debes escucharlo —dijo el Vejete—. La mitad de las riñas de este mundo se producen porque una parte no escucha a la otra.

Aunque no lo dijo directamente, Janey sabía que se refería a ella. Tenía la mala costumbre de estar tan pendiente de sus propias explicaciones que no prestaba atención a lo que decían los demás. Eso, combinado con su mal temperamento, había transformado muchas conversaciones en acalorados enfrentamientos.

El Vejete enrolló el periódico y se lo guardó en el bolsillo interior de la chaqueta.

—Bien, me voy, querida —dijo al levantarse—. Prometí a Chalkie que le echaría una mano para reparar esa vieja pared del fondo de su casa. ¿Estarás bien?

—Al pelo. No te preocupes por mí.

—¿Y recordarás lo que te he dicho cuando hables con Félix? A los hombres les gustan las mujeres contumaces, encanto; pero hay una gran diferencia entre ser enérgico y ser porfiado.

Janey tuvo que reírse.

—¿Alguna vez pensaste en redactar una columna de consejos para el periódico? —El Vejete sacó el periódico enrollado para pegarle en la cabeza—. Revelaré al mundo que mi viejo abuelo me aporrea —advirtió Janey.

—Conque viejo, ¿eh?

De nuevo sacó el periódico, pero Janey se levantó de la silla y se alejó poniéndose fuera de su alcance.

—Y malhumorado —dijo ella desde lejos—. ¿O debería decir, para usar tus palabras, porfiado?

—Si no tuviera otras ocupaciones... —Trató de poner voz seria, pero la amenaza no convencía a nadie. Sonriendo, guardó el periódico—. Ven a darle un beso a este viejo —rogó.

Ella se acercó con cautela, pero él no le hizo cosquillas ni la pellizcó como Janey había temido.

—Cuando hables con Félix, no abuses de tu suerte. Y ése es el último consejo de entrometido que te doy. No te inmiscuyas con enamorados, decía mi padre.

Janey lo siguió con la vista desde la ventana y luego se sentó a la mesa para comer unas tostadas. Se tomó su tiempo, esperando que Félix volviera pronto. Por fin regresó a su habitación cuando se hicieron las doce y media. Trató de tocar algunas melodías, pero no estaba de ánimo para la música. Cogiendo el libro de Dunthorn, se sentó junto a la ventana del patio trasero, pero tampoco estaba de ánimo para leer.

Hojeó perezosamente las páginas del libro y miró el patio. Observó a un pájaro que brincaba entre las ramas de las moras que bordeaban el pequeño cuadrado de césped. Al cabo de un rato, sintió en su interior el inicio de una tonada.

Habitualmente, cuando componía, las melodías nacían de una sesión de práctica. Rara vez las planeaba. Una frase que no pegaba con la melodía inspiraba una nueva. O una cadencia despertaba los compases iniciales de una pieza original. Rara vez las melodías llegaban enteras. Y nunca las oía tal como oía ésta.

Librodot

No parecía venir desde su interior sino desde fuera, como si alguien tocara en el otro lado de la colina y la música llegara a ella, tenue y familiar, aunque desconocida. Normalmente sólo necesitaba oír una melodía un par de veces para aprenderla, pero ésta resultaba extrañamente elusiva.

La tarareó, ya sin hojear el libro. Dejó el libro a un lado, cogió su mandolina de la pared y trató de captar el orden de las notas. Captó una frase. Luego otra. La tercera no andaba bien. Era más...

La campanilla del Vejete sonó al lado, cortándole la concentración.

Por más que intentó no hacerle caso, cuando volvió al instrumento la música se había esfumado.

—Demonios —rezongó, dejando la mandolina.

Quizá sea Félix, se dijo mientras iba a ver. No te irrites con él. No podía saber que te interrumpía. Pero era una pena. Porque era una buena melodía. De cualquier modo, era extraño que ahora sólo recordara esos dos primeros compases.

Obligándose a sonreír, abrió la puerta del patio y se encontró con un extraño junto a la puerta del Vejete.

No había nada amenazador en su aspecto. Era delgado —más aún, casi esmirriado— y de pelo largo y oscuro, con esos ojos claros pero brillantes que siempre le evocaban a Paul Newman. Usaba pantalones de pana y una cazadora Windbreaker, llevaba una cámara colgada del hombro y tenía un par de maletines en el suelo.

Podía ser cualquiera y sin duda no traía malas intenciones, pero, en cuanto lo vio, Janey pensó: anda tras el libro perdido de Dunthorn.

Era demasiado tarde para borrarse la sonrisa que había destinado a Félix y —a pesar de su premonición— la sonrisa del visitante era demasiado contagiosa para que ella cambiara de expresión.

—¿Janey Little? —preguntó él. Janey asintió con cautela, aunque sin dejar de sonreír—. Espero no llegar en mal momento. Me llamo Mike Betcher y trabajo para *Rolling Stone.*

—¿Qué? ¿La revista?

Betcher meneó la cabeza afirmativamente.

—Me gustaría hacerle una entrevista.

Janey se quedó sin palabras. Observó al visitante, estudió los maletines, notando que uno de ellos era un ordenador portátil, y luego le miró de nuevo a sus ojos.

—No hablas en serio.

—No sólo publicamos notas sobre Madonna —rió Betcher.

—Lo sé, pero...

—Si he venido en mal momento, puedo regresar.

—No, es sólo...

¿Sólo qué? ¿Ridículo que *Rolling Stone* quisiera publicar un artículo sobre ella? Mucho más que ridículo.

—Estoy escribiendo un artículo sobre música alternativa —explicó Betcher—. Estoy aquí de vacaciones y he pensado que sería bueno entrevistar a varios artistas ingleses que admiro para redondear el artículo. Hasta ahora he puesto demasiado énfasis en los americanos.

—Sí, pero…

—No me digas que ignoras que tienes admiradores en Estados Unidos.

—Bien, no. Pero es un público tan escaso.

—Es precisamente lo que aspiro a modificar con este artículo —dijo Betcher—. Hay muchos artistas como tú, que siguen una trayectoria independiente y hacen su propia música, que permanecen desconocidos para los compradores de discos. Y no está bien. Tomemos tu caso. Eres una intérprete de primera en Europa.

—En salas pequeñas.

—No importa. ¿Y no agotaste los billetes en tu última gira por California?

Librodot

—Sí, pero tocaba en clubes pequeños.

Betcher meneó la cabeza.

—Tal vez use este título: «Little, pequeña y modesta»[5].

Janey no pudo contener una carcajada.

—Eso suena redundante.

Betcher se encogió de hombros.

—Pues ayúdame a encontrar algo mejor. Mira, no perdemos nada con intentarlo, ¿verdad? ¿Qué puedes perder? Al menos dame la oportunidad. He hecho un largo camino.

—Has dicho que estabas de vacaciones.

—De acuerdo, pero es un largo camino desde Londres. He pasado casi seis horas en el tren.

Janey pensó que debería invitarlo a entrar, pues, en efecto, no tenía nada que perder y todo por ganar. Salir en una revista como *Rolling Stone* era tan bueno como figurar en la cubierta de *NME* en Gran Bretaña. Pero algo le molestaba en esa intrusión.

Primero, esa mujer americana que buscaba el libro de Dunthorn.

Luego, la aparición de Félix.

Ahora, un reportero de *Rolling Stone...*

Era demasiado. Así que no. No lo recibiría. Pero sería una imbécil si lo dejaba ir sin mas.

—Permíteme coger un abrigo —dijo— e iremos a tomar una taza de té. ¿Te parece bien?

—Perfecto.

Janey subió la escalera deprisa.

Un reportero de *Rolling Stone.* En Mousehole. Para entrevistarla a ella. Qué emoción. No veía el momento de contárselo a alguien.

Una rápida ojeada al espejo la detuvo. Cielos, tenía un aspecto horrible. Se puso sombra para los ojos y lápiz de labios. Se inquietó por lo que parecía un grano pero resultó ser un poco de cutis seco. Se cepilló el cabello. Tardó un poco en exhumar el abrigo de debajo de las ropas que le había arrojado encima la noche anterior. Al ponérselo, vio el libro de Dunthorn en el diván, junto a la ventana.

No convenía dejarlo a la vista. Tenía que ocultarlo. ¿Pero dónde?

Mirando en torno, comprendió que no había un escondrijo seguro. Siguiendo la inspiración de Edgar Poe, lo puso en el anaquel junto a los demás libros. Así estará oculto a la vista de todos, pensó, complacida con su astucia.

Cogió la cartera, salió y cerró con llave la puerta.

¡Qué rara sensación! No recordaba la última vez que había cerrado con llave la puerta.

Desechando su aprensión, se reunió con Betcher junto a la puerta del Vejete.

—¿Adonde vamos? —preguntó él.

—A la despensa de Pamela. Preparan el mejor té con crema de la ciudad.

Y en esta época del año, el único, pensó, pero sin admitirlo ante un extraño. Dejó que pensara que Mousehole, con toda su extrañeza, ofrecía tantas cosas como cualquier lugar del «país arriba», como se llamaba en Cornualles al resto de Inglaterra.

—¿Té con crema? —preguntó Betcher, cogiendo sus maletines—. ¿Qué es eso?

—Ya lo verás.

2

[5] Little significa «pequeño» *(N. del T.).*

La Senda Costera de Cornualles tiene cuatrocientos kilómetros de longitud. Va desde Marshland Mouth hasta la frontera con Devon, rodeando el Land's End, y llega hasta la costa del estrecho de Plymouth. Es el sendero continuo más largo de Inglaterra.

Buena parte del tramo de Cornualles se basa en las huellas que dejan las rondas regulares de los guardacostas.

En 1947 cuando una nueva comisión de parques nacionales sugirió que una senda continua alrededor de la costa británica constituía una posibilidad, se vio que Cornualles presentaba las condiciones ideales para ello.

No obstante, la Senda Costera no se inauguró oficialmente hasta mayo de 1973.

Como todo el Camino Oeste del Sur, la Senda Costera de Cornualles se recorre casi siempre de norte a sur, un viaje psicológicamente «cuesta abajo» que lleva al caminante hacia el sudoeste, desde los acantilados de doscientos metros de Marshland Mouth hasta los peñascos de granito del Land's End, y luego sigue al oeste por la menos abrupta costa del sur. Sin embargo, cuando Félix lo recorrió esa mañana lo hizo en sentido inverso.

Subió por Raginnis Hill, al oeste de Mousehole, dejando atrás el hospital de Aves Silvestres y el hotel Carn Du, hasta donde el camino viraba a la derecha. Un camino más pequeño pasaba frente a un apiñamiento de casitas de piedra y se angostaba internándose entre setos de moras. Un puñado de vacas pacía plácidamente allende los setos de la izquierda, y más allá se extendía el mar. Al terminar ese pasaje, una senda atravesaba las parcelas dirigiéndose a Lamorna, hacia el oeste.

Félix dejó atrás Kemyel Point y Carn Du y se dirigió a la protegida caleta de Lamorna. Era una senda accidentada que subía y bajaba por profundos acantilados, a veces con sólo medio metro de aulaga entre él y el abismo. El viento marino encorvaba las altas hierbas, resecas y pardas por efecto de la sal. En lo alto revoloteaban las gaviotas, su única compañía. Al aproximarse a Mousehole en su regreso, se detuvo ante una especie de sillón de piedra que sobresalía de una protuberancia de granito antes del puesto de los guardacostas que había detrás de Penzer Point. Allí se sentó a contemplar Mount's Bay.

A la izquierda estaba la caverna de Mousehole, que él y Janey habían explorado en otra caminata años atrás. En el aire neblinoso, el monte St. Michael era apenas un borrón y la larga línea costera de Lizard estaba totalmente oculta. En un día soleado —y Félix había estado allí en días soleados— se veían las casas de Marazion y las grandes antenas parabólicas de la estación de rastreo espacial de Goonhilly cuando les daba el sol.

Cogiendo un largo tallo de hierba rígida, lo retorció entre los dedos y pensó en Janey, en la carta que lo había llevado allí, y se preguntó qué debía hacer. Cuando pensaba en el final de esa relación... No quería repetir esos últimos meses.

¿Y si podía ser diferente? Nunca lo sabría si no lo intentaba. ¿Acaso Janey no merecía el esfuerzo?

Sin duda. Sólo que no soportaría que todo se derrumbara de nuevo a su alrededor.

Suspiró, soltó el tallo de hierba y cogió otro.

Se dijo que tenía que hablar con ella.

Miró hacia Mousehole y dio un respingo al ver una figura que avanzaba hacia él entre los campos. Pensó que se trataba de Janey. Pero luego vio el bastón y la reconoció. Clare Mabley.

Aguardó pacientemente su llegada y se levantó para abrazarla.

—Ha pasado mucho tiempo —dijo.

Clare se sentó en el sillón de piedra que él acababa de desocupar y sonrió.

—Ya lo creo —asintió—. Pero, como recibí tus cartas, no tuve la sensación de que te habías caído del borde del mundo. Aunque nunca me visitaste a pesar de tu promesa.

Félix se encogió de hombros.

—Aún no estaba preparado. ¿Cómo has sabido que estaba por aquí?

Librodot

Clare sonrió.

—¿Tanto tiempo llevas lejos de aquí? El señor Bodener se lo contó a Greg Lees, quien reparte la leche ahora que se ha jubilado su padre, y Greg se lo contó a mi madre. Edna, la vecina, también lo supo por el señor Hayle, a quien se lo contó el Vejete.

—Algunas cosas no cambian.

—Bien, es toda una noticia, ¿verdad?

—Supongo —admitió Félix.

Se sentó en una roca cercana, cogió otro tallo de hierba y empezó a deshilacharlo.

—He pensado que te encontraría aquí —dijo Clare al cabo de unos instantes de silencio. Félix la miró sorprendido—. Bien, aquí solías venir la última vez, cuando tú y Janey reñíais.

—No hemos reñido.

Todavía no, pensó. Pero porque apenas habían tenido oportunidad de hablar.

—¿De veras? Me alegra. Pero te he visto pasar temprano esta mañana... a solas. No me ha parecido buena señal.

Clare había sido la confidente de Félix cuando él y Janey estaban por romper. Era la mejor amiga de Janey, pero también era amiga de Félix. Al igual que el Vejete, odiaba que ambos se arruinaran la vida, pero, al contrario del Vejete, no había sido tímida para dar consejos a Félix. Lamentablemente, aunque él la escuchaba y no tomaba a mal la intromisión —la llamaba «Madre Clare» cuando la perorata se prolongaba demasiado—, no había seguido esos consejos.

—No nos hemos juntado tanto como para separarnos de nuevo —confesó Félix.

Clare enarcó las cejas y Félix miró hacia la bahía. Calló largamente, pero al fin tuvo que contarle por qué había regresado a Penwith.

—Por amor de Dios, Félix —dijo Clare—. Tienes que contarle cómo te sientes.

—Lo sé.

—Y, si ella se enfada, enfádate también. No digo que actúes con prepotencia, pero ya conoces a Janey. Sólo escucha a quienes hablan en voz más alta. No es por obstinación; es sólo cuestión de carácter.

Félix lo sabía y siempre estaba dispuesto a aceptar los defectos de una persona amiga. Pero eso no cambiaba las diferencias básicas que alentaban sus desacuerdos con Janey.

—¿Por qué te niegas a ir de gira? —preguntó Clare cuando él lo sacó a colación—. Nunca me lo dijiste y tal vez nunca se lo hayas dicho a Janey. Amas la música. ¿Qué tiene de malo ganarse la vida con ella? Debe de ser mejor que andar acarreando bultos en un carguero o lo que hagas en esos bosques. —Félix no pudo mirarla a los ojos—. Oh, vamos, Félix. Si no puedes contármelo a mí, ¿cómo se lo contarás a ella? ¿Es por lo que dice Dinny? ¿Qué si toca por dinero perderá la inspiración? —De nuevo, silencio. Aún no podía mirarla a los ojos—. ¿Félix?

Al fin, él volvió la cabeza.

—Me asusta —dijo—. Me asusta tanto que me descompongo de sólo pensarlo.

Notó que ella se sorprendía y le adivinó el pensamiento: ¿un hombre grande y fornido como él, asustado de algo tan trivial?

—No tienes problema para tocar en las sesiones —alegó Clare.

—No es lo mismo.

—Pero la gente te mira tal como si estuvieras en un escenario, ¿no?

Félix meneó la cabeza.

—No es lo mismo. Créeme. He tratado de superarlo. No sé cuántas veces he ido a un club en las noches que dejan intervenir al público y lo he intentado. Siempre me quedo petrificado. Ni siquiera logro arrancarle una nota al acordeón.

—Bueno, no es el fin del mundo.

—Quizá no. ¿Pero cómo se lo digo a Janey?

—Ella lo entenderá.

Librodot

—¿Lo crees? Ella florece a la luz de las candilejas... Su música cobra vida allí. ¿Cómo podría entenderlo?

—¿Crees que te valorará menos por eso?

—Sé que lo hará. ¿Recuerdas cuando Ted Praed tocaba en El Cisne de Truro?

Clare asintió.

—Nunca terminaba una canción sin soltar un gallo, antes de abandonar el escenario... —Clare hizo una pausa—. Y cuando regresábamos a casa Janey nos hacía desternillar de risa imitándole la voz.

—Imaginando situaciones donde él entraba en un banco o una tienda, se le quebraba la voz y salía corriendo...

—Pero todos reíamos... También tú. Y todos bromeábamos sobre ello.

—No soportaría que ella se riera de mí de ese modo, Clare.

—No era muy caritativo de nuestra parte, ¿verdad? —reconoció Clare.

—Yo me sentía como un canalla, al pensarlo después.

—Pero Ted nunca se enteró.

—Eso no cambia las cosas.

—Supongo que no.

—Preferiría que ella se enfureciera conmigo y no que se riera de mí —observó Félix, tras un suspiro.

Ambos callaron un rato. Observaron las gaviotas que sobrevolaban el ferry que navegaba hacia las islas Scilly. Félix deshilachó otros tallos de hierbas mientras Clare hundía el bastón en el suelo.

—Aun así tendrás que decírselo —declaró al fin.

—Ya te he dicho que no soportaría...

—Félix, no la consideres tan cerrada. Tal vez entienda. Si ella te quiere, entenderá.

—Pero cuando pienso en Ted...

—Oh, Ted era un zopenco de todos modos. Un engreído. Nos burlábamos de él porque siempre alardeaba de ser un cantor arrollador y se derrumbaba en cuanto subía al escenario. No es lo mismo, Félix. Si no nos hubiéramos reído de eso, habríamos hallado otro pretexto. Es verdad —añadió antes de que Félix pudiera interrumpir— que no era una actitud benigna, pero tendrás que admitir que él se lo buscaba.

—Pero Janey...

—Janey no era peor que el resto de nosotros. Si Ted no hubiera sido tan envarado, ella habría sido la primera en ayudarlo a superar su timidez escénica. —Tocó la pierna de Félix con la punta del bastón, obligándole a mirarlo—. ¿Se lo dirás?

—Si sale el tema...

Clare meneó la cabeza.

—¡Si sale el tema! ¿Qué pasa con los hombres, que todos tienen que estar a la altura de esa burda imagen viril? Pensé que estabas más liberado.

—No es eso —protestó Félix—. Es sólo... Bien, ¿a ti te gusta quedar en ridículo?

—Claro que no.

—A mí tampoco. No tiene nada que ver con la virilidad.

—No obstante, todos quedamos en ridículo alguna vez. Nos guste o no. Además no hablamos de mí, sino de Janey y de ti. Tienes que decírselo.

—Sí, Madre Clare.

—Hablo en serio.

—Se lo diré.

—Bien. Ahora puedes acompañarme a casa, como un galante caballero. Ya me contarás mañana cómo te ha ido.

Félix no pudo contener una risotada.

—Si, Madre Clare. ¿Habrá un examen?

Ella le pegó en la pierna con el bastón y le ofreció la mano para que le ayudara a

levantarse. Le puso la mano en el brazo y habló de trivialidades mientras regresaban a la casa, poniendo al día a Félix sobre los rumores locales que pudieran interesarle.

A gusto con su compañía, Félix se preguntó, y no por primera vez, qué habría ocurrido si hubiera conocido a Clare antes que a Janey. Era atractiva, lista. Se llevaban espléndidamente bien. Podría haber sido perfecto, pero ella no era Janey. Sólo había una Janey. A lo cual el Vejete añadiría «Gracias a Dios», cuando Janey estaba de mal humor.

—Mañana... No lo olvides —dijo Clare cuando Félix la dejó en la puerta.

—No lo olvidaré. Deséame suerte.

—No necesitas suerte. Sólo actúa con franqueza. Nadie te pediría más que eso. Y no vuelvas a llamarme «Madre Clare» o te daré tal bastonazo que estarás tan ocupado curándote que ni siquiera pensarás en reñir.

Félix saludó con la mano y echó a andar cuesta abajo por Reginnis Hill. Pensó mientras caminaba que quizá Clare tuviera razón. Janey no se reiría si lo quería de veras. Pero no sabía cómo se armaría del coraje necesario para decirle...

Se detuvo de golpe al ver a Janey caminando en compañía de un hombre a quien Félix desconocía. Era difícil distinguir la edad, pero por sus bártulos era obvio que acababa de llegar a Mousehole. Sin reparar en Félix, entraron riendo en la despensa de Pamela.

Al ver los maletines del hombre, Félix se preguntó si Janey habría enviado más de una carta.

Se metió la mano en el bolsillo para tocar el papel plegado que aún llevaba allí.

Pero no. Ella negaba que la hubiera enviado. Y él le creía. ¿O no?

Aunque no tenía derechos sobre ella, se sentía algo lastimado.

Tú fuiste el que se marchó para dar un paseo, se dijo. No ella. ¿Por qué iba a quedarse sentada y esperando?

Porque... porque...

Demonios, exclamó para sí. Y continuó calle abajo.

Cuando llegó al puerto, en vez de dirigirse por Duck hacia la casa del Vejete, subió por Parade Hill hasta salir de Mousehole y coger el camino costero que conducía a Newlyn.

2

Janey le resultó fácil distenderse en presencia del reportero, tanto que tuvo que recordarse que se trataba de un reportero y hacerla sentir a sus anchas era parte de su oficio. Como Janey no tenía pelos en la lengua, había aprendido una amarga lección cuando se publicaron sus primeras entrevistas y algunas de sus afirmaciones más desaforadas, incluso ofensivas, aparecieron en letras de molde, citadas con toda precisión. Se había avergonzado de ciertas declaraciones y no quería reincidir en el mismo error.

También tenía que cerciorarse de que Mike Betcher era de veras un reportero.

En cuanto se sentaron a la mesa en Pamela y pidieron algo a la camarera, Janey preguntó si tenía algún documento que le identificara. Él extrajo una tarjeta de periodista forrada en plástico.

Janey se preguntó se sería difícil conseguir ese documento.

No lo sabía. Pero parecía convincente. Comprendió que insistir en interrogarlo la pondría en ridículo. Sabía que no había ninguna conspiración. La americana que buscaba el libro de Dunthorn, la llegada de Félix y este reportero no tenían ninguna conexión lógica.

Decidió olvidar sus aprensiones para concentrarse en las circunstancias inmediatas. Estaba dispuesta a demostrar su mejor comportamiento. ¿Tenía un millón de lectores

Librodot

Rolling Stone? ¿Más? Si el cinco por ciento se interesaba en comprar sus discos y asistir a sus espectáculos, le iría muy bien.

—Esto es sensacional —exclamó Betcher cuando la camarera les trajo el pedido.

A Janey le gustaba el té con crema de la despensa —dos bizcochos con mermelada y una espesa crema cuajada de Cornualles, servidos con un tazón de té humeante— pero no se permitía el lujo de disfrutarlo a menudo. De lo contrario, le había dicho un día a Clare, se transformarían en las Asombrosas Mujeres-Globo.

—Pensé que te gustaría —le dijo a Betcher.

El no habló de Dunthorn ni de libros perdidos o publicados. En cambio, habló de música con tal autoridad que Janey supo que ese entusiasmo tenía que ser genuino. No siempre estaba de acuerdo con él, pero se empeñó en manifestar sus diferencias diplomáticamente, algo que no le resultaba fácil pero constituía una buena práctica.

—¿Por qué crees que hay tantos jóvenes gaiteros en escena? —preguntó él en un momento dado.

—¿Jóvenes? Olvidadas a Alistair Anderson, Joe Hutton, Jim Hall...

—Los Ranters, sí. No los olvido, pero no parecen gozar de tanta popularidad como los jóvenes intérpretes. Como tú, Kathryn Tickell, Martyn Bennet...

—Él toca la gaita escocesa.

—Para este artículo —replicó Betcher—, esa distinción no tiene mucha importancia.

—La tiene cuando pensamos en el instrumento que toca Hamish Moore.

—¿A qué te refieres?

Como todo admirador de la gaita, Janey se entusiasmó con el tema.

—Bien, hay tres clases de gaita. Las gaitas escocesas de que hablamos se relacionan con las de Nortumbria, pero los dedos se usan a la escocesa y suelen estar moduladas en claves más bajas. También están las gaitas de las tierras bajas o de frontera, más relacionadas con las gaitas de las tierras altas, aunque son menos ruidosas por el orificio cónico del canuto. En la actualidad nadie las usa mucho.

—Sí, pero...

—Y por último —interrumpió Janey—, está la gaita pastoril, que tiene una articulación larga en el extremo del canuto. También tiene un regulador y un roncón rizado, una octava debajo de lo normal, con lo cual emite un sonido muy similar al de la gaita irlandesa. —Hizo una pausa—. No estás tomando nota.

Betcher rió.

—Te estás poniendo demasiado esotérica para mis lectores. ¿Por qué no nos limitamos al instrumento que tocas tú?

—Supongo que sí. —Janey caviló un momento—. No has mencionado a Becky Taylor. El verano pasado dirigí un taller con ella en el Sidmouth Festival, en Devon.

Betcher anotó el dato y volvió a la pregunta anterior. A medida que continuaba la entrevista, Janey se sorprendía de lo mucho que aquel hombre sabía sobre su carrera y se sentía complacida. Evitaba las preguntas de costumbre, concentrándose en cosas que ella consideraba importantes pero que ningún reportero mencionaba en las entrevistas.

—Hablemos ahora de esas baladas que compusiste, *la Mousehole del Vejete* se explica sola, ahora que me has hablado de tu abuelo. ¿Qué hay de las demás?

—¿Cuáles?

—*¿El cobertizo de Stoness?*

—Se titula así por un viejo cobertizo de una granja de Canadá, donde me alojé un fin de semana.

—*¿Los nueve arpistas ciegos?*

Janey rió.

—No sé de dónde salió ese título. Tal vez por Félix.

—¿Es el Félix del *Mareo de Félix Gavin?* —Janey asintió—. ¿Y el Billy de *La jiga de Billy?* ¿Es Billy Pigg?

Librodot

—No. Ése era Billy Dunthorn.

—¿También tocaba la gaita? —preguntó Betcher, mientras anotaba en la libreta.

—No creo. Era un escritor local. William Dunthorn. El autor de *El pueblo oculto.*

Betcher frunció el ceño, como si tratara de recordar algo. De pronto la cara se le iluminó.

—¿De veras? ¿El libro sobre los Pequeños? Lo leí en mi infancia y lo adoraba. Es curioso que no haya escrito nada más... ¿O acaso ocurre como con Grahame y Carroll, y sólo recordamos ese libro?

—¿No has leído *La música perdida?* —Betcher meneó la cabeza—. Pues es su mejor libro... Muchísimo mejor que *El pueblo oculto*. Trata sobre lo que yo hago... La música tradicional y sus cualidades mágicas.

Betcher enarcó las cejas con exagerado asombro.

—¿Mágicas?

—Oh, ya sabes a qué me refiero. No hablo de brujas ni cosas así, aunque Dunthorn las menciona, sino de la sensación que causa la música. El modo mágico en que nos conecta con la historia. Con todo lo que ha ocurrido. Es una de las razones por las que me interesé en la música.

—Bien, tendré que buscar un ejemplar del libro entonces. ¿Se puede conseguir?

—Lo tienen en la tienda de revistas de North Cliff... A fin de cuentas, él nació allí.

—Buscaré uno cuando hayamos concluido. —Betcher volvió a las notas—. ¿Conque fue Dunthorn quien te interesó en la música? ¿En el violín? —Janey asintió—. ¿Por qué adoptaste la gaita de Nortumbria? No es precisamente un instrumento tradicional de Cornualles.

—Pues no. Aquí se practica ante todo el canto coral, como en Gales. Supongo que todo se relaciona con la minería. —Janey sonrió de pronto—. He aquí una vieja broma del Vejete: ¿cómo se define a un habitante de Cornualles?

—No sé.

—Un hombre cantando en el fondo de una mina.

Betcher sonrió y encauzó la conversación hacia el tema original.

—¿Cómo comenzaste a tocar la gaita?

—Bien, fue obra de Dinny... ¿Te hablé de Dinny?

—Toca en los LP —asintió Betcher.

—Él me despertó el interés por la gaita, pero al principio sólo tenía disponible una gaita de Nortumbria. Así que...

Las dos horas siguientes transcurrieron deprisa. Pronto Betcher guardó su pluma y su libreta.

—Quiero ordenar un poco todo esto —dijo—. ¿Podría visitarte mañana, para ver si he pasado algo por alto?

—Llama primero —indicó Janey, dándole el número telefónico del Vejete.

—Y ahora... Dos últimas peticiones. Me encantaría oírte tocar en persona. ¿Tienes planeada alguna actuación para estos días? —Janey negó con la cabeza—. ¡Qué lástima!

—Estoy de vacaciones. ¿Qué más?

—Necesito algunas fotos. Algunas contigo en la casa, o dondequiera que ensayes, y alguna contigo en la aldea.

Recordando el rostro que había visto esa mañana en el espejo, Janey negó con la cabeza otra vez.

—Hoy no —dijo.

Necesitaba lavarse el pelo, hallar ropa decente...

—¿Mañana?

Ella suspiró. También tenía que ordenar el caos de su habitación.

—Si es necesario...

—«Little, pequeña y modesta»... —añadió Betcher riendo—. Creo que me quedaré

con ese título.

—¡No te atrevas!

El extendió las manos para aplacarla.

—Tus deseos son órdenes. ¿Nos vemos mañana para las fotos... y tal vez alguna melodía?

Lo suplicó con tal vehemencia que Janey tuvo que ceder.

—De acuerdo, por qué no —dijo—. Pero no llames demasiado temprano. Como estoy de vacaciones, me encuentro en mi habitual estado de pereza... y no cites esta frase.

—Ni lo sueñes.

—¿Dónde te alojas? —preguntó Janey—. Quizá pueda organizar una sesión para esta noche. En tal caso, te llamaré.

—Estoy abierto a las sugerencias.

—¿Una pensión te vendría bien?

—Perfecto.

Janey se puso el abrigo y cogió la cartera.

—Ven, pues, y te acompañaré hasta una cercana. Pero después de eso, deberás arreglarte por tu cuenta. Tengo a un amigo de visita y me he pasado el día sin hacerle caso.

Se sintió culpable por pensar en Félix sólo entonces, pero sin duda él comprendería la importancia de ese artículo para su carrera.

Betcher se levantó con ella. Pagó la cuenta y recogió sus pertenencias.

—Espero que no haya problemas con tu amigo.

—No lo creo. Félix es muy comprensivo.

Eso espero, pensó.

—¿Es el Félix Gavin para quien compusiste esa balada? ¿También es músico?

—Y muy bueno —añadió ella—. Pero no trates de mencionarlo en un artículo. No soporta el aspecto comercial de las cosas. Sólo le interesa la música.

—Pareces tenerle afecto.

¿Era un tono de lamentación lo que oía en la voz de Betcher? Janey recapacitó al comprender que quizás hubiera pasado por alto las señales. Pero, pensándolo bien, las señales habían sido muy claras. Sólo que ella no las había visto. Una pena. Parecía un sujeto muy agradable. Si Félix no hubiera estado allí, tal vez ella hubiera explorado ese interés que al parecer iba más allá de la entrevista.

Pero Félix estaba allí.

—Mucho. —dijo.

Sí, él tenía cierto interés. Janey notó su decepción, aunque él intentó ocultarla.

Decidió que era mejor fingir que no lo había notado. Su vida amorosa ya era bastante complicada.

—Vamos —apremió—. Si esperamos demasiado ocuparán todas las habitaciones.

—¿En esta época del año? Pensaba que la temporada turística había terminado.

—Sí. Pero eso no significa que las pensiones cierren. Hay toda clase de viajeros. Excursionistas. Vendedores. Reporteros de revistas americanas...

—Comprendo —admitió él, dejándose guiar.

4

Michael Bett nunca terminaba de asombrarse de lo fácil que era manipular a un individuo. Sólo era preciso apretar los botones correspondientes.

Madden lo consideraba magia, pero aunque Bett aceptaba que se relacionaba con la

fuerza de voluntad y con la aptitud para usarla venciendo las resistencias naturales del sujeto —la «oveja», como Madden y los demás miembros de la Orden llamaban a los no iniciados—, también creía que era simplemente una forma de mesmerismo.

Ese viejo término —basado en las técnicas y teorías de Franz Mesmer, quien, a su vez, había interesado a Jean Charcot y sus pares en las posibilidades del «magnetismo animal»— le resultaba más atinado que las descripciones contemporáneas del hipnotismo. Pues Bett usaba su voluntad como una forma de magnetismo animal, como el líder de una manada de lobos o como una serpiente ante la presa. La diferencia era que las víctimas de Bett nunca captaban el control que él ejercía sobre ellas.

Como Janey Little.

Sí, quizá lo hiciera. Pero no ahora. No todavía. No hasta que ella le hubiera dado lo que él buscaba.

Ella era un ejemplo perfecto. Enérgica y brillante, jamás soñaría que la estaban manipulando. Aunque era una de esas personas que dominaban a un grupo por la mera exuberancia y vitalidad de su personalidad. Al abordarla de ese modo —ofreciéndole un camino hacia la fama, concentrándose en la música, fingiendo una taciturna atracción hacia ella, en síntesis, dándole lo que quería—, Bett había pedido manipularla como a las más simplonas ovejas de Madden.

Con el tiempo, le haría hacer cualquier cosa que le pidiera.

Cualquier cosa.

La voluntad de Bett —su «magia», como diría Madden— era así de fuerte.

Ella no revelaría hoy el secreto de Dunthorn. Pero tarde o temprano lo haría. Era evidente.

Bett se dejó conducir a la tienda de revistas, donde compró una edición en rústica de *La música perdida,* y luego a una pensión en el linde este de la aldea. Cuando confirmaron que había una habitación libre, Bett la siguió a la puerta delantera, donde ella le obsequió su fácil sonrisa.

—Bien, me marcho —dijo Janey.

—Gracias por todo —agradeció él—. Has sido sensacional. Si... No, no importa.

—¿Si yo qué?

—Bueno, si organizas una sesión esta noche, o si simplemente descubres que no tienes nada que hacer, yo... Me encantaría tener noticias tuyas.

—Veré qué hay de la sesión, pero tengo...

—Un amigo en casa. De acuerdo. Lo olvidé. Bien, quizás ambos...

Ella rió.

—Veremos. Pero no cuentes con ello. Félix y yo tenemos mucho de qué hablar.

—Entiendo. Bien, gracias por todo, de nuevo.

Bett se despidió y entró a telefonear. Cuando lo conectaron con la habitación de Lena, respondió un hombre.

—¿Hola?

Bett colgó sin responder y miró el auricular.

Le había dicho que se quedara adentro, pero no le había dicho que no recibiera a nadie, claro. Grandísima idiota. ¿Había que aclararle todo?

Ahora la necesitaba para quitarse a Félix Gavin de en medio. No para que se revolcara con algún chófer en la habitación. Pensó en llamar a Willie Keel para que arreglara la situación, pero luego comprendió que quizá fuera Keel quien le había organizado ese encuentro.

Tendría que hacerlo por su cuenta.

5

Al norte de Mousehole, a medio camino entre la aldea y la vecina Newlyn, está la vieja cantera de Penlee. Aunque no había tanta actividad como en los tiempos de auge, los silos de la cantera aún almacenaban la piedra azul *alvin,* que otrora se embarcaba en grandes cantidades hacia diversos puertos y que ahora iba sólo a Alemania. Cuando Félix se acercó a la cantera, quedó un poco apabullado —como de costumbre— ante el escabroso paisaje de la izquierda. En la pintoresca Penwith, con sus gratos y sinuosos senderos y setos, con sus espléndidos acantilados y brezales, los montones de tierra y las viejas cicatrices de la cantera parecían fuera de lugar.

De pie a la sombra de los silos que se erguían cerca del mar junto a la carretera, miró la cantera. No había actividad en ese momento. Sólo un viejo Land Rover aparcado junto a un edificio decrépito, ruinas de otros edificios y tierra removida. A sus espaldas, enormes depósitos en desuso se extendían junto a los silos, con paredes de piedra y techo de metal y la ancha entrada protegida con alambradas. El cielo grisáceo prometía lluvia.

El lugar perfecto para un asesinato, pensó Félix.

No estaba de buen talante.

No estaba enfadado con nadie, salvo consigo mismo. Aunque amaban esa región de Inglaterra y tenía en Mousehole varios amigos que había conocido por intermedio de Janey, no había regresado desde que habían reñido años atrás. En ese momento lamentaba haber regresado.

Así como el cielo prometía lluvia, su regreso también parecía prometer algo. Pero ahora descubría que Janey no había enviado la carta que lo había llevado allí. Aunque era evidente que se alegraba de verle, ella tenía su propia vida, una vida que no le incluía. Félix se preguntaba cómo podía haber cometido la estupidez de pensar lo contrario.

No importaba quién era el hombre que ella había acompañado a la despensa de Pamela. Podía ser un amigo, un agente, su maldito abogado. No importaba. Verla con otro le había mostrado el hecho innegable de que, al margen de sus deseos, al margen de lo que dijera Clare, las cosas no habían cambiado. Ni cambiarían. ¿Por qué iban a cambiar? Janey no le debía nada. Tenía derecho a vivir su propia vida. Que un error lo hubiera llevado allí no significaba que ella tuviera que abandonarlo todo para tratar de iniciar de nuevo esa relación.

Ella le tenía afecto... pero como amigo. Madura de una vez, se dijo a sí mismo. Acéptala de la misma manera y deja de desvariar como un adolescente enamorado.

Tienes que decírselo, insistía Clare.

¿Pero de qué serviría si ya sabía la respuesta? ¿Para qué crear una situación incómoda? Lo mejor era pasar un par de días en la aldea, salir con Janey, tocar un poco de música, ver de nuevo a Clare —pero no a solas, para que Clare no insistiera— e ir a la granja para visitar a Dinny y su familia. Sin trastornos. Pasar un buen rato y marcharse.

No decir nada y marcharse.

Tienes que decirle cómo te sientes.

No, no tenía que decírselo. El también tenía su propia vida. Y, si decidía vivirla sin Janey..., bien, era su opción. ¿O no?

Sin Janey.

Sólo con ese recuerdo fantasmal al cual le hablaría de noche en la cubierta oscilante de un carguero que navegaba de una ciudad cualquiera a otra ciudad cualquiera. Matando tiempo en el mar.

Cielos, cómo odiaba ese aspecto de sí mismo.

En general sabía lo que quería y no se andaba con remilgos. Actuaba. No tenía problemas de indecisión ni de introspección.

Excepto cuando se trataba de Janey.

Cogió un guijarro y lo arrojó a los depósitos que había junto a los silos. Ya es hora de

Librodot

regresar, pensó, irritado consigo mismo por el retortijón que esa idea le provocaba en el estómago. Quizá debiera ir a Newlyn y encontrar una taberna para comer algo antes de emprender el regreso. Pero no tenía hambre.

Mirando camino abajo, reparó en una ciclista vacilante que subía por la colina escalonada hacia la cantera. Se bamboleaba en el borde angosto de la carretera, visiblemente intimidada cuando pasaba un coche.

Una turista tardía, pensó Félix. Poco habituada a esos andurriales. Y eso que no circulaba por una de esas carreteras realmente estrechas que había en la comarca. En comparación, ésta era una autopista de cuatro carriles.

Estaba a punto de marchase cuando otro coche pasó junto a la ciclista. La mujer perdió su precario equilibrio, una rueda tropezó con una piedra y la bicicleta cayó a tierra. Fue un mal aterrizaje, y la mujer se torció la pierna. Félix corrió hacia ella.

—Maldición, maldición, maldición —rezongaba cuando Félix llegó allí.

—No trates de moverte —le aconsejó éste.

Ella alzó la vista. Las lágrimas le habían corrido la sombra de los y tenía la boca torcida en una mueca de dolor, pero aun así se notaba que era una mujer muy atractiva. Llevaba el pelo corto y estirado hacia atrás. El cuero de la cazadora estaba raspado y había un rasgón en una rodilla de los téjanos, que parecía deberse a la moda más que a la caída. Por la camiseta del MIT, Félix supo que era americana incluso antes de reparar en el acento.

—¿Dónde te duele? —preguntó.

—Mi... mi tobillo...

—De acuerdo. Ahora tómalo con calma. —La ayudó a desembarazarse de la bicicleta y a levantarse—. ¿Puedes apoyarte sobre esa pierna? —preguntó.

—Creo que... ¡no! —exclamó ella, mientras lo intentaba.

Tiritando de dolor, se apoyó en él. Félix la ayudó a sentarse y le examinó el tobillo. Estaba un poco hinchado, pero no notaba si había un esguince o quebradura. En el suelo había un reloj de pulsera, con los eslabones del brazalete rotos.

—¿Esto es tuyo? —preguntó, recogiéndolo.

Ella se apoyó la mano en la muñeca y asintió. Al entregárselo, Félix reparó en lo que había tomado por una mancha de tierra en la muñeca. Comprendió, antes de que ella se bajara la manga de la cazadora, que era el tatuaje de una avecilla gris.

Qué raro, pensó. Cuando ella usaba el reloj de pulsera, quedaba totalmente oculto. ¿De qué servía entonces?

Notó que ella le miraba.

—Hola —dijo ella.

—Hola —respondió Félix sonriendo.

Parecía haberse recobrado un poco ahora que no se apoyaba sobre el tobillo y había superado el shock inicial de la caída.

—Supongo que fue una estupidez de mi parte —comentó ella.

—Un accidente es un accidente. ¿Dónde te alojas?

—En Penzance. Y me llamo Lena —se presentó, ofreciendo su mano.

—Félix Gavin —dijo Félix, estrechándosela.

—Cielos, debemos parecemos ridículos —exclamó ella con una sonrisa.

Félix sonrió también, Lena le apretó la mano y la soltó enseguida. A regañadientes, al parecer.

—Gracias por acudir al rescate.

—Debes hacértelo revisar —recomendó Félix, señalando el tobillo—. Había un Land Rover aparcando en la cantera. ¿Quieres que pregunte si te pueden llevar al hospital?

—Oh, creo que sólo necesita un poco de hielo.

—Bien, veré qué me responden.

Ella le cogió el brazo.

Librodot

—No quiero armar un escándalo. Tal vez puedas llevarme en la bicicleta. Casi todo el camino es cuesta abajo.

—¿Segura?

—Ya me siento bastante tonta sin necesidad de que un grupo de extraños me mire boquiabierto.

—¿Y nosotros no somos extraños?

—Ya no... Acabamos de presentarnos; ¿recuerdas?

—De acuerdo —admitió Félix, sin poder contener una sonrisa. Lo intentaré. Pero, si te duele mucho, dímelo.

Cogió la bicicleta, se la apoyó en el cuerpo y tendió la mano para que Lena se levantara sin hacer fuerza sobre el tobillo. Era una bicicleta de hombre.

Así que sentó a la mujer en la barra y condujo la bicicleta a la carretera.

—¿Seguro que estarás bien? —preguntó al notarle una mueca.

Ella asintió.

Cuando Félix montó en la bicicleta, ella le rodeó la cintura con los brazos y se apoyó en él. Incómodo pero resignado, éste enfiló cuesta abajo hacia Newlyn. El tráfico era ligero y no tuvo que empezar a pedalear hasta que llegó al puerto, en el límite entre Newlyn y Penzance.

6

El Vejete y Chalkie almorzaban en el restaurante del Contrabandista de Newlyn, tomando un descanso en la tarea de reparar la pared, aunque en realidad aún no habían empezado. Estaban en el patio, estudiando la pared desmoronada desde varios ángulos, cuando de pronto Chalkie anunció que tenía hambre e insistió en comer fuera, que él invitaba.

—¿Para qué ensuciar platos, cuando alguien puede cocinar por nosotros? —le preguntó al Vejete.

Lo cierto era que Chalkie siempre comía fuera. Sus aptitudes culinarias alcanzaban a lo sumo para el potaje o las tostadas de la mañana. Y preparaba un té espantoso.

Así pues, estaban sentados ante la luna del restaurante cuando Félix pasó en bicicleta con Lena acurrucada contra el pecho. El Vejete tuvo que mirar dos veces para cerciorarse de que veía lo que veía. Pasaron tan deprisa que por un instante dudó. Sólo por un instante. Al reconocerlos a ambos, sintió un nudo en el estómago.

Pobre Janey, pensó.

—Me reconforta ver esas cosas —dijo Chalkie—. Una pareja en una bicicleta. ¿Recuerdas cuando íbamos a divertirnos con nuestras bicicletas, por el camino de Kerris? ¿Cómo se llamaban esas hermanas?

El Vejete lo miró desconcertado, antes de responder.

—Feena y April.

Chalkie sonrió.

—Eso es —confirmó Chalkie entre risas—. Feena iba conmigo en mi bicicleta, pero April... Ella tenía la suya, ¿verdad? Tenía su propia bicicleta y tú salías perdiendo.

—En efecto —admitió el Vejete.

Y de nuevo salía perdiendo; no sólo él sino Janey. Pues la mujer que había visto en brazos de Félix era la misma que había ido a la casa a reclamar los manuscritos inéditos de Billy cuatro días atrás. Nunca lo habría creído de Félix, pero ahora tenía sentido que hubiera aparecido de ese modo, con esa carta. Claro que Janey no la había escrito: la había escrito él mismo.

Librodot

Al pensar cuánto afecto le tenía a Félix —había sido el mejor muchacho que Janey había llevado a la casa—, se le rompía el corazón.

—¿Te has quedado sordo?

El Vejete vio que Chalkie lo miraba con asombro. No había oído una palabra de lo que éste le decía.

—¿Qué te ocurre, hombre? —preguntó.

—Pregunto si te has quedado sordo —repitió Chalkie—. Rayos, estabas navegando por el espacio.

—Estaba pensando —suspiró el Vejete.

—¿Malos pensamientos?

—Bien, no eran buenos.

—Es la vejez —le aseguró Chalkie—. Recuerda siempre los buenos tiempos. Tom. Así es más fácil.

—Supongo que sí.

Buenos tiempos. Tiempos idos. No, no era bueno refugiarse en ellos. ¿Y qué hacías al descubrir que en parte eran mentira?

Oh, ¿cómo se lo diría a Janey?

7

Lena pensó que todo funcionaba bien y que ni siquiera había necesitado las instrucciones de Willie. Se había torcido un tobillo, lo que no era divertido, pero no habría podido hallar mejor modo de conocer a Félix Gavin aunque hubiese planeado ese porrazo.

Él la había llevado a la habitación, había conseguido hielo y ahora se lo aplicaba en el pie, que estaba apoyado en la cama. Mientras él bajaba a conseguir el hielo, Lena se había puesto una camiseta abolsada que le cubría hasta las rodillas. La palidez que le había causado el cambio de ropa no era fingido. Ese pequeño esfuerzo la había agotado. Y su primoroso salvador había insistido en que se acostara.

Era un hombre interesante, fuerte y tierno. Era fácil comprender qué había visto en él la muchacha Little. Pero no entendía por qué Janey Little lo había abandonado.

En fin, pensó Lena filosóficamente, ella pierde y yo gano.

Se portaba de manera espléndida, valiéndose de todos los recursos que había aprendido en sus clases de teatro. Modestia aparte, la imagen que proyectaba era atractiva.

Recatada, pero no ingenua. Dolorida, pero valiente. Abierta y cordial, un poco solitaria, pero no descarada. En síntesis, lo estaba embobando sin pasar por una cualquiera.

Y era evidente que funcionaba. No por lo que él dijera o hiciera —actuaba como un caballero, algo sorprendente, considerando sus orígenes—, sino porque se notaba el efecto. En el modo en que Félix la estudiaba sin mirarla. En el esfuerzo que le costaba entablar conversación.

—Vaya —dijo Lena, acomodándose contra el cabezal—. Qué tontería. Parece que nunca hubiera andado en bicicleta.

—¿Andas a menudo? —preguntó Félix.

—Me encanta. Pero no estoy acostumbrada a estas carreteras y la barra también me resultaba un poco incómoda. ¿Por qué colocan esas cosas en las bicicletas de hombre? Cualquiera diría que a vosotros os tendrían que poner aún más nerviosos. —Epa, pensó al ver que Félix enarcaba las cejas. Ajusta el tono. No sea cosa que lo ahuyentes—. De todos modos —se apresuró a añadir—, tuve suerte de que estuvieras cerca para ayudarme. Has sido todo un ángel.

—No fue gran cosa.

Librodot

—Para ti no, tal vez.

Félix se encogió de hombros y miró la habitación.

—¿Estás de vacaciones? —preguntó.

Una sonrisa amarga aleteó en los labios de Lena.

—No querrás oír la triste historia de por qué estoy aquí a solas, ¿verdad?

—Sé escuchar.

Apuesto a que sí, pensó Lena. Y, como quería retenerlo el mayor tiempo posible, urdió la historia de que era secretaria en Boston, que aspiró a ser actriz y que había ido allí con un novio («ex novio, te aclaro») que afirmaba ser un director de cine en busca de sitios donde rodar y la había invitado a acompañarlo.

—Como una tonta, dije que sí —concluyó—. Y, al día de estar aquí, me plantó porque yo no quise..., ya sabes..., complacerlo.

—¿Sobre qué era la película? —preguntó Félix.

—¿Qué película? Todo era un gran secreto antes de la partida, y ahora sé por qué: no había tal película. Lo que no entiendo es por qué me trajo hasta aquí si sólo quería llevarme a la cama. Creo que hay modos más baratos de conseguirse una chica.

Sintió la tentación de decirle que ese «novio» andaba ahora por allí haciéndose pasar por reportero de *Rolling Stone,* pero le bastó pensar en la reacción de Bett para olvidar esa idea.

—Tal vez sí haya una película —dijo Félix.

Ella meneó la cabeza con lentitud.

—Quizá tengas razón. Y como yo no me presté a su juego, ha encontrado alguna imbécil local para reemplazarme.

—No seas tan dura contigo.

—¿Por qué no? Este viaje fue un error desde el principio. Tuve que haber sido una imbécil para aceptar. Y aún faltan nueve días para mi vuelo de regreso. —Intercaló un oportuno suspiro—. No me disgusta Cornualles, es un sitio fascinante, pero no es muy divertido cuando te encuentras sola.

—Comprendo a qué te refieres.

—Parece que tú también tienes tu historia triste. —Lena dibujó una sonrisa—. ¿Quieres contármela? Yo ya me siento mejor.

—No lo creo —respondió Félix.

—Es una mujer, ¿verdad? —Félix se sorprendió al ver la expresión comprensiva de Lena—. Siempre es algo así. Creo que sufrimos la maldición de no encontrar a la pareja adecuada y luego, para empeorar las cosas, nos complicamos la vida aún más en una persecución incesante de ese alguien perfecto que en realidad no existe. Y cuando existe, está casado o no nos da ni la hora.

—Por lo visto, has pasado por una mala relación.

Lena se encogió de hombros.

—Quizás. Habitualmente no soy tan sensiblera. A fin de cuentas él ni merece que lo recuerde... Pero en algún momento estallas, ¿no crees?

—Supongo que sí.

Félix parecía incómodo y Lena decidió no insistir cuando él cambió de conversación.

—Ese tatuaje de la muñeca... —comenzó él.

—Oh, esa antigualla... —Tímidamente, se lo tapó con la mano libre—. Me lo hice tallar cuando era adolescente... Una de esas cosas que lamentas diez minutos después.

Félix rió. Antes se había quitado la cazadora. Ahora se arremangó la camiseta para mostrar el tatuaje que tenía en el bíceps izquierdo. Era una versión a todo color de un viejo sentado en una caja y tocando el acordeón.

—Me gusta —dijo Lena—. ¿Tú tocas ese instrumento? —Félix asintió—. ¿Profesionalmente?

—No.

—Oh, apuesto a que eres bueno.

—Me las apaño. —Félix le señaló la muñeca izquierda—. ¿Y por qué una paloma?

—Es el símbolo... Se supone que es el símbolo de una vieja...

Había ido demasiado lejos. Si Bett la oyera ahora. Si su padre la oyera ahora...

—¿Una vieja qué?

—Oh, ya sabes. Paz, amor, flores y demás monsergas. Me fascinaban los años sesenta, cuando era niña..., sobre todo porque me los perdí. Cuando decidí hacerme el tatuaje, pensé en ponerme un símbolo de la paz, pero, como en realidad nunca me gustó ese círculo, elegí la paloma al verla en el catálogo de la casa de tatuajes.

¿Se lo creía?

No tuvo oportunidad de averiguarlo porque sonó el teléfono. Antes que pudiera detenerlo, Félix cogió el auricular.

—¿Hola? ¿Hola? —La miró sorprendido—. No hay nadie allí —dijo al colgar.

—Qué raro —comentó Lena.

Quería agregar quizá fuera mi novio, para acentuar el efecto dramático, pero lo pensó mejor. Félix miró la hora.

—Debo irme —alegó—. ¿Te sentirás bien? ¿Puedo traerte algo de comer antes de irme?

Lena decidió no insistir más por ese día. Ya habría otra oportunidad. Se tenía confianza. Además, si el del teléfono era el Muchacho Dorado, cuanto antes se marchara Félix mejor.

—No. Puedo llamar al camarero. —Félix se levantó y cogió la cazadora de la silla donde la había arrojado—. Sólo una cosa —añadió ella—. Si no es molestia...

—¿Qué?

—Bien, necesitaré un bastón los próximos días. ¿Podrías conseguirme uno? —Al ver que él titubeaba, aclaró—: Lo pagaré, por supuesto.

—No es eso. Es sólo... —Félix titubeó un instante y luego asintió—. Claro que puedo conseguirlo.

—Sé que las tiendas están cerradas ahora. Así que tendrías que ir mañana.

—No hay problema. ¿A qué hora te levantas?

—Nueve y media.

—Pasaré alrededor de las diez.

Ella lo miró con aire compungido.

—Algo más. Aceptaré lo que consigas, pero, si es posible, ¿puede ser un modelo tosco? ¿Tal vez uno viejo?

—No hay problema —respondió Félix con una sonrisa—. Hay algunas tiendas de antigüedades en Chapel Street. Pero no sé a qué hora abren.

—Cuando sea. Te agradezco de veras todo lo que has hecho. Has estado sensacional.

Félix meneó la cabeza.

—Te veré mañana, pues. Y trata de no apoyarte en ese pie.

—A la orden, capitán.

Félix salió riendo.

Lena se reclinó en la cama risueña. La presa mordía el anzuelo. Y si acababa de sufrir un segundo encontronazo con la joven Little, eso le facilitaría la tarea.

¿Entonces por qué se sentía sucia al hacer lo que estaba haciendo?

Bett llegó una hora más tarde, despotricando. Obviamente, no le creyó esa historia de que se había tropezado con la punta de la alfombra y se había torcido el tobillo, pero no podía hacer mucho salvo mirarla de hito en hito: en las pálidas cuencas de esos ojos ardía la espantosa promesa de lo que Bett le haría si no la protegiera su padre.

Cuando Bett le dio instrucciones concernientes a Félix Gavin, fue ella quien quiso despotricar. Típico de él, adueñarse de su idea para disfrutar del triunfo. Pero no dijo nada ni hizo nada. Al fin, Bett se marchó, con esa promesa desagradable ardiendo aún en los ojos.

Librodot

Lena cogió el teléfono y pidió a la operadora una comunicación internacional.

—Hola, papá —saludó cuando la comunicaron. Puso su mejor voz de niñita—. No quiero actuar como una chiquilla, pero Mike empieza a actuar de manera extraña... No, no me ha amenazado ni nada parecido, al menos no lo ha dicho explícitamente, pero me ha dado un empellón, me he caído y me he torcido el tobillo... No, está bien, sólo se me ha inflamado. Oh, ¿de veras? ¿Puedes enviar a Jim? Haz que reserve una habitación aquí, pero que espere a que yo establezca contacto con él. —Lentamente fue transformando la voz de niñita en voz de mujer capaz—. Creo que te alegrarán ciertas medidas que he tomado, papá. Hay un hombre que es muy amigo de la joven Little. Bien, estoy muy cerca de lograr que me revele el secreto de Dunthorn. Creí que te agradaría. Claro que me cuidaré. Yo también te amo, papá.

Eso es, pensó al colgar el teléfono. Su padre contaría a los demás miembros de la Orden que abordar a Gavin había sido idea de ella y así contaría con protección ante Bett. Todo salía a la perfección.

Pero, al pensar en cómo usaba a Félix, aún se sentía sucia.

No seas necia, se dijo. Es sólo un tonto marinero.

Sí. Pero ese tonto marinero era agradable y quizá no fuera tan tonto. Ciertamente la había tratado mejor que las gentes que ella frecuentaba en sus círculos sociales. ¿Cuántos se habrían detenido al ver a una mujer, atractiva o no, cayéndose de la bicicleta?

Miró en torno. El tobillo le dolía de nuevo.

—Maldición —masculló.

¿Por qué todo tenía que ser siempre tan complicado?

8

No había nadie en casa cuando Janey llegó. Puso agua para el té y fue a la habitación de al lado a buscar un jersey. Se lo puso y se miró en el espejo para asegurarse de que lo que había visto esa mañana no era un grano; luego fue a la biblioteca para cerciorarse de que *El país pequeño* aún estaba allí.

Estaba donde debía estar.

Bajó el libro del anaquel, hojeó algunas páginas y se detuvo un instante cuando creyó oír de nuevo esa música. Pero, en cuanto atinaba a escucharla, se disipaba. Suspirando, cerró el libro con un chasquido y regresó a casa del Vejete con el libro bajo el brazo para llamar a Clare.

—Lamento no haber llamado antes, pero ocurrió algo asombroso. —Y se puso a contarle que el reportero había ido esa mañana y que lo había llevado a la despensa de Pamela para la entrevista.

—¿Cómo era él? —preguntó Clare.

—Oh, muy agradable. Americano. No sé cuántos años tendría, pero no demasiados. Tiene ojos de Paul Newman y sabe muchísimo de música. Sin duda el artículo saldrá bien.

—¿Por los ojos?

—¡Clare!

—Sólo bromeaba —repuso su amiga riendo—. Debes de estar contenta.

—Ya lo creo.

—¿Cuándo se publicará?

—No me lo dijo. Pero quizá tarde un tiempo. Ya sabes cómo trabajan estas revistas... Compraron artículos para Navidad en junio.

—¿Has visto a Félix? —preguntó Clare.

—No. Iba a preguntarte lo mismo.

—Esta mañana me lo encontré en el mirador de los guardacostas. Cuando se fue, regresaba a tu casa. Eso fue poco después de las doce.

—Lo he vuelto a perder de vista. Me pregunto adonde habrá ido.

—¿Qué sensación te da el verle de nuevo?

—No estoy segura —dijo Janey—. Feliz y asustada, supongo.

—¿Pero aún te gusta?

—Oh, sí —exclamó Janey sin pensar, pero comprendió que era cierto.

—Es un tío maravilloso —reconoció Clare—. No lo dejes escapar de nuevo.

—Pienso hablar con él cuando regrese. Y esta vez no seré contumaz, como diría el Vejete.

—Tal vez le guste que seas un poco díscola.

—Tal vez. Oigo a alguien en la puerta. Así que te dejo. Quizá sea Félix.

Llámame mañana.

—Lo haré.

Janey colgó cuando la puerta se abría. Era el Vejete. Aunque amaba a su abuelo, Janey hubiera preferido que fuera Félix.

—¿No has tenido un buen día, abuelo? —preguntó Janey al verle la expresión huraña.

—Oh, tengo malas noticias para ti, tesoro mío —suspiró el Vejete—, y no sé por dónde empezar.

—No se habrá lastimado Chalkie, ¿eh?

Podía imaginar a los dos viejos trabajando en esa pared de piedra de Chalkie y arrojando uno de ellos un trozo de granito en el pie del otro.

—No —contestó el Vejete con un aspecto muy triste—. Nada de eso.

—Bien, ¿qué pasa? —preguntó Janey.

El Vejete se sentó a la mesa de la cocina, moviéndose rígidamente, como si por primera vez sintiera el peso de los años. Janey se preocupó aún más.

—Es Félix, palomita mía. Ha traicionado nuestra confianza.

Cuando el Vejete le contó lo que él había visto esa tarde en Newlyn, con quién andaba Félix tan cómodo en su bicicleta, Janey palideció.

—No es cierto —protestó con un hilo de voz—. Dime que no es cierto.

—Ojalá no lo fuera, encanto, pero eso es lo que vi.

Janey se quedó mirándolo con ojos desbordantes de lágrimas.

LOS ENGRANAJES DEL MUNDO

Ésta era la maquinaria de la vida, no un aparato limpio, aséptico y bien aceitado, monitoreado por mil cuadrantes precisos, sino un artilugio loco y torpe constituido por elementos discordantes y toscamente ensamblados.

MARGARET MAHY,
Recuerdo

Nettie Shepherd abrió la puerta y se encontró con Denzil en el umbral. Él se apoyaba en el bastón con mango de plata y la miraba a través de sus gafas brumosas, que se empañaban con el calor que escapaba de la casa.

«Vasta» era la mejor descripción que soltaba a la mente cuando Denzil veía a la tía de Jodi. Era una mujer grande, pero proporcionada. Tenía muslos descomunales, pechos abundantes, hombros anchos, rostro enorme y una cascada de pelo rojo. Todo en ella era gigantesco. La sonrisa que le rozó los labios al verlo también era amplia y expansiva, con un toque de satisfacción felina.

—Vaya, vaya —dijo—. Nunca creí que te vería aquí.

—Oye, no vengo por negocios, sino por... —Denzil calló al comprender lo que decía.

—¿Por placer? Bajo este techo ambas cosas son lo mismo, maestro Gossip.

—Ejem. Sí, bien. En realidad, he venido por Jodi. ¿Está dentro?

—¿Quieres decir que no estaba contigo?

—No lo he visto en todo el día —replicó Denzil, meneando la cabeza.

Nettie frunció los labios y abrió la puerta de par en par.

—Será mejor que entres.

Denzil titubeó un instante, mirando calle arriba y calle abajo antes de seguirla adentro. Aunque no lo hubiera creído posible, la sonrisa de Nettie era aún más ancha.

—¿Temes que alguien te vea entrar en este antro de iniquidad?

—Es una casa licenciosa —repuso Denzil con cierta altanería.

—En efecto, tenemos licencia.

—Por favor.

—Tienes razón —dijo de pronto Nettie, poniéndose seria. Le cogió el bastón y el sombrero. Apoyó uno contra la pared y colgó el otro junto a la puerta.

Denzil aprovechó que tenía ambas manos libres para limpiarse las gafas.

—Esta noche no está para bromas —añadió Nettie.

Pronto supo Denzil por qué.

Cuando lo condujeron a la sala, descubrió que esa noche no era el que no pagaba por su visita. Sentados junto a la ventana estaban Cadan Tremeer, jefe de policía de Bodbury, y la viuda Pender. Tremeer levantó su corpachón de la silla y ofreció a Denzil su mano regordeta. Como el policía olía a perfume, Denzil se preguntó si no habría tenido que responder a la llamada del deber desde una de las habitaciones de arriba. Después de estrecharle la mano, Tremeer regresó a la silla con manifiesto alivio.

La Viuda saludó a Denzil con un cabeceo.

—¿Té? —preguntó Nettie.

Denzil negó con la cabeza. Se quitó las gafas, las limpió de nuevo en la manga de la chaqueta y se las caló sobre la nariz, donde pronto se empañaron de nuevo. Nettie señaló una silla, pero Denzil se quedó de pie.

—¿Se ha metido Jodi en algún lío? —preguntó.

La Viuda refunfuñó.

—Esta vez es serio —dijo Nettie.

Tremeer cabeceó, tratando en vano de dibujar una expresión adusta en los rasgos joviales.

—Entró con violencia en casa de la Viuda y robó una reliquia —espetó, articulando esta palabra con solemnidad.

—Qué va —negó Denzil con la cabeza—. Jodi no robaría ni una moneda.

—La Viuda la vio salir por una ventana. He estado allí, maestro Gossip, y hay un desbarajuste de padre y señor mío. Vidrios rotos. Chucherías por doquier. No tiene buen aspecto.

Denzil miró a Nettie.

—¿Y qué dice Jodi?

—Bien, eso es lo peor —intervino el policía—. La joven señorita Shepherd no está por ningún lado.

Denzil aceptó al fin la silla que Nettie le había ofrecido antes.

Vaya enredo. Aunque era lo último que había esperado descubrir, decidió que la casa de Nettie era el sitio indicado para iniciar sus averiguaciones.

—¿Cuándo fue la última vez que la viste? —preguntó a Nettie.

—Cuando se acostó. Temprano, para ella. Antes de medianoche.

—¿Y qué? —insistió Denzil, notando que aún no le había contado todo.

Nettie suspiró.

—La cama estaba intacta y la ventana estaba abierta. De vez en cuando, ella se cree que es como tu mono, Gossip, y anda encaramándose por los tubos de desagüe. Baja deprisa y sin ser vista y luego anda haciendo diabluras.

—Como despojar a una anciana de sus recuerdos —añadió la Viuda, hablando por primera vez.

Le temblaba la voz y ponía una expresión de víctima que Denzil no se tragaba ni por un momento. La había visto caminar con paso vivaz y sabía que era tan enérgica como una mujer de la mitad de sus años y malévola como una arpía. La creía capaz de cualquier crueldad, sabiendo que lo haría por pura alevosía. No creía en las maldiciones mágicas que presuntamente podía lanzar, a pesar de lo que decían los chicos de Pingajos.

—¿Cómo sabe usted que fue Jodi? —preguntó—. Era de noche, ¿verdad? ¿No pudo usted equivocarse?

—Conozco a esa chica —dijo la Viuda—. Incita a los demás niños a burlarse de mí.

Eso sí era creíble.

—¿Por qué esperó tanto para denunciarlo? —preguntó. Miró de soslayo al policía—. ¿Debo entender que ella acaba de presentar la denuncia?

Tremeer puso aire culpable y miró el cielo raso sin darse cuenta.

Librodot

—Yo... eh... —comenzó—. Es decir, ella...

—Para una mujer de mi edad es difícil desplazarse —declaró la Viuda—. Es la artritis.

Más mentiras, pensó Denzil.

Tremeer, entretanto, había recobrado su postura oficial. Cogió una libreta y una pluma de la mesa.

—¿Y cuándo fue la última vez que la vio usted, señor Denzil?

—Ayer. Como hoy no ha venido, me he preocupado. —Denzil suspiró—. Jodi no es de las niñas que se involucran en estas fechorías.

Nettie asintió, feliz de contar con un respaldo.

—Es una niña, ¿verdad? —terció la Viuda—. ¿Y acaso los niños no son un fastidio?

No tanto como tú, pensó Denzil, pero no se dignó responder. Poniéndose de pie, saludó al policía y a la Viuda con una ligera inclinación de cabeza antes de volverse hacia Nettie.

—Llámame si puedo ayudar —le dijo.

—Gracias. Lo haré.

—Y si usted la encuentra... —comenzó Tremeer.

—Se lo notificaré enseguida —interrumpió Denzil e indicó a Nettie que se quedara sentada cuando ella se levantó para acompañarlo—. Conozco el camino —dijo.

Una vez en el vestíbulo, cogió el sombrero y el bastón y escapó deprisa. Fuera, las gafas se empañaron de nuevo, pero no hizo caso de esa incomodidad. A veces parecía que pasaba la mitad de su vida ojeando por gafas turbias y la otra mitad limpiándolas; así que estaba habituado a esa carga.

Pensó que algo raro ocurría y se propuso llegar al meollo del asunto. Pero primero necesitaba un buen trago para ahuyentar el sabor de la mala actuación de la Viuda y la anuencia de Tremeer.

Echó un vistazo reflexivo a la casa de Nettie, se encaminó hacia el puerto y fue directo hacia la taberna más próxima, que resultó ser la posada del Barco.

Naturalmente, para terminar de arruinar la noche, allí estaba sentado Taupin. El filósofo campestre tenía todo el aire de estar esperándole. O al menos de estar esperando a alguien que lo convidara a un trago.

Iba a dar media vuelta para marcharse cuando Taupin lo llamó jovialmente. Y Denzil no tenía ánimos para caminar diez calles hasta la Red y el Ancla.

Además, pensó que los niños simpatizaban con ese tonto. Quizás él supiera dónde estaba Jodi.

2

Al cabo de media hora Jodi decidió que no tenía sentido quedarse allí, pues el gato no se marchaba. Levantándose, se sacudió los pantalones y se dispuso a hallar otra salida en el laberinto de cajas. Pero en cada abertura descubrían que el gato, atraído por el sonido susurrante de sus pisadas —y por los comentarios de Jodi sobre la dudosa ascendencia de los gatos y de este gato sarnoso en particular—, los estaba aguardando.

—¡Maldita sea! —exclamó Jodi.

Cogió una piedra y se la arrojó el gato, pero sin efectos visibles. La más grande que podía encontrar y arrojar con cierta precisión no era mayor que un grano de pimienta. No obstante, continuó arrojando proyectiles hasta que le dolió el brazo. Luego fue a tenderse junto a Edern.

—¿Por qué los malditos gatos son tan pacientes? —quiso saber.

Edern se encogió de hombros. Luego preguntó:

—¿Cómo se llama ese amigo tuyo?

—Denzil.

—¿Es mago?

—Denzil es el hombre más lógico que puedas encontrar —dijo Jodi entre risas—. Lo que significa que no cree en la magia. Si algo no se puede explicar mediante la lógica, afirma, es porque no hemos hallado los parámetros y puntos de referencia apropiados.

—Entonces no nos servirá de mucho, ¿verdad?

—También es sabio e inteligente y mi mejor amigo.

—Sí, pero si no sabe nada de magia no podrá hacer nada por nosotros.

—¿Tienes una idea mejor?

—Creo que sí —dijo Edern—. ¿Qué sabes de los monumentos de piedra de la campiña?

—Muy poco, excepto que me causan un cosquilleo y…, no sé, me producen una sensación de misterio.

—¿Has oído decir alguna vez que allí es donde nuestro mundo limita con el Mundo de los Túmulos?

Jodi rió.

—Oh, rayos. ¿Ahora quieres invocar a *hummocks* y *piskies* para que nos echen una mano?

—Si una bruja puede encogernos, ¿por qué no puede existir la Gente Pequeña?

—¿Ése es tu plan?

Edern asintió con la cabeza y Jodi se echó a reír de nuevo, pero pronto se contuvo. Bien, pensó. Recapacitemos. Lógicamente, como diría Denzil. La magia funcionaba. Era obvio que existía: ellos eran la prueba viviente. Entonces, ¿por qué no los Pequeños?

—¿Por qué iban a ayudarnos? —quiso saber.

—Quizá pudiéramos ofrecerles algo a cambio.

Jodi metió la mano en el bolsillo y extrajo un trozo de hilo, algunas migajas secas que se proponía dar al primer perro callejero que encontrara, tres canicas de vidrio, dos peniques de cobre, un trozo de madera pulida por el mar sin propósito discernible, dos pequeños engranajes que obviamente tenían un propósito, aunque Jodi ignoraba de qué mecanismo provenían, un cortaplumas y un poco de pelusa. Examinó cada objeto con meticulosidad y le mostró la mano a Edern.

—¿Qué puede gustarles de esto? —preguntó.

—Podríamos intercambiar servicios —explicó Edern pacientemente.

—¿Qué clase de servicios?

—Tendríamos que preguntárselo, ¿no crees?

—No sé. —Jodi suspiró y miró de soslayo al gato, que seguía al acecho con persistente interés—. Además, primero tendríamos que escapar.

—Pero cuando escapemos...

Jodi se guardó los objetos en los bolsillos, quedándose sólo con las migajas. Ofreció algunas a Edern y se puso otras en la boca.

—Monumentos de piedra —masculló mientras masticaba. Tragó, lamentando no tener algo de beber—. ¿Como las cruces de piedra y demás? —Edern asintió—. ¿Y si Dios envía un ángel para averiguar qué nos proponemos? No creo que esté dispuesto a ayudarme porque dudo que yo figure en Sus buenos libros.

—Es improbable que eso ocurra —dijo Edern.

—Si pueden existir los *piskies,* ¿por qué no Dios?

—Yo pensaba en un sitio más parecido a las Alegres Doncellas.

—Oh, conozco la historia. Unas muchachas bailaban en domingo, ¿verdad? Trece muchachas. Y Dios las transformó en piedra. Había dos gaiteros que tocaban la música y echaron a correr, pero también quedaron transformados en piedra y se encuentran a poca distancia.

—¿A qué viene esta repentina preocupación por Dios? —preguntó Edern.

—Bueno, tú lo has mencionado.

Librodot

—La historia que yo conozco sobre las Alegres Doncellas es que eran sirenas que estaban bailando cuando despuntó el sol, y por eso se transformaron en piedras.

—Tú estás pensando en gnomos.

—Lo cierto es que hay sabiduría marina en esas piedras —continuó Edern como si ella no lo hubiera interrumpido—. El mar está lleno de magia y conocimientos poderosos. Si pudiéramos obtener Su ayuda...

—Tampoco creo que yo figure en Sus buenos libros —dijo Jodi—. Al menos, no mi familia.

El mar le había arrebatado a su padre y su tío. Un año después su madre murió de aflicción, por lo que el mar también era responsable de esa muerte. Jodi calló un largo rato, pensando en esos padres que sólo conocía por borrosos recuerdos, pues era un bebé cuando ambos fallecieron.

—¿Jodi?

Jodi ahuyentó el pesar que empezaba a dominarla.

—Estoy bien —dijo—. Sólo estaba pensando.

—¿En los monumentos de piedra?

Ella asintió.

—No sé si estoy dispuesta a aceptar que el mar charle con nosotros.

—También tenemos la piedra Men-an-Tol, aunque está un poco más lejos.

—He atravesado su orificio las nueve veces que presuntamente se requieren para despertar el encantamiento, pero nunca funcionó.

—¿Al despuntar la luna?

—No al despuntar la luna, pero... —De pronto sonrió hurañamente—. No puedo creer que estemos hablando de esto.

—Tú no creías en la magia antes de que la Viuda te hechizara.

—Supongo que podríamos probar suerte con esas piedras —admitió Jodi—, pero primero tenemos que conseguir los amuletos en casa de la Viuda.

—Será mejor que primero vayamos a la piedra para averiguar cómo funciona el maleficio. De ese modo, al recobrar el amuleto, podremos activarlo en el acto.

—Para que ella nos encoja de vuelta un instante después.

—No si vamos cuando ella no está.

—Supongo...

—Quizá la Gente Pequeña pueda brindarnos alguna protección contra la magia de la Viuda —dijo Edern.

—Y quizá podamos volar en una hoja y ahorrarnos la caminata hasta la piedra —ironizó Jodi que, en su frustración, dio un cabezazo contra la caja—. ¡Por todos los diablos! Estoy cansada de tantos quizás. —Se levantó, escogió otra piedra y se la arrojó al gato—. ¡Lárgate!

Asombrosamente, esta vez funcionó. El gato retrocedió, miró a un costado y escapó.

Jodi se volvió hacia su compañero con una sonrisa.

—Le dimos una lección, ¿eh?

Pero Edern no parecía complacido. Estaba muy pálido y quieto y miraba la rendija por donde el gato los habla espiado. Con una sensación de abatimiento, Jodi se volvió para ver qué miraba.

Malvís, el doble de la Viuda, le clavaba los ojos. Había ahuyentado al gato para montar guardia él mismo y allí se quedaría hasta que la Viuda llegara con un nuevo hechizo para arrancarlos de ese escondrijo.

—¿Has encontrado algo, cariño? —preguntó una voz demasiado familiar.

O quizá la Viuda ya hubiera llegado.

2

La humareda de la posada del Barco era tan densa que parecía una niebla. Los que no fumaban pipas o puros tenían cigarrillos colgados de la boca, y cada exhalación se sumaba a la bruma general. Parpadeando detrás de las gafas, Denzil se abrió paso hasta la barra, donde resignadamente se sentó junto a Taupin.

Brengy Taupin tenía el aspecto del filósofo campestre que afirmaba ser. Era flaco como un rastrillo, y las ropas harapientas le colgaban del cuerpo con la misma elegancia que un espantajo. En otras palabras, era todo ángulos y andrajos. Un par de ojos joviales y brillantes compensaban la severidad de los rasgos enjutos. El cabello era un mechón desgreñado y castaño donde invariablemente se enredaban hojas y ramas. Denzil lo observaba a menudo esperando que una cabeza de pájaro asomara en ese caótico matorral.

—¿Puedo convidarte a un trago? —preguntó.

Indicó al tabernero que les sirviera dos jarras de medio litro de cerveza sin esperar la respuesta de Taupin.

—Vaya amabilidad —dijo Taupin tras saborear la cerveza, que le dejó un mostacho de espuma en el labio superior.

—No te acostumbres —replicó Denzil, aún lamentando no haber caminado un poco más para ir a la Red y el Ancla.

Sin embargo, a decir verdad, a pesar de la hosquedad de Denzil hacia su compañero, él y Taupin se llevaban bien, pues ambos amaban las discusiones filosóficas —una rareza en la apacible Bodbury— y ambos eran capaces de continuarlas durante semanas.

—Naturalmente —repuso Taupin, mientras hurgaba en uno de los enormes bolsillos de su abrigo—. Tengo algo para ti —añadió mientras extraía un raro mecanismo que puso sobre la barra.

Denzil no pudo contener la curiosidad.

Taupin conocía su debilidad por las máquinas estrafalarias. Si era extraña, si parecía útil pero no resultaba fácil de explicar, se transformaba en un objeto de arrobadora fascinación para el inventor.

Y ese objeto era fascinante. Se trataba obviamente de un mecanismo de relojería, pero Denzil no entendía cómo darle cuerda. Ni qué hacía cuando se le daba cuerda.

—¿Qué es? —preguntó.

—No tengo la menor idea —replicó Taupin—. Pero observa.

Sacudió el objeto y lo apoyó en la barra. Por un instante nada ocurrió. Luego una ruedecilla bajó por un declive e impulsó otra, haciéndola girar. Una pequeña barra de metal se elevó, volviendo la primera ruedecilla a su punto de partida, mientras los engranajes de la segunda impulsaban otra ruedecilla, que puso en movimiento toda una serie hasta que una barra en el extremo de la máquina empezó a girar. Entretanto, la primera ruedecilla había dado la vuelta completa para enganchar nuevamente la segunda.

Denzil estaba cautivado.

—¿Durante cuánto tiempo funciona? —preguntó.

—Bien, no es la máquina del movimiento perpetuo que siempre buscas, pero anda durante una hora —respondió Taupin sonriendo.

—¿Y basta sacudirla una vez para que arranque? —Taupin asintió—. ¿Dónde la conseguiste?

—En una tienda de chatarra de Praed. Fascinante, ¿eh? Puedes quedártela si quieres.

—¿Cuánto?

—Bah —dijo Taupin, desechando el ofrecimiento—. Puedes invitarme a cenar una noche..., pero cuando cocine Jodi. Tus platos son espantosos.

El afligido Denzil apartó los ojos de la máquina que continuaba alegremente su

Librodot

incomprensible actividad. Acomodándose las gafas, se volvió hacia Taupin.

—Precisamente quería hablarte de ella.

—¿De quién? —preguntó Taupin—. ¿Jodi? Una niña deliciosa. Inteligente y rápida para aprender. Y, cosa rara, considerando que buena parte de lo que aprendió se lo hemos enseñado tú y yo, una notable cocinera.

Denzil asintió.

—Sólo me gustaría que dejaras de llenarle la cabeza con cuentos de hadas.

—¿Por qué? ¿En qué le puede perjudicar?

—En el intelecto. En la ilación lógica de sus razonamientos.

Taupin rió. Luego, señalando el mecanismo, explicó:

—Mira. Así es como tú ves el mundo. Todo tiene su lugar. Todo se mueve como una pieza de relojería. Un acontecimiento sigue lógicamente al otro. Cuando algo no encaja, es sólo porque aún no lo hemos comprendido.

—¿Qué quieres decir con eso?

Taupin metió la mano en uno de sus voluminosos bolsillos y vació el contenido en la mesa. Baratijas y chucherías se amontonaron sin ton ni son. Un libro pequeño y ajado liado en una red. Un silbato de hojalata con una pluma que sobresalía de la boquilla y lo que parecía ser una cola de rata seca del otro lado. Un paño con botones cosidos, todos ellos unidos mediante un bordado brillante que parecía formar un dibujo. Una pinza de cangrejo con un orificio por donde pasaba un tramo de hilo. Dos piedras: una con una Conchita fósil, otra con lo que parecían ser jeroglíficos borrosos o meros rasguños.

Había más, pero era demasiado para que Denzil pudiera catalogarlo con facilidad.

—Así es el mundo —dijo Taupin—. Un berenjenal donde algunas cosas tienen sentido —liberó al silbato de sus estorbos y lo hizo rodar en la palma de la mano—, mientras que otras quizá nunca se expliquen.

Cogió la piedra con marcas extrañas y la ofreció a su compañero. Denzil la tomó con cautela, como temiendo una dentellada, y le echó un vistazo. Las marcas parecían estar en un idioma que él no conocía y eran muy viejas.

—Descubrí eso en la vuelta del cabo —explicó Taupin—. El mar la arrojó. —Señaló de nuevo la barra—. Ésa es la verdadera faz del mundo, Denzil: un amontonamiento sin estructura reconocible, excepto que de alguna manera está conectado consigo mismo y al final todo se resuelve en un cierto orden.

—Una analogía bonita —dijo Denzil, devolviéndole la piedra—, pero errónea.

—Con todo, tú y yo no somos tan diferentes. Ambos buscamos la Verdad.

—Somos diferentes —le aseguró Denzil—. Yo busco la Verdad de modo científico y racional. Tú esperas tropezar con ella merced a la suerte y la extravagancia.

Taupin alzó el vaso.

—Por la Sabiduría, dondequiera que se encuentre.

—Pues ahora necesito encontrar a Jodi —insinuó Denzil.

—¿No sabes dónde la has guardado?

—Oye, no es una broma.

Taupin dejó de sonreír y adoptó una expresión grave cuando Denzil le explicó la situación.

—No tiene sentido —concluyó Denzil.

—Ni una pizca —convino Taupin.

—Jodi no actúa de ese modo.

—Jamás.

—Y no sé dónde buscarla.

Taupin calló largo rato. Frunciendo reflexivamente el entrecejo, guardó los objetos en el bolsillo y terminó la cerveza.

—Hay dos modos de afrontar esta situación —dijo al fin.

—¿Cuáles?

—Comenzamos por el método lógico de Gossip, con el cual podemos registrar la ciudad de un extremo al otro, con la ayuda de los chicos de Pingajos.

—¿Y el segundo método?

—Bien. Una vez que hayamos agotado la ruta lógica, cogeremos la ruta ilógica y empezaremos a tener en cuenta lo imposible.

Denzil meneó la cabeza.

—No tengo la menor idea de lo que dices.

—Huelo magia en el aire —declaró Taupin.

—¡Qué tontería! —exclamó Denzil, dando un resoplido.

—Es posible. Pero sin embargo la huelo. Y, a fin de cuentas, se rumorea que la Viuda es bruja. —Alzó la mano para apaciguar a Denzil—. Primero daremos una vuelta por la ciudad, a pie y con los ojos alerta ante la maldad... ¿De acuerdo?

Denzil asintió a regañadientes, con lo cual las gafas le cayeron sobre la punta de la nariz. Se las acomodó de nuevo, pensando en el ofrecimiento de Taupin. Denzil sabía que necesitaba ayuda. Sólo lamentaba no haberla hallado en un enfoque más práctico. No obstante, un hombre tomaba lo que le ofrecían.

Terminando su propia cerveza, se guardó en el bolsillo el mecanismo que le había obsequiado Taupin y se bajó del taburete.

—En marcha —dijo.

Librodot

LA AFLICCIÓN DE LA GAITERA

Si uno vive cerca del linde de la tierra y del mar,
si uno escucha con atención y observa con agudeza, puede percibir lugares que son diferentes de los que ve y oye la mayoría de la gente.

HILBERT SCHENCK,
Cronosecuencia

Félix pensaba en Lena mientras regresaba a Mousehole desde Penzance. Le parecía una persona decente, pero el obvio interés que manifestaba en él le causaba inquietud. No era que le faltaran atractivos, ni que se le hubiera arrojado encima. Era sólo que Félix no quería más complicaciones en ese momento.

Ya tenía bastantes cosas en la cabeza.

Pero lo cierto era que le causaba compasión. Plantada por su novio en un lugar extraño y sin poder pasear a causa del accidente. Y entonces aparecía él...

¿Eran los japoneses quienes creían que si salvabas a alguien te volvías responsable de esa persona? Aunque no la había rescatado de un trance de vida o muerte, no podía negar —ahora que conocía su historia y su infeliz situación— que se sentía un poco responsable por ella.

Quizá fuera un caso de empatía, porque sabía exactamente cómo se sentía ella. Pero algo le inquietaba: algo subconsciente que estaba presente en el tiempo que habían pasado juntos y que no guardaba ninguna relación con la atracción que sentía ella, ni con la compasión o la responsabilidad que sentía él. Pero no lograba identificarlo. No quería pensar en ello ni en Lena.

Lamentaba haberla conocido. Y, puesto que ya no tenía remedio, lamentaba verla mañana, porque eso sólo complicaría más las cosas.

¿Ya nada era sencillo?

En North Cliff se dirigió por la calle Duck hacia la casa del Vejete. Cuando llegó a Chapel Place y encontró sus bártulos frente al parapeto del jardín, comprendió que aún no sabía lo que era una verdadera complicación.

¿Qué pasaba ahora?

Con el pulso acelerado, dejó el equipaje donde estaba —el bolso y el estuche del acordeón— y golpeó la puerta. El adusto semblante del Vejete no contribuyó a aplacar su

Librodot

creciente angustia.

—Hola, Tom —saludó—. ¿Qué...?

—Lárgate —dijo el Vejete.

—¿Ni siquiera merezco una explicación...?

—¿Es él? —preguntó Janey desde dentro.

—El no merece tu tiempo, tesoro mío —respondió el Vejete.

Pero Janey salió a la puerta.

Félix se quedó de una pieza al ver ese rostro empapado por las lágrimas, esos ojos doloridos y esa creciente furia.

—Te odio por lo que has hecho —afirmó Janey con voz calma.

El corazón de Félix se transformó en piedra. Un borroso aturdimiento lo dominó, como si todo ocurriera a menor velocidad.

—¿Pero qué he hecho?

Su propia voz parecía arrastrarse una eternidad mientras articulaba esas pocas palabras.

—Todos sabemos acerca de tus andanzas con… —La voz de Janey se quebró, y las lágrimas le anegaron los ojos—. Con esa mujerzuela.

Se refería a Lena.

—Pero...

—¡No empieces a mentir de nuevo! —gritó ella—. El abuelo os vio a los dos.

Félix pensó que tenía que explicar cuanto antes la inocencia de su encuentro con esa mujer porque esta situación se estaba desbocando.

Pero aún sentía la voz encarcelada detrás del aturdimiento que lo embargaba. La frialdad se le ahondaba en el pecho. Cuando habló, las palabras que parecían distantes, irreales incluso para él.

—No sé lo que él vio, pero...

—Y eso no es lo peor. Esa estúpida carta... Tú mismo la escribiste, ¿verdad? ¿O ella lo hizo por ti? Tú sabías... sabías cuánto significaba el libro para mí... y la promesa... la promesa que el abuelo le hizo a Billy...

Janey no pudo continuar. Con lágrimas en las mejillas, se volvió hacia el Vejete, quien la envolvió en sus brazos.

—Lárgate de aquí —ordenó el Vejete.

—Pero...

El mundo se desmoronaba como un castillo de naipes ante el manotazo de un gigante descuidado.

—Lárgate —repitió el Vejete—, o llamaré a la policía.

Se metió adentro, llevándose a Janey, y cerró la puerta en las narices de Félix, que se quedó mirando la puerta como un idiota. Un nudo duro como una roca se le formó en el estómago. El pecho se le cerraba y el corazón le palpitaba en un tamborileo frenético.

Pensó que era imposible. Lo expulsaban de sus vidas sin siquiera darle la oportunidad de explicar que no había hecho nada malo.

Alzó la mano para llamar de nuevo, pero la dejó caer al costado.

Una locura. Ese viaje hasta allí había sido una locura.

Pensó en la carta que lo había llevado a Mousehole.

Janey afirmaba que no era de ella.

Pensó en las extrañas historias que el Vejete había contado sobre los forasteros que procuraban robar los escritos de su viejo amigo.

¿Qué había transformado a personas tan afables como los Little en un par de paranoicos delirantes?

Esas historias... ¿serían ciertas al menos? No había ninguna duda del robo que él había impedido...

Alzó la mano por segunda vez. Luego se volvió lentamente. ¿De qué serviría? No

iban a escucharlo.

Le ardían los ojos. Dejó caer las lágrimas mientras juntaba sus petates y enfilaba hacia el único refugio que quizá le quedara en la aldea.

—Oh, no —exclamó Clare al abrir la puerta—. No te ha ido bien, ¿verdad?

—Me ha ido espantosamente —dijo Félix—. Ha sido horrible.

La cabeza se le había despejado un poco con la caminata, pero aun sentía esa frialdad en su interior. No sabía si alguna vez se disiparía. Ahora se sentía un poco más lúcido; no podía creer que esa escena hubiera ocurrido. Aún deseaba regresar, demostrarse que todo era un error, algo que había imaginado, pero entonces veía de nuevo el rostro de Janey, el dolor y la cólera, veía el furor del Vejete y sabía que era real.

Clare lo invitó a entrar. Su madre ya se había acostado, pero ella estaba leyendo. Lo condujo a la cocina y le sirvió una taza de té. Félix la aceptó con gratitud y casi engulló el líquido hirviendo. Trataba de disipar la frialdad que se le había alojado dentro, pero el té no ayudó. Quizá ya nada ayudara.

—¿Quieres hablar de ello? —preguntó Clare.

Félix dejó de mirar la mesa.

—No hay nada que contar —dijo—. No pude articular palabra. Al regresar de Penzance encontré mis bártulos fuera de la casa. Cuando llamé, Janey sólo me gritó. Lloraba y despotricaba al mismo tiempo. El Vejete me amenazó con llamar a la policía.

Clare escuchaba con creciente horror.

—¿Pero qué has hecho? —preguntó.

Félix rió con amargura. Era un sonido desagradable que le raspaba los oídos.

—Eso es todo. No he hecho nada excepto... —Lentamente le contó lo que había hecho desde que la había acompañado hasta la casa ese mediodía—. Juro que no hay nada entre nosotros —concluyó—. ¿Qué iba a hacer yo? ¿Dejarla tirada al lado del camino?

—Claro que no. Has hecho lo correcto.

—Tal vez se prestara a malentendidos cuando la llevé al hotel en la bicicleta, pero, por Dios santo, ¿no merezco al menos la oportunidad de explicarme?

—Tiene que haber algo más —opinó Clare.

—Janey cree que yo escribí la carta que ella me envió —dijo Félix. Extrajo el papel arrugado del bolsillo y lo arrojó sobre la mesa—. O que la escribió Lena.

—Oh, no —exclamó Clare—. Se equivoca. Eso no es todo lo que...

—Y además están esas patrañas del Vejete sobre gente que intenta robar los preciosos escritos del condenado William Dunthorn. —Félix la miró con angustia—. Ambos han perdido la chaveta. —Apartó la silla de la mesa y se levantó—. No puedo quedarme aquí.

Los ojos le brillaban como los de un animal enjaulado.

—Félix, no puedes irte.

—Te equivocas. Puedo y me iré. Tengo que irme.

—Al menos pasa la noche aquí.

Félix negó con la cabeza.

—Encontraré un sitio en Penzance, le conseguiré ese estúpido bastón a Lena y luego regresaré a Londres para buscar otro empleo. Gasté casi todo lo que tenía para venir aquí con la mayor prisa posible. Si Janey quiere hablarme, puede presentarse en el puerto donde atraque mi próximo buque.

Clare le cogió la mano para retenerlo.

—Las tiendas están cerradas mañana —le dijo—. Es domingo.

—¿Las tiendas de antigüedades...?

—Ya no es temporada turística.

—Demonios.

—Puedo prestarle uno de mis bastones. Al lado de la máquina de escribir del estudio hay tarjetas con el domicilio de la tienda. Puedes decirle que lo deje allí cuando ya no lo necesite. No tiene sentido gastar dinero en uno nuevo.

Le soltó la mano. Félix se dirigió hacia la puerta y se detuvo en el umbral.

—Tú me crees, ¿verdad?

—Ojalá hubiera sabido antes que te agradaban las chicas con bastón -—asintió Clare. Obviamente se arrepintió de esas palabras en cuanto las dijo—. Lo lamento. No es momento para bromas.

—Está bien —admitió Félix—. Sé que tienes buenas intenciones. Me mantendré en contacto contigo. Y vendré a visitarte. Debí haberlo hecho antes, pero yo... —Suspiró—. No debería olvidar a mis verdaderos amigos.

—No deseches tan pronto a Janey —aconsejó Clare—. Quizás haya una solución.

Félix meneó la cabeza. Aún sentía esa frialdad. Aún estaba aturdido y conmocionado, pero la realidad se iba asentando poco a poco.

—Nunca hubo nada que solucionar. Ahora lo entiendo.

—No lo creas.

—De lo contrario, ella me habría escuchado.

—Pero es sólo su temperamento. Ya conoces a Janey. Ella...

—Está bien. Conozco a Janey. O al menos la conozco ahora. Yo... —Tiritó—. Debo irme, Clare. Necesito aire. De lo contrario me explotará la cabeza. ¿Dónde está ese bastón?

—Al lado de mi escritorio.

Ella lo siguió hasta el estudio, donde Félix cogió el bastón y una tarjeta.

—Félix —dijo Clare cuando llegaron a la puerta—, en cuanto a esa carta...

—No quiero hablar más del asunto —interrumpió Félix con decisión—. Te llamaré mañana antes de irme de Penzance. ¿De acuerdo?

—Pero...

—Gracias por el bastón. —Se inclinó para besarla—. Te amo, Clare. Siempre te tuve afecto. Siempre me has ayudado. Alguna vez te lo retribuiré.

Vio que los ojos de Clare se humedecían. Antes que ella pudiera decir nada, la abrazó, recogió su equipaje y se marchó.

2

Eso consigues con entrometerte, pensó Clare mientras Félix se dirigía hacia la bahía bajando por Raginnis Hill.

Clare suspiró y miró por encima de los tejados hacia Mount's Bay, hacia las aguas oscuras y melancólicas en la noche de Cornualles. No se veían estrellas en el cielo, donde los nubarrones prometían lluvia. Clare miró de nuevo hacia el camino, pero Félix ya se había marchado. La calle estaba desierta, a no ser por los inevitables gatos de Mousehole. Ésa era la pequeña hembra manchada que vivía a pocas casas de distancia. Merodeaba por ese lado de la calle, acechando quién sabía qué.

Clare la observó unos instantes, recordando la vieja historia sobre los gatos rojos de Zennor.

Entre las dos guerras mundiales, una mujer fue a la aldea de Zennor, que se hallaba en la costa norte de la península de Penwith, y anunció que criaría tigres. Huelga decir que las autoridades locales se lo prohibieron, con lo cual la mujer anunció que, si no podía criar tigres, criaría un gato rojo tan feroz como un tigre. Ahora bien, si uno iba a cualquier parte entre St. Ives y Zennor, por raro que fuese, casi todos los gatos tenían un tinte rojizo.

Cuando la gata desapareció en un jardín frente al hospital de Aves Silvestres, Clare entró en la casa y cerró la puerta.

Entrometida, pensó.

Siempre había sido una entrometida.

Venía de cuando era pequeña, poco después del accidente en la cueva, cuando los médicos anunciaron a sus padres que ella nunca volvería a caminar. Estaba jugando en la cueva de Mousehole y seguía a unos niños que descendían por los campos rocosos hasta la cueva; ellos tenían piernas más largas y bajaban con agilidad, pero ella, que era más pequeña, hacía lo posible para no perderlos de vista. Aunque andaba con cautela, de pronto calculó mal y rodó por una cuesta de seis metros.

Tuvo suerte en quedar con vida, aunque no lo vio así en los primeros y deprimentes meses de convalecencia.

Los huesos de una pierna presentaban fracturas múltiples, y hasta el día de hoy esa pierna era más delgada y débil que la otra, pues nunca había sanado del todo. Aún sentía los efectos del tiempo en ella, como un viejo marinero lo sentía en los huesos. También había sufrido daños en la columna vertebral.

Durante dos años no había podido usar las piernas. Pero estaba decidida a caminar de nuevo. Ora por perseverancia («Nunca vi a una niña con tanto ánimo», dijo el médico a los padres cuando, al cabo de una depresión inicial, ella se negó a renunciar al sueño de caminar de nuevo), ora por un milagro, los nervios y músculos sanaron al fin. Pasó tres años en silla de ruedas, seis meses con un andador y muchísimo tiempo con muletas, pero al fin pudo caminar con un bastón, como lo hacía aún hoy.

Los músculos nunca se recobraron del todo, y todavía tenía días malos cuando la pierna la atormentaba tanto que sólo podía caminar tras tomar un analgésico. Pero, ¿qué importaba? En comparación con ser una inválida encadenada al lecho por el resto de su vida, su actual movilidad era un regalo del cielo.

Janey había sido su mejor amiga antes del accidente y continuó siéndolo. Cuando Clare aún guardaba cama, Janey la visitaba después de la escuela para enseñarle las lecciones o para chismorrear. Y cuando Clare pudo andar en silla de ruedas, Janey la empujaba por toda la aldea, afrontando las pendientes empinadas, colgando del respaldo cuando se lanzaban cuesta abajo donde los declives no eran muy abruptos.

Pero, a pesar de la compañía de Janey, Clare pasaba mucho tiempo sola. Fue entonces cuando nació su amor por la palabra escrita. Y también fue entonces cuando empezó a entrometerse, pues parecía que sólo podría vivir ciertas cosas en forma vicaria.

Fue Clare quien convenció a su madre de reiniciar sus estudios cuando murió su padre. Fue Clare quien impulsó a Jack Treffy a anotarse en el equipo local de rugby, donde le fue tan bien que se hizo profesional. Ella y Dinny alentaron a Janey cuando comenzó a tocar la gaita, pues Clare entendió antes que ellos dos que, aunque un violinista era bien acogido en cualquier sesión o baile, se necesitaba algo más exótico para destacarse en el mundo de la música tradicional, donde los violinistas eran moneda corriente.

El hábito estaba tan arraigado que Clare, cuando pudo coger de nuevo las riendas de su propia vida, siguió entrometiéndose en los asuntos ajenos. Como había hecho con Janey y Félix.

¿Pero cómo no había de entrometerse? Eran los dos amigos que más amaba en el mundo. Y sabía que eran uno para el otro. Eran demasiado tozudos para encauzar la relación por la buena senda.

Así que Clare hizo lo que pudo, sólo que esta vez el efecto fue contraproducente.

Clare suspiró.

Haría cualquier cosa por Janey. En cuanto a Félix...

Aunque lamentaba no haberle conocido antes que Janey, había mantenido sus sentimientos a buen recaudo a través de los años, excepto por ese estúpido comentario: *Ojalá hubiera sabido antes que te agradaban las chicas con bastón.*

Ojalá fuera así.

Pero él y Janey no lo sabrían nunca. Y ella esperaba que Félix, en el estado en que estaba, olvidara esa frase imprudente.

Pensó que era tiempo de enderezar entuertos, mientras se ponía un jersey que su madre le había tejido el invierno anterior. Encima se puso un impermeable amarillo, pues la lluvia parecía inminente, y se guardó el sombrero del mismo en el bolsillo.

Dejándole una nota a la madre, por si despertaba y se preguntaba adonde había ido, Clare salió en silencio y echó a andar hacia la casa del Vejete, marcando la marcha con el bastón.

3

Félix anhelaba estar de vuelta en el mar.

Mousehole, con su apiñamiento de casas, sus calles angostas y su atmósfera de comunidad cerrada, no le reservaba ningún encanto esa noche. Las ventanas iluminadas detrás de las cuales las familias realizaban sus tareas habituales sólo le recordaban sus carencias. Los edificios parecían cernirse sobre él, causándole claustrofobia. El bullicio de la posada del Barco, el rostro jovial de los parroquianos, que reían y charlaban, eran cosas que jamás podría compartir.

Y en su soledad el mar lo llamaba. Como siempre. Así había conservado la cordura cuando él y Janey habían roto.

Pasó frente al puerto, escuchando el murmullo de la marea, pero aun en ese susurro tranquilizador oía las acusaciones de Janey y la voz hostil del Vejete. Y Clare. Tratando de explicarlo todo de nuevo.

Clare.

Ojalá hubiera sabido antes que te agradaban las chicas con bastón.

Oh, Clare, pensó. No lo sabía.

Sólo había visto la amistad, la calidez y las tiernas bromas; nunca había pensado que ella lo considerase algo más que un amigo. Pero, perdido en su propia angustia, con el corazón abierto y dolorido, había atisbado las más íntimas añoranzas del Clare en ese momento de descuido.

¿Por qué no puedo ser como todo el mundo?, se preguntó Félix una vez más.

No era sólo su timidez escénica lo que se interponía entre la felicidad de Janey y la suya. Sabía que, subconscientemente, una parte de él saboteaba esa relación por temor a que resultara igual a la de sus padres. Por eso nunca se entregaba del todo. No era sólo por el temor al ridículo.

Ni siquiera a Clare se lo había contado.

¿Y cuánto afecto le había demostrado a Clare? ¿Cuánta amistad? Le había escrito, sí, muchísimas cartas largas, pero —al margen de este descubrimiento— parecía que sólo se apoyaba en ella, pidiéndole fuerzas cuando su vida amorosa no andaba bien. Y entretanto ella lo amaba. Desde lejos. Guiándolo sin esperanzas para sí misma...

Ahora estaba fuera de la aldea, en el camino de Newlyn, cerca de la cantera. El mar aún le hablaba. Bajó por la escalera de los viejos silos hasta el muelle de cemento donde los buques atracaban antes para cargar las piedras azules. Dejó los bártulos y el bastón de Clare. Sentado en el borde del muelle, miró el agua.

¿Qué debería hacer?

¿Huir de nuevo? Porque eso había hecho en los últimos tiempos. No importaba que él y Janey hubieran terminado su relación. Aunque él era tan responsable como ella de sus rencillas, el viejo adagio era cierto. Se necesitaban dos para discutir. Y aunque él había

Librodot

intentado llevar las cosas a buen término, conservar la calma y mantener el diálogo, ¿había puesto todo su empeño? ¿O simplemente había desistido, apoyándose en Clare hasta que ella no pudo sostenerlo, para luego huir?

Ya no lo sabía.

¿Por qué no encajaba en un horario normal de nueve a cinco, en vez de vivir como un trotamundos, buscando una paz de espíritu que nunca hallaría? Casarse, criar hijos, tener amigos en un lugar, no desperdigados por medio plañera. En vez de temer un fracaso como el de sus padres, continuar con la vida. En vez de preocuparse por la timidez escénica, mantener la música como afición...

Pero las cosas no eran tan simples. Nunca lo eran. Y ninguna vida estaba exenta de complicaciones.

¿Cuántas veces había escuchado a amigos que estaban encadenados a un trabajo burocrático por sus hipotecas y sus familias, pensando que él era afortunado por no tener ataduras? ¿Cuántas veces había oído hablar de amores perdidos, malentendidos y separaciones? ¿Dónde estaba la gran diferencia entre él y los demás? Sólo en detalles.

La mujer que él amaba le odiaba. Y también el abuelo.

Una secretaria con pretensiones de actriz se interesaba en él porque el novio la había plantado y estaba aburrida.

Una mujer a quien había considerado su mejor amiga le había ocultado su enamoramiento durante años.

Lo único que hacía bien —tocar música— le estaba negado como carrera porque no tenía agallas para combatir la timidez escénica.

Trajinaba en un trabajo ingrato sin futuro porque le brindaba una libertad de movimientos que le impedía crear lazos duraderos y el mar era lo único que le conservaba la cordura...

No estaba más desquiciado que los demás. Sólo que no había aprendido a afrontarlo. ¿Los problemas ajenos? Siempre estaba dispuesto a escuchar y sabía dar consejos que funcionaban bien si los demás los seguían. ¿Los problemas propios? Su lema parecía ser: no piensas en ellos y quizá desaparezcan.

Pero no desaparecían.

Sólo empeoraban.

Empeoraban tanto que donde quiera que miraba había un desbarajuste.

Félix observó las luces de un barco que surcaba la bahía.

Eso era él: una presencia solitaria en la oscuridad. ¿Pero acaso no bastaría con salir a la luz para liberarse de sus problemas? ¿No sería eso un comienzo?

Sólo que ya no podía pensar. Al menos en ese momento.

No podía regresar a Mousehole. Ni a casa del Vejete, donde no era bienvenido, ni a casa de Clare, donde quizás era demasiado bienvenido. Tampoco quería ir a Penzance, donde Lena se aburría como una ostra en su cuarto de hotel.

Procuró dar al mar la oportunidad de calmarle el torbellino que sentía por dentro. Eso era lo mejor. Cuando cumplía el último turno en un barco o cuando estaba en un sitio como éste —ese territorio secreto entre el mar y la costa—, casi podía salirse de sí mismo y volverse parte de un trasmundo oculto donde el tiempo seguía otra cadencia y lo familiar se volvía extraño. Entonces comprendía por qué los marinos de antaño veían tritones, serpientes marinas y barcos fantasma y por qué oían en el oleaje una música que sólo podía ser la llamada de las sirenas.

Pues en el mar había una música que Félix oía en estas ocasiones. No el rumor del oleaje contra la costa, ni el chasquido de los guijarros en las playas ripiosas, ni el lameteo de las olas en muelles y pilotes, ni el estruendo de la rompiente en caletas desoladas. No. Se trataba de una música más exótica y más profunda, que se originaba en las tierras ocultas bajo el mar y llegaba a los oídos de los hombres al resonar con el bombeo de la sangre en vez de vibrar contra los tímpanos. Una música que generaba melodías acordes con sus singulares ritmos.

Librodot

Extrajo el acordeón del estuche y se lo apoyó en la rodilla mientras desenganchaba las correas del fuelle. Era un Hohner legítimo de tres teclados que había comprado en una tiendita en la zona vieja de Quebec. El esmalte estaba rajado, la cubierta raspada y ajetreada y el fuelle había sufrido tantos remiendos que quizá no le quedara un solo jirón de material original. Pero los botones aún funcionaban a la perfección, los roncones sonaban bien. Aún no había encontrado un instrumento que le agradara más, aunque se le habían presentado muchas oportunidades.

A Félix le encantaba hurgar en viejas casas de música e investigar la historia de los instrumentos, que era fascinante porque respondía más al azar que a la premeditación.

Primo de la armónica, el acordeón era un instrumento de roncones móviles inventado por un alemán llamado Christian Buschmann en el curso del desarrollo del instrumento de boca. Buschmann creó un artilugio que él denominó *hand-aeoline,* el cual tenía veinte roncones sobre una tabla de bronce y un fuelle de cuero. Demian de Viena —quien acuñó el término «acordeón»— le introdujo nuevas mejoras en 1892.

Pero la primera producción comercial seria de acordeones diatónicos fue obra de la fábrica de M. Hohner, situada en Trossingen, en la Selva Negra, cincuenta años después.

Félix debía afrontar a menudo a los ignorantes para quienes la palabra «acordeón» evocaba lamentables versiones de «Dama española», algo muy alejado de la música que ejecutaban Félix y sus compañeros. Esas mismas almas, una vez que oían lo que se podía hacer con el piano y el acordeón de botones en música tradicional, quedaban conquistadas por unas pocas melodías. Y se sorprendían de la evolución del instrumento.

Pues antes del *zydeco y* el *rock' n 'roll,* antes de Lawrence Welk y Astor Piazzolla, el «fuelle» se usaba en la música tradicional: para acompañar a los bailarines de *morris* en Inglaterra, a los bailarines de *clog* en Quebec y el continente europeo y para infundir una energía inequívoca a las *jigas y reels* de Irlanda y Escocia. Sin el linaje del arpa, la flauta, el violín o los diversos tipos de gaita, aún contaba con una asombrosa cantidad de virtuosos que sólo comenzaban a ser reconocidos como algunos de los mejores exponentes de la tradición folclórica.

Esa música elevaba el corazón, agitaba los pies y —como bien sabía Félix— brindaba consuelo en instantes de abatimiento. Sólo había una cosa mejor que escucharla, y era tocarla.

Se calzó una correa en el hombro derecho y la otra sobre los bíceps del brazo izquierdo. Bajó el botón para liberar el aire, abrió el fuelle y ejecutó un arpegio, acariciando una hilera tras otra mientras recorría el teclado de tres filas.

No tocó los botones de acompañamiento, sólo improvisó música con la mano derecha para estirar los dedos.

Luego, mirando los encrespadas aguas de la bahía, dejó que la música secreta oculta en las oscuras aguas se mezclara con el caos turbulento que albergaba dentro de sí y comenzó a tocar.

Esa noche invocó una música plañidera y desconsolada. No le alegró ni eliminó sus problemas. Sólo le permitió expresar la aflicción y los pensamientos agolpados, de modo que al fin pudo afrontarlos con la mente más despejada.

Las heridas de su corazón eran demasiado profundas para sanar fácilmente; la curación requeriría algo más que música.

Dos horas después, guardó el instrumento. Una serenidad sobrenatural lo embargó cuando guardó el acordeón en el estuche y se levantó.

Ahora sabía lo que debía hacer.

Dejaría el bastón en el hotel de Lena, pero no permitiría que ella le complicara la vida. Luego se marcharía. Necesitaba dinero, un empleo. Pero esta vez, cuando trabajara en

Librodot

los buques, ahorraría. No lamentaría lo perdido ni lo imposible. Pensaría en el futuro. Haría algo consigo mismo; haría frente a la vida en vez de eludirla.

Aunque le dolía pensar en Janey —siempre le dolería, pues era imposible desecharla como si jamás le hubiera importado—, no podía consentir que ese afán le dominara la vida.

Y regresaría.

A Penwith. A Mousehole. Porque no permitiría que lo imposible arruinara su amistad con Clare, Dinny y sus demás conocidos.

Nunca más.

Pensó que era más fácil decirlo que hacerlo, mientras cogía el bolso y se lo colgaba del hombro.

Recogió el estuche del acordeón y el bastón de Clare y subió por la escalinata hacia el camino que lo conduciría a Penzance. Se detuvo arriba para mirar hacia Mousehole. La aldea estaba a oscuras. Las nubes dejaban caer una brumosa llovizna que quizá continuara toda la noche. El pecho se le encogió de nuevo cuando dio la espalda a la aldea y reanudó la marcha.

Las resoluciones alcanzadas con tanto esfuerzo se le coagulaban por dentro como un potaje frío, formando una pasta grumosa que ya no lucía tan clara como unos instantes atrás. Era todo lo que podía hacer para no dar media vuelta y regresar.

Demonios, Janey, exclamó para sí. ¿Por qué no pudiste escucharme, al menos por una vez?

Una pátina húmeda le cubría las mejillas cuando refirmó su decisión de continuar hacia Penzance. La mayor parte se debía a la ligera llovizna que le acompañaba en el camino.

Pero no toda.

4

Cuando el Vejete expulsó a Félix, Janey sólo ansiaba echarse a morir en un rincón. La dominaba una sensación de aturdimiento y repugnancia. Estaba tendida en un sillón junto al hogar, abrazando el libro de Dunthorn como si fuera la tabla de salvación que le impidiera ahogarse. Jabez se lavaba a sus pies en la alfombra, pero ella no lo veía, no percibía nada excepto el vacío que se le había alojado dentro.

Pensó que era muy cierto que nunca sabías lo que querías hasta perderlo.

Se sobresaltó cuando el Vejete le apoyó la mano en el hombro.

—No te culpes, tesoro. No fue culpa tuya.

Ella asintió con la cabeza, sin atreverse a hablar.

El Vejete suspiró. Estrujándole el hombro, fue a sentarse a su propio sillón, con un semblante igualmente desdichado.

—Pero quién lo habría pensado —comentó. Sacudió la cabeza—. Parecía el mejor de los hombres...

—Él... no siempre... fue así —tartamudeó Janey.

—No, amor mío —convino el Vejete—. Supongo que lo más doloroso es haber descubierto demasiado tarde en qué clase de sujeto se transformó desde la última vez.

Janey meneó la cabeza de nuevo. Tendría que haberse notado algún indicio, ¿o no? Sin duda un individuo no podía cambiar tanto sin demostrarlo de algún modo. Pero él había actuado igual que antes, en el poco tiempo que lo había visto.

Maldición. ¿Por qué tenía que hacerlo?

A decir verdad, Janey no tenía derecho alguno sobre él. Lo que él hiciera con su vida

amorosa era asunto suyo, aunque doliera. Pero traicionar la confianza de ambos uniéndose a quienes intentaban robar la tumba de Billy...

—Tendremos que ocultar de nuevo ese libro —dijo el Vejete, como si le leyera la mente.

—Yo... Sólo quiero...

—Puedes terminarlo, reina mía —asintió el Vejete—. Pero luego debe desaparecer.

Janey pensó que era de esperar que todo se fuera al traste. Había sido demasiado perfecto para durar. El hallazgo del libro, el retorno de Félix, el reportero de *Rolling Stone,* Todo tenía que arruinarse Era la historia de su vida. Ya tenía que haber aprendido esa lección. No te alegres demasiado, o alguien vendrá a sacarte el felpudo de debajo de los pies. Como el condenado Alan desbaratándole la gira. Como la llegada de Félix para despertarle una promesa en el corazón, sólo para apuñalarla por la espalda.

Sólo lamentaba no sentir furia en vez de desorientación.

—Tengo que acostarme —murmuró.

—Duerme en mi habitación —ofreció el Vejete—. No quiero que estés sola en el edificio de al lado.

—Yo... estaré bien...

—No estoy pensando en tu corazón, tesoro mío, sino en esos malditos buitres que quieren limpiar los huesos de Billy. Será mejor que nos mantengamos unidos, tú y yo.

—De acuerdo —concedió Janey.

Aún aferrando el libro, subió a la habitación del Vejete. No se molestó en desvestirse; sólo se cubrió con la manta y se encogió en posición fetal, tratando de no pensar. Cuando Mike apareció poco después, Janey pidió al Vejete que le dijera que se sentía mal y no podía hablarle.

—Quizá debieras verle —dijo el Vejete—. Puede ayudarte a olvidar ciertas cosas.

—No... no puedo ver a nadie, abuelo.

—Tal vez sea demasiado pronto —convino él.

Siempre sería demasiado pronto, pensó Janey mientras el Vejete bajaba la escalera. Oh, Félix, ¿por qué tuviste que regresar? Me iba bien sin recordarte hasta que ayer volví a verte.

Intentó dormir, pero en vano. Cuando no lloraba, sólo atinaba a mirar el cielo raso tendida en la oscuridad. Cuando oyó la campanilla, se irguió en la cama, a la vez ansiando y temiendo que fuera Félix. Pero, al oír la voz, reconoció a Clare y soltó el aire que inadvertidamente retenía. Una punzada de decepción enturbió su alivio.

—No se siente bien, encanto —informó su abuelo.

—Pero ella va a verme —replicó Clare—, y ambos vais a escucharme. Perdone mi rudeza, señor Little, pero usted y Janey han actuado como un par de necios esta noche y no me iré hasta haberles inculcado un poco de sensatez.

Janey se hundió bajo la manta. No podía afrontar los bien intencionados pero erróneos intentos de Clare para lograr que ella y Félix se reconciliaran. Al menos no esa noche.

—Un momento —dijo el Vejete.

—No —interrumpió Clare—. Vais a escucharme. —Llamó en voz alta—. ¡Janey! Sé que estás ahí. ¿Piensas bajar o tendré que arrastrarte escalera abajo?

¿No podían dejarla a solas con su aflicción?

—¡Janey!

—No sé qué diantre se te ha metido en la cabeza, Clare Mabley —dijo el Vejete—, pero si no dejas de gritar, yo...

—¿Usted qué? ¿Llamará a la policía? Hágalo. Pero diré lo que debo antes de que me lleven.

—No entiendes —trató de explicar el Vejete—. Lo que ocurrió con Félix fue...

—No, es usted quien no entiende. —Otro grito estentóreo—: ¡Janey!

¿Es que todo el mundo estaba enloqueciendo?, se preguntó Janey. Primero Félix los

traicionaba, y ahora Clare se ponía a gritar desaforadamente...

—¡Janey!

—¡Deja de gritar! —exclamó el Vejete.

Janey se levantó con esfuerzo. Abrazando el libro de Dunthorn, salió al pasillo y se detuvo ante la escaleta, mirando hacia abajo. El Vejete tenía la cara roja. Clare estaba junto a la puerta, con un semblante igualmente colérico.

—Por favor, no quiero riñas —suplicó Janey.

Ambos se volvieron como niños culpables y trataron de hablar al mismo tiempo.

—Ya era hora...

—Ella no quiso...

Janey alzó las manos. Los miró a ambos, dos personas que amaba, preguntándose qué había ocurrido para que todos se atacaran con saña.

—¿Por qué no preparamos un poco de té, abuelo, y averiguamos de qué quiere hablarnos Clare?

Era decididamente extraño que Janey actuara como mediadora, sobre todo entre el Vejete y Clare. Su abuelo tenía tan buen carácter que era compinche de todo el mundo, y Clare era tan mesurada que rara vez perdía los estribos. Pero esa mediación le ayudó a mantener a raya la lúgubre sensación que la dominaba. Además deseaba escuchar a Clare. Abrigaba la vaga esperanza de que su amiga tuviera un modo de excusar la conducta de Félix, por improbable que pareciera.

Tardó un rato, pero cuando Janey y el Vejete la hubieron oído los tres sentados en la cocina ante la tetera, la historia de Clare surtió precisamente ese efecto. En cuanto mencionó a Lena, el Vejete interrumpió para explicar quién era esa mujer y decir que habla aparecido antes, husmeando en pos de los secretos de Dunthorn.

—Yo no lo sabía —se lamentó Clare—. Y Félix tampoco.

Antes que el Vejete se fuera por la tangente, Clare continuó con la historia, negándose a sufrir nuevas interrupciones. Luego los dejó hablar.

—Pero yo lo vi con esa mujer americana —dijo el Vejete—. Ambos juntos en esa bicicleta. Y vaya si parecían amantes.

—¿Y de qué otro modo podía llevarla de regreso al hotel?

—¿No pensó en una ambulancia?

—¿Y alguna vez tuvo él ocasión de explicarse? —replicó Clare—. Acababa de conocerla. ¿Debía dejarla tirada al lado de la carretera?

Janey asintió con la cabeza y de pronto comprendió que estaba actuando con despecho. Además, si Clare estaba en lo cierto, Félix no podía saber quién era Lena.

—Todo eso está muy bien —declaró el Vejete—, pero aún dependemos de la palabra de Félix.

—¿Mintió antes alguna vez? —preguntó Clare.

Janey meneó la cabeza, pero el Vejete asintió.

—Está esa carta. Janey dice que no la envió. Y yo le creo.

—Claro que Janey no la envió —replicó Clare—. Fui yo.

Janey abrió unos ojos como platos.

—¿Tú?

—Alguien tenía que juntaros de nuevo a los dos —les confesó Clare.

—Conque... conque Félix no tuvo nada que ver... con nada...

Janey sintió un vahído. Miró con angustia al Vejete que parecía tan afligido como ella.

—¡Claro que no! Por amor de Dios, ¿cómo habéis podido pensar que él estuviera liado en algo que os pudiera perjudicar?

Claro que no, comprendió Janey. Y si ella hubiera recapacitado un instante, en vez de actuar por puro impulso, lo habría comprendido.

Oh, Félix. Y ellos hablaban de traicionar la confianza...

—Soy horrible —se acusó Janey—. Soy una persona horrible y espantosa. ¿Cómo he podido tratarlo así?

—Ambos lo hemos hecho —dijo el alicaído Vejete.

—Bien, en parte es culpa mía —admitió Clare—. No debí enviar esa carta. Sólo que me parecía tan buena idea en ese momento...

—Fue una idea excelente —repuso Janey.

Porque el reencuentro con Félix le había permitido ver el mundo con mejores ojos. Al principio sus sentimientos lo habían confundido, pero eso era natural. Una vez que tuvo la oportunidad de reflexionar, comprendió cuánto lo echaba de menos. Pero ahora...

—¿Está en tu casa? —quiso saber.

Clare negó con la cabeza.

—Le he prestado un bastón que él pensaba dejarle a esa tal Lena. Me pregunto si de veras se torció el tobillo. En cuanto a Félix, pensaba viajar a Londres para conseguir empleo.

—¿Cuánto hace que ha partido? —preguntó el Vejete.

—He tardado media hora en llegar aquí, y hemos hablado durante dos horas... No sé, calculo que tres horas —explicó Clare, mirando el reloj.

—¿En qué hotel se alojaba ella?

—Félix no me lo dijo.

—Ya se habrá ido —gimió Janey. De nuevo le afloraban las lágrimas—. ¡Maldita sea! ¿Por qué no pude escucharle?

—No lo sabías —murmuró el Vejete, palmeándole el brazo.

Ella se negó a recibir consuelo.

—Tienes razón —dijo—. Pero debí hacerlo.

Se levantó de la mesa.

—¿Adonde vas? —preguntó el Vejete.

—A buscarlo..., ¿qué crees?

—Iré contigo.

Janey meneó la cabeza.

—Esto es algo que debo hacer por mi cuenta, abuelo. —Se volvió hacia su amiga—. Gracias, Clare. Lo digo en serio.

—Si yo no hubiera enviado esa...

—Me alegra que lo hayas hecho —afirmó Janey—. Ahora debo tratar de rescatar algo de lo que tú has iniciado.

Fue a la habitación de al lado para coger un abrigo y las llaves del coche; al salir, encontró a Clare y al Vejete afuera. Clare se abotonaba el impermeable. Usaba un sombrero amarillo a juego para protegerse de la llovizna. Ese atuendo le daba aspecto de guardacosta.

—¿Quieres que te acerque a alguna parte? —preguntó Janey.

Clare meneó la cabeza.

—Ve a buscar a Félix. Yo estaré bien.

—Clare, tesoro mío —dijo el Vejete—. No sé cómo decirte cuánto lo lamento.

—Hoy todos tenemos cosas que lamentar —replicó Clare—. Ve, Janey. Mañana hablaré con ambos.

Janey esperó unos instantes. Clare le sonrió y echó a andar. El Vejete acompañó a Janey hasta el coche.

—Tráelo de vuelta —pidió.

—Lo haré, abuelo —respondió Janey.

5

Librodot

Chapel Place, la pequeña plaza donde se alzaba la casa del Vejete, tomaba su nombre de la vieja capilla metodista de la esquina nordeste. La capilla tenía un pequeño patio, separado de la plaza por un parapeto bajo, cuya base estaba a mayor altura que la calle, pues la aldea aún trepaba por la colina hacia Paul, allí donde la calle Duck se convertía en Mousehole Lane.

Sentado detrás del parapeto, agazapado y al parecer escuchando un *walkman.* estaba Michael Bett. Llevaba un sombrero de alas bajas que le ocultaba el rostro y unas gafas de sol que en realidad eran lentes infrarrojas que cumplían el doble propósito de ocultarlo a la mirada ajena y brindarle mejor visión nocturna. Se protegía del húmedo frío de la noche con un jersey pesado bajo la gabardina, gruesos pantalones de dril y zapatos de goma forrados con piel de oveja.

Quitándose los auriculares de los oídos, esperó a que el Vejete cerrara la puerta y los pasos de Clare se alejaran. Sólo se incorporó cuando el rumor del Reliant Robin de tres ruedas de Janey se perdió en la distancia.

Parte de la tarea del detective privado Sam Dennison, a quien Bett había contratado, había consistido en la instalación de un flamante sistema de espionaje a distancia con micrófono y transmisor. Había cuatro diminutos micrófonos inalámbricos en la casa del Vejete: en la cocina, en el cuarto de estar, en el dormitorio principal y en los aposentos de Janey. A petición de Bett, Dennison había dejado los micrófonos en su sitio tras completar su misión de vigilancia.

Los micrófonos tenían un alcance de quinientos metros, mucho más de lo que Bett necesitaba en su posición actual, aunque le habría agradado un alcance mayor para quedarse en su cómoda pensión en vez de agazaparse bajo la llovizna. Pero en tal caso no se habría hallado en una posición tan perfecta para intervenir.

Guardándose el receptor en el bolsillo interior de la gabardina, brincó por encima del parapeto y se dirigió hacia la caja roja de una cabina telefónica que había visto cerca de la oficina de correos al explorar la aldea. Sacando monedas del bolsillo, hizo una llamada. Lena respondió al segundo timbrazo.

—¿Alguien te ha dicho que tienes una hermosa voz por teléfono? —le preguntó.

—¿Qué quieres?

—Bien, es algo extraño, pero he estado escuchando una conversación que los Little han entablado hace un rato con su buena amiga Clare Mabley. ¿A que no adivinas qué he averiguado?

—No estoy de ánimo para juegos, Bett.

—Yo tampoco. Te había dicho que esta tarde te quedaras en el hotel.

Hubo una pausa que Bett no se molestó en acortar, con el expreso propósito de darle tiempo para que recapacitara.

—Puedo explicarlo —dijo ella.

—No te molestes. Asombrosamente, no lo has echado todo a perder. —Le dio los datos que necesitaba sobre la situación y concluyó—: Aparecerá en tu cuarto en cualquier momento.

—Oh, maldición.

—¿Detecto cierta desgana en tu voz, querida Lena?

—No. Yo...

Bett imaginó con sorpresa que sólo lamentaba los problemas que había ocasionado a Gavin. Vaya, era digno de figurar en los anales. La «Reina de Hielo» se preocupaba por otra persona, para variar. Y eso era lo que menos necesitaba ahora, que la «Reina de Hielo» se transformara en una vaca reblandecida. Ya era bastante con que fuera tan estúpida.

—He aquí lo que ocurrirá —le dijo con voz tajante—. Gavin irá al hotel, y tú le retendrás en tu habitación y no le dejarás partir.

—Pero...

Librodot

—No me importa cómo lo hagas; sólo cerciórate de no estropear las cosas. Verás, si lo encuentro vagando por las calles esta noche, la próxima vez que aparezca en público será cuando la marea traiga el cadáver. ¿He sido claro?

—¿Qué planeas hacer?

—Estaré ocupado con una amiga de Janey Little. Como tú, ha metido las narices donde no debía. Al contrario que tú, ella no tendrá una segunda oportunidad.

Hubo otro instante de rígido silencio mientras Lena digería esa frase.

—Papá dijo que esta operación debía ser discreta —dijo al fin.

Bett rió en el auricular. Una operación discreta. Cielo santo, Lena manejaba la terminología, pero no tenía la menor idea de nada.

—Esto no es una novela de espías —le replicó.

—Pero papá...

—Yo estoy al mando aquí. Haz lo que digo. —Colgó antes de que ella siguiera gimoteando.

Lena le estaba sacando de quicio.

Abrió la puerta de la cabina, salió a la llovizna e inhaló varias veces para calmarse, abriendo y cerrando las manos a los costados. Hacía tiempo que no despanzurraba a alguien para ver cómo funcionaba, y cuanto más oía esa voz quejumbrosa más se preguntaba cuánto duraría bajo el cuchillo.

Chillaría. Rogaría. Suplicaría...

Olvídalo, se dijo.

No podía tocarla. Al menos sin permiso de Madden. Como tampoco podía tocar a los Little... mientras no hubieran escupido aquello que buscaba la Orden.

Bien. Se aguantaría. Pero nadie había dicho nada sobre los amigos de los Little.

Por ejemplo, Clare Mabley.

Sí, gracias. Tomaré ese ejemplo.

Era una zorra entrometida a quien no podía consentirle el lujo de la buena salud. No tendría tiempo para tratarla como se merecía, pero no obstante obtendría cierta satisfacción arrojándola desde un peñasco. No le gustaban los entrometidos. Ni le gustaban los tullidos.

Según el archivo de Dennison, esa mujer se había caído cuando era niña. Esos acantilados que había cerca de su casa eran sitios peligrosos para una coja. Sería una lástima que sufriera otra caída.

Pobre Clare Mabley.

Y pobre Janey Little. Perder una amiga así, justo después de estropearlo todo con Gavin, quien —si Lena sabía lo que había que hacer— pronto sería sorprendido durmiendo con el «enemigo».

Janey necesitaría un amigo. Necesitaría consuelo. Y él era el hombre más indicado: Mike Betcher, reportero estrella de *Rolling Stone.*

Bett se sentía más tranquilo. Incluso sonrió mientras partía en busca de Mabley antes de que la mujer regresara bamboleándose a la presunta seguridad de su hogar.

La liquidaría en el interior, si era necesario.

Sólo que sería más cómodo ahorrarse el trabajo de tener que irrumpir en la casa.

Calles solitarias. Calles oscuras. Cualquier cosa podía ocurrir en esas calles. Aun en esa aldea apacible.

6

El Vejete regresó al interior y cerró la puerta. Miró a su alrededor, sintiendo una asfixia que jamás había experimentado en esa acogedora habitación.

Pensó que se debería a que había actuado mal. Clare tenía razón en eso. Nunca habían dado a Félix la oportunidad de explicarse. Lo habían tratado injustamente, como si se hubiera hecho indigno de su confianza mucho antes del episodio de hoy. Y el Vejete sabía que él era el principal culpable.

Se preguntó si Félix los perdonaría. Se preguntó si tendrían la oportunidad de averiguarlo. Podía estar en cualquier parte. El Vejete no abrigaba muchas esperanzas de que Janey lo hallara. Eso apestaba a coincidencia, y las coincidencias, últimamente, obraban contra ellos.

Posó los ojos en el ejemplar de *El país pequeño* que Janey había llevado abajo y había dejado en el sofá cuando fueron a la cocina a charlar con Clare.

Fuera Félix inocente o no —y el Vejete ahora estaba dispuesto a concederle el beneficio de la duda—, no podía ahuyentar la sensación de que el libro de Billy estaba en el centro de la telaraña donde se habían liado los episodios de los últimos días.

Cogió el libro y lo llevó a su sillón, junto al hogar. No tenía que abrirlo para recordar la trama, a pesar de que no se había enfrascado en sus páginas desde su primera lectura, años atrás. Una época en que otra oleada de hechos desconcertantes había invadido el hogar de los Little. No eran sólo los buitres que acechaban en busca de las pertenencias de Billy. Había otros acontecimientos, inexplicables pero evidentes.

Música sin origen visible.

Movimientos captados con el rabillo del ojo, sin que hubiera nada cuando uno se volvía para mirar.

Una inquietud inusitada en él y su joven esposa, Adeline, aún más difícil de explicar.

Y su hijo Paul, llorando de miedo en medio de la noche, cuando normalmente dormía hasta la mañana sin temer las sombras de debajo de la cama ni del ropero.

Todo se esfumó cuando el libro estuvo a buen recaudo.

—¿Qué hiciste, amigo mío? —preguntó al fantasma de su viejo amigo, cuya presencia presentía—. ¿Qué ocultaste en ese libro?

Nada que el Vejete pudiera ver.

Sí, era extraño que se hubiera publicado en una edición de un solo ejemplar, pero eso explicaba pocas cosas. Y la narración —aunque expuesta en la notable prosa de Billy— no era más estrafalaria que la de sus libros anteriores, por más que para el Vejete éste era el mejor de los tres.

Sentía especial afecto por uno de los protagonistas, capitán del pesquero *El Talismán,* en tiempos anteriores al ocaso de la industria de la sardina. Se transformaba en el mejor amigo de la heroína del libro, una huérfana contumaz que se disfrazaba de muchacho y trabajaba en *El Talismán* hasta que la descubrían. Y se armaba un revuelo del demonio, pues tener una mujer a bordo traía mala suerte, como bien sabía cualquier pescador. Era casi tan malo como tener un perro o, peor aún, un conejo o una liebre. Los pescadores ni siquiera usaban los nombres comunes de los animales cuando estaban en alta mar; los llamaban «doble par de patas».

Billy había ambientado la historia en una ciudad imaginaria, que para el Vejete era fácilmente reconocible como una combinación de Penzance, Newlyn y Mousehole, las tres amalgamadas en una pintoresca aldea portuaria. En el libro no faltaban los toques mágicos de Dunthorn: los Pequeños, cuyas naves en miniatura se hallaban en la bahía una mañana con la marea baja, y la música oculta que podía otorgar cualquier deseo, si uno era capaz de recordar y repetir sus extraños acordes. Billy había usado ambos detalles en sus dos libros anteriores.

Aunque había sorprendido al Vejete, pues Billy no era hombre de repetirse, con todo la historia era nueva y buena. Una historia que le hablaba directamente cuando la leía y ahora incluso más, pues al envejecer hallaba paralelismos entre su propia vida y la del capitán de *El Talismán.*

No obstante eso no explicaba por qué interesaba tanto a esa tal Lena y sus amigos. Ni

Librodot

por qué lo buscaban desde hacía tanto tiempo. Pues el Vejete estaba convencido de que este nuevo interés era sólo un interés renovado, aunque no sabía explicar por qué lo creía.

Habían pasado treinta y cinco años desde que los cuervos vinieron a buscarlo.

Hojeó las páginas, tratando de desentrañar por qué el libro era algo más que una curiosidad literaria, pero no se le ocurrió nada.

Ladeó la cabeza con sobresalto, creyendo haber oído algo. Quizá se trataba de Janey que regresaba o... No lo sabía. Ya no se oía nada.

Pensó que sería el viento. O un chaparrón fuerte en medio de la llovizna.

Miró el reloj y descubrió que hacía sólo veinte minutos que Janey se había ido. Estaba cansada, pero sabía que no podría dormir hasta que ella regresara con o sin Félix. Tenía que saberlo.

Abrió de nuevo el libro y decidió releerlo mientras esperaba. Sonrió ante las líneas iniciales y, atrapado por la narración, se puso a leer tarareando una vieja melodía.

EL PANTANO AMBULANTE

De espectros y fantasmas
y largas bestias patudas,
y cosas que se tambalean en la noche,
líbranos, Buen Señor.

Plegaria de Cornualles

—¡No le mires los ojos! —exclamó Edern cuando el doble se apartó para permitir que la Viuda se agachara para atisbar entre las cajas donde se ocultaban él y Jodi.

Pero la advertencia llegó demasiado tarde.

Ese enorme ojo de la Viuda, que la escrutaba con su mirada imperturbable y magnética, ya había clavado a Jodi en el sitio donde estaba. La hipnotizaba, la llamaba.

Ven a mí, ven a mí...

Jodi avanzó un paso.

—¡Jodi, no! —llamó Edern.

Era como tratar de coger agua con un cedazo, pues el hechizo de la Viuda ya echaba raíces en la mente de Jodi, que sólo oía esa voz cálida y afable que la atraía hacia una promesa de seguridad.

Ven a mí, preciosa...

Cuando Jodi avanzó otro paso, Edern la cogió del brazo y la empujó con fuerza contra el costado de una caja. La sacudida quebró momentáneamente el hechizo de la Viuda.

—¿Qué...? —exclamó Jodi.

Tenía la cara de Edern al lado.

—No le mires los ojos —repitió Edern— ni escuches lo que dice.

Antes de que Jodi pudiera discutir, la cogió de nuevo del brazo y la arrastró hacia las honduras del laberinto. Liberada de la mirada hipnótica de la Viuda, Jodi tiritó. Aquélla aún los llamaba con palabras melosas, prometiéndoles satisfacer sus deseos si regresaban. Sin darse cuenta, Jodi se disponía a regresar, pero Edern la aferró de nuevo del brazo y se puso a cantar. Su clara voz de tenor rompió el encantamiento de la Viuda, desnudando la mentira de sus palabras.

Cuando Jodi dejaba de escuchar la voz de Edern, le resultaba fácil creer...

Edern, notando que ella se debilitaba de nuevo, cantó con más fuerza hasta llegar al

estribillo:

Hala, hala,
alegre rumor,
salíamos mucho antes que el sol...

—¡Canta conmigo! —exhortó Edern.
Jodi titubeó un instante y luego cantó a coro la conocida canción.

Para acoger el verano,
para acoger el mes de mayo,
pues el verano se acerca
y el invierno se ha marchado.

Salteando una estrofa que quizás ella no supiera, Edern acometió de nuevo el estribillo. Cogía con la mano el brazo de Jodi y le daba fuertes tirones cuando ella trastabillaba.

Cantando a todo pulmón, se replegaron hacia el final del muelle, donde debieron detenerse. Aún oían la voz de la Viuda, pero ahora la extensión de cajas apiladas entre ellos y el rumor de la marea contra los pilotes la despojaban de su hechizo.

La Viuda desistió y calló.

Jodi se dejó caer contra una caja.

—Rayos —dijo—. Ha faltado poco...

—Muy poco —convino Edern.

—¿Cómo puede hacer eso con la voz? Debe de ser capaz de conseguir cualquier cosa de cualquiera.

—Primero necesita tener una parte de ti —explicó Edern—. Tu nombre dicho tres veces, o una pizca de tu alma, como la que te sacó y lleva cosida a la capa. ¿Te imaginas entablar una conversación con alguien que, antes de pedirte algo, te llama tres veces por tu nombre completo? Pronto reconocerían qué clase de persona es y se valdrían de los viejos encantamientos para burlar sus sortilegios.

—Por ahora estamos a salvo, ¿verdad?

—No por mucho tiempo. Ten en cuenta que pronto cargarán estas cajas. ¿Dónde nos ocultaremos entonces?

—Tal vez podamos meternos dentro de una.

—¿Para terminar dónde?

Jodi meneó la cabeza con amargura.

—Maldita sea. Cualquiera diría... —Irguió la cabeza, olisqueando el aire—. ¿Qué es esa espantosa pestilencia? —Aunque no atinaba a discernir los rasgos de Edern en la penumbra, notó que estaba tenso—. Edern, ¿qué ocurre?

—Tiene más poder del que yo le atribuía.

—¿De qué estás hablando?

Jodi se levantó porque los tablones de madera del muelle se estaban humedeciendo. El olor se intensificó. Era como el hedor producido al remover aguas estancadas. Poniéndose de pie, se restregó los fondillos de los pantalones y arrugó la nariz. Los tablones se estaban poniendo esponjosos.

—¿Alguna vez has oído hablar de los *sloch*? —preguntó Edern.

—No —dijo ella, meneando la cabeza. El gesto se perdió en la oscuridad—. ¿Por qué tengo un mal presentimiento de lo que vas a contarme?

—Porque son criaturas terribles..., especialmente con gentes de nuestro tamaño. —Jodi oyó que se acercaba una cosa. Varias cosas que se movían con un húmedo ruido de succión—. Normalmente una bruja los usa como un doble —explicó Edern—, pero son sólo

creaciones provisionales. Rara vez sobreviven a la noche en que fueron creados.

Jodi escudriñó las sombras por donde habían venido. A la distancia distinguía un engendro verde opaco, nada más. El hedor era espantoso y en el aire helado flotaba una humedad que nada tenía que ver con las noches otoñales de Bodbury.

—¿Qué son, Edern?

—Están hechos de materiales juntados en un pantano: lodo pestilente y ramas podridas, unidos con juncos y cañas en decadencia. El agua estancada circula por sus improvisadas venas como sangre fangosa. Sus ojos relucen con el gas palúdico que la bruja combina con una chispa de su propia alma al animarlos.

Jodi veía ese fulgor fantasmagórico y sobrecogedor: chispas pequeñas y malévolas que relucían en el fulgor verde y mórbido que precedía a las criaturas. El tufo era tan horrendo que tuvo que respirar por la boca.

—¿Qué van a hacernos? ¿Qué pueden hacernos?

A causa del fulgor que irradiaban por la piel, ahora se discernían las formas de los *sloch* que avanzaban con pasos húmedos. Miembros delgados como varillas unidos a torsos panzones, conectados sin cuello a cabezas rechonchas. El estómago revuelto de Jodi dio una arcada cuando una nueva oleada de pestilencia rodó hacia ella. Los tablones del muelle se habían ablandado como el suelo de un pantano.

—Nos pueden llevar de vuelta a la Viuda —respondió el acongojado Edern.

—No —protestó Jodi—. No regresaré.

—Esas cosas pueden despedazarnos —replicó Edern—. Son mucho más fuertes de lo que su origen te haría creer.

—Debe de haber algo que podamos hacer.

Pero no quedaba ningún sitio adonde ir. Estaban arrinconados contra el borde del muelle. Debajo se extendía el mar. A ambos lados, las cajas les cerraban el paso. Frente a ellos, las fétidas criaturas de la Viuda se aproximaban lenta pero inexorablemente.

—No hay nada —dijo Edern—. A menos que... —Se volvió hacia las oscuras aguas—. ¿Sabes nadar?

—Sí, pero nuestro tamaño... ¿Cómo podríamos llegar a la costa?

—Es el riesgo que deberás correr..., la única posibilidad. La espuma del mar te protegerá.

—¿Protegerme?

—Las brujas se parecen en eso a los *hummocks* —le explicó Edern—. No soportan el contacto de la sal. Los viajeros lo saben, aunque otros lo hayan olvidado.

—Me refería a que has dicho que me protegería a mí. ¿Qué hay de ti?

Los *sloch* estaban tan cerca que los rostros se distinguían en la luz tenue que arrojaban sus cuerpos. Jodi hubiera preferido que se quedaran en las sombras. Tenían cabeza con forma de nabo, sin rasgos excepto por la sonrisa soez que les partía la parte inferior del rostro y esos siniestros ojos refulgentes. La falta de otros rasgos los volvía mucho mas horribles. A esa distancia, el tufo era insoportable.

—No sé nadar —respondió Edern.

—Yo te ayudaré... Taupin me enseñó a nadar arrastrando a alguien. No es tan difícil.

—No entiendes... No es sólo que no sepa nadar. Me hundiría hasta el fondo del mar en cuanto tocara las olas.

—Pamplinas. ¿Por qué…?

—Confía en mis palabras.

—No me iré sin ti.

—Debes hacerlo —declaró mientras avanzaba hacia las horribles criaturas—. Recuerda el Men-an-Tol. Atraviésalo nueve veces al despuntar la Luna.

—Yo no...

Pero no tuvo más posibilidades de discutir. Edern corrió hacia las criaturas y las embistió como un ariete. El primer *sloch* se desplomó hacia atrás, cayendo sobre sus

Librodot

seguidores. Un extraño siseo zumbó en el aire como un zumbido de abejas coléricas.

—¡Los quiero vivos! —gritó la Viuda desde más allá de las cajas.

Jodi bailoteó cerca de las figuras que forcejeaban, tratando de asestarles un puntapié, pero Edern le cerraba el paso. El pasaje entre las cajas era tan angosto que sólo un par de criaturas podían alcanzarlo a la vez.

—¡Déjame ayudar! —exclamó Jodi.

Pero Edern, sin volver la cabeza, sólo respondió:

—¡Lárgate!

Edern cogió el brazo de la criatura más próxima y lo arrancó del torso. Una sangre negra y lodosa saltó a chorros. Una gota salpicó el dorso de la mano de Jodi, haciéndole arder de escozor como si se tratara de ortigas. Y Edern, que recibió los borbotones de frente...

Jodi empezó a vomitar.

Los rasgos de Edern se disolvían. En vez de su rostro apuesto, había jirones de piel húmeda, como cera derritiéndose por el costado de una vela.

—Maldición —masculló Jodi.

Arrancó la pata de otro *sloch,* haciendo brotar otro borbotón de sangre ardiente. El zumbido de las criaturas era cada vez más agudo y colérico. Los *sloch* de la retaguardia pisotearon a sus camaradas caídos para atacar a Edern.

—¡No! —gritó la bruja—. ¡Los destruiréis!

—No lo lastiméis... —suplicó Jodi con un hilo de voz.

¿Lastimarlo? ¿Era Edern siquiera una persona?

Jodi avanzó un paso, titubeando. Edern se volvió hacia ella. Su rostro derretido mostraba metal en vez de hueso bajo la piel. El acero pulido relucía bajo el fulgor que irradiaban las criaturas. Jodi se llevó la mano a la boca, demasiado sobresaltada para hablar. Un *sloch* abrió un agujero en el pecho del hombrecillo. Cuando retiró la pata, se derramaron en el muelle mecanismos de relojería, engranajes, ruedecillas y trinquetes que rodaron por los embebidos tablones.

Petrificada, Jodi comprendió qué era Edern: un hombre mecánico.

Una criatura típica de la mesa de trabajo de Denzil.

Pero andaba y hablaba como una persona. Los mecanismos de relojería se movían con sacudidas bruscas. No hablaban ni sentían.

—Tú no puedes... —musitó Jodi.

No podía ser real.

El *sloch* lo empujó a un costado.

Más engranajes se le derramaron del pecho cuando chocó contra los tablones del húmedo muelle.

Nada de eso era real.

Pero él aún la miraba con ojos imposiblemente vivos.

—Recuerda —dijo—. La piedra. Nueve veces por el agujero... —La voz sonaba hueca ahora—. Recuerda —repitió.

Jodi asintió. Al despuntar la Luna.

—¡Tontos! —gritó la Viuda.

Jodi se alejó de las criaturas reptantes, clavando aún los ojos en el estropeado rostro de Edern. Cuando la luz murió al fin en esos ojos —no, los ojos dejaron de ser los de una persona para transformarse en bolas de vidrio—, Jodi dio media vuelta y corrió hacia el bordo del muelle.

Las criaturas la siguieron. El aire estaba poblado de zumbidos coléricos. La pestilencia palpitaba en el aire. La niña oyó los gritos de la Viuda, llegó a ver a Malvís espiándola por una rendija entre las cajas, pero llegó al borde y saltó.

Momentos después, las oscuras olas se cerraron sobre su cabeza.

2

Denzil y Taupin recorrieron Bodbury durante horas, pero no hallaron rastros de Jodi. Era como si se hubiera evaporado en el aire.

Al comienzo de la búsqueda, Taupin pidió la ayuda de Kara Faull, una niña de Pingajos, mediante el simple recurso de arrojar guijarros contra su ventana hasta que ella bajó a ver qué querían. Una vez que le explicaron la situación, Kara montó en su bicicleta y pronto había una muchedumbre de chicos de Pingajos recorriendo la ciudad. De vez en cuando alguno de ellos pedaleaba hasta donde estaban Denzil y Taupin para presentarles un informe.

—No estuvo en la colina.

—No hay rastros de ella en la ciudad vieja.

—Recorrimos la Dársena Nueva de una punta a otra, pero no vimos nada, excepto a la Viuda caminando con el gato más feo que he visto jamás.

—Juro que no tenía pelambre.

—Demonios, sí. Y había un tufo nauseabundo muy cerca de los muelles.

Pasada la medianoche, los niños regresaron a la cama. Solamente Denzil y Taupin continuaban la búsqueda, sin saber cómo encararla.

—Bien —dijo al fin Taupin, sentándose en un parapeto junto al Muelle Viejo—. Hemos hecho lo lógico, ¿verdad?

—¿Por qué será que no quiero oír lo que vas a decirme? —preguntó Denzil.

Taupin sonrió.

—No obstante, es hora de que pensemos en lo imposible. —Y, ante el mal talante de Denzil, añadió—: Habíamos convenido en ello.

—Tú lo decidiste.

—¿Tienes una idea mejor?

—Podíamos dar otra vuelta por... —Denzil se interrumpió y Taupin meneó la cabeza. :

—¿Con qué propósito?

—¡Vaya, para encontrar a Jodi! ¿Me das una oportunidad de explicarme?

—De acuerdo —respondió Denzil dando un suspiro—. Pero estoy preocupado, Brengy.

—Yo también.

—¿Qué tenías en mente?

Taupin señaló con la barbilla el otro extremo de Pingajos, donde se amontonaban varios depósitos viejos.

—Iremos a preguntarle a Henkie.

—Ahora sé que estás loco —dijo Denzil.

Hedrik Whale era el réprobo de la ciudad. Como lo insinuaba su apellido[6], era un hombre descomunal, con una altura de casi dos metros y un peso de ciento cincuenta kilos. Parte de la barba, que le llegaba a la cintura, la tenía anudada en pequeñas trenzas, y llevaba el pelo tan corto que la cabeza parecía rasurada. Deambulaba por la ciudad con pantalones manchados de pintura, botas viejas, un jersey largo hasta la rodilla y una bufanda que no se quitaba nunca.

Años atrás, al extinguirse la industria de la sardina, había usado la suculenta herencia que le había legado su padre —Rawlyn Whale, de Pescaderías Whale— para comprar algunos viejos depósitos de Pingajos, que pobló con los menesterosos de la ciudad. Se que-

[6] *Whale:* «ballena». *(N. del T.)*

dó con uno donde almacenaba una inmensa biblioteca y sus enormes pinturas. Invariablemente pintaba mujeres bonitas —quienes por alguna razón misteriosa acudían en tropel, a pesar de que Hedrik apestaba como si no se hubiera lavado en una semana—, y su estilo era sorprendente. Los lienzos parecían respirar, no sólo con vitalidad sino con obscenidad y lujuria.

Debía su notoriedad —si uno descontaba el mural de los miembros del ayuntamiento, retratados en diversos estados de ebriedad y desnudez en el flanco de un depósito— al curioso caso de un cadáver desaparecido. Cuando uno de sus amigos vagabundos, un tal John Briello, sin edad ni domicilio fijos, murió pocos años atrás, Henkie, en vez de dedicarle exequias apropiadas, siguió las instrucciones de su amigo y lo hizo embalsamar.

Aunque mantuvo el cuerpo apoyado en un rincón hasta que las autoridades se enteraron de su existencia, la policía no halló el cadáver cuando irrumpió en el estudio. Y nunca más se oyó hablar de él, salvo en rumores.

Denzil admiraba el arte de ese hombre —o al menos la excelencia estilística del mismo, pues Denzil, a decir verdad, era un poco mojigato—, pero nunca había podido pasar más que unos minutos en compañía del pintor. Henkie apestaba y, a pesar de su destreza artística, era un lamentable espectáculo de obesidad. Era precipitado irracional, tosco, ofensivo, pendenciero; en síntesis, un hombre con el cual costaba simpatizar.

—Sólo tienes que conocerle —protestó Taupin.

—Eso es lo que temo —dijo Denzil.

—Él puede ayudarnos —insistió Taupin.

—Ya lo creo. Tanto como la Viuda.

—No. Pero él posee algunos de los talentos que se atribuyen a la Viuda.

Denzil movió en círculo los ojos.

—Supongo que puede adivinarlo con una esfera de cristal.

—Mejor. Puede hablar con los muertos.

—Estás completamente loco. —Taupin se alejó de la pared y se limpió con ostentosidad una lanilla inexistente de la manga del abrigo—. No tiene sentido. —Taupin se estudió las uñas y hurgó en el bolsillo hasta hallar un cortaplumas que usó para limpiarse una de ellas—. Sería una total pérdida de tiempo —insistió Denzil, con menos convicción. Taupin se puso a silbar una canción procaz y se volvió para mirar la bahía. Denzil suspiró—. Sé que lamentaré esto.

Volviéndose hacia él, Taupin le dio una palmada en la espalda.

—Así me gusta, viejo amigo —dijo—. Optimismo. El optimismo obra milagros. No dudaría en embotellarlo y servirlo como tónico si tan sólo hallara el modo de destilar sus particulares...

Denzil se enderezó las gafas, que le pendían al sesgo en la punta de la nariz, y se las acomodó en su sitio.

—¿Podemos terminar con esto de una puñetera vez? —preguntó.

—...Virtudes curativas. —Taupin sonrió—. No lo lamentarás.

—Ya lo estoy lamentando —le aseguró Denzil mientras echaban a andar por el Muelle Viejo hacia el depósito de Henkie.

La mujer que los atendió era una trigueña despampanante cuyo único atuendo era una sábana que obviamente se acababa de poner a regañadientes con el expreso propósito de abrir la puerta, pues también era evidente, por la luz que brillaba a sus espaldas, que no usaba nada debajo. Denzil la reconoció y no pudo evitar sorprenderse de hallarla en ese lugar.

Se llamaba Lizzie Snell, y de día era la secretaria del alcalde.

—Hola, Brengy —saludó ella—. Hola, señor Gossip. ¿A qué viene esta tardía visita?

Librodot

—¿Aún está levantado Henkie? —preguntó Taupin.

—Bueno, lo tenía bien levantado cuando vine aquí —respondió Lizzie, sonrojada.

—Quiero decir si puede atendernos.

—Ah. Iré a ver —dijo Lizzie, invitándoles a entrar.

Lizzie cerró la puerta y se internó en un laberinto de anaqueles con libros, dejándolos en compañía de un retrato de sí misma de cinco metros de altura, donde no usaba sábanas para ocultar sus generosos encantos.

—Una belleza —opinó Taupin.

—Sí —admitió Denzil tras una rápida ojeada. Dio media vuelta y estudió un librito que cogió de una mesa—. Es un artista talentoso.

—Me refería a Lizzie —replicó Taupin riendo.

Denzil leyó el título del librito: «El cuidado y bienestar espiritual del pene: un estudio de Hedrik Whale», y se apresuró a devolverlo a la mesa.

Pensó que esa noche se estaba prolongando demasiado y le dijo a su compañero:

—Tal vez debiéramos irnos. Es obvio que lo estamos sacando de... la cama... y…

—¿Iros? —tronó un vozarrón—. Qué va. Si acabáis de llegar.

Denzil pestañeó un instante al volverse, pensando que un oso llegaba trotando entre los anaqueles donde Lizzie había desaparecido antes, pero comprendió que sólo era su anfitrión con su enorme mole, arrebujado en una piel de oso. Sus piernas velludas sobresalían por debajo, extrañamente delgadas. Lizzie venía detrás, vestida con una bata suelta de estilo arábigo.

—¿Té para todos? —preguntó Lizzie.

—¿O algo más fuerte? —tronó Henkie.

Denzil recordó, mientras luchaba contra el impulso de frotarse los oídos, que esa voz siempre era estruendosa.

—Un té estará bien —respondió Denzil—. Perfecto, de veras.

—Yo beberé algo más fuerte —dijo Taupin.

Media hora después todos estaban sentados alrededor de una estufa panzona en un rincón del depósito que hacía las veces de improvisada cocina. Lizzie y Denzil iban por la segunda taza de té. Ya había perdido éste la cuenta del whisky que habían consumido Taupin y su anfitrión. Habían dedicado esa media hora a las cortesías de rigor, a ponerse al corriente de las novedades, pero al fin Taupin abordó el tema que había motivado la visita.

—Oh, nunca me gustó esa Viuda —dijo Lizzie—. Siempre me rodea por la oficina del alcalde, quejándose de esto y pidiendo aquello.

—Por no mencionar que Tremeer es un estorbo —añadió Henkie—. Estúpidos policías.

—¿Tuviste otro encontronazo con ellos? —le preguntó Taupin.

—Ni me hables —asintió Henkie.

Denzil pensó que no hacerlo sería lo mejor.

Felizmente, al cabo de un instante de sombrías meditaciones, Henkie se volvió hacia Denzil.

—Brengy tiene razón —afirmó—. Esta noche el tufo de la magia flota en el aire.

Por no mencionar el tufo de los cuerpos sucios, se dijo Denzil. Echó una mirada a Lizzie. ¿Cómo podía dormir con ese hombre?

—Pero creo que podemos ayudar —añadió Henkie.

—¿Ves? —señaló Taupin.

—¿Cómo puedes ayudar? —preguntó Denzil.

—Bien, no seré yo directamente. Tendremos que preguntar a Briello.

—¿Cómo has dicho? —inquirió Denzil, mirándole de hito en hito.

—Mi amigo John Briello.

—¿El *difunto* John Briello?

—¿Quién si no?

Denzil se volvió hacia Taupin.

—En verdad creo que debiéramos irnos.

—No te apresures a juzgar lo que no entiendes —le dijo Henkie.

—Los muertos no hablan —declaró Denzil—. Pero el whisky sí.

Los ojos de Henkie se endurecieron.

—¿Me llamas embustero?

El instinto aconsejaba a Denzil que se callara, pero no pudo con su genio. Se alzó las gafas con un dedo tieso y afrontó la mirada de Henkie sin pestañear.

—Si me dices que puedo recibir consejos de un muerto, pues sí, te llamo embustero.

Henkie lo fulminó con la mira y luego se echó a reír.

—Oh, me caes simpático, Denzil Gossip. Tienes seso, y nuestra Bodbury no es célebre por sus luces. —Volviéndose a Taupin, añadió—: Pero tendremos que taparle los ojos.

—Denzil no se opondrá —repuso Taupin—. Después de esta noche, comprenderá que ha pasado la vida con los ojos tapados.

Denzil le lanzó una mirada paralizante y se puso de pie.

—Debo encontrar a una amiga y no tengo tiempo para...

—Oh, siéntate —tronó Henkie.

—No lo tome usted a mal —le dijo Lizzie—. Ellos sólo bromean.

—Esta noche no estoy para bromas —rezongó Denzil.

—Oh, pero no es broma —le aseguró ella—. Briello podrá ayudar. Yo le he oído hablar.

—Pero...

—Sé que no tiene sentido, pero pocas cosas tienen sentido en este mundo, ¿verdad?

—Basta de chachara —cortó Henkie—. Lizzie, trae una bufanda para taparle los ojos a nuestro amigo..., si él lo permite.

—Bien, yo no...

—Perfecto.

—No se preocupe —le tranquilizó Lizzie mientras se le acercaba por detrás. Le quitó las gafas, se las guardó en el bolsillo de la chaqueta y le puso la bufanda sobre los ojos—. Me aseguraré de que no tropiece usted.

Lo cogió del brazo y se lo llevó antes de que pudiera articular otra protesta.

Primero caminaron sobre madera —Denzil oía los crujidos de los tablones—; luego chirrió una puerta y echaron a andar sobre adoquines. Denzil olía el aroma del mar. El viento le despeinaba el cabello. Momentos después entraron en otro edificio y bajaron por una escalinata de piedra. Muchas escaleras y recodos después, oyó el chirrido de otra puerta y le quitaron la bufanda. Parpadeó ante la luz de un farol, sintiéndose desorientado mientras sacaba las gafas del bolsillo.

Era un sótano, aunque estaba amueblado como una salita victoriana. Taupin sostenía el farol, que arrojaba un fulgor brillante sobre los muebles. Las paredes, como cabía esperar, estaban festoneadas con obras de arte de Henkie. Lizzie estaba a su lado, con la bufanda en las manos y una sonrisa tranquilizadora en los labios. Y Henkie, aún descalzo y arropado en su piel de oso, estaba junto al cadáver embalsamado de un vagabundo, que se hallaba apoyado contra una pared.

Excepto por el aspecto apergaminado del cutis y la rigidez de los miembros, el cadáver casi podía pasar por un hombre viviente. Sólo que un hombre viviente no tenía una moneda de plata en cada ojo.

Denzil tragó saliva, seguro de que estaba en las garras de un hatajo de lunáticos. Echó una ojeada a la puerta. No parecía estar atrancada ni cerrada con llave, pero era dudoso que pudiera abrirla y escapar sin que lo apresaran sus raptores.

Se volvió hacia Taupin dispuesto a endilgarle una filípica, pero en ese momento

Librodot

Henkie, que entretanto le explicaba el problema al cadáver, acababa de terminar.

—Bien, viejo amigo. ¿Puedes decirnos adonde fue y dónde se perdió?

Denzil, sin poder contenerse, miró el cadáver. Y quedó boquiabierto.

Pues el cadáver se movía. Las monedas de los ojos parpadeaban turbadoramente bajo la luz del farol mientras el muerto volvía la cabeza hacia él. Abrió la mandíbula con un crujido y habló con una voz que parecía el viento de una tumba abierta.

Pero era una voz.

El cadáver hablaba.

—Puedo verla —dijo—. Parece muy pequeña.

—Rayos —murmuró Denzil con voz ronca. Se sentía muy débil.

—Creo que el mar la tiene en su abrazo —continuó el cadáver—. Cerca de la Dársena Nueva. Ella es muy pequeña. Del tamaño de un ratón. Pero eso es imposible, ¿verdad? —Volvió la cabeza hacia Henkie, produciéndose un destello en las monedas de plata, y soltó una risa polvorienta—. Y vaya si tengo autoridad para hablar de lo posible y lo imposible, ¿eh, Henkie?

Denzil pensó que se trataba de un truco con espejos. O que lo habían drogado. Hipnotizado. Enloquecido...

—¿Estás seguro? —preguntó Henkie—. ¿Ella tiene el tamaño de un condenado ratón y está flotando en el mar?

—Oh, sí —respondió esa voz seca.

—¿En un barco?

—No, está mojada y tiritando. No durará mucho tiempo.

Ventriloquismo, decidió Denzil. Así lo hacían. Y detrás de la pared había alguien que manipulaba el cadáver para infundirle movimiento.

—Gracias —dijo Henkie.

—¿Tienes algo para mí? —preguntó el cadáver.

—Una nueva pintura. Está casi terminada.

Los labios secos sonrieron. Denzil no podía quitarle los ojos de encima.

—Maravilloso —agradeció el cadáver. Luego calló.

—Tendremos que apresurarnos si queréis rescatar a vuestra amiga —declaró Henkie.

Lizzie se acercó a Denzil con la bufanda, pero él meneó la cabeza y cruzó la habitación para plantarse frente al cadáver.

—Patrañas —increpó, acercándole la mano a la cara—. Esa cosa no es real. Los muertos no pueden...

De pronto, el cadáver alzó el brazo y le cogió la muñeca con dedos muertos.

—Del tamaño de un ratón —dijo, soplándole una bocanada gélida en la cara—. ¿Cómo habrá sucedido?

Denzil gritó y brincó hacia atrás. Se le cayeron las gafas. Tropezó con una mesa, y se habría caído si Henkie no le hubiera ayudado a recobrar el equilibrio. En ese instante de confusión, el cadáver volvió a su posición inicial. Denzil lo miró fijamente.

Lizzie, que había cogido las gafas, se las devolvió. Con dedos trémulos, Denzil se las caló. Como no podía contener el temblor de las manos, se las hundió en los bolsillos.

—En marcha —ordenó Henkie—. No tenemos mucho tiempo para ayudar a tu amiga.

—Pero... pero...

La bufanda le tapó los ojos. Una bendición, considerando que ya no podría ver el cadáver. Momentos después abandonaron la habitación y regresaron escalera arriba.

—No puede ser —mascullaba Denzil—. ¿Cómo puede ser?

No podía ser. Así de simple. Había imaginado esa ridícula situación; le habían inducido a imaginarla. No había otra explicación lógica.

Pero aún sentía el estrujón de esos dedos muertos en la muñeca.

CUATRO PIERNAS DESNUDAS QUE SE TOCAN

¿ Qué es una mentira, a fin de cuentas? Es sólo la verdad bajo un disfraz.

LORD BYRON,
Don Juan, canto XI

Lena se quedó escuchando un instante cuando Bett cortó la comunicación. Luego colgó el auricular.

Pensó que las cosas no debían salir así.

Se levantó y se acercó a la ventana con pasos tambaleantes. Una lluvia brumosa rociaba el Promenade, cubriendo la calle con una pátina lustrosa y húmeda bajo los faroles. Más allá del parapeto que separaba la acera de la playa pedregosa, las aguas de Mount's Bay se hinchaban y se desplomaban en la rueda atemporal de las mareas.

Papá había cometido un error. Ella no tenía que estar allí.

No se creía incapaz de realizar la tarea. Y a pesar de su falta de éxito, por no mencionar ese estúpido accidente con la bicicleta, era divertido. Como una novela de espías, dijera lo que dijese Bett.

Pero participar en un asesinato... o tener conocimiento previo y no hacer nada...

No estaba bien.

No conocía a Clare Mabley, salvo por los informes que había leído. No le debía nada a esa mujer. Pero eso no alteraba sus sentimientos. La mujer no merecía morir. No podían matarla sólo porque era amiga de Janey Little e interfería con los planes de Bett.

Se preguntó si papá conocería las intenciones de Bett. Una cosa era ser implacable en los negocios... Incluso aceptaba cierta prepotencia, si era necesaria y no había otra opción, pero no cuando se usaba contra un inocente. Y la enfermaba saber que Bett lo disfrutaría.

Porque lo disfrutaría. Estaba segura de ello. Cuando lo tenía enfrente, intuía ese núcleo de violencia controlada que latía bajo la superficie de Bett, forcejeando para liberarse. Conocía bastante a los hombres para reconocer ese aspecto cuando existía. Algunos hablaban haciéndose los rudos, pero otros actuaban; y éstos eran de temer. Porque sus impulsos violentos no obedecían a la furia común. Nacían de una visión amoral del mundo o, peor aún, de una morbosa necesidad de lastimar a otros.

En Bett, quizá fueran ambas cosas.

Quizá la Orden, a través de Madden, había cometido un error al enviarlo allí.

Librodot

Aún recordaba la noche en que su padre la había iniciado en los secretos de la Orden. Ella tenía diecisiete años y pensaba que la idea de un grupo secreto de viejos hombres y mujeres que deseaban dominar el mundo era escalofriante y aterradora. Pero no eran sólo hombres y mujeres mayores quienes la aguardaban la noche en que la acogieron en la Orden de la Paloma Gris.

Había tres generaciones representadas en esa iglesia del norte del estado de Nueva York donde se reunieron, hombres y mujeres. Personas con edad suficiente para ser sus abuelos (aunque todos sus abuelos habían muerto y papá nunca le reveló cuáles habían sido miembros de la Orden). Luego estaba la generación de su padre. Y, por último, adolescentes, sólo uno de ellos más joven que Lena.

Todos estaban enmascarados. Disfrazados, pensó ella en ese momento, como miembros de un club de alces preparándose para un desfile. Aunque, en todo caso, la Orden era un club siniestro. Había visto sangre, aunque aún no sabía que era humana, como le contó luego uno de los iniciados más jóvenes. Y se celebró un ritual. Y luego el tatuaje.

Habría resultado ridículo si no hubiera sido tan solemne. Más tarde, cuando pasaron los años y la iniciaron en los misterios más profundos, cuando descubrió que se conseguía todo lo que se quería, cualquier cosa, con sólo usar la voluntad, dejó de parecerle frívolo.

¿Querías vivir para siempre?

La Orden sostenía que era posible. Muchos de los miembros mayores aducían tener más de cien años, aunque ninguno aparentaba más de sesenta.

¿Querías prosperidad?

Todos eran ricos. Y aunque Lena había nacido con ese privilegio, ¿quién no quería más?

¿Querías ejercer poder sobre los demás?

Mediante el buen uso de la voluntad, los secretos de la Orden te enseñaban a controlar el rebaño. Y si a veces se requerían manipulaciones físicas —como el uso subrepticio de drogas u otras maquinaciones externas—, se necesitaba una especie de magia para aprovechar todo su potencial.

Lena había crecido en ese ámbito, pero mantenía una actitud algo distante y decadente ante la Orden. ¿Por qué darles la satisfacción de pensar que también la controlaban a ella? Pues veía en ello otro aspecto de la Orden: cómo los miembros mayores dominaban a los jóvenes, viéndolos como otro rebaño.

En muchos sentidos, la Orden no difería del resto de la sociedad. Uno ascendía por los peldaños igual que en el mundo de los negocios o en el torbellino de la sociedad.

Lena prefería tomar lo que podía utilizar, pero trataba de no prestarse al juego de los otros miembros. Reservaba otros usos para el conocimiento que había adquirido. En vez de estar en los peldaños inferiores de la Orden, escogió crear sus propios círculos de poder, cerciorándose de que no interfiriesen con la Orden.

Sólo resultaba contraproducente en momentos como éste, cuando su padre, frustrado al no poder controlar a su hija —y sin duda avergonzado de ello ante otros miembros de la Orden—, la enviaba en una misión para demostrar que aún podía dominarla.

Habitualmente ella se esmeraba, realizando la tarea con la mayor prisa posible para regresar a los círculos sociales de Boston donde era líder en vez de gregario. Por desgracia, en esta ocasión, Félix Gavin había complicado las cosas.

De un modo que Lena aún no comprendía, él había atravesado ese escudo de falsa debutante con el cual Lena mantenía el mundo a raya y le había llegado al corazón. Causándole preocupación por lo que les ocurría a los demás, por añadidura. Para más inri, la sensación no era desagradable. Excepto por los sentimientos sin esperanza que abrigaba por él.

¿Qué debía hacer?

Suspirando, dejó de mirar por la ventana para mirarse la muñeca. La paloma gris,

símbolo de la preciosa Orden de su padre. ¿Conocían esos hombres y mujeres mayores la vena oscura y maliciosa de Bett?

Quizá.

Pero aún pensaba que debía llamar a su padre.

Regresó cojeando a la cama y sostuvo el auricular en la mano, hasta que decidió colgar sin efectuar la llamada. Había comprendido otra cosa.

Papá enviaría a Jim Gazo para actuar como guardaespaldas, pero éste no llegaría antes del día siguiente por la mañana. Hasta entonces, estaba librada a su suerte. Si llamaba a su padre y papá lograba que Madden disuadiera a Bett, éste iría a desquitarse con ella. Quizá matara a Mabley de todos modos y luego regresara para lastimarla, sin pensar en las consecuencias. Igual que mataría a Félix si Lena no hallaba un modo de retenerle allí esa noche.

Así era Michael Bett.

Hasta el día siguiente debería arreglarse por su cuenta, sin contar con papá ni la Orden. Lo cual la llevaba de vuelta a la misma pregunta: ¿qué demonios haría ahora?

La supervivencia ante todo. De eso no había dudas. Pero Clare Mabley... ¿Podía cruzarse de brazos mientras Bett la asesinaba? ¿Y Félix? Tenía sentimientos muy raros sobre él. No quería mentirle. Por Dios que quería una oportunidad para quitárselo a Janey Little, francamente y sin subterfugios.

No funcionaría. Nada funcionaría. Tendría que conformarse con una transacción. La vida de Mabley a cambio de la mentira que retendría a Félix. Y quizá, cuando todo se revelara al final, quizás él comprendiera.

Porque Mabley también era amiga de Félix, ¿o no?

Cogió de nuevo el teléfono.

—Hola, Willie —dijo en cuanto hubo comunicación—. No, no te preocupes. No anda por aquí. Sí, a mí tampoco me cae simpático. Escucha. Esto es importante. ¿Recuerdas a esa amiga de Janey Little con quien Gavin estaba esta mañana? Correcto, Clare Mabley. Alguien intentará matarla esta noche.

»No, no sé quién —mintió—. Es importante que nadie la lastime. ¿Puedes llamar a ese amigo tuyo de Mousehole y decirle que se encargue? No, de inmediato. Mi última noticia es que ella regresaba a su casa desde el hogar de los Little. Te puedes ganar mil dólares —que él dedujera la tasa de cambio— si ella sobrevive esta noche... Lo mismo para tu amigo. Gracias, Willie. Pensé que te interesaría. Así que trata de no echarlo a perder, porque...

Llamaron a la puerta.

—*Te hablaré* luego, Willie —concluyó Lena. Colgó, se alisó el cabello y miró nerviosamente hacia la puerta—. ¿Quién es? —preguntó.

—Félix.

Bien, pensó. Hice mi parte, y ahora te toca a ti, Félix. Porque, si lo echas a perder, los dos podemos darnos por muertos.

—Un segundo —dijo.

Se miró en el espejo mientras iba cojeando hasta la puerta, torciendo la cara cuando apoyaba demasiado peso en el tobillo dañado. La mueca de dolor que hizo al abrir la puerta no era producto de la actuación.

—Lamento venir tan tarde —comenzó Félix—, pero...

—Cielos —interrumpió ella—. Tienes muy mal aspecto.

Él sonrió débilmente, pero Lena notó el dolor que trasuntaban sus ojos. Estaba calado hasta los huesos, con el pelo corto pegado a la coronilla y la ropa empapada. Llevaba un bolso colgado del hombro y había dejado el estuche negro en el suelo. En la mano empuñaba un bastón.

Se lo habrá dado Clare Mabley, pensó Lena, con un retortijón de angustia. Willie, será mejor que hagas las cosas bien.

Librodot

—Entra —añadió.

—No puedo quedarme...

—Está bien. Entra sólo un momento. ¿Qué has hecho? ¿Has ido a nadar?

—No. Es simplemente que llueve...

—Ya veo. —Cogió el bastón y lo usó para alejarse de la puerta—. Esto está mejor. Eres un ángel, Félix. De veras. ¿Dónde lo has encontrado? Entra —insistió al ver que él vacilaba.

—No puedo quedarme, de verdad. —Hurgó en un bolsillo y extrajo una tarjeta—. El bastón pertenece a una amiga mía...

—*¿La* amiga?

El negó con la cabeza, y el dolor se le ahondó en los ojos.

—No. Pero la he visto esta noche. Ella... Nosotros... Prefiero no hablar del asunto.

—Pues no hables. Está bien. No hagas nada que no desees, Félix.

—Sólo he pasado a entregarte el bastón. Me lo ha dado la mujer cuyo nombre figura en la tarjeta. Déjalo en la tienda cuando termines de usarlo.

—No hay problema. Ha sido muy amable en prestarlo.

—Sí, Clare es buena persona.

—Me agradaría conocerla.

No lo eches a perder, Willie, pensó.

—Me voy a Londres —añadió Félix—. Tengo que largarme.

—A veces no queda más remedio —asintió Lena. Lo miró comprensivamente y añadió—: ¿Quieres entrar? Tan sólo para secarte, al menos. Pareces... Bien, ahora entiendo a qué se refieren cuando te dicen que pareces un guiñapo.

—No creo...

—No te morderé.

Como él aún vacilaba, Lena se le acercó, exagerando sus expresiones de dolor, y trató de coger el estuche negro.

—De acuerdo —aceptó él, recogiéndolo—. Pero sólo un momento.

Lena se apartó para dejarle entrar.

—¿Por qué no cuelgas el abrigo en esa silla, junto a la ventana, donde el calefactor lo secará un poco? Prepararé un poco de té. Es agradable que los hoteles ingleses tengan tetera y todos los elementos en cada habitación, ¿no crees?

Siguió parloteando jovialmente mientras él colgaba el abrigo y se sentaba en el sofá. Sus zapatos dejaron pequeños charcos en la alfombra. Afuera la llovizna se había transformado en aguacero. Una ráfaga de viento arrojó goterones contra la ventana.

—Escucha —dijo Lena después de poner el agua y sentarse en el borde de la cama—. Me parece que te has puesto en camino porque no tienes dónde alojarte.

—Me las apañaré.

—No lo dudo, pero ¿por qué no te quedas aquí esta noche? Sin condiciones. Tú coges el diván; yo la cama. Los trenes no circulan a esta hora de todos modos, ¿verdad?

Félix negó con la cabeza.

—Tengo que salir de esta ciudad.

Lena se preguntó si eso bastaría. Recordó las palabras de Bett.

Le retendrás en tu habitación y no le dejarás partir.

No, no bastaría. Porque, estando Bett de por medio, nunca sabías qué podía ocurrir.

Miró de soslayo al abatido Félix, quien se estudiaba los zapatos.

Demonios. Y él no se quedaría.

No le quedaba otra opción.

Llevaba un anillo en cada mano. Cada cual tenía un pequeño espacio hueco debajo de la gema. Las incrustaciones estaban puestas de tal manera que bastaba usar una mano para mover el anillo, abrir el compartimiento secreto y verter el contenido en una bebida. El polvo que contenían era inodoro. El de la derecha era una droga que causaba desmayo. El de la izquierda era algo más especial. Se basaba en una variación de la tiopentona,

desarrollada por un miembro de la Orden, que no sólo relajaba los músculos y suprimía los reflejos sino que anulaba la voluntad, volviendo al sujeto susceptible a la sugestión.

Lena se preguntó cuál usaría. Los nuevos sentimientos que le había despertado Félix le indicaban que dejarlo sin conocimiento era todo lo que necesitaba para cumplir su trato con Bett. Pero teniendo en cuenta que no tendría otra oportunidad similar...

Si tan sólo él cediera.

Pero no cedería.

Sintió culpa y excitación al tomar la decisión. Dándole la espalda, vació el contenido del anillo de la mano izquierda en una taza y sirvió el té.

—¿Leche? ¿Azúcar? —preguntó.

—Ambas cosas.

Lena echó ambas cosas y revolvió enérgicamente. Félix se le acercó, sobresaltándola, pero sólo había ido para evitarle la incomodidad de cargar con las tazas.

Hablaron un poco más, mientras Lena lo estudiaba subrepticiamente, aguardando a que la droga surtiera efecto. No tuvo que esperar mucho. La voz de Félix pronto empezó a resbalar. Sus movimientos se volvieron lánguidos y los ojos se le pusieron vidriosos.

—¿Félix? —dijo Lena.

—¿Eh...?

—¿Cómo estás?

—Eh...

—Te sentirás incómodo con esa ropa mojada. ¿Por qué no la colgamos allí con tu cazadora y la dejamos secar?

Lena se levantó y, valiéndose del bastón para no apoyarse en el tobillo dañado, le ayudó a ponerse en pie. Le desabotonó la camisa, y pronto él se quitó la camisa y el resto de la ropa.

—Tienes un bonito cuerpo —dijo Lena—. ¿Alguna vez has levantado pesas?

—Eh...

La droga no propiciaba conversaciones interesantes, pero Lena no buscaba conversación. El brebaje se había creado para un ritual de la Orden que ella desconocía, aunque sabía que era de índole sexual. Sin duda un invento de uno de los miembros mayores, quien lo usaría para relacionarse con dulces jóvenes a quienes no habría podido acercarse de otro modo. La magia sexual no era un capítulo de las enseñanzas de la Orden que Lena hubiera explorado en profundidad, pues prefería reservar ese aspecto de su vida para la satisfacción personal.

Y vaya si ahora estaba satisfecha. Su sensación de culpa se disipó mientras conducía a Félix a la cama. Quitándose la ropa, se plantó ante él y le acarició el duro cuerpo.

¿Cuánto recordaría de todo esto?, se preguntó mientras le acariciaba el pene para endurecerlo. No mucho, a juzgar por sus experiencias anteriores con la droga.

Pero recordaría. Y tendría sueños, sin imaginar jamás el origen...

2

Era una noche oscura y tormentosa. Clare reía mientras regresaba lentamente a su casa. Ninguna criatura en movimiento, ni tan siquiera un ratón. Mas súbitamente... ¿qué luz fulguraba tras aquella ventana...?

Sonrió.

Lees demasiado, Mabley, pensó.

El problema era que recordaba todo lo que leía, especialmente los grabados, los refranes y cosas parecidas. Le gustaba ensamblarlos en frases y párrafos disparatados, un

hábito que había contraído en su juventud solitaria. Otras diversiones similares incluían tomar las treinta canciones de mayor éxito del momento o los titulares de los diversos periódicos de la tienda de revistas mientras esperaba a que la atendieran o los títulos de una hilera de libros de un anaquel de la tienda y ver qué salía cuando los combinaba.

Thomas Hardy, por ejemplo.

Bajo la fronda, lejos de la turba bulliciosa, un par de ojos azules...

¿Qué hacían? *¿Judeaban* el Oscuro?

Meneó la cabeza. No era juego limpio añadirle una desinencia verbal a Jude.

Quizá si incluía títulos de poemas...

Bajo la fronda, lejos de la turba bulliciosa, el fantasma del pasado olvidado de Dios, afronta el retorno del nativo.

No estaba mal. Tenía cierta poesía...

Se detuvo para mirar la empinada pendiente de Raginnis Hill, con la repentina sensación de que ya no estaba sola. Pero allí no había nadie. Dio media vuelta, afrontando el viento. Se enjugó la lluvia de los ojos y las mejillas con el dorso de la mano y continuó colina arriba, olvidando el título de los libros y poemas de Thomas Hardy.

El frío helado de la noche le había calado el impermeable y el jersey, pero eso no explicaba los escalofríos que sentía. Algo extraño flotaba en el aire, una electricidad que no guardaba ninguna relación con el relámpago que acechaba detrás de los nubarrones. Todo parecía tenso, o lo había estado desde ese episodio con Félix, Janey y el Vejete. Intrusos que acechaban en Mousehole, buscando viejos manuscritos de William Dunthorn. La irrupción en casa de los Little.

Shakespeare, pensó Clare, tratando de alejar esos pensamientos.

Mucho ruido y pocas nueces... La tempestad...

Demonios.

Miró de nuevo hacia atrás con un cosquilleo en la espalda, pero no vio nada fuera de lo común. Sólo la apacible Mousehole, a oscuras porque era tarde y nadie permanecía levantado después de la hora de cierre, ni siquiera un sábado por la noche. La oscura calleja, que serpenteaba abruptamente a sus espaldas, entre las casas, reluciente de lluvia. Las densas sombras de los callejones...

Sabía que se estaba asustando sola, pero no podía contenerse porque nada parecía estar en su sitio.

No seas necia, se dijo.

Los reproches no servirían de nada.

Trató de apresurarse, pero con la humedad en los huesos y ese camino abrupto, no podía apurarse demasiado. Una tortuga podía andar a mayor velocidad. Una babosa podía reptar con más celeridad. Clare no era una máquina ambulatoria eficiente; eso era todo.

Al arreciar el viento, la lluvia la abofeteó con tal fuerza que la obligó a agachar la cabeza mientras se cubría la barbilla con el cuello del impermeable. Sentía en la nuca un cosquilleo espantoso, como un mal presagio. La sensación era tan fuerte que tuvo que girar la cabeza...

Dio un brinco de sobresalto y casi perdió el equilibrio.

—Por Dios —le dijo a la figura arropada que se le había acercado por detrás—. Me ha dado un gran susto, viniendo como...

Calló al reparar en la gabardina larga, las antiparras que la escrutaban desde abajo del ala del sombrero y la bufanda que cubría la parte inferior del rostro, ocultando todos los rasgos. El corazón le dio un respingo cuando el desconocido sacó la mano izquierda del bolsillo y extrajo una navaja plegada. Como por arte de magia, la hoja se abrió con un chasquido.

—No —suplicó Clare—. Por favor...

—Tú y yo iremos a dar un paseo —dijo el hombre, con la voz sofocada por la bufanda—. Por el acantilado, creo.

Un temor frío paralizó los músculos de Clare hasta que recobró la compostura y usó el

Librodot

bastón. El hombre esquivó el golpe sin dificultad. Clare no tuvo tanta suerte cuando él le pegó con la mano libre. El bofetón le arrancó el bastón de la mano y la tumbó en la calle, donde se raspó las manos. La pierna mala respondió con un feroz aguijonazo de dolor.

Intentó alejarse a gatas, pero el hombre la alcanzó, le dio un manotazo en el hombro y la aplastó contra el suelo acercándole la navaja al rostro.

—Podemos hacerlo por las buenas —amenazó él—. Un paseo por el acantilado, sin dolor. O puedo arrastrarte del cabello y ver si la lluvia lava la sangre tan pronto como la haga brotar. —Las antiparras la estudiaban, como desalmados ojos de insecto que no ofrecían esperanza—. Podría costarme un poco —añadió el hombre.

Clare abrió la boca para gritar, pero la cerró de golpe cuando la punta de la navaja le rozó la mejilla debajo del ojo izquierdo. La lluvia le empapaba la cara, empañándole la vista.

—Sin gritos. —La voz era turbadoramente informal—. Sin gritos. No te servirían de nada. Esta noche nadie podría oírte.

La navaja retrocedió un palmo, flotando en el aire. El hombre la empuñaba con soltura. Clare miró la punta amenazadora. Estudió aturdida aquella imagen de pesadilla: una mole sombría y anónima, sombrero, antiparras, bufanda. Tuvo un extraño momento de total objetividad. El sombrero con el ala arrugada, como si hubiera estado demasiado tiempo guardado en un bolsillo. La solapa derecha de la gabardina, donde faltaba un botón. El pequeño tatuaje en la muñeca izquierda.

Él la puso de pie y le dio un empellón, guiándola hacia el sendero de la costa. Plegó la navaja y se la guardó en el bolsillo.

—Mi... mi bastón...

—Apáñatelas sin él —dijo el hombre.

—Pero…

La navaja apareció de nuevo; la hoja se abrió con un chasquido.

—Empiezas a aburrirme —volvió a amenazar el hombre—. No me aburras. No soy simpático cuando me aburren. —La navaja osciló ante el rostro de Clare. Ella retrocedió tambaleándose, pero él cubrió esa distancia sin dificultad—. Nada simpático —murmuró.

3

Era un momento pésimo para Janey. Los limpiaparabrisas del Reliant Robin trabajaban a media potencia, con lo cual no atinaban a barrer la intensa lluvia. El sistema antiescarcha tampoco funcionaba bien. Así que Janey debía conducir con la ventanilla abierta. A medio camino de Newlyn, ya tenía el hombro y el brazo izquierdos empapados.

Y, para colmo, el motivo por el cual había salido esa noche...

Atravesó Newlyn y Penzance a demasiada velocidad, sin pensar en ello. Sólo se concentraba en mantener el Robin en marcha, en buscar a Félix y en maldecirse por haber sido tan tonta. ¿Por qué no lo había escuchado en vez de despotricar de ese modo?

Era su maldito carácter.

Dio un puñetazo de frustración en el volante después de atravesar Penzance. Aunque los autobuses y trenes no circulaban a esas horas, tal vez él hubiera parado un vehículo. Tal vez alguien hubiera aceptado llevarlo...

Regresó hacia Penzance, recorrió la ciudad más despacio, pero no tuvo suerte. Al final frenó a un costado de la calle antes de. llegar al puente de Newlyn, al final del espigón norte. Miró aturdida a través del parabrisas. Los limpiaparabrisas oscilaban, empujando la lluvia sin despejar el vidrio.

Era inútil. Félix podía estar en cualquier parte.

Librodot

Entonces recordó que Clare había mencionado que Félix pensaba entregar un bastón a la tal Lena antes de irse. En una noche así, sería una locura tratar de hacer autostop. Tal vez aún estaba con esa mujer.

Janey se reanimó. La americana se alojaría en un hotel.

Viró en redondo y avanzó hacia el este por Promenade.

Un hotel. No cabía duda. Luego se desanimó de nuevo. ¿Cuál de ellos?

Tuvo suerte en el tercer intento. Ron Hollinshead, un viejo compañero de escuela, estaba en la conserjería. Cuando ella entró, Ron dejó la revista que estaba leyendo. Apartándose el pelo oscuro de la frente, se levantó con una sonrisa. De pie, no era mucho más alto que Janey.

—Hola, Janey —saludó, mirando el coche aparcado junto a la acera—. ¿No te funciona bien el coche?

—Ni me hables de ese coche.

—¿Quieres que le eche un vistazo? —preguntó Ron, saliendo del mostrador.

—No. No es eso. Sólo... ¿Tienes a una huésped americana aquí? Sólo conozco el nombre. Lena.

—Lena Grant —asintió Ron—. Hace varios días que está aquí. Se cree una maldita princesa. ¿Qué quieres de ella?

—¿Tuvo algún visitante esta noche? —preguntó Janey.

—Hace media hora... un tío de aspecto rudo. Tenía facha de haber nadado en la bahía.

—¿Traía algún equipaje?

—Un bolso y un estuche. ¿Qué pasa, Janey?

—¿En qué habitación está?

—No puedo decirte eso.

—Es importante.

Ron parecía incómodo.

—Pero es información reservada. Podría perder mi empleo si dejo que la gente moleste a los huéspedes. Comprende, Janey.

—No molestaré a nadie. De veras. Sólo quiero hablar con el hombre que la visita.

—No puedo hacer eso. No hay que ser una lumbrera para entender qué están haciendo a estas horas de la noche.

Janey hizo un encomiable esfuerzo para contener su repentino arrebato de furia.

Yo lo eché, se dijo. Si está en la cama con ella, es culpa mía. Conservaré la calma. Sólo voy a hablarle. Y quizás arrancarle los pelos a esa golfa...

—Lo lamento, Janey. Pero hay reglas y debo respetarlas.

—¿No vas a decírmelo? —preguntó Janey suspirando.

—No puedo decírtelo.

—Entonces tendré que averiguarlo por mi cuenta.

Ron le cogió el brazo cuando Janey se dirigió hacia la escalera.

—Por amor de Dios, Janey. No quiero escándalos.

—No habrá escándalos. Sólo dime en qué habitación están. —Lo desarmó con una sonrisa—. Vamos, Ron. Es realmente muy importante.

—Demonios.

—Nadie sabrá quién me informó —le aseguró Janey.

—¿No empezarás a gritar y desvariar?

—Lo prometo. —La mataré en silencio, añadió para sus adentros.

—Si pierdo mi empleo...

—No lo perderás, Ron. Subiré para entablar una pequeña charla y saldré silenciosa como un ratón. Nadie sabrá que he estado aquí.

Él soltó un resuello y miró en torno como temiendo ver a su patrona al acecho, aguardando a que infringiera las reglas para ponerlo de patitas en la calle y dejarlo

Librodot

nuevamente sin empleo.

—De acuerdo —dijo—. Habitación cinco... Por la escalera de la derecha. Pero recuerda...

—Seré silenciosa como un fantasma —prometió Janey. Un fantasma de la venganza, pensó, pero ahuyentó ese pensamiento. Conservaría la calma, sin importar lo que encontrara en la habitación de esa maldita mujer. No armaría un escándalo—. Gracias, Ron.

Le estrujó el brazo y corrió escaleras arriba antes de que él se arrepintiera. Cuando llegó al primer rellano miró hacia abajo y notó que Ron la seguía con ojos angustiados. Janey se apoyó un dedo en los labios y continuó de puntillas.

Conservaré la calma, se recordó al llegar a la puerta cuya placa de bronce decía: «Número cinco.»

Era más fácil decirlo que hacerlo. El pulso le palpitaba salvajemente cuando se dispuso a golpear con los nudillos. Calma era lo ultimo que sentía. Antes de golpear, apoyó la oreja en el panel de madera. Oyó un sonido extraño, pero el grosor de la puerta no le permitió identificarlo.

Quizás estuvieran durmiendo. Juntos en la misma cama. Agotados después de hacer el amor desenfrenadamente...

Mataría a esa mujer. La despedazaría...

Calma, se advirtió. Conserva la calma.

Golpeó sin obtener respuesta. Pero notaba que estaban dentro. Las habitaciones vacías inspiraban otra sensación. Además se oía ese sonido rítmico y tenue.

Golpeó por segunda vez y, al no recibir respuesta, cogió el picaporte y lo hizo girar. Abrió la puerta y entró en la habitación, donde sus peores temores se concretaron.

Una mujer desnuda estaba a horcajadas sobre Félix en la cama, montándolo como si él fuera un semental de pura raza, apoyándole las manos en los hombros y bamboleando los pechos mientras meneaba las caderas. Volvió hacia Janey los ojos grandes y asombrados, deteniendo su vaivén, aún con el pene de Félix dentro. Éste no se movió ni se volvió.

—¿Qué demonios haces aquí? —preguntó la mujer.

Janey buscó un objeto para arrojárselo.

4

Davie Rowe se abotonó la camisa sobre el amplio pecho y se calzó los pantalones, empezando por la pierna derecha.

Doscientas puñeteras libras, pensó mientras se acomodaba los faldones de la camisa y se cerraba los pantalones. Y encima por hacer algo legal.

—¿Eres tú, Davie?

Davie miró la pared que separaba su habitación de la de su madre.

—Sí, mamá.

—¿Quién llamó por teléfono?

La voz se acercaba.

Oh, se podía quedar en la cama, pensó Davie. Pero eso no era muy probable.

—Sólo un amigo —respondió.

Su madre apareció en la puerta. Su flaco cuerpo iba envuelto en una raída bata floreada.

—No sería Willie Keel, ¿eh?

Davie meneó la cabeza.

—Era Darren Spencer. Consiguió un apartamento cerca de la cantera y necesita una

mano.

—Porque no me gusta ese tal Keel —continuó la madre como si no le hubiera oído—. Ya te metió en problemas y lo hará de nuevo en cuanto le des una oportunidad. Recuerda lo que digo, Davie. Es un mal bicho y…

Davie la interrumpió besándole la mejilla.

—Debo irme, mamá. Darren está esperando.

—Sí, bien. Es importante apoyar a los amigos. Aunque no vi que Darren te apoyara cuando fuiste a la cárcel. ¿Dónde estaba él entonces, pregunto yo? Pero ahora, cuando necesita ayuda para... ¿Qué hora es?

—Hora de irme. Vuelve a la cama, mamá. No tardaré mucho.

—Llévate abrigo y sombrero —aconsejó su madre—. Esta noche está diluviando.

—Lo haré.

Encontró las botas junto a la puerta, donde las había dejado al llegar, y se las sujetó deprisa. Su madre continuó parloteando mientras Davie se ponía una gruesa gabardina y se calaba una gorra de pescador sobre los rebeldes rizos castaños.

—Hasta un chaval grandote como tú puede morirse de un resfriado —dijo su madre mientras Davie abría la puerta.

—Tendré cuidado, mamá.

Cerró la puerta y salió con alivio a la calle, prefiriendo la incomodidad de la lluvia al acoso de su madre. Ella tenía buenas intenciones, pero con tanta chachara le ponía los nervios de punta. Claro que era por su propia culpa. Tenía casi treinta años y aún vivía con su madre. Si hasta Willie se reía de él. ¿Pero qué podía hacer? No podía costearse alojamiento propio, y alguien tenía que cuidar de la anciana. Su padre ya no estaba —«que en paz descanse»— y no tenían más familiares desde que sus primos se mudaron al Canadá.

Vaya embrollo. Los únicos Rowe que quedaban en Mousehole eran una vieja gruñona y un malandrín sin muchas luces. Vaya tiempos. Las cosas andaban mejor cuando vivía papá, que a veces contrabandeaba algunas cosas para suplementar los pobres ingresos de una familia de pescadores. Y en tiempos de su abuelo... Ah, entonces los Rowe eran los mejores contrabandistas de la comarca.

Pero eso pertenecía al pasado, cuando aún abundaban las sardinas y los hombres se valían del viento y no de los motores para impulsar sus barcos. Ahora estaban en el presente, y en el presente sólo importaban las doscientas libras que ganaría por hallar a Clare Mabley y mantenerla con vida.

¡Doscientos libras!

Mientras atravesaba la aldea bajo la lluvia, dirigiéndose hacia Raginnis Hill, Davie se preguntó cuánto se guardaría Willie. También se preguntó quién querría lastimar a Clare. Él había cometido fechorías en sus tiempos, y sin duda cometería más, pero jamás había atacado ni robado a una persona impedida.

No podía entender a un hombre capaz de semejante canallada.

A causa de la densa lluvia, Davie casi tropezó con las dos figuras antes de verlas. Clare cojeaba penosamente sin el bastón, y el hombre le daba empellones cuando se demoraba.

— ¡Oye! —gritó Davie—. ¡Déjala en paz!

El hombre dio media vuelta. Hundió la mano izquierda en el bolsillo del abrigo y extrajo una navaja. Davie examinó con cierta inquietud a ese sujeto y su arma. El tío tenía facha de chico malo en una mala película americana. Pero la navaja no era broma. Ni el aplomo con que el hombre la empuñaba, con el filo hacia arriba.

Davie imaginó la navaja entrándole en el vientre y rasgándole el pecho hasta detenerse en el esternón...

Pero no retrocedió. Pensó en las doscientas libras.

Además Clare le resultaba simpática.

—Conque tienes una navaja, ¿eh? Apuesto a que te hace sentir muy valiente.

La única respuesta fue una súbita embestida. La navaja cortó el abrigo de Davie, pero no rozó la piel porque Davie saltó a un costado. Antes de que el hombre pudiera girar, Davie le asestó un mamporro en la cabeza y lo paró en seco.

Mientras se le acercaba para impedir que se levantase, Davie pensó que por la mañana le dolerían los nudillos.

Sacudiendo la cabeza, el hombre se puso en pie antes de que Davie pudiera detenerlo. Mantuvo a Davie a raya con la navaja. Entonces éste vio el bastón de Clare tirado en el pavimento húmedo.

Estupendo, se dijo. Pronto terminaremos con esto.

Hizo una finta, esquivó un navajazo y pateó los pies del atacante. Mientras el hombre se desplomaba, Davie se lanzó ágilmente hacia el bastón. Se volvió bastón en mano cuando el sujeto se levantaba.

—El juego ha terminado, compadre —dijo Davie—. ¿Por qué no te largas antes de que te lastime en serio?

El hombre soltó un rugido y embistió. Davie movió el bastón dos veces. Con un golpe le arrebató la navaja de la mano. Desplazándose a un lado, asestó el segundo golpe en el hombro de su contrincante. El hombre tropezó con un parapeto y se volvió. El brazo derecho le colgaba al costado.

Roto, pensó Davie. O quizá le había dormido los nervios. De un modo u otro, el tío ya estaba fuera de combate.

—Hablo en serio, compadre —amenazó Davie, alzando el bastón—. Lárgate o te dolerá de veras.

El odio de ese hombre ardía en los ojos, detrás de las viejas antiparras. Era una furia venenosa que no necesitaba palabras para expresarse. Davie había perdido la gorra en la breve lucha y la lluvia le pegoteaba los rizos a la cabeza, empañándole los ojos. Pero no se movió, ni siquiera parpadeó, hasta que el hombre se desplazó lentamente a la izquierda y huyó colina abajo.

Davie se agachó para recoger la navaja y la arrojó a la oscuridad, detrás de la casa más próxima. Cogió la gorra empapada, se la guardó en el bolsillo y se acercó a Clare, que permanecía en cuclillas en el camino.

—Por Dios, Davie —sollozó ella—. Iba a matarme.

Davie no sabía qué hacer ahora. Ayudó a Clare a incorporarse, sintiéndose estúpido y torpe cuando ella logró ponerse en pie y recobró su bastón.

—Sí, claro... —dijo, y se quedó sin palabras.

—Me has salvado la vida, Davie.

—Ha sido una suerte... eh... que justo pasara... eh... por aquí.

Clare se le acercó y se le apoyó en el brazo. Davie la sintió temblar.

—Nunca he estado tan asustada en toda mi vida.

—Bien, él... eh... se ha ido.

Un nuevo temblor sacudió a Clare.

—¿Y si regresa?

—Lo dudo.

Ahora Davie hablaba con más soltura.

—¿Pero si regresa? —insistió ella—. Será mejor que llame a la policía.

—Sin policías.

—Pero... —Clare le miró la cara. Parpadeó para limpiarse la lluvia de los ojos y asintió—. Claro. No te llevas muy bien con ellos, ¿verdad?

Davie se sorbió los nudillos doloridos.

—No muy bien. ¿Te ha hecho daño?

—No, pero no las tengo todas conmigo... Eso es todo.

—Te acompañaré a casa. —dijo Davie.

—Eres muy amable.

—Puedes llamar a la policía desde tu casa —continuó Davie—. Pero no me menciones para nada.

Clare asintió, dejándose conducir colina arriba, más allá del hospital de aves, hasta su puerta.

—¿Pero qué podría hacer la policía? Él ya se ha ido.

—En efecto —convino Davie.

—No obstante, debería denunciarlo para que no ataque a otra persona. A menos...

—¿A menos? —quiso saber Davie.

Clare tiritó. Le temblaban los dedos mientras intentaba insertar la llave en la cerradura. Davie cogió la llave y abrió la puerta.

—Tuve la rarísima sensación de que me buscaba a mí.

—¿Por qué iba a intentar nadie hacerte daño? —preguntó Davie.

Pero mientras hablaba pensaba en las doscientas libras y en Willie Keel. Alguien avisó a Willie que se produciría ese ataque. Alguien que estaba dispuesto a pagar doscientas libras (tal vez el doble, contando la parte de Willie) para asegurarse de que no ocurriera.

La única persona que encajaba en ese cuadro era la americana que se alojaba en Penzance. ¿Pero por qué? ¿Y por qué Clare?

—No lo sé —respondió Clare—. Pero alguien lo intenta. —Entró y se volvió hacia Davie—. ¿Quieres entrar un momento? Estás empapado. Puedo preparar té.

—Supongo que sí —dijo Davie—. Pero no telefonees a la policía mientras yo estoy aquí.

—¿En qué andas, Davie? —preguntó ella, intrigada.

—En nada, lo juro. Sólo salí a caminar. Pero si estoy aquí cuando llegue la policía, me llevará de todos modos.

—No permitiré que eso ocurra después de la ayuda que me has dado —dijo Clare—. ¿Pero has salido a caminar bajo la lluvia?

—Me despeja la mente.

—Por estos lares eso es muy necesario —dijo Clare.

—¿Cómo?

—Nada. ¿Quieres ese té?

—Por favor.

—Pondré agua a calentar.

Clare colgó el abrigo junto a la puerta y se dirigió hacia la cocina Davie colgó sus cosas y aguardó tímidamente junto al perchero hasta que ella lo llamó.

—Me siento mejor contigo aquí —comentó Clare—. Más segura. ¿Le has visto la cara?

—No había mucho que ver, con esas antiparras y esa bufanda.

—En efecto. Me pone la carne de gallina de sólo pensarlo.

Davie asintió y se sentó a la mesa de la cocina. Había sido escalofriante. Y el hombre, herido o no, aún merodeaba allá afuera. Podía regresar. Si regresaba y él no estaba allí para detenerle, Davie podría despedirse de sus doscientas libras. Por no mencionar que Clare moriría...

—¿Me permites el teléfono? —preguntó.

Clare enarcó las cejas.

—No me digas que ahora vas a llamar tú a la policía.

—No. Sólo quería llamar a un compadre a quien debía ver, para avisarle que no iré. —Ella aún lo miraba inquisitivamente—. Pensé en... eh... quedarme un rato. Por si el tío que te atacó decide regresar. La policía no te dejaría un agente aquí.

—Eres muy considerado.

—A menos que prefieras que me vaya...

—No. Puedo hacerte la cama en el diván, si quieres.

—No tengo muchas exigencias. —Hizo una pausa y añadió—: ¿El teléfono?

—Está en el estudio —respondió ella, señalando el camino.

—Gracias.

En cuanto llegó al teléfono, Davie marcó el número de Willie.

—Tenías razón en cuanto a ese ataque —dijo tan pronto como Willie atendió.

—¿Problemas?

—Nada importante. ¿Sabes quién era?

—No.

—¿Crees que volverá?

—No había pensado en eso. ¿Hay algún sitio cercano desde donde puedas vigilar la casa de los Mabley? —Calló un instante, pensando, y pronto añadió—: Claro que hace un tiempo infernal, ¿verdad?

—Está bien —repuso Davie—. Ahora estoy en casa de Clare. Ella me invitó a pasar cuando la rescaté.

—¿Puedes quedarte ahí?

—No hay problema. Pero quiero saber a qué viene todo esto, Willie.

—Ni idea, compadre. Sólo coge la pasta y haz tu trabajo. Así es como prosperas en este mundo.

—Lo tendré en cuenta —dijo Davie, y colgó.

Miró los libros de los anaqueles y se preguntó si Clare los habría leído todos. La recordaba en la escuela. Ella aún estaba en la primaria cuando él se examinaba para ir a la escuela de Penzance, exámenes que había suspendido. Pero recordaba que, después del accidente, ella pasaba mucho tiempo en casa y luego iba a la escuela en silla de ruedas, acompañada siempre por Janey Little.

Clare habría tenido tiempo para leer esos libros y más. Davie escogió un libro al azar y lo hojeó. Se preguntó qué se sentiría al leer algo como eso. Cuando niño, a lo sumo atinaba a leer el semanario *Beano.*

Ahora sólo podía aspirar a leer los resultados del fútbol, y eso después de echar una buena ojeada a la chica de la página tres. Pero los libros... Prefería una buena película, a ser posible una de esas viejas cintas donde lo negro era negro y lo blanco era blanco y un hombre no se confundía en el medio, como en la vida real.

Cogió un volumen, disfrutando de su textura. Las películas eran sensacionales, pero esto pesaba en la mano.

Clare era lista. Tenía que serlo, después de leer tantos libros. Y además bonita. Curiosamente, nunca había pensado en ello. Uno veía el bastón y no miraba nada más.

—¿Listo para ese té? —llamó Clare desde la cocina.

—Voy para allá.

Lista, bonita y afable. Y ahora alguien intentaba matarla.

Guardó el libro.

Bien, no lo conseguiría si él estaba allí para impedirlo.

5

—Félix, ¿cómo has podido? —exclamó Janey. Pillarlo en la cama con esa mujer era la máxima bofetada en el rostro. La traición definitiva. Porque Janey estaba dispuesta a escucharlo. Le había creído a Clare cuando ella abogó por su inocencia. Pero sorprenderlo así, saber que entretanto la había tomado por tonta...

La marea roja de la cólera chocaba contra la falsa calma que había procurado

mantener durante las últimas horas.

—¡Félix! —repitió—. Al menos mírame.

Tú lo has impulsado a ello, protestó una parte de Janey. ¿Por qué te enfureces tanto? Tú lo has enviado a sus brazos.

Pamplinas.

Ella lo había ahuyentado, eso era cierto. Pero si Félix era tan inocente, ¿por qué se había lanzado al lecho de la americana?

—¡Félix! —exclamó por tercera vez, con voz estridente.

Lena estaba tranquila. Se levantó de su embarazosa posición —el pene de Félix le rozó el estómago cuando ella se separó— y se cubrió su desnudez con una bata.

—Lárgate de aquí —le dijo a Janey, ciñéndose la bata.

Hablaba en voz baja pero acerada. Era una voz habituada a mandar. Una voz destinada a los criados.

Janey no le hizo caso y se concentró en Félix.

Él no se movía. Ni siquiera la miraba. Se quedó tendido en la cama, con los ojos en el cielo raso, mientras el pene se le encogía y ablandaba. Aunque tenía un aspecto ridículo, a Janey se le rompía el corazón.

Dio un paso hacia él. Lena, cuidándose la pierna dolorida, se interpuso entre la cama y Janey.

—He dicho que...

El movimiento de la mujer rompió el hechizo que dominaba a Janey. Sin siquiera pensarlo, le asestó un fuerte puñetazo en el estómago. Se apartó cuando Lena se encorvó jadeando. Lena no pudo apoyarse en la pierna mala y cayó en la alfombra. Janey recorrió la distancia que la separaba de la cama. Movió la mano ante el rostro de Félix, esperando que los ojos siguieran el movimiento, pero él sólo miraba el cielo raso.

Janey empezó a comprender, aunque sin entender del todo.

—Lo has drogado —dijo, dando media vuelta.

Aunque al advertir eso no se calmó, su furia buscó otro objetivo. Pero ante todo sintió un gran temor por Félix. ¿Qué le había dado esa mujer? ¿Se recobraría?

Lena ya se iba recobrando. Penosamente se puso en pie y se apoyo en la cama. Se intimidó cuando Janey avanzó hacia ella.

—No creas... que te saldrás con la tuya —le increpó—. Te haré acusar de agresión, estúpida...

—¡Lo has drogado! —interrumpió Janey—. ¿Qué le has dado?

Cuando se le acercó, Lena intentó pegarle, extendiendo los dedos como una zarpa, buscando el rostro de Janey con las uñas largas y esmaltadas. Janey esquivó ese débil ataque y abofeteó a Lena, dejando una marca en la mejilla de la mujer, una huella rojiza sobre el cutis pálido. Lena hizo una mueca. Alzó la mano para cubrirse la mejilla inflamada, olvidando su ataque.

—¿Qué le has dado? —insistió Janey.

Al ver su mano amenazadora, Lena se apresuró a hablar.

—Se pondrá bien. Es una droga para dejarlo susceptible a la sugestión. El efecto se disipará en unas horas.

Hablaba con furia y hostilidad, pero a Janey no le importaba. La habría echado a puntapiés de Cornualles, de ser posible.

Sin dejar de vigilar a Lena, regresó hacia la cama.

—¿Félix? —dijo—. ¿Puedes oírme?

—Ohhh...

Ella le cogió la mano y le dio un tirón, obligándolo a incorporarse como un robot que se moviera rígidamente pero no pudiera generar locomoción sin ayuda. Janey miró en torno y vio las ropas tendidas en el piso. Las recogió y se las entregó.

—Ponte esto.

El las sostuvo, pero miraba aturdido a lo lejos.

Janey miró a Lena. Parecía haber perdido el ánimo de pelear, excepto por una oscura chispa de furia que le centelleaba en los ojos. Entendiendo que ella ya no complicaría las cosas, Janey ayudó a Félix a vestirse. Era como vestir un maniquí. Pero al final lo tuvo de pie junto a la puerta, con el bolso y el estuche apoyados en el suelo del pasillo. Janey cogió también el bastón de Clare. Que esa mujer anduviera a rastras.

—Lo lamentarás —amenazó Lena de pronto.

—¿De veras?

Janey estaba muy orgullosa del control que ejercía sobre su temperamento.

—No tienes idea de quién soy...

—En eso te equivocas —dijo Janey—. Sé perfectamente qué clase de persona eres y para qué estás aquí. —Sonrió fríamente al ver la sorpresa de Lena—. En efecto —añadió—. Quizá consigas lo que quieras con sólo chasquear los dedos en el lugar de donde vienes pero aquí es diferente. Aquí cuidamos de los nuestros. Te conviene abordar el primer tren a Londres y volar a casa, porque, si nos fastidias de nuevo, no te las verás sólo conmigo. Tengo muchos amigos en la región, Lena Grant. Y no te quepa la menor duda de que cuidamos de los nuestros.

—Tú no…

Pero Janey cerró la puerta sin escucharla. Empujó a Félix corredor abajo y luego, cargando con el bolso y el estuche y con el bastón de Clare bajo el brazo, lo siguió hasta la escalera.

—Ahora bajamos —susurró, dándole un codazo suave para ponerlo de nuevo en movimiento.

Ron les salió al encuentro al pie de la escalera, con angustia casi cómica. Examinó a Félix, quien se había parado de nuevo, petrificado como una máquina desconectada, y luego miró inquisitivamente a Janey.

—He oído gritos —dijo.

Janey asintió fatigosamente.

—Lo lamento. ¿Hemos despertado a alguien?

—No. Es sólo... —Miró de nuevo a Félix—. ¿Qué le pasa?

—Ella lo ha drogado. Bonita clientela tienes en este lugar, Ron.

—No somos muy selectivos. ¿Lo llevas al hospital?

—Lo llevo a casa —respondió Janey, meneando la cabeza.

—Pero...

—En este momento, será el mejor sitio para él. No quiero que despierte en un cuarto de hospital sin saber cómo llegó allí.

Ron quiso decir algo más, pero se encogió de hombros.

—Permíteme —dijo, cogiendo el bolso y el estuche—. Déjame ayudarte.

Los apiló en el coche mientras Janey conducía a Félix hacia la lluvia y lograba meterlo en el estrecho asiento del Reliant.

—¿Puedo hacer algo más? —preguntó Ron.

—No. —Janey puso el motor en marcha—. Muchísimas gracias. Será mejor que te alejes de la lluvia.

Encendió los faros y los limpiaparabrisas. Éstos todavía funcionaban mal y sólo barrían el agua con desgana. Suspirando, Janey abrió la ventanilla y tecibió la lluvia en la cara. Ron se quedó mirando desde la puerta del hotel. Janey le saludó con la mano, viró y se dirigió hacia Mousehole.

Si alguna vez había tenido una noche peor, no recordaba cuál era.

6

Librodot

Lena miró la puerta que se cerraba. Se llevó la mano a la mejilla, que todavía le ardía. El estómago le dolía también. Entreabriendo la bata, vio que empezaba a formarse un cardenal.

No se sentía bien.

Se levantó despacio y se acercó a la ventana. El estrafalario coche de tres ruedas de Janey Little se alejaba. Se pasó la mano por el vientre, acariciándose la zona dolorida, sin importarle que alguien pudiera verla con la bata abierta. Al fin se la cerró de nuevo y se sentó en una silla.

Era el karma, pensó. Se había propuesto hacer lo correcto, pero no lo había hecho bien y todo se había desmoronado. Había una singular falta de enfoque. No había recurrido a la limpia fuerza de su voluntad, sino que había permitido que los centros de placer corporal le dominaran la mente.

—Nunca pienses con la entrepierna —le había dicho papá—. Es la primera regla en los negocios y vale tanto para las mujeres como para los hombres. Nunca la olvides. Usa la lógica, no la libido. He visto muchos fracasos ocasionados por gente que tenía los sesos en la entrepierna y no en la cabeza...

Parecía sensato. Era un buen consejo.

Pero ella había quebrado esa regla. Había dejado que su libido la arrastrara a una situación, donde el sentido común jamás la habría llevado. Si hubiera dormido a Félix, lo hubiera acostado en el diván y se hubiera ido a la cama, no habría ocurrido ese desagradable episodio.

Pero había ocurrido.

Y cuando pensaba en esa zorra irrumpiendo en la habitación como si fuera la dueña del mundo...

Aunque sabía que la furia tampoco resolvía nada, se entregó a ella unos instantes. Al fin suspiró, superándola con esfuerzo.

Furia no, venganza.

Pero eso significaba perderlo para siempre. Claro que no tenía la menor oportunidad de enmendar las cosas con Félix. Tampoco le interesaba. A fin de cuentas, sólo era un marinero fornido y tonto.

Excepto, aunque, pero...

Reflexionó sobre la insólita sensibilidad que la había llevado a esa situación y comprendió, con cierta sorna que también era insólita, que sus sentimientos por Félix Gavin no habían cambiado. Ni una pizca. Él había abierto una brecha en la muralla que ella había edificado para protegerse, había pasado a través, se le había alojado en el corazón y en la cabeza y ahora no quería irse.

No era sólo que hubiera dejado todo para ayudarla esa tarde, cuando cualquiera de su círculo habría seguido de largo con una inclinación de cabeza, siempre que se dignara reparar en ella. Ni era la simple honestidad que él parecía irradiar por todos los poros, ni la consideración con que había escuchado su chachara, ni el hecho de que tuviera un cuerpo sensacional...

No sabía qué era. Y le contrariaba no entender algo, porque la dejaba expuesta a la debilidad. La dejaba desorientada y solitaria como todas las estúpidas «ovejas» del mundo que no podían tener lo que deseaban... Recordó el contacto de esa piel. La fuerza tierna de esas manos. La dureza de ese miembro entrando en ella. A causa de la droga, él no había demostrado gran entusiasmo. Pensándolo bien, era casi una especie de necrofilia... pero tan agradable...

Se puso la mano entre las piernas y apoyó la cabeza en el respaldo de la silla, cerrando los ojos e imaginando que la frotaban los dedos de Félix. Ese contacto alimentaba el relampagueo caliente que se le ahondaba en el vientre y la arrasaba como una ola.

Librodot

Luego recordó a Janey Little y el rostro desconsolado de Félix cuando llegó para darle el bastón...

Dejó la mano quieta. El deseo se disipó, aunque no la necesidad.

Abrió los ojos y miró la habitación. Cerrándose la bata, se abrazó el cuerpo con fuerza.

Furia no, venganza.

Tenía que haber un modo de cumplir con papá y la Orden, sin dejar de conseguir todo lo que quería. Aún no lo había pensado bien.

Esto no ha terminado, Janey Little, pensó. Claro que no.

7

Para Clare, era una cuestión de control.

Cuando su agresor la atacó bajo la lluvia, en esa soledad, sintió miedo. De ser lastimada y de morir. Pero por debajo, en el corazón del núcleo primordial que hacía de ella quien era —aquello que la diferenciaba de los miles de millones de almas con quienes compartía el planeta—, estaba el miedo de perder el control.

Lo que su agresor le arrebató en ese momento violaba la esencia misma de Clare, despojándola de aquello que le había permitido mantener la cordura durante los años de convalecencia y terapia física.

Control.

Le habían tocado malos naipes. O ella misma se los había dado, dirían otros, aunque era difícil pensarlo así, considerando que era apenas una niña en el momento de la caída. Había perdido el dominio motor del cuerpo y había luchado con toda la fuerza interior y la voluntad que podía reunir para recobrarlo. Y lo había recobrado. No se recuperó del todo, pero había tenido más éxito del que auguraban los médicos.

¿Cuál era su secreto?

Control.

Cuando al fin recobró la movilidad, juró que nunca más perdería ese control. En ningún aspecto de su vida.

Y cuando su agresor se lo arrebató —con la indiferencia de un niño malvado que le arranca las alas a una mosca, con su fuerza bruta y su navaja—, todo aquello que la había mantenido fuerte a través de los años se tambaleó. Así de simple. Y aun ahora, mientras bebía té en la cocina con Davie Rowe, la memoria de ese despojo la trataba como a un nadador enredado en una maraña de algas, que se hundía cada vez más, perdiendo aire, perdiendo fuerzas, perdiendo control...

Control.

Lo más estremecedor era la facilidad con que el agresor se lo había arrebatado.

Miró a su compañero, que hacía un viril esfuerzo para beber el té sin hacer ruido. Davie Rowe. Cicatrices de acné, nariz rechoncha, barbilla descomunal; una sola oreja, enorme, ojos amables que eran demasiado pequeños y estaban demasiado juntos; la mancha roja de una marca de nacimiento en el lado izquierdo de la frente...

Un rostro que sólo una madre podía amar y, por lo que Clare sabía, que sólo su madre amaba.

Como Clare, Davie Rowe había recibido malos naipes y jamás habría podido cambiar la baraja. A causa de su aspecto, nunca había tenido muchos amigos. Cuando buscaba empleo, le cerraban las puertas en las narices.

Tenía poca educación y su única virtud, si así podía llamarse, era su aptitud para pelear. Se había pasado la infancia y la adolescencia perfeccionando esa aptitud. Lamentablemente, era un producto de baja demanda. ¿Era de extrañar que se hubiera

Librodot

dedicado a birlar billeteras a los turistas que todos los veranos llegaban en tropel a Penwith? ¿Qué más podía hacer?

Todos le conocían por esos lares. En Mousehole no era tanto el idiota de la aldea como la oveja negra. Todos le profesaban una especie de afecto cauteloso, pero nadie deseaba pasar mucho tiempo en su compañía.

Sin embargo, al margen del aspecto y el historial de Davie, Clare sentía ahora una gran ternura y una extraña sensación de afinidad.

Para ahuyentar esa sensación lúgubre que la acuciaba por dentro, negándose a disiparse, pensó qué se sentiría en la situación de Davie.

No era tullido, pues su cuerpo realizaba todas sus funciones tal como debía, pero aun así era un impedido. Porque, así como la gente sólo veía en ella el bastón y la cojera, en él sólo veía el rostro. La principal diferencia entre ambos residía en que ella se había obligado a superar las limitaciones que establecía la sociedad, mientras que él no había podido hacer lo mismo o no había recibido la oportunidad.

—¿Has leído todos esos libros? —le preguntó de pronto Davie.

Clare parpadeó y olvidó sus divagaciones.

—¿Cómo has dicho?

—Esos libros de tu estudio —dijo Davie, señalando con la cabeza—. ¿Los has leído todos?

—No creo —respondió Clare sonriendo—. Pero he leído muchos de ellos. ¿Por qué lo preguntas?

—Sólo me intrigaba saber cómo sería.

—¿Qué, leer muchos libros?

—No. Leer un libro. Leerlo todo, quiero decir, de cabo a rabo. Un libro sin figuras.

—¿Nunca has leído un libro? —preguntó Clare, tratando de disimular su incredulidad.

Davie se encogió de hombros.

—Nunca tuve tiempo...

—¿Pero qué haces con tu tiempo? —Se arrepintió de la pregunta en cuanto la dijo—. Lo lamento. En realidad no me incumbe.

—No me ofende que me lo preguntes. Me gusta caminar. Hago largas caminatas. Y Willie me dio una bicicleta. A veces pedaleo hasta St. Ives; ida y vuelta en un día. Escucho mucho la radio. De noche, mamá y yo vemos la *tele.* Y me gusta ir al cine. Pero miro esos libros de tu estudio y pienso que tienes que ser muy lista si has leído tantos.

—Se necesita algo más que leer para ser lista —replicó. Lo veía todos los días en la tienda, donde vendían más novelas comerciales que libros con méritos literarios. No recordaba la última vez que habían vendido un ejemplar de Joyce a alguien que no fuera estudiante—. Se trata de entender lo que lees —añadió—. Y de aguzar la mente. No tengo nada contra el entretenimiento, pero me gusta mezclar mis lecturas para asimilar un poco de todo.

Davie asintió, pero Clare supo que era sólo un movimiento.

—Tú tocas música —dijo Davie—. En casa de Charlie Boyd, ¿verdad?

—Casi todos los viernes por la noche. Pero no te he visto allá.

—A veces, cuando salgo a caminar, oigo la música y me paro afuera a escuchar —confesó Davie, encogiéndose de hombros.

—¿Por qué no entras?

—No sé tocar un instrumento ni seguir una melodía.

—Podrías contar una historia, como muchos de los viejos.

—No conozco ninguna historia. Yo... —Davie se movió incómodamente en la silla—. Lo que sucede es que todo cambia cuando entro en un sitio. Se hace un silencio y todos me miran. Cuando voy a la taberna, sólo consigo compañía haciéndome el tonto. Entonces me rodea una muchedumbre, me convidan a echar un trago y me dejan jugar al billar, pero... —Clare no sabía qué decir—. A veces me canso de eso —añadió Davie al cabo de un

momento.

—No es fácil ser... diferente. Lo sé muy bien —asintió Clare.

—Tú no eres tan diferente. Eres bonita y lista... —Se interrumpió de golpe y terminó el té de un largo sorbo—. Se está haciendo tarde —dijo, poniéndose de pie—. Si me traes una sábana y una almohada, podré hacerme la cama en el sofá.

Clare iba a decir una frase de conmiseración, pero optó por callar. Si Davie se le parecía en algo, lo tomaría por lástima, y Clare odiaba que le tuvieran lástima.

—Iré a buscarlas —contestó.

Luego echó un vistazo a su madre. Estaba dormida cuando Clare llegó y seguía dormida. Le dejó una nota en la mesilla de noche, explicando la presencia de Davie Rowe, y se fue a su cuarto. Se cambió para acostarse, pero no pudo dormirse. Pasó las restantes horas de esa noche mirando por la ventana, observando cómo amainaba y cesaba la lluvia, dejando sólo un cielo encapotado como recordatorio de la noche anterior.

Las gaviotas revoloteaban sobre el techo de la casa cuando Clare se durmió en la silla donde estaba sentada. Soñó con un hombre enmascarado que la perseguía por callejas tortuosas donde ella sólo podía huir reptando con dificultad por los adoquines, pues había perdido el bastón. La lluvia volvía resbaladizos los adoquines. El rostro enmascarado del perseguidor se cernía sobre ella. El hombre empuñaba un cuchillo largo y brillante y llevaba tatuada en la muñeca la imagen incongruentemente apacible de una paloma. Una risotada estalló detrás de la bufanda que le tapaba los rasgos.

Clare despertó con esa risotada pérfida en los oídos y comprendió que eran sólo los roncos graznidos de las gaviotas. Con el cuerpo entumecido, fue hasta la cama y se cubrió con las mantas. Se durmió de nuevo, esta vez sin sueños.

8

El Vejete despertó sobresaltado cuando se abrió la puerta. El libro de Dunthorn se le deslizó en las piernas y él logro agarrarlo antes de que cayera al suelo. Se puso de pie cuando su desgreñada nieta entró con un desgreñado Félix, que también parecía hallarse en estado de sonambulismo.

—¡Lo has encontrado! —dijo—. Félix, no sabes cuánto lamento...

—No vale de nada hablar con él, abuelo —explicó Janey.

El Vejete miró con mayor atención y notó que Félix tenía los ojos abiertos pero no veía nada. Sólo se movía gracias a los empellones de Janey.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó el Vejete—. ¿Ha sufrido un accidente?

Janey negó con la cabeza.

—No. Diría que esto fue provocado con toda deliberación. ¿Me ayudas a meterlo en la cama?

Tardaron un rato en llevarlo arriba, desvestirlo y acostarlo. Tardaron un rato más en llevar los petates desde el Reliant, pero al final concluyeron. Janey y el Vejete se sentaron juntos en el sofá del cuarto de estar, y entonces, cuando empezó a explicar lo ocurrido, Janey perdió el control que había mantenido toda la noche. Rompió a llorar y hundió el rostro en el hombro del Vejete.

El tardó un poco en sonsacarle la historia. Luego la abrazó con fuerza, acariciándole el cabello y murmurándole al oído frases sin sentido. Promesas de que todo mejoraría, de que llegarían al meollo del asunto, que era cuestión de esperar, palomita mía, para resolver el misterio, vaya que sí, cuando todos reflexionaran juntos, y que no había de qué preocuparse.

Pero eran sólo palabras.

Mientras hablaba, miró el libro de Dunthorn, tirado en una silla.

Era estremecedoramente evidente que esta situación apenas había comenzado, aunque el Vejete ignoraba cómo lo sabía. Era sólo un presentimiento.

Cuando miraba el libro.

Cuando escuchaba el viento que azotaba los postigos.

Cuando recordaba la última vez que la extrañeza había invadido su hogar.

Sabía que era sólo el comienzo.

Y que esta vez sería peor.

Librodot

VIEJO MENTECATO

Los filósofos han debatido durante siglos sobre cuántos ángeles pueden bailar en la cabeza de un alfiler, pero los materialistas saben desde siempre que eso depende de si los ángeles hacen cabriolas por la pista o bailan mejilla a mejilla.

TOM ROBBINS,
Jitterbug Perfume

El agua de la bahía le pegaba como un puño. La aturdida Jodi se hundió en la oscura turbulencia bajo el peso de su larga caída. Segundos más tarde, el agua salada la impulsó hacia la superficie. El frío la entumeció. Después del trauma de descubrir que Edern era sólo un hombrecillo mecánico encantado, esta segunda conmoción le quitó toda conciencia de su situación.

El mar era frío en Bodbury a fines del otoño.

Muchos pescadores habían perecido en esas aguas cuando el frío les penetraba los músculos, robándoles el dulce calor de la vida. Luego la resaca los arrastraba.

Si la marea los empujaba a la costa, los deudos podían sepultar los cuerpos hinchados y abotargados. Un magro consuelo, un consuelo al fin, pues la mayoría eran arrastrados mar adentro y los cuerpos no se recobraban jamás. A pesar de su intimidad con el mar —pasaban todos los días flotando en sus aguas—, la mayoría de los pescadores habría preferido dejar los huesos en la costa, sepultados en las honduras de la tierra firme, en vez de quedar a merced de la marea y las corrientes.

Jodi apenas notaba el frío que le robaba el calor del cuerpo. Se mantuvo a flote braceando y pataleando, pero tenía la mente fija en una imagen brutal e imposible.

Edern Gee...

Los chorros de sangre de esas criaturas de pantano, derritiéndole la piel como cera caliente...

El agujero abierto en el pecho y el desconcertante borbotón de engranajes y ruedecillas que rodaban por el muelle húmedo...

El recuerdo le dejó la mente como una rueda de molino atascada en una rama. Movimiento petrificado. El momento capturado y aferrado, como esas figuras con cordeles que formabas con ambas manos y no tenían principio ni fin, por mucho que las movieras. Un momento perpetuo del cual no podía escapar.

Librodot

Hasta que bajó la cabeza y un hilillo de agua salada le estalló en los pulmones. Irguió el rostro, sofocándose y tosiendo. Y entonces comenzaron los escalofríos.

Debes nadar, se dijo. Debes nadar o te ahogarás.

Pero los escalofríos se convinieron en temblores, y los temblores en espasmos. La cabeza se le hundió en el agua, pues no podía mantenerla erguida, pero logró elevar el rostro antes de tragar otro sorbo.

La corriente la había alejado del muelle. Veía esa mole oscura a lo lejos. Malvís, el doble de la bruja, gemía de furia encaramado en una caja. No había indicios de la Viuda. A mayor distancia se extendía el Muelle Viejo. La distancia se multiplicaba por mil ahora, a causa de la pequeñez de Jodi.

Cerró los ojos.

… y vio a Edern con el rostro derretido, el pecho reventado, derramando sus mecanismos de relojería...

Abrió los ojos de nuevo. Decidió que tenía que nadar.

Pero los brazos y las piernas le pesaban demasiado. Sentía un cosquilleo de frío y entumecimiento. De nuevo la cara se le hundió en el agua y apenas tuvo fuerzas para levantarla. La corriente la hizo girar y dejó de estar cara a la costa. Cuando una ola la elevó en su cresta, Jodi vio la incesante extensión de aguas oscuras. Luego cayó en otro hueco.

Perdió las esperanzas. Apenas se movía. ¿Para qué combatir el frío?, se preguntó. ¿Para qué combatir contra el oleaje?

El mar nunca había sido su amigo. Le había robado a su padre y su madre, y ahora le robaría la vida. Intuía una especie de sosiego aguardándola en las profundidades. Una promesa de tibieza y solaz, si tan sólo se dejaba hundir...

Cuando la cresta de una ola la elevó de nuevo, vio algo más que el incesante panorama de aguas oscuras. Algo más oscuro se acercaba hendiendo las aguas, dejando una estela con forma de V.

Pensando que se trataba de un tiburón, una nueva oleada de pánico le descargó adrenalina en el cuerpo. Tenía que ser uno de esos pequeños tiburones azules que los pescadores pescaban frente al puerto con carnada de caballo y sardina.

Un momento atrás estaba dispuesta a desistir, a dejarse arrastrar por las olas. Pero el instinto de supervivencia —activado ante la amenaza de ser la cena de un tiburón— la indujo a luchar una vez más.

Pataleó frenéticamente, tratando de alejarse, pero enseguida comprendió que con esos forcejeos llamaría la atención. El movimiento del oleaje la sumergió en otro hueco.

Pensó que no era justo, dijera lo que dijese la tía Nettie. Ni siquiera debía de haber tiburones en esa época del año.

Volvió a elevarse en la cresta de otra ola y descubrió que el agresor había desaparecido.

Rayos, exclamó para sí con alivio y gritó cuando algo afloró desde debajo del agua.

Golpeó con sus puños diminutos, gritando hasta desgañitarse, hasta comprender que no estaba dentro de una boca de tiburón ni pegaba contra la tersa piel de un tiburón sino contra el pelaje resbaladizo de una cabeza de foca. Calló y cogió el pelaje con todas sus fuerzas.

—Oh, gracias, gracias —murmuró.

Le castañeteaban los dientes. Los miembros acalambrados le temblaban. Se aferró con fuerza, hundiendo los dedos en los pelos cortos, mientras la foca hendía el oleaje, llevándola hacia la costa. Luego, inesperadamente, cayó en un supor intenso, aferrándose a la foca mientras dormía.

El agotamiento y la conmoción habían cobrado su inevitable precio.

2

Una hora después de descender con los ojos tapados a la habitación subterránea que albergaba el cadáver viviente de John Briello, Denzil aún no sabía si el extraño giro que había dado la noche formaba parte de una farsa o no. Si era una farsa, estaba cuidadosamente planeada y cuidadosamente mantenida. Pues allí estaban los cuatro, un grupo incongruente si alguna vez lo hubo, remando en la bahía y escrutando las oscuras aguas con fanales a proa y a popa.

Henkie Whale daba buen uso a su corpachón, sentado en el medio y encorvándose rítmicamente mientras remaba de aquí para allá.

El hombretón había cambiado la piel de oso por pantalones y jersey, pero la inevitable bufanda ondeaba en el viento. Taupin iba a proa, colgado sobre la quilla con un fanal mientras escudriñaba las aguas, buscando a Jodi y gritando advertencias cuando se topaban con mástiles y cascos abandonados. Denzil llevaba el otro fanal e iba a popa con Lizzie Snell.

Lizzie también se había mudado de ropa. Parecía un pirata de antaño, pues había cogido las prendas en uno de los baúles con disfraces que Henkie reservaba para sus modelos, cuando les hacía poner algo encima. Se inclinaba a estribor, y una larga manga abullonada se arrastraba por la estela. Denzil iba sentado a babor.

Buscaban a Jodi.

Quien presuntamente era víctima de un hechizo y estaba reducida al tamaño de un ratón y flotaba a la deriva en la bahía.

Según lo que decía un muerto.

Imposible, pensó Denzil.

Ese asunto era absurdo de pies a cabeza. Aunque era cierto que Jodi había desaparecido. Y Denzil aún sentía el contacto de las manos del cadáver y aún oía la voz espectral de Briello brotando de esos labios muertos con tono áspero y glacial...

—¿Qué es eso? —exclamó Lizzie, señalando algo que el fanal de Denzil había alumbrado un instante en medio de las olas.

Taupin apuntó su fanal en esa dirección. Henkie dejó de remar para mirar con atención, pero enseguida cogió de nuevo los remos.

—Es demasiado grande —dijo Taupin.

—Se trata de una foca —convino Henkie.

—Tal vez podrías pedirle que nos ayudara —insinuó Denzil, sin disimular su sarcasmo.

Pero Henkie pareció tomar la idea en serio.

—Oh, no —protestó Denzil—. Vas demasiado lejos...

Los navegantes de Bodbury —pescadores en sus lugres para sardinas y en sus botes para tiburones, marineros y guardacostas, contrabandistas y recolectores de cangrejos, todos los que trabajaban en el agua— eran gentes supersticiosas. Y sus ideas eran una abigarrada y desconcertante compilación de dislates y cuentos de viejas.

Les disgustaba que alguien robara algo del barco, pero no sólo por las razones obvias, sino porque creían que parte de la suerte del barco se iba con ese objeto. Se tomaban medidas contundentes o se pagaban precios altos para recobrarlo. Por la misma razón, toda cosa que un barco prestaba a otro restaba suerte al prestamista, a menos que el objeto sufriera algún daño, por pequeño que fuera, antes de ser devuelto.

Era mala suerte tener un clérigo a bordo o sólo mencionar un sacerdote; así que unos usaban «goleta» para aludir al cuello clerical y otros usaban «estrangulador blanco» como sustituto.

Una vez a bordo, traía mala suerte regresar a casa en busca de un objeto olvidado.

Las mujeres a bordo traían mala suerte.

Comer una sardina empezando por la cabeza era como ahuyentar los cardúmenes.

Y un centenal de otras afirmaciones ilógicas a las que se aferraban los pescadores,

Librodot

aunque muchos eran profundamente religiosos.

También había creencias sobre las almas de los muertos.

No importaban el cielo ni el infierno. Las gaviotas eran la encarnación del alma de pescadores y marineros muertos; las focas blancas la encarnación del alma de *piskies* muertos. Lo pequeño se volvía grande y lo grande pequeño, según decían. Y creían con firmeza que causarles daño traía tanta mala suerte que un espejo roto era cosa de broma.

Así que las gaviotas incursionaban en los muelles de los pescadores y revoloteaban a su antojo sobre Bodbury. Y la colonia local de focas, cuyo refugio estaba junto a Roca Yolen, al sur de la ciudad, nadaba impunemente por la bahía, pues nadie se atrevía a causarles daño. ¿Y acaso no ayudaban a los pescadores, guiándolos hacia los cardúmenes de sardinas o llevando los lugres de vuelta al puerto en medio de la niebla?

En Bodbury no se hablaba de *selchies.* esas criaturas que eran focas en el agua y hombres en tierra firme. Esas historias pertenecían a quienes vivían más al norte. No, aquí las focas tenían lazos ancestrales con los Buenos Vecinos, y eran tratadas con el mismo respeto cauteloso que los campesinos ofrecían a los *piskies.*

Mera habladuría supersticiosa, pensaba Denzil. Un gran hato de supercherías, nada más.

Pero Henkie dejó de remar, unió las manos y llamó a la foca que asomaba en la cresta de otra ola.

—Tiene algo en la cabeza —dijo Lizzie.

—Un sombrero, sin duda —masculló Denzil—. ¿Es macho o hembra? He oído decir que podéis discernirlo por la clase de sombrero que usan cuando pasean de noche por la bahía.

—Es hembra —señaló Henkie, como quien describe algo evidente. A Denzil se le ocurrió que ese libertino sabría distinguir muy bien—. Seguid alumbrándola —ordenó Henkie mientras hacía girar el bote y remaba hacia la foca.

Denzil revolvió los ojos y miró hacia la costa. Una figura se erguía en el muelle de la Dársena Nueva, observándolos. A causa de la distancia y la oscuridad, apenas se discernía una silueta perfilada contra la luz del mercado, pero esa silueta guardaba una inquietante semejanza con la viuda Pender.

Denzil sintió un escalofrío, sin saber por qué. Desvió los ojos. Cuando miró de nuevo, la figura se había ido.

—¡Por mi alma y mi cuerpo! —exclamó Taupin.

Cansado e irritable y exasperado por los extraños acontecimientos de esa noche, Denzil se volvió para ver la causa de la exclamación y quedó anonadado por segunda vez en esa noche.

3

Jodi tenía un sueño extrañísimo.

Era una tarde de verano y el mar estaba en calma. Ella estaba en la bahía, cerca de Roca Yolen, flotando en el suave oleaje en un *carker,* como llamaban en la región a esos botecitos de corcho que hacían los chicos, usando un trozo de pizarra o de hierro para la quilla. Si eras un Pequeño, un *carker* tenía el tamaño justo.

En torno de Jodi, en el mar, en las rocas de la escabrosa isla de piedra azul, moraban las focas de Roca Yolen. Más de un centenar. Parejas de ejemplares adultos, especímenes jóvenes y cachorros. Tendidos al sol o flotando soñadoramente en las aguas, como ella en el *carker,* Y haciendo gran alboroto. Aullidos y ladridos hendían el aire; una especie de conversación que Jodi casi podía entender si se esforzaba.

A menudo había ido allí cuando tenía su tamaño normal, con Ollie acurrucado en la cazadora cuando hacía frío o encaramado en 1 hombro o correteando por todas partes cuando brillaba el sol estival A veces iba allí con Denzil, y conversaban durante horas, o con Taupin, y se quedaban sentados en el promontorio frente a la roca, sin decir palabra, observando las focas.

Nunca había estado tan cerca.

Una manada de cachorros tenía un tobogán cerca del agua, donde los pequeños jugaban como nutrias, portándose como una pandilla de chicos de Pingajos y cubriendo el aire de chillidos y gritos. El *carker* se les acercó, pero un ejemplar joven lo interceptó. La pelambre lustrosa chorreaba agua cuando el animal irguió la cabeza.

La piedra, dijo la foca.

Las palabras sonaban en los oídos de Jodi como un dulce campanilleo, muy distinto del ladrido de una foca, tanto como un bosque bajo el sol y un bosque bajo el claro de luna. Además resultaba familiar, como si Jodi conociera esa cadencia, ese acento campesino, pero con los oídos, no con la mente.

Arrastrando la mano por el agua, miró hacia Roca Yolen.

—¿Qué pasa con la piedra? —preguntó.

No olvides la piedra agujereada.

Sintió un escozor en la boca del estómago. Un recuerdo oscuro se agitó bajo el sol tibio.

—No —dijo.

Nueve veces.

El escozor creció, expandiéndose y cerrándole el pecho, provocándole un cosquilleo que la arañó todo el cuerpo. El recuerdo también creció... Algo relacionado con un mecanismo de relojería...

—No hables así.

Al despuntar la Luna.

Sintió una palpitación sorda detrás de los ojos, un hormigueo de dolor silbándole entre las sienes.

—Por favor, no...

Pero era demasiado tarde. Ya estaba recordando. La Viuda, sus criaturas y lo que le habían hecho a Edern. Qué era el hombrecillo: un mecanismo de relojería triturado. Engranajes desperdigados por doquier mientras ella se zambullía en las oscuras aguas y se ahogaba...

Cuando despiertes, dijo la foca, envolviéndola con sus enormes ojos líquidos, *no olvides la piedra.*

—No quiero despertar.

Ser un Pequeño allí era encantador; pero despertar significaba estar en un sitio donde todo era horrible. Brujas y dobles. Criaturas de pantano y hombrecillos mecánicos despedazados. Y el mar, siempre las oscuras aguas del mar, cerrándose sobre ella como sobre su padre...

—No puedes hacerme despertar.

Pero el paisaje ya se desdibujaba como si fuera vapor condensado sobre vidrio y una manaza limpiara el vidrio.

—¡No despertaré! —gritó.

Pero te necesitamos.

Ahora reconocía la voz.

Flotaba en la oscuridad, no en el mar, sino en un sitio donde no había arriba ni abajo, sólo esa sensación de estar flotando. Y oscuridad. Pero esas sombras no eran amenazadoras.

Yo te necesito.

Recordó entonces los viejos cuentos de los marinos: las focas llevaban el alma de los

Librodot

piskies muertos.

Recordó a un hombrecillo.

El hombre mecánico.

Ahora muerto.

Demasiado muerto, si alguna vez había vivido.

—¿Edern?

No hubo respuesta.

—¿Edern? ¿Eras real?

Demasiado tarde, pues ya despertaba y la sensación de flotar y la oscuridad se disipaban para dejarla en un cuerpo magullado y dolorido, frente a una luz irritante que le hacía lagrimear los ojos.

4

—Es tan pequeñita —dijo Lizzie con ojos de asombro—. Como una muñeca.

Henkie sólo gruñía. Había echado un rápido vistazo, pero ahora se concentraba en mantener la estabilidad del bote para permitir que la foca se acercara con su pequeña carga.

Denzil miraba con ojos desorbitados la figura diminuta que navegaba en el oleaje sobre la cabeza de la foca —diminuta pero reconocible, Dios santo— y pensaba que o se había vuelto loco o tendría que alterar por completo su perspectiva del mundo. Se quitó las gafas para secarles la espuma salobre que le había arrojado una ola particularmente entusiasta y se las acomodó en el puente de la nariz.

Todo había cambiado.

Lo que podía ser y lo que no podía. Lo real, lo probable y lo imposible.

Ya nada tenía sentido. Denzil no sabía qué pensar. El alivio de ver a Jodi a salvo —fuera cual fuese su tamaño— rivalizaba con el total desconcierto de verla tan pequeñita. Y se sentía ridículo. Un viejo mentecato. Aún oía su tono socarrón cada vez que le mencionaban lo que él juzgaba un principio carente de fundamentos científicos.

Le desesperaba comprender que había estado equivocado. Pero al mismo tiempo sentía crecer una euforia indefinible.

Que tal cosa fuera posible abría nuevos mundos de posibilidades y estudios.

El único consuelo de Denzil era que —con excepción de Henkie, quien cobraba un aire ceñudo y taciturno cuando estaba en una situación delicada y obviamente abordaba todas las maravillas con una actitud impávida— no estaba solo en su perplejidad. Taupin y Lizzie parecían igualmente anonadados.

Anonadados y fascinados.

¿Pues qué podía ser tan fascinante como la pequeñez perfecta de Jodi?

Lizzie la alzó con gran cuidado de la cabeza de la foca. Envolviendo el cuerpecito trémulo en un pañuelo, lo acercó al fanal con arrullos que Denzil supuso que enloquecerían a Jodi si estaba despierta para oírlos.

Denzil se acercó a mirar.

—¿Está...?

—Ha pasado mucho tiempo en el agua —dijo Lizzie—, y la pobrecilla tiembla de frío. Pero creo que se repondrá. ¿Qué opinas, Henkie?

El hombretón, remando para regresar al almacén del extremo del Muelle Viejo, soltó un gruñido que podía significar cualquier cosa. Denzil decidió tomarlo como afirmativo. Le alegraba que Henkie se concentrara en su tarea. Era engorroso hallar un camino en el cementerio de mástiles y cascos que tachonaban el agua a lo largo del Muelle

Viejo.

Taupin acercó el fanal a Lizzie, levantándose para mirar mejor. El bote se inclinó.

—¡Siéntate! —tronó Henkie.

Taupin se sentó.

Denzil apartó los ojos de la pequeña figura y buscó la foca. Se había ido.

—Es asombroso —murmuró. Y gritó hacia las aguas—: ¡Te estoy agradecido!

Henkie lo miró sonriendo, pero sin decir nada. Los músculos de los brazos rodaban bajo el jersey mientras remaba con ritmo uniforme. Denzil se giró en el asiento y volvió su atención a Jodi.

Dieron un topetazo al llegar a la costa. Denzil alzó los ojos, sorprendido de haber regresado tan pronto.

—Has cambiado de parecer, ¿eh? —le preguntó Henkie mientras guardaba los remos.

—¿Sobre qué?

—Sobre todo.

—Supongo que sí.

—Oh —exclamó Lizzie con voz aguda—. Está recobrando el conocimiento.

Todos se agacharon para ver el aleteo de los pequeños párpados.

—Es un puñetero milagro —comentó Henkie—. Pero qué pena que no tenga alas. Me gustaría ver el aspecto de unas alas que funcionen.

—Oye, no es un hada victoriana —protestó Denzil.

—Pero no obstante es algo mágico, ¿verdad?

—Callaos —protestó Lizzie.

Jodi tenía la cara contraída y las manos en los oídos.

—Llevémosla adentro —indicó Henkie mientras amarraba el bote.

Trató de hablar en voz baja, pero aun sus susurros eran atronadores.

—Chitón —dijo Lizzie.

—Diantre —masculló Henkie, meneando la cabeza, mientras los conducía hacia el depósito.

Los otros lo siguieron. Denzil era el último. Se detuvo en la puerta para echar una ojeada al oscuro pasadizo de piedra que unía el Muelle Viejo con la Dársena Nueva. Buscaba a la Viuda. Aunque no vio indicios de ella, no podía ahuyentar la sensación de que alguien los observaba. Un extraño aroma de aguas pantanosas flotaba en el aire, pero Denzil no hallaba su origen.

Se quedó allí unos instantes y, al final, meneó la cabeza y siguió a los demás.

5

Cuando se repuso de la conmoción de ver esas enormes caras que la escrutaban y se puso la ropa seca de una muñeca que Henkie había sacado del desbarajuste de cajas y estantes que llenaban el depósito, Jodi bebió un dedal de té y contó su historia. Al terminar estaba ronca, a pesar de que el té —aderezado con un sorbo de ron que habían añadido con un gotero— le había suavizado la garganta. Por suerte, los gigantes —pues así veía a sus salvadores— hablaban en susurros, por lo que los oídos ya no le vibraban.

—Me siento como si fuéramos un grupo de conspiradores —observó Taupin.

—En cierto modo lo somos —dijo Henkie.

La voz de Henkie era la única que aún le hacía doler los oídos. Sus susurros eran gruñidos opacos y sordos que retumbaban como truenos distantes. Cada vez que Henkie hablaba, los huesos del pecho de Jodi resonaban con tonos graves.

Como cualquiera que se hubiera criado en Pingajos, estaba familiarizada con el

Librodot

excéntrico pintor, aunque era la primera vez que entraba en el almacén. Era todo lo que prometía ser, a juzgar por las ojeadas fisgonas que ella y los demás chicos habían echado por las ventanas sucias. Podía pasar horas en esas honduras cavernosas, cuya inmensidad se agrandaba aún más ahora que ella era tan pequeña.

Lo cual le recordó el primer problema inmediato.

—¿Cómo puedo recobrar mi tamaño? —chilló roncamente.

—Ante todo —respondió Henkie—, iremos a la casa de la puñetera Viuda a conseguir ese botón.

—Quizá no sea tan fácil —observó Denzil.

—¿Por qué? —preguntó Henkie.

—Porque, cuando estábamos en la bahía, vi que nos espiaba desde la Dársena Nueva. Estará sobre aviso y esconderá el botón.

—Y esa arpía nunca nos revelará dónde lo escondió —añadió Lizzie.

—Entonces le arrancaremos el secreto a golpes —gruñó Henkie.

—¿Y qué dirán los alguaciles? —dijo Taupin.

—Algunos de nosotros —admitió Denzil— no nos contamos entre los miembros más respetables de esta comunidad.

—Tremeer aprovecharía cualquier oportunidad para encerrarte —apiñó Lizzie.

—Tiene que haber algo que podamos hacer —insistió Henkie.

Jodi hizo una mueca ante el aumento del volumen de voz.

—¿Y la piedra? —preguntó—. ¿El Men-an-Tol?

—Eso es sólo un cuento de hadas —dijo Denzil—. Hay tanta magia en una piedra, tallada o no por los antiguos, como en un… un…

—¿En qué? —preguntó Taupin con una sonrisa picara.

—No importa —rezongó Denzil.

Hasta Jodi tuvo que reír, aunque se tapó las orejas cuando Henkie se sumó a las carcajadas.

—Henkie —advirtió Lizzie.

Henkie miró a Lizzie y Jodi y calló de inmediato. Aunque Henkie no dijo nada, Jodi le vio articular «diantre». Parecía ser su expresión favorita.

—Ese hombrecillo —dijo Taupin—. ¿Dices que era un mecanismo de relojería? —Jodi asintió, olvidando su buen humor—. ¿Y luego soñaste que su espíritu estaba en el cuerpo de una foca?

Jodi volvió a asentir.

—Pensé que sólo los dioses y los ángeles nos hablaban en sueños —comentó Denzil, sin ocultar su tono socarrón.

—Sólo si es un sueño verdadero —replicó Henkie.

—Tal vez sea un potencial de los *piskies* del cual nunca hemos oído hablar —sugirió Taupin.

—¿Qué? —preguntó Henkie—. ¿Hablar en sueños?

—Eso. Y abandonar mentalmente sus cuerpos para entrar en la mente de otros, usando animales y objetos inanimados cuando es necesario y no pueden realizar la tarea con sus propios cuerpos. —Denzil carraspeó, pero no dijo nada. Taupin le sonrió y añadió—: A cada momento el mundo demuestra ser más maravilloso que en el momento anterior.

—¿Alguna vez pensaste en el modo en que un gato se queda sentado, con ese aire de estar pendiente de cada palabra que dices? —preguntó Lizzie, manifestando su conformidad.

—Da que pensar, ¿eh? —asintió Taupin.

—Bien —masculló Denzil—, ¿pensáis que debemos llevar a Jodi a la piedra y hacerla pasar nueve veces por el agujero?

—Al despuntar la luna —aclaró Jodi.

—¿Pero servirá de algo? —suspiró Denzil.

Librodot

—Sólo hay un modo de averiguarlo, ¿no? —dijo Henkie.

—Pero tendremos que cuidarnos de la Viuda —añadió Jodi—. Tiene a ese Malvís para espiarnos. Quién sabe qué ocurriría si nos siguiera hasta la piedra.

—Vaya, me gustaría pintar a ese doble —manifestó Henkie. Miró de soslayo a Jodi—. Y también a ti, pequeña como eres. No sabía que Nettie tuviera una hija y menos que fuera tan bonita.

—Soy su sobrina —replicó Jodi.

—Y no quiere que la pintes —añadió Denzil.

Miró de soslayo el retrato de Lizzie que descansaba sobre el caballete del artista, pero pronto apartó los ojos. Ese movimiento causó otra risotada de Henkie.

—Nunca hablé de pintarla en cueros —dijo el hombretón.

—Podría ser divertido —terció Jodi—. Nadie me ha pintado nunca.

—Y más vale que nadie lo haga —amenazó Denzil—. ¿Qué diría tu tía sí...?

—Esa criatura... —interrumpió Lizzie, mirando nerviosamente en torno—. ¿Podría estar espiándonos en este momento?

Todos callaron y escrutaron las sombras que se extendían más allá del pequeño círculo de luz.

—Aunque lo esté haciendo —dijo Henkie—, como hemos hablado en susurros, dudo que haya oído nada.

—También están los *sloch* —explicó Jodi—. Las criaturas del pantano. Pero Edern dijo que no durarían más de una noche, y además ya las habríamos olido.

—¿Olido...? —Denzil se irguió en la silla y se acomodó las gafas, que se le habían torcido—. Olí algo nauseabundo cuando entrábamos...

Henkie se levantó tan de repente que tumbó la silla. El estrépito obligó a Jodi a taparse los oídos. El artista llegó a la puerta en un par de zancadas y la abrió de par en par. Se quedó allí un largo instante, observando el alba gris que rompía sobre la ciudad v se agachó para mirar el suelo cerca de la puerta.

—¿Qué es? —preguntó Taupin.

—Vedlo vosotros mismos.

Fueron en tropel, Denzil con Jodi en las manos, para ver los pequeños charcos de lodo y vegetación.

Para Jodi, el olor era inconfundible. El horrible recuerdo de la muerte de Edern le volvió a la mente. Apartó los ojos, aferrando con fuerza el pulgar de Denzil.

—¿Cuánto creéis que habrán oído? —preguntó Lizzie.

—Depende —replicó Henkie, levantándose— de cuan agudo sea el oído que tengan. —Los arreó hacia fuera y cerró la puerta con firmeza—. Necesitamos un plan —dijo, en voz tan baja que todos tuvieron que acercársele para oír—. Tengo uno que dejará a esa puñetera bruja patitiesa de confusión. Y además no nos creará problemas con la ley.

—¿Cuál es ese plan? —preguntó Denzil con una voz que daba a entender que prefería no saberlo.

—Pensemos en niños de Pingajos en bicicleta —comenzó Henkie—. Toda una pandilla, revoloteando como avispas...

EL ENIGMA

Sobre la mitad del mundo,
Natura parece muerta; y sueños malignos rasgan
el telón del reposo...

WILLIAM SHAKESPEARE,
Macbeth

Si la Orden de la Paloma Gris era un lago de aguas secretas, oculto en las honduras del bosque del mundo, John Madden era el guijarro que lograba que importantes ondas fluyeran en círculos concéntricos desde el centro de su influencia.

La línea de autoridad era sencilla de seguir, si uno sabía cómo y dónde mirar: estaba el mundo, estaba la Orden, estaban las diversas ramas del Consejo de Ancianos de la Orden, estaba el Círculo Interior, y por último, en el centro, estaba Madden, halando de los hilos de su voluntad la telaraña que los regía a todos. Como el guijarro en el agua, su influencia causaba un efecto ondulatorio que se propagaba por los diversos niveles de la Orden y luego por el mundo de las «ovejas», que él se sabía nacido para gobernar.

Invariablemente obtenía lo que buscaba. Y era paciente.

Sólo había conocido un fracaso —un fracaso absoluto— cuyas ondas aún se sentían. Como esa noche, cuando el Círculo Interior de la Orden se reunió y él recordó de nuevo el episodio.

La utilería empleada en otros ritos de la Orden no estaba presente en la *suite* donde se reunieron. No había máscaras ni mantas ni palmatorias ni rituales. Era una austera pero elegante sala de reuniones, en un piso treinta de Manhattan. Relucía de vidrio y acero, teca y cuero bruñido. Cinco asientos, todos ocupados, se congregaban en el extremo de una larga mesa de madera. No había libretas ni plumas para anotar; ni grabadores, ni secretarias para tomar notas para las actas. Las paredes estaban desnudas, salvo por un tapiz con la paloma gris de la Orden, que colgaba detrás de la silla de Madden, a la cabecera de la mesa.

A la derecha de Madden se sentaba Roland Grant, cuya fortuna —según *Forbes,* el semanario americano de negocios— era la séptima del mundo, con exclusión de las fortunas monárquicas. Era un hombre fornido y robusto, un rudo campeón empresarial enfundado en un traje a medida, tenía pocas canas a pesar de su edad y se mantenía en forma a pesar de su corpulencia. Poseía varias corporaciones importantes y pertenecía a más consejos de

Librodot

administración que casillas había en el juego del Monopoly.

Si tenía una debilidad, era su hija Lena.

Al lado de Grant estaba James Kelly Hale, «J.K.» un hombre esbelto y bronceado con los rasgos penetrantes de un halcón, asesor legal en Hong Kong para varias empresas occidentales. Madden preparaba a Hale para lanzarlo al mundo político americano como asesor aunque, si a Hale le hubieran preguntado sobre ese cambio en su carrera, habría pensado que la idea le pertenecía.

A la izquierda de Madden estaba la alemana Eva Diesel, escritora y activista en defensa de los derechos humanos que usaba su considerable reputación como una de las grandes humanitaristas de Europa para influir sobre el público y el gobierno según los objetivos de la Orden. Era una mujer de aspecto y temperamento arrolladores. Madden aún ignoraba en qué medida su propaganda obedecía a la convicción y en qué medida era mera retórica para favorecer a la Orden cuando se requería el respaldo público y estatal que ella podía granjearle.

Al lado, completando el Círculo Interior, estaba Armand Monette, el magnate francés cuyas oficinas centrales se hallaban en París. Como Grant, concentraba sus actividades empresariales en embarques, transportes, combustibles y diversos medios de comunicación. Dando un mentís a la imagen del francés elegante, siempre lucía trajes arrugados, corbatas torcidas, pelo desgreñado, ojos inflamados y barba crecida, pero la agudeza de su mente igualaba el desaliño de su aspecto. Si sus negocios no eran tan prósperos como los de Grant, se debía a que Madden no le tenía tanta confianza y subrepticiamente ponía coto a sus éxitos.

Ninguno de los cinco tenía menos de sesenta años, aunque ese dato habría sorprendido a más de un columnista.

Se reunían una vez por mes para evaluar la viabilidad de las estrategias y proyectos de la Orden, para comentar planes privados, iniciativas que sólo ellos conocían en su totalidad. Los proyectos generales eran presentados, a la vez, ante los jefes locales del Consejo de Ancianos por el miembro del Círculo Interior responsable de cada filial, pero sólo en la medida suficiente para que se acataran. La Orden en general sabía poco o nada sobre los objetivos de largo plazo del Círculo Interior, excepto con suma vaguedad.

Así debía ser, según Madden había comprendido tiempo atrás, pues a pesar de su vehemencia, los miembros generales de la Orden constituían otro rebaño más, sujeto en definitiva a su voluntad.

Y a veces pensaba —sobre todo en una noche como ésa— que el Círculo Interior requería una lección acerca de quién daba las órdenes y quién las recibía. Era importante, para que fueran útiles, permitirles una sensación de libre albedrío. Sus manipulaciones eran por tanto sutiles, pero a fin de cuentas él estaba al mando.

Ningún otro.

La Orden de la Paloma Gris se había creado merced a su visión y perseverancia. Todos los demás —tanto los miembros del Círculo Interior como el Consejo de Ancianos— eran advenedizos. Sin él, la Orden no existiría.

Así que esa noche les dejó hacer preguntas; dejó que le reconvinieran por no haber logrado adquirir el secreto de Dunthorn. Esperó hasta el final de la reunión para darles su oportunidad y les concedió sólo unos instantes antes de cortar la discusión.

Él mandaba.

La visión de la Orden era la visión de Madden.

—*A bien* —comenzó Armand Monette. Por supuesto tenía que ser él—. Aún debemos comentar ese secreto tuyo, John. *Le mystére* de Cornualles. ¿Cómo anda eso?

—Tenemos a dos de nuestros mejores agentes trabajando en ello.

Madden notó que Grant le miraba agradecido por el implícito elogio a Lena, pero no demostró que lo había notado.

—Pero han pasado casi dos semanas —continuó Monette—. Sin duda tendrás algunos

Librodot

resultados.

Sí —intervino Eva Diesel con su inglés rígido y formal—. Nos has interesado en ello durante años. ¿Has averiguado algo nuevo?

¿Cómo explicar que existía un vínculo entre Madden y el poder oculto que Dunthorn había guardado, que él notaba cada vez que ese poder despertaba y extendía su influencia, pero que no podía entrever qué forma tenía ni qué era, sólo que era un poder inimaginable?

Más aún: ¿por qué iba a explicarlo?

Se había arrepentido tiempo atrás de siquiera haberlo mencionado.

—Sólo sabemos que al fin ha aflorado de nuevo —dijo—, y que estamos muy cerca de adquirirlo.

J. K. Hale se acomodó en el asiento.

—Debo preguntarte de nuevo, John. ¿A qué vienen tantos remilgos? ¿Por qué no le echamos mano sin rodeos?

—Tuvimos a Dunthorn dos días —recordó Madden—. No nos dijo nada. Si nos movemos con demasiada prisa, podríamos perderlo por otros treinta y cinco años.

—Ahora contamos con mejores métodos de interrogatorio —dijo Hale—. Los *tong* han desarrollado drogas muy interesantes en los últimos años...

—Por no mencionar nuestro propio Gobierno —interrumpió Monette.

—Podríamos hacerles hablar —replicó Hale, mirándole con irritación—. Concede a mi gente un solo día con ellos.

—Estoy al corriente de los avances farmacéuticos efectuados en Estados Unidos, que no es *mi* país, Armand, y en otras partes —declaró Madden—. Pero conozco a estas personas. Tienen una tozudez que supera los métodos más sofisticados que podamos usar. Y, por otra parte, quizá ni sepan qué estamos buscando.

—Pero has dicho que el secreto ha despertado —insistió Diesel—. Sin duda alguien lo ha despertado.

Madden sólo necesitaba acallar esa conversación que todos los hombres y mujeres entablan en su interior para sentir el legado oculto de Dunthorn, despierto y poderoso, cruzando la vastedad del Atlántico para hablarle. Y esta vez, más que antes, intuía algo que le ofrecía una comprensión mucho más clara de aquello que había perseguido tanto tiempo.

—Quizá ni siquiera sea un objeto —murmuró—. Podría ser un... lugar. Sólo necesitamos la clave del secreto. Y pronto...

—¿Un lugar? —preguntó Monette.

Madden frunció el ceño, molesto consigo mismo por haber hablado de más y con Monette por presionarlo. Pero no podía contenerse El legado de Dunthorn le susurraba cada vez más, despertando viejas añoranzas y enturbiándole el pensamiento.

—¿A qué te refieres? —preguntó Diesel, con ojos relucientes de interés.

—¿Has sabido algo? —presionó Hale, evidenciando su propia avidez.

Sólo Grant guardó silencio. Madden lo agradeció para sus adentros.

Madden se levantó.

—Si no podéis sentir lo que siento —sentenció, levantándose y recurriendo al misticismo para poner fin a las preguntas embarazosas—, quizá no estéis preparados para recibir ese obsequio. Será un obsequio, sí, pero habrá que ganárselo.

Alzó las manos para contener los murmullos.

—Pensad en ello —añadió, y abandonó la sala.

2

Madden estaba sentado en su oficina cuando Grant se reunió con él un poco más tarde. Había una moqueta gruesa y lanuda y los muebles de cuero tenían gruesos cojines, construidos más para el confort que para la apariencia. Una biblioteca ocupaba una pared; otra presentaba un enorme ventanal. Las cortinas estaban abiertas y afuera se perfilaban los edificios de Nueva York, oscuros y alumbrados por luces enjoyadas. El escritorio era una antigüedad, tan pulida que la madera relucía. En otra pared colgaban trabajos originales de tres pintores impresionistas. En un rincón había un pequeño bar; en otro, un sistema informático conectado por módem con el imperio comercial de Madden.

Miró los edificios de Manhattan por el ventanal, pero en realidad no veía esas montañas artificiales ni sus luces y parpadeos fluctuantes; veía, más allá de la oscura extensión del Atlántico, una pequeña península en cuyas rocas se estrellaban las olas, cuyas tierras estaban arropadas en una oscuridad que Nueva York quizás hubiera conocido pero ya no conocería nunca; veía ese lugar donde el legado de Dunthorn zumbaba y palpitaba con un poder que Madden ansiaba poseer y que nunca había parecido tan a su alcance.

Grant no dijo nada cuando entró en la oficina. Se sirvió un whisky solo, se sentó en el sofá de cuero y bebió pensativamente, esperando con paciencia hasta que Madden se volvió hacia él.

—Ellos no entienden, Rollie —dijo Madden.

—Yo tampoco entiendo.

—Lo sé. Pero tú estás dispuesto a esperar, y eso te distingue de los demás. Si no los necesitáramos...

—Podemos reemplazarlos —insinuó Grant, apoyando el vaso en la mesilla de vidrio.

Madden sonrió.

—Y entonces tendríamos que entrenar a un nuevo grupo. Y no hay tiempo para ello. Tampoco tenemos tiempo para asumir sus responsabilidades. Además, al menos conocemos a estos lobos.

—Es verdad. —Grant bebió otro sorbo y posó el vaso en el círculo de condensación que antes se había formado sobre la clara superficie de la mesilla—. ¿Qué ves, John? —preguntó—. Cuando escrutas la noche, ¿qué ves que nosotros no vemos?

En otra persona, Madden lo habría considerado una intrusión. Pero Rollie Grant no era sólo su socio más viejo. También era lo más parecido a lo que otros llamarían un amigo.

—Más que el poder y la gloria —dijo—. Veo un misterio, una especie de propósito místico que se vuelve más oscuro a medida que lo sigues, pero que a cada paso hace crecer tu espíritu. Se expande. Se amplifica. Y sientes que un día abarcará el mundo entero. Pero, ante todo, sabes que incluso entonces el misterio continuará sin explicación y que podrás seguirlo para siempre. Más allá de la vida. Más allá de la muerte. Más allá de lo que haya allende la muerte.

Miró de nuevo por la ventana, con un amago de sonrisa en los labios. La distancia aún le palpitaba en los ojos cuando se volvió nuevamente hacia Grant. Una energía desbocada y una paz monumental se mezclaron en los ojos de Madden hasta que pestañeó.

—La verdadera inmortalidad —murmuró.

—¿En el legado de Dunthorn? —preguntó Grant.

—Suficiente para todos nosotros —asintió Madden—. Pero sólo se ofrecerá a quienes sean dignos. A quienes se lo ganen. —Notó un destello de ansiedad en los ojos de Grant, que se esfumó ante su mirada penetrante—. Yo que tú no me preocuparía, Rollie. Estás en la buena senda. Te has ganado el derecho a saborear el secreto.

—Eso no es lo importante —repuso Grant—. Lo importante es que tú lo alcances.

Si hubiera sido otra persona, Madden habría pensado que ese hombre le estaba adulando, pero conocía bien a Grant y sabía que era sincero. Si la historia demostraba que Madden era un iluminado —como inevitablemente lo demostraría—, Grant se contaría entre

Librodot

sus principales discípulos. Aun por encima de Michael Bett, pues el cuerpo actual de Bett albergaba el alma de la Bestia, y la Bestia, a pesar de su pericia y su sabiduría, nunca era de fiar. Ni en sus encarnaciones pasadas ni en la presente.

Grant era su hombre. Simple y directo, fiel hasta el final.

—Sea cual fuere el legado de Dunthorn —dijo Madden—, ha roto sus cadenas una ver más. Ahora siento su presencia en el aire, dondequiera que miro. Está presente en todo momento.

—¿Podrías rastrearlo?

—Creo que sí —respondió Madden. Y añadió con mayor firmeza—: Sí, claro que sí.

—¿Entonces cuándo partimos para Cornualles? —preguntó Grant, frotándose las manos.

—¿Así de simple? —replicó Madden riendo.

Dejó de reír al notar la seriedad de Grant.

—¿Qué pasa, Rollie?

Grant titubeó.

—No hay secretos entre nosotros —mintió Madden—. ¿Recuerdas?

Grant asintió con un movimiento de cabeza y dijo:

—Es Michael. Esta noche hablé con Lena. Por lo que ella me cuenta, creo que Bett se está desquiciando.

—Ah, Lena...

—Sé lo que piensas de ella, John, pero puede ser competente cuando se concentra en la tarea.

—Pero es fácil desviarla —observó Madden. Hizo un ademán tranquilizador antes de que Grant se pusiera a defender a su hija—. He hablado con Michael antes de la reunión del Círculo. Parecía... fuera de sí. Creo que en este caso Lena ha acertado. No creo que Michael esté fuera de control. No todavía. Pero si lo dejamos abandonado a su suerte, pronto lo estará.

—¿Entonces iremos?

Madden sonrió.

—Seguro, Rollie. Estando tan cerca de alcanzar el legado de Dunthorn, ¿cómo podríamos no ir?

—He enviado a uno de mis agentes de seguridad a cuidar de Lena —añadió Grant—. Me tenía preocupado. Al parecer Bett la ha amenazado. El problema es que Gazo no llegará allí hasta la mañana.

—Has hecho lo correcto, al menos para quedarte tranquilo. Pero Michael no volverá a molestarla esta noche. Esta noche ha descubierto que las «ovejas», además de tener dientes, a veces muerden.

—¿Está herido?

—Magullado —repuso Madden—. Sobre todo en su orgullo. —Miró de nuevo por la ventana y sintió que el misterio lo llamaba con un susurro—. Encárgate de nuestro vuelo, Rollie —murmuró.

No oyó la respuesta de Grant, ni le oyó salir. La cabeza le palpitaba con la promesa oculta en el legado perdido de Dunthorn: perdido una vez y ahora despierto de nuevo. Casi encontrado. Llamándolo, llamándolo...

Madden nunca había oído un sonido tan dulce.

3

Madden no era el único que sentía la presencia del legado de William Dunthorn. Como una bruma que avanzara desde el mar, la misma presencia rozaba a quienes dormían

en Mousehole y Paul, en Lamorna y Newlyn, e incluso en Penzance.

Para algunos era tan sólo la aprehensión de algo más brillante o más oscuro en sus sueños. Suscitaba recuerdos de quienes habían emigrado país arriba o simplemente a otra parte de la División Oeste de los Cien de Penwith; evocaba a quienes habían pasado a mejor vida: una esposa amada, un amigo a quien se echaba de menos, un hijo querido, un esposo, hermano o primo robado por el mar; evocaba esperanzas y temores y todas las enmarañadas emociones intermedias; evocaba a los ausentes y los muertos y los llevaba entre los sueños de los durmientes.

Algunos saludaban a sus visitantes espectrales con veneración, alegría y amor.

Algunos sentían confusión.

Otros sólo conocían el espanto.

Clare Mabley revivió su experiencia de esta noche, pero esta vez no había ningún Davie Rowe para rescatarla.

Bajo la densa lluvia, se arrastraba por las angostas y tortuosas calles de Mousehole, perseguida implacablemente por su atacante enmascarado, cuya navaja se había transformado en un trinchante que habría enorgullecido a Jack el Destapador. La hoja relucía con su propio fuego interior y chispeaba y siseaba cuando los goterones rozaban el acero bruñido. Al fin la alcanzó en el Millpool y alzó el cuchillo. El rostro que se ocultaba detrás de las antiparras y la bufanda evocaba más que nunca un insecto monstruoso. Pero, antes de que pudiera apuñalarla, Clare le arrancó la máscara para descubrir...

Despertó tiritando en la silla y negó con la cabeza.

—No —susurró—. Félix nunca.

En un cuarto contiguo, Lilith Mabley se encontró en sueños con su esposo.

Ambos estaban sentados, como antaño, en el umbral de piedra de la casa. Mount's Bay se extendía ante ellos en la niebla. Él le apoyó la mano en el hombro. Su aroma salobre no molestó a la madre de Clare, pues tenía mucho que contarle, y él que contarle a ella...

Davie Rowe se encontró en un sitio donde todos estaban más desfigurados que él. Las caras hinchadas parecían dibujos infantiles que hubieran cobrado vida. Pero también era un sitio de milagros: una gruta, oculta bajo los acantilados de granito a poca distancia de la aldea.

Aunque el mar retumbaba afuera, dentro el agua estaba quieta como una lámina de cristal y relucía como el fósforo. Al lado de un espejo embutido en la piedra, por encima de la saliente que bordeaba el otro lado de la gruta, había una vela que irradiaba más luz de la que solía irradiar una vela. Una por una, en una hilera ordenada, esas personas se aproximaron para participar en el milagro.

Pues, ante esa luz, las deformaciones desaparecían y se revelaba el yo interior de cada uno. Ese niño monstruoso era ahora un ángel. se hombre que sufría de neurofibromatosis aparecía ahora apuesto como un galán de cine. Esa mujer con huesos faciales deformes y tumores grises que se extendían como añublo sobre sus rasgos era ahora una beldad...

Y al fin le tocó a él.

Temblaba de avidez al acercarse. Sus piernas apenas soportaban su macizo torso. Pero la debilidad no importaba, porque al fin le llegó el turno.

El turno de bañarse en la luz de la vela y mirarse en ese espejo bruñido con marco de bronce, sólo para hallar que su yo verdadero...

—¡No! —aulló.

Era aún más monstruoso que el rostro que ahora presentaba al mundo.

Despertó en el sofá del estudio de Clare y se incorporó, enredado en las mantas y resollando, desorientado por el entorno hasta que recordó dónde estaba y cómo había llegado.

Había rescatado a Clare. Había demostrado que era una buena persona, como Bogart, Eastwood y los cien ídolos del cine con cuyas hazañas soñaba despierto.

(Claro que esas doscientas libras no tenían importancia, ¿eh, Davie?)

Lo habría hecho de todos modos.

(Claro que sí. Pero sólo para llevártela a la cama...)

No, no era así.

(Y bonita pareja haríais los dos..., la tullida y el deforme...)

Negó con la cabeza. No era así.

(Una tullida y un deforme...)

Ella no es tullida.

(Y tú no eres deforme, ¿eh, querido Davie? Bien, no mucho. ¿Cuándo fue la última vez que alguien te miró la cara sin vomitar?)

Clare. Ella...

(Es una puñetera tullida.)

Davie negó con la cabeza otra vez, tratando de ahuyentar esa voz que le retumbaba en la cabeza.

(¿Cuándo fue la última vez que no tuviste que pagar para hacerlo, querido Davie? ¿Crees que Cary Grant tenía que pagar? ¿O Redford?)

—Basta —susurró.

(Y aun entonces se lo notas en los ojos: a pesar de tu dinero, preferirían que te taparas la cabeza con un saco...)

Davie se tumbó en el sofá, gimiendo, negándose a escuchar más. Cuando rompió el alba, tiznando de gris cielos del este, se escurrió de la casa y se marchó.

Pero la voz lo seguía.

No podía escapar.

Siempre le resonaba en la cabeza.

A veces, era más difícil no prestarle atención.

Colina abajo, en plena aldea, el Vejete dormía en su casa de la calle Duck.

El sueño lo arrancó de los brazos protectores de la bahía de Mousehole para llevarlo en un bote. Iba sentado a popa con Adeline —la dulce y tierna Adeline, apoyada en su brazo protector—, mientras su hijo Paul remaba para alejarlos de Shag Rock y la isla St. Clement, encorvándose ágilmente, con el rostro iluminado por una sonrisa radiante.

En la isla, oculta primero por las rocas, Billy, el viejo compadre del Vejete, dejaba de leer para saludarlos, echándose el libro bajo el brazo. Lo más raro era que Dunthorn no era el joven que el Vejete recordaba de viejas fotos y recuerdos, sino que tenía aspecto de haber vivido hasta ese día.

—¡Billy! —exclamó el Vejete.

—¡Vaya sorpresa te has llevado! —respondió Billy—. Te creías que estaba muerto, ¿eh?

—Espera un poco, Paul —le dijo el Vejete, girándose en el asiento.

Pero Paul siguió remando y se alejaron de la isla, donde Billy aún agitaba el brazo en la costa rocosa.

—No armes tanto alboroto —protestó Adeline—. Dime, ¿cómo le ha ido a nuestra Janey?

—¿Nuestra Janey...?

La angustia sacudió al Vejete hasta que miró la tierna sonrisa de Adeline. Entonces el

Librodot

torbellino se calmó y él se acomodó de nuevo en el asiento.

—Nuestra Janey es ahora una música profesional —comenzó, sonriendo al ver que Paul se inclinaba hacia adelante para escuchar cada palabra.

El sueño de Janey Little no evocó a su abuela ni a su padre pero sí a otro miembro de la familia: esa alma perdida y olvidada que era su madre.

Janey caminaba de noche por una ciudad enorme donde nunca había estado. Reconoció que era Nueva York cuando la avenida por donde iba desembocó en el ajetreo de Times Square. El neón chillaba, la creciente cantidad de peatones la empujaba de aquí pata allá; le ofrecieron drogas, sexo, ser comprada, ser vendida, todo en muy pocos instantes. La algarabía le atacó los sentidos. Estaba a punto de sufrir una sobrecarga, cuando al fin halló una tranquila calle lateral.

Se apoyó contra la pared sucia. El hedor de la basura y la orina le revolvía el estómago, y el extremo de la calle aún escupía bullicio y confusión. Pero al fin había más calma. Se alejó de la pared y echó a andar calle arriba, sobresaltándose cuando algo se movió a sus pies bajo una pila de periódicos. La luz de una ventana alumbró el rostro mugriento que la miraba. A través de la roña, bajo las múltiples capas de ropa sucia y pelo grasiento, vio con alarma el rostro de su madre, mirándola desde el suelo.

—¿Nunca penshashte qu' yo qu'ría qu' viniera' a casha? —preguntó su madre. —Era una voz pastosa e irreconocible, deformada por la bebida y los dientes faltantes—. Yo eshaba de meno' a mi bebé... —Los dedos sucios se tendieron hacia ella, esqueléticos como garras de pájaro. Janey retrocedió—. Po' favo...

Janey sintió culpa, pero siguió retrocediendo. La madre se levantó penosamente. Siguió a Janey a tumbos, aferrándose de la pared para conservar el equilibrio. Le goteó orina por una pierna. Sin prestarle atención, ella siguió a Janey, quien dio media vuelta y regresó por donde había venido.

Los furiosos peatones la empujaron de aquí para allá hasta que la desesperación la arrancó del sueño.

Despertó jadeando. Se sentó en la cama, sintiendo un escalofrío cuando su cuerpo húmedo se encontró con el aire fresco de la noche y trató de respirar con calma. Miró a Félix, quien se mecía en su propio sueño. Tendió el brazo para consolarlo y para recibir consuelo, pero entonces un recuerdo final de la pesadilla le afloró en la mente, deteniéndole la mano.

Era la voz de su madre, nítida y sobria, que la había seguido desde los grises confines del sueno.

—Perdóname —había dicho en el momento del despertar.

Las últimas palabras habían sido...

Perdóname.

Con un nudo en el estómago, Janey comprendió que nunca había pensado en esa mujer, que ni siquiera la recordaba. Apenas podía llamarla «madre».

La mujer los había abandonado; era como si estuviera muerta. ¿Y si comprendió que era un error? *¿Y* si años atrás había reparado en el error y lo había lamentado, cuando ya era demasiado tarde?

Perdóname.

¿Acaso Janey no había cometido errores en el pasado? Errores que parecían igualmente definitivos, decisiones tomadas en el calor del momento y que casi nunca se recordaban?

Miró a Félix, que aún se agitaba en la cama.

Perdóname.

Janey meneó la cabeza. Era un sueño, nada más. Un mal sueño.

Librodot

Perdóname

No le debía nada a su madre. Su madre no le debía nada a ella.

Perdóname.

Las lágrimas le anegaron los ojos mientras negaba de nuevo con la cabeza, pero eso no le ayudó a ahuyentar el recuerdo de esa pordiosera de Nueva York. Tampoco aplacó el estribillo recurrente que le susurraba una y otra vez.

Perdóname.

—No sé qué hacer —dijo Janey.

Perdóname.

—Ni siquiera sé si puedo...

A Félix Gavin lo habían colgado.

Ignoraba cuál era su delito y quién lo había juzgado, pero le habían puesto la soga y él había caído, partiéndose el cuello y pataleando. Ahora estaba muerto. Aún estaba en el cuerpo, pero ya no lo controlaba. Ahora era un pasajero en un viaje hacia ninguna parte. Se mecía bajo la lluvia, colgando del improvisado patíbulo, un añoso y enorme árbol en una encrucijada.

Una mujer encapuchada se acercaba a través de la lluvia. Sosteniendo un cuchillo con los dientes, se alzó las faldas y trepó al roble. Llegó a la cuerda y la cortó. Félix cayó en el lodo, pero sin sentir el impacto.

Sus terminaciones nerviosas estaban muertas. Él estaba muerto. Un fantasma encarcelado en su propio cuerpo, observando desapasionadamente qué ocurría con la cáscara que había usado mientras vivía. La muerte no era lo que le había enseñado la Iglesia, pero estaba habituado a que las figuras de autoridad le mintieran. El mundo que había dejado al morir estaba plagado de mentiras. No obstante, descubrió que una de las cosas que se decía sobre el ahorcamiento era cierta. Tenías una erección cuando la cuerda llegaba al límite y te partía el cuello: como quien dice, un dedo señalando el mundo. Un «jodeos todos» de despedida.

Supo esto cuando la mujer le quitó la ropa, se levantó las faldas y lo cabalgó en el lodo y la lluvia, insertándose bien adentro esa declaración final e involuntaria, apresando en su calor esa longitud muerta y fría.

Félix pensó que eso estaba mal. Era morboso. Perverso.

Ella comenzó a lanzar ruiditos guturales y se meneó con mayor prisa, gimiendo y haciendo muecas, lo cual pareció extraño al desapasionado Félix. A su entender, ese contoneo era tan excitante como batir mantequilla.

¿Pero qué sabía él? Estaba muerto. Mientras que ella...

La capucha de la mujer cayó hacia atrás y ella arqueó la espalda. Si Félix hubiera tenido garganta, se habría quedado sin aliento.

Ella...

Ese cabello oscuro...

Esos rasgos familiares...

Tiritó al alcanzar el clímax, con espasmos y temblores en todo el cuerpo. Se le tendió sobre el pecho, aún reteniéndolo adentro, y le rozó las frías mejillas con los labios.

Físicamente, Félix no sentía nada. Pero en su corazón, en el espíritu que aún vivía, sentía que algo agonizaba.

—Haré cualquier cosa por ti —dijo la mujer—. Lo que sea para hacerte mío.

Le mordió el labio, aferrándole la cara con las manos, y le metió la lengua en la boca.

No, quiso gritarle él. Pero no tenía voz. No sentía nada.

—Y si no puedo tenerte vivo...

Le apoyó las caderas en el cuerpo.

No, gritó él en silencio. Esto está mal.

Se esforzó para ser oído, para mover ese cuerpo muerto que le había pertenecido, para apartarla.

—... entonces te tendré muerto.

Ella se irguió, apoyándole las manos en el pecho, y comenzó a mecerse de nuevo.

Esta vez, cuando Félix se esforzó para ser oído...

... despertó.

Se sentía acalorado y frío al mismo tiempo. Una jaqueca le perforaba la cabeza como un torno de dentista. El estómago se le revolvía de acidez. Supo que iba a vomitar, pero no podía moverse.

Porque estaba muerto...

Pero de nuevo sentía su cuerpo, las sábanas contra la piel, alguien a su lado en la cama. Conque no estaba muerto. Sólo paralizado. Sólo podía abrir los ojos y mirar un cielo raso penumbroso que le resultaba familiar. Soltó un sonido estrangulado.

—No..., no...

Los muelles crujieron cuando alguien que estaba en la cama con él cambió de posición. Trató de volver la cabeza para ver quién era, pero incluso ese simple movimiento le estaba negado. La bilis le quemaba la garganta.

Me ahogaré con mi propio vómito, pensó. Voy a...

Entonces la persona que estaba con él volvió la cabeza. Por un instante entrevió los rasgos preocupados de Janey, antes de que su cuerpo arrojara el contenido del estómago en el recipiente que ella había acercado a la cama. Vomitó hasta vaciar el estómago; luego echó un poco más, con un sabor rancio en la garganta y un dolor en el pecho. Por fin terminó. Apoyó la cabeza en la almohada e inhaló con resuellos espasmódicos que no le hicieron doler el pecho. Se sentía tenso. El torno de dentista aún le taladraba la cabeza.

Trató de concentrarse en Janey, en sus palabras, pero sólo oía el arrullo de su voz mientras le traía agua para enjuagarse la boca y le enjugaba la cara con un paño húmedo.

Trató de comprender qué hacía allí —pues ahora reconocía el dormitorio de la casa del Vejete— y por qué Janey lo cuidaba.

Lo último que recordaba...

Era un hombre ahorcado a quien descolgaban de un roble y luego...

No. Eso era un sueño.

Lo último que recordaba era...

Pero allí también había una mujer a horcajadas sobre él, hundiéndose el duro miembro...

Otro sueño.

Lo último real que recordaba era que el Vejete y Janey le habían despachado. Había tocado música junto a la vieja cantera; un dueto con la marea. La tormenta. Lena. Un té...

—Félix, ¿me oyes?

Al fin captó algo que le decía Janey.

Trató de hablar, pero optó por asentir con la cabeza.

—Te pondrás bien —dijo ella—. Estabas drogado. Esa mujer...

Lena. El té. Entonces eso era real. ¿Pero drogado? ¿Ella le había drogado?

—¿Co... cómo...?

—Yo fui a buscarte. Oh, Félix...

Una imagen trémula le cruzó la mente. Una mujer desnuda. Montándolo. No en la lluvia y el lodo, sino en una cama...

¿Un sueño?

—¿Recuerdas qué te sucedió?

El gemido crecía en su cabeza. Parpadeó, trató de atravesar el dolor para llegar adonde sus recuerdos se liaban con los sueños, para discernir cuáles eran reales y cuáles no, pero no pudo atravesar el dolor.

Librodot

—N…no… N…nada…

Janey se agachó y lo abrazó.

—Lamento no haberte dado la oportunidad de explicarte. A veces soy odiosa.

No, quiso decirle, pero sólo barbotó un farfulleo.

—Te amo, Félix.

—Amo... también...

Ella lo estrechó. Félix le vio las lágrimas en los ojos. La visión se le empañó. Cuando ella se apartó, él tendió las manos para detenerla pero no pudo.

No te vayas, quería decir. No me dejes.

—N...no... —farfulló.

Ella comprendió y se quedó a su lado. El dolor gemebundo que le horadaba la cabeza se transformó en un dardo que se le hundió en la mente. Él lo siguió, dejando que Janey le abrazara el cuerpo dormido hasta que ella también se durmió de nuevo.

Félix no soñó otra vez. Janey en cambio...

Esta vez los sueños la llevaron a un ámbito más familiar. Se encontró al pie de la escalera de la casa del Vejete, mirando la habitación donde *El país pequeño* de William Dunthorn yacía en el sillón favorito del Vejete. Yacía donde el Vejete lo había dejado; la magia de las palabras al abrigo de las cubiertas de cuero. La lámpara arrojaba una tenue aureola, como si la silla fuera un escenario y el libro un actor.

Y como si la presencia de Janey fuera una seña para abrir el telón del primer acto, las cubiertas del libro crujieron y se abrieron. Las páginas susurraron como si las hojearan, una por una, como impulsadas por una ráfaga, o como si las moviera una mano invisible.

Janey avanzó un paso y se detuvo cuando una música la envolvió, un baño de notas misteriosas que tocaban una melodía familiar y extraña a la vez. La melodía hablaba de lugares ocultos, secretos perdidos que aguardaban ser descubiertos. A Janey le temblaron los dedos mientras buscaba un teclado o los orificios de un instrumento que no estaba a mano.

Las páginas dejaron de moverse mientras la música cobraba intensidad. Las estatuillas de la repisa, los marcos de los cuadros de la pared y la vajilla de los armarios temblaron y vibraron cuando profundas y graves resonancias reverberaron en la pequeña casa. Janey sintió el temblor del piso y se meció al son del curioso ritmo.

Avanzó otros dos pasos y se detuvo al ver que algo se movía encima del libro.

No. No se movía encima del libro. Brotaba de él. Un liliputiense asomaba de las páginas para echar una ojeada a la habitación y estudiar los muebles gigantescos hasta detenerse en los ojos de Janey.

No era mayor que los ratones o topos que Jabez a veces depositaba en el umbral trasero de la casa con ese orgullo triunfal propio de su especie. Janey podría haber cogido al hombrecillo en la palma de la mano; el cuerpo entero, de la cabeza a los pies.

No pudo respirar cuando la luz de esos ojillos se fijó en ella.

La música continuaba; una especie de ondulación lenta con instrumentos extraños. Guardaban cierta semejanza con instrumentos conocidos, pero había algo raro en ellos, diferencias que volvían exóticas sus modulaciones. Tañidos de cuerdas, y cuerdas acariciadas por un arco. Un redoble de tambor como el que se arranca al parche de un *crowdy crawn,* el equivalente de un *bodhran* en Cornualles. Instrumentos como flautas y otros con tonos de oboe. Una especie de salterio o clavicordio y un gorjeo distante que sonaba como un coro de *pibcorns,* un antiguo instrumento nativo que tenía una caña y dos cuernos de vaca en el extremo de un tubo de cedro y era similar a la *bombarde* bretona.

Conocía esa música —hasta el núcleo de su ser— pero nunca la había oído. En su extrañeza, siempre había estado dentro de ella, esperando a que la despertaran. Nacía del íntimo misterio que otorga a un secreto su especial deleite y a la religión su aspecto

sobrecogedor. Exigía ser aceptada mediante la simple fe, sin análisis ni cuestionamientos, y al mismo tiempo rogaba ser puesta en duda y examinada.

Había maravilla en sus acordes y brillantes estallidos de alegría que inflamaban el corazón, pero también había oscuridad, una sombra que podía penetrar hasta el alma y empañar todas las percepciones con una mortaja lúgubre y gris. El camino entre ambas era angosto y traicionero, como la senda tortuosa que según las canciones tradicionales conducía al Mundo de las Hadas.

Janey conocía esas canciones, conocía las lecciones del duro camino hacia el Cielo, el ancho y fácil camino del Infierno y los peligros del Mundo de las Hadas que estaba en el medio, superpuesto con el mundo del aquí y ahora donde ella había nacido y donde vivía y un día moriría. Ante la opción, siempre escogería el sinuoso camino del Mundo de las Hadas, porque el Cielo era demasiado brillante. Allí no había secretos, pues nadie podía soportar el severo resplandor de su luz. Y el Infierno era demasiado oscuro.

Pero el Mundo de las Hadas...

Esa música parecía indicar el modo de alcanzar ese reino. Conducía a guaridas secretas donde maravillas ocultas aguardaban a quienes poseían el valor para seguirla hasta el final.

Janey no podía contenerse. Tenía que ir.

La clave para dar el primer paso se hallaba en la música, pero al mismo tiempo estaba provocativamente lejos.

—¿Cómo podré...? —comenzó.

Una nueva oleada de música se elevó de pronto en un crescendo, haciéndole perder la ilación del pensamiento, y luego murió de nuevo.

Si debes preguntar, parecía decirle, *nunca hallarás el camino.*

—Pero...

Con los ojos, pidió ayuda al hombrecillo del libro de Dunthorn.

La oscuridad es mejor, susurró la música. *La oscuridad es todo.*

El hombrecillo la miró con una sensación de alarma que Janey compartió.

La música era ahora un bordoneo profundo. Toda la casa vibraba con sus tonos graves. Las vigas de madera crujían y las piedras de los cimientos chirriaban. La veneración ante el Cielo y la fascinación ante el Mundo de las Hadas desaparecieron de los acordes.

No obstante, Janey avanzó otro paso.

Un gemido perturbador se elevó desde ese bordoneo, arañando el lomo de la música como una uña chirriando en una pizarra. El hombrecillo se hundió en el libro, agitando los brazos como si lo tragaran arenas movedizas.

Janey se le acercó, pero esta vez la detuvo un rasguño en la ventana. Cien rostros burlones de duendes la miraban desde afuera. Las criaturas arañaban el vidrio con un destello en los ojos entornados.

La música era ahora una banda sonora de película de terror.

Janey percibió un movimiento por el rabillo del ojo y se volvió para mirar el libro. Las páginas se movían de nuevo, impulsadas rápidamente por manos invisibles. Cuando se detuvieron, la música se elevó chirriando hasta otro *crescendo* y una bruma oscura brotó de las páginas abiertas.

Formas monstruosas poblaban la bruma. Una pestilencia de tumbas abiertas y el hálito de los cadáveres impregnó el aire. Terrores nocturnos de la infancia despertaron a la vida: una caja de Pandora de horrores y temores; espectros de muerte y hediondez, que acosaban a amigos y parientes.

Su abuelo, tambaleándose en la oscura niebla como un cadáver, animado pero sin alma, con la boca llena de movedizos gusanos y los ojos muertos...

Félix, una figura esquelética cubierta de ampollas purulentas, tendía sus manos sangrantes...

Clare se arrastraba por la alfombra con dedos transformados en garras de águila, el

Librodot

cuerpo cortado en la cintura y la boca, cubierta de dientes de barracuda, derramando sangre por las comisuras...

El reportero de *Rolling Stone* avanzaba con ojos lechosos y ciegos, arrastrando sus tripas en jirones...

Y más, muchos más, que se acercaban y se cernían sobre ella.

La tocaban con cien manos, le arañaban los brazos y las piernas y el torso, le arrancaban largos colgajos de piel sangrante de las carnes y la arrastraban hacia el corazón de esa bruma oscura donde peores horrores aguardaban para devorarla...

En las ventanas, los duendes arañaban el vidrio con las uñas...

La habitación hedía como un matadero, apestando a sangre y excrementos, a pelo chamuscado y tumbas abiertas...

La música parecía un zumbido rítmico y electrónico donde cabalgaba el castañeteo de dientes rechinantes...

Y un burbujeo húmedo.

Susurros malignos.

Y un gemido largo y plañidero que —como comprendió al despertar— brotaba de su propia garganta.

Emocionalmente exhausta, tardó mucho tiempo en dormirse de nuevo.

En su pequeño cuarto de la pensión, a muy poca distancia de la casa del Vejete, Michael Bett rumiaba a solas.

El también había soñado: campos soleados impregnados del dulce aroma de violetas y anémonas y el zumbido de las abejas. Laderas abruptas que descendían a una caleta donde el oleaje lamía el antiguo granito. El cielo estaba despejado y había música en el aire, el suave sonido de una gaita de Nortumbria que tocaba una melodía que le resultaba familiar porque estaba en el segundo álbum de Janey Little.

Bett nunca había estado en un sitio tan apacible. Le ponía enfermo. Le enfurecía.

El mundo no era así. El mundo era un sitio peliagudo donde te cuidabas del número uno y cogías lo que podías mientras podías.

No esa mentira.

Cogió una vara y empezó a destrozar las flores, decapitándolas con golpes bruscos, pero sentía un hombro dislocado y el sonido de la gaita —un coro zumbón de aves y abejas— se le metía bajo la piel sin dejarle pensar. Sólo quería matar a quien tocaba ese maldito instrumento.

Janey Little.

Quería arrancarle los pulmones.

Giró en círculos, agitando la vara, tratando de hallar el origen de la música, mientras un aullido primordial le crecía en el pecho, gimiendo para liberarse.

Despertó con ese aullido en la garganta y apenas logró ahogarlo con las sábanas donde se le había liado el cuerpo. El hombro le palpitaba de dolor.

Recordó su fracaso con Clare Mabley esa noche.

Recordó la actitud independiente de Lena Grant.

Recordó haber tenido que explicar a Madden que las cosas se habían complicado.

Quería destripar a alguien, algo, cualquier cosa, pero sólo podía quedarse acostado en la penumbra, con el hombro dolorido, y mirar el cielo raso.

Paciencia, se dijo. Sé paciente. Todo encajaría en su sitio. Entonces comenzaría el dolor. Averiguaría cómo funcionaba cada uno de ellos. Qué arterias se conectaban con qué venas. Cuánto podían respirar con un agujero en los pulmones. Cuánto podían gritar mientras los despellejaba...

Podía ser paciente.

Pero esa noche no intentaría dormir de nuevo.

En su hotel de Penzance, Lena Grant también estaba despierta.

Su sueño había sido trivial comparado con los que otros habían tenido esa noche en la Península de Penwith. Simplemente había tenido que hacer frente a un colérico Félix para darle explicaciones. Él no escuchaba y a ella se le rompía el corazón. Se preguntaba por qué se dignaba darle explicaciones, pero, con todo, lo intentaba una y otra vez. No obstante, se le rompía el corazón. Cuando despertó, sola en la habitación, tenía las mejillas empapadas de lágrimas y un vacío interior que nunca había sentido.

No trató de dormirse otra vez. Se sentó en la cama, apoyó el mentón en las rodillas y se apoyó contra el cabezal, tratando de impedir que ese vacío la dominara. Recordó Boston, las actividades de su círculo social durante el fin de semana, pero sus pensamientos se empeñaban en regresar a Penzance.

A solas en un cuarto de hotel, con el corazón roto.

Deseando... deseando...

Tratando de no pensar...

En Félix y Janey Little y lo que pensaban de ella. En cómo aplacar ese dolor interior. Se preguntó si Willie habría llegado a Clare Mabley antes que Bett. Pensó en la última llamada de su padre, en la que le comunicaba que él y Madden llegarían a Inglaterra en un jet privado a primera hora de la mañana.

Como Michael Bett, Lena también pensaba que todo se había desmoronado, pero sólo se culpaba a sí misma. Era ella quien estaba cambiando. Quien había cambiado. Y no entendía por qué.

¿Cómo un tosco marinero podía hacerle esto?

Fallarle a su padre e indirectamente a la Orden y preocuparse por Bett... Esos problemas eran secundarios por el momento. Quería saber qué habla ocurrido dentro de ella, por qué se había trastocado el mundo.

Si esto era amor... No, gracias, prefería que no.

Por desgracia, sus preferencias no contaban.

Al fin aprendía una verdad que su padre y Madden aún no habían aprendido: en ciertas cosas no había elección.

Así se desmadejó esa larga noche. Quienes para bien o para mal sufrían la influencia del legado de William Dunthorn surcaron incesantes horas, con regocijo y con pena, con temor y con furia.

Para algunos la mañana llegó demasiado pronto.

Para muchos no llegaba nunca.

Librodot

SEGUNDA PARTE

LA MÚSICA PERDIDA

La música es el portal incorpóreo para entrar en mundos superiores de conocimientos que abarcan a la humanidad, pero que la humanidad no puede abarcar.

Atribuido a LUDWIG VAN BEETHOVEN

Originalmente, la función de las canciones era devocional. En los siglos de los baladistas, se transformaron en vehículo para difundir información, narraciones y opiniones. Ahora, en el siglo XX, se han transformado en un modo de ganar dinero y alcanzar la fama. Creo que los dos propósitos previos eran mejores.

MIKE SCOTT,
de una entrevista en *Jamming,* 1985

Librodot

¿TE APETECE EL TÉ CUANDO TE SIENTES MAL?

No sé cómo lo verá el mundo, pero yo mismo me veo como un niño que juega a orillas del mar y se distrae en ocasiones al hallar un guijarro más liso o una concha más bonita de lo común, mientras el gran océano de la verdad se extiende ante mí con sus incógnitas.

Atribuido a SIR ISAAC NEWTON,
en *Vida de Newton* de Brewster (1831)

Amaneció en la Riviera de Cornualles. La mañana era ventosa y gris cuando llegó a Mount's Bay. Los lugareños lo llamaban tiempo negro del este: malo, pero no borrascoso. En los días de la industria pesquera, los hombres tomaban grandes precauciones para cuidarse de las repentinas tormentas que inesperadamente les arrojaba el Atlántico. Pero como ahora la principal ocupación era el turismo y la temporada había terminado, el tiempo, más que una tuerza crucial, era algo que uno comentaba mientras revolvía el té de la mañana.

Y si esa mañana muchos callaban más que de costumbre o hablaban con voz queda de sus insólitos sueños de la noche anterior, afuera la marea aún rugía contra la costa, el viento aún azotaba los postigos e impulsaba las veletas en círculos vertiginosos con .sus bruscos cambios de rumbo y las gaviotas aleteaban como cometas, poblando el aire de graznidos roncos ante la primera promesa de luz en los cielos del este.

Aún aleteaban éstas sobre las casas de Raginnis Hill cuando Lilith Mabley entró en el dormitorio de su hija llevando en la mano la nota que Clare le había dejado la noche anterior. Otrora había tenido el cabello oscuro de Clare, pero ahora se le estaba agrisando; no le interesaba retocarlo ni teñirlo. El cabello cano se sumaba a su majestuoso porte, espalda recta y cabeza erguida. Andaba con la arrogancia de una duquesa, aunque, a decir verdad, entre las gentes de Penwith, la viuda de un pescador valía tanto como una dama de la nobleza.

—¿Clare? —murmuró desde la puerta.

Clare despertó con el pulso acelerado. Se calmó al ver que era su madre.

—Hola, mamá.

—¿Esta nota...?

—Puedo explicártelo.

Librodot

—Pero no hay nadie abajo.

Clare se incorporó y se peinó con los dedos. Las pocas horas de sueño que había logrado robar a esa mañana aún le enturbiaban la mente.

—¿Nadie...? —repitió.

¿Todo había sido parte de los espantosos sueños de esa noche?

—Bueno —dijo su madre—, hay una manta y una almohada plegadas en el sofá del estudio, pero nadie durmiendo allí.

No, no había sido un sueño, pensó Clare apoyando los pies en el suelo. Pues la pierna le dolía muchísimo, lo mismo que la cabeza, y sólo tenía que cerrar los ojos para ver esa cara de insecto con sus antiparras y su bufanda.

Y la navaja...

—¿Davie se ha ido? —preguntó.

—Davie Rowe —enfatizó su madre—. ¿Cómo se te ocurre traer a casa a un sujeto de semejante catadura? —preguntó con sorpresa manifiesta.

—Yo...

Clare trató de recordar qué había puesto en la nota. Sólo una vaga explicación. Obviamente, su madre quería algo más.

—Anoche resbalé en la lluvia —dijo—, y Davie pasaba por allí y me trajo a casa. La lluvia era tan fuerte que le hice la cama en el sofá. Supongo que se marchó en cuanto mejoró el tiempo.

—Lo último que recuerdo, antes de ir a acostarme —replicó su madre—, es que estabas sentada en el estudio, leyendo.

Sí, pero luego pasó Félix, y ella fue a ver a Janey, y un chiflado la atacó con una navaja... No podía contarle todo eso a su madre, pues no la dejaría en paz en todo el día. ¿Habría encontrado Janey a Félix? ¿Habrían atacado a alguien más?

—Me cansé de mi libro y fui a visitar a Janey.

—¿A esas horas? —se extrañó su madre—. Tuviste suerte de que Davie Rowe pasara por allí.

Por la voz, era obvio que a pesar de la ayuda reprobaba toda relación con Davie Rowe.

—Él no es tan malo —manifestó Clare.

—Claro que no —ironizó su madre—. Por eso lo mandaron a la cárcel, porque es un muchacho tan decente.

—Tú sabes a qué me refiero.

—Janey debió traerte a casa —dijo su madre para cambiar de tema.

—Janey tenía que hacer una diligencia.

—¿A esas horas de la noche? —Su madre meneó la cabeza—. ¿Adonde va el mundo?

Lo mismo se preguntaba Clare.

—Será mejor que me vista.

—¿Vas a salir?

—Prometí a Janey que la visitaría de nuevo esta mañana.

—Pensaba que íbamos a trabajar en ese puzzle...

Su madre amaba los puzzles, cuanto más complicados mejor. Una vez que terminaban, pegaba el puzzle resuelto en un cartón y lo exhibía en la repisa hasta que terminaban el siguiente. En el fondo del armario tenía una pila de puzzles resueltos. El último era un proyecto particularmente engorroso, un desconcertante paisaje donde un pequeño lugre de vela gris azulada navegaba a la deriva en un mar gris azulado, bajo un cielo gris azulado, con un fondo de roca gris azulada, en el que los tonos similares se entremezclaban confusamente.

Los días laborables por la noche, cuando Clare llegaba de la librería, y casi siempre los domingos por la mañana, se sentaban juntas a la mesa de la salita, donde ponían los puzzles y los resolvían juntas. Clare disfrutaba de esos oasis de intimidad, pues la tarea les daba un

pretexto para disfrutar de una relajada conversación que resultaba imposible en otros momentos de la semana.

—Lo lamento, mamá. De veras. Pero es importante.

Su madre sonrió, ocultando su decepción.

—Es ese Félix, ¿verdad? Ese tipo te necesita como arbitro en otra de sus riñas, sin duda.

—Algo parecido —concedió Clare.

Su madre chistó reprobatoriamente.

—Y sólo hace un día que ha regresado. Cualquiera pensarla que podrían aprender. Bien, vístete, Clare. Será mejor que llegues pronto, antes de que no quede nada por rescatar.

—No fue tan grave.

—Quizá no haya sido tan grave anoche, pero me has contado bastante sobre los problemas que tuvieron la última vez como para saber que no puedes dejarlos solos durante mucho tiempo. —Meneó la cabeza y se guardó la nota de Clare en el bolsillo—. Aunque no sé qué harán cuando se casen. En fin, que se preocupen ellos.

Clare sólo pudo reír. Eso bastó para despejarle las últimas telarañas de angustia de la noche anterior. Empezaba a recobrarse. Si Janey había logrado hallar a Félix...

—Vístete, Clare —repitió su madre, marchándose de la habitación—. Tu desayuno estará preparado dentro de un minuto.

—¡Yo también te amo! —le respondió Clare.

2

Félix despertó a solas en la cama. Ya no tenía jaqueca. Las experiencias de la noche anterior, sueños y realidades, se le agolpaban en la mente en una turbia confusión, pero lo más claro era el recuerdo de Janey y el Vejete echándolo de la casa.

Por un instante pensó que todo había sido un sueño, pues allí estaba, de vuelta en el dormitorio libre del Vejete, como si acabara de despertar en su primera mañana en la aldea. Pero no. Lo habían echado. Eso había sido real. El recuerdo era demasiado nítido y doloroso para haber sido un sueño.

¿Y anoche, cuando había despertado con Janey a su lado?

Miró a su alrededor. Si estaba allí —aunque ignoraba cómo había llegado—, eso tampoco había sido un sueño.

Se incorporó, aturdido, aunque sin otras molestias.

¿Cómo había regresado?

El bolso y el acordeón estaban cerca de la puerta, con el bastón de Clare apoyado en ellos, La chaqueta colgaba del respaldo de una silla y el resto de su ropa estaba amontonada en el asiento.

Trató de recordar. Después de la discusión, había ido a ver a Clare Luego había caminado, había tocado el acordeón junto al mar; la tormenta; había ido al hotel de Lena para darle el bastón de Clare. Luego... luego todo se enrevesaba. Imágenes de pesadilla. Él moría... Lo ejecutaban. Lo bajaban del patíbulo y lo tendían en el lodo, donde la mujer...

Eso había sido un sueño.

Tiritó, recordando los rasgos de esa mujer.

La mujer hacía el amor con el cadáver. Y sobre ese recuerdo se superponía la imagen de Lena haciendo el amor con él en la cama del cuarto de hotel. Las similitudes eran escalofriantes, por la simetría de la posición de ambas mujeres y su forzada inmovilidad. Como si él fuera un espectador sentado dentro de la cáscara de su propio cuerpo...

Librodot

¿Era eso real o se trataba del vestigio de otro sueño?

Anoche Janey había comentado que lo habían drogado.

Lena lo había drogado.

Pese a sus esfuerzos, Félix no atinaba a recordar claramente. Sólo evocaba imágenes borrosas y perturbadoras que aleteaban detrás de los párpados cuando cerraba los ojos.

Suspirando, se levantó y se vistió. Empezó a lavarse en el cuarto de baño, pero sintió flojedad en las piernas y un retortijón en el estómago. Apenas se había enjuagado el sabor agrio y algodonoso de la boca cuando decidió acostarse de nuevo.

No quiso hacerlo en su habitación. Estaba descompuesto, pero necesitaba respuestas.

Logró llegar abajo, donde halló a Janey y al Vejete desayunando en la mesa de la cocina. Lo miraron con una preocupación mezclada con culpa. Si no hubiera sentido tantas náuseas les habría gastado una broma, pero sólo pudo ir hasta la sala de estar y tenderse en el sofá antes de que las piernas se le doblaran. Se quedó tendido, esperando a que la habitación dejara de dar vueltas y tratando de no vomitar.

Janey lo siguió y se sentó en el sofá. La sacudida de los cojines revolvió el estómago de Félix.

—¿Félix? —preguntó ella.

—Yo... estaré bien...

—No tienes buen aspecto.

Él trató en vano de sonreír.

—En verdad. Me siento espantosamente.

—Tal vez deberíamos llevarte a Penzance —dijo el Vejete—. Al hospital.

Había seguido a Janey hasta la sala de estar y ahora se apoyaba en la balaustrada de la escaleta, vacilando en acercarse.

Félix meneó la cabeza, y de inmediato se arrepintió. Cada movimiento le daba ganas de vomitar.

—Al hospital no —atinó a decir.

Si odiaba estar descompuesto, odiaba más los hospitales. A su entender, estaban diseñados para hacerte sentir peor de lo que estabas, aunque no imaginaba cómo podía sentirse peor de lo que estaba en ese momento.

—Quizá sea buena idea —opinó Janey—. No sabemos qué droga te administró esa mujer.

—¿De veras me drogó? —Janey asintió—. ¿Y tú me trajiste... aquí?

—Mi palomita lo hizo todo por su cuenta —declaró el Vejete.

Félix miró ya a uno ya al otro, moviendo sólo los ojos.

—¿Me creéis ahora? —preguntó—. ¿Que no tengo nada ver con esa gente...?

—Claro que te creemos —respondió Janey, apoyando la mano en su hombro—. Fuimos muy desconsiderados al no darte la oportunidad de explicarlo.

—Perdimos los estribos, supongo —añadió el Vejete—. Lo lamento, Félix. No sabes cuánto lo lamento.

A pesar de su náusea, éste se sintió muchísimo mejor. La tensión se le alivió en el pecho. Una herida de su alma empezaba a sanar.

—Está bien —aceptó—. Todos cometemos errores.

—Pero no tan graves —dijo Janey.

—Está bien —repitió Félix—. De veras.

—En cuanto al hospital... —insistió el Vejete.

Félix sacudió de nuevo la cabeza y otra vez sufrió una oleada de náusea.

El Vejete lo miró un largo instante. Parte de la pesadez que se le alojaba entre los ojos se había disipado mientras conversaban. Enderezó la espalda y manifestó su conformidad.

—Entonces querrás un poco de té.

Félix sonrió. Típico de Tom Little. Si algo necesitaba cura, el té era lo más indicado.

Librodot

El té era en Cornualles lo que en otras partes la sopa de pollo.

—Sería espléndido —concedió.

—Deberías descansar —aconsejó Janey cuando el Vejete fue a poner la tetera.

Félix le cogió la mano cuando ella iba a levantarse.

—Sólo deseo estar aquí —le dijo.

Janey sonrió y se quedó sentada en el sofá.

3

Willie Keel se presentó temprano en el hotel de Lena. Se quedó en el pasillo, con la gorra en una mano mientras tendía la otra.

—El trabajo está hecho —dijo—. Tal como usted quería.

Lena estaba de pésimo humor, después de una noche en vela, pero contuvo su temperamento. Nunca se sabía; quizá necesitara de nuevo la ayuda de Willie.

—No tengo efectivo. ¿Puedo darte cheques de viaje?

—¿Están en libras esterlinas?

—Desde luego.

Lena hurgó en la cartera para ver cuánto le quedaba en cheques de viaje. Menos de seiscientas libras.

—¿Qué dices si te doy quinientas hoy y el lunes por la mañana vamos al banco a buscar el resto?

—¿Conque ésas tenemos? —dijo Keel con mal ceño, tras una breve reflexión—. Ése no era el trato, por lo que recuerdo. Fue usted quien llamó en medio de la maldita...

—¿Algún problema, señorita?

Jim Gazo estaba en el pasillo a pocos pasos. Tal como ella había pedido, actuaba como si no la conociera. Se había acercado con tanto sigilo que ni ella ni Keel lo habían notado.

Si Keel le recordaba una comadreja, Gazo le recordaba un toro de ojos grises. Era alto y de hombros anchos, con cabello oscuro y corto y rasgos bonitamente cincelados a excepción de la nariz partida, que nunca recobraría su forma normal. Como se cuidaba el físico, cualquier prenda le sentaba bien. Considerando su tamaño, su destreza para pasar inadvertido y moverse en silencio era una de sus mayores virtudes. Nadie quería que la presencia de un guardaespaldas llamara la atención, a menos que fuera parte del trabajo, y Gazo era muy hábil en ambos sentidos.

Lena miró de soslayo a Keel, que trataba con disimulo de identificar al recién llegado. Obviamente no llegaba muy lejos.

—Yo... —murmuró Lena.

—No hay problema —se apresuró a decir Keel—. Los cheques de viaje estarán muy bien.

Cuando Keel le dio la espalda, Gazo sonrió fugazmente, meneó la cabeza y continuó la marcha. Keel entró en la habitación de Lena, donde ésta se sentó junto al tocador, buscó una pluma en la cartera, firmó los cheques y se los dio.

—Llamaré mañana por la mañana —dijo Keel mientras se los guardaba en el bolsillo—. A menos que usted tenga otro trabajo para hoy.

—Mañana estará bien —replicó Lena.

Lo acompañó cojeando hasta la puerta y la cerró con firmeza. Iba a echar la llave, pero lo pensó mejor. No había preguntado a Willie cómo había logrado salvar a Clare Mabley, pero lo cierto era que lo había hecho. Y un sujeto como Bett estaría de peor ánimo que nunca en su frustración. Aguardó unos instantes para que se despejara el pasillo y luego

Librodot

fue cojeando hasta la habitación de Gazo. Él abrió al primer golpe y miró furtivamente a ambos lados antes de posar los ojos en ella.

—¿He estado inoportuno? —preguntó.

—Todo lo contrario —respondió Lena.

—¿Bett te hizo eso? —quiso saber Gazo, al mirarle la pierna y reparar en la hinchazón.

—¿Me creerías si te digo que me caí de una bicicleta?

—¿Viniendo de ti? Sí. No sabes qué significa hacer las cosas a medias. ¿Quieres pasar?

Lena asintió.

—Anoche interferí con los planes de Bett. No sé si él lo sabe o no, pero preferiría estar donde no pueda encontrarme.

Cuando Gazo le ofreció el brazo para introducirla en la habitación, Lena recordó las pequeñas amabilidades de Félix. Sintió que las lágrimas le asomaban a los ojos y parpadeó con fuerza.

Maldito Félix.

Maldita situación.

Ante la preocupación que demostraba Gazo, Lena fingió más dolor en el tobillo del que sentía, como excusa para el brillo húmedo que el recuerdo de Félix le había dejado en los ojos.

—Papá llegará hoy —comentó al sentarse, controlando mejor sus emociones—. Con John Madden.

Gazo, moviéndose como una pantera a pesar de su mole, se sentó en la cama.

—¿Qué está pasando? —preguntó—. ¿O es mejor que no lo sepa?

—Será mejor que no lo sepas —respondió Lena, meneando la cabeza.

En esto consiste no tener amigos, pensó Lena, sorprendiéndose del descubrimiento. Nunca lo había pensado antes. Tenía empleados, desde Jim Gazo hasta sus criadas y jardineros. Tenía muchas personas dispuestas a acompañarla, a impresionarla o ser impresionadas, pero ningún amigo. Ni uno.

En ese instante hubiera dado cualquier cosa por tener alguien a quien confiar la congoja que le desgarraba el corazón. Alguien que comprendiera. Lamentablemente, la única persona que parecía responder a la descripción era Félix Gavin, y ella había cerrado toda posibilidad de que él deseara dedicarle más tiempo.

Los malos sueños de la noche acudieron a su mente.

Olvídalos, Lena, se dijo. Olvídalo todo. Era tiempo de seguir adelante. Ponerse la máscara y no dejar que se cayera de nuevo.

Imagina si Bett oliera esa debilidad...

—Cuéntame, Jim. ¿Qué hay de nuevo en Boston?

—¿Aparte de que los Celtics están jugando mejor que nunca?

4

Como Félix, Janey debía hacer frente a recuerdos perturbadores, tanto reales como soñados. Pero, al contrario que Félix, debía afrontar recuerdos bastante precisos. Y no era especialmente grato. Las imágenes le giraban en la mente como si estuvieran pegadas en una cinta continua...

La escena frente a Chapel Place, cuando ella y el Vejete expulsaron a Félix.

La travesía a través de la lluvia.

Félix en la cama de la americana.

Su madre como una pordiosera alcohólica.

Perdóname.

Y el libro secreto de Dunthorn, derramando su música, tan mágica al principio, hasta que las sombras se volvieron acechantes y tenebrosas...

Se sentía feliz de estar con Félix, haciéndole compañía en el sofá, pero no le agradaba el silencio porque le daba demasiado tiempo para pensar. Mientras la cinta continua reproducía esas imágenes grabadas en su mente, ella sólo quería golpear algo, cualquier cosa, pero preferiblemente a la mujer que había drogado a Félix, porque...

Dio un respingo cuando sonó la campanilla.

¿Quién será ahora...?, pensó. Pero enseguida recordó al reportero de *Rolling Stone,* que debía pasar a verla, y por un terrible momento pensó que debían tomarle esas fotos y que tenía el aspecto de un cadáver resucitado. Por suerte, cuando se abrió la puerta, fue Clare quien entró.

—¿Quién es? —preguntó el Vejete desde la cocina.

Sonrió al ver a Clare.

—¿Estoy perdonada? —preguntó Clare.

—Tú tenías razón y nosotros no, azucena mía —respondió el Vejete—. Somos nosotros quienes debemos pedir perdón. Si tú no hubieras...

Clare lo silenció con un suave ademán.

—Ya está hecho. No nos preocupemos más por eso.

Se volvió para entrar en la sala de estar y vio a Janey sentada con Félix en el sofá. Suspiró de alivio. Sólo entonces Janey comprendió la angustia que había sufrido Clare. Mientras Clare miraba a Félix, la tensión se le disipaba en las comisuras de los ojos y de la boca.

—Lo encontraste. —Se acercó para echar un vistazo a Félix y frunció el entrecejo—. ¿Se encuentra bien? —preguntó.

—Esa mujer lo drogó —respondió Janey, mientras Félix abría un ojo y las miraba a ambas.

—Preferiría que no hablarais de mí como si yo no estuviera.

—Nos sentimos mejor, ¿eh?

El tono era burlón, pero la pregunta iba en serio. Ella le estrujó la mano.

Clare se sentó en una otomana y la acercó al sofá. El Vejete entró en la sala, apartó el libro de Dunthorn y ocupó su sillón.

—Un poco —respondió Félix—. Aún no estoy preparado para practicar surf en la bahía.

Janey no le oyó por un instante. Miró con fijeza el libro que el Vejete había desplazado y recordó fugazmente la música —la música jovial y la música tenebrosa—. Luego se volvió a Félix con una sonrisa.

—No. Ya hemos tenido suficiente jaleo sin necesidad de llamar al bote de salvamento para rescatar a un marinero despistado que creyó estar en Hawai en vez de Cornualles.

—¿Jaleo? —preguntó Clare.

Janey le refirió lo que había ocurrido la noche anterior, omitiendo sólo la posición comprometida en que había hallado a Félix y esa mujer. Si él no lo recordaba, no iba ser ella quien lo mencionase.

—Yo tuve mi dosis de jaleo en el camino de regreso —dijo Clare cuando Janey terminó.

Y fue su turno de referir cómo una simple caminata por Raginnis Hill se había transformado en una de esas escenas de película truculenta que hacían las delicias de los periódicos amarillos cuando no podían revelar ni inventar otras noticias.

—Oh, debió de ser espantoso —dijo Janey.

Librodot

Félix parecía abatido.

—¿Llamaste a la policía, encanto? —preguntó el Vejete.

—Davie no se lleva bien con la policía y... —respondió Clare.

—Eso no me sorprende —interrumpió Janey.

—Y cuando me he levantado esta mañana —continuó Clare—, me he sentido estúpida. ¿Qué iba a decir cuando me preguntaran por qué había esperado tanto para presentar la denuncia?

—La verdad —replicó el Vejete.

—No hubiera sido justo con Davie.

—Tal vez él buscaba a alguien a quien atracar —señaló Janey.

—Eso tampoco es justo —dijo Clare—. De no ser por él, yo no estaría aquí hablando.

—Supongo que no. Pero Davie Rowe... —Janey meneó la cabeza—. ¿Y luego lo invitaste a entrar?

—¿Qué iba a hacer? ¿Dejar que se marchara bajo la lluvia sin siquiera darle las gracias? Además, aún estaba asustada. Al menos con él allí, me sentía a salvo.

—Pero Davie Rowe...

—Creo que ella ya te ha entendido —intervino Félix.

—Supongo que sí —admitió Janey volviéndose hacia él—. Pero tú no le conoces, Félix. Ha estado en la cárcel.

—Janey quiere decir —aclaró Clare— que no es el tío más apuesto que puedas encontrar.

—¿Y eso qué tiene que ver? —preguntó Félix.

—Precisamente —dijo Clare—. Nada.

—Me rindo —aceptó Janey, alzando las manos—. Sabes a qué me refiero. Clare. No tengo nada contra Davie Rowe.

—Lo sé —asintió Clare.

Janey miró a su amiga, que estaba sentada en la otomana de lo más oronda, como si nadie hubiera intentado asesinarla la noche anterior. ¿Cómo lo conseguía? ¿Cómo impedía que su propia cinta continua le proyectara imágenes en la mente?

—Pareces tan tranquila —le dijo—. Si me hubiera pasado a mí, aún tendría temblores.

—Los tengo... —reconoció Clare—, pero bien ocultos dentro de mí. Los encierro bajo llave, pues de lo contrario perderé el control y no podré dejar de temblar. Así que actúo con calma y, al actuar con calma, siento calma.

—¿Lograste ver a ese hombre? —preguntó Félix.

—No. Mis recuerdos son borrosos. Además usaba antiparras y bufanda... —Se detuvo como si recordara algo—. Pero observé un detalle. Tenía un tatuaje... aquí... —Se señaló la muñeca.

—¿Qué clase de tatuaje? —apremió Félix.

Janey lo miró extrañada. Félix había hablado con urgencia, casi con exasperación. Se había incorporado sobre el sofá y clavaba en Clare una mirada intensa y perturbadora.

—Una paloma —respondió Clare.

Félix se hundió en el sofá, encogiéndose como un globo desinflado.

—Una paloma —repitió lentamente.

—Bueno, era un dibujo estilizado —explicó Clare—. Me pareció una paloma, pero sólo lo vi un instante. Sin duda era un ave.

—¿Tienes lápiz y papel? —le preguntó Félix a Janey.

El Vejete se levantó para buscarlos. Se los iba a dar a Clare, pero Félix meneó la cabeza y dijo:

—No. Dámelos.

Se tendió de costado y trazó rápidamente un dibujo que le mostró a Clare.

—¿Era así? —preguntó.

—¿Cómo has podido...? —Clare palideció.

—He visto ese tatuaje.

¿Conoces al hombre que atacó a Clare? —preguntó Janey.

Félix negó con la cabeza.

—Lena Grant tiene un tatuaje similar en la muñeca.

Janey abrió los ojos. Si Lena y el hombre que había atacado a Clare estaban relacionados...

—Se trata del libro —dijo. El Vejete cogió *El país pequeño.* Tres pares de ojos siguieron ese movimiento—. Lena Grant buscaba el libro —continuó—. Luego ese intruso irrumpió en la casa. Después ella intentó drogar a Félix mientras su amigo atacaba a Clare... —Cerró los ojos, tratando de ordenarse las ideas, pero los pensamientos se le liaron en una maraña que no pudo desmadejar—. ¿Por qué? —preguntó—. ¿Por qué drogar a Félix o atacar a Clare se relacionan con ese libro?

—Mejor aún —añadió Félix—. ¿Por qué el libro es tan importante?

—Buscan algo más que publicarlo —respondió Janey.

—Sin duda buscan algo más, reina mía —dijo el Vejete—. Hay algo raro en este libro de Billy.

—Un momento, por favor —interrumpió Clare, alzando la mano—. No entiendo nada. Sé que hay personas que tratan de apoderarse de manuscritos inéditos de Dunthorn. ¿Pero qué es ese libro? ¿Acaso hay una novela inédita...?

El Vejete se la entregó. Clare leyó el lomo, miró inquisitivamente a Janey y abrió el libro antes de que nadie pudiera hablar. Leyó la portadilla y pasó a la página de los derechos. Le temblaban los dedos.

—Una edición de un ejemplar —exclamó Clare intrigada.

Hojeó unas páginas, leyó unas líneas, hojeó algunas páginas más. Como si estuviera de vuelta en el sueño, Janey oyó un tenue Jirón de música que se interrumpió de golpe cuando Clare cerró el libro. Parpadeó al ver que Clare la miraba con una expresión extraña. Janey tardó unos instantes en comprender que era furia. Una furia triste, pero furia al fin.

—Sabes cuánto amo las obras de Dunthorn —dijo Clare con voz compungida—. Lo adoro tanto como tú, Janey, tal vez más. ¿Cómo has podido ocultármelo?

—No es lo que piensas.

—Creí que éramos amigas.

—Somos amigas. Pero yo sólo lo descubrí y... y...

—¿Y qué? ¿Que no podías confiarme el secreto? —Clare meneó la cabeza—. No entiendo nada. ¿Por qué es un secreto?

—No culpes a Janey, palomita mía —terció el Vejete—. Ella sólo guardaba una promesa que yo le hice a Billy cuando él me entregó el libro.

—Pero... —Clare aferraba el libro, cubriéndolo posesivamente con una mano y acariciando la encuadernación con la otra. Miró a Félix—. ¿Tú lo sabías?

—Desde ayer —respondió Félix—. Lo encontré cuando esperaba a que Janey y Tom regresaran de la sesión. Luego me dijeron que era un secreto... su secreto. No me correspondía a mí revelarlo.

—Era mi secreto —dijo el Vejete—. El libro estuvo escondido durante años, pero recientemente tuve que guardarlo en el altillo, donde lo encontró Janey...

Parecía tan incómodo como Janey. Janey se había entusiasmado tanto con el hallazgo del libro y después se había liado en tantos hechos extraños, que ni siquiera había pensado en el amor de Clare por las obras de Billy. No era su secreto, pero se sintió mal por no haberle preguntado al abuelo si podía compartirlo con su amiga. Ambos sabían que Clare jamás rompería una promesa.

—Todo ha sido tan descabellado últimamente —suspiró Janey—. Ni pensé en preguntarle al abuelo si podías verlo.

—Le hice una promesa a Billy —repitió el Vejete.

—¿Una promesa? —preguntó Clare.

Janey miró inquisitivamente al abuelo, quien asintió.

—Está en la carta que uso como señalador —dijo Janey—. Léela.

Clare cogió la carta, señalando el lugar con un dedo, y leyó la breve esquela de Dunthorn.

—Esto sólo acrecienta el misterio —dijo después de leerla.

—Eso fue lo que sentí al leerla —asintió Janey.

—¿De veras Dunthorn poseía poderes paranormales? —preguntó Clare al Vejete.

—¿A qué te refieres? —El Vejete parpadeó.

—«La famosa presciencia del Gitano Loco Bill Dunthorn ataca de nuevo» —leyó—. Da la impresión de que él hubiera vaticinado el futuro en más de una ocasión y hubiera acertado. De lo contrario, ¿por qué lo menciona?

—Bien, Billy tenía sus peculiaridades —sugirió el Vejete.

Janey lo miró de soslayo. Era obvio que a él le incomodaba hablar del asunto. Lo alentó con la mirada.

—¿Qué peculiaridades? —preguntó Clare.

—Bien, azucena mía, parecía saber ciertas cosas. No las maravillas que describe en sus narraciones, pero cosas igualmente extrañas. Barcos infortunados, la llegada de buenos o malos tiempos... No hablaba mucho de eso. ¿Quién iba a escuchar a un joven que dijera tales despropósitos? Pero a mí me hablaba, y yo le escuchaba.

El Vejete titubeó de nuevo.

—¿Y qué? —preguntó Janey.

—Y a menudo tuvo razón —suspiró el Vejete.

—¿Y el libro? —preguntó Clare—. ¿Por qué el libro es tan importante?

El Vejete meneó la cabeza.

—Billy nunca me lo dijo, cariño. Pero ocurren cosas raras cuando el libro no está a buen recaudo. No sé explicarme muy bien. No es que el libro haga ocurrir estas cosas, sino que les da impulso para arrancar.

—¿Como un catalizador? —preguntó Clare.

—Ésa es la palabra.

—¿Pero por qué? ¿Cuál podría ser el propósito?

—¿Tiene que haber un propósito? —preguntó Félix—. Tal vez baste con saber que aún existe algo maravilloso en el mundo, que el misterio no ha sido disipado por quienes se complacen en despedazar una cosa para comprenderla y se quedan boquiabiertos cuando deja de funcionar.

Eso indujo a Janey a reflexionar, tanto sobre las palabras de Félix como sobre el hecho de que él las hubiera dicho. Siempre había pensado que Félix era una persona práctica y sólida... Pero su abuelo también describía a Dunthorn de esa manera. Supuso que una persona podía ser práctica y sin embargo ser sensible a la magia.

Siempre había pensado que así era la música. Un individuo como Chalkie Fisher era el hombre más sensato que podías encontrar, de palabras llanas y hechos sencillos, pero, cuando sacaba el organillo y le arrancaba una melodía con los botones y fuelles, creaba una especie de magia. ¿O no?

Uno no trataba de entenderla. Tan sólo la apreciaba.

Música.

Magia.

Esa cinta continua de recuerdos proyectó ese momento del sueño en que el libro estaba abierto y la música comenzaba a brotar Una música tan similar a la que Janey creía haber oído cuando Clare hojeaba las páginas...

—¿Qué cosas ocurren? —preguntó Clare, arrancando a Janey de su ensueño.

—Cosas raras, tesoro mío —respondió el Vejete, encogiéndose de hombros—. Ruidos y sonidos insólitos. Movimientos que sorprendes con el rabillo del ojo cuando no hay nada

allí. Una inexplicable inquietud embarga a todo el mundo. La aldea cobra una atmósfera de encantamiento. Y los sueños...

Janey creyó advertir un titubeo en su voz, pero ella estaba recordando sus propios sueños de la noche anterior. Cuando miró a los demás, todos parecían pensativos. Se preguntó qué sueños habrían tenido. Si se parecían a los de ella.

El Vejete se movió en el sillón y se aclaró la garganta.

—Pero eso no resuelve nuestros problemas —añadió.

—Tenemos asuntos más urgentes —asintió Félix.

—¿Pero por dónde empezamos? —preguntó Janey.

—Creo que es hora de llamar a la policía, amor mío —dijo el Vejete.

Janey asintió.

—¿Y decirles qué? —preguntó Clare.

—Por lo pronto, que te han atacado —respondió Janey—. Y que un intruso irrumpió en la casa.

—¿Y que creemos que todo forma parte de una conspiración de una sociedad secreta que busca un talismán oculto que se encuentra en este viejo libro? —Clare tamborileó sobre *El país pequeño* con su corta uña—. Pensarán que hemos perdido la chaveta.

—Es eso, ¿verdad? —Janey se inclinó hacia adelante—. Ese tatuaje de la paloma... ha de ser el símbolo de una sociedad secreta, como la masonería o algo parecido.

—Es posible —dijo Félix—. Aunque parece un poco rebuscado.

—¿Cómo averiguamos qué sociedad usa ese símbolo? —insistió Janey, ignorando las palabras de Félix.

—¿Será posible averiguarlo? —preguntó el Vejete.

—¿A qué te refieres?

—Si esa sociedad fuera conocida, no sería tan secreta, ¿verdad?

—Hay gente que investiga esas cosas —terció Félix—. En California tengo un amigo que se ha pasado la vida estudiando lo insólito y lo maravilloso. Cuanto más raro, mejor; cuanto más secreto, más desea investigarlo.

—Tenemos un personaje así por estos lares —apuntó Clare—. Peter Goninan. Siempre encarga los libros más extraños, oscuros textos históricos y herméticos; y sin duda encarga muchos más por correo privado.

—Le conozco —dijo el Vejete—. Aún vive en la granja familiar en St. Levan. Billy y yo fuimos a la escuela con él cuando éramos chicos. Ya entonces era un pájaro raro.

—Me he topado con él en la senda costera en varias ocasiones — añadió Janey, tiritando—. Aún me causa escalofríos.

—Yo nunca lo he visto —repuso Clare—. Habitualmente hace los pedidos por teléfono y luego envía a una vecina a buscar los libros. Bueno, supongo que es una vecina. Una mujer alta y esmirriada que siempre anda en una bicicleta de varón.

—La he visto —replicó Janey.

—Chalkie la conoce —asintió el Vejete—. Se llama Helen no-sé-cuántos. Creo que le alquila la casa a Goninan.

—Entonces hace años que la alquila —dijo Clare—, pues Tommy la conocía de cuando él trabajaba en la tienda W. H. Smith... antes de que él abriera su propia tienda.

—¿Crees que Peter Goninan podrá ayudar? —preguntó Janey.

Era reacia a ir a casa de Goninan. Comprendió que, así como la traza de Davie Rowe le causaba cierta impresión, la de Peter Goninan le causaba algo semejante. Era un sujeto alto y desmañado, esquelético y calvo, con una mirada turbadora que un labriego medieval habría atribuido al mal de ojo. Se vestía con ropas andrajosas, habitualmente negras, y parecía una grulla exótica brincando por los campos.

Pero el aspecto no era todo, como Clare acababa de recordarle. Quizá Goninan fuera la más bondadosa de las almas.

Janey sonrió. Seguro que lo era. Y el maldito Davie Rowe jamás había estado en

Librodot

prisión...

—Vale la pena intentarlo —insinuó Clare.

—Pensémoslo bien antes de hablarle —observó Félix—. Si existe una sociedad secreta que usa el símbolo de la paloma, ¿cómo sabremos que él no es miembro?

—Bien, le echaremos una ojeada a la muñeca antes de contarle nada —Clare sonrió—. ¿Te parece bien?

Félix le devolvió la sonrisa.

—De acuerdo. Bien, vayamos a hablarle.

Intentó levantarse, pero de inmediato se desplomó, con el semblante pálido.

—¿Félix? —preguntó Janey.

Él meneó la cabeza y torció la cara ante el efecto de ese movimiento.

—No puedo ir —dijo—. A menos que me prometáis deteneros cada pocos metros para que pueda vomitar. Me siento bien cuando estoy acostado, pero en cuanto me incorporo o me muevo...

—Iremos Janey y yo —ofreció Clare.

Janey asintió. No le entusiasmaba la idea, pero Clare no podía ir sola.

—¿Te quedarás con Félix, abuelo? —preguntó.

—Esto no me gusta —protestó el Vejete.

—Estaremos bien —le aseguró Clare.

—Claro —insistió el Vejete con una voz que expresaba meridianamente su disconformidad—. ¿Con lunáticos que merodean y atacan a la gente a navajazos y quién sabe qué otros misterios en ciernes? ¿Cómo saber que no os atacarán en el camino? Más aún. Como dice Félix, ¿cómo podemos saber que al llegar allí no descubriréis que Goninan está involucrado?

—Seremos muy prudentes —prometió Clare.

—A menos que prefieras ir con Clare y que yo me quede con Félix —sugirió Janey.

Notó que su abuelo sopesaba ambos riesgos. La casa estaba en la aldea, pero eso no había detenido al enemigo. Aquí sabían dónde encontrarla. Costa abajo, quizá no la hallaran tan rápidamente...

—Id, pues, pero no tardéis demasiado.

Janey se inclinó para besar a Félix.

—¿Te cuidarás? —preguntó él.

—Mucho —prometió ella.

—¿Puedo llevar esto? —preguntó Clare, cogiendo el tosco dibujo de la paloma que había hecho Félix.

Este asintió.

Janey cogió la cazadora y se dirigió hacia la puerta. Entonces sonó el teléfono.

—Es para ti, tesoro —dijo el Vejete, dándole el auricular.

Janey suspiró y atendió la llamada.

5

La noche en vela dejó a Michael Bett despejado y alerta cuando llegó la mañana.

La falta de sueño no le afectaba. Odiaba dormir y, por lo general no descansaba más de lo estrictamente necesario. A su entender el reposo alentaba la complacencia. Lo alejaba de ese filo donde todo era diáfano y preciso; ese filo donde podías tomar una decisión instantánea sin evaluar las consecuencias. La mente correlacionaba de forma automática todos los datos disponibles y los desembuchaba, de modo que podías poner manos a la obra sin temer que el resultado fuera desfavorable o la decisión fuera incorrecta.

En el filo, uno *sabía.*

Y eso era algo que las «ovejas» de Madden jamás experimentarían. Porque eran blandas y perezosas y tenían la cabeza rellena de algodón. Cuando él andaba por el filo, era algo más que un lobo; era una criatura de otro mundo. Un hombre como él podía lograrlo todo, mientras operase en el filo.

Ante un hombre como él, las «ovejas» no tenían la menor oportunidad.

Por ejemplo, Janey Little y el secreto de Dunthorn, que ella y su abuelo ocultaban al mundo.

Él había abordado el problema como una oveja, con rodeos, ateniéndose a las reglas. Ordenes de Madden: sin alboroto. Pero en el filo no había reglas. Estando allí, con el mundo nítidamente enfocado, la mente de Bett se aguzaba como el corte de una navaja, y ahora sabía a la perfección cómo manejar a Janey Little.

Madden aún era importante para Bett. Aún no había roto con la Orden, y Madden continuaba siendo su enlace. Así que complacería a Madden por el momento. No usaría el cuchillo con los Little. Ni siquiera lastimaría a sus amigos. Había otros modos de hacerlos tambalear.

Bett salió de la habitación y bajó. Había oído cómo el dueño de la pensión salía unos minutos antes y le había visto dirigirse calle abajo. A solas en ese lugar, se sentó en el despacho del hombre y apoyó el teléfono en el gordo brazo del sillón. La operadora tardó unos minutos en efectuar la conexión internacional, pero al fin Bett oyó las llamadas del teléfono en Nueva York, al otro extremo de la línea.

—Investigaciones Dennison —respondió una voz.

—¿Sam? Habla Michael Bett.

—¿En qué puedo servirle, señor Bett?

—Estoy en Cornualles y las cosas se han atascado. Es hora de que cumplas con la parte final de nuestro contrato.

—Espera que coja una pluma. Adelante, diga usted.

—Ante todo, debes establecer contacto con un hombre llamado Ted Grimes. —Dio a Dennison un domicilio del Upper West Side y el número telefónico de la oficina de Grimes—. Luego buscas a la mujer y cogéis los tres el primer vuelo hasta aquí. Os quiero a todos en Penzance cuanto antes.

—¿La mujer vendrá voluntariamente?

—Está a sueldo, igual que tú.

—Pondré manos a la obra, señor Bett.

Bett cortó la comunicación, miró el teléfono un instante y llamó de nuevo a la operadora. Efectuó varias llamadas de larga distancia, luego marcó un número local. Atendió Tom Little y pasó la llamada a su nieta.

—¿Janey? Habla Mike Betcher.

—Oh, hola ¿Has dormido bien?

—Sí —respondió Bett, con una sonrisa en la voz—. Espléndidamente. Escucha. En cuanto a nuestra cita de hoy...

—Se ha presentado algo y estaba a punto de salir. ¿Puedo llamarte más tarde?

—Yo también quería cancelarla. Es decir, no quería, pero debo hacerlo.

—¿Algún problema? ¿Te encuentras bien?

—No se trata de mí... Yo estoy bien. Es... Cielos, no sé cómo decirlo, Janey. El director me ha llamado para cancelar tu participación en el artículo. No me ha dado explicaciones; sólo ha dicho que no te quería allí y punto.

Hubo un instante de silencio en el otro lado de la línea.

—¿Pero por qué? —preguntó al fin Janey.

—Eso quiero averiguar. Voy a regresar a Londres para ver si puedo solucionar este asunto. No te habrás hecho nuevos enemigos últimamente, ¿verdad?

—¿Qué?

Librodot

—Mi jefe parecía muy ofuscado. La última vez que le oí ese tono fue cuando tuvo un pleito con ese tío... Bien, no importa quién. Se arregló fuera del tribunal. Pero está enfadado contigo, Janey no comprendo por qué. Yo también estoy enfadado, aunque no contigo, naturalmente. Voy a defenderte, pero si puedes aclararme algo que pueda ayudar...

—No... no sé nada sobre esto.

—Sí, eso pensaba. Mira, arreglaré este asunto, pero puede tardar algunos días. ¿Puedo llamarte al regresar?

—Claro que sí. Pero...

—Debo irme, Janey. Lamento endilgarte ese disgusto, pero he pensado que tenías derecho a saberlo.

—Te lo agradezco, Mike. Sólo que...

—Esto es lo que odio de esta profesión —continuó Bett—. Riñas, rencillas y demás monsergas. Cualquiera pensaría que la gente puede actuar con más madurez, pero es peor que tratar con críos en una guardería. Entiendes a qué me refiero.

—En verdad no. Yo...

—Tengo que cortar, de veras. Te llamaré dentro de dos días, a lo sumo tres. No te preocupes, Janey. Arreglaremos el asunto. Entretanto, cuídate. Y trata de no preocuparte.

—Pero...

Bett colgó y pensó en lo que acababa de decir.

Trata de no preocuparte.

Sonrió.

Como si ella pudiera olvidarse de la llamada. Y cuando las otras piezas del rompecabezas empezaran a encajar y ella descubriera cuan fácil era perderlo todo...

Pensó que despedazar una mente era casi tan divertido como despedazar un cuerpo.

Dejando el teléfono donde lo había encontrado, regresó a la habitación a vestirse.

Había llegado la hora de visitar a la Princesa de Hielo. Quizá jugara con ella para embrollarle las pocas luces que tenía. Tal vez se disculpara por la noche anterior. Con dulzura y ternura. Acaso le jurara que lo ayudaría a recobrar a ese marinero, si eso deseaba.

Cuando hubiera terminado con ella, Lena clamaría que lamentaba haber estropeado las cosas. Y Cuando Madden y «papá» se presentaran, Lena y él serían íntimos.

Vaya que sí.

Todo se volcaría en su favor porque estaba de vuelta en el filo.

De vuelta en el filo y en gran forma.

6

Janey colgó el auricular y palideció al digerir las palabras de Betcher.

No tenían sentido.

Ni por asomo.

—¿Qué ocurre, palomita mía? —preguntó El Vejete.

—Era Mike... Mike Betcher.

—¿El reportero de *Rolling Stone*? —se interesó Clare.

—Dijo que su jefe ha cancelado el artículo. No, mejor dicho, que ha cancelado mi parte. Mike me ha preguntado si me había hecho de nuevos enemigos, que su jefe estaba enfadado conmigo... —Miró a su abuelo, a Clare y a Félix—. Ni siquiera conozco a ese hombre.

—Ha de haber algún error —dijo el Vejete.

—O quizá todo lo contrario —replicó Clare.

—¿Qué quieres decir?

—Tal vez fue deliberado. Si estamos hablando de conspiraciones...

—Oh, vamos —dijo Janey, riendo con desgana. Los demás no rieron—. No digamos tonterías. No tiene sentido.

—No sé —comentó Félix—. Quizá Clare esté en lo cierto. Ya han tratado de alejarme de ti y de matar a Clare. Es como si intentaran aislarte de tus amigos. Ahora están trabajando en tu carrera...

—No puedo creer que Mike también esté enredado en esto —repuso Janey—. Acaba de decirme que irá a Londres para defenderme ante su jefe.

—¿Su jefe está en Londres? —preguntó Clare.

—Bien..., no sé. Eso ha dicho. Quizá tienen una filial o algo parecido. —Meneó la cabeza—. No tiene sentido que él esté involucrado. Ni su revista.

—Es posible comprar a la gente —apuntó Félix.

—Pero...

—Cuanto antes averigüemos algo sobre esta gente, mejor será, Janey —propuso Clare, cogiéndola del brazo.

Janey miró a Félix.

—Ella tiene razón —reconoció éste.

—No sé en qué puede ayudar Peter Goninan —añadió el Vejete—, pero será mejor que lleguemos pronto al meollo del asunto.

—Supongo que sí. Abuelo, ¿puedes llamar a Kit para preguntarle si ha tenido alguna novedad? —Kit Angelina era la agente de Janey y trabajaba en Londres—. El número está en mi libreta roja —añadió.

—La llamaré enseguida —respondió el Vejete.

—Gracias.

Janey titubeó un instante más, pero Clare le cogió del brazo de nuevo para llevarla al coche.

Acomodándose ante el volante, Janey miró ese paisaje familiar: Chapel Place, el jardín del abuelo, la capilla metodista, las casas acogedoras. De pronto, todo parecía distante y extraño. Como si formara parte de un mundo y ella de otro.

Era un horrible sentimiento de desorientación.

—¿Janey? —preguntó Clare.

Miró a su amiga, sin verla por un instante, meneó la cabeza y puso el motor en marcha.

Al alejarse, no pudo dejar de preguntarse por qué cuernos le ocurría todo eso.

7

Davie Rowe estaba sentado en Armas del Rey, esperando a Willie Keel. La taberna estaba en Paul, frente a la iglesia de St. Paul. El canoso Harry ocupaba su sitio habitual detrás de la barra y hablaba con un par de viejos que trabajaban en las granjas del camino de Trungle. Aunque tenían las botas enlodadas, ambos usaban su mejor atuendo dominical: gorras de paño, chaquetas y pantalones limpios y corbatas anudadas bajo la barbilla. Al margen de ellos, Davie estaba solo en la taberna, aunque el comedor de al lado se iba llenando rápidamente. Charlas y risas se filtraban por el tabique abierto de detrás de la barra, que daba al bar del comedor.

De este lado aún había silencio. La inevitable máquina tragaperras estaba callada, para variar. Davie sentía la tentación de jugar un rato, pero nunca tenía suerte con las máquinas y andaba escaso de fondos, pues apenas le quedaba dinero para otra consumición hasta que Willie llegara con la pasta. Así que sorbía su cerveza en un banco,

Librodot

junto a la mesa de billar.

Esperó media hora más.

Willie apareció cuando Davie acababa de terminar su jarra y pedía media cerveza Hicks al tabernero. Estaba regresando a la mesa cuando Willie entró con una expansiva sonrisa. Keel pidió otra jarra en la barra y la llevó adonde estaba sentado Davie. De un largo sorbo vació un tercio del recipiente y lo apoyó en la mesa.

—¿Cómo andas, eh? —preguntó.

—He estado mejor.

—Bien, esto te reanimará.

Keel echó una ojeada furtiva a la barra, extrajo un fajo de billetes de diez libras del bolsillo y se lo entregó a Davie. Davie lo guardó deprisa, sin molestarse en contar. Por muchos extras que Willie hubiera ganado —sin duda sacados de la parte de Davie—, siempre cumplía con su palabra. Si había prometido doscientas libras, los billetes sumaban doscientas, ni un penique más ni un penique menos.

—No está mal para un trabajito rápido, ¿eh? —dijo Keel.

—Nada mal —convino Davie. Era muy buena pasta.

—Y sin duda vendrá más desde el mismo lado —añadió Keel.

—¿De qué se trata, Willie? —preguntó Davie, inclinándose sobre la mesa.

—Bien, ya conoces mi opinión. Haces el trabajo, coges la pasta y no haces preguntas.

—Lo sé —dijo Davie. Había aprendido eso y mucho más durante su estancia en la cárcel—. Pero esa mujer... ¿qué le pasa con Janey y Clare?

—¿Qué nos importa mientras pague?

—Sí, pero...

—Te diré una cosa. —Keel se le acercó—. Nuestra señorita Grant no está sola en este negocio. No sólo tiene dinero, sino más gente. Ahora tenemos la ventaja, compadre. Es nuestro patio trasero, como quien dice, y los americanos no se mueven con tanta desenvoltura como nosotros. Pero... —golpeó la mesa con un dedo para dar énfasis—, también te diré esto. Si hablamos más de la cuenta y metemos el hocico donde no debemos, ellos actuarán por su cuenta y perderemos nuestra ganancia.

—Pero acabas de decir que ellos no se mueven igual que nosotros.

—Y es verdad. Pero hay otros a quienes les agrada una tajada de dinero fácil, Davie. Y, al anochecer, ¿quién sabe diferenciar entre un lugareño y un americano? Aunque pretenden actuar con delicadeza, quizá no les moleste hacer trabajos sucios con sus propias manos. Y quizás el primer trabajo que acepten sea el de cerrar un pico demasiado abierto. ¿Soy claro?

—No busco problemas —asintió Davie—. Es sólo que... Sí, Clare. ¿Por qué alguien quiere hacerle daño?

—Hay algo que debes aprender —dijo Keel—, y es la simple y llana verdad de que todos tienen secretos. Algunos son más oscuros que otros, pero todos los tenemos. Puedes conocer a Clare Mabley de toda la vida...

—Pues sí.

—Pero eso no significa que la conozcas de veras. Yo podría contarte historias...

—¿Qué? ¿Sobre Clare?

Keel rió y negó con la cabeza.

—No sobre Clare. Pero hay muchos nobles y ejemplares ciudadanos de estos parajes que han hecho cosas peores de las que nosotros podríamos imaginar, Davie. Te aseguro que conozco un par de secretos.

—¿Como cuáles?

—Si te los contara, dejarían de ser secretos.

—Ésa no es una respuesta.

—Entonces piensa en esto: ¿por qué nunca me han enviado a la cárcel, compadre? —Keel le palmeó el brazo—. Porque sé cosas que la gente importante prefiere no ventilar

en público.

Aunque Davie aún sentía curiosidad, decidió callar sus preguntas. Era verdad que la policía nunca demostraba mayor interés en Willie Keel, pero dudaba que fuera porque el hombrecillo tuviera en jaque a varios notables. ¿Quién escucharía las habladurías de gente de su calaña? Lo más probable era que Keel fuera simplemente un informador.

—Bien, Davie —dijo Keel, levantándose, cuando terminó la cerveza—. Aún tengo trabajo que hacer.

—¿Algo para mí?

—Quizá sí, quizá no. Quédate cerca del teléfono y te llamaré si surge algo.

Davie no quería dejar las cosas así. Quería averiguar más sobre la americana. Cómo sabía ella que Clare estaba en peligro y, más importante, ¿*quién* era la amenaza? Si Willie no se lo decía directamente, pegársele era lo mejor. Porque Willie era charlatán y tarde o temprano, a lo largo del día, desembucharía algo. Pero tampoco convenía presionarlo.

—De acuerdo. Aunque yo también he de hacer un par de cosas, luego estaré en casa.

Keel le guiñó el ojo.

—A la salud de los americanos y su dinero —saludó Keel, guiñándole el ojo y dirigiéndose hacia la puerta.

Davie lo siguió con los ojos y se reclinó en el banco. Terminó la cerveza. Al tantear el dinero que tenía en el bolsillo pensó en comprar otra, pero cambió de idea.

No le agradaba gastar ese dinero. Ni siquiera le agradaba tenerlo.

Oh, claro que se lo había ganado en buena ley. Había salvado a Clare y había puesto en fuga al atacante. Había hecho su trabajo.

Su trabajo: eso era precisamente lo que le molestaba. Clare nunca había sido ruda con él..., al contrario que otros. Ayudarla no tendría que haber sido un trabajo. Tendría que haber sido algo que uno hacía porque era lo debido. Porque Clare estaba en un brete y necesitaba una mano. No por dinero.

Pensó que era una idea rara, viniendo de un hombre que se ganaba la vida birlando lo que podía a los turistas que todos los veranos acudían en tropel a esa región. Pero ellos eran distintos. Eran ricos, o al menos más ricos que él. No eran conocidos. Ellos...

Ellos no eran Clare.

Un par de mozos locales entró a jugar una partida de billar. Davie los observó hasta que el que iba perdiendo se quejó en voz alta de que erraba los tiros porque una cara fea le quitaba la concentración. El amigote sonrió, y Davie hirvió de furia ante esas caras burlonas.

Se levantó. Ambos chavales se amilanaron ante su tamaño y aferraron los palos de billar con más fuerza. Davie apretó los puños rechonchos a los costados y entornó los ojos. Avanzó un paso hacia ellos, pero luego miró de soslayo al tabernero, pensó en Clare y decidió apaciguarse. Saludando a Harry con un movimiento rígido, de cabeza, salió de la taberna con la risa en los oídos.

Ellos sabían que no iba a luchar. En otros tiempos lo hacía, cada vez que se mofaban o le ponían apodos, pero ya no. No podía, pues no quería problemas con la ley. Y, al no pelear, se sentía mejor que ellos. Pero eso no paraba el dolor, ni la furia.

Echó a andar hacia Mousehole, con las manos en los bolsillos, permitió imaginar el placer de triturar esas sonrisas socarronas. Eso le hizo sentirse peor.

Piensa en algo alegre, Davie, se dijo.

Lo primero que le acudió a la mente fue que estaba sentado con Clare a la mesa de la cocina. Se preguntó qué se sentiría al abrazarla, al hacerle el amor.

¿Cuánta fuerza tendría ella en esa pierna coja? ¿Podría envolverlo, apretarlo contra ella, empujándolo más adentro?

Nunca lo averiguarás, se dijo.

Pero eso no significaba que no pudieran ser amigos. Quizá pudiera ir a visitarla y pedirle un libro prestado.

Tocó el fajo de billetes que llevaba en el bolsillo.

Librodot

O simplemente podía hablarle. Sobre lo que sabía. Tal vez ella estuviera en apuros y necesitara su ayuda. Serían ellos dos contra sus enemigos, como en las películas. El sería Dennis Quaid y ella su Ellen Barkin. Y, cuando hubieran derrotado a sus enemigos, ella sentiría tanta gratitud...

El pene se le endureció, presionando dolorosamente los pantalones.

No. Sólo serían amigos.

Eso ya sería bastante, ¿o no? Tener una verdadera amistad.

Pensó en lo que Willie había dicho en Armas del Rey.

Todos tienen secretos.

¿Cuáles eran los de Clare?

Algunos más oscuros que otros...

¿Cuan oscuros eran los secretos de Clare?

¿Qué importaba? Davie sabía que, por oscuros que fueran, nunca sería tan negros como para ahuyentarlo.

Diantre, exclamó para sí. Era un asunto sin esperanzas.

No obstante, cuando llegó a Regent Terrace giró a la derecha, siguiendo el rumbo que lo llevaría a través de la aldea hasta Raginnis Hill, donde vivía Clare.

TÓCAME SI TE ATREVES

No sucumbas ante los demonios, sino embiste aún con mayor arrojo.

VIRGILIO
Eneida, Libro VI

Los chicos de Pingajos comenzaron a llegar mientras Henkie, Taupin y Lizzie tapaban las ventanas del almacén. Los tres se turnaban para encaramarse a una destarlada escalera y cubrir los paneles con cuadrados de cartón que luego pegaban con cinta adhesiva, una ventana tras otra.

El almacén cobró un aire penumbroso, pues ahora la única luz interior venía del puñado de lámparas de aceite que Henkie había colgado en la vasta habitación.

Taupin había salido más temprano para avisar a Kara Faull que necesitarían la ayuda de los chicos de Pingajos; ella fue la primera en llegar y abrió la puerta sin siquiera anunciarse. La luz del sol se derramó por la entrada, abriendo un brillante tajo de luz en el centro del almacén y ahondando las sombras de alrededor.

—¡Hola! —exclamó, pestañeando—. ¿Puedo entrar mi bicicleta?

—¡Cierra la puñetera puerta!

La voz de Henkie tronó en el otro lado del almacén, estremeciendo a Jodi. Estaba sentada en el hombro derecho de Denzil, porque era el mejor modo de mantenerse fuera del paso y para hacerse oír por uno de los conspiradores. Se aferraba del cuello para conservar el equilibrio y gruñía cuando Denzil se inclinaba demasiado sobre la mesa para realizar la tarea que Henkie le había asignado.

—¿Siempre tiene que gritar así? —le preguntó a Denzil.

—En realidad —respondió Denzil—, creo que se porta con mayor delicadeza que nunca.

—No puedo creerte.

—Bien, por lo que he oído...

—¡Cierra esa puerta! —insistió Henkie, con voz estentórea.

Kara le sonrió, ahora que podía distinguirlo en la penumbra

—Los demás están a punto de llegar —dijo—; así que podemos dejarla abierta. ¿Qué hago con mi bici?

—Por mí, arrójala a la bahía.

—No eres muy cordial —declaró Kara, con un ensayado mohín en los labios—. Especialmente viendo que estamos aquí para ayudarte. —Henkie le clavó una mirada fulminante desde arriba de la escalera—. Es la pura verdad —añadió ella.

—De acuerdo —aceptó Henkie—. Deja la puñetera puerta abierta. Deja que las criaturas de la bruja entren para espiar todos nuestros secretos. Sólo hemos pasado una maldita hora cerrando estas ventanas para que no puedan fisgonear. Por lo que nos encanta que dejes la puerta abierta de par en par para que entren sin dificultad. ¿Quieres que les prepare un poco de té?

—¿Qué le pasa? —le preguntó Kara a Taupin.

—No le hagas caso. Estamos felices de verte. Sólo vigila esa puerta para que no entre ninguna cosa.

—¿Qué clase de cosa?

—No estoy seguro —respondió Taupin, encogiéndose de hombros—. Que yo sepa, ninguna cosa mayor que una mosca.

Kara estudió a Taupin, Henkie y Lizzie, y luego observó a Denzil, que estaba sentado a una mesa cosiendo ropas de muñecas.

—¿Ninguna cosa mayor que una mosca? —repitió.

—Que yo sepa —asintió Taupin.

—¡Necesito otro cuadrado de cartón! —dijo Henkie desde arriba.

Taupin se agachó junto a la pila que tenía al lado y le pasó otro cartón a Lizzie, que estaba en un peldaño a mitad de la escalera. Lizzie se lo entregó a Henkie.

—¿Todos habéis perdido el seso? —comentó Kara.

—No creas —dijo Taupin—. Parece raro, pero, si nos das unos momentos para terminar con esto, te explicaremos todo el asunto.

—Está bien. Me gustan las locuras.

—¿Quién está loco? —preguntó una nueva voz.

Peter Moyle se había acercado por detrás de Kara. Echó una ojeada al almacén.

—Hola, Denzil —saludó—. ¿Qué tienes encima del hombro? ¿Una nueva clase de mono?

—Le daré una buena zurra —dijo Jodi—. Eso es, cuando sea un poco más grande.

—No es un mono —le replicó Kara, con voz repentinamente maravillada—. Es un Pequeño.

Ambos se aproximaron.

—No —exclamó Peter—. ¡Es Jodi!

—¡La puerta! —gritó Henkie.

—Todavía está allí —respondió Peter.

—¡Cierra esa puerta!

Pero ninguno de los niños le prestaba atención. Se acercaron boquiabiertos a la mesa donde trabajaba Denzil.

—¿Cómo la has transformado en Pequeña? —preguntó Kara.

—¿Puedes transformarme a mí? —añadió Peter.

—Diantre —masculló Henkie—. Brengy, encárgate de esa puerta.

—¿Pero la escalera...?

—Nos arreglaremos.

Mientras Henkie se volvía para colocar la nueva lámina de cartón sobre la ventana, Taupin fue a cerrar la puerta, donde se topó con una pandilla de chicos de Pingajos que entraban en tropel y se apiñaban alrededor de la mesa donde Denzil presidía ahora su corte, hablando como si toda la vida hubiera sabido que la magia era real y sin el menor embarazo ante su propia conversión.

Taupin echó un vistazo afuera. Las bicicletas de los niños se amontonaban en una pila de metal y ruedas alrededor de la puerta; eso era todo lo que él podía ver. O, al menos, fue todo lo que pudo ver hasta que miró más allá. Entonces vio una persona con manta

Librodot

negra escurriéndose detrás del parapeto.

—Aún está allá —anunció.

Había más silencio ahora que Denzil había pedido a los niños que no gritaran, explicándoles que esos vozarrones lastimaban los oídos de Jodi.

—¿Algún rastro de esa sabandija? —preguntó Henkie—. ¿Cómo demonios se llama? ¿Malvón? ¿Malvavisco?

—Malvís —dijo Lizzie.

—Yo no la veo —respondió Taupin.

—¡Entonces cierra la puñetera puerta!

—Henkie —le increpó Lizzie—, ¿debes gritar así?

El la miró de hito en hito.

—No empieces tú ahora —le replicó él, mirándola de hito en hito y agitando el dedo—. Desde que Brengy nos metió en este embrollo, sólo oigo «Henkie, no hagas esto» y «Henkie, no hagas aquello». —Se interrumpió cuando la escalera empezó a oscilar—. Estabilízala —pidió—. Estabilízala.

Pero era él mismo, al cambiar de posición, quien hacía bambolear la escalera. Y, cuando intentó compensar el vaivén la inclinó excesivamente en la dirección contraria, con lo que la escalera vaciló un instante y se ladeó. Lizzie saltó y aterrizó en un viejo colchón, pero Henkie, que estaba en el tope, sólo pudo aferrarse a la escalera que caía.

La conversación se interrumpió en el almacén mientras Henkie se desplomaba sobre una pila de pinturas. La escalera patinó por el suelo, botando un par de veces antes de detenerse. Al caer Henkie en las pinturas, la pila se desmoronó en una nube de polvo. Cuando el aire se despejó, Henkie estaba sentado y aturdido entre los lienzos.

Había atravesando uno con la mano y otros dos con el pie; pero lo que provocó la carcajada de los chicos de Pingajos fue la pintura que había atravesado con la cabeza. El desnudo de una mujer pechugona le colgaba como un delantal. La cabeza de Henkie reemplazaba la cabeza de la modelo.

Se la quitó de encima escupiendo maldiciones, se levantó con cara de pocos amigos e hizo callar a todos. Un hombre de ese tamaño resultaba temible cuando se enfurecía.

—Bien. Tú y tú —ordenó, señalando a un par de niños— terminad de tapar las ventanas. Tú —señaló a otro— vigila la puerta. El resto ayudad a Denzil... Sabéis coser, ¿verdad?

—Yo sí sé.

Una chiquilla de la mitad del tamaño de Kara alzó la manita mugrienta. No tenía más de siete años. Tenía una carucha redonda y su cabeza era un estropajo de rizos ensortijados.

—Conque sabes, ¿eh? —Henkie se aplacó. La niñita asintió—. ¿Y cómo te llamas?

—Ethy.

—Bien, Ethy, serás la ayudante especial de Denzil. —La chiquilla sonrió—. En cuanto al resto... —continuó Henkie.

—Un momento —interrumpió Peter—. Vinimos a ayudar, no a recibir órdenes como si tú fueras la ley. En casa ya tenemos bastante de eso.

—Si habéis venido a prestar vuestra puñetera ayuda, comenzad por escuchar mis malditas instrucciones. De lo contrario, largo de aquí y dejadnos seguir con nuestro puñetero... —Calló cuando Lizzie le asestó un puntapié en el tobillo—. ¿Te has vuelto loca, mujer? —exclamó.

—Todos están locos —confió Kara a los demás niños.

—Escúchate —le dijo Lizzie. Un gruñido tonante gorgoteó en el pecho de Henkie—. Escúchate —repitió.

Por un instante, Henkie pareció a punto de triturar algo. Todos .retrocedieron un paso, excepto Lizzie. Pero Henkie suspiró y aceptó.

—Me sentaré en esa silla —musitó, señalando un rincón— y beberé en silencio un

maldito vaso de whisky. Llamadme cuando pueda empezar la planificación.

Lizzie se puso de rodillas, le dio un beso ligero en la mejilla y le dijo:

—De acuerdo.

Los niños se separaron como el mar Rojo ante Moisés, cuando Henkie avanzó hacia ellos, y se volvieron a juntar cuando él pasó. Henkie se sirvió un vaso entero de whisky y se sentó en la silla, donde empinó la mitad sin siquiera pestañear. Habiendo probado ese brebaje en varias ocasiones —como es típico en los niños—, quedaron impresionados y admirados.

Cuando volvieron las caras tiznadas hacia Lizzie, ella les sonrió.

—Os agradecemos muchísimo vuestra ayuda. Y, aunque algunas de las tareas son aburridas, habrá gran diversión al final.

—¿Cuáles son esas tareas? —preguntó Peter, obviamente tan encantado con ella como enojado con la prepotencia de Henkie.

Lizzie explicó que era terminar de cubrir las ventanas, había que coser muchos vestidos de muñeca. Era preciso cortar pelucas y pegarlas a las cabezas de las muñecas. Había que montar guardia para impedir que los espiaran.

—¿De qué se trata? —preguntó otro niño.

Mirando desde el hombro de Denzil, Jodi identificó al niño: Harvey Ross. Era un chico corpulento que rivalizaría con Henkie cuando terminara de crecer. A los doce años, ya conseguía trabajo en los lugares pesqueros y trabajaba igual que los hombres. ¿Conocéis a la viuda Pender? —preguntó Taupin.

—Es una bruja —replicó un niño.

Jodi no tuvo que mirar reconocer la voz de Rata Friggens. Así como Harvey era enorme para su edad, Rata era menudo. Era un año menor que Jodi, pero apenas superaba en altura a la diminuta Ethy. Su verdadero nombre era Richard, pero a causa de su nariz nerviosa, sus rasgos puntiagudos y su modo furtivo de aprovechar su tamaño lo habían bautizado «Rata» años atrás.

—Exacto —dijo Taupin mientras los niños contenían la respiración al unísono. Una cosa era suponer que había brujas y Pequeños y otra muy distinta descubrir que no eran sólo cuentos—. Debemos ocultar a Jodi el tiempo suficiente para llevarla al Men-an-Tol sin que la Viuda sepa qué nos proponemos.

—¿Y si nos transforma a todos en Pequeños por ayudaros? —preguntó Kara.

—Necesita saber vuestro nombre y repetirlo tres veces para obrar su hechizo —explicó Taupin—. Sin duda tenéis tiempo para echar a correr o, al menos, para taparos las orejas.

—Tiene que ser el nombre verdadero, ¿verdad? —le preguntó Rata.

—El que te hace quien eres —convino Taupin—. El nombre que, a tu parecer, abarca todo lo que crees que eres. De modo que, si deseara hechizarte a ti, Rata, tendría que llamarte Rata Richard Friggens, pues supongo que así te ves a ti mismo. —Rata asintió—. No puede saber todos vuestros nombres —concluyó Taupin.

—Pero podría aprenderlos, ¿verdad? —preguntó Ethy.

—Yo...

Taupin miró desconcertado a Lizzie, quien se hizo cargo una vez más. Pasó a explicar el resto del plan de Henkie. Cuando terminó, los niños sonreían de oreja a oreja.

—Será sensacional —dijo Kara.

Luego fue cuestión de indicar a cada cual su trabajo. Todos los niños querían ayudar a Denzil, pues así podían mirar a la diminuta Jodi y escuchar asombrados su historia, además de reírse ante su vocecilla aguda. Hubo diversas discusiones —con argumentos como «A mí me toca primero», «Ella no sabría coser ni aunque le fuera la vida» y «Al cuerno contigo»—, pero pronto el asunto se resolvió mediante el simple expediente de permitir que todos se turnaran en la costura.

Cuando todo estuvo preparado, con los planes trazados y una solución adecuada para

Librodot

cada posible contingencia, era media tarde y hora de empezar.

—Recordad —insistió Taupin a los niños mientras todos se reunían junto a la puerta— que, si las cosas se ponen mal, siempre podéis saltar a la bahía, donde ni ella ni sus criaturas podrán tocaros.

—¿Y los muertos ahogados? —preguntó Rata.

Varios niños menearon la cabeza con nerviosismo.

—¿Sabes algo sobre esto? —preguntó Taupin, mirando de soslayo a Jodi.

Jodi meneó la cabeza, harta de que los niños se rieran cuando ella hablaba. Iba a zurrar a más de uno cuando recobrara su tamaño.

—Es sólo lo que he oído —dijo Rata—. Que ella puede llamar a los muertos del mar, quienes salen dando tumbos y goteando agua y algas para morder las carnes de los vivos.

—Sabemos de muy buena fuente —replicó Taupin— que las brujas no soportan el contacto de la sal.

—Sí, pero los muertos del mar no la tocarían a ella —añadió Rata.

Henkie se levantó de la silla como un oso que deja su guarida en primavera.

—Si no quieres ir, chaval, dilo sin puñeteros rodeos.

—No tengo miedo —repuso Rata.

—Tampoco yo —añadió Ethy—. No tengo nada de miedo.

—Entonces veamos qué podemos hacer —dijo Henkie.

Kara era la que estaba más cerca de la puerta. A una señal de Lizzie, hizo girar el picaporte, abrió y fue hacia donde estaba tirada su bicicleta.

2

La viuda Pender no siempre fue viuda ni Pender.

Nació en ese momento preciso que estaba equidistante entre la ultima tajada de luna vieja y la primera tajada de luna nueva. Fue alumbrada en el piso de un carromato tirado por asnos, al amparo de un seto de espinos, cuando los primeros vientos del invierno agitaban los árboles y una helada negra tapizaba el suelo escarchado.

Era un tiempo propicio para el nacimiento. Al menos, su gente o consideraba favorable, pues opinaba que la penuria temblaba y fortalecía el espíritu.

Librodot

La comadrona había sido bruja, y ella misma nació en una familia de brujas, tercera y última de tres hijas que llevarían el apellido Scorce. La gente común las consideraba viajeras; los viajeros, en cambio, sabían muy bien quiénes eran las Scorce y las eludían, trazando signos secretos en la tierra para advertir a otros clanes nómadas acerca de su paradero.

En una curiosa ceremonia, semanas después, la bautizaron Hedra, pues ésta era la palabra antigua para decir octubre, el mes en que había nacido. Su familia se congregó alrededor de una piedra alta y escabrosa en lo alto de su peñasco que dominaba el mar. Si un observador hubiera visto el ceremonial, habría visto mucho ajetreo inútil en los cánticos toscos y sin palabras, los locos bailoteos, la quema de pequeñas figuras de paja y talismanes en fogatas de hueso y la confección de fetiches que estaban ligados al nombre del bebé y su futuro. Cada participante se marchaba con uno de esos fetiches, que mantendría a través de los años a buen recaudo para preservar la suerte de la niña recién bautizada.

Bajo la blusa rígida, la viuda Pender aún llevaba su fetiche en un diminuto morral de cuero. Lo usaba para evocar los días en que ella era Hedra Scorce y el mundo era jovial y maravilloso, en que las sombras eran sólo sombras y ella desconocía aquello que se agazapaba en las tinieblas, observándola con ojos refulgentes cuyos párpados eran telarañas.

Pero no lo usaba por la suerte, porque hacía tiempo que la suerte la había abandonado.

Las Scorce habían recorrido la comarca durante años: la madre, la tía y la abuela en el carromato, las niñas a pie. Como otros nómadas, hacían faenas diversas: recogían patatas y otras hortalizas en temporada y vendían escobas y cestos de retama que ellas confeccionaban y amuletos que, al contrario de los ofrecidos por otros viajeros, eran potentes por sí mismos y no requerían una creencia para obrar su magia. Amaban el camino, el largo camino que se devanaba sin principio ni fin, llevándolas de un pueblo al otro, de aldeas a parajes solitarios, y los brezales y peñascos pedregosos que no eran nada solitarios para quienes vivían, como ellas, tan apegados a la tierra.

Pero los tiempos cambiaron. Se pusieron más difíciles para los nómadas, pues los alguaciles los expulsaban de los parques de pueblos y aldeas, hasta que sólo les quedaron los brezales y los peñascos, parajes desolados donde no hallaban sustento. La belleza y la maravilla de la naturaleza sostenían el espíritu, pero el cuerpo requería una nutrición más secular, que sólo se ganaba en pueblos y aldeas.

Tiempos difíciles.

A veces Hedra veía ojos que la escrutaban desde las sombras. Oía el susurro de una voz y luego todo un coro.

—No escuches —decía la abuela cuando Hedra preguntaba qué acechaba en las sombras—. Las fechorías y los males del mundo aguardan en las sombras para hacer presa de niñas inocentes como tú. Te prometerán cualquier cosa. Si sigues su consejo y aceptas sus obsequios, tu alma se agriará. Se encogerá y marchitará hasta que ya no puedas sentir la presencia de la Madre. Cuando abandones su luz, sólo te quedarán las sombras, cosa que no le deseo a nadie, ni amigo ni enemigo.

—Pero dicen que pueden ayudarnos.

—Cuanto más dulce es la promesa —replicó la abuela—, más cierta es la mentira.

—Pero...

—Recuerda la lección que los cristianos han olvidado. Cuando Adán y Eva escogieron en el Edén, no se trataba de optar entre la obediencia ciega y la piedad beata. Se trataba de escoger entre el yo y Dios, entre la arrogancia y la fe.

—Nosotras no somos cristianas —objetó Hedra.

—Es verdad. Pero nuestra Madre de la Luz y su Cristo no son tan diferentes. En nuestros corazones ambos seguimos la luz; sólo los nombres varían. Lo que te habla desde las sombras es la mismísima serpiente del Edén, niña.

—Me gustan las serpientes.

—También a mí. —La abuela sonrió—. Pero hay un mundo de diferencia entre la

Librodot

pequeña prima que podemos coger en la hierba y aquella cuya voz nos tienta desde las sombras. Prométeme que no la escucharás.

Nunca había visto a su abuela tan seria, tan solemne.

—Lo prometo.

Y trató de seguir el consejo de la abuela, de cumplir la promesa. Pero era difícil no escuchar cuando el mundo era como era, cuando la luz parecía morir por doquier y sólo quedaban sombras.

Tiempos difíciles.

Kerra fue la primera en partir, tras casarse con un zapatero de Peatyturk. La abuela murió. La tía se casó con un miembro de otra familia de nómadas. Su madre enfermó, pero se recobró. Gonetta se quedó con ellas hasta que pasaron por Rosevear, donde se casó con el hijo de un tendero.

Entonces sólo quedaron ella y su madre siguiendo el camino con el asno y el carromato.

Tiempos difíciles.

Las sombras susurraron con mayor intensidad y Hedra no pudo evitar escucharlas. Pero recordó la promesa hecha a la abuela y no hizo nada con el conocimiento secreto que le murmuraban al oído.

No hizo nada cuando los alguaciles las expulsaron de la ciudad sin permitirles comprar alimentos y tuvieron que buscar raíces y carroña en la costa.

Ni cuando soportaron las befas de los que iban a la iglesia, gentes respetables que escuchaban piadosamente las enseñanzas de la luz dentro de los santos recintos de piedra, pero salían de allí con menos caridad en el corazón que los helados vientos del invierno.

Ni cuando los niños les arrojaron piedras, ni cuando les echaron los perros por diversión.

Tiempos difíciles.

Su madre murió una noche tan fría y solitaria como la noche en que había nacido Hedra. Acampaban al amparo de otro seto, pero la helada era igualmente negra y el viento igualmente frío. Con sus quince años, Hedra pasó toda la noche despierta, acunando el cadáver en sus brazos. Por la mañana sepultó ese extraño objeto en que se había transformado su madre. Sin el alma, era una cosa vacía que se parecía a su madre tanto como una piedra.

Pero Hedra recordaba los brazos acogedores, la voz dulce y aflautada que la arrullaba con el contrapunto del viento fuera de la tienda de lona y la sonrisa cálida como el sol estival.

Las sombras se acercaron más, susurrando, susurrando.

Hedra se encorvó junto a la tumba de la madre, envolviéndose el cuerpo helado con los brazos, tiritando y tratando de no escuchar, pero era difícil, muy difícil. Tan difícil como los tiempos. Entonó una de las canciones de la madre para cerrar sus oídos a las voces y se acostó, pero esta vez llevaba el peso en el corazón, no en los brazos.

Y así la encontró Edwin Pender.

La llevó a casa y la hizo su esposa. Le brindó orden, amor y consuelo, y mantuvo las sombras a raya. El asno envejeció y terminó sus días plácidamente. El carromato fue a parar al fondo de la casa Pender. La brillante pintura se descascaraba a la intemperie, las ruedas se cubrían de hierba, mientras el interior se llenaba de hojas y desechos, y gatos somnolientos dormitaban en el pescante cuando el sol entibiaba los tablones de madera.

Pero a Hedra no le importaba, pues Edwin Pender había ahuyentado los tiempos difíciles y había llenado el vacío. Él trabajaba en el mar y ella mantenía la casa. Si él estaba decepcionado por no haber recibido un hijo, jamás lo mencionó. Iban juntos a la iglesia. Hedra se contentó con cambiar su Madre de la Luz por el Cristo. ¿Acaso la abuela no había dicho que era lo mismo, que sólo variaban los nombres?

Los tiempos difíciles pasaron.

Librodot

Hasta que ella supo que su esposo tenía una amante.

Él se echó a reír cuando Hedra le dijo que lo sabía. Comentó que un hombre como él necesitaba mucho más de una mujer, pero que ella no debía preocuparse. Su hogar estaba allí, y a él le quedaba amor de sobra para brindarle, ¿o no? Sólo tenía que abrazarlo...

Ella retrocedió y no dijo una palabra.

Su cólera era una tormenta silenciosa.

Pues a medida que su mundo se oscurecía las sombras regresaban en tropel, con ojos relucientes en los rincones oscuros de la habitación donde se ocultaban y voces susurrantes. Y ella fue recordando todos los conocimientos secretos que le habían revelado.

Cuando su esposo se hizo a la mar, Hedra invocó una tormenta. No le importó arrasar el Muelle Viejo y hundir los botes pesqueros, ni que quince hombres perdieran la vida, mientras Edwin Pender estuviera entre ellos.

Ofrendó la amante de su esposo a las sombras. En lo alto de un peñasco, en una noche sin luna, atravesó con acero a la camarera y enterró el cadáver en una tumba sin nombre, donde aún descansaban sus huesos enmohecidos.

No estaba arrepentida.

No estaba arrepentida porque ahora su espíritu pertenecía a las sombras y éstas la habían despojado de toda ternura, agriándola y marchitándola. A cambio, le habían revelado más conocimientos secretos.

Pasaba los años manipulando a las gentes de Bodbury, obrando pequeñas maldades cuyo origen nadie podía identificar y poniendo en marcha complejos mecanismos de mala suerte que tardaban años en redondearse y que le fascinaban porque ella podía modelarlos con maquinaciones invisibles.

Creó el símil de un hijo a partir de sí misma, dándole nacimiento como otras mujeres alumbraban hijos que llevaban en el vientre: su doble. Lo llamó Malvís. Juntos vivían en la frontera entre el mundo de las gentes comunes y el mundo secreto que se ocultaba en las sombras. Espiando y practicando sus juegos, eran como un par de arañas urdiendo una trama invisible que abarcaba la vida de cada hombre, mujer y niño de Bodbury.

Y estaba satisfecha.

La niña brillante que había sido una vez quedó olvidada como si jamás hubiera existido.

¿Hedra Scorce? ¿Quién era? Ahora sólo quedaba la viuda Pender.

Y pasaron los años.

Veinte años desde la tormenta, desde que ella había aceptado las sombras.

Esos años robaron vidas de pescadores en el mar. Otros, hombres y mujeres, fallecieron en tierra. Nacieron niños. Las ruedas del mundo giraban. Y la viuda Pender envejecía. Su espíritu no era más que un manchón de oscuridad, negro como el corazón de las sombras.

Pero, al envejecer, se sorprendió recordando un tiempo en que el mundo era un sitio más brillante, cuando ella tenía otro nombre y las sombras no la dominaban. Los recuerdos acudieron primero como pensamientos perturbadores que ella desechó. Pero, al pasar el tiempo, la Viuda vio rostros.

Sus hermanas, su tía. ¿Qué había sido de ellas?

Su madre. Su abuela.

Edwin Pender.

¿Cómo se podían haber arruinado tantas cosas buenas? ¿Acaso otra presencia había hilado los hilos de la urdimbre que era el corazón de su vida y la de su familia, manipulándolos como marionetas, tal como ella hacía ahora?

Las sombras gemían y escupían cuando ella tenía esos pensamientos. Malvís cobraba distancia.

La Viuda encontró el fetiche de su nacimiento en el fondo de un cajón y empezó a usarlo de nuevo. Pensaba en la suerte, mala y buena, perdida y encontrada.

Librodot

Recordó una vieja canción que había oído una vez, cuyos versos la acechaban a raras horas del día o de la noche:

Por doquier cogiste todo lo que hallaste,
cogiste este y oeste cuando ya no me amaste;
sol, luna y estrellas de mi cielo han caído,
y mucho me equivoco, o Dios mismo se ha ido.

Su esposo se lo había dado todo y luego se lo había arrebatado. Ella habría hecho cualquier cosa por él, pero eso no había sido suficiente.

Ay, negro cual endrino es tu duro corazón,
negra cual carbón es mi honda desazón
y negro como fango en un sitio reluciente;
eres tú, que todo ennegreciste para siempre.

Esa mancha oscura y agostada que era su espíritu empezaba a dolerle en lo profundo del pecho. Pensaba cada vez mas en lo que había dicho su abuela: que las sombras mentían, que podían manipular a los inocentes...

Se empeñó en recordar, pero no atinaba a imaginar otro modo de ser salvo lo que era ahora. Pensándolo bien, ¿cómo saber si había escogido bien en la vida? ¿Cómo saber si alguien no había escogido por ella?

Para averiguarlo, necesitaba liberarse de las sombras, que no querrían dejarla en libertad. A menos que pudiera ofrecerles un secreto que ellas no poseyeran. Ése era el precio; un precio simple e imposible.

Hasta que recordó a la niña que había sido y las historias que le habían contado su abuela y su madre sobre el Mundo de los Túmulos, el trasmundo de los *piskies.* Allí las sombras no prevalecían. Si ella podía darles la llave...

Compró un hombrecillo mecánico de juguete y, con cera y encantamientos, le dio tal apariencia de vida que parecía a punto de sentarse y hablar en cualquier momento. Luego obró el encantamiento que las sombras conocían para los *piskies.* El encantamiento hendió el aire una noche sin luna, como el anzuelo y el sedal del pescador, susurrando en las tinieblas hasta que atrajo y atrapó la mente soñadora de un hombrecillo de los brezales y lo llevó a su casa.

Aunque animado ya, el hombrecillo mecánico aún no hablaba. No revelaba secretos.

Las sombras rieron.

Malvís observaba con una extraña sonrisa en los labios.

Pero la Viuda perseveró. Como una niña con un juguete nuevo albergó al cautivo en un viejo acuario y se dedicó a confeccionarle muebles y ropas. Mientras trabajaba, examinó y desechó cien planes para arrancarle al hombrecillo su secreto. Se devanó los sesos hasta comprender que estaba derrotada. Nunca descubriría ese secreto. Nunca se liberaría de las sombras.

Por fin la llegada de esa entrometida niña de Pingajos le ofreció un plan practicable. Se proponía ablandar a Jodi durante unos días —el tiempo suficiente para que el temor de no recobrar su tamaño se transformara en desesperación—, para llegar a un trato con ella. Si Jodi le sonsacaba el secreto al hombrecillo, la Viuda la dejaría en libertad.

Era así de simple.

Excepto que la condenada niña y el *piskie* habían escapado y ahora estaba de nuevo en el principio, con una sola esperanza: que el hombrecillo hubiera revelado a la niña algo útil mientras estaban juntos.

Era aferrarse de un hilillo, pero a la Viuda no le quedaba otra alternativa. El dolor en el pecho era cada vez más desgarrador y la risa susurrante de las sombras la sacaba de quicio.

Librodot

Peor aún, cabalgando a lomos de esos recuerdos que tanto la atormentaban, había comprendido que al morir se reuniría con las sombras.

A decir verdad, siempre lo había sabido, aunque antes no le había parecido tan importante. Al envejecer, había comprendido cabalmente qué significaba formar parte de las sombras.

No estar nunca libre del dolor.

No conocer nunca la paz.

No reunirse nunca con su familia en el más allá.

Perder todo lo suyo, no una o dos veces, sino para siempre y sin esperanzas de recuperación...

Jamás reparó en la ironía de sus actos y del intento de recobrar la inocencia perdida mediante el tormento de otros. Era ciega a todo, salvo a su propia necesidad. Si hubiera recapacitado, habría comprendido por qué las sombras se reían así.

Pero su fuerza radicaba en su perseverancia. Por esa razón se agazapaba junto al parapeto del Muelle Viejo, espiando el almacén de Hedrik Whale, mientras su doble trepaba a techos y paredes tratando de fisgonear. No le importaba lo que pensaran los lugareños de su conducta. Sólo quería comprender qué se proponía Whale y los demás. Sabía que tenían a Jodi. ¿Pero qué harían con ella?

Constituía un grupo tan imprevisible que resultaba imposible adivinarlo. Si ya cada cual era bastante estrafalario de por sí, reunidos eran capaces de cualquier locura. Y cuando uno sumaba esa pandilla de chicos de Pingajos...

La Viuda estaba segura de que la acechaba un desastre.

Cambiaba incómodamente de posición, harta de observar el vapuleado flanco del almacén, cuando vio una silueta arácnida que brincaba del techo para correr hacia ella a lo largo del parapeto.

Algo estaba en ciernes. La Viuda sentía la vibración en el aire.

Malvís comenzó a parlotear con tal prisa que ella apenas pudo distinguir una palabra del extraño idioma de la criatura. Al fin comprendió que simplemente le decía lo que ella había intuido: que la espera terminaba.

En efecto, la puerta del almacén se abrió y todo el grupo, adultos y niños, salieron en tropel. La Viuda cerró los ojos y recurrió a su vista de bruja: una visión que trascendía lo que se veía con los ojos, pues descomponía el mundo en sus elementos básicos.

La sangre llamaba a la sangre.

La Viuda había tomado la precaución de coger y tragar unas gotas de sangre de Jodi cuando la niña estaba inconsciente. El sabor de esas gotas le inflamó el paladar ahora que su vista de bruja buscaba, hallaba y focalizaba a la primera niña que atravesó la puerta.

La Viuda supo que esa chiquilla de Pingajos llevaba a Jodi. El sabor de la sangre de Jodi iba tan cerca de la chiquilla que tenía que llevarla.

Iba a enderezarse y abrir los ojos cuando notó que el segundo niño también llevaba a Jodi, al igual que el tercero y el cuarto. Todos la llevaban, niños y adultos por igual.

Era imposible.

Concentró aún más la vista de bruja, y el esfuerzo le produjo dolor de cabeza.

Se sentía vieja y cansada.

El sol brillante proyectaba sombras al pie del parapeto. La Viuda oía esas risas burlonas en las sombras.

Bien, pensó. O bien la han descuartizado y cada cual lleva una parte, o han dado con otra triquiñuela. Pero no les servirá de nada. Los seguiría a todos y cada uno. De un modo u otro, se proponía recobrar el control de la pequeña que había creado.

Las risas crecieron en las sombras.

Reíd si queréis, dijo ella. Pero no me tendréis entre vosotros

La risa se volvió más larga y áspera.

Jamás, exclamó para sí la Viuda.

Frente al almacén, los niños montaron en sus bicicletas y echaron a andar en diversas direcciones, pedaleando a toda marcha. Los adultos también tomaron diversos rumbos, sólo que se movían más despacio. La Viuda envió a Malvís detrás de uno de los niños; luego la marcó y siguió a otro ella misma.

Jamás, repitió.

Las sombras no respondieron, pero sólo porque ella había salido a la luz del sol, donde no podían seguirla.

3

Cuando oía las quejas de los padres, cuando veía en qué consistía tener unos años más, Kara Faull pensaba que era espléndido tener once. Odiaba la idea de crecer. Claro que había gente adulta como Denzil y Taupin, que se portaban como chiquillos, o gente como Jodi y Rata, que todavía estaban en esa etapa indefinida entre ser normal y adulto; pero, en general, crecer parecía consistir en una constante sucesión de puertas que se cerraban.

Las puertas de la magia.

Las puertas del asombro.

Las puertas de la simple diversión.

Pensaba en eso mientras pedaleaba alejándose del almacén de Henkie. Si no podías lanzarte a una loca travesura como ésta cuando te viniera en gana, ¿de qué servía todo?

Porque era una travesura. Y además proclamaba como cierto todo aquello que los adultos consideraban irreal. Pues cuando lo veías con tus propios ojos, no podías ponerlo en duda. Las viejas historias no mentían. De veras había brujas y Pequeños y un sinfín de maravillas. Eran reales. Y si eso no era lo mejor que había aprendido en semanas, ¿qué demonios era entonces?

Movió furiosamente las piernas para mantener la velocidad por la abrupta pendiente de la calle de los Tejedores. Cuando llegó arriba, sonrió y se deslizó cuesta abajo. Las gruesas ruedas de la bicicleta zumbaban en los adoquines, el viento le azotaba la cara, la falda le flameaba en los muslos y la risa le burbujeaba por dentro.

En el bolsillo del vestido llevaba una de las muñecas que habían confeccionado en el depósito. Ninguna se parecía a Jodi, pero no se trataba de eso, según había explicado Taupin. Lo que importaba era el tamaño, el color del cabello y la ropa. Y esa diminuta gota de sangre de Jodi que habían vertido en la cabeza de cada muñeca, sangre que el paño sediento absorbió de inmediato.

A Kara no le había gustado esa parte. Tampoco a Jodi, a juzgar por la mueca que hizo cuando tuvo que pincharse el dedo con un alfiler y dar una pizca de sí misma a cada muñeca.

Para sus adentros, Kara estaba segura de que ni siquiera una bruja podía ser tan estúpida como para confundir una de esas muñecas con el artículo genuino, pero Taupin había insistido, refiriendo episodios de encantamiento y brujería donde esa triquiñuela no solamente se consideraba astuta sino que también daba buenos resultados.

Ya veremos, pensó, mientras viraba al pie de la colina donde la calle de los Tejedores se cruzaba con el paseo del Estaño y ascendía otra cuesta, a partir de la que cobraba el nombre de Pendiente de Redruth.

Miró hacia atrás al doblar la esquina, pero no vio a nadie. Aún sonriendo, y tras evitar por poco una colisión con un peatón que le gritó con furia, se irguió sobre los pedales al pie de Pendiente de Redruth e inició el nuevo ascenso. En medio de la pendiente, se internó en Camino de Penzern, un callejón tortuoso que la llevaría de vuelta al puerto por una ruta sinuosa que serpenteaba entre los apretujados edificios de piedra que se apiñaban

Librodot

en esa parte de la ciudad.

Convencida de que ya estaba a salvo, aminoró la marcha para no chocar con un montón de basura. La bruja y su doble —¿qué cuernos era un doble?— habían escogido seguir a otro, lo que demostraba que Kara tenía razón.

La triquiñuela de las muñecas no era tan astuta como suponía Taupin. Si tan sólo hubieran escuchado su plan, consistente en una red de pescador para coger a la viuda y arrojarla a la bahía, todos estarían riendo ahora, porque...

Una cosa del tamaño de un gato le aterrizó en la espalda y le hundió las garras en los hombros.

Kara gritó y perdió el control de la bicicleta. La rueda delantera tropezó con un adoquín y Kara voló sobre el manillar. Se salvó de una terrible colisión contra una pared porque el ruedo de la falda se le atascó en la punta del manillar. La tela delgada se rasgó, pero la retuvo el tiempo suficiente para quitarle impulso. Kara terminó el vuelo, asustada y sin aliento, en un montón de basura, en vez de partirse la crisma contra la pared.

Pero no tuvo tiempo para valorar su buena suerte. La criatura que tenía en la espalda le arañaba la piel. Ella sólo podía gritar, rodando en la basura y tratando de arrancársela. Cuando lo consiguió, la criatura se le plantó enfrente y le lanzó un zarpazo al rostro. Kara movió la cabeza con tal brusquedad que se resintió un músculo del cuello.

Taupin les había advertido: «Si os veis en peligro, por amor de Dios, *entregad* la muñeca. Entregadla. Así, cuando comprueben que no es lo que estaban buscando, se apresurarán a perseguir a otro.»

Las palabras de Taupin vibraban en la mente de Kara mientras miraba con horrorizada fascinación a la criatura que tenía tan cerca del rostro.

La descripción de Jodi había sido muy precisa. Tenía el aspecto de caricatura lampiña del macaco de Denzil, pero allí terminaban las semejanzas, pues Ollie no tenía las zarpas del doble, ni esas hileras de afilados dientes que habrían enorgullecido a un tiburón. Ollie tampoco producía ese espantoso chillido que lanzaba la criatura, similar a una uña raspando una pizarra.

Kara ya no sentía ninguna curiosidad por la criatura. Sólo quería escapar. Pero, como el doble estaba agazapado a un palmo, no tenía manera de evitar esos afilados dientes y garras.

Los ojos de platillo del doble centelleaban malévolamente. Kara tiritó al sentirlos clavados en ella. Había en ellos una furia brutal y la promesa de que el doble disfrutaría descargando esa furia en un acto de violencia.

Kara no deseaba esperar para ver qué sucedía. Buscó la muñeca en el bolsillo. Sus dedos trémulos tardaron un instante en coger el pequeño objeto, pero al fin lograron extraerlo y ofrecérselo al monstruo.

El doble le arrebató la muñeca y se encolerizó aún más al ver qué era. Su gimoteo alcanzó un agudo *crescendo.* Kara sintió que le reventaban los tímpanos.

—Es todo lo que tengo —tartamudeó. Sentía un nudo seco en la garganta, que apenas le permitió balbucir esas palabras.

El doble la fulminó con la mirada. Abrió la boca, decapitó a la muñeca de una dentellada y mascó el paño y el relleno, moviendo el gaznate mientras tragaba el guiñapo.

Kara lo observaba con fascinación y repulsión.

Cuando el doble terminó de engullir la cabeza, arrojó el cuerpo a un costado y se acercó a Kara ensanchando la sonrisa. Cuando agitó la zarpa, el pánico liberó la garganta de Kara, que soltó otro alarido y se desplomó en la basura en su intento de escapar. La criatura rió entre dientes, se encaramó a un tubo de desagüe, trepó rápidamente al techo y desapareció en un santiamén.

Kara se quedó largo rato donde estaba. Le dolían todos los músculos. Se sentía como si la hubieran aporreado de pies a cabeza. El tufo de la basura le revolvía el estómago. Quería vomitar.

Pero estaba con vida.

La criatura no la había matado.

Se incorporó despacio, con una mueca de dolor. Una nerviosa ojeada a los tejados le reveló que ningún rostro de ojos grandes la observaba. Se había ido en persecución de otro.

Es su problema, pensó. Se alegraba de estar viva. Por lo que a ella concernía, la travesura había perdido toda gracia.

Entonces pensó en Ethy. La pequeña Ethy, con su muñeca escondida bajo la camisa. Si el doble iba tras ella...

Hemos sido unos pobres tontos, pensó Kara mientras se dirigía a la bicicleta. Debíamos haberles hecho frente juntos, sentados en grandes bateas de agua de mar, armados con globos de agua salada...

Globos de agua salada. Qué idea brillante tan brillante.

Abrió la cartera que llevaba colgada del cinturón y contó sus peniques. Apenas le alcanzaba para comprar lo necesario, pero sería suficiente.

Enderezó la bicicleta, se montó en ella y se dirigió hacia el mercado por el camino de Penzern. No podía contener un gemido cada vez que un batacazo le recordaba los porrazos que su cuerpo acababa de recibir. Aunque le chispeaban en los ojos lágrimas de dolor, continuó la marcha, cerrando la boca con firmeza y no prestando atención a las ansias de tenderse en una esquina y no moverse en semanas.

Estaba resuelta a devolver lo que había recibido.

Y algo más.

4

Fue la Viuda quien siguió a Rata Friggens.

Como los demás, Rata había partido del depósito en bicicleta pero decidió caminar en cuanto llegó a la plaza del Mercado. Ocultó la bicicleta detrás de una pila de cajas que no se embarcarían hasta dentro de varios días y continuó por el laberinto de cobertizos y muelles hasta llegar a uno de los largos espigones de Dársena Nueva. Descendió al lugar donde los desagües vaciaban en el mar el agua de las tormentas. Echó una última ojeada a la bahía, se metió allí e inició su regreso a través de la ciudad o, mejor dicho, bajo la ciudad.

Encontradme aquí si podéis, pensó con una sonrisa de satisfacción.

Rata conocía cada recoveco y escondrijo secreto, dentro, alrededor y debajo de Bodbury. Haciendo honor a su apodo, podía introducirse en las aberturas más diminutas y caracolear por angostas tuberías, por las que cualquiera juraría que no cabía un gato ni, mucho menos, un chico de Pingajos, por menudo que fuera. Pero, si Rata podía meter la cabeza, le bastaba encoger los hombros como si los plegara sobre el pecho. Luego era cosa de deslizarse.

Esta vez se limitó a las cañerías grandes. Una vez que los ojos se le habituaron a la penumbra, le resultó fácil caminar con paso uniforme. Aunque la única iluminación provenía de algunas rejillas que daban a las calles, le resultaba suficiente. Pateaba guijarros y algunos desechos y se detenía para deshacer marañas más complejas que, de lo contrario, habrían contenido la lluvia como un dique.

Rata despejaba los pasajes subterráneos para su propia conveniencia, pero además brindaba un servicio anónimo a los moradores de arriba, cuyos hogares podrían anegarse con una borrasca grande. Ellos no lo sabían, y a él le importaba un bledo que lo supieran. El mundo de abajo era su reino.

Se proponía seguir por las cañerías hasta la parte alta de la ciudad. Desde allí marcharía a campo través hasta el atardecer. Se había puesto nervioso cuando Taupin habló

Librodot

de la bruja, pero luego trazó sus propios planes sobre qué haría y adonde iría y superó sus aprensiones. Nadie le seguiría allí abajo.

Se tomó su tiempo para llegar al extremo del último caño y emergió cautelosamente. No había nadie en las cercanías. Desde esa altura de la ciudad podía otear los tejados hasta la bahía. Era no de sus sitios favoritos. Podía pasar horas sentado allí, observando los botes que surcaban las aguas y el revoloteo de las gaviotas.

Puso la rejilla en su sitio y fue a sentarse en un parapeto que llegaba hasta un seto, para descansar un poco antes de continuar.

Era realmente asombroso. Había difundido el rumor de que la viuda Pender tenía un Pequeño por mera diversión, sin soñar que la historia contuviera una pizca de verdad. ¿Cómo era posible? Los Pequeños y las brujas eran cosa de cuentos de hadas y no formaban parte del mundo real. Si existía magia, si existía maravilla estaba bien oculta. Tan bien oculta que daba lo mismo que no existiera. Pero ahora... Oh, sí, ahora...

Bien, él había visto a la diminuta Jodi Shepherd con sus propios ojos, ¿no? Ella era real. Eso era innegable. Y, si ella era real, entonces...

—Rata Richard Friggens.

El corazón se le paró en seco ante la voz de la Viuda. Se volvió despacio para descubrir que ella se le había acercado con sigilo, saliendo de las sombras de la casa Kember, el último edificio de Bodbury antes de que los campos bordeados de setos se extendieran por las colinas. La Viuda estaba a pocos metros.

Lo miraba con una sonrisa divertida en los labios tensos. Los oscuros ojos centelleaban fieramente.

¿Cómo podía...?, se preguntó Rata con pánico. Pero la respuesta llegó antes de que pudiera redondear la frase. Era una bruja, ¿no?

—Rata Richard Friggens —repitió la Viuda.

Rata se sobresaltó ante la repetición del nombre. Recordando lo que Taupin y Jodi le habían contado sobre los hechizos que requerían la triple repetición del nombre, se apresuró a sacar la muñeca que llevaba en el bolsillo para entregarla.

—T...toma —balbuceó. Pero no me transformes en sapo, añadió para sus adentros.

—No quiero eso —dijo la Viuda.

—Pero...

—Quiero a la chica. La Pequeña.

—Yo... no la tengo.

—¿Pues quién la tiene? ¿Quién se la llevó?

Rata tragó saliva. No podía revelarlo. Quién sabía qué haría la Viuda con Jodi cuando la tuviera nuevamente en su poder. Pero, si no lo revelaba, quién sabía qué le haría a él.

—Yo... yo...

Tenía en la punta de la lengua el nombre, que forcejeaba para liberarse, pero no pudo decirlo. No podía ser desleal. No podría convivir consigo mismo.

Enderezó los hombros y afrontó la mirada de la Viuda, tratando de aparentar firmeza, aunque las piernas le temblaban tanto que si no hubiera estado sentado, habría caído al suelo.

—No te lo diré.

—Rata Richard Friggens —repitió la Viuda por tercera vez

¿Tan valiente eres, muchacho?

¿Valiente? Si estaba muerto del susto. Pero tenía tal nudo en la garganta que no habría podido articular el nombre aunque hubiese querido.

Meneó la cabeza.

—Bah —dijo la Viuda.

Añadió unas palabras en un idioma que Rata no entendió y el mundo se desdibujó.

Me está transformando en un Pequeño, pensó Rata.

El pánico se aplacó.

No sería tan malo. Podría merodear por sitios adonde antes no había llegado. Podría...

Le costaba pensar.

El mareo se elevaba en oleadas. Sintió un gusto metálico en la lengua y comprendió que se había mordido la mejilla. Estaba saboreando su propia sangre.

¡Su propia sangre!

Pensó en Jodi pinchándose el dedo y vertiendo una gota de sangre en la cabeza de cada muñeca.

Jodi que era del tamaño de un ratón.

Pero él no parecía estar encogiéndose, sino disipándose. Estaba...

Sus pensamientos se volvieron etéreos. Le revoloteaban por la cabeza como zumbidos de moscas, pero no atinaba a coger ninguno.

¿Qué...

Se miró la mano. Se había vuelto tan traslúcida que podía ver a través.

... hacía...

La muñeca se le cayó. No, le *atravesó* la mano y cayó despatarrada en el camino.

... la Viuda...

Aterrado, se miró la mano. Se disolvía como humo. Una brisa lo tocó y se llevó un dedo en una guirnalda de bruma rosada.

... con...?

No pudo terminar la pregunta.

5

La Viuda sonrió sin humor cuando el viento disipó las últimas partes de Rata Friggens. Sólo quedaba un pequeño botón de hueso en el parapeto donde estaba sentado. Eso y un grito lejano que ya se disipaba en el viento.

Rata había creído que ella lo transformaría en Pequeño. La Viuda se lo había visto en los ojos.

En cambio, lo había esfumado.

Ése había sido el verdadero temor de Rata. Era de esos picaros que podían hallar fortuna en cualquier tamaño. Pero ser nada...

La Viuda sonrió y cogió el botón. Sacó aguja e hijo del bolsillo y se lo cosió a la capa, donde se sumó a una docena de botones más. La aguja y el hilo volvieron al bolsillo. La Viuda se agachó para recoger la muñeca. La sonrisa se le borró.

Astuto.

¿Quién de ellos había ideado esto?

Se llevó la muñeca a los labios y lamió la mancha de sangre de Jodi.

Muy astuto.

Pero le echaría el guante a esa maldita niña. Y también tendría obsequios para todos los mocosos que habían tratado de ayudarla. Los transformaría y esfumaría. Los...

Suspiró. Cerrando la mente, usó la vista de bruja hasta hallar y detectar la presencia de otro portador. ¿Llevaría otra muñeca o llevaría a la niña? Lo molesto era que había un solo modo de averiguarlo. Quizá perdiera el día entero para seguirlos a todos.

A menos...

Miró el cielo. La tarde caía; el día se disolvía en el ocaso. Pronto llegaría la noche. Entonces podría llamar a sus ayudantes.

De los pantanos.

De debajo de las piedras.

De las tumbas marinas.

Arrebujándose en la capa, tanteó la última pieza de su colección y fue en pos del chiquillo de Pingajos que acaba de detectar

A sus espaldas, al pie del parapeto, las sombras reían quedamente. La Viuda las oyó, como las sombras esperaban, pero no les prestó atención.

6

Los animales enloquecieron cuando Denzil regresó a casa por la tarde.

Ollie se le encaramó a los hombros en cuanto abrió la puerta y lo abrazó con entusiasmo. Noz graznó quejumbrosamente en su percha y agitó las plumas, mientras el cuervo descendía para sobrevolar la cabeza de Denzil antes de regresar a la biblioteca. Los ratones correteaban en sus jaulas y Rum se le refregó contra las piernas, estorbándole el paso mientras Denzil procuraba cerrar la puerta, encargarse de Ollie y entrar en la habitación.

—¡Basta, tú! —exclamó, acomodándose las gafas y agitando severamente el pulgar y el índice.

Se hizo un silencio. Cesaron los movimientos.

—Lamento haberos dejado tanto tiempo, pero había asuntos importantes que atender.

—Tender —repitió Noz con gravedad.

Denzil se echó a reír.

Apoyó su muñeca Jodi junto a la máquina volante y pasó media hora gruñendo plácidamente mientras se dedicaba a alimentarlos, a limpiar las jaulas y la suciedad de la caja de arena donde las aves, Ollie y Rum hacían sus necesidades.

Rum raspó la puerta para salir en cuanto terminó de comer, pero los demás animales le seguían por todas partes —Noz y el cuervo con sus miradas fijas, Ollie pisándole los talones como un niño díscolo—, armando más desbarajuste, en su afán de ayudar a Denzil a limpiar, que si lo hubieran dejado solo. Al fin se restauró el orden. Cuando todo estuvo encauzado, Denzil pudo sentarse junto a la ventana a mirar la calle Peter y reflexionar sobre los extraños acontecimientos de esa noche.

—Una locura —le dijo a Ollie, que se acurrucó junto a él en la silla—. Eso es. El mundo está trastocado.

Miró la muñeca Jodi que estaba despatarrada sobre su banco de trabajo. Ya nada era igual. Nuevas incógnitas habían ingresado en el calmo aunque complejo mundo natural que él había creído entender en parte. Sólo en parte, por cierto. Apenas había arañado la superficie en los muchos años que había dedicado a desentrañar sus misterios, aunque contaba con las herramientas básicas necesarias para la tarea: la conducta científica que le indicaba cómo abordar sus estudios y la comprensión de la lógica subyacente que ligaba lo desconocido a la conocido.

Y ahora todo había cambiado.

Pequeños, brujas y muertos que se movían y hablaban...

Dios santo. Una locura total.

Observó los anaqueles donde el cuervo se alisaba las plumas. Poseía un tesoro de textos científicos, notas de investigación —propias y de sus colegas— y un sinfín de tratados sobre un sinfín de temas, de mecánica a astronomía, de filosofía a historial natural. Ninguno le servía en la actual situación. Tendría que ir a la biblioteca y examinar compilaciones de leyendas y mitos para aprender lo necesario. Para comprenderlo todo. Comprenderlo y relacionarlo con lo que ya sabía para elaborar un plan de trabajo para cuando hubiera pasado esta crisis.

Suspiró.

Relacionar la locura con lo que ya sabía.

Maldita sea..., como decía Jodi.

¿Cómo sabría qué retener y qué desechar? Los *piskies* eran reales, pero ¿significaba eso que los dragones también lo eran? Los muertos podían caminar y hablar, pero ¿demostraba eso la existencia de los demonios? Las brujas podían reducir a la gente al tamaño de un ratón, pero ¿podían volar por los aires en un palo de escoba?

Le dolía la cabeza de sólo pensarlo.

Y además estaba Jodi.

Era lógico no haberla llevado a casa. Sería el primer lugar donde buscaría la Viuda. Pero no le agradaba tenerla lejos y sentarse a esperar sin saber nada hasta que la Luna estuviera a punto de despuntar y se dirigieran hacia la piedra agujereada en la cual Jodi, Henkie y Taupin depositaban tanta fe.

Demasiada fe, a su juicio.

Sí, se dijo, aunque, pensándolo bien, hace veinticuatro horas no creías ni siquiera en la existencia de los Pequeños.

Cuando lanzó otro suspiro, Ollie le tocó la mejilla para consolarlo.

—No sé —dijo Denzil en voz alta.

Tenía sus reservas acerca del plan que habían concebido en el almacén de Henkie Whale. Aunque ya no podía negar la existencia de la magia, la realidad del mito, le resultaba duro de tragar que un sujeto como Henkie dispusiera de la sabiduría que necesitaban. La única persona sensata de ese grupo —él incluido, debía admitirlo era Lizzie Snell.

Era una mujer práctica y sagaz, una auténtica joya. Un desperdicio en manos de un tío como Henkie. ¿Qué le veía? Era fácil ver qué le veía él a ella...

Epa, no empieces con esas cosas, tú, se dijo. Eres demasiado viejo para pensar en cortejar a las damas.

Pero no siempre había sido tan viejo. En un tiempo, cuando era joven...

Meneó la cabeza. No, entonces había escogido y ya era demasiado tarde para cambiar de parecer. Tenía sus estudios, y nada había cambiado desde que había tomado su decisión hasta el presente. Además, ¿qué mujer soportaría a un sujeto como él, con sus horarios irregulares y sus animales, con los estudios que le consumían la vida, con sus hábitos tan arraigados?

Una mujer como Lizzie Snell.

O la mujer que Jodi llegaría a ser.

Era su propia culpa si había desistido de hallar a semejante compañera.

Demasiado tarde, demasiado tarde, susurró el pasado.

El presente le dio la razón.

Perfecto. Tendría que conformarse con la hija postiza en que se había transformado Jodi. Durante años la había amado como si fuera su hija. Pero eso no impedía que lo carcomieran los remordimientos. Sacudió la cabeza otra vez, tratando de ahuyentar esos pensamientos. Piensa en otra cosa, se dijo. Pero entonces sólo surgían preocupaciones: por Jodi, por los chicos de Pingajos que ellos habían liado en sus problemas. Si algo les ocurría...

La tarde transcurrió con lentitud mientras él miraba la calle Peter y las gentes que trajinaban allá abajo sin interés ni preocupación por el mundo oculto que él habla descubierto y que se hallaba por doquier. Acarició la pelambre de Ollie, sonrió vagamente cuando el mono se le durmió en los brazos y esperó a que pasara el tiempo.

7

Librodot

Ethy Welet era demasiado pequeña para esa tarea, pero jamás lo habría admitido. Y nadie estaba dispuesto a negarle la oportunidad de participar en la jugarreta que pensaban hacerle a la Viuda. En Pingajos, eso no se hacía. Los niños se aceptaban tal como eran, por sus palabras y sus actos, y se juzgaban por su lealtad y su capacidad para realizar la tarea prometida.

Así que Ethy partió con los demás, con su muñeca Jodi bajo la falda, pedaleando en la bicicleta, con una sonrisa valiente en la carucha tiznada y saludando jovialmente a los demás. Pero, en cuanto los otros se perdieron de vista, sintió el nerviosismo.

Pensó en la Viuda. Aun sin magia, esa vieja era una figura imponente y temible, cuatro veces más grande que Ethy y, sin duda, cuatro veces más fuerte. ¿Qué haría si la Viuda le hacía frente? Y además estaba ese doble que Jodi había descrito, que parecía ser aún más horrible.

Tal vez no la persiguieran a ella. Tal vez persiguieran a uno de los otros... Ojalá... Pero no estaba bien pensar así.

Ethy vivía con su padre en una habitación pequeña y destartalada en el corazón de Pingajos. Caswal Welet era un brillante campeón de dardos y billar. Por desgracia, después de Ethy, éstos eran sus únicos amores. Así que padre e hija contaban con gran cantidad de trofeos pulcramente alineados, pero con escasos alimentos, pues Caswal era incapaz de conservar un empleo aunque la vida le fuera en ello. Sólo tenían una muda de ropas cada uno. Cuando la ropa de Ethy le quedó chica, los niños de Pingajos tuvieron que encontrarle prendas nuevas. Su padre no tenía interés suficiente en ningún empleo para conservarlo más de una semana.

La madre de Ethy los había abandonado por esa causa. Y las gentes de Bodbury, como muchos moradores de Pingajos, lo consideraban un holgazán sin remedio. Caswal, en sus momentos de franqueza, habría sido el primero en darles la razón. Pero Ethy no lo veía de esa manera.

El hombre que ella conocía era amable y considerado, aunque un poco tonto. Siempre se aseguraba de darle de comer aunque él sufriera privaciones, salía a caminar con ella y le enseñaba a jugar a los dardos y al billar, acomodándole la caja donde ella tenía que subirse para llegar a la mesa cuando le tocaba el turno.

Pero lo mejor eran las historias. Conocía muchísimas. Historias sabias y maravillosas. Graciosas y tristes. Y los héroes... Siempre eran fuertes y valientes, aunque bondadosos.

—La bondad es importante, mí pequeña —decía su padre—. Por pobre que seas, siempre puedes ser bondadoso. No cuesta un penique. Quizá no recibas nada a cambio, pero al menos tendrás la satisfacción de que intentaste que el mundo fuera un sitio un poco mejor, aunque lo único que tuvieras para regalar fuera una sonrisa.

Mientras pedaleaba, Ethy pensó que ella no era tan fuerte. A pesar de todo, intentaría ser valiente y bondadosa. Pero era más fácil pensarlo que hacerlo. Cuando tomaba un atajo por un callejón, a la vuelta de la carnicería de la calle de los Tejedores, el doble de la Viuda le cayó en la espalda y la arrojó de la bicicleta.

Ethy miró horrorizada a la criatura, tratando de no quejarse de las magulladuras que se había hecho al caer, y se apretó contra la piel la muñeca Jodi que llevaba bajo la falda.

El doble era mucho peor de lo que decía Jodi. Tenía dientes y zarpas y ojazos malignos. Emitía un chillido que le surgía de la garganta, como si repitiera las mismas y temibles palabras una y otra vez. Aunque Ethy no las entendía, no podía evitar oír...

Teharétrizasteharétrizasteharétrizas...

Taupin le había dicho que entregara la muñeca si estaba en peligro, pero eso no parecía muy valiente, aunque era lo que más deseaba hacer en ese instante. Porque, si entregaba la muñeca, el doble echaría a correr detrás de uno de los otros.

Y quizá la matara de todos modos, por mera diversión.

Tembló cuando el doble se le acercó y estrechó la muñeca con más fuerza.

Teharétrizasteharétrizasteharétrizas...

Librodot

—Papá... —gritó.

El doble sonrió.

Ethy no quería mirar, pero no podía apartar los ojos de esa criarilla espantosa. Se agazapaba, tensando los músculos para saltar, una voz la detuvo antes de que pudiera atacar.

—¡Oye, tú!

Ethy volvió los ojos con alivio. Era Kara. El doble también se volvió y chistó al reconocer a la niña más grande.

—Ven aquí, alimaña —dijo Kara—. Tú y yo aún no hemos terminado de bailar nuestra pieza.

Ethy miró estupefacta a su amiga. Kara estaba llena de raspones, con el vestido rasgado, pero se erguía como una heroína de los cuentos de papá, con los ojos relucientes y la voz firme, como un caballero con armadura empuñando una enorme espada. Sólo que Kara no tenía armadura ni espada. Tan sólo un globo lleno de agua.

El doble chilló y se lanzó hacia Kara, quien soltó su bomba de agua. Ninguna de ambas niñas estaba preparada para lo que ocurrió.

El globo estalló y empapó al doble.

Ethy pensó que eso no lo detendría.

Pero el agua era de la bahía, agua salada que no sólo llenaba el globo que Kara acababa de arrojar, sino la media docena que llevaba sujetos al morral.

El doble aulló. Le brotó vapor de la piel, como cuando se arroja agua en una parrilla caliente. La criatura se derrumbó, aullando y gimoteando.

Ethy se puso los dedos en la boca. Un momento atrás habría dado cualquier cosa por ahuyentar a ese monstruo. Ahora sentía pena por su dolor. Se volvió hacia Kara y halló reflejada su propia alarma.

El doble dejó de patalear y se quedó tieso. Gemía con los ojazos llenos de dolor, de pronto despojados de maldad. Le temblaban las patas. Tenía la piel roja como una langosta y aún emitía vapor.

Kara lo rodeó lentamente, sin quitarle los ojos de encima, y ayudó a Ethy a levantarse.

—Trae tu bici —dijo.

—Pero está tan lastimado... —se condolió Ethy, parpadeando.

—Sólo ha recibido su merecido —replicó Kara, aunque no parecía muy segura de sí misma—. Debemos irnos.

—No podemos abandonarlo —suplicó Ethy—. Pobrecillo. —Se fe acercó con cautela y le tendió una mano trémula. El doble lanzó una débil dentellada, pero apenas atinaba a moverse. Ethy miró a Kara—. No podemos.

—¿Qué vamos a hacer con él? —preguntó Kara, titubeando

—Llevarlo a casa de la Viuda.

—¿Mientras ella ataca a nuestros amigos? —replicó Kara, recobrando su enfoque de la situación. Se palmeó el morral que llevaba al costado—. Podemos ayudarlos con éstos.

—Entonces ve tú —dijo Ethy—. Yo lo llevaré.

—Yo... —murmuró Kara, y suspiró—. Oh, maldita sea.

Buscó entre los desperdicios del callejón hasta encontrar un periódico relativamente seco. Moviéndose con cautela, envolvió al doble, compadeciéndose de la criatura que gemía de dolor ante el roce del papel. El doble intentó morderla, pero no tenía fuerza en las fauces. Sus gemidos arrancaron lágrimas a los ojos de Ethy.

—Ten cuidado —rogó.

—Ya lo tengo.

Kara alzó al doble. Era un bulto pequeño, y podía llevarlo en el brazo. Ethy le trajo la bicicleta, y ambas partieron hacia la casa de la Viuda. Kara caminaba al lado de su bicicleta con la criatura en el brazo, mientras que Ethy correteaba y empujaba su propia bicicleta.

Librodot

8

La viuda Pender había acorralado a Peter Moyle contra la pared de un callejón en otra parte de Bodbury. Acababa de repetir el nombre por segunda vez cuando de pronto se encorvó y un grito agudo se le escapó de los labios. El pie —allí donde faltaba el dedo cuyo hueso había usado para engendrar a Malvís— le ardía de dolor.

Se tambaleó jadeando. Peter se escabulló y corrió a su bicicleta. Se montó en ella y se dirigió hacia la boca del callejón. Se detuvo a mirar hacia atrás y vio a la Viuda arqueada contra la pared, gimiendo con lágrimas en los ojos.

El trémulo Peter se alejó deprisa, con la muñeca Jodi aún a salvo en el cinturón.

La Viuda se quedó en el callejón. Una vez que la atacó el dolor, no reparó en Peter ni en su fuga. Sólo en el dolor de Malvís.

Ardiendo como si lo hirvieran vivo.

El tormento de Malvís era suyo. Un dolor feroz y angustiado.

Arrasador.

¿Qué le habían hecho?

Tardó en incorporarse. Apenas podía apoyar el peso en esa pierna. Tan feroz era el dolor del dedo que le faltaba. Cada palmo de la piel le ardía como si la desollaran. Los retortijones amenazaban con tumbarla de nuevo, pero se mantuvo erguida. Cerró los ojos, no por el dolor —no había manera de extinguir esa llama— sino para usar la vista de bruja y localizar al doble.

Como el suplicio se extendía entre ambos como un cable, localizarlo sería un juego de niños.

Tardó un instante más en detectar las posiciones relativas. Luego echó a andar cojeando, con el corazón consumido por un fuego tan feroz como el dolor que le arrasaba el cuerpo.

Juró que lo pagarían. Cada uno de esos monstruos pagaría por lo que habían hecho.

Librodot

ESPÍRITU DE FRONTERA

Ninguna magia puede transformar algo en lo que no es; la transformación imaginativa que se halla en el corazón de la magia es reconocimiento, no creación...

SUSAN PALWICK,
El último unicornio: la magia como metáfora, en *The New York Review of Science Fiction,* febrero de 1989

El Reliant Robin de Janey era muy apropiado para las callejas de la península de Penwith, callejas tan angostas que a menudo sólo permitían el paso de un automóvil. El pequeño Reliant de tres ruedas se deslizaba como un hurón, agazapado y veloz, zumbando alegremente entre los altos setos de ambos lados y pasando junto a otros vehículos, incluso en sitios donde la calle era bastante estrecha.

Aunque Clare había viajado con Janey más veces de las que podía contar, no las tenía todas consigo. El pequeño Reliant le resultaba demasiado estrecho, las tres ruedas demasiado precarias y Janey, sobre todo cuando estaba de ese humor, conducía con demasiado ímpetu. Pensaba que en cualquier momento se estrellarían contra un camión o que el coche volcaría en esas curvas bruscas que Janey tomaba a demasiada velocidad.

Para colmo, desde que habían salido de la casa del Vejete, ninguna de las dos había dicho una palabra. Clare sentía cierto enfado. A fin de cuentas, no era culpa suya. Ella no había hallado un libro raro que una pandilla de matones se empeñaba en robar. Y, de no ser por los Little, tampoco la habrían atacado anoche. Ella era la inocente en ese asunto. Sólo trataba de ayudar.

Miró de soslayo a Janey y se sorprendió al verle los ojos relucientes de lágrimas. De inmediato se sintió culpable por sus pensamientos. No eran demasiado ecuánimes.

Tampoco era culpa de Janey.

—Janey —murmuró, pero luego no supo qué decir.

—Ha sido tan espantoso —dijo Janey, aminorando la marcha y mirándola con tristeza—. El hallazgo de ese libro..., el regreso de Félix. .. Todo debió haber sido maravilloso, pero en cambio es horrible.

Clare ahogó un suspiro. Qué típico de Janey era compadecerse de sí misma. Pero lo que Janey contó a continuación le hizo comprender que había juzgado mal a su amiga una vez más.

—Yo no quería ocultarte el libro. Le habría preguntado al abuelo si tú podías leerlo. Pero, de pronto, todo fue tan extraño que ni siquiera atiné a pensar en ello. —Miró de soslayo a Clare—. Lamento no habértelo dicho, Clare. De veras.

—Está bien —aceptó Clare, algo compungida.

—Lo encontré este viernes —continuó Janey—, y desde entonces han sucedido tantas cosas...

—Entiendo, en serio —asintió Clare.

Y entendía. Janey tenía una mente de cedazo, y, si había omitido mencionarle el libro de Dunthorn, no era por falta de aprecio. Se debía nada más a que, en cuanto surgía algo nuevo, los anteriores pensamientos de Janey iban a parar a una cajita y quedaban almacenados en el berenjenal que era su mente, amontonados con todas las demás cajas de cabos sueltos en que Janey dividía sus recuerdos.

—Ojalá mi cerebro funcionara como el de una persona normal —comentó Janey, como leyéndole la mente.

—¿Quién sabe qué es normal? —replicó Clare.

—Tú me enriendes.

—Sí, pero, si fueras diferente, no serías tú.

—A veces creo que no sería tan mala idea.

—No empieces.

En ocasiones, Janey decidía que su vida era un desastre y, tras largas y profundas charlas con Clare, procuraba enderezarla. Nunca funcionaba. Sus intenciones eran buenas pero, como señalaba Clare, ¿por qué tratar de ser alguien que no era?

La personalidad de Janey era tan fuerte que no podía cambiar. Tenía opiniones contundentes sobre todo y sobre todos —en muchos casos, lamentablemente, opiniones precipitadas—, lo que le provocaba encontronazos. El anverso de esa moneda era que la fuerza de sus convicciones constituía parte sustancial de su encanto. Hablaba con elocuencia de sus muchas pasiones, lo que era mucho más fascinante que escuchar chismes sobre quién salía con la hermana de Fulano o si sabías que los Mengano se alojaban en una pensión.

Envidiaba la simpatía de Janey, quien se sulfuraba fácilmente, aunque era capaz de perdonar pronto. Pero ante todo la envidiaba porque Janey siempre salía adelante, fuera cual fuese la situación.

A veces, Clare se preguntaba por qué no odiaba a Janey por esa causa. Siempre conseguía lo que buscaba, y lo conseguía primero.

La música.

El nuevo libro de Dunthorn.

Félix...

Mejor no pensar en eso. Miró de nuevo a Janey y ahogó otro suspiro. Aunque a veces Janey la sacaba de quicio, su compañía era a menudo irremplazable. Odiarla habría sido como odiar una parte de sí misma.

—Giramos aquí —anunció.

Janey se internó por una brecha de los setos en un camino angosto y accidentado que las condujo hasta la casa de Peter Goninan. Aunque en un tiempo había sido una pequeña carretera, ahora apenas contenía la arboleda que se extendía a un lado y los campos al otro, la mayoría de los cuales habían degenerado en brezales, pues hacía tiempo que nadie cultivaba esas tierras. A un cuarto de kilómetro el camino desaparecía en un montón de rocas que otrora habían sido una cerca de piedra. Un portón conducía a un arroyo que se había estancado pocos metros cuesta abajo, pues las malezas le cerraban el paso.

Dos senderos salían del arroyo. Uno se dirigía hacia peñascos que terminaban en una jungla de espinos, aulagas, bayas de saúco y densos pastizales de grama que formaban una serie de anchos escalones hasta la pequeña bahía. El otro conducía por un campo descuidado hasta la casa. Alrededor de la casa, que estaba en buenas condiciones, había una serie de cobertizos sin techo y paredes de piedra desmoronadas y cubiertas de zarzas. Los endrinos

Librodot

crecían al azar; los matorrales de broza y aulaga formaban desgreñadas marañas por los campos.

—Parece abandonada —dijo Janey, observando la vegetación que se adueñaba de todo.

Clare se limitó a señalar la voluta de humo que brotaba de la chimenea de piedra.

Cuando cruzaban el arroyo, saltando de piedra en piedra, un gato negro y anaranjado surgió súbitamente del pastizal. Clare, que debía andar despacio por temor a que el bastón le resbalara en una piedra, iba detrás. Se detuvo cuando apareció el gato. El felino las observó sin pestañear un largo instante, al parecer fascinado por su presencia, y luego se perdió en la arboleda. No tenía cola.

Otro de esos tigres de doña Zennor, pensó Clare sonriendo mientras continuaba la marcha por las piedras.

Apenas habían pisado terreno seco cuando estalló un coro de ladridos. Se miraron con nerviosismo cuando una jauría de perros andrajosos corrió hacia ellas desde los cobertizos.

—¿Nos quedamos o corremos? —preguntó Janey.

—Yo no puedo correr —aclaró Clare innecesariamente.

—No os lastimarán.

Al oír esa voz extraña, ambas mujeres giraron con tanta rapidez que casi perdieron el equilibrio. La recién llegada había salido de la arboleda con el mismo sigilo del gato. Su aparición fue tan repentina y silenciosa que Clare tuvo la ocurrencia de que el gato se había transformado en mujer en cuanto se perdió de vista.

Clare se recobró antes que Janey, al reconocer a Helen Bray por sus visitas a la librería The Penzance. Era una mujer enclenque y enérgica de unos veinticinco años, alta y flaca como una barra. Su pelo rojo estaba tan desgreñado como los arbustos de aulaga, y la intemperie le había enrojecido las mejillas. Llevaba ropa de hombre muy remendada: chaqueta de lana, téjanos azules gastados con un rasgón en la rodilla derecha y una boina azul que no lograba domar su cabello rebelde. Calzaba botas de goma verde manchadas de lodo.

Janey y Clare notaron que los perros ya se les echaban encima. Helen soltó un silbido estridente cuando el perro líder —cruce de terrier y collie— parecía dispuesto a saltar sobre Janey. Los perros se pararon en seco y se sentaron en un semicírculo, con las lenguas colgando y los ojos fijos en las forasteras.

—Los perros no os lastimarán —repitió Helen—. Siempre que os marchéis de inmediato.

—Estamos aquí para ver al señor Goninan —explicó Clare, después de aclararse la garganta.

—A él no le agradan mucho las visitas.

Librodot

—Pues bien.:, —empezó Clare.

—¿Por qué no le dejas decidir por sí mismo? —interrumpió Janey.

Helen tenía extraños ojos clatos, cada cual de distinto color, uno gris y el otro azul. Ante esa pregunta, fijó su intensa mirada en Janey.

—No se trata de eso.

—¿Entonces de qué se trata? —preguntó Janey—. No hemos podido llamar para avisarle... No tiene teléfono.

—No le gusta que la gente lo fastidie.

—No estamos aquí para fastidiar —dijo Janey—. Estamos aquí para pedirle consejo.

—¿Consejo sobre qué? —preguntó Helen. Una curiosidad felina asomó a sus ojos.

—No importa. —Janey sonrió. Luego se volvió para mirar a los perros—. Caminaré hasta la casa y golpearé la puerta. Si uno de esos perros me muerde, lo lamentaras.

Oh, Janey, pensó Clare. No abuses de tu suerte.

Pero, cuando Janey se puso en marcha, con los hombros bien erguidos, Helen soltó otro silbido estridente y los perros echaron a trotar hacia la casa y desaparecieron detrás de los cobertizos. Cuando las tres mujeres llegaron a la puerta, no se veía un solo animal, excepto una vieja y gran gaviota de lomo negro que picoteaba algo junto a las piedras de la chimenea, en el tejado.

Lanzando a Helen una de sus típicas miradas coléricas, Janey golpeó la puerta con los nudillos.

—Está abierto —respondió una voz desde adentro.

2

Cuando llegó a la casa de Clare, Davie Rowe sabía exactamente qué tenía que hacer. Tenía las manos en los bolsillos y palpaba los billetes que Willie le había dado.

No podía entregar una parte del dinero a Clare, aunque eso le habría hecho sentirse mejor. Clare le preguntaría de dónde lo había sacado y no estaba dispuesto a mentirle, pues habría quitado sentido a su decisión.

No obstante, para que ella tuviera una participación, resolvió invitarla a cenar fuera esa noche.

Sólo ellos dos.

Irían al restaurante del Contrabandista de Newlyn para el banquete especial del domingo: carne asada con pudín de Yorkshire y todos los aderezos. Incluso beberían vino con la cena, como esos ricachones de las películas.

Davie estaba complacido consigo mismo por la idea y ansiaba la llegada de esa noche. Era imposible que ella no aceptara. Tal vez ella y su madre hicieran algo especial los domingos por la noche. En tal caso, invitaría también a la madre. Clare no podría negarse.

Pero no había pensado que quizá no estuviera en casa para decir que sí o que no.

—Lo lamento —dijo la madre al atender—, pero Clare ha salido.

Los ojos de la mujer decían a las claras: ¿y qué te hace pensar que sería tan ciega como para salir con un tío como tú? Mi hija será coja, pero no corta de entendederas.

—¿Puede usted decirme cuándo regresará?

—No me avisó. ¿Quiere dejarle un mensaje?

—No. Yo... Sólo dígale que he pasado.

—Se lo diré cuando regrese.

La puerta se cerró antes de que Davie pudiera añadir nada más.

Diantre, pensó mientras se marchaba. Todos eran iguales. Los mozalbetes de Armas del Rey y esa mujer de la aldea. Nunca te daban una oportunidad. Era probable que Lilith

Mabley y Clare lo festejaran con risotadas cuando ella regresara a casa.

Apretó los puños al pensar en Clare riéndose de él. No, Clare no haría eso. Le telefonearía para preguntarle qué deseaba, y entonces él la invitaría a cenar.

Regresó deprisa a casa para aguardar la llamada, pero, cuando llegó allí, encontró a un extraño sentado en el umbral. El hombre se levantó.

—Me llamo Bett —dijo, sin ofrecerle la mano—. Michael Bett.

—Eh... —Davie reparó en el acento americano.

—Quiero hablar contigo, Davie. ¿Hay algún sitio donde podamos charlas a solas?

—La taberna —respondió, señalando vagamente hacia la bahía de Mousehole. Ese hombre le resultaba familiar, pero Davie no sabía por qué.

—Pensaba en un lugar más íntimo —replicó Bett—. ¿No hay un bonito paseo cerca de la costa? —Davie asintió—. ¿Por qué no vamos a mirar el paisaje? Estoy de ánimo para una caminata y creo que tú también lo estarás cuando te mencione mi propuesta.

—No puedo. Espero una llamada.

Bett extrajo un billete de cien dólares del bolsillo y lo puso en el bolsillo del pecho de la camisa de Davie.

—Sólo te pido una hora de tu tiempo.

Davie miró de soslayo la casa. ¿Debía avisar a su madre que esperaba una llamada de Clare? No. Le llevaría demasiado tiempo explicarle. Quizá Clare ni siquiera llamase. Pero si llamaba y él no estaba allí...

—Yo...

—Vamos —insistió Bett—. ¿Qué puedes perder?

—¿Una hora?

—A lo sumo. Lo prometo.

—De acuerdo —convino Davie—. Pero no tengo más tiempo.

—Entiendo. El tiempo es un bien valioso, especialmente para un hombre atareado como tú.

¿Se burlaba de él el americano?

—¿Para dónde vamos? —preguntó Bett.

Davie señaló el sitio de donde venía, y ambos echaron a andar. El americano comentó que la aldea era muy bonita y preguntó si Davie había vivido allí toda su vida y qué hacía uno allí para divertirse.

Mucho antes de llegar a la Senda Costera, Davie lamentó haber aceptado escuchar a ese hombre. Pero sentía curiosidad. Los americanos tenían algo que ver con el problema de los Little, el problema que afectaba a Clare. En consecuencia, quizás el tal Bett pudiera decirle algo útil, si alguna vez llegaba a decir algo que valiera la pena escuchar.

Davie se detuvo cuando llegaron al mirador de los Guardacostas y se volvió hacia su acompañante. Estaban totalmente solos. Bett se raspó el lado del zapato y miró en torno.

—Bonito lugar —comentó.

Entonces Davie supo que se burlaban de él. La senda misma era bonita, incluso en esa estación. Pero no se podía decir lo mismo del puesto de Guardacostas. La pintura blanca de las vapuleadas paredes se estaba descascarando. En algunas partes del techo plano, piedras chatas sostenían las tejas sueltas. Una desvencijada alambrada rodeaba el edificio. El hierro forjado del porche se estaba oxidando Flotaban hojas en el desagüe de la entrada. Helechos secos se amontonaban contra el flanco del edificio, refugiándose de los vientos marinos.

—¿De qué se trata? —preguntó.

—Enseguida lo sabrás. —Bett se metió la mano en el bolsillo, extrajo una pequeña automática y encañonó a Davie—. Tú y yo tenemos un asunto pendiente desde anoche...

Ahora comprendía Davie por qué este hombre le resultaba vagamente familiar.

El problema, como a menudo ocurría en su vida, era que lo comprendía demasiado tarde.

Librodot

3

Janey constató que la casa de Peter Goninan era asombrosamente brillante, pues recibía luz adicional por una claraboya del techo que daba al mar. El interior era una vasta habitación con una cocina en un extremo y una escalera que conducía a un pequeño dormitorio en el otro. Una panzuda estufa de hierro se erguía junto a una de las muchas vigas que dividían la planta baja. Cerca había un viejo sofá y un par de sillones con el tapizado raído.

Goninan estaba sentado en uno de esos sillones. Se levantó cuando entraron. Era un hombre alto y enjuto cuya calva relucía a la luz del sol. Si Helen Bray evocaba un gato, Goninan parecía un pájaro. Tenía ojos pequeños y encimados, nariz angosta y mejillas huecas. La edad era indefinible, aunque oscilaría entre los cincuenta y los setenta, si era preciso arriesgar una conjetura. Irradiaba una sensación de atemporalidad.

La decoración le acentuaba el aire de pájaro. Había pinturas y esculturas de halcones y cernícalos y gran cantidad de toscas máscaras de madera, una de las cuales estaba intrincadamente decorada con cientos de plumas diminutas. En un anaquel reposaba un búho embalsamado, en otro un cuervo y en un tercero un par de aves canoras de la región. En un rincón se erguía una garza. Docenas de hatos de plumas y patas de aves, sujetos con correas de cuero, colgaban de las vigas como fetiches de chamán.

Había libros por doquier: en estantes, en cestos y en cajas de embalaje, amontonados dondequiera que hubiese lugar. Pero lo que más fascinaba a Janey eran las vitrinas de roble y vidrio llenas de viejas y raras monedas, antiguos silbatos de arcilla con forma de ave, artefactos de pedernal, trozos de hueso, diminutas muñecas de madera con faldas de plumas, fragmentos de piezas de alfarería y objetos que ella no lograba reconocer. Cada pieza estaba meticulosamente identificada con una tarjetita blanca y cuadrangular, con los datos escritos con letra diminuta y prolija.

Janey imaginó que parecía un pájaro, sentado en su nido con todo lo que había juntado a través de los años, como una especie de urraca.

—No querían irse —se excusó Helen.

—Está bien —repuso Goninan sonriendo—. Esperaba una visita de Janey Little.

—¿De veras? —Janey pestañeó sorprendida.

—La he visto varias veces en los acantilados de la bahía, ensayando sus melodías, tocando y componiendo. Usted escribe una bonita música. Creo que incluso tengo sus álbumes en alguna parte. —Señaló desmañadamente la atiborrada habitación. A no ser por los estuches con sus contenidos bien organizados, sería muy fácil perder algo en ese cuarto. Perderlo para siempre—. Sabía que tarde o temprano usted vendría a visitarme. —Janey no pudo seguir la lógica de esa declaración—. ¿Un poco de té? —ofreció Goninan.

—Eh...

—¿Quieres poner el agua, Helen? —La alta mujer asintió y se dirigió grácilmente hacia la caótica cocina, donde llenó una tetera—. Pueden sentarse —invitó Goninan, indicándoles el sofá que tenía frente a su sillón. Esto no salía como Janey había esperado, pero en realidad no había sabido qué esperar—. ¿Y usted es…? le preguntó Goninan a Clare.

Mientras Clare se presentaba, Janey se alegró de que al menos había algo que él no sabía.

Avanzaron con cuidado hasta el sofá y se sentaron. Janey se acomodó en el borde del cojín, sin poder dejar de mirar en torno. Por doquier había algo raro o pintoresco que le llamaba la atención.

Podría pasar semanas aquí, pensó.

Librodot

Goninan sonrió y se sentó de nuevo.

—Nos preguntábamos si usted podría ayudarnos —dijo Clare —.Se le considera un experto en... Supongo que podríamos llamarlos... temas arcanos.

—Yo prefiero considerarme un teúrgo.

—¿Qué es eso? —preguntó Janey.

—Un mago —respondió Clare.

—En cierto modo —aceptó Goninan sonriendo.

Janey reprimió un gesto de desconcierto.

—Teurgia —comentó Helen, sentándose en el otro sillón. Se inclinó hacia adelante y fijó en Janey sus ojos desconcertantes—. Del latín *theurgia,* que alude a la invocación de los espíritus. Un teúrgo es alguien que está familiarizado con los espíritus que supervisan nuestro mundo.

—Y supongo que tú eres la aprendiz, ¿verdad? —replicó Janey, rehusando dejarse intimidar por la otra mujer.

Clare le asestó un codazo, invitándola a comportarse.

—Nos interesaban sus conocimientos sobre las sociedades secretas. —Goninan enarcó las cejas inquisitivamente, pero no dijo nada—. Nos preguntábamos —continuó Clare— si podría identificar un símbolo, si podría decirnos si es un motivo asociado con alguna sociedad específica.

Janey pensó en el tosco boceto de Félix y, al mirar en torno, se preguntó si sería buena idea. Recordó el viejo adagio «Los pájaros de igual plumaje vuelan en bandada», pero ya era demasiado tarde porque Clare había sacado el boceto para mostrárselo a su anfitrión.

—Ah —dijo él.

—¿Tiene en la biblioteca algo que nos informe sobre las personas que usan este símbolo? —preguntó Clare—. Lo llevan en la muñeca... tatuado.

—Sí. Lo sé. Y no es preciso buscarlo. Conozco bien a estas gentes. —Diantre, exclamó para sí Janey. Estamos perdidas—. Se denomina la Orden de la Paloma Gris. Se consagran a principios herméticos, algo similar al Alba Dorada. He seguido su crecimiento a través de los años con considerable interés. —Sonrió—. Entre otras cosas, por el símbolo que han escogido.

—¿El ave de ellos y las aves de usted? —preguntó Clare.

Goninan asintió.

—Mis aves, si es lícito usar un posesivo para referirse a estas cosas, constituyen mi clave personal para el mundo invisible de los espíritus que nos rodea. Mi tótem, si prefieren.

—¿Y a eso se dedica esta Orden? —quiso saber Janey—. ¿Hablan con los espíritus a través de una paloma?

—Buscan el conocimiento, como hacemos todos. Sólo que su metodología a veces incluye actividades que podríamos considerar... cuestionables.

—¿Qué clase de conocimiento?

—Oh —respondió Goninan, de nuevo sonriente—, lo habitual: longevidad, poder, incluso el entendimiento, aunque eso es más raro entre los miembros de esta Orden en particular.

—No es eso lo que buscan —masculló Janey impulsivamente.

—¿Por qué lo dice? —preguntó Goninan.

Janey miró a Clare de soslayo, pero ésta se encogió de hombros, como diciendo: hemos venido a buscar información.

—Al parecer creen que tenemos algo que necesitan —dijo al fin Janey—. No creo que sea muy importante. No es algo que permita vivir para siempre ni otorgue poder. Al menos no parece serlo.

Excepto que su abuelo le había mencionado los extraños acontecimientos que se produjeron la última vez que alguien leyó el libro.

Librodot

Y además estaba la música.

Y el sueño.

—El objeto más inocente puede albergar un poder inmenso —replicó Goninan— para quienes saben usarlo.

—¿A qué se refiere? —inquirió Janey.

—Se relaciona con la magia —explicó Goninan.

—¿Magia? —Janey reprimió otro gesto de desconcierto.

—Oh, no se trata de hechizos y sortilegios. Es algo más parecido a las creencias, por ejemplo, de George Gurdjieff, el filósofo ruso.

—Le conozco —asintió Clare—. No personalmente, por cierto —añadió cuando Janey le dirigió una mirada atónita—, pero conozco su obra. Hemos tenido sus libros en la tienda. *Cuentos de Belcebú a su nieto* y obras similares.

—¿Tienda? —preguntó ahora Goninan con curiosidad.

—Trabajo en la librería de Penzance, en la calle Chapel.

—Ah, sí. La librería nueva. Ustedes me han conseguido un par de libros.

Clare miró a Helen, que estaba preparando el té.

—Allí fue donde vi antes a Helen —dijo.

Goninan cabeceó.

—Sí —asintió Goninan—, habitualmente ella tiene la amabilidad de traerme los libros. No voy con frecuencia a la ciudad.

—Hablaba usted de magia —recordó Janey.

—No, hablaba de Gurdjieff. Él afirma que hay tres niveles de conciencia. —Las contó con los dedos—. El sueño, la vigilia durmiente y la conciencia plena. El sueño es mero reposo. La vigilia durmiente es nuestra actividad cotidiana... —Señaló la mano de Janey, que estaba tamborileando sobre la rodilla—. Ni siquiera notó que estaba haciendo ese movimiento, ¿verdad?

Janey se miró la mano, que ahora estaba quieta, y meneó la cabeza.

—Eso es vigilia durmiente. Andamos por el mundo sin siquiera advertir qué hace nuestro cuerpo o qué ocurre en derredor. La conciencia plena es cuando estamos informados de todo, plenamente conscientes. De nosotros y nuestro entorno. Es como ser un piloto en vuelo... La conciencia de un Cristo o de un Buda.

«Para la mayoría de nosotros, esos momentos de verdadera conciencia son muy raros. Se producen en instantes fugaces de nuestra vida, como antes de pronunciar las promesas de matrimonio o un instante antes de la muerte... Fugaces momentos de conciencia total que cifran todo aquello con lo que estamos relacionados, todo lo que existe. ¿Me explico?

Janey y Clare asintieron con lentitud.

—Imaginemos, pues, el estar siempre en ese estado. Reconocer constantemente todo en su verdadera naturaleza y ejercer luego un control tan absoluto sobre nuestra voluntad que no sólo podamos transformar nuestro entorno y la voluntad de quienes nos rodean sino influir tanto en ellos que se considere magia.

«Los humanos poseemos un potencial inexplorado tan amplio que resulta literalmente vertiginoso. Consideremos los actos asombrosos de que somos capaces en momentos de necesidad o penuria... Como la mujer cuyo hijo queda atrapado bajo un coche y levanta ese inmenso peso para rescatarlo.

«Algunos lo explican como resultado de la adrenalina, los fenómenos psíquicos y cosas similares. Pero no dicen que la verdad básica de esos episodios es que en nuestros momentos de conciencia plena somos capaces de actos que desafían la comprensión de nuestra gama aceptada de aptitudes.

«Podemos hacer todo, literalmente.

—¿Es así...? —murmuró Janey—. ¿Es así realmente la gente de esta Orden?

—No, pero lo procuran. Ésa es su magia. Y muchos de ellos, aunque no logran una conciencia plena todo el tiempo, alcanzan ese estado mucho más que el resto de la

Librodot

población. Han adquirido grandes talentos, han despertado dones que son inherentes a todos nosotros, pero los han desviado hacia usos tenebrosos. Usos egoístas.

—¿Y... esa cosa que están buscando? —preguntó Janey—. ¿Esa cosa que creen que tenemos?

—Ha de ser una especie de talismán. Un catalizador. Pues aunque todos somos capaces de despertar del sueño en que vivimos nuestra vida, mediante la perseverancia, el estudio y mucha práctica y afán, siempre hubo objetos de poder que facilitan ese despertar. En la tradición occidental se centran en reliquias tales como la lanza que perforó el costado de Cristo o el Grial del Rey Pescador. Hay otros menos familiares y menos poderosos, aunque no menos efectivos. El problema de adoptar esa ruta es que uno adquiere la «magia», pero no la sabiduría para usarla con rectitud moral. Seguir esa práctica, el camino izquierdo o siniestro, redunda en amoralidad.

—¿Y esto que tenemos... es uno de esos artefactos?

—Tendría que verlo para juzgarlo.

—Ah...

Ya veo, pensó Janey. Durante años, toda clase de chiflados habían buscado el libro de Dunthorn. Y ahora ellas debían llevárselo sin más a Goninan como si fuera un antiguo anillo para evaluar. Janey lo había hecho una vez con una joya, y la anciana de la tienda había chistado con desdén, diciéndole: «Me temo que no es oro, encanto. Es *pinchbeck*[7]..., el material que los pobres usaban en vez de oro en tiempos Victorianos. Fue inventado por un tal Pinchbeck, pero el secreto murió con él.»

O sea que ellas llevarían el libro para que Goninan subestimara su valor y se ofreciera a adquirirlo por una pequeña suma —como había hecho esa anciana— y luego descubrirían que valía una fortuna, como había valido ese dichoso pendiente de *pinchbeck.*

No pensaba caer por segunda vez.

—Pero no creo que yo deba verlo —volvió a sorprenderla Goninan—, ni saber qué es.

Janey lo miró atónita, presa del nerviosismo.

—¿A qué se refiere? —preguntó Clare.

—Conocí a Bill Dunthorn tanto como Tom Little; en algunos sentidos mejor. Teníamos un interés común que su abuelo —señaló a Janey— nunca compartió.

—El abuelo siempre dice que Billy era un hombre práctico —replicó Janey—. Nunca perteneció a una orden mística.

—Es cierto. Pero sí buscaba conocimientos ocultos. Y los encontró.

Janey recordó esa línea de la carta que había hallado en la novela de Dunthorn.

Las famosas presciencias del Gitano Loco Bill Dunthorn...

—¿Magia? —dijo Janey—. ¿Usted dice que encontró magia?

—Aunque creo que él hubiera preferido la palabra encantamiento —asintió Goninan—. La encontró y la puso en un libro. No en los libros que había publicado, sino en un libro especial del cual sólo existía un ejemplar. Y creo que eso es lo que busca la Orden de la Paloma Gris.

—¿Usted sabe de la existencia del libro?

—Desde luego. Bill y yo hablamos mucho sobre él.

—¿Y entonces por qué nunca lo quiso usted?

—Hay tantos caminos hacia la iluminación como personas hay en el mundo. El camino que escogió Bill no era el mío. Yo ya conocía mi camino. No tuve ni tengo interés en adoptar otro.

—¿Y el camino de usted es... hablar con espíritus de aves?

—Podría decirse así.

—¿Qué hace el libro? —preguntó Clare.

[7] El *pinchbeck* —una aleación de cobre y cinc que se usaba para imitar oro en joyería— fue inventado en el siglo XVIII por el relojero Christopher Pinchbeck. *(N. del T.)*

—Se lo puede denominar una puerta hacia el conocimiento. Hacia la comprensión. Hacia el invisible mundo de los espíritus.

—¿Pero cómo funciona? —insistió Janey.

—¿Y adonde lleva? —añadió Clare.

—Mi respuesta a ambas preguntas es: no lo sé. Era el camino de Bill, no el mío. Aunque conversábamos sobre nuestros estudios, en dicha labor siempre hay elementos que no se comprenden a menos que se experimenten primero. Yo no tenía deseos de diluir mi propia labor verificando la ajena, y Bill opinaba lo mismo de mis estudios. Comparábamos resultados... No resultados tangibles, sino espirituales.

—Esto me produce dolor de cabeza —dijo Janey, lanzando un suspiro.

Helen se acercó con una bandeja cargada de tazas de té, bizcochos y cuencos de arcilla con crema cuajada y mermelada. Cuando la hubo apoyado en una caja de libros entre el sofá y los sillones, Goninan señaló la bandeja.

—Haremos un descanso para que sus mentes subconscientes puedan asimilar lo que acabo de decirles. Cuando hayamos comido, les hablaré de John Madden.

—¿Quién es?

—El jefe de la Orden de la Paloma Gris y un hombre muy peligroso.

Janey recordó que Clare había sufrido un ataque y Félix había sido drogado.

—Sospecho que sí —contestó.

El semblante de Goninan cobró un aire sombrío.

—Me desagrada decir esto, pues no deseo arruinarles el apetito, pero debo advertirles que, aunque se hayan topado con hechos desagradables, las cosas sólo van a empeorar.

—No diga eso —gruñó Janey.

—¿Por qué? —le preguntó Clare a Goninan.

—Porque han abierto el libro. He sentido la actividad de su hechizo durante estos últimos días. Y, si yo puedo sentirla, les aseguro que Madden también la siente. Ha pasado casi toda la vida buscando ese libro.

—Pero no hay nada mágico en él —protestó Janey—. Es sólo una narración. No hay ningún conocimiento secreto..., al menos hasta ahora. Aún no he terminado de leerlo.

—Beban ustedes —ofreció, señalando de nuevo la bandeja—. Coman algo. Hablaremos más tarde. Pero esta vez hablaremos fuera.

—¿Por qué fuera? —quiso saber Janey.

Goninan sólo sonrió y se sirvió un bizcocho.

4

Cuando golpearon a la puerta de Jim Gazo, Lena quiso levantarse pero Gazo le indicó que se quedara sentada. Sacó un revólver del bolsillo y se plantó a un lado de la puerta.

—Adelante —dijo.

La puerta se abrió y entró Willie Keel.

—Señorita Grant —comenzó a decir al ver a Lena—, acabo de...

Gazo se le aproximó, cerró la puerta con el pie y le apoyó el revólver en la nuca.

El hombrecillo quedó petrificado.

—N... no hay necesidad de esto —tartamudeó Willie.

—¿Cómo sabías que encontrarías aquí a la señorita Grant? —preguntó Gazo.

—Está bien, Jim —ordenó Lena—. Puedes guardar el arma.

Willie se relajó visiblemente cuando le apartaron el cañón del arma. Gazo se guardó el revólver en el bolsillo y se apoyó contra la pared.

—Aún quiero saber cómo lo has sabido —insistió.

—¿Puedo sentarme? —le preguntó Willie a Lena.

—Yo también quiero saberlo, Willie —corroboró Lena.

—Pues bien —explicó Willie después de sentarse—. La farsa de esta mañana no me ha convencido. Así que, como usted no me ha respondido en su habitación, he venido al cuarto donde había entrado su amigo.

Lena asintió. Parecía una explicación razonable.

—¿Qué quieres, Willie? —preguntó.

—Es por mi dinero...

—Te he dicho que lo tendríamos mañana. ¿No confías en mí? —No sé por qué cuernos ibas a confiar en mí, pensó Lena.

—No es eso —aseguró Willie—. Es que las cosas han cambiado. —Miró de soslayo a Gazo, quien aún estaba junto a la puerta con los brazos cruzados—. Su otro... socio..., el que he ido a recibir a la estación. —Lena meneó la cabeza en señal de asentimiento—. Bien. Ha pasado por mi apartamento esta mañana. Ha amenazado con matarme si no le decía quién le había impedido matar a Clare Mabley anoche.

—¿Y tú se lo has dicho? —preguntó Gazo.

Willie se sacó la camisa de los pantalones y la alzó para que ambos vieran las magulladuras que le cubrían los costados y el pecho. Lena abrió los ojos.

—Mira esto, amigo —le dijo Willie a Gazo—. Tu socio no tiene mucha paciencia y el dinero no era suficiente para arriesgar mi vida, lo digo sin remilgos. Ese hombre me hubiera matado... —Se volvió hacia Lena—. Se le notaba en los ojos.

Se acomodó la camisa, torciendo la cara de dolor al tocarse un cardenal. Lena imitó la mueca.

—Has hecho lo correcto. ¿Has avisado a tu amigo?

—Nadie respondía en casa de Davie... No estaban ni él ni su madre —respondió Willie.

Lena señaló el teléfono.

—¿Quieres intentarlo de nuevo?

—No tengo tiempo. Tengo un vehículo esperando afuera. Mañana a estas horas estaré tan lejos de la región que ese hombre no me encontrará jamás. Y allí me quedaré hasta que se haya ido.

—Por eso quieres el resto del dinero —dijo Lena.

—Si tiene algo que pueda darme. —Se metió la mano en el bolsillo. Titubeó cuando Gazo se apartó de la pared—. Sólo estoy sacando un papel con una dirección —le aclaró a Lena—. ¿Está bien? —Lena asintió. Willie extrajo un papel plegado y se lo dio—. Puede enviarme lo que me debe allí. No estaré allí. Tampoco el que vive allí sabrá dónde estoy. Pero puede dejar el dinero o un mensaje. Sin duda los recibiré.

—Lamento este embrollo —le aseguró Lena—. Jim, ¿tienes tú dinero?

—Sólo cheques de viaje.

—¿Le firmas algunos a Willie?

Gazo asintió, descontento con la situación, pero reacio a discutir con quien le daba empleo, y menos frente a un tercero.

—Hay... hay algo más —añadió Willie cuando Gazo firmó los cheques.

Willie estaba junto a la puerta, listo para irse.

—¿Qué? —preguntó Lena.

—También me ha obligado a decirle quién nos había contratado para proteger a Clare Mabley... A «confirmarle», dijo. Quería la confirmación. Lo lamento, señorita Grant.

Antes de que ella o Gazo atinaran a moverse, Willie se escabulló.

—Esa comadreja —masculló Gazo.

Echó a andar hacia la puerta, pero Lena lo detuvo.

—Al menos ha pasado para avisarnos. No tenía por qué hacerlo.

—Sólo quería su dinero.

—Supongo. —¿Por qué no había pensado en eso?, se preguntó Lena. Normamente, cínica como era, habría sido su primera ocurrencia—. Bett iba a averiguarlo de todos modos —añadió.

—Sin duda.

Lena miró el reloj. Caía la tarde.

—Papá llegará pronto. Logrará que Madden disuada a Bett.

Gazo cruzó la habitación y miró por la ventana. El coche de Willie Keel se alejaba del hotel. Gazo miró la bahía, donde el sol del atardecer relucía sobre las aguas.

—No me molestaría encargarme de Bett antes de que lleguen ellos —comentó.

—Sólo si él viene aquí —aprobó Lena.

—Lo sé. Era sólo una expresión de deseos.

Lena reconoció que también eran los suyos. No obstante, sabía que no bastaba con enfrentar a Bett, incluso con el apoyo de Gazo. Ésa era una opción extrema, pues el problema con Bett era que estaba loco. Ahora lo entendía. ¿Cómo tratar con un chiflado?

—Lo que me pone mal —dijo— es pensar en ese amigo de Willie.

Gazo la miró extrañado, reparó en su propio gesto y desvió los ojos. Pero Lena supo qué había pensado.

La Reina de Hielo tenía sentimientos.

Y era verdad. Félix había abierto una brecha en la muralla y ella no podía cerrarla. Se preocupaba por el amigo de Willie, por lo que le ocurriría a Jim si Bett aparecía allí, por toda la gente cuyas vidas estaban afectadas por la perfidia de Michael Bett.

No podía contenerse, por mucho que lo intentara.

Y, extrañamente, ni siquiera sabía si deseaba intentarlo.

Le dolía, y no le gustaba el dolor. Se preguntaba por qué iba a construir de nuevo esa muralla. No podía negar la hiriente desazón que sentía en ese momento. Echaba raíces tan profundas que quizá no se fuera nunca. Pero también había otra cosa. Una cosa extraña.

Era algo que la gente llamaba compasión.

Y Lena hallaba que le infundía esperanza. El interés en los demás la hacía sentir mejor consigo misma. Iba contra todo lo que enseñaba la Orden, y quizá fuera sólo una promesa falsa, una aberración momentánea en su carácter, pero estaba cada vez más resuelta a no volver a ser como antes.

Aunque eso no la ayudaría con Félix, quizá le trajera paz. algo que nunca había comprendido que buscaba hasta que la halló en su compañía.

—¿La gente puede cambiar? —le preguntó a Gazo. Él la miró estupefacto—. Quiero decir... si puede cambiar de veras —aclaró Lena—. No sólo en el aspecto o en el rostro que presenta al mundo, sino aquí. —Se tocó el pecho—. Donde realmente importa.

Gazo parecía incómodo.

—No sé si te entiendo...

—Habla con franqueza —suplicó Lena—. Olvida nuestra relación laboral por unos minutos y dime lo que piensas.

Gazo calló un largo rato, pero al fin respondió:

—Depende de cuan grande sea el cambio de que hablas —sugirió. Lo exponía en términos vagos, pero ambos sabían que hablaba de ella—. Si es grande, un cambio decisivo de personalidad..., no creo que resulte fácil. Se necesita tiempo y mucha paciencia. A pesar de todo, creo que la gente puede hacer lo que quiera... mientras ponga en ello su voluntad.

Lena comprendió que eso era una paráfrasis de los supuestos básicos de la Orden.

Entonces algo se le aclaró en la mente.

Así debía de ser la experiencia de la iluminación. Un momento en que todo encajaba a la perfección en la mente, donde nada, ni el más ínfimo detalle, quedaba excluido ni distorsionado.

El defecto no estaba en las enseñanzas de la Orden, sino en lo que hacías con ellas.

—Gracias, Jim.

5

—John Madden es un hombre muy poderoso —dijo Goniman.

Después de tomar el té, había llevado a Janey y Clare a los campos que dominaban la caleta que se extendía al pie de la finca. Estaban lejos de la casa y los cobertizos, lejos de todo objeto fabricado por el hombre. Aquí la enmarañada vegetación contaba con plena libertad y regresaba a su estado silvestre y natural. Estaban sentados en protuberancias rocosas, piedras lisas y grises como huesos viejos.

—Al margen de sus aptitudes mágicas, Madden domina enormes intereses comerciales. Tiene una fortuna vastísima. Otros miembros del Círculo interior de la Orden también ocupan altas posiciones de influencia y poder... Juntos han formado una red global que abarca toda la gama del comercio y la política internacionales.

—¿Por qué —interrumpió Janey— los villanos actuales del mundo son siempre empresarios o políticos?

Goninan sonrió.

—Eso nunca ha cambiado. —Goninan sonrió—. ¿Qué otra cosa pueden hacer para adquirir poder? El poder siempre ha estado en la política y el comercio.

—Y la religión —intervino Clare.

—Y la religión —concedió Goninan—. De ahí la Orden de la Paloma Gris.

—¿Qué adoran? —quiso saber Janey—. ¿Esa paloma gris? ¿A Madden?

—La religión implica adoración —prosiguió Goninan— pero, al igual que todo lo concerniente a asuntos espirituales, sus imposiciones varían según el enfoque de sus seguidores. Algunos buscan solaz, otros una promesa de esperanza en el más allá, otros la adoptan como medio para la iluminación e incluso otros como camino hacia el poder. La adoración no es imprescindible. Quizá la mejor palabra sea Camino. Y los caminos de nuestro mundo son tan diversos como la senda emprendida por un taoísta o la de un hombre como Aleister Crowley.

—¿Quién es? —preguntó Janey.

—Un hombre de Cornualles, originalmente de Plymouth, que es denigrado o exaltado, según la persona que hable de él.

—Era maligno —dijo Clare—. Cualquiera que siguiera sus enseñanzas sería igualmente malo o peor.

Goninan meneó la cabeza.

—Eso es como condenar a todos los cristianos por la Inquisición o las Cruzadas... O a los árabes por el fundamentalismo actual. Crowley era algo depravado, sí, pero, como en todas las enseñanzas, en su obra hay verdades e intuiciones que son relevantes para todos. L. Ron Hubbard es un excelente ejemplo contemporáneo.

—Quién es? —preguntó Janey.

—El fundador de la cientología.

Janey había oído hablar de los cientólogos. A menudo la habían detenido en las calles de Londres para preguntarle si deseaba someterse a un test de personalidad, fuera esto lo que fuese.

—Nunca oí decir que Hubbard fuera depravado —señaló Clare.

—No he querido insinuar que lo fuera. Uso sus enseñanzas como ejemplo de que una obra puede ser denigrada, en general por quienes ignoran su funcionamiento, y sin embargo aportar elementos de lo que podemos denominar verdades eternas. Lo que hizo Hubbard fue presentarlas en términos más contemporáneos; una metodología que no es tan

Librodot

innovadora. Una parte de la génesis de toda religión consiste en modernizar viejas perogrulladas.

—Usted afirma —dijo Janey— que lo importante no es la obra ni la personalidad del fundador de la religión, sino lo que hacen los seguidores con lo que aprenden.

—Exacto. Lo cual nos lleva de vuelta a John Madden y su Orden de la Paloma Gris. Los supuestos de la Orden abordan muchas de las mismas verdades universales de otras órdenes y religiones. El peligro de esta secta radica en la personalidad de sus seguidores, especialmente de Madden, el fundador, en este caso.

—¿Por qué la gente se vuelve mala? —preguntó Janey—. No sólo esta orden, sino todas las personas que usted ha mencionado.

—La naturaleza humana, me temo. Nuestra maldición es la necesidad de adquirir control sobre los demás y sobre nuestro entorno. De dominar. De cambiar todo aquello con que podemos entrometernos.

—Sí —objetó Clare—, pero, si no lo hiciéramos, aún viviríamos en cavernas y mascaríamos huesos.

—No soy un luddita[8]. —Goninan sonrió—. Estoy totalmente de acuerdo con usted. Los avances tecnológicos y científicos son muy importantes para el desarrollo de nuestra especie. Sin embargo, al igual que la religión, la ciencia depende de lo que le aportemos. Si sólo buscáramos remedios para el cáncer, el hambre mundial y demás, yo no tendría quejas. Pero condeno esa miope búsqueda del arma más devastadora o los años de investigación que se consagran a descubrir el mejor desodorante o champú. Es una locura. No tiene corazón... No atiende al espíritu... Ni el nuestro ni el de la tierra. Miles de hectáreas de oxigenantes bosques se destruyen cada día. Insisto, *cada* día. La capa de ozono se deteriora rápidamente. No obstante, los líderes del mundo prefieren discutir acerca de cuántas armas pueden almacenar.

»Me recuerdan a esos matones de la escuela primaria, que rivalizan por dominar el patio de la escuela, mientras todo un mundo, un mundo real, se extiende allende sus confines. Un mundo de importancia sagrada que su ceguera les impide ver.

Mientras hablaba se le enrojecía el rostro, se le endurecía la voz y le centelleaban los ojos. De pronto calló y miró hacia la bahía observando en silencio el revoloteo de las aves marinas sobre el agua hasta que esa imagen atemporal lo apaciguó.

—Perdón —dijo, volviéndose hacia Janey y Clare—. He vivido una guerra mundial sólo para presenciar cómo el mundo empeoraba, en vez de mejorar, cuando al fin abatimos el Reich de ese lunático. —Apoyó una mano en la piedra, acariciando la lisa superficie—. Amo este mundo. Eso rige mi vida. Cuando yo muera, quiero haber hecho todo lo posible para dejarlo mejor de lo que estaba cuando lo encontré. Al mismo tiempo, sé que esto no puede ser. El mundo se ha vuelto tan complejo que una voz puede hacer poco para alterarlo. Aunque eso no me impide hacer lo que pueda, dificulta la tarea. Los triunfos son ínfimos; los fracasos enormes y numerosos. Es como tratar de contener una tormenta con las manos.

Janey sintió cierto embarazo al escucharle. No porque no estuviera de acuerdo, sino porque nunca hacía nada al respecto, salvo alguna función de caridad.

—Mi rencilla con Madden —continuó Goninan— viene de que él tiene la oportunidad de cambiar las cosas, pero no la aprovecha. Su vida entera está encauzada hacia la ganancia personal.

—Usted parece saber tanto como él —opinó Janey—. ¿Por qué no fundó su propia orden?

—Pensé en ello —respondió Goninan—. Cuando era joven. Pero, para adquirir la posición de poder que hoy ocupa Madden, habría que ser tan implacable como él. Y

[8] Ludditas (de Ned Ludd, obrero inglés): agrupación de obreros ingleses que en el siglo XIX destruían máquinas en actitud de protesta. *(N. del T.)*

entonces no sería mejor que él.

—Pero si usted pudiera cambiar las cosas...

—Una vez que llegara a esa posición influyente —replicó Goninan con un movimiento de cabeza—, tendría tanto interés en el mundo como el propio Madden. Puede parecer trillado, pero usar las armas del enemigo, por buenas que sean nuestras intenciones, nos transforma en el enemigo.

Luego se explayó sobre el ascenso de Madden desde el anonimato, y la formación de la Orden, bosquejando una imagen más compleja, aunque inconclusa, de ese hombre.

—¿Conque su magia es una farsa? —inquirió Janey—. ¿Sólo consiste en manipular a la gente y saber cuándo lograr el mejor trato?

—No. La magia es real.

—Pero...

—Recuerde la leyenda y los mitos.

—¿Usted insinúa que todos se basan en un núcleo de verdad, por oscuros que sean? —preguntó Clare.

—En parte. Usamos leyendas y mitos para describir lo que no comprendemos. Constituyen nuestros intentos de volver posible lo imposible... Al menos, en la medida en que nuestros espíritus interactúan con el espíritu del mundo. O, si esto les resulta demasiado, animista, usemos la terminología de Jung y hablemos del subconsciente de nuestra raza. Semántica aparte, hablamos de lo mismo. La leyenda y el mito nos enlazan a todos.

»A través de ellos, y de sus sucesivas exposiciones, y a través de estas nuevas versiones que llamamos religión cuando tienen vigencia, aprehendemos la Verdad e intentamos comprender el Misterio. ¿Cuántos actos valientes o caballerescos han surgido de la fascinación de un niño con cuentos infantiles acerca del rey Arturo y sus caballeros de la Tabla Redonda? Cuántas injusticias fueron atacadas por quienes aprendieron sobre el bien y el mal en los relatos de Robin Hood?

«Enseñar a un niño las opciones morales correctas es sencillo, pero no siempre efectivo. Los jóvenes se rebelan, no porque sean amorales, sino porque está en su naturaleza hacerlo. Las palabras de un mayor siempre son sospechosas, sobre todo en lo que tradicionalmente llamamos sociedad occidental. A través de la leyenda y el mito, a través de la conexión del espíritu joven con el espíritu antiguo que se encuentra en el meollo de este asunto, las lecciones se aprenden sin necesidad de impartirlas deliberadamente. Por así decirlo, las lecciones se hallan en el subtexto de las historias.

»En la actualidad, los niños reciben juguetes que veneran como figuras heroicas. Los cantantes de rock y las estrellas de cine constituyen su panteón... Un panteón amoral donde el actor que habla con elocuencia contra las drogas es arrestado dos semanas después por posesión de heroína, o donde se descubre que el osado héroe de la pantalla de cine aporrea a su esposa.

»El subtexto, aquí, es que uno puede hacer lo que se le antoja…, siempre que no lo pillen.

—¿Y la magia? —preguntó Janey cuando Goninan calló.

Le costaba hallar la relación entre lo que él decía y el tema del que presuntamente hablaban.

—Es real —respondió Goninan—. Nuestra percepción de ella la vuelve verdadera... Nuestro reconocimiento de la forma verdadera o el espíritu de una cosa. Pero, como la leyenda y el mito, la magia se esfuma cuando se utiliza mal... De ahí todas las viejas historias sobre reinos de elfos que se alejan cada vez más de nuestro mundo o de seres mágicos que requieren nuestra fe, nuestra *creencia,* para sobrevivir. Cosa que no es cierta. Sólo requieren nuestro reconocimiento.

—¿Y el libro? —quiso saber Clare—. ¿Dónde encaja el libro?

—Antes del té he hablado de tótems..., ¿lo recuerdan?

Librodot

Janey y Clare asintieron.

—Los pájaros —dijo Clare.

—Sí. Constituyen un símbolo..., un talismán, si ustedes quieren, pero, como todo tótem, es personal. Un símbolo que nos sitúa en el marco mental apropiado para obrar nuestra magia. Dichos tótems difieren del libro de Billy porque requieren sacrificio e intensos estudios para adquirir una simbología apropiada. Billy efectuó esos estudios, sacrificó tiempo y sufrió el ostracismo que exige dicha labor... Por eso la magia del libro funcionaba para él. Era su tótem. Pero, inadvertidamente, Billy también creó un talismán al confeccionarlo..., un símbolo universal. De modo que ahora, además de su tótem personal, es un catalizador. El artefacto que él creó posee ahora una doble existencia.

—No estoy segura de entenderle —comentó Janey.

—Cada libro cuenta una historia distinta a cada lector —explicó Goninan—. La percepción de ese libro depende de quién lo lea. Un buen libro refleja al lector, del mismo modo que ilumina el texto del autor. —Clare asintió—. Ahora bien —prosiguió Goninan—, imaginemos un libro que es *literalmente* distinto para cada persona que lo lee.

Janey frunció el ceño.

—¿Dice usted que la historia que yo leo en *El país pequeño...*.? ¿Dice usted que yo soy la única persona que leerá esa historia específica?

—Exacto.

—Pero es imposible.

—No, claro que no. Es magia —replicó Goninan sonriendo.

—Pero el abuelo lo ha leído y jamás ha dicho...

Janey se interrumpió al comprender que nunca había hablado con nadie sobre la historia que narraba el libro. Ni con el abuelo ni con Félix. Y Clare aún no lo había leído.

—El primer propósito del libro —explicó Goninan— consiste en reflejar el espíritu del lector... Algo así como un oráculo.

—¿Será el mismo cada vez que lo lea? —preguntó Janey.

—No lo sé con certeza. No es probable. Al cambiar uno, cambiará la historia, reflejando el cambio espiritual del lector.

—Pero por el momento tiene ilación lógica —argumentó Janey—. La trama sigue una progresión lógica.

—Para esta historia —dijo Goninan.

—¿Leemos las palabras de Dunthorn? —preguntó Clare.

—No lo creo... Aunque habrá una parte de Billy en cada historia, pues fue su creación.

Esto resultó más difícil de digerir para Janey. Pero, a fin de cuentas, todo lo que oía hoy parecía rebuscado. Nada de ello era posible.

Escuchó de nuevo las palabras de Goninan: *Claro que no. Es magia.*

Magia.

Leyenda y mito.

Su corazón quería creer. Su lógica le decía que eran patrañas.

Las cosas de que hablaba Goninan no encajaban con el mundo real, el mundo que ella conocía. Pero al mismo tiempo, sus palabras despertaban resonancias turbadoramente familiares, como si Janey las recordara en vez de oírlas.

—¿Y el segundo propósito? —preguntó Clare.

—Es un talismán. Un artefacto. Y quiero advertirles que hay que tener muchísimo cuidado para manipular semejante objeto. Es una grave responsabilidad. Cada vez que uno lo usa, el mundo cambia. Uno puede ocultar un artefacto, pero no su responsabilidad ante él. Sólo se puede hacer si el artefacto se cede voluntariamente a otro.

—¿El mundo... cambia? —titubeó Janey.

—Cuanto más se emplea el talismán, más pronunciados son sus efectos. Eventualmente, si se lo usa mucho tiempo, transformará el mundo.

—¿Cómo? —inquirió Janey.

—¿En qué? —añadió Clare.

—En lo que sea posible.

Janey pensó de nuevo en lo poco que había dicho su abuelo sobre lo ocurrido cuando él recibió el libro, antes de ocultarlo: fantasmas, ruidos extraños, cambios en la gente... Recordó su sueño de la noche anterior, la música que brotaba del libro, cómo cambiaba el libro.

Pensó en esa melodía perdida que había tratado de recobrar y comprendió que sólo la oía cuando tenía el libro abierto en el regazo...

—¿Cambia para siempre? —insistió Clare.

—Eso depende de cuánto tiempo sea usado y por quién. Manipulado por su custodio adecuado, sólo puede hacer el bien. Manipulado en busca de provecho personal, tal como planea Madden, con el tiempo puede destruir el mundo.

—¿Cómo sabemos quién es el custodio adecuado? —quiso saber Janey—. ¿Es mi abuelo? ¿Soy yo?

—No lo sé —dijo Goninan—. Pero no lo creo. Ninguno de ustedes sigue un Camino. No tienen ustedes la formación ni los conocimientos.

—¿Usted en cambio sí? —preguntó Janey, de nuevo recelosa.

—Tengo ambas cosas —convino Goninan, echándose a reír—, pero es demasiado tarde para que yo adopte otra senda. Mis pájaros me han llevado tan lejos como puedo llegar. Ahora estoy en una frontera, un pie en este mundo, un pie en el otro. Tarde o temprano he de cruzar.

—¿Qué quiere decir? —solicitó Clare.

Pero Janey lo supo al instante. Lo supo por la misma razón por la cual las palabras de Goninan le parecían más un recuerdo que una novedad.

—Usted se está muriendo —dijo. Goninan asintió—. Lo lamento. Yo... —Janey no supo qué más decir.

—No lo lamente. He tenido una vida larga y plena y he visto adonde iré. Sólo lamento lo que he dicho antes: que al irme no habré dejado el mundo mejor de lo que estaba cuando llegué.

Callaron un rato, hasta que Janey se movió. Apartó los ojos de una avecilla que brincaba de rama en rama y se volvió hacia Goninan.

—¿Helen es su... enfermera? —preguntó.

—Mi sobrina nieta. Un espíritu afín. Hace tiempo que tiene una propensión similar a la mía. Le enseño mientras ella cuida de mí.

—Y por eso usted no puede custodiar el libro.

—Exacto.

Janey frunció el ceño reflexivamente.

—Lo que no entiendo es... No hemos hecho nada con el libro. No hemos... —añadió con cierto embarazo—, ya sabe usted, cantando ni encendido velas ni nada parecido. Lo único que hemos hecho ha sido leerlo.

—Es todo lo que necesita para despertar: que lo abran.

—Bien, lo ocultaré —aseguró Janey—. En un sitio lejano y seguro donde nadie lo encuentre.

—Si halla semejante sitio.

—Y no leeré ni una palabra más.

—Usted debe terminar la historia —replicó Goninan—. Si la deja inconclusa, el libro permanecerá abierto; no mucho, pero lo suficiente para que alguien como Madden pueda rastrearlo y hallarlo.

—¿Por qué Billy no previno al abuelo?

—Creo que no lo sabía.

—¿Por qué no se lo dijo usted? Parece saber mucho más de lo que aparentaba saber

Librodot

cuando estábamos en la casa.

—He pensado en el libro últimamente. Desde que lo sentí despertar. Y no he hablado más de él en la casa porque pensaba hablar de él ahora.

—Oh. —Janey se tocó un raspón de los téjanos y suspiró—. ¿Qué puedo hacer? —exclamó al fin.

—Termine de leer el libro —dijo Goninan—. El subconsciente de usted ya sabe lo que debe hacer. Tal vez halle la respuesta reflejada en el libro a medida que continúe leyendo.

—¿Por qué no puede decírmelo usted?

—Porque no lo sé. —Goninan se levantó rígidamente—. Debo regresar. Es hora de mi medicina. Helen se enfadará si me retraso.

Janey y Clare se levantaron con él.

—¿Por qué tuvimos que hablar de todo esto afuera? —preguntó Clare mientras caminaban hacia la casa.

—Así como mis tótems son mis pájaros —respondió Goninan—, los de Madden acechan en las sombras..., las sombras arrojadas por objetos fabricados por el hombre. Él puede ver a través de ellas, oír a través de ellas, hablar a través de ellas..., quizá moverse a través de ellas. Ellas le brindan salud, se alimentan de su magia.

—¿Los pájaros no pueden ayudarle?

—¿En qué?

—Ya sabe usted... A curarle.

—¿Por qué iba a pedirles que lo hicieran? —Goninan sonrió d_c nuevo—. La muerte es parte de la vida... Un tránsito natural. ¿Debo ignorar el orden de mi vida, deformarlo a mi antojo y transformarme así en algo que no estaba destinado a ser?

—Eso suena tan fatalista... —Janey se tapó la boca en cuanto lo dijo—. Lo lamento, no quise...

—Entiendo a qué se refiere —interrumpió Goninan—. Usted piensa que ese modo de vivir excluye el libre albedrío. —Janey asintió—. Usted olvida que yo *escogí* vivir de este modo.

No había nada más que añadir. Cuando llegaron a la puerta de la casa, Helen los aguardaba con el entrecejo fruncido de preocupación.

—Gracias por su tiempo —dijo Clare.

—Por todo —añadió Janey.

—He disfrutado de la oportunidad de hablar con ambas —repuso él.

—Peter —llamó Helen—, debes entrar.

—Siempre es tan estricta. —Goninan les guiñó el ojo a ambas.

—No le entretendremos más tiempo.

—Una última palabra de advertencia —avisó Goninan, cogiendo a Janey del brazo—. Madden ha llegado a este país. Siento su andar sobre la tierra.

—Tendremos cuidado —le aseguró ella.

—Espero que sí. Especialmente en lo que digan cuando las sombras pueden oír. Buen viaje y buena suerte.

Janey sonrió. Al mirarlo, aún le veía los rasgos de pájaro en el físico enjuto y los ojos brillantes, pero también le veía la enfermedad.

—Aunque crea lo contrario, deja un mundo mejor del que encontró —declaró.

Antes de que él pudiera responder, echó a andar. Clare la siguió a paso más lento.

6

Librodot

—Te estarás preguntando cómo te he encontrado —le espetó Bett.

Una sonrisa le afinaba los labios mientras observaba a Davie Rowe. El grandote estaba quieto como las protuberancias rocosas que tachonaban el risco. No miraba a Bett, sino el cañón de la automática.

Cielos, sí es feo, pensó Bett. Matarlo era hacerle un favor al mundo.

—Yo... —musitó Rowe.

Andando en el filo, Bett podía escrutar el alma del grandote y saborear el miedo que anidaba allí. Sabía que sus propios rasgos no trasuntaban piedad. En los ojos de Bett, Rowe sólo veía la muerte. La Vieja Huesuda clavándole los ojos, burlándose de su terror con una sonrisa.

—Supongo que tendrás que llevarte esa pregunta a la tumba— dijo Bett, encogiéndose de hombros.

Apretó el gatillo. El pistoletazo retumbó en el aire quieto. Rowe trastabilló cuando la bala le golpeó el pecho. Cayó del sendero al pastizal de grama del borde del risco. Bett se le acercó, encañonando a su víctima para un segundo disparo. Apoyó el dedo en el gatillo.

—¡Oiga!

Bett se volvió bruscamente, como si él mismo hubiera recibido un disparo al oír la nueva voz.

Doblando el recodo donde la Senda Costera pasaba frente a una protuberancia rocosa con forma de sillón de piedra, se acercaba un joven rubio con téjanos y cazadora, con una pequeña mochila en la espalda.

Joder, exclamó para sí Bett. Justo lo que necesitaba. Un excursionista.

Se escabulló por las malezas, arrastrándose de bruces y braceando con los codos.

—¿Qué sucede aquí? —gritó el forastero.

Bett notó por el acento que era alemán. Y nada tonto.

El hombre se detuvo cerca del sillón de piedra. Manteniendo una cauta distancia, miró hacia donde Bett había desaparecido en la tupida vegetación. Pero éste ya había avanzado paralelamente al sendero y se hallaba lejos del sitio donde había desaparecido.

Bett sonrió.

El hombre no era nada tonto, pero no tenia la menor oportunidad.

No andaba por el filo.

El excursionista avanzó unos pasos más y se detuvo para estudiar el paisaje. Bett se agachó cuando el hombre miró hacia su escondrijo. Contó hasta cinco, siguió reptando por la ruta que había escogido, siempre paralela al sendero, pero ahora a mayor altura, pues la tierra se elevaba abruptamente sobre la protuberancia de rocas de la cual formaba parte el sillón de piedra.

Bett se guardó el revólver en el bolsillo y se levantó con sigilo, como una fantasma saliendo de su antro. Se disponía a saltar sobre el forastero cuando el hombre se volvió y lo vio.

Demasiado tarde.

Bett aterrizó como un gato a su lado y le dio un empellón. El excursionista rodó sobre el borde del sendero con un alarido, agitando los brazos mientras caía a las rocas que estaban a sesenta metros. Cuando Bett se asomó por el borde del risco para verlo, sólo vio la silueta tiesa del excursionista, una mancha de color contra el gris. Las olas lamían las rocas. El excursionista no se movía.

—Has escogido mala hora para pasar —murmuró Bett.

Una pena, realmente. Caminar por esa senda traicionera sin compañía. Un paso en falso y…

Bien, era una larga caída.

Sacudiéndose el polvo de la ropa, extrajo de nuevo el revólver y fue hacía donde había caído Rowe.

El cuerpo no estaba.

Frunciendo el ceño, Bett miró por encima del borde del acantilado. Abajo no había rocas para recibir el cuerpo. Sólo el mar, lamiendo el acantilado, olas deshilachadas disolviéndose en espuma blanca contra las rocas. Si el cuerpo había caído, Bett ya no podría hallarlo.

Se agazapó para estudiar el sitio donde Rowe había caído primero. Bett no era buen rastreador fuera de la ciudad. Cazar humanos era un deporte que le gustaba practicar en una selva de acero y cemento. Allí sólo se requería trabajo detectivesco para escoger la víctima. Luego había que acecharla y, si había tiempo, jugar un poco con el cuchillo para averiguar cómo funcionaba. Si no había tiempo, el cuchillo también servía para matar.

Aunque Rowe le había robado la navaja la noche anterior, Bett siempre llevaba un par más en su equipaje. Pero hoy no quería usar el cuchillo. Rowe era demasiado corpulento, y a Bett aún le dolía el hombro por el forcejeo de la noche anterior. Por eso llevaba el revólver, a pesar de que no le gustaba.

No era personal. Un arma de fuego no te permitía acercarte para ver cómo se extinguía la luz de la vida.

No obstante, había que apañarse. Cuando el tiempo era escaso, había que apañarse con lo que se tenía a mano. Pero era grato comprobar los resultados. Era grato admirar su trabajo artesanal. Era grato asegurarse de que el tío estuviera muerto.

Buscó pistas de lo que le había ocurrido al cuerpo. Aunque no tenía mucha experiencia ni vocación para jugar a Davy Crockett, localizó la mancha de sangre en la tierra y la hierba. Y había visto que el grandote recibía un impacto en pleno pecho.

Pasó un tiempo examinando las malezas, luego guardó la automática y regresó hacia la aldea.

Rowe había caído al abismo y el mar lo había arrastrado. Así de simple.

Si Bett no había remediado el fracaso de la noche anterior, al menos lo había compensado. Ahora era tiempo de continuar con los proyectos del día. Aún tenía muchos asuntos entre manos. El siguiente en el orden del día era hallar un sitio apartado, un lugar con cuatro paredes que estuviera alejado, pero no tanto para que él no pudiera escabullirse fácilmente. Mientras caminaba desde Mousehole había pensado dónde liquidaría al escurridizo amiguito de Lena, Willie Keel, y había dado con el sitio indicado.

Iría a investigarlo.

Siempre en el filo.

Dejando que todo encajara en su sitio.

Actuando por su cuenta, porque, si el secreto que guardaban los Little era tan importante como para que Madden viajara hasta allí, seguro que valía la pena adquirirlo. Si no podía averiguar qué era, si no lograba que la muchacha ni el abuelo le mostraran cómo funcionaba... Bien, le gustaban los rompecabezas.

Le gustaba desarmar cosas para ver cómo funcionaban.

Era lo que hacía mejor.

7

Janey aguardó a Clare en el primer portón. Se apoyó en el derruido parapeto de piedra, mirando hacia la arboleda de la izquierda.

—¿Por qué tienes que correr tanto? —protestó Clare.

Se interrumpió al ver las lágrimas que relucían en los ojos de Janey.

—Es tan triste —se lamentó Janey—. Parece un anciano tan dulce... Es tan triste que vaya a morir...

—Lo sé —asintió Clare.

Librodot

—Y lo que me hace sentir peor —dijo Janey— son todas esas veces que lo vi en los acantilados y me reí de su aspecto o eché a correr asustada. Ojalá le hubiera conocido todo el tiempo...

Buscó un pañuelo en sus bolsillos, pero al fin se enjugó los ojos con la manga.

Clare hurgó en sus propios bolsillos y sacó una toallita de papel que Janey aceptó con un cabeceo de agradecimiento. Se sonó la nariz.

—Decía cosas tan raras —comentó al fin, aún moqueando.

—Muy raras.

—¿Le has creído?

—No sé —suspiró Clare—. Lógicamente, sé que muchas de esas cosas no pueden ser ciertas... No me refiero a lo de Gurdjieff ni al uso de la voluntad y demás monsergas. He oído todo eso antes. Pero esas otras cosas...

—La verdadera magia —cortó Janey. Clare asintió—. Hay un solo modo de averiguarlo.

—Comparar lo que tú has leído en el libro con lo que han leído Félix y el abuelo —dijo Clare.

—Porque, si eso es cierto, quizá lo demás también lo sea.

Echaron a andar con lentitud hacia el coche. El gato sin cola no estaba cerca del arroyo cuando cruzaron. Todo el lugar, campos y arboleda, parecía quieto, como si la tierra contuviera el aliento. Incluso el arroyo murmuraba quedamente.

—¿Sabes de qué no habló el señor Goninan? —señaló Janey.

—¿De qué?

—De la música. Eso también forma parte de las antiguas leyendas, pero no se consignó por escrito hasta el siglo pasado. Y quizá nunca se consignó tal cual era. Todos los compiladores la han embellecido. Tomaron las claves modales y las adaptaron a claves menores... y cosas por el estilo.

—Pero eso no transmite las mismas cosas de que hablaba el señor Goninan.

—No las enseña en palabras —repuso Janey—. Pero aún hallas rastros en cosas como las viejas mascaradas y la danza Morris. El Bufón del Caballito de Juguete es el embaucador. El hombre cornúpeto es Robin Hood. No el Robin Hood de los libros de cuentos, sino algo más antiguo. El Hombre Verde.

—Supongo que sí.

—No, piénsalo. Recordamos antiguos rituales en mascaradas y bailes. Es como dijo el señor Goninan: no olvidamos nada.

—Sólo olvidamos el porqué —repuso Clare.

—Creo que eso es verdad. Repetimos los movimientos, despiertan algo en nosotros y nos sentimos bien, pero no sabemos por qué. Creo que eso es verdadera magia... Nada se pierde de veras. Sólo se oculta.

Janey sonrió.

—Por eso nos atraen las antiguas melodías. Por eso siempre queremos aprender tantas como podamos y por eso han sobrevivido tanto tiempo. No las melodías de los libros, sino las que recibimos de memoria, las que aprendemos de la tradición viviente. Y por eso no las cambiamos. Introducimos nuevos giros y arreglos para instrumentos modernos, pero la columna vertebral de la melodía y el corazón de la música... los mantenemos iguales.

Cuando llegaron al coche, Janey se apoyó en el capó y miró hacia atrás. La tristeza volvió a embargarla, montada en una brisa intangible que la bañó sin tocarle un cabello. Apuntaba al corazón, ignorando las preocupaciones seculares. No era como el dolor que había sentido anoche al creer que Félix la había traicionado, sino una tristeza dulce, como el aliento insuflado en la boquilla de un silbato para arrancarle las notas emotivas de una tonada lenta.

Anhelaba tocar un instrumento, pero no había ninguno cerca. Tampoco era el momento ni el lugar. Aún tenían mucho que hacer. Con todo, deseaba ejecutar una música,

Librodot

algo que volara sobre los campos hasta la casa donde Peter Goninan tenía su nido, con sus tótems y su sobrina, algo que él oyera para saber que Janey había comprendido lo que intentaba decirles. Comprendido, pero no con la mente sino con el corazón. Quería demostrarle gratitud y sabía que el mejor modo de darle las gracias al anciano sería hacerle conocer esa comprensión.

Ojalá tuviera tiempo para regresar.

Miró de soslayo a Clare, ansiando compartir con ella esa sensación, y advirtió que ésta, a pesar de su interés en las viejas melodías, no las veía ni las sentía del mismo modo.

Pero Félix entendería. Decidió que lo llevaría allí para presentarle a Peter Goninan. Ambos se llevarían muy bien. Si todos vivían el tiempo suficiente...

Suspirando, subió al coche donde esperaba Clare.

—Félix simpatizaría con el viejo —dijo, poniendo en marcha el Reliant.

—En cierto modo, son tal para cual —asintió Clare.

Quizá me he equivocado, pensó Janey. Quizá Clare sí comprendía.

—¿Qué quieres decir? —preguntó.

—Ambos siguen el camino que les inspira el corazón y les importa un comino lo que piense el resto del mundo.

—Nunca lo había pensado de ese modo.

Como el camino era demasiado angosto para virar, Janey retrocedió cuidadosamente. Metió la primera y emprendió el regreso conduciendo con mayor prudencia que a la ida.

—Quería hablarte de Félix —comentó Clare.

—Creo que estaremos bien —respondió Janey—. Pondré verdadero empeño para que funcione.

—Sé que lo harás. Es sólo que... —Se interrumpió y miró los borrosos setos por la ventanilla.

—¿Sólo qué? —urgió Janey.

—Es algo que él debería decirte, pero, conociéndole, sé que nunca te lo confesará. Y es importante. —Janey sintió un repentino abatimiento. ¿De qué se enteraría ahora?—. Es sobre tu insistencia para que Félix toque contigo en un escenario.

El alivio de Janey fue tan repentino como su abatimiento.

—No le insistiré —dijo—. Creo que he aprendido mi lección en ese sentido. Si él no quiere, pues no quiere.

—Me alegra. En realidad no me incumbe...

—Somos todos camaradas, Clare —aceptó Janey—. Siempre hemos valorado que te interesaras tanto en nosotros.

—Es bueno saberlo.

Janey notó cierta melancolía en la voz de su amiga. Cuando iba a preguntarle qué le ocurría, Clare habló de nuevo.

—Pero creo que es importante que sepas *por qué* él no quiere hacerlo.

—Sé por qué —dijo Janey—. No le gusta.

Clare negó con la cabeza.

—La idea lo mata del susto.

—¿Susto? —Janey se echó a reír—. ¿Ese grandullón? No creo nada le asuste. Además, le he visto tocar en público mil veces. En sesiones, en la calle, fuera de escena en los festivales...

—Pero no *en* escena.

—No —convino Janey—. No en escena. ¿Pero cuál es la diferencia?

—No lo sé. He leído sobre fobias desde que me lo contó hace unos días y, aunque habitualmente el problema tiene una raíz oculta que se puede hallar, he descubierto que con frecuencia no hay respuesta razonable. Él sufre de topofobia..., de timidez escénica.

—Pero...

—Sé lo que vas a decir. ¿Por qué no la supera? Con subir al escenario algunas veces

Librodot

afrontaría el problema.

—Claro —asintió Janey—. ¿No es así como se afrontan esas cosas?

—Lamentablemente no es tan sencillo. Se produce un síndrome de pánico. Si alguna vez has tenido un ataque de pánico, sabrás que no es cosa de broma.

—Supongo...

—Aún recuerdo la última operación de mi pierna. Mi pánico era tan abrumador, tan horrendo, que me desmayé antes de que me administraran la anestesia.

—Te salvó de que te anestesiaran, ¿eh?

—No, no pueden hacer eso. Es muy peligroso. Las pulsaciones y la presión sanguínea se vuelven muy irregulares y ningún equipo te puede controlar como se debe. Tuvieron que despertarme primero y después pincharme con la aguja.

—¿Quieres decir que Félix podría desmayarse si subiera al escenario?

—He estado leyendo acerca de los síntomas y son verdaderamente extraños. Empiezas por sentir náuseas; las palpitaciones se te aceleran y se vuelven erráticas; luego se te comprime el pecho y empiezas a respirar con rapidez. La respiración rápida produce cambios químicos que te entumecen las manos y los pies... Ese cosquilleo espantoso que sientes cuando se te duermen.

Janey asintió.

—La náusea se agrava y es seguida por jaquecas y calambres. Y ésos son sólo los síntomas físicos. El cerebro también enloquece. Todo empieza a parecer irreal. Aparentemente, puede haber sensación de experiencia extracorpórea o cambios en la calidad de la luz, con lo que pierdes el sentido de la profundidad y la perspectiva...

—Parece horrible —exclamó Janey—. ¿Te ocurría eso a ti?

—No. Yo sólo me desmayé, sin más.

—Encantador.

—Y, como si eso no bastara —continuó Clare—, hay algo que se llama angustia anticipatoria, que surge al pensar en el ataque de pánico. Al parecer, genera muchos síntomas parecidos a los del ataque real. Noté algo de eso en Félix cuando me lo estaba contando.

Janey calló un largo instante. Luego dijo:

—Ojalá me lo hubiera dicho cuando discutíamos por la posibilidad de que él fuese de gira conmigo.

—Estaba demasiado asustado.

—¿Asustado? ¿De mí?

—De que te rieras de él... —asintió Clare—, como has hecho cuando he empezado a contarte esto hace unos instantes.

—Bien, no era mi intención reírme. Es sólo...

—Lo sé. Cuesta imaginar a Félix con miedo ante nada. Pero él no quería que te rieras de él. Pensaba que no lo estimarías tanto si conocías su temor. Un problema de ego masculino, supongo, pues la timidez escénica no es cosa que tome en serio mucha gente. El consejo habitual es: «Oh, sube allí y lo superarás sin darte cuenta.»

—Supongo que sí.

Janey pensó en las veces en que había presionado a la gente para que subiera a tocar a un escenario y empezó a arrepentirse.

—Pensó que creerías que él era como Ted Praed —dijo Clare—. ¿Lo recuerdas?

Janey rió entre dientes al acordarse de Ted y su voz temblona, pero al instante reparó en su actitud.

—No fuimos muy bondadosas con él, ¿verdad?

—Bien, como le dije a Félix, Ted no era precisamente la persona más agradable del mundo.

—Pero aún así...

—Incluso así —convino Clare—. Piensa en todas las bromas... y en que Félix estaba

allí para oírlas.

—Pero él también se reía.

—Se reía, pero, si reflexionas, te darás cuenta de que nunca era el que empezaba las bromas, ni contaba ninguna.

—Nunca podría imaginar a Félix como un Ted Praed, con timidez escénica o sin ella.

—Tampoco yo —reconoció Clare—. Pero quería contártelo para que supieras por qué se siente como se siente, antes de que tú mencionaras el tema.

—No lo mencionaré a menos que él lo mencione. Y, por cierto, no lo presionaré para que suba a un escenario.

—Me alegra.

Ya estaban muy cerca de la aldea, en el lado sur de Raginnis Hill.

—¿Cómo lograste que él te lo contara? —preguntó Janey.

—Como no tengo en juego las mismas cosas que vosotros dos— respondió Clare sonriendo—, le sonsaco los secretos a fuerza de prepotencia.

—Te creo —dijo Janey, también riendo. Frenó frente a la casa de Clare—. ¿Quieres apearte aquí o vienes a casa?

—Quisiera tener una oportunidad de ver el libro, antes de que lo ocultes para siempre.

—Lo leeremos juntas.

Apartó el pie del freno y guió el coche hacia la aldea.

Librodot

EL TRATO HA TERMINADO

El poder sin abuso pierde su atractivo.

PAUL VALERY

Cuando el tren cruzó el río Tamar en Plymouth, John Madden se irguió en el asiento. Ésta era la razón por la cual había preferido regresar a su tierra natal en tren y no en uno de esos medios más rápidos que fácilmente se podría haber costeado.

El traqueteo de las ruedas sobre los raíles, que lo había sumido en un vago estado de ensueño, vibraba ahora con la palpitación de la tierra y le hacía latir el pulso según antiguos ritmos. Una música cantaba dentro de él. Una música nativa, la de instrumentos como el *crowdy crawn* y el *pibcorn.* Se sentía más alerta, más despierto, y sabía que se debía al encantamiento de la venerable campiña que atravesaban.

Éstas eran las tierras de Arturo.

Tintagel se extendía al norte, escabrosa e imponente; la cuna de Arturo, ahora en ruinas sobre las misteriosas honduras de la caverna de Merlin. Dozmary Pool estaba en Bodmin Moor, donde la Dama del Lago había reclamado la espada Excalibur de manos de Bedivere. Había un sillón de Arturo, donde se decía que el rey se había sentado a contemplar el mar. Una caverna de Arturo, donde aún dormían él y sus caballeros. Ese noble rey había sido oriundo de la zona oeste. Madden siempre lo había creído, y el trabajo de los arqueólogos modernos en las últimas décadas respaldaba esa afirmación.

Pero esos parajes ocultaban misterios más antiguos que Arturo.

Lyonesse, la tierra sumergida, se hallaba otrora entre el Land's End y las islas Scilly. Las islas y el monte St. Michael, cerca de Penzance, eran todo lo que quedaba de esa tierra, aunque aún se oía el tañido de las campanas bajo el mar.

Y aún más antiguos...

La comarca estaba salpicada de círculos de piedra de la Edad del Bronce, piedras en pie y otras reliquias prehistóricas.

Las Alegres Doncellas se encontraban cerca de St. Buryans.

Una historia sostenía que las piedras del círculo y los dos menhires solitarios de las cercanías eran bailarinas y músicos transformados en piedra por bailar en domingo.

Una historia más antigua sostenía que eran sirenas, sorprendidas por el sol al romper el alba y transformadas en piedra como si fueran gnomos. «Alegres doncellas» era el viejo

Librodot

nombre de los marineros para las mujeres del mar.

Y el Hoyo de Gwennap, entre Redruth y St. Day.

Los metodistas afirmaban que era una fosa minera irregular, a la que John Wesley había contribuido a dar su forma actual en 1806, pero el folclore contaba otra historia. Cuando Mervin, el arpista de Tollvaddon, se partió el cráneo, tocó el arpa hasta que los dedos se le gastaron hasta el hueso. Larga, dios del arpa, se apiadó de él, quitándole la herida y transfiriéndola a la tierra. Quienes preferían las leyendas, llamaban a ese gran hoyo «el agujero en la cabeza del arpista».

Y el Men-an-Tol, cerca de Morvah.

Era el dolmen más grande de las islas Británicas. Los arqueólogos presumían que se trataba de los restos de la entrada de un antiguo túmulo o tumba. Pero la tradición sostenía que el paso por la piedra agujereada proporcionaba la curación a los enfermos y que no indicaba la entrada de un túmulo sino del Mundo de los Túmulos, el país de los *muryan* o *piskies.*

Al margen de la leyenda, al margen de las reliquias de piedra, Madden sabía que la tierra estaba encantada.

No era el único que lo comprendía. Crowley, oriundo de la región, lo había sabido. Dylan Thomas había sentido atracción por esa campiña y había vivido en Newlyn y Mousehole; claro que se trataba de un poeta y no de un mago, pero en otros tiempos no se percibía diferencia entre una cosa y la otra. Dennis Wheatley también había vivido en el oeste.

Y otros, más contemporáneos, como Colin Wilson, cuya carrera Madden había seguido desde que expuso sus notables teorías en *The Outsider.* Vivía ahora en Gorran Haven, donde continuaba estudiando los misterios con la documentación precisa de un científico *y* Peter Goninan, el recluido teúrgo con quien Madden había tenido algún encontronazo.

La tierra los paría o los atraía. Esa atracción era profunda y trascendía las bellezas bucólicas o los esplendores de la costa. Era tan honda como el antiguo espinazo de granito de la región, tan instintiva como el inexplicable impulso que llevaba a un hombre o una mujer hacia los misterios, de modo que no había opción, sino inevitabilidad.

La palpitación de esa tierra albergaba una riqueza inexplotada. Cada vez que Madden regresaba volvía a preguntarse por qué se había ido. Las preocupaciones seculares que lo indujeron a vivir en otras partes del mundo parecían insignificantes cada vez que regresaba.

—Kernow —jadeó.

—¿Qué es eso? —preguntó Rolli Grant, volviéndose hacia él.

—El antiguo nombre de un antiguo país... Este país —respondió Madden, sonriente.

—¿Qué, Cornualles? —Madden asintió—. Pensaba que era sólo como un estado dentro del Reino Unido... Como Rhode Island o Connecticut.

—Es un estado de la mente —dijo Madden, deliberadamente elusivo.

Grant miró por la ventanilla, se encogió de hombros y regresó a los papeles de negocios que estaba leyendo. No hablaron de nuevo hasta llegar a Penzance, donde Grant quiso llamar un taxi para ir desde la estación ferroviaria hasta el hotel.

—Esto no es Nueva York —replicó Madden—. Podemos caminar.

—¿Caminar?

—Sí, caminar —dijo Madden, riendo entre dientes—. No es lejos.

Observó a una pareja que discutía en el andén, cogió el pequeño maletín y echó a andar a lo largo del frente oceánico. Grant cogió sus petates y se apresuró a seguirlo.

Con el lento andar de Madden se precisaban quince minutos de marcha hasta el Queen's Hotel, en la esquina de Morrab Road y Western Promenade Road, pero tardaron más porque Madden paraba una y otra vez. Cerca de Battery Rocks, se detuvo en el emplazamiento de la vieja batería de cañones y miró largo tiempo la bahía, aspirando el aire salobre, observando la espuma del oleaje contra las rocas y escuchando el tañido de las

Librodot

campanas. Enfrente, admiró el parque de St. Anthony y los escaparates de las tiendas aunque la mayoría estaban cerradas y sólo exhibían recuerdos para turistas.

Cuando al fin llegaron al hotel, Grant lo estudió con un suspiro.

—¿Esto es lo mejor de la ciudad? —preguntó.

—No, pero es encantador, ¿no crees?

—Aquí sí estás en tu elemento, ¿eh? —se congratuló con él Grant.

—He vuelto a casa.

—Creía que era John Madden, padre, quien había nacido en Cornualles.

—En efecto, —mintió Madden—. Y también mi abuelo, hacia 1850. —Otra mentira—. Pero aun así es como volver a casa.

Grant echó otra ojeada al hotel.

—Bien, le aconsejé a Lena que pasara inadvertida. Parece que por una vez decidió escucharme.

—Cuando vienes a otro país —dijo Madden—, aunque sea uno tan parecido al nuestro en tantos sentidos, ¿qué sentido tiene alojarse en un hotel de lujo?

—Confort. Seguridad. Sabes qué te ofrecen.

—Estás hablando de complacencia, Rollie. Eso simplemente te amodorra. —Se dirigió hacia la puerta—. ¿Nos inscribimos?

Una vez inscritos, fueron a las habitaciones. Al rato, se reunieron en la de Madden, cuando ambos se hubieron refrescado. Tuvieron cierta dificultad para encontrar a Lena, pues ella no respondió cuando llamaron a la puerta. Hubieron de consultar a la conserjería. Les pasaron la llamada a la habitación de Jim Gazo, y pronto se reunieron allí. Madden se sentó en una silla junto a la ventana; Grant en la otra. Lena se sentó en el borde de la cama después de ofrecer al padre un abrazo de bienvenida. Gazo se plantó junto a la puerta.

—¿Quiere que vaya a dar un paseo, señor Grant? —preguntó Gazo.

Grant miró de soslayo a Madden, quien negó con la cabeza. Gazo iba a apoyarse en la jamba de la puerta, pero Madden señaló el cabezal de la cama.

—Ya que estás, ponte cómodo, Jim. A fin de cuentas, es tu habitación.

Madden leía los pensamientos de Gazo sin dificultad. Era su habitación, pero Grant pagaba. Como Gazo era un empleado, estar en presencia de Madden lo ponía nervioso, aunque no hubiera sabido explicar por qué.

Y así debía ser, pensó Madden. Él siempre cultivaba el nerviosismo del rebaño. Mantenía a las ovejas alerta —al menos, tan alerta como podían estar— y les impedía pensar por su cuenta, pues se concentraban en granjearse los favores de Madden.

—¿Por qué no nos cuentas cómo han ido las cosas? —le preguntó Madden a Lena.

Lena habló por primera vez, escogiendo las palabras con cuidado porque sabía que Michael Bett era el protegido de Madden, pero exponiendo todos los hechos. Madden quedó impresionado. Sospechaba que ella callaba algo —algo relacionado con Félix Gavin— pero no parecía relevante para sus preocupaciones inmediatas. Así que no insistió sobre el particular. Sin embargo, aunque Lena habló con tacto de Bett —sin abrir juicios, sino permitiendo que Madden se formara una opinión a partir del informe—, su padre no tuvo tantos remilgos.

—Está fuera de control —dijo.

—Quizá —concedió Madden.

—Lo lamento, John, pero debemos afrontar los hechos. Está trabajando en algo por su cuenta.

—Me lo esperaba —contestó Madden, con un ligero cabeceo.

Aunque no tan pronto. Había sabido desde siempre que el espíritu reencarnado de Crowley se rebelaría alguna vez. Crowley siempre había sido un líder, como lo

Librodot

atestiguaban sus altercados con MacCregor Mathers y otros, pero Madden había pensado que contaría con más tiempo antes de encarar a Bett con mayor firmeza. Había pensado en obtener algunos años más los servicios de ese hombre y, luego, según su lealtad, decidir si debía desecharlo o recompensarlo.

Casi había imaginado a Michael como un hijo...

—¿Qué haremos con Michael? —preguntó Grant.

—Habrá que pensarlo —respondió Madden—. Primero debemos descubrir qué se propone.

—Eso es sencillo. Quiere lo que quieres tú. Quiere lo que Dunthorn nos ocultó.

—Si eso es verdad —sentenció Madden—, temo que tendremos que encargarnos de él antes de que tenga la oportunidad de encontrarlo.

Madden comprendió que su error radicaba en considerar a Michael como una suerte de tabula rasa, como si él pudiera crear a su antojo a partir de la pizarra en blanco del espíritu de Michael cuando ese espíritu estaba forjado y templado en una voluntad de hierro. Y no sólo en una vida, sino en muchas. Era fácil olvidar que él no enseñaba a Michael, sino que sólo le ayudaba a recordar.

El peligro consistía en ayudarle a recordar demasiado.

Sin embargo, Madden no estaba muy preocupado. Los errores eran lamentables, pero, cogidos a tiempo, eran meros traspiés. Se podían corregir. No siempre con facilidad, no necesariamente sin penas, pero se podían corregir.

Y Madden no tenía melindres para hacerlos corregir. En absoluto.

Pues sólo era leal a sí mismo.

2

Sam Dennison estaba de pésimo humor.

Se sentía abotargado y ojeroso por falta de sueño y lamentaba no haber sabido que Bett llamaría esa mañana. No habría bebido tanto la noche anterior. Joder, no habría bebido un solo sorbo. Se habría acostado temprano y estaría despabilado y hecho unas pascuas. En cambio, su paciencia llegaba al límite y tenía que contenerse para no descargar la tensión a trompazos.

No era tanto el vuelo, ni la espera del tren y la travesía de más de cinco horas hasta el oeste de Inglaterra, sino los compañeros de viaje que le habían asignado en ese trabajo. La mujer era insufrible.

Connie Hetherington era una tía atractiva; o debía de serlo debajo de ese maquillaje y ese pelo teñido. Tenía unas curvas que habrían dado envidia a una colegiala y unas piernas larguísimas, pero se portaba como una golfa. Por no mencionar la ropa: falda corta y zapatos de tacón alto, blusa escotada y abrigo de piel barato.

Era despampanante, lo que hacía que Dennison se sintiera embarazado en su compañía. Y no sólo por su modo de vestir y de abordar a cualquier mamarracho con pantalones que se le cruzara. Mascaba chicle con la boca abierta, fumaba sin cesar y no paraba de quejarse desde que habían despegado del aeropuerto Kennedy esa mañana. Actuar como niñera de esa mujer era como estar atrapado en los cuadros iniciales de una revista porno: horas incesantes de conversación inane y dobles sentidos que lo habían sacado de quicio cuando al fin llegaron a la estación de Penzance.

Ted Grimes estaba en el extremo opuesto del espectro.

Vestía un traje oscuro, y las horas de viaje no afectaban en nada su pulcritud. El cabello negro y la tez oscura situaban el origen de sus genes en el Mediterráneo. Dennison no lo consideraba un tío listo, aunque Grimes se moviera con el aplomo glacial de un matón

Librodot

de la familia Cerone. Aunque no tenía el tamaño —Dennison medía uno ochenta y le llevaba media cabeza—, tenía aire de tiburón. Dennison comprendió nada más verlo que, si Grimes no era un tirador experto, poseía cierta experiencia como asesino a sueldo.

Tal vez no tuviera conexiones, pero tenía los ojos impávidos y muertos de esos especímenes. Por lo que Dennison supuso que sus tareas de niñera no incluían el cuidado de Grimes. No habían cambiado más de un par de palabras desde que Dennison pasó a buscarlo. Grimes también había prestado poca atención a Connie, después de echarle una mirada glacial cuando la recogieron. Ni siquiera pestañeó cuando ella le señaló la mano artificial y le preguntó: «Oye, ¿tienes un vibrador que vaya como accesorio de esa cosa?»

La mano también había llamado la atención de Dennison, quien no dijo una palabra. No le incumbía. Había aprendido eso tiempo atrás. A pesar de esas paparruchadas sobre detectives justicieros que la TV y los periódicos le endilgaban al público, el único modo de andar bien en ese negocio era atenerse al trabajo. Las cruzadas eran para quienes no tenían que ganarse la vida.

Pero había algo que no entendía sobre la presencia de Grimes. Si Grimes estaba allí para despachar a alguien, Dennison era cómplice. Aunque tal vez no fuera un detective justiciero, había trazado un límite entre lo decoroso y lo indecoroso, y estar involucrado en un asesinato excedía definitivamente ese límite.

En cuanto bajaron del tren, Grimes desapareció.

—Será mejor que consigamos un hotel pronto —se quejó Connie—. estoy harta de viajar y me siento una piltrafa, ¿entiendes? Necesito lavarme y ponerme guapa, tío.

Dennison no le hizo caso y se encargó de sacar el equipaje del andén.

—Oye, ¿dónde está cara de póquer? —continuó Connie—. Creí que éramos una gran familia.

Dennison se preguntaba lo mismo. Echó una ojeada al andén y sólo vio unos excursionistas franceses con sus mochilas, una familia de cuatro con equipaje para ocho, obviamente también turistas, y un par de caballeros mayores, tal vez hombres de negocios, que dominaban su propia zona.

—¿Sabes? Me pone enferma tanto silencio —protestó Connie—. Podrías actuar como si yo existiera. Si tuvieras un palo en el...

—Cierra el pico —dijo Dennison. Las pocas personas presentes la estaban mirando. Dennison le arrojó su gabardina, que ella atajó torpemente—. Y ponte eso —añadió.

La mujer iba a arrojársela de vuelta.

—Oye, no te hagas el estrecho conmigo, señor detective priv...

Calló al verle el destello en los ojos. Dennison, sin decir palabra, la miró de hito en hito hasta que ella se puso la gabardina. Le quedaba grande y parecía un payaso, con sus tacos altos, sus medias, su desmelenado cabello rubio y la cara pintarrajeada, pero incluso así tenía mejor facha que cuando la había recogido en el apartamento del Lower East Side, donde lo había recibido con un salto de cama arrancado de las páginas de un catálogo de Fredricks of Hollywood.

Se le acercó y le habló en voz baja.

—Aclaremos algo. Ambos recibimos una paga. Si lo echas a perder, quedo mal yo. Y no me gusta quedar mal. ¿Te enteras?

—Claro, yo...

—No sé qué planes tiene para ti el señor Bett, pero ten la certeza de que no incluyen que andes mostrando el trasero por toda la ciudad para que nadie que pase a cien metros se olvide de ti. Así que sé discreta y cúbrete con eso hasta que lleguemos a un hotel, donde podrás ponerte algo menos... Bien, seamos corteses y digamos sólo algo menos vulgar.

—Vamos, tío, déjame en paz. No es...

—Si Bett te paga tanto como a mí, le debes esto. —Alzó un puño—. Estoy harto de tus quejas y no soy uno de esos maricas que no le levantarían la mano a una mujer... Y en especial si es necesario callarla. —Ella frunció los labios, pero Dennison amenazó antes de

Librodot

que Connie dijera una palabra—. No bromeo, tía.

—A la mierda contigo —le replicó Connie sin énfasis, encogiéndose de hombros.

Encendió un cigarrillo y se desentendió de él trabajosamente.

Dennison suspiró. No se sentía orgulloso de amenazarla, pero había superado su límite habitual de paciencia.

¿Qué tenía esa mujer en la cabeza? Entendía que las muchachitas se dedicaran a mostrar las curvas porque les parecía un camino rápido hacia la buena vida, pero sin duda una mujer de su edad ya habría entendido que todo era una gran patraña. ¿Por qué cuernos actuaba como una descocada?

Tener más años no significa ser más listo, se respondió. Tal vez era corta de entendederas.

Felizmente, Grimes escogió ese momento para reaparecer.

Ese sujeto se movía como un fantasma, pensó Dennison, mientras Grimes cogía su pequeño maletín del andén.

—Te has perdido a nuestro detective haciendo de chico duro —comentó Connie.

Grimes miró de soslayo a Dennison. Por un momento éste creyó ver un rastro de humor bajo la mirada impávida de ese hombre, pero se esfumó antes de que pudiera estar seguro.

—¿Qué te pasa? —preguntó Dennison.

—He visto a alguien con quien aún no estoy preparado para hacer negocios —replicó Grimes.

Dennison comprendió que se trataba de un asesinato. Tendría que hablar con Bett. No estaba dispuesto a participar en semejante cosa.

—¿Preparados para buscar hotel?

—Bett sabrá cómo comunicarse conmigo cuando llegue el momento —respondió Grimes, asintiendo con la cabeza.

—¿Necesitas saber dónde nos alojamos?

—¿Para qué?

Quizá las cosas salieran bien a pesar de todo, pensó Dennison. Con Grimes en su propio rumbo y si lograba que Hetherington cerrara el pico hasta que Bett la necesitara, quizá pudiera rescatar algo de todo ese embrollo. Había disfrutado de su viaje anterior a ese lugar. Pero entonces se hacía pasar por turista. Tal vez pudiera dedicarse a mirar paisajes en serio antes de tener que volver a Estados Unidos.

—Bien, buena suerte —les deseó.

—He esperado largo tiempo para solucionar un asunto pendiente —manifestó Grimes, sonriendo—. Te aseguro que me dará verdadero gusto terminar el trabajo, pero la suerte no tiene nada que ver. Es cuestión de paciencia.

Aunque Dennison no miró la mano artificial, supo que lo que mencionaba Grimes tenía algo que ver con esa prótesis. Cabeceó, entregó a Connie su cartera y cogió los demás bártulos.

—Vamos, rayito de sol —le dijo.

Connie aplastó el cigarrillo con la punta del zapato y lo siguió con fingida desgana.

Sí, lo mismo digo, amiga, pensó Dennison. Pero por ahora debemos aguantarnos. No pensaba decir tratemos de pasarlo lo mejor posible. Sólo quería terminar con ese apestoso trabajo.

Librodot

ABRACADABRA

La luna brilla en el cielo
y húmedo está el rocío;
y en el musgoso brezal
ellos bailan todavía.

Poema de Comualles

Jodi había sufrido muchas tardes largas y aburridas, pero no recordaba ninguna tan tediosa como la que pasó en el bolsillo de la secretaria del alcalde de Bodbury.

Tenía sentido, por cierto, que ella se fuera con Lizzie. De todos los conspiradores que se habían reunido esa mañana en el depósito de Henkie Whale, Lizzie era la candidata menos probable para asumir la responsabilidad de ocultar a la Pequeña en que Jodi se había transformado por obra de la viuda Pender. Parecía lógico que la Viuda persiguiera a Denzil o Taupin o a los chicos de Pingajos, antes de pensar en hacer frente a Lizzie en su diminuta oficina del ayuntamiento.

Todos habían convenido en que la lógica era impecable, especialmente Taupin, autor de la idea. Pero la lógica no hacía transcurrir las horas más deprisa, ni aliviaba el aburrimiento.

Cuando llegaron, Jodi insistió en que al menos le dieran la libertad de andar por el escritorio. Mientras Lizzie martillaba la máquina de escribir, Jodi vagabundeaba por el gigantesco escritorio, investigando objetos comunes que ese nuevo tamaño había vuelto extraños: plumas descomunales, un cortapapeles de madera grande como un remo, hojas de papel enormes como sábanas y demás. Caminaba por la correspondencia del alcalde, divirtiéndose al leer palabras compuestas por letras que eran grandes como su mano, y jugaba al fútbol con un bolo de papel y dos gomas como postes. Pero la novedad pronto se esfumó.

Terminó sentada en el diccionario de sinónimos de Lizzie, meciendo las piernas contra el lomo de cuero y deseando estar en cualquier otra parte, hasta que una compañera de Lizzie casi la pilló y ésta insistió en que permaneciera oculta. Jodi pasó media hora en una gaveta —que estaba demasiado oscura, a pesar de la franja de luz que entraba por la rendija que Lizzie había dejado—, aburriéndose como un hongo.

Al cabo de un rato, regresó al bolsillo de Lizzie, donde pasó el tiempo ora dormitando,

Librodot

ora asomando por el borde para mirar el reloj de la pared y calcular cuánto tiempo había transcurrido desde la última vez que había mirado la hora. Invariablemente, eran apenas diez minutos.

—Maldita sea —masculló—.¿De qué vale ser mágica si esto es todo lo que consigues? ¿Dónde está la seducción y el romance? ¿Dónde esta la aventura?

Luego pensó en Edern, el Pequeño que había resultado ser un hombrecillo mecánico al morir y que más tarde, en un sueño, le había hablado desde la mente de una foca...

Oh, Edern. ¿Por qué tuviste que morir? ¿Pero alguna vez fuiste real?

Pensar en eso la deprimía y le evocaba recuerdos de la Viuda y las criaturas que dominaba la bruja. ¿Aventura? Podía prescindir de la aventura, desde luego. Pero esa monotonía interminable...

—Ojalá pudiera hacer algo —dijo, mientras pateaba furiosamente la tela del bolsillo.

—¿Qué estás haciendo? —susurró Lizzie.

Jodi asomó la cabeza y miró la enorme cara de Lizzie. Así es como un ratón ve el mundo, pensó. Rayos. ¿Y si debía quedarse así para siempre?

—Me estoy volviendo loca —gritó con su vocecilla aguda—. Desesperadamente loca.

—Bien, procura calmarte —replicó Lizzie. aún susurrando—. A ver si alguien te oye.

—Pues le dices que tu estómago murmura y que debes ir a casa para cenar temprano.

Lizzie meneó la cabeza. Un gesto desconcertante. Fue como el meneo de la cima de una montaña. El rubio cabello de Lizzie se le derramó sobre los hombros como una catarata que no supiera qué rumbo seguir.

A Jodi le causó un mareo.

—Que mi estómago chilla, mas bien —dijo Lizzie.

—No tengo esta voz por culpa mía. ¿Has terminado por hoy?

La cima de montaña se meneó de nuevo.

—Convinimos en que era mejor quedarnos aquí, donde la Viuda no se atreverá a armar un alboroto, ¿recuerdas?

Claro que lo recordaba.

—Estoy enloqueciendo de veras —le confesó.

—Sobrevivirás.

—Sí, pero sin cerebro. Se me transformará en potaje en pocas horas..., de veras. ¿Cómo soportas trabajar aquí todos los días?

—Me gusta. Me da la oportunidad de...

—¿Con quién hablas, Lizzie?

Jodi se hundió totalmente en el bolsillo mientras la sobresaltada Lizzie miraba hacia la puerta, donde se hallaba una compañera de trabajo.

—Sólo pensaba en voz alta —replicó.

La otra mujer sonrió, meneó la cabeza y dijo:

—Hablar contigo misma es el primer síntoma de locura.

—Yo pensaba que era cuando te respondías a ti misma —repuso Lizzie.

—Eso también.

La mujer entró en su oficina, y Lizzie se miró el bolsillo.

—¿Ves por qué quiero que estés escondida? —susurró—. Casi nos pones en evidencia.

—Estoy muy asustada —se quejó Jodi, asomando de nuevo por el bolsillo de Lizzie.

—Sé buena y me iré temprano —prometió Lizzie—. Compraremos helado y caminaremos por el Muelle Viejo antes de reunimos con los demás.

—No... —empezó Jodi, pero se interrumpió con un suspiro.

No me hables como si fuera una chiquilla, iba a decir, pero comprendió que Lizzie la trataba como a una chiquilla porque ella actuaba como tal. Lizzie usaba la misma voz que usaba Jodi cuando hablaba con el mono de Denzil.

Maldita sea. Soy aún más pequeña que Ollie, pensó. Y ni siquiera tengo tan buenos

modales.

Lizzie siguió escribiendo a máquina.

Diez minutos después Jodi asomó la cabeza para comprobar la hora una vez más. Sólo habían transcurrido seis minutos.

Demonios, exclamó para sí, hundiéndose de nuevo en el bolsillo.

2

Kara pensó que estaban haciendo una tontería, mientras ella y Ethy se acercaban a la casa de la Viuda. Se suponía que debían eludir a la Viuda y sus criaturas, y, sin embargo, llevaban al doble herido a casa. La Viuda quizá curase a esa bestezuela con sólo chasquear los dedos. Entonces tendrían que habérselas de nuevo con el doble.

Siempre que no se toparan con la Viuda primero...

Kara miró a su compañera y notó que Ethy también se arrepentía ahora que estaban tan cerca. Lo que debían hacer era dejar el doble a la vista de la casa, en los adoquines, envuelto como estaba, y largarse mientras pudieran.

Eso era lo más sensato.

Malvís se le movió en el brazo con un gemido lastimero.

Kara suspiró. Lamentablemente, no era de tan dura como para hacerlo. Y menos después de haber llegado tan lejos con esa criaturilla tan indefensa. Habían renunciado a la oportunidad de ser sensatas en cuanto recogieron al doble herido.

Cuando estuvieron a un paso de la casa de la Viuda, Kara apoyó la bicicleta en el parapeto de un jardín vecino y se volvió hacia Ethy.

—Espérame aquí —dijo.

—¿Qué vas a hacer?

—Dejarlo en el umbral.

—Puedo ayudarte.

—No hay nada que puedas hacer —explicó Kara.

No mencionó que no era necesario que ambas se arriesgaran cuando bastaba una para hacer la tarea.

—Pero...

—Vigila las bicis —ordenó Kara.

Sosteniendo con cuidado al doble envuelto en periódicos, cruzó la calle y se metió en el jardín de la Viuda. Unos pasos más la llevaron hasta el umbral de la casa, donde se arrodilló y dejó al doble.

¿Ha sonado ese ruido dentro de la casa?, se preguntó nerviosamente.

No. Sólo se trataba del golpeteo de un postigo.

Dio a Malvís una palmada de consuelo y el doble intentó débilmente morderle la mano.

Vaya, qué criatura tan desagradecida, pensó Kara.

Se enderezó y echó a andar. Entonces oyó el grito de advertencia de Ethy.

—¡Kara!

Al volverse, vio a la Viuda en la calle y a la temerosa Ethy cerca del parapeto donde habían apoyado las bicicletas.

—¡Monstruos! —gritaba la Viuda—. ¡Asesinas!

—¡Lárgate! —le chilló Kara a Ethy, pero la chiquilla estaba demasiado asustada para moverse.

—Os freiré a ambas —gruñó la Viuda—. Os cocinaré en un pastel y os daré a los cuervos. Os arrancaré los dedos uno por uno, haré con ellos un collar y me lo colgaré del

Librodot

cuello.

—N-nosotras... lo hemos traído de vuelta —tartamudeó Kara.

La Viuda estaba de pie junto al portón, cerrándole el paso a Kara. Kara miró a Ethy, urgiéndola a escapar, y luego buscó otro portón. No había ninguno. Pero el seto no era tan tupido. Quizá pudiera atravesarlo y huir de la Viuda. Sólo que así dejaría a Ethy petrificada junto a las bicicletas...

La Viuda aún enumeraba los terribles destinos que les tenía reservados.

—Os arrancaré los ojos y los herviré en una sopa. Haré zapatos con vuestra piel y reiré mientras bailo con ellos.

Kara estaba tan asustada que casi olvidó el morral que le colgaba del cinto. Pero, cuando dio un nervioso paso hacia el seto, el morral le golpeó una rodilla. Con dedos trémulos sacó un globo y lo sostuvo en la mano.

—Apártate —amenazó, avanzando hacia el portón.

—¿Qué tienes allí, chiquilla? —quiso saber la Viuda, entornando los ojos.

—Apártate o te arrojo esto —replicó Kara.

—¿Qué tienes?

Era evidente que la Viuda ya lo sabía. Retrocedió, con los ojos fijos en el globo lleno de agua salada que Kara llevaba en la mano.

Cuando Kara llegó a la calle, giró para seguir de cara a la Viuda. Cada paso hacia atrás la acercaba más a Ethy y las bicicletas

—Kara Faull —dijo la Viuda.

Kara tembló. Taupin había dicho esa mañana que repetir el nombre tres veces era lo que esa bruja necesitaba para obrar sus hechizos. Conque la Viuda había dicho el primer tercio de un hechizo.

—Cierra el pico —gritó Kara, alzando más el globo— o te lo arrojaré.

—Os tengo a todos marcados —replicó la Viuda—. A ti, a Ethy Welet y a todos tus condenados amigos. No creas que no.

Kara había llegado a las bicicletas. Rozó a Ethy con el pie y, al no recibir respuesta, asestó a la chiquilla un puntapié en el tobillo.

Ethy parpadeó y tiritó.

—Monta en la bici —ordenó Kara.

—Os calentaré en el horno hasta que vuestras cabezas revienten y se derramen vuestros sesos —seguía chillando la Viuda—. Os partiré los huesos y os sorberé la médula.

Kara montó en su bicicleta.

—Andando —animó a Ethy—. Estaré detrás de ti. Ella no te hará nada.

—¿Nada? —dijo la Viuda—. No, nada más que arrancarle los brazos. Le cortaré las piernas y las usaré para revolver un guisado.

—Andando —repitió Kara.

Montada en su propia bicicleta, la mantuvo erguida con las rodillas y dio Ethy un empellón con la mano libre. La bicicleta de Ethy se zarandeó mientras echaba a rodar cuesta abajo, pero pronto cobró velocidad. Con el globo en una mano y la otra mano en el manillar, Kara retrocedió, alejándose de la Viuda, que seguía lanzando improperios.

—Os pillaré, a todos. No escaparéis.

Temblando Kara hizo girar la bicicleta y se lanzó cuesta abajo. Se guardó el globo en el morral y se arqueó sobre el manillar, tratando de alcanzar a Ethy, que le llevaba gran ventaja. A sus espaldas oyó la retahila de maldiciones de la Viuda. Oyó su nombre por segunda vez, pero antes de la tercera repetición que se requería para dar potencia al hechizo Kara ya estaba lejos y a salvo.

A salvo.

El pulso le tamborileaba de temor. ¿Cómo estaría a salvo de nuevo sabiendo que desde ahora la hostilidad de una bruja la perseguiría adonde fuese? Ella y Ethy habrían escapado por el momento, pero tarde o temprano la Viuda las hallaría, los hallaría a todos,

Librodot

tal como había prometido. ¿Qué harían entonces?

¿Qué podían hacer?

Tendrían que arrojarla al mar. Tendrían que transformarse en verdaderos asesinos.

El día había comenzado como una travesura. Ahora parecía tan sombrío que Kara se preguntaba si alguna vez volvería a sentir alegría.

Al fin alcanzó a Ethy, y ambas pedalearon por la ciudad hasta llegar a la calle Peter. Dejaron las bicicletas junto a la puerta que conducía al altillo de Denzil y corrieron escalera arriba para contarle lo sucedido.

3

La Viuda se quedó en medio de la calle cuando las dos niñas se perdieron de vista. Vio que una cortina se movía en la ventana de una casa vecina y se volvió hacia allí. Quien curioseaba desde la ventana se había esfumado.

—Tú también —masculló la Viuda—. Os arruinaré a todos. Atraeré tal borrasca sobre esta ciudad que después de sus estragos y rugidos no quedará nadie para recordarla.

Pero primero se encargaría de esa harapienta pandilla de condenados mocosos y todos los demás que osaban desafiarla.

Una risa tenue resonó en las sombras del seto mientras la Viuda entraba en el jardín. No le prestó atención. Se arrodilló junto al umbral y desenvolvió al doble. Sollozó al ver los daños que había sufrido la criatura.

—Calma, calma —murmuró, alzando suavemente a Malvís—. Mamá te curará, dulzura.

Se le rompía el corazón al oír los lastimeros gemidos que hasta su suave roce arrancaba al doble.

Juró que tomaría represalias.

—Por la tumba de mi madre y de mi abuela —dijo, mirando las sombras del flanco de la casa—. ¿Me oís? Que nunca conozcan el reposo si no logro cumplir con mi juramento.

Oímos, susurraron las sombras.

—¿Me daréis lo que necesito?

Lo que necesites.

Y de nuevo las sombras soltaron esa familiar carcajada, hueca y burlona.

La Viuda las miró un largo instante, abrió la puerta de la casa y llevó a Malvís adentro.

4

En lo alto de la colina de Mabe, sobre la ciudad de Bodbury, se hallaban las ruinas de una vieja iglesia llamada Creak-a-vose, que tomaba su nombre del antiguo túmulo funerario donde la habían construido. Era una edificio extenso cuyo campanario se había desmoronado y cuyo techo estaba abierto al cielo. Una de las paredes se había derrumbado. Las tres paredes restantes estaban cubiertas de hiedra y albergaban pájaros y un buho. Allí se reunieron los conspiradores al anochecer, entrando en las ruinas de a uno y de a dos hasta que todos estuvieron allí excepto Rata Friggens.

Librodot

—Me temo lo peor —dijo Denzil al cabo de media hora más, pues el chico aún no aparecía—. Después de lo que me han contado las niñas...

—La puñetera Viuda lo habrá pillado —asintió Henkie sombríamente.

La felicidad de Jodi al liberarse de los confines de la oficina de Lizzie se había convertido en abatimiento cuando supo que Kara y Ethy apenas habían logrado escapar. La ausencia de Rata aún la hacía sentir peor.

Todavía debían andar una hora por prados y brezales para llegar al campo donde el Men-an-Tol se erguía con sus dos piedras descollantes, una a cada lado del agujero. Taupin había calculado que, saliendo de Creak-a-vose al ocaso, llegarían al dolmen cuando despuntara la luna. Ahora deliberaban para decidir quién iría.

—Los niños deben regresar a la ciudad —opinó Denzil—. No podemos permitir que corran más riesgos.

Los otros adultos accedieron, pero Kara meneó la cabeza y afirmó:

—Iremos.

—No empieces —le dijo Henkie.

Pero Kara se mantuvo en sus trece.

—Será demasiado peligroso —insistió Lizzie—. Ya habéis cumplido con vuestra parte... y mucho más.

Taupin opinaba además que durante el resto de la tarde no habían tenido problemas porque la Viuda se había recluido para sanar las heridas del doble.

—No tenemos miedo —dijo Ethy, aunque incluso en la pálida luz se la veía temblar.

—No comprendéis —añadió Kara—. No es que queramos ir, sino que no tenemos otra opción.

Ethy asintió.

—Tenemos que permanecer unidos —intervino Peter.

—Ninguno de nosotros querrá estar solo cuando la Viuda envíe sus criaturas a cazarnos —manifestó Kara.

—No había pensado en eso —admitió Taupin.

—Esta noche estará demasiado ocupada con nosotros para molestar a nadie más —opinó Denzil, mostrando todavía su desacuerdo.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —preguntó Kara.

—Yo... —Denzil miró a los demás pidiendo ayuda, pero nadie pudo ofrecérsela—. No lo estoy —suspiró.

—Pues ahí tienes —declaró Kara—. Iremos todos.

—Si hemos de ir —intervino Taupin—, debemos marchar deprisa. Debemos llegar a la piedra al despuntar la luna.

Denzil miró en torno una vez más, esperando que algún adulto pensara alguna solución mejor que llevar a los niños, pero nadie tenía sugerencias. Lizzie suspiraba y meneaba la cabeza. Taupin se encogía de hombros. El barbudo Henkie gruñía.

—No veo otra salida —dijo el hombretón.

—Quizá no debiéramos ir —intervino Jodi—. Ninguno de nosotros. Podríamos pasar la noche en un bote en la bahía, donde ella no pueda acercarse.

—Los muertos del mar —murmuró Peter.

—Ella no invocó a ningún muerto del mar anoche —repuso Jodi.

—Tal vez era demasiado tarde —replicó Kara— o todo fue muy rápido para ella. Quizá se requiera tiempo para invocarlos.

—Quizá no exista tal cosa —sugirió Denzil.

—¿Aún recelas de lo que tienes ante las narices? —le respondió Taupin.

—Que una locura sea cierta no significa que todas lo sean —rezongó Denzil.

—¿Cómo puedes mirar a Jodi y no aceptar...?

—Acepto que es una Pequeña —dijo Denzil—. Pero el secreto de la ciencia consiste en llegar al mismo conjunto de resultados cada vez que uno organiza un experimento específico o

Librodot

crea un conjunto de condiciones. Tiene que ser repetible, sin vuelta de hoja. Veo que Jodi es una Pequeña y que sigue siéndolo. Por ende, tal cosa es posible.

—¿Y la magia de la Viuda?

—Acepto que es capaz de transformar a un ser de tamaño normal en un Pequeño y permaneceré abierto a la posibilidad de que también posea otros poderes, para no exponerme a un posible error, pero eso no significa necesariamente que pueda hacer todo lo que se dice de una bruja de las leyendas.

—¿Como invocar a los muertos? —preguntó Henkie.

—Exacto.

—¿No se puede hacer? —Denzil negó con la cabeza con firmeza—. ¿Entonces qué dices de mi compadre Briello, con quien charlaste anoche?

—Yo...

—Se hace tarde —interrumpió Lizzie.

Denzil pestañeó un momento y asintió.

—Andando.

Salieron y se reagruparon.

—El agua salada obra contra la Viuda y las criaturas que ella genera —recordó Henkie—. ¿Pero qué sabemos de los muertos del mar? ¿Qué hacer si nos topamos con ellos?

Todos llevaban morrales con globos llenos de agua salada u odres con lo mismo. Eran pesados, pero nadie se quejaba.

—Tendremos que confiar en que estaremos demasiado tierra adentro para que lleguen allí —dijo Taupin—. En marcha, y mirad por dónde vais.

Con la luna aún debajo del horizonte, los campos estaban a oscuras. Henkie se quejó de la falta de luz. Llevaba un gran martillo metido en el cinturón y una lámpara de aceite.

—Ella nos buscará de todos modos.

—¿Pero para qué facilitarle el trabajo? —le preguntó Lizzie.

El grandote respondió con un gruñido sordo y profundo.

—Si nos separamos —aconsejó Denzil, siempre previsor—, ¿nos encontraremos de vuelta aquí... en la iglesia?

Convinieron en ello y se pusieron en marcha.

Taupin encabezaba la marcha a campo través, siguiendo huellas que sólo él conocía, pues había adquirido ese conocimiento en sus constantes vagabundeos por la campiña que rodeaba la ciudad. Sabía qué campos tenían parajes pantanosos que era preciso eludir, qué setos se podían atravesar con mínimo esfuerzo, dónde había ortigas y dónde no.

Los campos fueron reemplazados por accidentados brezales cuando se aproximaron al Men-an-Tol. Franjas de brezo, helechos secos y espinosas aulagas se extendían por todas partes. Pronto se desdibujaron en los jirones de niebla que se elevaban del suelo al enfriarse el aire nocturno.

—Buen tiempo para los *hummocks* —susurró Peter.

—Ni siquiera menciones nada que se relacione con fantasmas, tú —le advirtió Denzil.

Cogía la mano de Ethy y la sentía temblar ante la sola idea de que un etéreo espectro surgiera de las aulagas para tirarle de la ropa.

Llegaron a la piedra agujereada cuando la luna asomaba sobre el horizonte, dando a la niebla un aire aún más fantasmagórico. Las fotografías y los dibujos concedían al dolmen una altura y una majestad que no poseía en la realidad. La piedra circular llegaba apenas a la altura de la cintura de Henkie. El orificio tenía tamaño suficiente para que incluso Peter pasara a rastras. Conservaba una atmósfera de misterio y enigma antiguo a pesar de su pequeñez. La niebla acentuaba su aura de esplendor sobrenatural.

Todos se reunieron temblando alrededor de la piedra y se miraron.

—¿Qué hacemos ahora —inquirió Kara.

Librodot

—Tengo que atravesar nueve veces el agujero de la piedra —gorjeó Jodi. De nuevo enronquecía, pues tenía que gritar constantemente para que la oyeran.

—¿Y los demás no hacemos nada? —preguntó Peter cuando Lizzie se acercó a la piedra con Jodi en las manos.

—Mirar, supongo —dijo Jodi.

—¿Trazamos un círculo de agua de mar alrededor de la piedra, para protegernos de las criaturas de la bruja? —preguntó Henkie.

—Eso mataría la vegetación —replicó Taupin.

—¿A quién le importa?

—Tal vez a quienes invocamos desde la piedra.

—Es verdad —convino Henkie.

Apoyó la lámpara de aceite en el suelo y acarició el mango del martillo.

—¿Preparada? —le preguntó Lizzie a Jodi.

—¿Qué tiene de difícil? —replicó Jodi, aunque Denzil pensó que esa bravuconada no reflejaría lo que sentía por dentro.

Lizzie la pasó una vez por el agujero de la piedra.

—Va una —contó Henkie.

Nada ocurrió, excepto que la bruma continuó ahondándose, cubriendo los brezales, mientras la luna ascendía en el cielo. Mientras Lizzie seguía pasando a Jodi por el agujero del Men-an-Tol, una voz y luego otras se unieron a la cuenta de Henkie, hasta que todos recitaron juntos.

—Siete.

Denzil aguzó el oído, creyendo haber oído algo. Intuía que algo se aproximaba. Lo sentía en los huesos. No era la Viuda ni sus criaturas. Era un sonido. Una música excepcional, distante y sobrecogedora. Aunque extraña, parecía como si la hubiera conocido desde siempre.

—Ocho.

La música creció. Denzil comenzó a distinguir los instrumentos. Arpas y violines, el redoble hueco de un *crowdy crawn,* el soplido de una flauta. Pero no había músicos, sólo el brezal.

Notó que los demás también la oían, pues erguían la cabeza procurando escrutar la bruma. Una luz tenue llamó la atención de Denzil. Se volvió para mirar el dolmen, donde un fulgor semejante al de un rescoldo revoloteaba en el centro del orificio de la piedra.

Lizzie sacó a Jodi por el orificio y le hizo dar vuelta una vez más por la piedra. Cuando iba a meterla por última vez, la música se intensificó.

—Nueve —jadeó sola la voz de Henkie, pues los demás habían callado.

Una luz intensa y rutilante estalló en el orificio. La música había alcanzado un *crescendo* con el estallido. Luego se fue desvaneciendo en ecos moribundos mientras la luz se extinguía y moría con un parpadeo.

Henkie raspó una cerilla, refunfuñando hasta que logró encender la lámpara de aceite. La lámpara arrojó un fulgor pálido sobre la piedra mientras Lizzie se miraba las palmas vacías.

—Se fue —murmuró Lizzie—. Se esfumó...

Con la luz, pensó Denzil. Con la música.

—Jodi... —susurró, tras sentir un aguijonazo de dolor en el pecho. ¿La vería de nuevo alguna vez?

—Oh, diantre —exclamó Henkie.

Denzil irguió la cabeza para ver por qué maldecía al artista y sintió que se le hundía el corazón. Formas humanas se tambaleaban en la niebla circundante. Un asfixiante tufo de pantano impregnaba el aire. Lo atravesaba el punzante aroma del mar: sal y espuma, el olor de algas mojadas y pescados podridos.

¿Por qué tenía que estar equivocado una vez más?, se preguntó Denzil.

Porque estaba equivocado.

Pues los que rodeaban la piedra eran hombres ahogados; hombres ahogados que habían abandonado sus tumbas marinas para atravesar brezales y campos y hacerles frente en ese sitio.

La Viuda sí podía invocar a los muertos del mar.

5

Desde la oscura noche en los brezales de Bodbury, la novena vuelta por el orificio de la piedra llevó a Jodi a un mundo de luz profunda.

Luz diurna, comprendió cuando los ojos se le adaptaron al resplandor.

Un día soleado.

En otro mundo.

Oh, rayos...

Aún tenía el tamaño diminuto que había tenido en el otro mundo. Estaba sentada en un lecho de heléchos secos y mirando directamente el Men-an-Tol, que había ido con ella a este mundo o bien existía aquí también. La luz del sol relucía sobre la piedra.

¿Cómo podía esto ser real?

Sintió ganas de reír. Tal vez por histeria, pero las sintió. ¡Después de vivir casi dos días con tamaño de ratón, aún pensaba que los trasmundos mágicos eran imposibles!

Pero con todo...

—Jodi.

Se volvió ante esa voz familiar y se topó con un extraño; un extraño cuyos ojos conocía, cuyo desconocido cuerpo adoptaba la misma postura que había adoptado el cuerpo de otro, y que se le acercaba con un andar que también era familiar.

Ella jamás lo había visto en su vida.

Era pequeño, igual que ella. Se imaginó que tenía el tamaño adecuado. Llevaba aretes de oro en el lóbulo de las puntiagudas orejas. El pelo rizado y dorado se arremolinaba formando una punta en la coronilla. Tenía ojos que resultaban familiares, rostro alegre, cuerpo esbelto, y vestía camisa, chaqueta y pantalones con los diversos colores de los brezales. Iba descalzo.

Jodi le conocía. Jodi no le conocía.

—¿Edern...? —preguntó.

—Te agradezco que hayas venido —asintió el extraño.

Librodot

BILLY EL CONSTANTE

Las historias siempre aguardan, siempre atentas a los nombres; cuando oyen los nombres que esperaban, engullen a la gente.

RUSELL HOBAN,
La frecuencia de Medusa

Aunque Janey no resistía más malas noticias, otra no muy agradable le aguardaba cuando ella y Clare llegaron a la casa de la calle Duck.

—Lo lamento, tesoro mío —dijo el Vejete—. He llamado a Kit como me pediste y me ha dicho que ella misma iba a llamarte. Es por tu gira por Estados Unidos.

Janey sintió que el corazón le daba un vuelco.

—¿Qué pasa con la gira? —preguntó.

—La han cancelado.

—¿Cancelado? ¿Pero...?

Miró a Félix pidiendo ayuda, pero sólo halló comprensión.

—Oh, Janey —exclamó Clare, apoyándole una mano en el brazo—. Qué espanto.

—¿Cómo la han cancelado? —quiso saber Janey—. ¿Ha explicado por qué?

—Kit no tenía ni idea. Dijo que lo averiguaría, pero no esperaba tener noticias hasta mañana, pues hoy es domingo. Lo lamento, cariño. Sé que la aguardabas con ansiedad.

—No es sólo eso. Es...

Primero ese mensaje del reportero de *Rolling Stone* esa mañana, anunciándole que su jefe había cancelado su participación en el artículo, y ahora esto. No era coincidencia. Alguien se proponía amargarle la vida. Y ahora, después de esa charla que habían entablado con Peter Goninan, tenía idea de quién podía ser ese alguien.

—Es Madden —dijo—. Es ese tal John Madden.

—Si es verdad lo que nos dijo el señor Goninan —asintió Clare con un lento cabeceo—, creo que tienes razón. Se ha propuesto adueñarse del libro y, mientras no se lo des, te acosará hasta no dejarte más opción que entregarlo.

—Me temo que nosotros no hemos entendido —terció Félix.

Janey notó su confusión y la del abuelo. Suspirando, se desplomó en el sofá al lado de Félix.

—Hemos aprendido muchísimo de Peter Goninan.

Librodot

—Espero que hayáis escuchado con cierto escepticismo —refunfuñó el Vejete—. Ese hombre está medio tocado.

—Pero la otra mitad es fascinante —les dijo Clare sonriendo, mientras se sentaba.

—Me agrada —añadió Janey—. Me agrada muchísimo.

—Esto sí que es insólito —declaró el Vejete—. Peter Goninan cayéndole simpático a alguien... Vaya, vaya.

—Es fácil llevarse bien conmigo —protestó Janey. Cuando todos enarcaron las cejas ante esa afirmación, añadió—: Bien, es un modo de decir.

—No pensaba tanto en ti, encanto —aclaró el Vejete—, como en Peter. Es un pájaro tan raro. —Janey no pudo contener una sonrisa ante esa descripción de Goninan—. Vive aislado en esa granja. Ha dado un nuevo sentido a la palabra «reclusión». Me sorprende que siquiera os haya hablado.

—Está agonizando —dijo Janey. El Vejete guardó silencio, reflexionando—. Quizá se mantiene aislado porque nunca hubo otra persona interesada en lo que él hace —agregó Janey—. No por eso es mala persona... Sólo excéntrico. Tal vez adquirió el hábito de la soledad cuando era joven y ahora prefiere estar así.

—Nunca lo pensé de ese modo —admitió el Vejete—. Siempre fue... arrogante. Parecía considerarse mejor que los demás. No le interesaban los juegos, la pesca ni nada de lo que hacíamos; sólo sus libros y sus pájaros. Los únicos que tenían algún tiempo para él eran Billy y Morley Jenkin. Pero los Jenkin se fueron de Cornualles cuando todos éramos jóvenes, y Billy nunca pasaba mucho tiempo con él…, que yo sepa.

—Tal vez sólo parecía arrogante —intervino Clare—. No es fácil entablar amistad cuando uno no cree tener nada en común con el resto de la gente.

—Esa mujer... —volvió a hablar Janey—. Se llama Helen Bray y es la sobrina. Ella lo cuida.

—¿Y dices que está agonizando?

Janey asintió.

—Me hace sentir como un canalla.

—Entiendo a qué te refieres, abuelo. Cuando recuerdo que yo me burlaba de su figura enjuta en los acantilados, me siento pésimamente.

—No lo podías saber —la tranquilizó Félix.

—En efecto —replicó el Vejete—. Pero debimos haber sido más caritativos.

Janey suspiró, se irguió en el asiento y explicó:

—De cualquier modo, conocía el tatuaje. Pertenece a una secta hermética llamada Orden de la Paloma Gris. Su jefe es John Madden, quien se muere por adueñarse del libro de Billy.

Ella y Clare refirieron lo que Goninan les había contado sobre Madden, los diversos estados de conciencia y el hecho de que un artefacto o talismán como *El país pequeño* era una especie de atajo para alcanzar planos más elevados del ser y el poder que se adquiría con ellos.

—Los años de estudio preparan a una persona para ser responsable cuando al fin alcance esos planos más elevados —redondeó Clare—. Sin ellos, tiene poder pero no sabiduría para usarlo adecuadamente. Con responsabilidad.

Ni Félix ni el Vejete tenían mucho que decir. Janey sabía por qué. Todo parecía descabellado. Tal como lo acababan de exponer, ni siquiera ella estaba segura de que fuera cierto. Tenía cierto sentido, pero primero era preciso dar el salto cuántico de aceptar que las aptitudes paranormales eran posibles.

—También nos habló de Lena —dijo Janey—. Al parecer, su padre, Roland Grant, es un importante hombre de negocios americano y miembro del Círculo Interior de la Orden.

Nombró a los otros tres.

—He oído hablar de Eva Diesel —repuso Félix—. No parece encajar en lo que nos cuentas. Por lo que sé, por lo que ha escrito, está comprometida con causas humanistas y

Librodot

preocupaciones ambientalistas.

—Se supone que es una fachada —explicó Clare—. El señor Goninan dijo que si nos tomábamos el tiempo de rastrear las diversas causas que ha respaldado, junto con las eventuales ramificaciones de las causas que se llevaron a cabo, descubriríamos que tiene las manos tan sucias como los demás.

Félix sacudió la cabeza.

—¿Sabéis a qué suena esto? A una de esas lunáticas fantasías conspiratorias. Paranoia desbocada. No parece encajar en el mundo real.

—No puedo evitarlo —dijo Janey. Sintió que se le erizaba la espalda y procuró mantener la calma.

—¿Y qué hay de asuntos como el caso Christine Keeler o el escándalo Watergate? —preguntó Clare—. Parecían igualmente rebuscados cuando afloraron las primeras noticias.

—Pero no había magia de por medio —replicó Félix sonriendo.

—Hablas así por mera obstinación —le reprochó Janey.

—No, sólo trato de ponerlo en perspectiva. Esto es como afirmar seriamente que Elvis aún está vivo.

—No tiene nada que ver, y lo sabes —protestó Clare.

—De acuerdo —convino Félix—, acepto la corrección. ¿Pero cómo es que Goninan, viviendo en medio del brezal, está al corriente de todos estos secretos?

Tal vez sus pájaros se lo cuentan, pensó Janey.

—Eso no es lo importante, querido —respondió el Vejete.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Félix, volviéndose hacia él.

—Bien, está el libro.

—Podemos probarlo con el libro —admitió Janey—. Tú lo has leído, abuelo. ¿De qué se trata?

—Anoche le eché otra ojeada, pero recuerdo bien la historia y no necesito releerlo. Ocurre en una ciudad imaginaria, muy parecida a Penzance, pero a fines de siglo o tal vez un poco antes.

Janey y Félix manifestaron su acuerdo, pero se desconcertaron cada vez más a medida que el Vejete narraba su versión de *El país pequeño,* que trataba sobre el capitán de un lugre pesquero llamado *El Talismán* y la huérfana que se disfrazaba de varón para trabajar a bordo con él.

Clare, que no había leído el libro, no pudo hacer comentarios, pero Janey y Félix menearon la cabeza cuando el Vejete terminó de describir la historia.

—No es la historia que yo estoy leyendo —declaró Janey.

—Ni la que estoy leyendo yo —corroboró Félix—. La mía es sobre un marinero, sí, pero que trabaja en un carguero. Llega a la misma ciudad y conoce a una muchacha del mismo nombre, pero ella es mayor que esa huérfana, Tom. Y me parece que el libro no sólo contiene aventuras sino romance.

Janey sintió un cosquilleo que le nacía en la nuca y le bajaba por la espalda.

—En la que yo estoy leyendo no hay marineros —dijo—, sino mucha magia. La historia está llena de magia.

Clare los miró uno por uno.

—Esto es descabellado —protestó.

—Muy descabellado —convino Félix—. Creo que estoy dispuesto a escuchar la opinión de vuestro amigo Goninan.

—¿Puedo ver el libro? —preguntó Clare.

Janey fue a buscar el ejemplar de *El país pequeño* y se lo dio a Clare. Se sentó en el brazo del sillón cuando Clare abrió el libro en la primera página de texto y se puso a leer.

—¿Qué dice la primera línea? —inquirió Janey.

—«No siempre había sido tullida, pero bien podría haberlo sido» —leyó Clare.

—No es lo que yo veo —replicó Janey, moviendo la cabeza.

Librodot

Leyó la línea inicial que veía ella y miró a los demás. No se parecía ni remotamente. Su versión se iniciaba con una línea de diálogo.

El cosquilleo en la espalda se intensificó.

—No es posible..., ¿verdad?

El Vejete se encogió de hombros. Félix se acercó a las dos mujeres y, mirando sobre el hombro de Janey, leyó en voz alta la línea inicial de su propia versión.

—Es verdad —exclamó Clare con un hilo de voz—. Es diferente para cada uno...

—Escuchad —indicó de pronto Janey—. ¿Podéis oírlo?

Así como las sombras a veces parecían moverse cuando se las veía por el rabillo del ojo, Janey oía —por el rabillo del oído, como quien dice— una música tenue. No podía distinguir la línea melódica ni la instrumentación pues era demasiado borrosa, pero podía oírla. Sabía que estaba allí.

Ya la había oído antes. Era la misma música que había tratado de captar el día anterior por la tarde, cuando el reportero de *Rolling Stone* llegó para interrumpirla.

—Música —murmuró el Vejete—. Es como música...

Janey tendió la mano hacia el regazo de Clare y cerró el libro suavemente.

El sonido se esfumó en cuanto cerró la tapa, desapareciendo como si hubieran apartado el brazo de un giradiscos de la nariz espiriforme de los surcos.

—Magia —comentó Janey, que aún sentía el cosquilleo.

Los otros asintieron. Por un largo tiempo ninguno de ambos pudo hablar, cada cual sumido en la maravilla del instante.

Janey abrazó la realidad del encarnamiento del libro como el precioso secreto que era.

La magia era real.

Los Pequeños, esa música, la música oculta que daba título al segundo libro de Billy, la música que ella siempre había anhelado oír. Ah, ser capaz de tocarla...

Todo era real.

Luego, otra realidad le acudió a la mente. Si la magia era real, también lo era la Orden de la Paloma Gris de John Madden. Y el peligro que presentaban abarcaba más niveles que el mero mundo físico.

—El señor Goninan nos ha explicado que el libro es un talismán. Un talismán que sólo debe ser manipulado por su custodio legítimo. Y que, si ninguno de nosotros era el custodio, debemos esconderlo..., mantenerlo a buen recaudo para cuando ese custodio venga por él.

—Ese custodio no será John Madden —dijo Clare.

Janey negó con la cabeza y añadió:

—Y tampoco creo que sea ninguno de nosotros, excepto...

—¿Excepto qué, cariño? —preguntó el Vejete.

—Me siento tan cercana a esa música...

—¿Dónde podemos ocultar el libro? —preguntó Clare, siempre práctica.

—No sé. Yo... —Janey miró en torno—. No se me ocurre ningún lugar seguro.

—El señor Goninan ha dicho que el libro nos lo revelaría —le recordó Clare.

—En efecto —asintió Janey—. Pero, en tal caso, aún no he llegado a esa parte.

—Deberíamos ocultarlo cuando antes —opinó el Vejete.

—Primero debemos terminar de leerlo —replicó Janey.

—¿Te parece inteligente, palomita mía?

—Es lo que ha dicho el señor Goninan. Mientras no terminemos de leerlo, una rendija de magia quedará abierta y Madden podrá usarla para hallar el libro.

—Tom ya lo ha terminado —dijo Félix—. Quedamos tres. Podríamos sentarnos juntos en el sofá.

—Gracias —aceptó Clare.

—¿Por qué? —Félix enarcó las cejas inquisitivamente.

—Por incluirme.

Librodot

—Eso nunca se ha cuestionado —repuso Janey—. Es sólo... —Y añadió alarmada al ver el semblante de su amiga—: Oh, no. No he cambiado de parecer. Aún creo que debes leerlo. Sólo me preguntaba si no deberíamos registrar primero el resto de los manuscritos de Billy. Tal vez haya escrito notas sobre el libro..., algo que nos explique mejor las cosas.

—¿Quieres que los traiga? —preguntó Félix.

—Sí —asintió Janey—. Hay algunas cosas en la caja de la cocina, la que casi se llevó el intruso, y más en el baúl del altillo.

Fue a ayudarle a bajar el baúl. El Vejete se puso a hacer té mientras Clare preparaba una bandeja de emparedados. Cuando todo estuvo listo, la sala de estar tenía el mismo aspecto que si hubiera estallado una bomba de manuscritos, periódicos, revistas y otros papeles. De tal guisa estaban desperdigados por doquier.

Fue Clare quien halló el segundo elemento mágico, escondido en el baúl de Dunthorn.

—Mirad esto —dijo, mostrando una vieja fotografía.

El tono era sepia, y la imagen se desdibujaba cerca de los bordes. Aunque la superficie de la foto estaba arrugada porque la habían doblado en algún momento, la imagen aún era fácil de discernir.

—Esa es mi Addie cuando era niña —señaló el Vejete.

—¿Puedo verla? —preguntó Janey.

La foto mostraba a una niña de unos once años sentada en una vieja mecedora de brazos gruesos. Llevaba puesto un vestido anticuado y zapatos marrones acordonados. El cabello le colgaba en bucles. Lucía una sonrisa jovial y fijaba los ojos en algo que debía de estar sobre el hombro del fotógrafo, tal vez el padre, que le haría muecas para hacerla sonreír.

El resto de la foto aparecía borroso. Con todo, Janey distinguió cortinas y un cuadro en la pared, detrás de la mecedora, una puerta a la derecha, y a la izquierda...

Janey contuvo el aliento.

En el brazo izquierdo de la mecedora se veía la imagen espectral de un hombrecillo. Vestía camisa blanca y pantalones oscuros. Era calvo y tenía una barba poblada y bien recortada. Y tocaba un violín, encorvado sobre el instrumento que se apoyaba en el hombro.

Un Pequeño.

El cosquilleo de Janey se intensificó mientras miraba al hombrecillo. Casi oía la música que estaba tocando.

—¿Qué es? —preguntó Félix.

—Allí —respondió Janey—. En el brazo izquierdo de la mecedora.

—Parece un borrón de luz... Quizás hubiera una ventana abierta detrás de la silla y la luz se reflejó en la lente de la cámara. En esos tiempos no tenían el mejor equipo.

—Míralo —insistió—. Míralo de veras.

Félix obedeció, mientras Clare y el Vejete se acercaban.

—¿Qué se supone que debo ver? —preguntó.

—En el brazo... —señaló Janey.

—¡Un hombrecillo! —exclamó Clare—. Oh, Dios. Hay un hombrecillo sentado allí, tocando el violín.

Félix se echó a reír, pero entonces él y el Vejete también vieron al Pequeño.

—Diantre —exclamó el Vejete—. Jamás lo hubiera pensado.

—Es increíble —añadió Félix—. Aunque sólo sea un efecto de luz, es fabuloso.

—Es un Pequeño —explicó Janey—. De ahí vinieron «Los Pequeños» y *El pueblo oculto.* De esa foto.

—O quizá —comentó Clare con un destello de picardía en los ojos— sólo confirmó algo que Billy ya sabía.

—Apuesto a que tienes razón —aceptó Janey.

Librodot

—He visto esa foto cien veces —dijo el Vejete—, pero nunca reparé en el hombrecillo.

—¿Tienes otra copia? —preguntó Félix.

El Vejete asintió.

—¿Podemos verla? —pidió Janey.

—Veré si la encuentro, cariño.

Hurgó en algunos álbumes viejos del fondo de la biblioteca que había junto al hogar, hasta hallar lo que buscaba.

—Aquí está. —Y abrió el álbum para que todos pudieran verla.

—Y el Pequeño también está allí —repuso Janey—. Me pregunto si estará en otras fotos.

Iba a coger el álbum, pero Félix le tocó el hombro.

—El tiempo pasa —razonó—. Quizá debiéramos ponernos a leer el libro. Si Madden está en la ciudad, como dijo tu amigo Goninan, tal vez no tengamos mucho tiempo.

—Como leo con rapidez, podré alcanzaros rápidamente —convino Clare.

—Entretanto —dijo el Vejete—, yo continuaré hurgando en todo esto.

Señaló los papeles y manuscritos de Dunthorn desperdigados por la habitación. Fiel a su palabra, se sentó y cogió otro fajo de papeles. Los demás se acomodaron en el sofá, Félix en el medio, Janey y Clare a ambos lados y comenzaron a leer.

—No es su estilo habitual, ¿verdad? —se extrañó Clare al volver la página para pasar al segundo capítulo—. No está tan bien escrito como sus otros libros.

—Yo también lo he pensado —replicó Janey—. Supongo que es porque nosotros nos narramos la historia a nosotros mismos.

—Leamos y reservemos la crítica literaria para después —indicó Félix, tocando el libro con el dedo.

—Aguafiestas —dijo Clare.

—Prepotente —añadió Janey.

Félix sonrió y meneó la cabeza.

—Leed tan sólo —repitió.

2

Sentado junto a la ventana del cuarto de Gazo, John Madden observaba el movimiento de las olas en Mount's Bay, con la mente alejada de lo que veían los ojos. A sus espaldas, Gazo leía una revista sentado en la cama. Grant estaba en la otra silla, sentado junto a su hija. Habían conversado en voz baja durante un rato, pero ahora sólo se oía el ruido que hacía Gazo al volver las páginas de la revista.

Madden apreciaba el silencio. Le permitía concentrar los pensamientos. Le permitía apaciguar la conversación interior que siempre entablaba la mente sí se le daba rienda suelta y dejar que la antigüedad de la Tierra le empapara el alma.

Desde el extremo occidental del Land's End hasta donde el río Tamar seguía la frontera entre Devon y Cornualles, transformando a Cornualles casi en una isla, el espíritu familiar de la campiña le hablaba. Su suave murmullo lo colmaba con su presencia, susurrando antiguas historias y secretos, desentrañando enigmas y devolviéndole conocimientos ocultos que lentamente se habían evaporado desde que Madden había recorrido esas costas por última vez.

El tiempo lo robaba todo. Incluso a alguien como Madden, que atesoraba esos recursos secretos como un avaro cuida el oro. Así que ahora llenaba las lagunas de su memoria,

Librodot

renovaba sus lazos con el pasado y los misterios eternos que la historia volcaba en el presente. Ésta era la verdadera magia de la cual era heredero: la comprensión de que ni la lógica ni la emoción bastaban para mantener pura —y por tanto en la cumbre de su poder— el alma de un hombre. La mente se angostaba y dividía el mundo en paquetes comprensibles que podía manipular, pero el alma requería una visión más amplia, una visión que abarcase tanto el microcosmos de las percepciones de la mente como el macrocosmos del mundo como una totalidad con la cual debía interactuar. Sin una perfecta armonía entre los dos, uno quedaba tullido.

Madden, pues, se abrevó en el dulce secreto que era el latido de la tierra. Dejó que el ritmo de sus propias pulsaciones siguiera ese ritmo antiguo, hasta que los dos corazones palpitaron como uno solo.

La única disonancia era la huella de su protegido, mientras atravesaba insensiblemente el misterio de la Tierra, turbando la armonía con sus desconsideradas intrigas.

Pasos pesados; una huella irreflexiva.

Desde la altura donde ahora moraba su percepción, Madden podía leer cada maniobra irresponsable de Michael, cada supuesto de la Orden que él había despreciado.

Madden comprendía que Michael había olvidado la primera regla para tratar con el rebaño. El secreto del predominio consistía en no permitir que las ovejas supieran que las dominaban. Si las tratabas bien, eran tan felices como sus lanudas primas de los campos, contentas con su suerte. Era preciso apaciguar al raro disidente, o afrontar con firmeza al raro lobo disfrazado que pudiera escabullirse entre los inocentes.

Era mero sentido común. Las ovejas felices eran ovejas obedientes y no causaban discordancias ni trastornos. Permitían que los engranajes del mundo girasen con libertad, sin necesidad de repararlos. A veces se necesitaba paciencia, pues el control sutil requería soluciones igualmente sutiles para los problemas que se presentaban, pero las recompensas eran proporcionales al esfuerzo.

Aunque los actuales métodos de Michael obtenían resultados inmediatos, también requerían excesivos gastos de tiempo y recursos después de los hechos, para atar los cabos sueltos. Michael no comprendía que podía eliminar una interferencia, tal como Clare Mabley, pero luego debía enfrentarse a todas las ramificaciones de ese acto, además de continuar con su curso de acción principal. Muchos desvíos respecto del proyecto central conducían a una pérdida de control.

Como lo atestiguaba el presente estado de cosas.

Madden suspiró.

Se necesitaría un gran esfuerzo para imponer cierto orden a los asuntos que Michael había desquiciado. Pues en el corazón de todo estaba el secreto que Dunthorn había escondido: la llave.

Madden aún ignoraba si era un artefacto o un talismán físico que revelaría un misterio que él todavía no comprendía del todo. Sólo sabía que debía poseerlo. También comprendía que la llave se debía adquirir tratando de no usar la coerción. Se podía robar, pero no debía haber un costo en sangre.

Había sido víctima de ese mismo error en su primera confrontación con Dunthorn, y lo había pagado con décadas de tiempo perdido, en las cuales, si hubiera tenido la llave, habría avanzado mucho más en sus ambiciones.

El tiempo perdido le molestaba como una afección cardíaca que iba y venía y no tenía cura. Pero le había enseñado paciencia, y no cometería el mismo error dos veces.

Dudaba que alguna vez le dieran la llave voluntariamente, a pesar de que ése era el método óptimo de adquisición. No obstante, se cercioraría de que, cuando al fin le echara mano, su actual custodio sufriera el menor daño posible.

Para ello, primero debía encargarse de Michael.

Sus rasgos no delataban lo que pasaba por su mente. Un observador hubiera pensado que sólo miraba el paisaje por la ventana. Ésa era otra parte de la magia de Madden: control.

Librodot

Estaba alerta a cada movimiento de alrededor, pero ni siquiera parecía prestar atención. Así percibió el ligerísimo movimiento de Lena, que cambió de posición, y supo que ella iba a hablar antes de que dijera una palabra.

—Estuve pensando en los Little, papá.

Madden la miró por encima del hombro y preguntó, adelantándose al padre:

—¿Qué pasa con ellos?

—Bien... ¿No deberíamos prevenirlos...? ¿Sobre Bett?

—¿Y cómo les explicamos lo que sabemos? —Madden negó con la cabeza—. No. Aunque lamentaría que sufrieran algún daño, debemos resolver esto sin avisarles.

Miró a Lena intrigado. Era extraño que esa pregunta se acercara tanto al cauce de sus propios pensamientos. Entonces comprendió que la preocupación de ésta no obedecía a la mismas razones. Madden no quería estropear la llave adquiriéndola mediante la violencia. Lena, en cambio, se preocupaba por los Little y sus amigos. Quizá se preocupara ante todo por Félix Gavin.

Pensó que eso también era extraño. Desde que la conocía —la había visto crecer desde la infancia—, nunca había entrevisto en ella ningún interés salvo en sus propios deseos y diversiones. Ese viaje la había ablandado, le había despertado compasión. Y no la guiaba la mera libido; era una compasión sin egoísmos.

¿Le había afectado la tierra?

En tal caso, ¿por qué no había dejado su marca en Michael? El alma reencarnada en ese cuerpo tenía sus raíces en esta campiña, por una vida anterior. Sin duda los antiguos misterios de la tierra, los latidos que aún congeniaban con el pulso de Madden, también debían de haberle hablado a Michael.

Quizá lo habían hecho y Michael sólo había oído los tonos más oscuros de esa música.

—Podríamos decir que Bett y nosotros representamos a editores rivales —continuó Lena—. Que hemos oído rumores sobre un raro manuscrito y que cada compañía consideraría espléndido ser la primera en adquirir... —Calló al notar el súbito interés de Madden en su propuesta.

—Un manuscrito —dijo Madden—. Desde luego.

Allí residía el secreto; en un manuscrito inédito. ¿Qué mejor sitio para ocultarlo que entre los papeles y manuscritos de Dunthorn? Y pensar que él sólo había buscado esos papeles porque quizá le brindaran una pista.

Había pasado años tratando de adivinar el secreto de la llave, su forma física, si tenía alguna. Había pensado que sería pequeña y fácil de llevar encima: una moneda, un aro, un alfiler de corbata. Había pensado que tendría algo de la tierra. Estaño, tal vez, considerando que otrora las minas de estaño habían desempeñado un papel tan importante en la economía de Cornualles. También podría ser un hueso de un animal de la zona; una mera espina de pescado. Un guijarro. Un trozo de granito. Una astilla de piedra azul.

Los años de frustración le habían llevado a su teoría predilecta: que ni siquiera era algo tangible. Tal vez una frase. Un jirón de música.

Y ahora sabía —lo sabía con certeza— que en parte había tenido razón. La llave era un manuscrito. Pero la llave sólo se activaba leyéndolo en voz alta. Sólo así se abría la puerta...

—¿Por qué no lo habré pensado antes? —murmuró.

Tal vez lo había pensado. Pero el concepto, la idea, se le habían escabullido. ¿Formaba eso parte del encantamiento? ¿Que la idea misma estuviera oculta, de modo que el secreto se ahondaba con sólo pensar en la forma o el paradero del talismán?

—¿Pensar en qué? —preguntó Grant.

Pero mientras Madden decidía cuánto deseaba revelar a su socio, Lena ya estaba respondiendo.

—Está escondido en un manuscrito. —Miró de soslayo a Madden—. Es eso, ¿verdad?

—Es probable —admitió Madden—, dadas las circunstancias.

—Y pensar que estuve a punto de apoderarme de una caja entera... —suspiró Lena.

—Tal vez el manuscrito sólo contenga instrucciones para hallar la cosa —dijo Grant.

—De cualquier modo, necesitamos adquirirlo —replicó Madden.

Él ya sabía que la llave misma estaba escondida entre los papeles de Dunthorn. De lo contrario, los Little no podían haberla despertado, a sabiendas o no. De lo contrario, él no habría sentido su llamada.

—¿Qué hacemos? —quiso saber Grant—. ¿Seguimos esperando a que aparezca Bett o vamos a buscar los papeles?

—Déjame pensarlo —respondió Madden, que sabía que no era tan simple.

3

Aunque todavía les faltaba leer algunos capítulos, decidieron tomar un descanso alrededor de las cinco. Félix se levantó para desperezarse mientras Janey se sentaba en el piso al lado del Vejete para mirar las otras fotos que él había encontrado desperdigadas entre los manuscritos y las revistas. Las estudió atentamente, pero no halló ningún hombrecillo. Ni ninguna otra cosa notable. Eran sólo viejas fotografías en sepia, fascinantes porque constituían una ventana hacia el pasado de Mousehole, pero no brindaban más ayuda que los demás manuscritos que había examinado el Vejete.

Clare permanecía en el diván, sosteniendo *El país pequeño,* acariciando la tapa de cuero con el pulgar.

—¿Habéis hallado algo útil en las tramas que habéis leído? —preguntó a los demás.

—Pues no —respondió Félix—. La mía se transformó en una novela policíaca. No tiene ninguna magia.

—Quizá sea porque esas cosas no te atraen —dijo Clare.

—Leí sus otros libros, y ambos me gustaron.

—Pero normalmente no te interesa esa clase de libros, ¿verdad?

—Pues no.

—¿Y tú? —le preguntó a Janey.

—No estoy segura. ¿El Men-an-Tol está en alguna de vuestras historias?

Clare y Félix asintieron.

—Pero no creo que esté en el mismo lugar que en nuestro mundo —opinó Félix—. Al menos, respecto de Penzance, si se supone que la ciudad del libro es Penzance.

—¿La piedra está más cerca? —inquirió Janey.

—A una hora de marcha.

—Igual que en la mía —convino Clare.

—¿Y detrás de la ciudad hay una colina alta con una iglesia en ruinas?

Clare y Félix asintieron de nuevo.

—Ambas estaban también en la historia que leí yo, tesoro mío —dijo el Vejete.

—¿Cómo lo habrá conseguido? —preguntó Clare—. ¿Cómo es posible que todas las historias tengan los mismos elementos, los mismos personajes y ámbitos, y a pesar de todo sean tan diferentes?

—Es como uno de esos libros que tú odias —repuso Janey con una sonrisa—. ¿Cómo se llaman?

—Novelas interactivas —replicó Clare con una mueca de disgusto.

—Tal vez el libro sea un ordenador mágico. Todos abrimos el mismo programa, pero cada cual lo usa de diferente modo.

—¿Por qué has preguntado por el Men-an-Tol? —quiso saber Félix.

—Porque me ha dado una idea —respondió Janey—. Una idea alocada, pero, a fin de

cuentas, toda esta situación lo es, ¿verdad?

—Creo que ya no me asombraré de nada —dijo el Vejete.

—¿Habéis oído decir alguna vez que el Men-an-Tol era la entrada de un túmulo prehistórico? —preguntó Janey.

—Desde luego —respondió el abuelo.

Clare asintió.

—¿Y si no es así? —insistió Janey—. ¿Y si es la entrada del *Mundo* de los Túmulos?

—¿Te refieres a otro mundo?

—Donde viven los *piskies* —convino Janey con una sonrisa.

—Eso es sólo una historia... —comenzó el Vejete y pronto se contuvo—. ¿Qué estoy diciendo?

—Nueve veces por el agujero —recordó Janey—. El folclore dice que eso cura las enfermedades. Pero mi versión del libro dice que, si lo haces cuando despunta la luna, se abre una puerta al Mundo de los Túmulos.

—¿Y luego qué? —preguntó Félix.

—Metes el libro dentro y cierras la puerta.

—Tienes razón, amiga Little —replicó Clare riendo—. Es una idea alocada.

—Tal vez no —repuso Félix—. Ahora las reglas han cambiado. La magia funciona.

—Sí —asintió Clare—, pero... —Los miró a todos y suspiró—. Parece demasiado.

—Siempre hubo historias raras sobre los brezales —opinó el Vejete—. *Hummocks, piskies* y viejos túmulos funerarios. Si los encantamientos son reales, es razonable que haya un mundo invisible que aún espera ser descubierto.

—A veces tuve esa sensación mucho antes de que supiéramos acerca de este libro —convino Félix.

—Sé muy bien a qué te refieres —dijo Janey—. Hubo veces en que, mientras ensayaba melodías junto a los acantilados, tuve la turbadora sensación de que no sólo me escuchaban las rocas y la hierba. Sólo que nunca veía nada ni a nadie.

Félix cabeceó.

—También yo he tenido esa sensación —asintió Félix—. Especialmente cuando toco cerca del agua.

—La música es magia. Siempre lo ha sido. ¿Por qué no iba a poder llamar a los Pequeños, si de veras existen?

Un golpe en la puerta interrumpió la conversación.

—Esta noche —anunció Janey mientras iba a la puerta—. Esta noche, después de terminar el libro, iremos al Men-an-Tol y veremos. Oh, hola, Dinny.

Dinny Boyd sonrió incómodamente.

—No sabía que tenías compañía, Janey. Tal vez deba pasar en otro momento.

Pero Janey lo invitó a entrar enseguida. Una ojeada le había bastado para entender que sucedía algo grave. Teniendo en cuenta que esos últimos días habían sido tan extraños, no dudó ni un instante que debía estar relacionado con los demás episodios descabellados que le habían descalabrado la vida.

—Hola, pues —saludó Dinny a los demás mientras Janey cerraba la puerta—. Ha sido un bonito día, ¿verdad?

Janey advirtió que tenía cara de decir precisamente lo contrario. Nunca le había visto tan triste. Le cogió del brazo, lo acompañó hasta un sillón vacío y le obligó a sentarse.

—¿Qué ha pasado, Dinny?

—Yo... —Desvió los ojos—. ¿Es tan obvio? —preguntó, mirándola de nuevo.

—Me temo que sí.

—Es sólo... No sé por dónde empezar.

—Prepararé un poco de té —dijo el Vejete.

Janey se sentó en el brazo del sillón y cogió la mano de Dinny. Él la miró con una sonrisa vaga que no le alegró los ojos.

Librodot

—Hemos perdido la granja —explicó.

—¡Oh, no! —exclamó Clare.

—Papá ha recibido una rarísima llamada de un hombre que ha dicho haber comprado nuestro arriendo y que piensa echarnos.

—Pero, ¿pueden hacerlo? —preguntó Janey.

—No sé. Papá ha llamado a nuestro abogado, y éste le ha respondido que no puede hacer nada hasta el lunes por la mañana. Nos llamará a primera hora.

Janey sintió un vuelco en el corazón. Esto resultaba turbadoramente familiar. Primero su participación en el artículo de *Rolling Stone,* luego la gira...

—Pero si tu abogado no puede hacer nada hasta el lunes —dijo Clare—, tampoco puede hacerlo este hombre.

—Eso ha dicho mamá —repuso Dinny—. Pero este hombre, que no ha mencionado su nombre, parecía muy enterado y seguro de sí. Conocía todos los detalles de nuestro arriendo y... —Dinny miró a Janey. Ella pensó que ahora vendría lo peor—. Ha dicho que era por ti, Janey. Que tú podías impedir que esto continuara. ¿Qué ha querido decir?

Era espantoso. ¿Cómo podía explicárselo?

—Me he hecho un enemigo —dijo al fin—. Un enemigo muy poderoso, al parecer.

—No comprendo.

—Yo tampoco..., de veras... —Janey miró de soslayo a Clare—. Creo que debes llamar a tu madre. —Se volvió hacia el Vejete, que regresaba de la cocina—. Abuelo, cuando Clare haya terminado, quizá debas llamar a Chalkie y tus demás amigos.

Clare asintió. Janey le dio a Dinny una versión muy abreviada de los últimos días. Excluyó toda referencia a lo paranormal, concentrándose en Madden y su vasta esfera de influencia.

—No tiene sentido —comentó Dinny—. ¿Para qué quiere ese hombre un viejo libro?

—Creo que se propone ganar mucho dinero con él —repuso Janey.

No era del todo mentira. Pues el dinero era poder, una realidad desagradable que ahora todos comprendían a la fuerza. Janey no sabía qué más decir sin inducir a Dinny a pensar que todos andaban mal de la mollera. De ninguna manera permitiría que nadie más se pusiera a leer el libro a esas alturas.

—Aunque Dios sabrá para qué necesita más —concluyó—. ¿Has tenido suerte, Clare? —añadió cuando su amiga colgó el auricular.

—Mamá está bien —respondió Clare, meneando la cabeza—. Pero había dos mensajes para mí. Davie Rowe ha pasado hoy por casa y Owen, de la librería, me ha dejado aviso de que le llamara. Los llamaré a ambos de inmediato.

Los demás continuaron conversando mientras Clare cogía el teléfono. La primera llamada fue breve; la segunda, más larga.

—¿Y bien? —preguntó Janey.

Clare cedió el asiento al Vejete para que él pudiera hacer sus propias llamadas y regresó al sofá.

—La madre de Davie no lo ha visto desde anoche —explicó Clare—. Eso no me huele bien.

—No sabía que eras su amiga —dijo Dinny.

—No la hagas hablar de Davie —advirtió Janey.

—A mí me parece buena persona —opinó Dinny, encogiéndose de hombros.

—¿Y qué hay de Owen? —volvió a preguntar Janey.

—Bien, Owen. Un hombre le ha llamado y le ha dicho que si no me despedía se aseguraría de que ninguna editorial le proveyera libros.

—¿Cómo pueden hacer esto? —exclamó Janey—. ¡No es justo! Sin duda, el lunes por la mañana, cuando llamemos al banco, descubriremos que esos bastardos también han logrado meterse con nuestra cuenta bancaria.

Echó a andar de aquí para allá, pateando una pila de manuscritos, hasta que Félix logró

Librodot

que se sentara. El Vejete había terminado de hablar por teléfono y tenía un semblante sombrío. Janey hundió la cara entre las manos.

—No quiero saberlo —dijo con voz ahogada.

—Era Chalkie —murmuró el Vejete—. Alguien ha matado a Sara, su gata, y ha clavado el cuerpo en un árbol vecino.

—¡Oh, no! —exclamó Janey—. ¿Y si pillan a Jabez?

Saltó del asiento y corrió a la puerta. La abrió bruscamente y llamó al gato del Vejete, quien se acercó al cabo de un instante y miró a Janey desconcertado cuando ella lo cogió en brazos y lo estrechó. Janey cerró la puerta de un puntapié y regresó al sofá, abrazando aún el gato.

—¿Qué hacemos? —preguntó.

—No hay mucho que podamos hacer hasta el lunes por la mañana —respondió Félix—. Así que yo creo que debemos continuar con nuestro plan. Terminamos el libro y lo ocultamos.

—¿Pero de qué sirve? —comentó Janey—. Aunque lo escondamos tan bien que nadie pueda hallarlo, no podremos impedir que arruinen nuestra vida y la de cada uno de nuestros amigos.

—Lucharemos —dijo Félix.

—Eso saldrá caro, hijo —replicó el Vejete—. Entablarán pleitos. Y los abogados cuestan dinero..., un dinero que a ninguno de nosotros le sobra. No somos ricachones como John Madden.

—Si el libro desaparece para siempre —insistió Félix—, no quedará nada por lo cual pelear, ¿verdad?

—A menos que quieran vengarse —murmuró Janey.

—Aún no entiendo —intervino Dinny—. ¿Qué tiene de especial ese libro? ¿Por qué un hombre arruinaría la vida de gentes que ni siquiera conoce, sólo por un libro?

—Codicia —respondió Clare.

—Despecho —añadió Janey.

—Le opondremos resistencia —declaró Dinny—. Todos los Boyd. Nuestros amigos nos ayudarán, del mismo modo que os ayudaremos nosotros.

—Os lo agradecemos —dijo el Vejete.

—También deberíamos acudir a la policía —prosiguió Dinny, con aire sombrío—. Debe haber leyes que nos protejan.

—Pero no podemos demostrar nada contra esta gente —opinó Clare—. Ni siquiera conocemos sus caras..., excepto la de esa Lena Grant de Penzance.

—No me hagas hablar de ella —gruñó Janey.

—Entonces los llevaremos a una posición donde podamos obtener pruebas —dijo Félix.

—¿A qué te refieres? —preguntó Dinny.

Félix iba a explicarlo, pero Janey meneó la cabeza y le indicó:

—No hables.

—¿Por qué no?

Janey señaló las sombras que crecían en los rincones de la habitación con el ocaso del día.

—¿Recordáis lo que dijo el señor Goninan sobre Madden y las sombras arrojadas por objetos fabricados por el hombre? Hemos sido unos malditos tontos. Él habrá oído todo lo que hemos dicho.

—¿Qué tiene que ver el viejo Peter con esto? —quiso saber Dinny.

—Es demasiado largo para explicarlo ahora —contestó Janey. Se volvió hacia Félix—. Quizá lo de las sombras y Madden no sea cierto. Quizá sea imposible. Pero la magia del libro es real, ¿verdad?

—¿Magia? —preguntó Dinny asombrado, mirándolos uno por uno.

Librodot

—Es una historia descabellada —respondió Janey.

—Quizá deba irme —manifestó Dinny, levantándose incómodo.

—Lamento que le haya ocurrido esto a tu familia —se condolió Janey, mientras le acompañaba hasta la puerta.

—No fue culpa tuya.

—Trataremos de solucionar las cosas. No te preocupes por la granja. Pensaremos en algún modo de detener a este hombre antes de que ocurra algo más.

—Si necesitáis ayuda...

—Te llamaremos de inmediato —aseguró Janey.

Cuando regresó al comedor, los otros estaban hablando de la magia y las sombras.

—Si el señor Goninan no quería hablar de ello dentro de su casa —comentó Clare—, y Madden ni siquiera lo busca a él...

El Vejete señaló un lugar encima de la puerta, donde se erguía la estatuilla de bronce de un *piskie,* un símbolo de buena suerte.

—Jan Penalurick nos mantendrá a salvo de todo fisgoneo y daño mágico —dijo—, mientras permanezcamos dentro de la casa.

—No es lo mismo —protestó Clare, pero el Vejete la hizo callar.

—Si puedes aceptar magias malévolas, cariño, también tendrás que aceptar magias benévolas.

Félix miró a Janey, y ella asintió.

—Supongo que sí.

Cogió una ajada foto de William Dunthorn y miró esos rasgos familiares que ella sólo conocía por fotografías.

Todo se centraba en él.

Oh, Billy, exclamó para sí. ¿No pensaste en lo que hacías cuando insuflaste magia a tu libro?

Librodot

EL HOMBRE QUE MURIÓ Y RENACIÓ

La imagen de Cristo es el símbolo perfecto de nuestra civilización. Es un acontecimiento perfecto para nosotros: hay que morir para sobrevivir. Porque nuestra sociedad crucifica la personalidad. Por eso muchas personas se derrumban; por eso están repletas las clínicas mentales. Nadie puede sobrevivir a la personalidad que todos quieren, que es el héroe de su propio drama. El héroe muere, es masacrado, y el yo que renace recuerda esa crucifixión.

LEONARD COHEN,
en una entrevista de *Musician,* julio de 1988

Cuando Bett apretó el gatillo de la automática, el flujo normal del tiempo cesó para Davie Rowe. Casi podía ver cómo salía la bala del cañón del arma, con un chisporroteo al final de las estrías, y atravesaba el aire, dejando una estela de imágenes borrosas. El estampido fue como un trueno.

La bala le dio en el pecho.

Comenzó el dolor, agudo y medular, justo encima del corazón, donde había entrado la bala, después en el hombro, y enseguida una oleada le arrasó el resto del cuerpo.

Sabía que estaba muerto.

La caída al suelo duró siglos, tiempo suficiente para olvidar el dolor y lamentar mil cosas.

No haber tenido un verdadero amigo.

No haber tenido una novia.

No haberse mirado nunca en un espejo sin maldecir a Dios, el destino o quien fuera responsable por los rasgos aborrecibles que le mostraba el reflejo.

No haber tenido la fuerza de voluntad para hacer algo de sí mismo aunque el destino le hubiera dado naipes desfavorables.

No haber sido el héroe que creía poder ser, si tan sólo tenía una oportunidad; un héroe como esos imponentes ídolos de celuloide que recorrían la pantalla del cine de Penzance.

Tuvo tiempo de pensar que moriría y nadie le echaría de menos; nadie lo lloraría, excepto su madre. ¿Y lo echaría de menos a él, o sólo el cuerpo que traía dinero para mantenerlos, el corazón que estaba allí para sangrar con sus palabras hirientes y desconsideradas?

Librodot

—Si no tuvieras una mente tan maligna, Davie —decía su madre—, Dios no te habría castigado con ese rostro.

Davie Rowe no creía en Dios.

Pero se preguntaba si ella no tendría razón. Pues no cabía la menor duda de que tenía pensamientos malignos. Pensamientos siniestros, como lastimar a quienes se burlaban de él. O coger lo que quería porque el maldito mundo estaba en deuda con él. O darse gusto con alguien como Clare...

No eran los pensamientos de un héroe.

No eran valientes ni decentes.

Había vivido en un constante estado de furia. Sólo reprimía sus peores impulsos porque sabía que de lo contrario regresaría a la cárcel. Encerrado en una jaula, como el animal que era a ojos del mundo.

No se había contenido por compasión; sólo por temor a regresar a esa jaula.

Y ahora agonizaba.

Agonizaba, y su muerte era tan insignificante como su vida, sin oportunidad de enmendarla. Tiroteado como un perro, tirado en un charco de su propia sangre. Sin poder moverse, sin poder sentir nada salvo el dolor y un sofocón de arrepentimiento.

Como un perro, no como un héroe.

A cada perro le llega su día...

Pero pronto comprendió que el viejo refrán, como todo lo demás en este mundo, era una mentira, pues a este sabueso nunca le había llegado su día.

Anoche había realizado el único acto bueno e importante de su vida —salvar a Clare de las garras de Michael Bett—, y su única recompensa era ésta: estar tirado allí con la bala de Bett dentro y observar indefenso cómo Bett se acercaba para rematarlo.

A causa del extraño cambio en la percepción de Davie, Bett parecía cómico en sus movimientos. Era como si el aire se hubiera transformado en miel y Bett apenas pudiera abrirse paso en esa densidad pegajosa.

Pero ni el arma que empuñaba Bett tenía nada de cómico ni morir era cosa de broma, aunque quizá Dios, mirando hacia abajo desde su vasto cielo, se estuviera desternillando de risa.

Bett bajó el arma —despacio, despacio—, mientras Davie se preparaba para el segundo balazo.

No llegó.

Bett se giró, distraído por otra cosa, y se alejó por ese abismo incesante de tiempo, como una secuencia en cámara lenta, saliendo del campo visual de Davie.

El alivio llegó como una ola que lavó el arrepentimiento y el dolor. Davie se sentía flotar. El azul del cielo nunca había parecido tan nítido. Los oídos nunca habían captado el sonido con tal precisión: las olas que se estrellaban contra las rocas, el susurro de los helechos y de la grama en el viento, el gorjeo de un pájaro. Todo llegaba con una claridad que jamás había experimentado.

Miró un helecho seco y supo que formaba parte del brezal, que formaba parte de la tierra, que formaba parte de Inglaterra, que, agazapada en el mar, era una parte de la Tierra, que era una parte del cielo, y más, y más... Las estrellas, las galaxias, los universos... Todo conectado... Cada cosa parte de la otra...

Él también formaba parte de todo. Ni más ni menos que ese helecho seco. Tan importante como la reina en el Palacio de Buckingham, tan importante como un ratón campestre instalándose al pie de un seto.

Al morir, se sentía más vivo que nunca.

Y entonces comprendió que no estaba muriendo.

Se llevó la mano al pecho y torció la boca de dolor. Pero no halló una herida abierta. En cambio, palpó un botellín de plata que llevaba en el bolsillo de la chaqueta. Se lo había birlado ese verano a un turista en el Land's End y, cuando tenía dinero, lo llenaba con el

Librodot

ron oscuro que tanto le apetecía.

No era bebedor ni borrachín, pero a veces se sentaba en las rocas a contemplar la bahía y se echaba un par de tragos, imaginando que era uno de esos viejos contrabandistas que antaño habían merodeado por esas costas y que tomaba un sorbo de su brebaje Aunque hoy el botellín estaba vacío, como casi siempre, le gustaba llevarlo encima. Y le había salvado la vida.

Palpó la abolladura en el metal, donde la bala había hecho un impacto y se había desviado. Le había magullado en pecho, pero la piel estaba intacta.

¿Entonces de dónde venía la sangre...?

Hizo otra mueca cuando siguió explorando con los dedos y descubrió que la bala había rebotado en el botellín y le había atravesado el hombro.

Pudo haber gritado de dolor cuando el dedo le tocó la herida, pero el dolor era dulce, pues llevaba un mensaje que hacía cantar al corazón.

¡Viviría!

Pero Bett... ¿Dónde estaban Bett y su revólver? Sin duda el hombre no le dejaría con vida, con la posibilidad de sobrevivir para contar el suceso.

Buscó la presencia de Bett, pensando que erguía la cabeza, pero entonces sucedió algo rarísimo, pues advirtió que buscaba a Bett con la mente, no con los sentidos. Así como había sentido la conexión con el mundo entero y las estrellas, una conexión que no podía retener porque era demasiado vasta para que una mente sola la aprehendiera, ahora sentía una conexión con quien deseaba asesinarlo. Aunque estaba tendido en el suelo, Davie sabía exactamente qué se proponía Bett. Era como si estuviera sentado en su hombro o cabalgara en su mente.

Siguió a Bett, que se arrastraba por los densos matorrales, acechando... acechando a un excursionista.

Quiso lanzarle una advertencia a ese hombre desprevenido, pero la garganta no le respondió. Entonces intervino su propio sentido de la supervivencia.

Lárgate, le decía. Lárgate mientras puedas.

Así que se arrastró por los matorrales en su lado del camino, hundiéndose en la maraña, con la mente aún conectada con Bett. Mientras avanzaba, el dolor era tan fuerte que se desmayó durante unos instantes. Pero ese extraño fluir del tiempo continuaba, y lo que parecían largos minutos eran sólo brevísimos segundos.

Borró las huellas que dejaba con una rama que arrancó a un arbusto seco y continuó la marcha, hundiéndose en la agreste y enmarañada vegetación que poblaba el borde del acantilado. Se detuvo cuando Bett derribó al excursionista. Su conexión con Bett se ensanchó de pronto, abarcando también al excursionista, a quien siguió en su caída. Casi gritó cuando el excursionista se estrelló contra las rocas. Davie se quedó temblando.

Su mente tardó en regresar a la cabeza. Usó sus escasas fuerzas para arrancar un jirón del faldón de la camisa, valiéndose del brazo bueno y de los dientes, para vendarse torpemente la herida.

La bala había pasado a través. Si podía mantener la herida limpia y hacerla cuidar...

Advirtió que Bett lo buscaba y se quedó muy quieto. A través de su conexión con el hombre, reparó en el desconcierto de Bett, que lo buscó un rato, pero sin mayor entusiasmo. Pensaba en otras cosas que Davie pudo intuir —un hormigueo en el torbellino que era la mente de Bett— pero no aprehender. La conexión permanecía, incluso cuando Bett echó a andar hacia Mousehole por la Senda Costera.

La conexión permanecía.

Siguió a Bett por la aldea y por el camino de Newlyn.

Puedo hallarte, pensó Davie, apoyando fatigosamente la cabeza en el pastizal, demasiado exhausto para moverse. Dondequiera que vayas, puedo hallarte.

Y cuando lo hallara...

A cada perro le llega su día.

Willie tenía un escondrijo en una choza que formaba parte de una granja. Davie había estado allá con frecuencia y sabía que, debajo de un tablón del piso, Willie ocultaba una pistola, envuelta en plástico y hule para protegerla de la intemperie.

Davie llegaría allá y luego cometería su segundo acto bueno en dos días. Libraría al mundo de Michael Bett y afrontaría las consecuencias.

Una ola de desmayo le enturbió la mente y lo arrastró a sus oscuras profundidades. Davie se dejó engullir por las tinieblas, sonriente.

Librodot

CONQUE HALLÁBAME ALLÍ...

Bajo la tierra ando,
en la hoja de roble me planto,
cabalgo en la yegua que nunca fue parida
y llevo a los muertos en la mano.

Tradicional escocés,
compilado por HAMISH HENDERSON

—Ya no podemos abandonar nuestras tierras —dijo Edern—, excepto en sueños... Nuestros sueños, vuestros sueños...

—¿Y los sueños de las focas? —preguntó Jodi.

Edern sonrió y asintió.

—Y los sueños de las focas. —Suspiró—. Pero los sueños no bastan.

La sonrisa y los gestos, al igual que la voz, aún resultaban familiares. Jodi se desconcertaba al ver lo que consideraba afectaciones de Edern en un extraño. Un extraño familiar, pero no obstante un extraño.

Ambos estaban sentados a la sombra del dolmen, en el mundo al cual la había llevado el agujero del Men-an-Tol. Edern se apoyó en la piedra, estirando las piernas y cruzando los tobillos. Jodi estaba sentada en otra piedra, enfrente, balanceando las piernas y pateando el tosco granito con los talones.

Edern tenía una anticuada mochila de cuero de donde extrajo pan y una pasta de nueces trituradas para untar, bizcochos y queso. Para después tenían frutas acarameladas y algo que sabía a chocolate, aunque Edern le dijo que se preparaba con otra clase de fruta. También tenían un odre lleno de té frío para acompañar la comida.

—Antaño había comercio entre nuestros mundos —continuó Edern cuando terminaron de comer—. Un intercambio de poesía y canciones, de arte e ideas. Éramos casi un único mundo, dividido sólo por una pared del espesor de una capa de cebolla. Atravesarla era como atravesar una bruma espesa... Una sensación pegajosa, pero no desagradable. Pero eso fue hace mucho tiempo.

—¿Qué sucedió?

—Hierro frío.

—No entiendo —se extrañó Jodi.

Librodot

—Tu mundo se consagró fanáticamente a la metalurgia. Los metales blandos ya no alcanzaban: oro, plata, cobre, bronce, estaño. Necesitabais hierro, por su fuerza. Pero el hierro era anatema para nosotros. Y aún lo es. Esa frontera de piel de cebolla se espesó. Se le añadieron nuevas capas. Ahora sólo los sueños de un poeta pueden pasar de un lado al otro.

—¿Eres poeta? —preguntó Jodi—. Conocí a un poeta una vez, en Pingajos. Las rimas eran bonitas, aunque la métrica era defectuosa. No obstante, eran poemas graciosos. ¿Qué escribes tú?

—Uso la palabra en su sentido antiguo. Las palabras tienen poder, y el poder es el reino de la magia.

—Pensé que la magia radicaba en los nombres.

—En efecto —dijo Edern—. ¿Y qué son los nombres sino palabras? Son las primeras palabras, las que aprendemos cuando somos crios para dar sentido al mundo que nos rodea. Pierden su poder para la mayoría cuando crecemos; sólo conservan su potencia para los poetas.

—¿Y tú eres poeta? Quiero decir, esa clase de poeta. ¿Eres... mago?

—En cierto modo.

—¿Y por qué no recurriste a la magia para escapar de la Viuda cuando ella te pilló?

—Porque me encerró en un cuerpo de metal.

—¿Y había hierro en la aleación?

—Ella cogió mi mente soñadora —respondió Edern—. La cogió, la arrastró de mi mundo al tuyo y la encerró en ese cuerpo con articulaciones de hierro. De modo que yo no podía regresar adonde dormía mi cuerpo.

—¿Entonces no eras un viajero? Ella no te transformó en Pequeño, como a mí.

—No.

—¿Por qué me mentiste?

—No sabía si podía confiar en ti.

—¿Confías ahora?

—Te confiaría mi vida.

—No comprendo —repuso Jodi—. ¿Qué ha cambiado?

—He llegado a conocerte. Si hubiéramos estado juntos más tiempo en tu mundo, te lo habría contado allí.

Jodi pensó que era fácil decirlo ahora. Pero comprendió que le creía. No sabía por qué. Quizá porque ella también había llegado a conocerle. O quizá porque quería confiar en él.

—¿Por qué querías que yo viniese aquí? —preguntó.

—Nuestros mundos se necesitan mutuamente —dijo Edern—. Se están separando demasiado y ambos sufren las consecuencias. La separación provoca una discordancia que se refleja en ambos. Tu mundo está cada vez más fragmentado y ordenado; pronto perderá su aptitud para imaginar, para conocer el encantamiento, para regocijarse por la mera razón de que sus gentes perciben la maravilla del mundo donde tienen la bendición de vivir. Todo se encierra en cajas y compartimientos, y una gris mortaja cuelga sobre la mente de sus habitantes. Tu mundo se ha vuelto tan sórdido y sombrío que, en su momento, la gente lo destruirá por mera ceguera e ignorancia.

—¿Y tu mundo?

—Se vuelve demasiado etéreo. La magia se desboca. Todo lo que se pueda imaginar existe. Si no le ponemos coto, mi mundo se disolverá en el caos.

—Esto me recuerda la teoría de Denzil sobre las dos mentes —dijo Jodi con una sonrisa.

—¿Cómo es?

—Bien, él dice que cada lado de nuestro cerebro tiene una... —trató de recordar la palabra—. Una fisiología diferente. El lado izquierdo es como el capitán de un lugre. Se encarga de los aspectos cotidianos de la vida. —Su voz cobró la cadencia de Denzil cuando

Librodot

teorizaba—. Lo ve todo de cerca, como por un microscopio. El lado derecho encierra el yo oculto. No pretende dominar, y de allí proceden nuestros sentimientos e instintos. Nos da una perspectiva amplia del mundo; lo conecta todo al instante, en vez de tratar de deducirlo mediante ensayo y error; actúa intuitivamente. El problema es que no podemos recurrir a él como al lado izquierdo... Por eso Denzil lo llama la mitad oculta. Pero, si no la usamos, se vuelve perezosa. Denzil dice que es preciso usar ambos, pues ambos son necesarios para una personalidad plena.

—Exactamente —convino Edern—. Tu mundo se está transformando en un lugar sin luz, un lugar opaco y desabrido que ya casi no tiene realidad; mientras que mi mundo tiene demasiada luz, tanta que nos llegará a consumir. Las gentes de tu mundo y las gentes del mío tenemos en la mente nudos que es preciso desatar. Y el único modo de conseguirlo es unir de nuevo ambos mundos.

—Pero lo que dices no es cierto —observó Jodi—. En mi mundo hay gentes que confeccionan objetos bellísimos... Pintores, escultores, artistas, músicos... Si ellos no poseen esa luz, ¿cómo pueden lograrlo?

—¿Hay muchos de ellos, en relación con el resto de la población? —Jodi negó con la cabeza—. Lo mismo ocurre en mi mundo. Tenemos nuestros lógicos y teóricos, pero son escasos. Y, aunque el público los respeta, nadie los entiende de veras. Nadie entiende qué los motiva ni qué nos ofrecen.

—Supongo que lo mismo ocurre con los artistas en mi mundo —asintió Jodi—. A veces creo que ni siquiera ellos saben qué hacen, y sólo actúan por impulso.

—Están buscando el Mundo de los Túmulos —dijo Edern—, así como mi gente busca el Mundo del Hierro..., tu mundo.

Jodi pensó que esta oportunidad era perfecta para averiguar algo que le despertaba curiosidad desde que había llegado al Mundo de los Túmulos.

—¿Dónde está tu gente? —preguntó.

—Como sabían que llegarías pronto, se han ocultado —explicó Edern—. No querían conocerte.

—Eso no es muy amable —repuso Jodi, frunciendo el ceño.

—No, no. No lo tomes a mal. Se mantienen ocultos por una excelente razón que no tiene nada que ver contigo en lo personal. El peligro de conocer a un habitante del Mundo del Hierro es que nunca podemos olvidar ese encuentro. Luego añoramos siempre esa otra mitad de nosotros mismos. Esa sensación de anhelar algo más, de llegar a vuestro mundo, está siempre presente en nosotros, pero se vuelve intolerable una vez que hemos pasado por esa experiencia. Nos puede enloquecer.

—Como los mortales cuando cruzan a la Tierra de las Hadas —convino Jodi. Edern asintió—. Nuestras leyendas tradicionales dicen lo mismo —añadió Jodi—. Que la experiencia trastorna al hombre, volviéndolo loco... o poeta. —Miró a Edern con mayor atención—. ¿Eso te ocurrió a ti?

—Mi sueño me retuvo demasiado tiempo en tu mundo —volvió a asentir Edern.

—Rayos. ¿Y me ocurrirá a mí?

—No sé. Espero que podamos hacer algo al respecto, tú y yo.

—Pero yo no domino ninguna magia —protestó Jodi—. No soy importante.

—No se requiere magia ni importancia —explicó Edern—. Sólo compasión... y música.

—Pues ciertamente no has escogido a la persona indicada —expuso Jodi riendo—. No tengo la menor idea de cómo tocar un instrumento. Cuando canto, la gente aplaude... pero sólo porque he terminado.

—No se necesita tocar un instrumento ni cantar. Sólo tienes que albergar la música en el corazón y llevarla de vuelta a tu mundo.

—¿Cómo?

—Todos llevamos la música dentro de nosotros. Aquí —se tocó el pecho—, en el

Librodot

corazón. Es la pulsación de nuestros latidos.

—Si ya está allí, ¿por qué debo llevarla de vuelta conmigo?

—Porque tienes que aprender a reconocerla y enseñar a otros a hacerlo. No es difícil. Ésa es la verdadera magia del mundo... Sus verdades son más sencillas de lo que suponemos.

—Sí, pero...

—Déjame explicártelo. ¿Cuánto sabes sobre música?

—Reconozco una buena melodía cuando la oigo.

Edern sonrió.

—Las gentes que componen música, y estoy hablando de los verdaderos artistas, sólo intentan recobrar los acordes de una música primigenia, la música primordial que formó el mundo y le insufló su magia. Eso es lo que los impulsa. Cuanto más se acercan, más desean buscar. Luego está la música antigua, esas jigas que siempre parecen estar en el aire. ¿Las conoces bien?

—Me gustan muchísimo —asintió Jodi.

—Como a la mayoría. Es porque despiertan una resonancia, un eco de las cosas perdidas. Estas melodías conservan su resonancia porque nadie les ha metido demasiado la mano; no han sufrido tantas modificaciones. Los músicos que las tocan conservan el corazón de la música, encubriéndolo con nuevos instrumentos o arreglos, pero el meollo siempre está allí.

»Esas melodías se ejecutan ahora como se ejecutaban entonces... hace cien años. Hace cien siglos. Se acercan mucho a esa música primigenia, pero todavía están erradas. Todavía son sólo ecos de la primera canción que la serpiente enseñó a Adán y Eva, una vieja danza, la más antigua de todas.

»Yo quiero enseñarte esa música primigenia. Quiero que aprendas a reconocerla en ti misma, en los demás, en tu propio mundo. Despiértala, y la frontera volverá a perder espesor.

—No entiendo. Si tú la conoces, ¿por qué no haces todo eso?

—Todos la conocemos en este mundo. La conocemos demasiado bien. Es el fundamento de la magia que se está desbocando en el Mundo de los Túmulos. Mientras que en tu mundo ni siquiera es recordada. Debe sonar en ambos.

—Pero te he dicho que no sé llevar una melodía.

—Si me permites, te enseñaré cómo.

—¿Será difícil... o doloroso?

Jodi no sabía exactamente por qué lo preguntaba. Quizá porque no podía ser tan sencillo, dijera Edern lo que dijese sobre la magia del mundo.

Sus verdades son más sencillas de lo que suponemos.

—Dolerá un poco —dijo Edern—. Es una vieja magia. Su recuerdo invoca ambos lados de la moneda: la tormenta y el día soleado.

—¿Y me ayudará a recobrar mi tamaño?

Edern negó con la cabeza.

—Eso se debe lograr tal como te dije. La Viuda tiene una parte de ti y debes recobrarla. Pero la música te ayudará una vez que lo hayas conseguido.

—¿Por eso la magia de ella aún funciona en mi mundo? Has dicho que había desaparecido.

—No he dicho que hubiera desaparecido —le replicó Edern—. Sólo que estaba desapareciendo. La mayor parte sí ha desaparecido. ¿Me ayudarás, Jodi?

—Yo...

Estaba asustada, aunque no sabía de qué. Tenía una profunda sensación de oquedad. Tenía la garganta seca y áspera como lija, el pecho demasiado estrecho, un nudo en el estómago.

Maldita sea, exclamó para sí. ¿Acaso no era eso lo que anhelaba? ¿No se había

quejado a Denzil, dos días atrás, precisamente de eso? ¿No deseaba hacer algo importante, algo que tuviera sentido?

—Yo... lo intentaré —dijo, tragando saliva. Creyó que se sentiría mejor al tomar la decisión, pero la sensación de oquedad se agravó—. Pero tengo miedo —añadió.

—Yo estaré contigo —le aseguró Edern.

Eso la confortó un poco.

Se preguntaba si lo que sentía —confianza y suspicacia instintiva, un brusco vaivén de emociones— se relacionaba con el Mundo de los Túmulos. Si era como la teoría de las dos mentes de Denzil y este mundo era el subconsciente de su mundo, ¿no era razonable que su intuición funcionara a toda marcha? Pero entonces, ¿por qué ella no conocía ya esa música primigenia de que hablaba Edern? ¿Por qué no la conocía tal como Jodi conocía a Edern...?

La cabeza le empezó a doler en cuanto intentó razonarlo.

—¿Cuándo empezamos? —preguntó.

—En cuanto estés preparada.

Jodi inhaló profundamente. Observó el soleado paisaje que los rodeaba, las extensiones de brezo y helechos secos, la aulaga en flor y las flores amarillas que oscilaban sobre sus espinosos tallos.

Había pasado de la noche de su mundo a esto.

Del Mundo del Hierro al Mundo de los Túmulos.

Por arte de magia.

¿Y acaso no oía los acordes de una música, justo antes de que la luz la arrebatara y la llevara aquí? ¿Una música maravillosa y sobrecogedora que le provocaba un hormigueo estremecedor en la espalda de sólo pensar en ella? Una música que te hacía comprender que habías pasado la vida durmiendo, pues te despertaba de golpe y por completo.

Si ésa era la música que Edern iba a enseñarle...

Si él iba a mostrarle cómo conocerla siempre...

Jodi sonrió. Edern también lo hizo, y sus rasgos extraños se fueron volviendo cada vez más familiares. No porque Jodi se estuviera habituando a ellos, sino porque estaba aprendiendo a conocerle.

—Estoy preparada —dijo Jodi.

2

Denzil se preocupaba por los niños. No debía haber permitido que lo persuadieran de llevarlos allí. Había sido una locura.

Todo ese asunto era una locura, a fin de cuentas.

Brujas y trasgos y muertos ambulantes. Y Jodi que se había esfumado en una oleada de música y luz.

Con desesperación, se volvió hacia sus compañeros, que estaban más preocupados por asuntos prácticos.

—Maldición —rezongó Henkie—. El agua de mar no nos servirá de nada con estos tíos, ¿eh?

—No lo creo —dijo Taupin—. Ellos mismos están hechos de agua salada: carnes muertas y huesos, agua de mar y algas.

—Pensaba que la puñetera Viuda no soportaba el agua de mar —comentó Henkie.

—Ella no —replicó Kara—, pero estas criaturas sí.

Ethy se acurrucó junto a Denzil y le cogió de la mano.

—Ahora tengo miedo —murmuró con un hilo de voz.

—También yo —reconoció Denzil.

Esos muertos del mar eran monstruosos. Sus ojos chatos devoraban la luz que brotaba de la lámpara de Henkie, en vez de reflejarla. Las carnes pálidas relucían húmedamente, y húmedas guirnaldas de algas les colgaban de las ropas raídas. Detrás de ellos, otras formas se movían en la oscuridad que rodeaba el círculo de luz de la lámpara, figuras largas, delgadas y sombrías, que parecían brincar y corretear de alegría.

No se movían como las sombras arrojadas por una luz fluctuante, sino con movimiento propio. La danza fascinaba a Denzil, enviándole un escozor que se sumaba al temor que ya tenía alojado en el pecho.

Había en el aire un olor a pantano; el mismo tufo desagradable que Denzil había olido la noche anterior, cuando los espías de la Viuda estaban cerca. Pero eran criaturas pequeñas, ¿no? Eso había contado Jodi. Los *sloch* a los que ella y Edern habían hecho frente eran pequeños y lentos como esos ahogados que arrastraban los pies.

No obstante esas criaturas sombrías...

¿Qué nueva abominación había invocado la Viuda con sus brujerías?

Denzil no veía a la Viuda por ninguna parte. ¿Qué necesidad tenía ella de acercarse? Quería matarlos, pero no tenía que valerse de sus propias manos. Sus muertos ahogados y sus *sloch* gigantes serían más que suficientes para ello. El resultado seria igualmente contundente.

Al menos Jodi estaba a salvo. Era un magro consuelo, pero tendría que conformarse.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó Lizzie.

Los niños de Pingajos se apiñaban cerca del dolmen, todos excepto Peter y Kara, que se mantenían firmes junto a los adultos.

—Bien —dijo Henkie—. Conque compuestos de agua de mar, ¿eh? —Le sonrió a Taupin, mostrando los dientes en un relampagueo blanco—. ¿Qué haces después de un remojón?

Los muertos se acercaban. Denzil buscó algo que sirviera como arma, pero no encontró nada a mano. Las únicas armas eran el martillo de Henkie y el cortaplumas que Peter empuñaba ahora con mano trémula.

—Bien, te secas —continuó Henkie, respondiendo a su propia pregunta—. Te sientas cerca del fuego y te secas la puñetera humedad, ¿no?

De pronto avanzó un paso y, abriendo la parte superior de la lámpara, la agitó en un semicírculo. El aceite se encendió al caer y salpicó a las criaturas más cercanas. Se les prendieron las ropas. Goterones de aceite ardieron sobre carnes blancas, inflamando matas de pelos. El aire de la noche, que ya hedía con el olor de pantano de los *sloch* que seguían a los muertos del mar, se impregnó con un tufo de pelo quemado y carne cocinada.

Los ahogados ardían rugiendo con un gorgoteo sordo. Henkie gritó y agitó la lámpara contra otro par. La única luz provenía ahora del aceite que ardía sobre las carnes de los muertos del mar.

—¡Al ataque! —rugió Henkie.

Embistió blandiendo el martillo. Uno de los muertos recibió el primer martillazo en pleno pecho y las carnes le estallaron. La herida manó agua salada y el monstruo se derrumbó en el brezal hecho un guiñapo.

Denzil lo miró estupefacto. Abrazó la cabeza de Ethy para que la niña no viera. Del ahogado sólo quedaban los huesos y los pálidos pliegues de piel que los recubrían.

—¡Pueden morir! —exclamó Henkie, atacando a otro.

Cayó un segundo... y un tercero... Ahora había una brecha en sus filas.

—Venid —gritó Denzil, guiando a Ethy y a otros niños.

—Preparad los globos —dijo Taupin.

Él y Lizzie guiaron al resto de los niños. Luego tomaron la retaguardia. Kara cogió una bomba de agua salada del morral.

—¿De qué servirán? —preguntó—. Ellos vienen del mar.

—No es para los muertos —indicó Lizzie—, sino para ellos.

Librodot

Señaló a las figuras sombrías de los *sloch,* que se reunían para atacar a Henkie.

Kara asintió y arrojó el globo. Tenía un brazo fuerte y buena puntería. La bomba de agua salada voló sobre la cabeza de Henkie y estalló contra el primer *sloch.* El agua salada lo cubrió y salpicó a sus compañeros. Gritos y gemidos poblaron el aire. Mientras Kara cogía otro globo, los demás niños comenzaron a arrojar los suyos.

—¡Eso es! —exclamó Henkie—. ¡Ahogad a esas alimañas!

La pestilencia era espantosa. Gimoteos, alaridos y un terrible maullido se elevaban en una cacofonía ensordecedora. Los muertos del mar y los *sloch* cedieron el paso al grupo que avanzaba.

—Creo que podremos lograrlo —murmuró Denzil.

Miró los restos del *sloch* que habían recibido la bomba de Kara. El hedor era más fuerte que nunca. La cosa era poco más alta que Ethy, poco más de un metro. Parecía estar compuesta de fango, malezas podridas, ramillas de madera y sombra. Ojos rutilantes donde la luz agonizaba se clavaron en Denzil cuando él sorteó a la criatura.

—No mires —le dijo a Ethy.

—Venid —llamó Henkie—. A toda marcha, a menos que queráis dar de cenar a estas malditas criaturas.

Lo siguieron en tropel, con las bombas de agua a mano. Los *sloch* se mantenían a distancia, limitándose a seguirlos y cercarlos. Aunque esa rápida marcha dejaba atrás a los muertos del mar, éstos aún avanzaban.

—¿Dónde está la Viuda? —preguntó Lizzie.

—Eso quisiera saber —masculló Taupin.

Denzil prefería no pensar en ella.

—Hedrik Henkie Whale —llamó una voz aguda desde las profundidades de la noche.

Con la luna a sus espaldas, la Viuda se erguía en el brezal, con los brazos alzados como queriendo envolver el cielo.

—¡Ciérrale la bocaza! —exclamó Taupin.

Denzil asintió. Si repetía el nombre tres veces, la Viuda podría hechizar al más fuerte del grupo. ¿Qué harían entonces? Pero ¿cómo detenerla?

Ella tenía magia, una magia poderosa. Los trasgos que había invocado en el pantano y en el mar los superaban en número. Los *sloch* formaban olas en el brezal que la rodeaba, en invencible superioridad numérica, pues la provisión de bombas de agua salada disminuía deprisa.

—No la escuchéis —ordenó Lizzie—. Tapaos los oídos.

No había posibilidades de replegarse, pues los muertos del mar se les acercaban por detrás. Tampoco podían avanzar. ¿Cómo harían para no escuchar a la Viuda? ¿Cómo no oír lo que ella gritaba?

Entonces Denzil recordó el relato de Jodi; cómo el Pequeño había recurrido al canto para impedir que la Viuda la hechizara.

Denzil se puso a cantar a todo pulmón la misma canción que Edern había cantado con Jodi.

Hala, hala,
alegre rumor,
Salíamos mucho antes que el sol
para acoger el verano,
para acoger el mes de mayo,
pues el verano se acerca
y el invierno se ha marchado.

Aunque no tenía una voz privilegiada, era suficiente para llevar la melodía. Elevó el volumen para compensar la falta de talento. Los demás se le unieron en un coro

Librodot

discordante, pero tal vez con potencia suficiente para sofocar la voz de la Viuda.

La bruja sólo rió; un graznido al que el cielo respondió con un trueno. Los cantantes titubearon. La Viuda invocó el nombre de Henkie por segunda vez y rió de nuevo.

Las nubes acudieron rodando tras la risotada, ocultando la luna y las estrellas. La oscuridad se ahondó en el brezal. Los relámpagos lamieron el cielo, seguidos por más truenos. Por encima de sus voces discordantes, oyeron la voz de la Viuda, que nombró a Henkie por tercera y última vez.

El canto titubeó de nuevo. Denzil no pudo impedir que esta vez muriese por completo.

—Sé piedra —le dijo la Viuda a Henkie.

Y en piedra se convirtió.

Denzil vio que Henkie se ponía tieso. Las manos le cayeron a los costados, el martillo le resbaló de los dedos yertos, el cuello se le arqueó hacia atrás, la cabeza se irguió hacia el cielo, y Henkie se fue**.** Sólo quedó una piedra alta y gorda.

—¡No! —exclamó Lizzie.

Peter arrojó un globo a la Viuda, pero la distancia era demasiado grande. El globo no llegó al blanco y estalló en el brezal. Lizzie se dirigió hacia la piedra, pero Taupin le cogió el brazo. Uno de los niños comenzó a gemir atemorizado. Denzil recogió a Ethy en sus brazos.

—¡Corred! —les gritó a todos—. Poned los pies en polvorosa.

Era demasiado tarde.

Había sido demasiado tarde desde el instante en que los muertos del mar rodearon el Men-an-Tol. Pues mientras la Viuda transformaba a Henkie en piedra, los muertos se aproximaban en silencio por detrás. Antes de que pudieran dispersarse, los muertos, ahogados que apestaban a algas y sal, ya estaban entre ellos, cogiéndolos con sus pálidas manos de cadáver, aferrándolos con fuerza e impidiéndoles escapar.

Sólo Kara escapó al primer embate. Se escurrió entre ellos, levantó el martillo de Henkie y lo lanzó enérgicamente contra la rodilla de un ahogado. La piel estalló, manando agua de mar, y el ahogado se desmoronó en una pila de huesos, piel y ropa podrida. Pero Kara no pudo mover de nuevo el martillo, pues otro muerto se lo arrebató de las manos y la apresó con fuerza.

La Viuda la nombró tres veces y la transformó en piedra, un pequeño menhir al lado de la mole de piedra que había sido Henkie.

—¡No! —exclamó Denzil—. Deja a los niños en paz. Ellos son inofensivos.

—¿Inofensivos? —dijo la Viuda—. Pregunta a mi Malvís si son inofensivos.

Ethy gimoteó en brazos de Denzil cuando uno de los muertos intentó arrebatársela.

Denzil luchó contra el abrazo de hierro de su propio captor con furia desesperada, mientras la Viuda repetía tres veces el nombre de la niña y la transformó también en una pequeña piedra.

Denzil se aflojó en brazos de su captor, desesperado. Recordó la manita que cogía en la suya, la cara confiada buscando protección. Ahora era piedra. Le habían robado su vida vibrante, y él nada había podido hacer para impedir el cambio.

La Viuda los transformó uno por uno, a los niños, a Taupín y a Lizzie, hasta que sólo quedó Denzil. Él la maldijo con una elocuencia que habría ruborizado al mismo Henkie, pero la Viuda sólo rió. En el cielo, la tormenta tronaba y las centellas cimbreaban entre las densas nubes.

La Viuda se acercó a Denzil. Éste posó los ojos en ella y en el maligno doble que le colgaba del hombro. No había diferencia entre ambos. El mismo odio alentaba en sus ojos. Por detrás se acercaban los *sloch,* llenando el aire con su pestilencia y sus voces chillonas.

—Aún puedo perdonarte —ofreció la Viuda—. Quién sabe. Tal vez puedas descubrir un remedio para tus pétreos amigos. Sólo quiero a la chica. Dame a la Pequeña y podrás vivir.

Denzil sabía que la Viuda mentía. Y, aunque no fuera así, jamás entregaría a su Jodi.

—Necio —masculló la Viuda, diciendo su nombre una vez, dos veces...

—La valentía no te sienta, Denzil Gossip —dijo la bruja, completando el .sortilegio con la tercera repetición del nombre—. ¿No cambiarás de actitud?

Denzil le escupió en la cara.

Ella no se movió, no dio ningún indicio de su furia, salvo que los rescoldos que eran sus ojos titilaron con más brillo. Una viscosidad le bajó por la mejilla rozando la comisura de la boca sonriente.

—Sé piedra —murmuró.

Y Denzil sintió que la gris dureza del granito le invadía las carnes.

3

Las nubes se espesaron sobre los brezales. Crepitaban los trueños y restallaban los relámpagos. Pero la viuda Pender estaba en calma. Oteaba su obra —los nuevos monumentos de piedra esparcidos en ese paraje del brezal— y sentía satisfacción. Si Jodi Shepherd hubiera estado entre ellos, el momento habría sido perfecto. Con todo, dada la situación, la Viuda estaba relativamente conforme.

Buscó a la Pequeña con su vista de bruja. Era como si la diminuta niña se hubiera esfumado. Volviéndose hacia el Men-an-Tol se preguntó qué pretendían lograr allí los amigos de la muchacha. Si hubiera llegado unos momentos antes, lo habría averiguado.

Ahora debería reanudar la búsqueda.

Las sombras la ayudarían. Así como le habían dado fuerzas para invocar a los *sloch* de los pantanos, a los muertos que habían marchado desde sus tumbas marinas y la tormenta que había nacido del fuego rojo de su furia para que esa cólera enturbiara el cielo en vez de turbarle la mente.

Hallaría a la muchacha.

Pero primero debía habérselas con Bodbury.

Sólo tenía esa noche de poder prestado y no pensaba desperdiciarla. Las sombras eran generosas, pero el precio era alto. Si fracasaba, sería altísimo.

No fracasaría.

Les entregaría Bodbury, tal como les había entregado a los condenados amigos de la muchacha.

Las sombras se agitaron al pie de los nuevos monumentos de piedra.

Queremos más, dijeron.

—Os daré el Mundo de los Túmulos —declaró la Viuda—. Pero primero Bodbury.

Danos más.

—Oh, esta noche os alimentaréis bien. No temáis.

Abre la puerta que lleva de un mundo a otro.

La Viuda miró nuevamente el Men-an-Tol y se preguntó qué papel habría cumplido en la desaparición de la niña. Había recorrido el brezal de día y de noche, buscando la entrada del Mundo de los Túmulos. Había tanteado y estudiado cada hueco y hendidura de la tierra. Había cavado alrededor de los monumentos de piedra. Incluso había tumbado un par, pero siempre en balde. Nunca había hallado vestigios de esa puerta hacia el trasmundo.

Miró de nuevo el Men-an-Tol. Había buscado con empeño, regresando una y otra vez a esa piedra agujereada donde el misterio parecía más denso. El misterio palpitaba en el aire.

Pero la piedra nunca reveló sus arcanos. Ni antes... —el dolmen se mofaba de ella

Librodot

con su callado enigma— ni ahora.

¿Qué había intentado la niña?

Queremos, queremos, queremos, salmodiaron las sombras.

—Sé lo que queréis —asintió la Viuda.

Creyó ver ojos que centelleaban en las tinieblas, sonrisas borrosas y desencarnadas.

Queremos todo...

Un ligero cosquilleo de inquietud estremeció a la Viuda. ¿Querían todo?

—Primero Bodbury —dijo.

Se volvió hacia el mar, que estaba oculto por brezales y colinas. Dando la espalda al misterio del Men-an-Tol, se encaminó hacia la ciudad, seguida por las pisadas susurrantes de los muertos y el trote de los *sloch.*

¿Qué era *todo*?*,* se preguntó.

Como leyéndole el pensamiento, las sombras —detrás, a los costados, delante— le respondieron con una risotada.

4

—¿Y qué hago ahora? —preguntó Jodi.

—Ése seria buen sitio para sentarse —respondió Edern, señalando el agujero del Men-an-Tol.

Jodi miró. Si hubiera tenido su tamaño normal, subir hasta el agujero no habría presentado dificultades. Sólo tenía que encaramarse e introducirse. Pero con ese tamaño de ratón...

—Aquí —dijo Edern.

Levantó el cuerpo esmirriado del suelo y se plantó al pie de la piedra, uniendo las manos para que ella subiera. Jodi lo miró dubitativamente.

—No sé —protestó.

—Hay cavidades para apoyar las manos.

Jodi comprobó, en cuanto miró la piedra con mayor atención, que en efecto las había. Sólo el primer tramo parecía difícil.

—De acuerdo —aceptó.

Se apoyó en las manos de Edern y soltó un jadeo cuando él la impulsó hacia arriba. Se aferró a la piedra para conservar el equilibrio, preguntándose si Edern podría sostenerla.

Más magia, supuso.

— No puedo sostenerte todo el día —se quejó Edern.

Jodi halló una cavidad y luego otra y otra. Poco después había subido hasta arriba y pudo sentarse en el agujero del Men-an-Tol con una destreza que habría avergonzado a Ollie, Edern trepó rápidamente y se reunió con ella. Se sentó al lado y la tranquilizó con una sonrisa.

—¿Ahora qué? —preguntó Jodi.

—Vacía la mente.

—¿Crees que está llena de pensamientos sabios? —Jodi rió—. Me temo que está vacía casi todo el tiempo.

Edern meneó la cabeza.

—Quiero decir que dejes de pensar. Despeja la mente hasta que sólo sientas quietud, hasta que estés a la deriva, sin pensamientos, sin ese constante zumbido de conversación que te murmura en la mente día y noche.

—¿Vas a hipnotizarme?

Él negó con la cabeza de nuevo.

—Sólo inténtalo.

Jodi obedeció.

Contempló el brezal disfrutando de la caricia del sol y de esos cielos extraños y despejados. Se preguntó qué sentiría al hallar esa música secreta, esa música primera. ¿Cómo sonaría? Evocó viejas melodías, preguntándose cuál se parecería más.

—¿En qué estás pensando? —dijo Edern.

—En la música —replicó Jodi.

—Bien, no lo hagas. No pienses en nada. No pienses. Limítate a ser.

Esto era más difícil de lo que había esperado. Cuanto más lo intentaba, más pensamientos le afloraban a la mente. Uno conducía al otro, luego a otro y luego a más, hasta que la cabeza se le llenaba de un desfile de observaciones, recuerdos y comentarios, todos enmarañados en una ruidosa confusión.

De pronto, cobraba conciencia y recordaba qué debía hacer. Suspiraba y empezaba de nuevo.

Pero el desfile regresaba.

—No puedo —exclamó al fin.

—Ni siquiera lo has intentado —dijo Edern, sonriente.

—Hace siglos que lo intento.

—Hace sólo diez minutos.

—¿De veras? —Él asintió—. Por todos los diablos. Nunca podré lograrlo.

—Trata de escuchar los latidos de tu corazón. No pienses sólo en escucharlo. Concéntrate en ellos, en el ritmo, en cómo impulsa la sangre por tus venas y arterias. Si un pensamiento ajeno acude a tu mente, no te ocupes de él, no te impacientes con él, sólo apártalo suavemente y vuelve a contemplar el ritmo uniforme de tus latidos.

Al cabo de unos minutos de seguir ese consejo, Jodi descubrió que eso era un poco más fácil.

Epa. Ya estaba pensando de nuevo.

Volvió a concentrarse.

Dumm-dum. Dumm-dum.

Jirones de recuerdos y reflexiones seguían aflorando desde el estanque de su mente, pero cada vez le resultaba más fácil apartarlos. Los hizo suavemente, como Edern le había aconsejado. No permitió que la exasperasen. No se preocupó por lo que hacía; no pensó si lo hacía bien o mal.

Sólo escuchaba.

Dumm-dum.

Y vagaba.

Dumm-dum,

Hasta que empezó a flotar alejándose de su cuerpo.

Dumm-dum.

Cada vez más lejos... ¿o cada vez más dentro de sí misma? No importaba. Sólo seguía ese ritmo uniforme...

Dumm-dum. Dumm-dum.

...lejanía y descenso...

Dumm-dum.

...hondura y distancia...

Dumm-dum.

En un punto pasó entre la conciencia de sus actos y los simples actos. En ese momento, en ese lugar, aguardaba la música primigenia.

Nacía del tañido del arpa y del soplido de la flauta, de las notas del violín y del redoble del tambor.

Dumm-dum.

Pero no tenía sonido.

Librodot

Era un sitio donde las vidas cesaban, donde las vidas comenzaban. Donde se encontraban las cosas perdidas, donde se perdían las cosas encontradas. Un lugar prohibido, alimentado por esa música olvidada. Un lugar de sombras y ecos. Un lugar que abarcaba todos los paisajes que Jodi había visto o imaginado.

Pero no tenía presencia física.

Dumm-dum.

Consistía en lógica pura. Le mostraba que cada cosa existente, por grande o pequeña que fuera, estaba conectada con lo demás y no podía existir sin lo demás.

Al mismo tiempo, no tenía el menor sentido.

Dumm-dum.

El individuo desaparecía en esa vastedad, en la totalidad, fusionándose de tal modo que no había división entre el comienzo de una cosa y el final de la otra.

El todo se dividía en individuos, cada cual tan separado y distinto que la unidad era incomprensible.

Abundaba la imposibilidad.

Todo tenía muchísimo sentido.

Era un misterio que despertaba adoración.

Una vieja magia.

Conoció un regocijo tan insólito al descubrirla que creyó que le reventaría el corazón. No. No al descubrirla, sino al *redescubriría,* pues supo que siempre había estado allí. En el mundo circundante y dentro de ella.

Y, entonces, esa parte de Jodi que aún era Jodi recordó lo que Edern había dicho sobre la música. Su recuerdo invocaba la tormenta y el día soleado.

Jodi lloró.

Por todas las cosas que se habían perdido a causa de la segmentación del mundo, la divisoria que había creado un Mundo del Hierro y un Mundo de los Túmulos. Especies extinguidas. Esperanzas marchitas. Tierras devastadas. Yermos y páramos en el mundo y en el corazón de sus habitantes.

Algunos se podían hallar de nuevo, tal como Jodi había hallado la música. Algunos se hallarían de nuevo.

Pero había muchísimos que no se podían recobrar.

Perdidos para siempre.

Jodi aún sollozaba cuando regresó al lado de Edern en el agujero del Men-an-Tol. Él la sacudía, sin brusquedad pero con firmeza.

—Basta —le estaba diciendo—. Deja que la música se aquiete.

Jodi lo miró con ojos enturbiados por las lágrimas.

—Pero todo lo que se ha perdido...

—¿Perderías también el resto?

Edern señaló mas allá del dolmen. Los brezales jadeaban y se agitaban como una marea furibunda. Colinas de vegetación se encrespaban y desplomaban como olas. Un rugido sacudía el aire, una estridencia de piedra chirriante, un fragor de tierra tonante.

La calma apacible del Mundo de los Túmulos se había transformado en un caos desenfrenado.

—Yo... yo...

Comprendió que la causaba ella. Aquí, en el Mundo de los Túmulos, donde la magia se desbocaba. La invocación de la música primigenia le había dado rienda suelta y ahora arrastraba el mundo hacia el caos.

Jodi no sabía cómo detenerla.

El dolmen se estremeció. Jodi se aferró a Edern para mantener el equilibrio. Él se

Librodot

plantó con firmeza para no caer en esa hirviente masa de tierra, pero el esfuerzo era cada vez más difícil con cada embestida de la tierra que sacudía la roca.

Jodi sentía una pesadez interior, una profunda congoja que ni siquiera el regocijo que le había dado la música podía disipar.

—Ayúdame —le pidió a Edern. Plantado en la piedra, aferrándola con firmeza, Edern la miró con grave preocupación—. Por favor. Yo... no puedo detenerlo...

El le hizo cosquillas.

Jodi pensó que se había vuelto loco. Estaban a punto de caer en esa marejada de tierra que se batía contra el dolmen.

—¡Basta! —exclamó.

Pero el cuerpo la traicionó. No pudo evitar las contorsiones ni las risas. Trató de apartarle las manos, pero él insistió hasta que Jodi casi cayó. Por fin, se quedó quieta, exhausta, y reparó en el silencio.

Irguió la cabeza débilmente y vio que el mundo había vuelto a ser el de antes. No había olas de tierra barriendo el brezal. Ni truenos bajo el suelo. Ni chillidos de piedra.

Sólo paz.

Quietud. Y...

Dumm-dum.

...el latido de su corazón, retumbándole por dentro.

Jodi recordó la experiencia, pero ya se estaba disipando en una serie borrosa de imágenes y emociones inconexas que le costaba enmarcar en pensamientos coherentes y mucho más en palabras. No obstante recordaba el regocijo y la congoja. Ambas cosas eran tolerables ahora.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó con un tartamudeo.

—Ha sido culpa mía —respondió Edern—. No he pensado lo que tu sangre del Mundo del Hierro invocaría cuando recordaras la música.

—Casi he destruido tu mundo, ¿verdad?

Edern negó con la cabeza.

—Ya te lo he dicho. Aquí la magia es demasiado densa. Lo que has hecho, con la pena que la música ha despertado en ti, ha sido localizarla.

—No la invocaré de nuevo —dijo Jodi—. No puedo correr el riesgo.

—No será lo mismo en tu mundo. Allí habrá un dulce murmullo de misterio que hará batir los corazones al son de la vieja danza recordada... pero suavemente.

—Se han perdido tantas cosas —suspiró Jodi—. Se han ido para siempre.

—Pero aún podemos recobrar muchas. Hay muchas cosas en peligro que aún podemos rescatar.

—¿Y sólo he de hacer eso? —preguntó Jodi—. ¿Seguir mis latidos hasta llegar a la música, cuando esté en mi mundo? —Edern asintió—. Parece demasiado fácil.

—La magia del mundo... —empezó él.

—Es más sencilla de lo que suponemos —redondeó Jodi—. Lo recuerdo. —Calló un instante y luego preguntó—: ¿Por qué la llamas música?

—¿Cómo la llamarías tú?

Jodi reflexionó un instante y comprendió que música era la palabra más atinada para describirla. Excepto...

—¿Qué te parece misterio?

—O magia. Tiene cien mil nombres y se la busca de cien mil maneras, pero no se la puede nombrar. Eso es la magia. Aunque los hombres han tomado fragmentos para utilizarla, no pueden domeñarla toda, sólo esos fragmentos. Y el precio es muy alto. Lo más triste es que no necesitaban coger ni robar esos fragmentos... Llevaban el eco en su propio interior.

—¿Un instrumento podría tocar esa música? —preguntó Jodi.

Edern meneó la cabeza.

Librodot

—Pero puede aproximarse tanto que no notarías la diferencia. Puede aproximarse tanto que las resonancias invocarían la música primigenia.

Jodi calló un largo instante, reflexionando. Recordando. Al fin, Edern dijo:

—Debes irte.

—¿Cómo regreso? —quiso saber Jodi.

Edern se puso en pie y habló por el agujero de la piedra, diciendo algo en un idioma que Jodi no reconoció, aunque notó que una frase se repetía tres veces. Se sobresaltó cuando una fría ráfaga la envolvió y vio la noche de su propio mundo.

Era una experiencia desconcertante. Mirando hacia un lado, veía el brezal soleado del Mundo de los Túmulos; del otro, veía el brezal umbrío de su propio mundo.

Edern le estrujó el hombro, pero Jodi no se conformó con eso. Se le acercó y lo estrechó con fuerza.

—Gracias —murmuró Edern.

—No. Gracias a ti.

Jodi se apartó y avanzó hacia la frontera, deteniéndose con un pie en su mundo y un pie en el otro.

—¿Te veré de nuevo? —preguntó.

—Si podemos debilitar la frontera, nos veremos cuando nos venga en gana.

—¿Y en caso contrario? ¿Si tarda tiempo en funcionar..., más años de los que tenemos para vivir... o, al menos, de los que tengo yo...? Supongo que tú vives para siempre.

—Un largo tiempo —convino Edern.

—¿Qué haremos entonces?

—Entonces nos veremos en sueños.

Jodi suspiró. Los sueños no serían suficientes.

Se dispuso a cruzar una vez más, pero se detuvo por segunda vez.

—Edern. ¿La música detendrá la magia de la Viuda? ¿Puedo usarla para recobrar mi tamaño?

—Sólo la sal funciona contra ella —dijo él, meneando la cabeza.

—¿Como el agua de mar? —le preguntó Jodi, recordando las bombas de agua de Kara.

—Pero las lágrimas son mejores —asintió Edern.

Quería preguntarle más cosas, muchísimas más. Sabía que podría quedarse allí para siempre, tan sólo hablando, pero también sabía que no debía hacerlo. Sus amigos la aguardaban en su mundo. Quizá corrieran peligro. Además ella tenía un mensaje: una canción secreta para cantar en sitios apacibles, que quizá se propagara por el mundo y lo llevara más cerca de su primo, el mundo del otro lado del Men-an-Tol.

Así que sonrió, saludó a Edern con involuntario nerviosismo y cruzó.

Tiritó ante el aire cortante de la noche y pestañeó mientras sus ojos se adaptaban a la penumbra. Cuando se volvió, Edern y el Mundo de los Túmulos habían desaparecido. Sólo veía los brezales a través del agujero de piedra.

Rayos, pensó. Vaya historia que tengo para contar.

Pero, cuando buscó a sus amigos, se encontró a solas. La zona que rodeaba el Men-an-Tol estaba desierta.

Sintió un súbito temor. Recordó esas historias acerca de los mortales que se extraviaban en la Tierra de las Hadas por una hora, un día o una semana y descubrían que habían pasado años en su propio mundo.

¿Le habría sucedido lo mismo?

Se abrazó el cuerpo, sintiendo escalofríos ante esa idea. Entonces captó el olor de pantano en el aire, y otro temor superó al primero.

Las criaturas de la Viuda habían estado allí. ¿Habrían dañado a Denzil y los demás?

Oyó el fragor del trueno y miró hacia la ciudad. Aunque también los cielos estaban

nublados aquí, una verdadera tempestad colgaba sobre Bodbury. Los relámpagos caracoleaban en los nubarrones. De repente Jodi posó los ojos sobre algo que se interponía entre la ciudad y el dolmen. Monumentos de piedra.

Antes no estaban allí.

¿De veras habían pasado años desde que había entrado en el otro mundo?

La cantidad de piedras le resultaba familiar. Lo mismo que la altura de los monumentos. Las superficies de piedra, incluso a la distancia, parecían demasiado tersas, demasiado nuevas. Las contó. La piedra grande. Otras tres de tamaño parecido, aunque no tan gruesas. Todas las pequeñas.

Entonces comprendió.

Clara e inmediatamente, con una intuición que reflejaba su experiencia en el Mundo de los Túmulos, cuando había tocado la música oculta.

Eran sus amigos transformados en piedra por la Viuda.

Y esa tormenta que pendía sobre Bodbury... Recordó las historias acerca de la Viuda y la tormenta que presuntamente había provocado veinte años atrás.

Esas tormentas también era obra de ella.

Tenía que regresar a la ciudad. Tenía que detener a la Viuda. Tenía que rescatar a sus amigos y recobrar su tamaño... Pero estaba tan lejos, y ella era tan pequeña... La travesía le llevaría días con su tamaño actual.

¿Qué iba a hacer?

No tuvo que responder.

Unos dedos se cerraron fieramente sobre ella.

Jodi gritó alarmada.

La alzaron en el aire y se encontró cara a cara con Malvís, el doble de la Viuda, que se había quedado para vigilar la piedra agujereada. Chillando de orgullo, la maligna criatura se le acercó al pecho, brincó del dolmen y se dirigió a Bodbury, sin hacer caso de los golpes que Jodi le asestaba con sus diminutos puños.

Jodi comprendió que esos golpes podían lastimar al doble tanto como un hombre podía achicar el agua de un bote con una red.

No obstante siguió pegando mientras cruzaban el brezal y llegaban a la ciudad. Una vez en la ciudad, gritó pidiendo ayuda. Pero su voz era un gorjeo diminuto, apenas audible en tiempos normales. Era totalmente inútil ahora, cuando los vientos de la tormenta silbaban por las calles y en el cielo retumbaban los truenos.

Librodot

HOGAR INESTABLE

Hay que entender que nuestras vidas eran carne cruda, roja y sangrante.

CAITLIN THOMAS,
de una entrevista en *People,*
junio de 1987

—¿Qué aspecto tengo?

Connie estaba en la puerta de la habitación de Sam Dennison, apoyada contra la puerta mientras procuraba discernir una reacción en los rasgos taciturnos del investigador privado. El hombre, impávido, permanecía sentado junto al pequeño escritorio, golpeándose la rodilla con un sobre.

Connie se preguntó por qué se molestaba en buscar su aprobación. Ese hombre ni siquiera le gustaba. Pero buscar la aprobación ajena era un hábito. No podía acercase a un hombre sin tratar de causar una reacción. Siempre había sido así, y con los años empeoraba en vez de mejorar. Si la primera vez no obtenía lo que buscaba, se valía de otros recursos hasta conseguirlo. Era la infortunada historia de su vida: sólo sabía valorarse según cómo se reflejara en los ojos de un hombre.

No los quería, pero los necesitaba. Necesitaba su confirmación.

Así que había obedecido a Dennison. Había moderado el maquillaje y el peinado y se había envainado en una apestosa ropa que había llevado a petición de Bett: una angosta falda de lana con un dobladillo que caía debajo de la rodilla, una blusa blanca abotonada hasta arriba y —sí, don Estrecho— un sostén debajo para que no se le bambolearan las tetas. Completaba su imagen con una elegante chaqueta de ejecutiva, medias recatadas y zapatos de tacón bajo. ¿Qué más quería el señor?

Personalmente, pensaba que impresionaría más al Vejete y a su hija con su facha de costumbre. Pero qué diablos. Si te pagaban para bailar, había que seguir la música. Al menos Dennison podría apreciar el esfuerzo.

—Vamos —dijo Connie, derrochando simpatía—, Te has hecho entender. Todos saben que eres un duro. ¿Por qué no te ablandas un poco?

—De acuerdo —asintió Dennison—. Tienes buen aspecto.

—Sé que lo tengo. Lo que quiero saber es si parezco cojonuda. Con estos trapos encima, me siento como si tuviera un pepino en el trasero.

Librodot

Él sonrió fugazmente. Connie supo que era todo lo que obtendría.

Era suficiente. Lo había calado. No era que no le gustaran las mujeres; sólo quería que el envase ocultara mejor el producto. Quería imaginar antes de ver.

Bien, se mira y no se toca, tío.

Sabiendo que podía excitarlo, perdió interés en Dennison y se sentó en el borde de la cama. Él le entregó el sobre que tenía en la mano.

—El señor Bett te ha dejado esto —dijo.

El sobre no estaba sellado. Connie extrajo el contenido. Se trataba de la fotocopia de un documento legal, el testamento de Paul Little.

—Aún no entiendo por qué Bett me ha hecho volar hasta aquí para entregarles esto —rezongó—. ¿No hay abogados por aquí?

—Dímelo tú... Tú eres la nativa.

—Ésa era otra persona, tío —replicó Connie—. Ya no soy de este vecindario. Cuando vives en una ciudad como Nueva York, no importa de dónde vienes. Esa ciudad es tu patria.

—Conozco esa sensación —convino Dennison.

Ni por asomo. Nacido y criado en el Bronx, debía de ser la primera vez en su vida que se alejaba de su hogar.

Connie tocó los papeles.

—Me parece que si los entregara un abogado parecería más oficial y le ahorraría un poco de pasta a Bett. No soy barata y además hay otros gastos... —Miró la habitación—. Bett no nos trata a cuerpo de rey. Billetes de clase económica y este tugurio. Te diré que he conocido tíos más derrochones.

—Creo que el señor Bett intenta abordar el ángulo psicológico.

Connie pensó en lo que su reaparición significaría para su suegro y su hija. ¿Cuánto hacía que no se veían? ¿Quince, veinte años?

Nunca se había molestado en pensarlo y había perdido la cuenta.

—No me muero de ansiedad por verlos —dijo.

Había hablado sin pensar, pero era cierto. Se sorprendió al comprenderlo. Aunque sería desagradable —lo había sabido desde que Bett le había hecho la propuesta—, había tenido la certeza de que podría afrontarlo. Aún la tenía. Cuando pensaba cuánto lastimaría al viejo y a Janey... Nunca veía a su hija, pero seguía siendo su hija.

—¿Entonces por qué lo haces? —preguntó Dennison.

Connie desechó su turbación y se acomodó su máscara de reciedumbre. Al cuerno con ellos. A fin de cuentas, tampoco se habían desvivido por verla.

—Por los diez mil que Bett va a pagarme —respondió—. ¿Qué has creído? ¿Que lo hacía por caridad? —Dennison no respondió. Connie leyó reprobación en ese silencio—. Tú no haces esto sólo por tu buena salud —añadió ella.

—No he dicho que lo hiciera.

No, sólo pensaba que era mejor que ella porque para él no se trataba de algo tan íntimo y personal. Como si nunca hubiera hecho una canallada.

Imbécil.

Connie suspiró. ¿Por qué los fulanos como Dennison la sacaban de quicio?

—¿Entonces qué crees? —preguntó al fin, agitando el testamento—. ¿Es esto legítimo?

—Lo ignoro —contestó Dennison, encogiéndose de hombros.

—A mi modo de ver, Paul habría cambiado el testamento en cuanto concluyó el trámite de divorcio.

—No importa mucho si es legal o no. Al menos para los propósitos del señor Bett. Como te he dicho, está practicando juegos mentales con ellos. Puedes apostar a que esto es otra maniobra en el tablero. No creo que el señor Bett sea hombre de hacer las cosas a medias.

Librodot

—Y sin duda le sobra pasta —añadió Connie. Guardó el testamento en el sobre y se levantó, ocultando una sonrisa cuando notó que Dennison le miraba las piernas—. ¿Qué hora es? —preguntó—. ¿La hora de cenar? Estos cambios horarios me tienen confundida.

Dennison miró el reloj.

—Las seis y media, hora inglesa.

—Bien, entonces será mejor terminar con esto.

¿Qué decía esa vieja canción de los Shangri-la? ¿Que nunca podías regresar a casa? Pues no era verdad, pensó Connie mientras viajaba con Dennison en el taxi. Podías regresar, sólo que no tenía mucho sentido. Cuando te marchabas como ella se había marchado, porque querías ver el jodido mundo en vez de quedarte enjaulada en el pasado, regresar era como meterse de nuevo en la jaula y cerrar la puerta.

No necesitaba semejante cosa.

Las vistas de la infancia la llenaban de recuerdos, algunos malos y otros buenos. Había cambios, pero no tantos como había pensado. Rara vez pensaba en su ex marido, porque en su vida nada se lo recordaba. No obstante aquí, donde ambos habían vivido, donde habían compartido el rollo de costumbre —crecer juntos, enamorarse, casarse, tener una hija—, costaba no recordarlo.

Él nunca había entendido lo que ella necesitaba.

Habían hablado de irse, porque Paul estaba tan ansioso como ella de ver más mundo que Penwith, pero nunca había ocurrido. El pasado apresaba a Paul, así como había apresado a tantas generaciones de Little. Cuando ella hablaba de mudarse —a Londres o a cualquier sitio donde el siglo XX fuera más tangible—, siempre había postergaciones. Cuando la travesía más larga era una excursión a Plymouth, se terminaba por perder la paciencia. Se aprovechaba la primera oportunidad —en su caso, un productor cinematográfico de tercera— y se emprendía la fuga.

Sonrió al pensar en Eddie Both como productor de cine. Seguro, tanto como ella era actriz. Pero qué diablos. Estaba en la pantalla, ganaba buena pasta y no podía quejarse. Supo en qué se metía desde que Eddie la abordó en la taberna.

Eddie era su puerta para escapar de la jaula, eso era todo. En Estados Unidos, Eddie arregló las cosas para que Connie recibiera la tarjeta verde sin problemas y le consiguió algunos números de baile y luego el trabajo en las películas. Claro que tenía conexiones, como todos en esa industria. Y no estaba mal. Se podía ganar bien. Sólo había que estar limpia —ni drogas ni alcohol— para evitar que la controlaran. Se podía largar cuando quisiera.

Para ella aún no había llegado el momento.

Aunque ya se acercaba a los cincuenta, mientras su cuerpo tuviera buen aspecto seguiría en la brecha. Porque le gustaba la acción. Le gustaba pensar en esos hombrecillos sentados en salas oscuras o alquilando casetes de vídeo, que se ponían cachondos con lo que ella mostraba. Si tan sólo supieran cómo filmaban esas películas. Rodarlas era una lata.

Tuvo que trabajar con mayor empeño que los talentos jóvenes que «descubrían» los productores de tercera como Eddie, aunque también tenía su experiencia. Con cinco minutos en la pantalla lograba más que la mayoría de esas chiquillas en un rollo entero.

Tal vez fuera una actriz, después de todo.

Miró la cercana Mousehole por la ventanilla delantera del taxi.

Claro que allí nadie entendería ni se interesaría.

Se preguntó cuál sería el juego de Bett. ¿Por qué diablos le importaban tanto los Lítele

Librodot

de Mousehole, cuyo mayor talento era la aptitud para hacerte llorar de aburrimiento sin siquiera intentarlo? Tenía que haber algo, algo gordo porque Bett estaba desembolsando muchísima pasta para conseguirlo.

Ella y Dennison obtendrían una bonificación si lo conseguían. Fuera lo que fuese. No sabía cómo cuernos cobraría esa bonificación; ni siquiera sabía qué diantre buscaba Bett. Sospechaba que él tampoco lo sabía, pero eso volvía más interesante el asunto.

El taxi frenó frente a la tienda de revistas de North Cliff. Connie salió, mientras Dennison pagaba, y echó un vistazo a la bahía.

No había cambiado un ápice. Sintió escalofríos nada más pensar que habría podido pasarse la vida en ese agujero olvidado.

Gracias, Eddie, pensó. Tal vez te deba más de lo que pensaba.

—¿Lista? —preguntó Dennison mientras el taxi se alejaba.

—Cuanto antes terminemos y pueda largarme de este lugar, más contenta estaré —respondió Connie.

—¿Qué tiene de malo la ciudad?

—Aldea —corrigió Connie—. Por aquí son muy quisquillosos en cuanto a las diferencias entre una aldea y una ciudad. Y se sienten insultados cuando te confundes.

—Aún no me has dicho qué tiene de malo.

—Mírala. Este lugar no ha cambiado en quinientos años. Aquí no pasa nada.

—Yo creo que es bonita.

—¿Y pintoresca? —dijo Connie con sorna.

—Sí, también.

—Santo cielo, intenta vivir aquí. —Se echó a reír—. ¿No sería cojonudo? Mousehole con su propio detective privado Tendrías muchísimo trabajo aquí.

—Veo que no sientes gran afecto por este lugar.

—No entenderías —le replicó, mirándole de hito en hito.

—Inténtalo.

—Hagamos primero nuestro trabajo, ¿de acuerdo? Después habrá tiempo para conversar.

Connie recobró el humor al ver el ceño fruncido de Dennison. Ella le había robado el discurso. Se lamió el dedo y trazó una marca en el aire.

—Un punto para la chica —murmuró.

2

Hasta ahora, Ted Grimes no se quejaba del modo de actuar de Bett. Demostraba que era serio, y Grimes apreciaba a los hombres serios. Bett le había reservado la clase de habitación que deseaba, lejos de las zonas turísticas; aunque en esa época del año eso no era difícil de conseguir. Al terminar la temporada turística, todo parecía estar lejos de los lugares a donde iban los visitantes. Además, el paquete ya aguardaba en el aparador. Después de guardar el bolso en el armario Grimes cortó el cordel y desenvolvió el papel marrón para hallar una bonita Colt 38 una Detective Especial de cañón corto, y una caja de municiones.

A Grimes no le importaba cómo Bett la había conseguido. Lo importante era que estuviera allí. Con una sola mano, desarmó el revólver, lo limpió y engrasó en tiempo récord y le metió una bala. Calzó el tambor con un chasquido y lo hizo con la mano artificial.

La Colt le encajaba bien en la mano izquierda. Pesaba unos quinientos gramos. Seis disparos. Más que suficientes para el trabajo.

Si había tal trabajo.

Librodot

Aunque hasta ahora cada promesa de Bett se había cumplido, Grimes no estaba muy seguro en cuando al trabajo en sí. No se creía que Madden fuera allí sin un solo guardaespaldas, teniendo en cuenta cómo vivía en su país. Su casa de Victoria no lo aparentaba, pero era una fortaleza.

Grimes lo sabía.

El recuerdo le dolía en la mano que le faltaba.

Claro que quizá Madden nunca necesitara guardias. Ciertamente no los había necesitado esa noche.

El dolor de la mano amputada se agudizó.

¿No era increíble? A pesar de que la puñetera mano le faltaba desde hacía casi dos años, aún la sentía en la punta del muñón.

Grimes hizo girar de nuevo el tambor.

Había llegado la hora de jugar a la *Rueda de la fortuna.* Gira, gira y gira, y nadie sabe dónde se detiene.

Lo hizo girar de nuevo y se apoyó el cañón del revólver en la sien.

De acuerdo, Madden, pensó. He aquí tu oportunidad. Usa tu vudú. Termina con lo que hiciste..., pues eso debiste hacer.

Sintió el bombeo de la adrenalina mientras hablaba lentamente el gatillo. El mundo cobró nitidez. Cada objeto de la habitación se perfiló con mayor claridad.

El percutor chocó contra una cámara vacía.

Nada.

Grimes bajó el arma y abrió el tambor. Sosteniendo el revólver entre la prótesis y el pecho, cargó las seis cámaras.

Ya has tenido tu oportunidad, Madden. Ahora es mi turno.

Apoyó el arma en la mesa y se metió la caja de municiones en el bolsillo. Luego se sentó a esperar el timbrazo del teléfono, con las palpitaciones aceleradas por la carga de adrenalina de un instante atrás.

Ruleta rusa: juego de campeones.

Lo había jugado con Madden desde la noche en que Madden se metió en la cabeza de Grimes con esos ojos de vudú y le obligó a cortarse la mano.

Madden no sabía nada sobre el juego, pero pronto se enteraría.

Muy pronto.

De lo contrario, Michael Bett iba a lamentarlo antes del fin de esa noche.

Librodot

ACIAGA FORTUNA

Uno de los problemas de la vida moderna es el exceso de racionalismo, la falta de contacto fluido entre el mundo del inconsciente y lo invisible.

ROBERTSON DAVIES,
entrevista en Maclean's, octubre de 1987

Cuando terminó de leer, Janey se levantó del sofá y se acercó a la ventana. Miró hacia Chapel Square, donde se esfumaban las últimas luces. Las sombras se espesaban en los portales y se adherían a las paredes. Tiritó, recordando las sombras de la historia que acababa de leer y lo que Peter Goninan le habla dicho sobre las sombras y John Madden.

Él puede ver a través de ellas, oír a través de ellas, hablar a través de ellas...

Quizá moverse a través de ellas.

¿Madden acechaba en esas sombras? ¿Observando, esperando?

—¿Has terminado?

Se apartó de la ventana y vio a su abuelo de pie en la puerta de la cocina. El aroma a pescado frito impregnaba el aire. Janey sintió un hueco en el estómago. Un instante atrás ni hubiera pensado en comer, pero ahora estaba famélica.

—He terminado —dijo.

En el sofá, Félix acababa de cerrar el libro. Clare estaba sentada a su lado, con la cabeza reclinada y los ojos cerrados. Había terminado la última página antes que ambos.

—¿Había algo... llamativo? —preguntó el Vejete.

Janey se encogió de hombros. Aunque sentía una inexplicable irritación, estaba dispuesta a no desquitarse con su abuelo ni sus amigos.

Buena práctica para la nueva y mejorada Janey Little. Siempre que Madden les dejara vivir para aprovecharla.

—No ha terminado como yo esperaba —comentó.

—¿Cómo ha terminado? —inquirió Clare, abriendo los ojos.

—No estoy segura. Es decir, sé cómo ha terminado, pero no sé bien qué significa. Necesito un poco de tiempo para entenderlo.

—Sé a qué te refieres —dijo Félix.

—Tengo la sensación de que nos acecha un destino ingrato —continuó Janey—. Hagamos lo que hagamos, tomaremos una decisión errónea.

—Lo que tienes es un problema de actitud —replicó Clare.

Janey frunció el ceño, obligándose a recordar que no debía replicar con palabras mordaces.

—¿Qué quieres decir? —preguntó. A pesar de sus buenas intenciones, la pregunta era malhumorada.

—Que si esperas que las cosas salgan mal, saldrán mal —respondió Clare, sonriendo para que sus palabras no resultaran hirientes.

—Yo no provoqué esta situación —protestó Janey—. Puedes culpar a Billy Dunthorn, si quieres. Yo sólo encontré el libro después de que *él* lo escribiera. O lo que haya hecho para confeccionarlo.

—No me refería a eso.

—Lo sé —repuso Janey, suspirando, tras un breve silencio—. Pero me cuesta ser positiva cuando todo pinta tan lúgubre. Temo que ese tal Madden irrumpa por la puerta en cualquier momento, con su hato de matones.

—Has visto demasiadas películas americanas —dijo Clare.

—Tal vez. Pero juro que, si algo sale mal, haré algo más que gritar. Voy a aporrear a alguien. De veras.

Bravo por la nueva y mejorada Janey Little, pensó.

—Recuérdame que me aleje del paso —le pidió Félix a Clare en un alto susurro teatral.

—Es rudísima, ¿verdad? —replicó Clare con voz similar.

Janey meneó la cabeza y sonrió contra su voluntad. Se sintió mejor.

—Bien —insistió—. Ya estáis advenidos.

Félix y Clare temblaron con un remedo de temor hasta que Janey rompió a reír. Se desplomó en el sillón del Vejete, sin poder mantenerse en pie.

—¿Te sientes mejor? —preguntó Clare cuando Janey se calmó.

—Mucho mejor —asintió ella.

—La cena está lista —anunció el Vejete.

—Podría devorar un caballo —aseguró Félix, levantándose del diván para seguir al Vejete hasta la cocina.

—Tú eres un caballo —le dijo Clare.

—¿Entonces eso me transforma en caníbal?

—No lo sé. ¿Los caballos no son vegetarianos?

Félix se puso dos dedos en ambas comisuras de la boca e imitó burdamente a Boris Karloff.

—No en esse lugarr de donde nossotrross venimoss, querrida.

Clare formó una cruz con los dedos y la blandió ante Félix, quien empezó a gemir.

Janey pensó que se portaban como tontos. Eso era agradable. Como en los viejos tiempos. Por un instante se olvidó de todas las locuras que estaban pasando, por no mencionar el desconcertante final del libro... Por desgracia sus problemas no se disiparían tan fácilmente como su mal humor.

—¿Aún quieres ir al Men-an-Tol? —le preguntó Félix poco después, mientras comían.

—Más que nunca —contestó Janey.

—Creo que vale la pena —asintió Félix—. Pero yo no contendría el aliento pensando que de veras invocaremos un mundo lleno de *piskies* y cosas parecidas.

—Lo sé.

Si contenía el aliento, se pondría morada y se asfixiaría. Pero sabía que debían intentarlo.

—Antes de ir —continuó Félix—, deberíamos envolver el libro en plástico. Así siempre podremos ocultarlo en alguna parte de la campiña.

—¿Y Madden no lo detectará? —preguntó Clare.

—Bien, ahora todos hemos terminado de leerlo, ¿no? ¿No dijo vuestro amigo que así

Librodot

se cerraría la magia?

Janey y Clare asintieron.

—La última vez que ocurrieron cosas extrañas por causa del libro —comentó el Vejete—, los efectos persistieron durante un tiempo.

—Eso no cambia nada —replicó Félix—, porque haremos lo siguiente. Ocultaremos el libro en un buen escondrijo, regresaremos aquí, llamaremos a Lena Grant y se lo ofreceremos por un precio.

Janey frunció el entrecejo.

—Pero... —musitó Clare.

—No, escuchad. Concertaremos una cita en cierto lugar... Piensa en uno, Janey, un lugar donde haya bastante gente...

—¿Y luego qué? —demandó el Vejete.

Félix los miró a todos.

—No sé —respondió al fin—. Aún no lo he elaborado. Es necesario incriminarlos, pero aún no se me ocurre cómo.

—No harán nada en un lugar público —advirtió Clare—. Ya han demostrado que son demasiado listos para eso.

—Pero ocultar el libro es un buen principio —convino Janey.

Dejó los cubiertos, pues había terminado de comer. Tenía tanta hambre que ni siquiera notó que había limpiado todo el plato. Lo miró acongojada.

—Lo lamento, abuelo —se excusó—. No lo he saboreado.

—Es comprensible, tesoro mío.

—Es hora de irnos —dijo Janey.

—Estoy demasiado viejo para esa caminata —replicó el Vejete.

—¿Pero estarás a salvo aquí? —se interesó Janey.

—No harán nada en medio de la aldea cuando todos están despiertos —la tranquilizó el abuelo.

—Y regresaremos pronto —añadió Félix.

—¿Llamamos a Dinny? —inquirió Janey—. Él nos pidió que lo hiciéramos.

Félix meneó la cabeza.

—¿Y cuando pregunte por qué vamos al Men-an-Tol? Lo llamaremos al regresar.

—Yo voy con vosotros —anunció Clare—. Prometo que no os retrasaré.

—Está bien —aceptó Janey—. Conozco al granjero de la zona. Podemos usar su sendero para ir en coche la mayor parte del camino.

Se levantaron.

—Deja los platos —le dijo el Vejete a Félix, que empezaba a levantar la mesa—. Me darán algo que hacer mientras espero.

—¿Seguro...?

Sonó la campanilla, interrumpiendo la conversación. Con el día que habían tenido, nadie quería atender.

—Más malas noticias —vaticinó Janey—. Lo siento en los huesos. ¿Por qué no salimos por atrás y no le hacemos caso?

—Vaya valentía —dijo Clare, tratando de tomar a la ligera el nerviosismo que la afectaba tanto como a Janey.

—Bien, entonces ve a atender.

—Iré yo —se ofreció Félix.

2

El espíritu de John Madden escudriñó la campiña de los alrededores de Penzance como una bandada de pájaros

Era un cernícalo de ojos agudos, revoloteando en el aire quieto sin perder detalle de lo que ocurría abajo. Un petrel de pico ganchudo que escudriñaba la costa. Un chorlito de patas largas vadeando brezales pantanosos. Un ave canora en la retama, brincando hacia dos viejos que chismorreaban sentados en un parapeto de piedra, con sus gorras de paño y sus botas de goma. Un grajo cabalgando en la brisa sobre un lago.

Su espíritu se elevaba y descendía, y la campiña ajedrezada se le revelaba desnuda. Siguió los bordes de los prados, redescubrió viejos lugares secretos y reparó en los nuevos: cruces de piedra y piedras erguidas; túmulos y viejos campos de batalla; cuevas de contrabandistas y minas de estaño abandonadas; lagos donde soñaba la sabiduría del salmón y tumbas donde viejos espíritus despertaban a su paso.

Y en el centro, como el centro de una telaraña cuyas emanaciones se extendían trazando un dibujo con sus hebras, siempre intuía la llave secreta de William Dunthorn, palpitando con su propio ritmo, un ritmo que era gemelo del latido de la tierra pero que se distinguía de él. Una sabiduría oculta que susurraba y prometía y estaba en el centro de sus pensamientos desde hacía más tiempo del que recordaba.

Pronto sería suya.

Pronto...

Se sobresaltó y abrió los ojos.

—¿Qué es? —preguntó Grant.

Madden pidió silencio alzando la mano y se concentró.

El portón que la llave de Dunthorn había abierto se estaba cerrando, replegando. Congregaba sus secretos —los encantamientos desenfrenados que cifraba —y cerraba la puerta una vez más.

No era posible.

Los Little no podían saber qué poseían. Podían abrir la puerta de esos secretos por accidente, pero no podían saber cómo cerrarla.

Sin embargo, se estaba cerrando.

Con los sentidos alerta, Madden notó que esa presencia se disipaba.

El proceso era lento. Aunque los vestigios residuales permanecerían durante semanas en la zona, la puerta abierta por esa llave se estaba cerrando. Cuando se cerrara del todo, él afrontaría la misma frustración de treinta y cinco años atrás.

No lo permitiría. Antes de consentir que el secreto de Dunthorn se le escabullera, se arriesgaría a provocar un diluvio de sangre para adquirirlo.

—Necesito un coche —dijo, volviéndose hacia Grant.

Grant asintió y miró de soslayo a Gazo, quien había dejado de leer su revista.

—No sé qué encontraré a esta hora y en domingo, pero veré qué puedo hacer —repuso Gazo.

Se levantó y se dirigió hacia la puerta. Madden lo llamó.

—No me importa cómo ni dónde lo consigas. Pagaré bien. Quizás el conserje pueda ayudarnos.

—Me ocuparé de ello —aseguró Gazo.

—¿Adonde vamos? —preguntó Grant cuando se cerró la puerta.

—No «vamos» —corrigió Madden—. Iré yo solo.

—Pero...

—Agradezco tu afán de ayudar, pero esto es algo que debo hacer por mi cuenta, Rollie. Me temo que habrá que pagar un precio por lo que se debe hacer, un precio interior. —Se tocó el pecho con el puño, por encima del corazón—. Tú aún no has avanzado tanto en el Camino como para dispersar los inevitables efectos que resultarán del trabajo de esta noche.

Debe ser mío, pensó Madden. Había aprendido la lección que le había dado la

Librodot

duplicidad de Michael. Primero debía pertenecerle a él solo. Si había aspectos que podía compartir con otros de la Orden, entregaría algunas sobras a sus favoritos. Pero primero debía pertenecerle. En cuerpo y alma.

—¿Y Bett? —preguntó Lena—. ¿Qué hacemos si regresa?

—No hay tiempo para aguardar a Michael.

—¿Pero qué hacemos si regresa? —insistió Lena.

—Que Gazo se ocupe de él. Pero no creo que veamos a Michael aquí esta noche. Intuyo su participación en esto.

—No entiendo —repuso Grant extrañado—. ¿En qué?

—Los Little han hallado un modo de deshacer el hechizo que despertó el secreto de Dunthorn. Se está disolviendo.

—Pero...

Madden creyó que ya era suficiente. Aunque rara vez usaba la influencia de su voluntad de modo tan manifiesto con miembros de la Orden, se le había agotado la paciencia. El tiempo se aceleraba, se desbocaba, y no podía derrocharlo dando explicaciones.

Les miró fijamente, primero a Grant, luego a la hija.

Haréis lo que digo, afirmó. *No más discusiones.*

Cuando los liberó, Grant cerró los ojos, se frotó las sienes y dijo:

—Quizá sea mejor que vayas solo. Siento migraña.

—¿Quieres que te traiga algo para calmarla? —preguntó Lena, con todo su interés concentrado en su padre.

—Creo que iré a mi habitación a acostarme un rato —respondió Grant.

Madden y Grant habían trabajado en estrecha proximidad durante tanto tiempo, con la constante influencia de Madden sobre Grant, que éste ya no podía resistir al voluntad del hombre mayor. Grant ni siquiera sospechaba que acababan de manipularlo. El control de Madden sobre su colega era absoluto, aunque habitualmente lo ejercía con mayor discreción.

La hija era otra cuestión. A pesar de que la conocía desde hacía años, aún era una incógnita. Madden creía que tenía más afinidad natural con las enseñanzas de la Orden de lo que todos sospechaban. Quizá presentara un problema.

Madden notó que había preguntas en esos ojos, pero o bien la fuerza de su voluntad bastaba para silenciarlas o bien Lena optaba por callar. Por ahora debería conformarse con eso. Si ella recordaba el episodio y armaba un alboroto, se las vería con Lena en ese momento.

Ahora... De nuevo le sorprendió la mirada y acudió a su voluntad. Conociendo el interés de Lena en los placeres carnales, fue sencillo influir sobre ella y sobre Gazo, cuando regresó para anunciar que había encontrado un coche, para que ambos se mantuvieran ocupados mientras él se marchaba.

Tan pronto como las preguntas se borraron de los ojos de Lena, Madden sonrió. Les había inculcado un deseo tan fuerte que se estarían revolcando casi antes de que Grant se fuera de la habitación.

Madden se detuvo en su propia habitación para ponerse un abrigo. Cuando salió del hotel minutos después, el coche estaba donde Gazo había prometido. Era un Fiesta rojo, más pequeño de lo que Madden hubiera preferido, pero no estaba en situación de ser remilgado. Además, teniendo en cuenta los angostos caminos de la región, quizá fuera el vehículo más adecuado.

Se sintió incómodo al coger el volante en lo que le parecía el lado equivocado del coche, pero pronto se adaptó y echó a andar por la orilla de Penzance, dirigiéndose hacia Mousehole.

Librodot

3

Al abrir la puerta, Félix se topó con un par de caras extrañas. Una pertenecía a una mujer bien vestida, la otra a un hombre corpulento con un traje barato y que por alguna razón le recordaba a un guardaespaldas. Tal vez era su actitud cauta. El hombre estaba detrás de la mujer o al costado, midiendo a Félix con una mirada tan atenta como la que éste dedicaba a estudiarlo a él.

La mujer tenía un sobre en la mano. Parecía tranquila pero jugueteaba nerviosamente con el sobre.

—¿En qué puedo servirles? —preguntó Félix.

El Vejete y los demás ya estaban allí. Janey, al lado del abuelo, estudiaba a la mujer, asombrada de su familiaridad. Se esforzó por recordar ese rostro.

—Hola, Tom —le dijo la mujer al Vejete—. Ha pasado mucho tiempo, ¿eh? —Se volvió hacia Janey—. Tú tienes que ser Janey. Has crecido.

El acento era americano. La ropa y el rostro lozano con un ligero toque de maquillaje no se parecían a lo que Janey recordaba del sueño. Pero aquello era un sueño. No era real.

No obstante, esto tampoco parecía real.

—¿Mamá...? —musitó.

El Vejete estaba rígido. Su furia era una presencia palpable que parecía chisporrotear.

—Tú... —barbotó. Estaba tan furioso que apenas podía hablar—. Tú te atreves...

Félix se apartó a un lado para que los Little pudieran encarar a su visitante. Él y Clare intercambiaron una mirada de consternación. Ésta le dio la mano a Janey, quien se la apretó con tanta fuerza que le hizo doler.

—Quiero hablar con vosotros —dijo la mujer.

—¡Largo de esta casa! —ordenó el Vejete, señalando el portón del jardín con un dedo tieso—. No quiero a una zorra...

—Un momento —intervino el acompañante de la mujer. Avanzó un paso y se detuvo cuando Félix se irguió y se separó de la jamba donde estaba apoyado. El forastero extendió las manos—. No queremos problemas —añadió—. Sólo queremos hablar un minuto con usted, señor Little. Luego nos iremos.

—No tengo nada que hablar con mujerzuelas —le replicó el Vejete—. Ni con usted, si es amigo de ella.

Janey no le quitaba los ojos de encima. Siempre se había preguntado qué sentiría si se reencontraba con su madre. Cien escenas le habían cruzado la mente. Su madre regresaba a Penzance de vacaciones y se cruzaban por casualidad en Market Jew Street; o se encontraban cuando Janey iba de gira por Estados Unidos, pues su madre iba a escuchar a una hija talentosa cuya carrera había seguido con orgullo desde lejos. O tal vez en un avión o un autobús. O en una apiñada calle de ciudad. Siempre un encuentro casual. Siempre descubrían que tenían muchas cosas en común...

Jamás como en el sueño de anoche.

Pero el sentimiento sería el mismo. Su madre le susurraría suavemente, con lágrimas en los ojos: *Perdóname.*

Janey apoyó la mano en el brazo del Vejete.

—Espera, abuelo. ¿Por qué no averiguamos qué desean?

Absorbió la presencia de la madre, memorizando los rasgos. Ambas tenían la misma nariz, los mismos pómulos. Aunque el porte de la madre era diferente —quizá tenía huesos más pequeños—, ambas tenían ese cutis de melocotones con crema. Los mismos largos dedos.

—Gracias, Janey —dijo la madre—. ¿Podemos entrar?

Librodot

—Podemos oírte muy bien desde donde estás —gruñó el Vejete con voz demudada.

Janey iba a pedirle que la dejara pasar, pero las palabras murieron ante lo que pronunció su madre.

—Es por el testamento de Paul.

Janey pensó en el hombre que había atacado a Clare. En la gira cancelada. En la granja de los Boyd. En la mujer que había drogado a Félix.

Perdóname.

Su madre no estaba allí para pedir perdón. No estaba allí para regresar a la grey.

—Parece que Paul no redactó un nuevo testamento después del divorcio —decía su madre—. Mi abogado me ha dicho que...

Janey no pudo concentrarse en las palabras. Sólo supo que su madre estaba allí porque John Madden la había enviado.

Notó que la cólera del Vejete se disipaba, transformándose en desesperación mientras su madre hablaba de Paul Little como si su único legado fuera una mercancía. No había espacio para el recuerdo, para la calidez y la bondad que habían caracterizado a su padre. ¿Acaso su madre no entendía cuánto lo habían amado el abuelo y ella?

—Naturalmente, sería más conveniente para todos zanjar esta cuestión fuera de los tribunales. Con todo, estamos dispuestos...

¿Cómo era posible que su madre hiciera semejante cosa? ¿No veía cómo afectaba al abuelo? ¿Qué influencia ejercía Madden sobre ella? ¿No tenía corazón?

Si fuera una mujer compasiva, ¿se habría marchado como ella había hecho?

—Lárgate de aquí —le espetó Janey.

Su madre dejó de mirar al Vejete para mirar a Janey.

—Creo que no comprendes...

—No me hables como si fuera una chiquilla —dijo Janey.

La nueva y mejorada Janey se disolvió bajo una oleada de cólera mucho más profunda que la del Vejete.

—Pero... —articuló su madre.

—Dile a Madden que no lo conseguirá. No me importa lo que él haga. Lo destruiré antes de permitir que le ponga las manos encima.

—Oiga, no se ofusque —intervino el hombre que acompañaba a su madre.

—Cierre el pico —replicó Janey.

—No conocemos a ningún Madden —aseguró su madre.

—¿De veras? ¿No conoce a John Madden..., ese viejo que se apoltrona en alguna oficina disfrutando mientras inventa nuevos modos de arruinarle la vida a la gente? Qué lastima. Supongo que no podrás comunicarle que sabemos cuál es el secreto y sabemos cómo destruirlo. Así que hazme el favor de largarte.

Empujó a Félix para cerrar la puerta.

—¡De acuerdo! —exclamó su madre, poniendo la mano para trabar la puerta—. Admito que estamos aquí para conseguir el legado de Dunthorn. Pero no trabajamos para ningún John Madden.

—¿No? —preguntó Janey con una voz dulzona que sonaba peligrosamente acerada—. ¿Entonces para quién trabajas?

—No puedo decírtelo.

—Qué lástima.

Empujó de nuevo la puerta. Quería cerrarla. Quería que esa mujer se largara de su vida, donde casi nunca había estado. Quería que ella nunca hubiera venido porque, si era posible, se sentía peor que antes. Y el pobre abuelo...

Félix se interpuso para poner fin a la competencia de empujones entre Janey y su madre. Entonces Janey gritó de pronto:

—¡Ojalá te pudras en el infierno!

La vehemencia de su voz sobresaltó a su madre, que dejó de empujar por un instante.

Janey apoyó todo su peso y atinó a cerrar la puerta. Tuvo tiempo para echar la llave antes de darse la vuelta para caer en brazos del Vejete, con las mejillas empapadas de lágrimas.

Félix iba a abrazarla, pero se volvió hacia la puerta. Clare le cogió la mano antes de que la abriera para salir. Él intentó zafarse.

—No —replicó Clare—. Sólo empeorarás las cosas.

—Pero...

—No vale la pena, Félix.

Félix se volvió hacia el Vejete, que intentaba consolar a Janey. Los ojos del anciano brillaban.

—¿Cómo... cómo puede ser mi madre? —sollozó Janey—. ¿Cómo puede ser tan horrible? No quiero ser nunca como ella.

—No lo eres, cariño —dijo el Vejete, acariciándole el cabello—. Eres hija de tu padre. Eres una magnífica mujer. Tu padre se enorgullecería de ti.

—Pero ella... ella... ¿Cómo pudo...?

—Es obra de ese sujeto... John Madden. Estoy seguro de que le pagó bien.

Janey retrocedió al fin. Se enjugó los ojos con el dorso de ambas manos. Félix trajo toallas de papel de la cocina y le alcanzó una. Ella se sonó la nariz y se enjugó las mejillas. Contuvo el aliento y lo soltó con lentitud.

Se sentía pésimamente.

—¿Pero para qué pagarle a ella? —preguntó—. ¿Qué sentido tiene?

—Para hacerte sentir así —respondió Clare.

Félix corrió la cortina de la ventana de la puerta, miró afuera y dijo:

—Se han ido.

—Nosotros también tenemos que irnos —recordó Janey, sonándose de nuevo—. Antes de que ocurra algo más. Ya no lo soporto.

Félix asintió y se volvió hacia el Vejete.

—Tendrás que venir con nosotros, Tom. Son capaces de cualquier cosa.

—No me echarán de mi propia casa.

—¿Llamarás al menos a alguien para que te acompañe mientras no estamos?

—No necesito niñera.

—Por favor —suplicó Janey.

—De acuerdo —suspiró el Vejete—. Llamaré a Dinny. Pero no esperéis a que llegue. Marchaos y haced lo que podáis con el libro.

—Pero...

—No cederé en esto, palomita mía. Estaré bien.

Janey miró a Félix pidiendo ayuda, pero él negó con la cabeza.

—No tenemos mucho tiempo —dijo Clare—. La luna despuntará pronto.

—Oh, abuelo...

—Vete, cariño. —Le dio un abrazo—. Nadie me molestará aquí.

Fue hasta el teléfono y marco el número de los Boyd.

Llena de aprensión, Janey cogió el libro de Dunthorn. Lo habían envuelto en un saco de plástico y en un bolso sumergible de hule. Esperó a que el Vejete terminara su llamada, rehusando irse sin estar segura, al menos, de que Dinny se quedaría con él.

—Ahí tienes, tesoro mío —dijo el Vejete al colgar. Trató de sonreír y no pudo—. Todo está arreglado.

Janey comprendió que el abuelo tenía tantas ganas de sonreír como ella, pero lo admiró por intentarlo.

—Debemos irnos —insistió Clare.

—Te amo, abuelo —se despidió Janey.

—Yo también te amo.

Conteniendo las lágrimas, Janey cogió otro pañuelo de papel. La caja estaba en el respaldo del sofá, junto a la cartera. Janey se sonó la nariz y se guardó más pañuelos en la

cartera. Su silbato de hojalata Eagle, uno de esos instrumentos que venían en dos partes para que fueran cómodos de llevar, se le interpuso. Iba a sacarlo, pero luego apiló las toallas alrededor y se colgó la cartera del hombro.

—No dejes entrar a nadie —recomendó, echando una última ojeada al Vejete—, a menos que estés seguro de que es Dinny. De lo contrario, si algo ocurre, prométeme que llamarás a la policía sin demora.

—Lo haré.

Obviamente reacia a dejarlo solo, al fin permitió que Félix y Clare la arrastraran al coche. El pequeño Robín arrancó enseguida. Poco después iban hacia Paul colina arriba.

4

—Bien, se acabó —dijo Connie al cabo de un instante de sorprendido silencio.

Ella y Dennison miraban la puerta que les habían cerrado en las narices. Connie recordó con un escalofrío el semblante de la hija antes del portazo.

Ojalá te pudras en el infierno.

Connie había recibido, maldiciones, pero nunca tan vehementes. Viniendo de alguien de su propia sangre, parecían tener más peso. Reprimió otro escalofrío.

—Supongo que lo he echado a perder —le comentó a su compañero.

Se sintió pésimamente por intentarlo.

Piensa en esos diez mil, se dijo. Bett pagará. Sólo había perdido esa posible bonificación.

Y la autoestima.

—No lo creo —replicó Dennison.

—¿Dónde estabas mientras todo esto ocurría? —increpó Connie. ¿Viste la cara con que me miró?

—Para eso te contrató el señor Bett..., para darles una sacudida. Para hacerlos trastabillar.

—¿Entonces por qué me siento tan mal?

Dennison le echó una ojeada y se encogió de hombros.

—No he dicho que hayas hecho algo bueno... Sólo he dicho que has hecho lo que quería el señor Bett.

—Gracias por tu comprensión.

Demonios, pensó al instante. Hablar de comprensión después de lo que acabo de hacer.

Ojalá te pudras en el infierno.

Era lo más probable. Y, viviendo como había vivido, sabía quién le haría compañía allá abajo. Los cineastas de baja categoría, los facinerosos y los perdedores.

Dennison la cogió del brazo y la alejó del jardín de los Little.

—Veamos si encontramos una cabina telefónica para pedir un taxi —dijo.

Connie echó una mirada de añoranza a la casa del Vejete y reprimió el repentino deseo de regresar para disculparse.

Como si fueran a escucharle.

Si hubiera sabido exactamente cómo se sentiría ahora cuando Bett le hizo la propuesta, también habría aceptado.

Se conocía demasiado bien. Necesitaba esa pasta. Necesitaba toda la que pudiera conseguir.

—¿Connie? —llamó Dennison.

Connie dio la espalda a la casa y se dejó llevar hacia el puerto.

Librodot

5

Lena se salvó gracias al esguince.

Ni el zumbido de la jaqueca bastó para detener la oleada de voracidad animal que la estremecía cuando miraba a Gazo. En cuanto Madden se fue, apenas pudo esperar a que su padre se marchara para desvestirse.

Se quitó la chaqueta y la falda. Gazo ya se había quitado los pantalones y se acercaba a ella con el pene tieso. Mientras ella se desabotonaba atolondradamente la blusa en su prisa por quitársela, Gazo ya estaba a su lado. Se la arrancó. Los botones volaron por la habitación.

Alzando el sostén, Gazo le hundió el rostro entre los senos y la llevó hacia la cama. Lena soltaba gemidos guturales. Le cogió el pene con la mano, ansiando tenerlo adentro, ansiando...

El tobillo se le torció cuando Gazo la apoyó en la cama. El dolor súbito y agudo le despejó la mente un instante.

-¿Qué…?

Gazo la echó sobre la cama, manoseándole el cuerpo.

El tobillo parecía en llamas.

Trató de apartar a Gazo.

Gazo tenía el pene en la mano y toscamente intentaba metérselo en la vagina.

Eso también dolía. La necesidad de Lena se había esfumado y no estaba lo bastante húmeda. Era como si intentaran ensartarla con un rollo de papel de lija.

—Basta —dijo, tratando de escabullirse.

Pero él era demasiado corpulento. Su peso bastaba para aplastarla contra la cama. Además era más fuerte.

—¡Basta! —repitió Lena, presa del pánico.

Le dio puñetazos en la espalda, pero eso pareció excitarlo más. Cuando Gazo la penetró, ella gritó de dolor. Agitó los brazos, rozó con una mano la lámpara de la mesilla de noche, la cogió con los dedos y le asestó con la lámpara en la cabeza.

El se quedó tieso y se separó un poco.

Lena golpeó de nuevo. La lámpara se rompió.

Él rodó sobre la cama, encorvándose y aferrándose la cabeza.

Lena retrocedió hacia el cabezal empuñando todavía los restos de la lámpara. Resollaba agitadamente. Aguijonazos de dolor le llegaban desde el hueco de la entrepierna y desde el tobillo. Alzó el pedestal de la lámpara rota cuando Gazo se enderezó y volvió la cara hacia ella.

—¡No me toques!

Pero los ojos de él habían cambiado. El golpe en la cabeza también le había despejado la mente. Se levantó, alarmado y confundido, ya no peligroso.

—¿Qué...? —empezó. Movió la cabeza con una mueca de dolor—. ¿Qué diablos ha pasado?

Lena también meneó la cabeza. ¿Cómo saberlo? En un momento todos estaban sentados en la habitación y todo era normal. Al siguiente...

Recordó los ojos de Madden.

El zumbido de la jaqueca se le agudizó en la nuca, uniéndose al resto del dolor.

Entonces supo lo ocurrido.

—Madden —murmuró.

—¿Qué?

—Madden... Él nos ha hecho esto.

Gazo parecía aún más confundido.

—Así de fuerte es su voluntad —dijo Lena.

Una furia sorda crecía dentro de ella. Madden los había usado a ella y a Gazo como si fueran ovejas. Recordó la repentina migraña del padre. Eso también era obra de Madden. Si convenía a sus propósitos, utilizaba a su colega de mayor confianza como si fuera un sirviente, menos que un sirviente. Los sirvientes al menos recibían paga. Para ellos era un trabajo. Sabían a qué atenerse antes de ser contratados.

Pero esto...

Cuando pensó en todas las migrañas de papá, comprendió que debían originarse en situaciones similares. Madden imponía su voluntad. ¿Quién cuernos se creía Madden para jugar así con la cabeza de todos? Con la cabeza de Lena.

Lena sabía exactamente qué era. Un monstruo disfrazado de viejo. Pero un viejo muy peligroso.

—¿Su voluntad? —preguntó Gazo—. ¿A qué te refieres?

Lena lo miró.

Desde luego, pensó. Él no lo sabía. No era un iniciado. Formaba parte de la fuerza de seguridad de papá. Conocía las rudas prácticas del mundo de los negocios. A veces oficiaba de guardaespaldas. Pero no sabía lo que representaba realmente la Orden. El secreto no se confiaba a los extraños. Si Gazo sabía algo, lo tomaría como una especie de club campestre exclusivo. Aunque quién podía saber qué pensaba de algunas conversaciones, como cuando Madden y su padre hablaban sobre el legado de Dunthorn.

Quizá fuera tiempo de que lo supiera. Tiempo de que todos lo supieran.

—Se metió en nuestras cabezas —explicó Lena—. Se metió ahí adentro y manipuló nuestros pensamientos para que actuáramos a su antojo.

—¿Te refieres... a esto...?

Gazo señaló la desnudez de ambos.

Lena asintió

—¿Nos hipnotizó?

—En cierto modo.

Gazo meneó la cabeza lentamente y dijo:

—No sé. —Miró la ropa desperdigada en el piso—. Cielos, Lena, lo siento, yo...

Se agachó para levantar la falda, la chaqueta y la blusa rasgada. Le dio las prendas y se puso los pantalones. Lena se vistió como pudo. El tobillo le chilló de dolor cuando se puso la falda. Se acomodó el sostén. Como la blusa no tenía botones, sólo pudo ceñírsela con el lazo. Se puso la chaqueta encima y se la abotonó.

Estar vestida ayudaba, aunque no lo suficiente. Cuando pensaba en lo que había hecho Madden, cómo los había manipulado...

De pronto sintió una intensa revulsión.

Félix. Dios santo.

Cuando Félix pensara en ella...

Sabiendo lo que ahora sentía por Madden, comprendió cuánto debía odiarla Félix. Y ella no podía hacer nada para remediarlo. No era algo que se pudiera perdonar, compensar, porque el recuerdo siempre estaría allí, alojado en un rincón de la cabeza, como esa jaqueca que le palpitaba en el fondo de la mente.

Félix jamás la perdonaría.

No merecía ser perdonada.

Pero le advertiría. Acerca de Madden y Bett y los poderes que esgrimían. No sólo riqueza e influencia, sino esto. Esta aptitud para meterse en la cabeza ajena y manipular los pensamientos.

Nunca había soñado que los supuestos de la Orden concernientes al poder de la voluntad pudieran tomarse tan literalmente. Siempre lo había considerado una especie de

ventaja psicológica. No una realidad física.

Era como magia.

—Quizá sea mejor que me vaya —insinuó Gazo.

Lena notó que él la observaba con embarazo.

—No fue culpa tuya —le dijo—. Madden te obligó a hacerlo.

—Tal vez. Pero quizá yo... quizá siempre estuve., interesado en ti. En ese sentido. No para forzarte —se apresuró a añadir—. Pero, ya sabes, atraído por ti.

—Ninguna ley prohibe sentir atracción por alguien —repuso Lena.

—Sí, pero se supone que trabajo para ti. Tu padre me contrató para protegerte. En cambio...

—Escúchame bien —añadió Lena con firmeza—. Te estoy diciendo que no fue culpa tuya.

—Ya, pero...

—Quizá yo también sentía atracción por ti. ¿Acaso debemos sentirnos mal cada vez que vemos a alguien que nos excita un poco?

—Supongo que no.

Lena sonrió fatigosamente.

—¿Puedes traerme el teléfono? Debo hacer una llamada.

Pidió a la operadora que le comunicara con la casa de los Little. Respondió una voz de hombre, pero no era Félix. Era un hombre mayor, quizás el abuelo de Janey.

—¿Puedo hablar con Félix? —preguntó Lena.

—Acaba de salir.

La voz de Tom Little rezumaba suspicacia. Lena imaginó que debía ser por el acento americano. Bien, no podía culparlo. Con todo lo que había ocurrido últimamente, él no debía de sentir mucha simpatía por los americanos.

—¿Puede decirme adonde ha ido? —insistió.

—No me lo ha dicho.

—Es muy importante. ¿Cuándo regresará?

—No me lo ha dicho.

Maravilloso. La voz de Tom Little sonaba como una grabación.

—¿Puedo dejarle un mensaje? ¿Le dirá usted que…?

¿Decirle qué? ¿Qué llamó Lena Grant? Seguro que Félix se desviviría por regresar a ella.

—¿Sí? —urgió Tom Little.

—No importa. Lamento haberle molestado

—¿Qué intentabas hacer? —preguntó Gazo, cuando ella hubo colgado.

Ella apartó el teléfono y estudió a Gazo con la mirada.

—Advertir a Félix sobre Madden.

—¿No estaba?

—No. He hablado con Tom Little.

—¿Y por qué no le has advertido a él?

—Pensaba que no me escucharía —respondió. Luego dio un suspiro—. Félix tal vez sí. Estoy segura de que me odia, pero, a pesar de todo, me escucharía. Especialmente corriendo Janey peligro.

—¿Quieres ir allá para esperarle? —preguntó Gazo.

—No creo. Creo que deberíamos contarle a papá lo que Madden ha hecho con él.

—No estoy tan seguro. Este asunto de la hipnosis... Pensaba que tenían que hacer oscilar un reloj ante tus ojos hasta dormirte... o algo parecido. Nunca había oído hablar de alguien que pudiera hacerlo —chasqueó los dedos— así de fácil. Es como..., no sé..., como...

—Magia.

—Sí, exacto —asintió Gazo, sonriendo.

—Se necesita fe —le explicó Lena—. Pero es la mejor descripción que se me ocurre.

—Magia.

—¿Me ayudas a levantarme? Quiero hablar con papá.

—Se enfurecerá cuando lo sepa.

—Eso espero —respondió Lena.

6

Bett llegó a su puesto de observación detrás del parapeto de la capilla metodista un poco más tarde de lo planeado. Tenía muchos asuntos que atender, y le llevaron más tiempo del que pensaba. Toda la maldita comarca parecía cerrada los domingos.

Se acomodó en un sitio desde donde podía ver bien la casa y sintonizó el transmisor de radio justo a tiempo para oír que Janey Little y sus amigos se despedían del viejo. Se quitó el auricular cuando salieron, para oír lo que decían.

—¿A qué distancia está el Men-an-Tol? —preguntó Gavin.

—Poco después de Madron —respondió Clare Mabley—. No tardaremos mucho en llegar.

Gavin dijo algo que Bett no pudo oír por el chirrido de las portezuelas del coche.

—No nos perderemos —prosiguió Clare Mabley—. Hay un sendero que va hasta allá desde el camino. ¿Janey nunca te llevó allá?

—Sí, pero no de noche.

Las portezuelas se cerraron, y Janey Little puso el coche en marcha, impidiéndole oír más.

Pensó que tal vez debía haberle pedido a Dennison que pusiera micrófonos en los coches.

Se ocultó cuando los faros del auto bañaron el parapeto de la capilla, proyectando un brillante resplandor. Esperó a que el coche pasara y subiera por Mousehole Lane hacia Paul. Entonces alzó la cabeza. Las luces traseras del Reliant subieron por la colina y desaparecieron cuando el coche dobló una esquina.

Bett comprendió que se dirigían al Men-an-Tol. Uno de esos monumentos de piedra que tanto entusiasmaban a Madden. ¿Por qué diablos iban allí a estas horas de la noche?

Miró hacia la casa.

No importaba. Necesitaba sólo a uno de ellos, el viejo o la nieta. No importaba cuál. La mujer habría sido divertida, pero un hombre gritaba tanto como una mujer si sabías cómo tratarlo.

Guardó los auriculares y el receptor en la mochila que le colgaba del hombro y empezó a levantarse. Se agachó de nuevo en cuanto otro par de faros alumbró la pared. Era un pequeño Fiesta rojo que llegaba desde la bahía. Se detuvo frente a la casa de los Little. El motor calló y los faros dejaron de apuntar a la capilla. Al amparo de la oscuridad, Bett atisbo por encima del parapeto. Cuando se agachó de nuevo maldijo entre dientes.

Madden estaba en ese coche.

Aunque Bett esperaba hacer la faena de esa noche sin interferencias de Madden, estaba preparado para enfrentarse con su mentor si surgía esa necesidad.

Miró de nuevo por encima del parapeto y vio a Madden sentado en el coche con los ojos cerrados. Cuando Madden irguió la cabeza de golpe, Bett tuvo la certeza de que su mentor lo había localizado. No obstante Madden no miraba hacia él. Miraba hacia la colina por donde se habían marchado Janey Little y sus amigos. Poniendo el coche en marcha, Madden partió en la misma dirección.

Bett esperó a que las luces traseras del Fiesta hubieran desaparecido detrás de la misma esquina que el coche de los Little, se levantó y se sacudió la ropa.

Parecía que Madden también caminaba en el filo esa noche. Había sintonizado la longitud de onda de Janey Little y no pensaba soltarla.

Saltó a la calle y cruzó, atravesando el seto trasero de los Little para aproximarse a la casa por el patio de atrás. Vio a Tom Little en la cocina, lavando platos. Eso facilitaba las cosas.

Sacó un arma de la mochila y se calzó la correa suelta en el otro hombro para que la mochila le colgara contra la espalda.

No tenía que hacer esto personalmente. Podía haber contratado a alguien para coger al viejo o la nieta. Pero cuanta más gente metías en estos asuntos, más problemas creabas. Además, le gustaba la expresión de alarma que cruzaba el rostro de una víctima cuando sabía que le había llegado la hora.

El filo se volvía más cortante y todo se volvía más nítido.

No perdió tiempo en preliminares. Pateó la puerta y encañonó al viejo con el arma. La expresión de Tom Little era la que Bett esperaba.

—Hola, abuelo —dijo—. ¿Te molesta si uso el teléfono? —El viejo empuñaba un cazo y parecía dispuesto a arrojarlo. Bett meneó la cabeza—. No lo hagas. Sería una imprudencia. Suéltalo.

—No tengo lo que buscas —replicó el viejo.

—Tal vez sí, tal vez no. Pero vas a contarme dónde puedo encontrarlo.

El rostro del viejo se cerró en sí mismo.

Bett sonrió. Claro que el anciano le contaría todo lo que él quería. No ahora, tal vez. No aquí, desde luego. Bett se guardaba ese momento de diversión para un lugar más íntimo. Donde el viejo podría desgañitarse a gritos sin que nadie interrumpiera.

Y se desgañitaría a gritos, sin duda alguna.

—El teléfono —repitió.

Se le acercó empuñando el arma con firmeza. Dando al viejo un tosco empellón, Bett lo obligó a volverse y lo condujo hacia el comedor donde localizó el teléfono. Obligó al viejo a sentarse.

—No tardaré —le aseguró a Little mientras marcaba.

Grimes levantó el auricular al primer timbrazo.

—¿Si?

—Tu plato está servido —le informó Bett—. Madden conduce un Fiesta rojo. —Le dio el número de la placa—. La última vez que lo vi se dirigía a la piedra del Men-an-Tol.

—¿Dónde cuernos queda eso?

—Es una vieja roca en medio de un campo.

—Necesito más que eso.

—Está cerca de Madron —dijo Bett, recordando el comentario de Clare Mabley.

—Demonios, Bett. ¿Por qué no me facilitas las cosas?

—Lo haría si pudiera. Hay algunos mapas topográficos en la guantera del coche alquilado que te conseguí. Búscalo en uno de ellos. Ahora estoy ocupado.

—Eres un encanto Bett. Si no odiara tanto a Madden, yo...

Bett colgó, interrumpiendo la frase. Cogió un papel plegado del bolsillo y lo puso en la repisa, donde cualquiera que entrara lo vería fácilmente.

—De acuerdo —le habló al viejo—. Es hora de iniciar nuestra gira espectacular. De pie.

Tom Little se negó a obedecer. Bett suspiró, se acercó al sillón, le apretó el arma en el estómago, lo alzó hasta ponerlo en pie y lo empujó hacia la cocina.

—Tú y yo vamos a divertirnos —le dijo mientras lo llevaba al patio, le obligaba a cruzar el seto y lo conducía calle abajo hasta el coche alquilado.

Caminaba cerca del viejo, ocultando el arma por si alguien miraba desde una ventana. Cuando llegaron al coche, abrió una puerta y metió a Little dentro.

—Ponte al volante —le ordenó—. Tú conducirás. Y no pienses en hacerte el listo en la carretera. Tal vez te creas un héroe y decidas estrellarnos a ambos, pero, si algo me

Librodot

ocurre... Bien, no estoy solo en este asunto. Sería una pena que mis amigos tuvieran que desquitarse con tu nieta.

—No haré ninguna tontería —prometió el viejo.

—Así se habla —repuso Bett, sonriendo.

Pero la posibilidad aún existía, y Bett la disfrutaba. El filo por donde andaba se volvía mucho más cortante.

7

—¿Y si de veras hay dos grupos detrás del libro? —preguntó Clare desde el asiento trasero del Reliant Robín.

Janey y Félix iban sentados adelante. Por una vez, Janey conducía con prudencia. Entraron en Newlyn por una carretera lateral, viraron en la A-3077 y la siguieron hasta la conexión con la A-3071, que los llevaría al noreste, hasta Tremethick Cross. Allí doblaron a la derecha y se dirigieron hacia Madron, al norte. Pasaron frente a los parques de Tregwaiton House a la izquierda y de Boscathnoe Reservoir a la derecha, antes de llegar a la aldea, donde viraron de nuevo a la izquierda para coger la B-3312.

—Para lo que hacemos ahora —dijo Félix—, da lo mismo.

—Sólo me gustaría saberlo —comentó Clare.

—El señor Goninan no mencionó a otro grupo —intervino Janey.

—Eso no significa que no exista —señaló Clare.

—Supongo que no.

El camino por donde iban conducía a la aldea de Trevowhan. Poco después de la aldea estaban los acantilados de Morvah, donde el Atlántico bañaba las diminutas islas de Manakas y Wolf Rocks. A menudo habían merendado en esos acantilados antes de la ruptura de Félix y Janey, a veces los tres, a veces con Dinny y su hermana Bridget.

Había buena música en esas meriendas, pequeñas sesiones donde el murmullo del viento y de las olas sumaba sus contrapuntos a los sonidos del violín, el acordeón, el silbato, la flauta y las gaitas que Janey y Dinny llevaban invariablemente. Janey casi deseaba ir allá y olvidarse de todas las locuras que les habían trastornado la vida. Pero cuando llegaron al estudio fotográfico de Men-an-Tol, en la vieja escuela de Bosullow, viró para coger el camino de tierra que atravesaba el ejido de Bosullow y los llevaría hasta el Men-an-Tol.

La piedra agujereada no era el único monumento de la zona, sólo el más famoso. Era el mayor dolmen de las islas Británicas, lo cual a menudo sorprendía a los turistas, que esperaban algo en la escala de Stonehenge. En cambio, lo que veían tras caminar veinte minutos desde la B-3312 era una rueda de piedra con un gran orificio en el centro, dos menhires bajos a ambos lados del agujero y una tercera piedra recostada en el suelo, junto a la piedra larga que estaba más al este. El agujero del dolmen tenía tamaño suficiente para que pasara un hombre adulto, aunque alguien de hombros tan anchos como Félix habría tenido problemas.

Además del Men-an-Tol, había sólo otros dos monumentos importantes en la zona: el círculo de Boskednan, o Nueve Doncellas, al este, y una piedra con inscripciones conocida como Men Scryfu, al norte. Pero la zona estaba salpicada de obras más pequeñas, antiguas y modernas. Al norte del Men Scryfu había un punto llamado las Cuatro Parroquias, una gran losa de roca con una cruz tallada donde se tocaban las parroquias de Gulval, Madron, Morvah y Zennor. También había muchos hitos y cruces, piedras solitarias y círculos de cabañas, túmulos y las ruinas de las viejas minas de estaño: hoyos, fosos y las minas en desuso.

Librodot

Janey detuvo el coche cuando terminó el camino y ya no pudieron avanzar. Todos se apearon. Félix buscó en la guantera la linterna que Janey siempre guardaba allí. Era una noche serena. Aunque la luna aún estaba debajo del horizonte, veían su fulgor. Mientras sus ojos se adaptaban a la oscuridad, Félix se guardó la linterna en el bolsillo por si la necesitaban más tarde.

—Andando —dijo.

—Un minuto —replicó Janey, que miraba camino abajo hacia la granja de Coronation House, que estaba del otro lado de un seto de ligustro que habían pasado antes.

—No tenemos mucho tiempo —le recordó Félix.

—Ya lo sabe —terció Clare—. Sólo espera a Kempy.

—¿Quién?

—Ya verás.

Janey se llevó los dedos a los labios y soltó un silbido áspero. Poco después oyeron un ladrido de respuesta.

—¿Kempy? —preguntó Félix.

Clare asintió.

Kempy era un collie loco que invariablemente seguía a todos los visitantes en su marcha hasta el Men-an-Tol. Le encantaba que arrojaran piedras para ir a buscarlas y depositarlas a los pies del visitante, ladrando con una sonrisa lunática en la cara para que el juego comenzara de nuevo.

Janey siempre había amado el nombre de ese lugar, el Brezal de Ding-Dong. Era un nombre antiguo. Aunque sabía que no se debía a Kempy, a veces pensaba que, si no lo habían llamado así por las extravagancias de Kempy, uno de los ancestros caninos del collie había tenido el dudoso honor de ser el responsable, «lo cual daba casi lo mismo», como decía Chalkie.

El nombre derivaba de las botellas o campanas de las minas donde los antiguos romanos habían explotado ricos filones de mineral, particularmente de la mina de Ding-Dong, en el linde este del brezal, donde durante el último siglo una estentórea campana se tañía para llamar a los mineros al trabajo.

Kempy apareció en ese momento. Janey se agachó para aceptar algunos lameteos entusiastas antes de levantarse.

—¿Vamos a pasear, Kempy? —preguntó.

El perro ladró felizmente y se puso a bailotear alrededor de Félix, olisqueándolo y meneando la cola. Cuando trató de meter la cabeza bajo la falda de Clare, ella lo apartó con una risotada.

—Pervertido —murmuró.

Janey arrojó una piedra que resonó en el angosto sendero. Kempy la buscó atravesando la oscuridad, mientras los demás lo seguían a paso más lento. A cincuenta metros se toparon con un portón que conducía directamente al brezal. Desde allí una senda llevaba hasta la piedra agujereada a través de una maraña de aulaga y brezo.

8

Madden no tuvo dificultades para detectar el artefacto que constituía el secreto de Dunthorn. Pues estaba seguro de que era un artefacto, una especie de talismán. Casi podía verlo. Ocupaba espacio, tenía peso físico. A Madden sólo le faltaba una comprensión de su forma.

Aunque podía seguir el artefacto mientras Janey Little lo llevaba por la campiña, su

desconocimiento del terreno lo demoraba. Sabía exactamente dónde se hallaba el objeto, pero a menudo entraba en caminos sin salida y tenía que retroceder, o se internaba en pasajes angostos que lo conducían un tiempo en la dirección correcta y luego viraban de golpe, desviándolo.

Cuando llegó al estudio fotográfico Men-an-Tol, la luna ya despuntaba. Tiró por el camino, hasta llegar a un Reliant Robin aparcado. Frenó detrás de lo que debía de ser el coche de Janey Little y se apeó. Cerrando los ojos, giró despacio hasta localizar nuevamente el objeto.

Estaba a punto de seguir el angosto sendero cuando alguien llamó desde la granja de Coronation House. Al volverse, vio el haz de la linterna moviéndose en el suelo. El hombre que venía detrás era bajo y rechoncho. Tenía rostro redondo de Cornuallles, botas de cuero, impermeable y la inevitable gorra de paño.

—Oiga —gritó el granjero—. ¿Qué hace usted?

—Aparco el coche.

—No puede —protestó el granjero—. Esto es propiedad privada. Tendrá que llevárselo.

—¿Pero ese otro vehículo...?

—Ése pertenece a una amiga mía y puede aparcar cuando le plazca... Pero usted tendrá que aparcar al final de la carretera.

Madden no tenía paciencia para estas tonterías. Sobre todo ahora que estaba tan cerca. Clavó los ojos en el granjero. Su fastidio le instó a usar mucha más fuerza de la necesaria. El hombre se tambaleó y se aferró la cabeza con una mano. El haz de la linterna apuntó al cielo, oscilando mientras el hombre procuraba recobrar el equilibrio ante ese fuego voraz que le martillaba detrás de los ojos.

—No le molesta que aparque el coche aquí, ¿verdad? —preguntó Madden.

El granjero negó con la cabeza. No miraba a Madden; sólo se apretaba las sienes con las manos con la vana esperanza de aplacar el dolor.

—Tal vez deba acostarse temprano esta noche —le sugirió—. Creo que necesitará dormir algunas horas de más.

—Creo que sí —asintió el granjero.

El dolor le enturbiaba la voz.

Una estúpida oveja, pensó Madden mientras el granjero regresaba por donde había venido. Eso era ese hombre. Eso eran todos. Las ovejas pululaban en el mundo.

Suspiró, flexionó todos los dedos y escrutó nuevamente el oscuro brezal.

Se concentró un instante, detectando la posición del artefacto de Dunthorn, y echó a andar por el sendero que se disponía a seguir antes de la intromisión del granjero. Conocía esa zona. Incluso adivinó, cuando llegó al portón que conducía al brezal, adonde iban Janey Little y sus amigos.

Al Men-an-Tol.

Pero no entendía por qué.

Y eso lo turbaba más de lo que habría admitido ante cualquiera, incluido él mismo.

9

La luna asomaba sobre el horizonte cuando Janey y los demás llegaron al Men-an-Tol. Como cada vez que se hallaba en un emplazamiento tan antiguo, Janey no pudo contener un escalofrío ante el misterio. No importaba que el monumento fuera pequeño o insignificante, ni que estuviera en un brezal como éste o en una parcela donde las vacas

Librodot

rumiaban apaciblemente.

El brezal que rodeaba el dolmen era uno de sus lugares predilectos. Estaba claro que también había sido uno de los lugares predilectos de Willian Dunthorn, a juzgar por el papel que desempeñaba en sus narraciones, no sólo en *El país pequeño* sino en varios artículos que había escrito para diversas revistas. A menudo Janey iba allí con su gaita para disfrutar de la sensación que le despertaba la música cuando se mezclaba con la antigüedad del lugar. Sonrió al recordar el rostro de más de un turista que había ido hasta la piedra llevado por el sonido de la música. Nunca se sabía si quedaban defraudados o aliviados al descubrir que sólo era Janey, ejecutando sus melodías junto al dolmen, y no un duendecillo gaitero.

—Bien —dijo.

Miró a Félix y Clare, quienes esperaban que ella diera el primer paso. Kempy estaba en la franja de terreno despejado que rodeaba la piedra, cerca del sendero. La lengua le colgaba de la boca. Janey no podía evitar la sensación de que el perro le sonreía.

En tal caso, Janey sabía por qué.

El cosquilleo que sentía en lugares como éste, la sensación de que viejos misterios impregnaban el aire esperando ser invocados, eso era una cosa. Lo que los llevaba esa noche...

—Me siento tonta —confesó.

—Debes intentarlo —la animó Félix.

—Lo sé. Es sólo... —Suspiró, mientras cogía el bolso donde estaba el libro.

—¿Hay algo que debamos hacer? —preguntó Clare.

—Ni siquiera sé qué debo hacer yo —respondió Janey sonriendo.

Pero lo sabía. ¿Acaso Dunthorn no se lo había dicho, con instrucciones que franqueaban la frontera de los años a través del libro? Tal vez Janey hubiera leído su propio relato *En el país pequeño,* sus frases y su voz, pero era Bill Dunthorn quien hablaba.

Nueve veces por el agujero al despuntar la luna.

—Será mejor que empieces —apremió Félix.

Janey asintió y se acercó a la piedra.

—¿Me das una mano?

Él se colocó al lado opuesto del agujero. Janey lo miró a través del boquete, sintiéndose tonta. Félix la alentó con una sonrisa.

—Allá vamos —dijo Janey.

Le entregó el bolso. Él lo cogió y se lo dio de nuevo. Janey lo pasó de nuevo por el agujero.

Dos veces.

Se sentía más que tonta. Se sentía como una retrasada. Pero siguió pasando el bolso a través del orificio, contando entre dientes.

Seis.

¿Y si de veras había otro mundo del otro lado de la piedra? ¿Quién quedaría con la custodia del libro? ¿Un *piskie* de orejas puntiagudas?

Era descabellado. Pero el libro contenía magia. Ellos lo habían demostrado, pues cada cual había leído una historia diferente.

Siete.

Janey hizo una pausa cuando Félix le devolvió el bolso, pues creyó oír algo. Irguió la cabeza, con la creciente sensación de que algo se acercaba. No lo sentía con su mente racional, sino con su mente intuitiva: un sensación rara e inexpresable que le calaba la médula de los huesos y resonaba allí.

Un sonido.

Recordó lo que ocurría en el libro de Dunthorn y luego, como si ese recuerdo fuera un catalizador, reconoció lo que oía.

Un tenue jirón de música, distante y sobrecogedor.

Y familiar.

Era la misma música que había oído salir del libro...

Miró a Félix, ansiando preguntarle si él también oía, pero no tuvo que preguntar. El semblante de éste le indicaba que no era sólo su imaginación. Tenía una expresión de asombro en los ojos y las mandíbulas flojas.

Tenía que ser real, pues Félix también oía.

Pasó el bolso una vez más.

Ocho, contó.

Ahora podía distinguir instrumentos: silbato y gaita; un nítido tañido de arpa y las largas y lentas notas de un arco deslizándose sobre las cuerdas de un violín; el blando redoble de un tambor...

Dumm-dum. Dumm-dum.

...que parecía reflejar los latidos de su corazón.

Y allí, en el centro del agujero del Men-an-Tol, un destello de luz. Un fulgor tenue. Un titilar.

Contuvo el aliento y no pudo respirar más. Estaba anonadada. Advirtió que era real. Había verdadera magia allí...

Más allá del dolmen, la bruma se elevaba de los brezales. Lentamente, Janey cogió el bolso que contenía el libro de Dunthom y lo pasó por el agujero por última vez.

Nueve.

Estalló una luz cegadora. La música alcanzó un *crescendo.* Janey soltó el bolso. El fulgor se extinguió, disipándose mientras los acordes de música se alejaban entre las colinas hasta desaparecer. Un denso y profundo silencio rodeaba la piedra, una estremecedora dulzura.

Cuando Janey pudo ver de nuevo, notó que Félix la miraba a través del agujero del Men-an-Tol, con las manos vacías.

—¿Y., el... libro...? —tartamudeó Félix.

—Ha desaparecido —dijo Janey.

Su corazón cantaba aún oía la música —el recuerdo de la música— dentro de sí. El ritmo aún reflejaba los latidos de su corazón. Buscó en el bolso el silbato de estaño que llevaba, unió las dos partes con dedos trémulos y se llevó la boquilla a los labios.

—Ha sido increíble —oyó que decía Félix.

La voz parecía llegar desde muy lejos. Clare estaba arrodillada en la hierba, tendiendo una mano para tocar la piedra. Janey era consciente de todo y de nada a la vez. Se puso a soplar el silbato, ansiando capturar esa música, o al menos lo que pudiera, antes de que el recuerdo se esfumara del todo, pero entonces Kempy ladró, y el momento de maravilla se desmoronó con estrépito.

Janey se volvió hacia el sendero que conducía a la piedra. Kempy retrocedía hacia el claro, ladrando aún. En el sendero se erguía una figura alta, una figura colérica. Los ojos le centelleaban de furia. Eran carbones rojos que capturaban la luz de la luna y la devoraban.

—¿Qué habéis hecho? —exclamó.

La voz era como hielo y prometía dolor. La energía crepitaba en el aire que rodeaba a ese hombre. Le lanzó una ojeada a Kempy y el perro dejó de ladrar. Gimoteando, el perro se alejó a rastras.

Janey no necesitó muchas luces para comprender que al fin se las veían cara a cara con John Madden.

10

Grimes estaba de pésimo humor cuando llegó frente al estudio fotográfico Men-an-Tol, en la B-3312. Miró el oscuro edificio y el letrero del otro lado de la carretera, que indicaba el comienzo de un pasaje público hacia el Men-an-Tol.

Había tardado más de lo esperado en llegar allí. Los mapas que Bett había dejado en la guantera del coche alquilado eran excelentes, pero había sido un engorro cotejarlos con caminos a menudo no señalizados. Especialmente de noche.

Escrutó el oscuro brezal que se extendía más allá del letrero. ¿A qué distancia estaría esa dichosa piedra?

Encendiendo la luz interior, extendió el mapa sobre el volante.

No muy lejos. Podía dejar el coche allí y caminar. Así no se oiría el ruido del motor en el brezal.

No quería dar a Madden más avisos de los necesarios. Cuando pensaba en los ojos de ese hombre...

La mano amputada empezó a dolerle de nuevo.

No, pensó. Esta vez habrá otro final.

Aparcó el coche en el pequeño solar vecino al estudio fotográfico y se dirigió hacia el camino que conducía al Men-an-Tol. Sacando el Colt 38 del bolsillo, donde la tela podía atascarse en el gatillo si tenía que desenfundar deprisa, se lo calzó en el cinturón, debajo de la chaqueta. Luego emprendió la marcha.

Caminó a paso parejo y en menos de quince minutos llegó hasta un par de coches aparcados.

Lotería. Un Fiesta tojo.

Gracias, Bett. Te debo una.

El otro vehículo era uno de esos estrafalarios Reliant de tres ruedas. Grimes no se subiría a uno ni aunque le pagaran. Ese adefesio tenía aspecto de volcar en cuanto cogieras una curva brusca.

Estudió el paisaje circundante, tratando de pensar adonde habrían ido Madden y el dueño del otro coche. Optó por esperar. Quién sabía dónde cuernos terminaría si empezaba a deambular por esos brezales. No tenía caso extraviarse cuando estaba tan cerca. Tarde o temprano Madden regresaría al coche. Lo esperaría allí.

Se internó en las profundas sombras de un seto del oeste del camino y se apoyó en una piedra. Respiró más despacio, relajándose hasta que lo embargó una profunda calma. Era un simple truco de cazador. Te confundías con el paisaje, te *fundías* con el paisaje. Hasta el momento de actuar.

Para estas cosas sólo se necesitaba paciencia.

Y Grimes tenía paciencia de sobra.

11

Dinny Boyd llegó a casa del Vejete y no encontró a nadie. La puerta delantera estaba cerrada con llave. Aunque tocó la campanilla varias veces, nadie respondió. Se le aceleró el pulso mientras procuraba mirar a través de la ventana de la puerta, pero no pudo distinguir mucho.

No era típico de Tom Little decir una cosa y hacer otra. Si el Vejete quedaba en verse con alguien, estaba allí.

A menos que tuviera problemas.

Pensó que sin duda pasaba algo raro. Ese asunto de la granja y las cosas que Janey le había dicho esa tarde...

Rodeó la casa. El pulso se le aceleró aún más cuando vio el estado de la puerta de la cocina.

Alguien había irrumpido por la fuerza.

Dinny entró nerviosamente, conteniendo el impulso inicial de dar la alarma a gritos.

¿Y si el intruso aún estaba dentro?

Había platos sucios apilados junto al fregadero. Cogió un cuchillo y entró con cautela en el comedor. Exploró toda la casa y comprobó que estaba vacía.

Janey, Clare y Félix se habían ido.

Y también el Vejete.

Entonces sonó el teléfono.

Dinny regresó al comedor.

Sería uno de ellos, llamando para explicar la situación, pensó mientras cogía el auricular. Pero no podía calmar el hormigueo de inquietud que sentía en la espalda, una inquietud que se intensificó cuando atendió el teléfono.

—Hola.

—¿Quién habla? —preguntó una voz desconocida. El acento no era muy americano.

—Dinny Boyd.

—Lo siento. He equivocado el número.

La comunicación cesó.

Dinny colgó lentamente el auricular y miró en torno de nuevo, buscando pistas. Vio un papel plegado en la repisa. Cruzó la habitación, leyó la nota y regresó al teléfono.

—Papá —dijo cuando atendieron del otro lado—. Será mejor que vengas a casa del Vejete.

—¿Qué pasa, Dinny?

—Te lo explicaré cuando llegues. Trae a Sean o al tío Pat y no dejes a mamá y Bridget a solas.

Fue a la puerta delantera, la abrió y se plantó en el umbral del Vejete a esperar a su padre. El anochecer llegaba serenamente a la aldea, sin dar indicios del peligro que acechaba a Dinny, su familia y sus amigos.

Librodot

ENFRÉNTATE CON EL MUNDO

Parezco ser un verbo.

Atribuido a BUCKMINSTER FULLER

Bodbury parecía un lugar extraño y furibundo cuando el doble de la Viuda llegó allí con Jodi.

El viento aullaba y brincaba en las estrechas calles en cien direcciones al mismo tiempo, girando como un hato de derviches locos. Se metía entre los paneles de vidrio y los marcos de metal de las lámparas de gas de la calle, apagando la llama, oscureciendo aún más las oscuras calles. Los desperdicios bailaban y rodaban. Los postigos crujían. Las tejas de arcilla roja volaban de los techos y se hacían trizas en los adoquines. Las ventanas se abrían de golpe y las cortinas aleteaban hasta que los dueños de las casas las conseguían cerrar.

El doble parloteaba felizmente mientras atravesaba las empinadas calles del puerto, doblándose para conservar el equilibrio en medio del viento. La criatura parecía hallarse en su elemento y abría la temible bocaza en una sonrisa de oreja a oreja mientras corría.

Cuando llegaron a la calle Peter, Jodi gritó a todo pulmón con la esperanza de haberse equivocado en cuanto a esos nuevos monumentos de piedra en el brezal del Men-an-Tol. Sin duda no eran sus amigos encantados por la Viuda, tal como la leyenda decía que las malignas jóvenes que bailaban en domingo habían sido transformadas en las Alegres Doncellas o los círculos de piedra de Boskednan, en tiempos lejanos.

El doble se detuvo para echar un vistazo a la ventana de Denzil, que se abrió con un crujido. El corazón de Jodi dio un brinco esperanzado, pero se hundió cuando sólo apareció Ollie, que escrutaba la tormentosa noche desde el antepecho. El macaco de Denzil se aferró a las cortinas cuando el viento intentó tumbarlo. Cuando Jodi abrió la boca para llamarlo, Malvís chistó de furia. Jodi comprendió que, aunque Ollie podía descender fácilmente a la calle, no era rival para el doble de la Viuda.

Guardó silencio, dejando que el doble la llevara hasta la bahía. Ollie se quedó en el antepecho, forcejeando contra el viento para cerrar la ventana. Lo último que vio Jodi, antes de doblar una esquina, fue al macaco colgando de la ventana y oscilando de aquí para allá en el viento tumultuoso.

Ahora se aproximaban a la orilla. Las olas azotaban la costa con enormes penachos de espuma que barrían la madera y la piedra de los espigones. En la Dársena Nueva, los

Librodot

pescadores forcejeaban en balde con sus lugres y botes. Algunos botes ya se habían hundido; otros se zafaban de las amarras para estrellarse contra el muelle de piedra.

Y además estaba la Viuda.

Se mantenía a prudente distancia de la salada espuma, una figura alta e imponente con su capa oscura y unos ojos que parecían refulgir con luz propia. A ambos lados, sombríos *sloch* bailoteaban en el viento. Entre la bruja y el borrascoso mar, había hilera tras hilera de hombres ahogados, cadáveres que habían abandonado sus tumbas marinas para servirla. No prestaban atención al encrespado oleaje. Les goteaba agua de mar del pelo desgreñado, las ropas raídas y las algas que les colgaban del cuerpo.

Era una pesadilla espantosa. Por favor, que todo sea como fue, rezó Jodi. Que esto no sea real.

Pero la fuerza de los huesudos dedos del doble era demasiado sólida para ser un sueño, la tormenta demasiado borrascosa, la Viuda demasiado imponente y los *sloch* y los muertos del mar demasiado...

Gimiendo con su voz chillona, Malvís la llevó ante la Viuda. Jodi tiritó cuando la Viuda la apresó con sus fríos dedos y la alzó hasta la altura de sus ojos.

El fuego de esos ojos ardía como calientes rescoldos. Jodi recordó la advertencia de Edern.

No le mires los ojos.

El recuerdo llegó demasiado tarde. Jodi trató de mirar a otro lado, de bloquear la crepitante energía que brincaba de los ojos de la Viuda a los suyos, pero las brujerías de la Viuda derrumbaron las frágiles murallas que ella intentó levantar y le penetraron la mente.

Los dedos la apretaban con fuerza, frotándole unas costillas contra otras. Casi no podía respirar.

Jodi comprendió con desconsuelo que no era un sueño.

Era demasiado real.

Las brujerías de la Viuda giraban como un cucharón en la marmita que era la mente de Jodi. Sus recuerdos se batían confusamente hasta que, a gran distancia, oyó un sonido vago y rítmico.

Dumm-dum.

—Me has dado bastante trabajo —decía la Viuda—, pero ahora eres mía, condenada mocosa.

En sus ojos relucía la promesa de los tormentos que reservaba para su diminuta cautiva.

Pero Jodi ya estaba más allá del miedo. Las brujerías de la Viuda habían despertado un vestigio de esa sensación de unidad que Jodi había compartido con el Mundo de los Túmulos, una astilla de memoria que aún permanecía alojada dentro de ella. Reverberaba al son de sus latidos...

Dumm-dum. Dumm-dum.

...y la distanciaba del momento inmediato. La llevó allende el terror hasta un sitio donde un entumecimiento la separó de su cuerpo y del dolor que le infligía la Viuda, hasta que pudo contemplar lo que le sucedía a ella y a la ciudad con la visión desapasionada de un mero observador.

Aún era consciente del peligro, aún tenía miedo. No obstante, el observador que había en ella evaluaba la situación desde una perspectiva más objetiva. Estudió la furia de la tormenta que la Viuda había invocado. Las monstruosas criaturas...

Ayer la Viuda había trajinado mucho para invocar a unos pocos *sloch* vacilantes y enviarlos en pos de un hombrecillo mecánico y Jodi. Y había fracasado. Pero hoy los *sloch* eran altos y se deslizaban como mercurio, los muertos del mar respondían a su llamada, y parecía dominar los elementos.

¿Cómo se había vuelto tan poderosa?

—Quiero el secreto —continuó la Viuda—. Me darás el secreto del Mundo de los

Túmulos.

Jodi la miró atónita, preguntándose qué secreto. Todo se extendía en derredor, separado sólo por un límite invisible y grueso como una cáscara de cebolla. Con su simpatía por el Mundo de los Túmulos retumbando poderosamente dentro de ella...

Dumm-dum.

... Jodi casi veía ese trasmundo sobreimpreso en el paisaje tormentoso. Tan cerca estaba.

—Cada vez que te niegues —dijo la Viuda—, te arrancaré una parte del cuerpo. Te mantendré con vida hasta que no seas más que una cabeza sin cuerpo, suplicando la muerte. Y no creas que puedes engatusarme. Sé oler una mentira.

La presión de las brujerías de la Viuda en la mente de Jodi era como una jaqueca sorda y palpitante.

—¿Mentira...? —preguntó Jodi.

Aún tenía la voz ronca de tanto pedir ayuda durante el agitado viaje desde el Men-an-Tol a Bodbury, en las garras del doble.

Mentira, divagó. La mentira está en la mente...

Todo se había vuelto cada vez más desconcertante. Era como si estuviera allí pero no estuviera. Como si presenciara una farsa desde el seguro anonimato del público, en vez de estar en el tablao. El mundo circundante era una fusión surreal de dos mundos: por una parte, la borrascosa bahía de Bodbury, por la otra, las claras y apacibles aguas del Mundo de los Túmulos. La noche de aquí, con sus truenos y relámpagos, incrustada en los cielos brillantes y azules del Mundo de los Túmulos. La Viuda, sus monstruosos *sloch* y muertos del mar y los esforzados pescadores en contraste con el abigarrado desfile de criaturas del Mundo de los Túmulos que se habían reunido en la costa de su propio mundo: sirenas y *piskies;* un hombre con cabeza de cuervo, otro con astas de venado en la frente; criaturas que parecían arbolitos que hubieran arrancado las raíces del suelo para echar a andar; una mujer con rostro redondo como la luna, cabello verde, ojos dorados y caderas que desaparecían en los hombros de un caballo de lomo gris, de tal modo que ambas figuras formaban un solo cuerpo...

En este mundo, la Viuda y sus criaturas amenazaban; en aquel mundo las gentes escuchaban esa música...

Dumm-dum. Dumm-dum.

...que resonaba dentro de Jodi.

—Me lo dirás —gruñó la Viuda.

La voz parecía llegar desde muy lejos, como un murmullo borroso contra la profunda riqueza de la música primigenia.

—¿Decirte...? —preguntó Jodi como en sueños.

Vio que los pescadores de Bodbury habían desistido de su lucha con el mar y miraban boquiabiertos a la Viuda y sus criaturas. Un par de ellos, más sensibles a los secretos y las cosas ocultas, señalaban casas y edificios que fluctuaban y eran reemplazados por el verde césped del Mundo de los Túmulos, el cual pronto desaparecía.

Dumm-dum.

Ahora Jodi veía algo más que una fusión borrosa de ambos mundos. Veía la mezcla del pasado con el presente: la vieja Bodbury confundida con la nueva. Todo había cambiado, todo era igual pero diferente. De pronto había menos edificios, de pronto había más. La Dársena Nueva ora existía, ora se esfumaba. El Muelle Viejo bien parecía flamante, bien estaba en ruinas.

Los pescadores lanzaban exclamaciones al ver que sus ancestros se les acercaban por la calle, cual imágenes trémulas que se esfumaban en un parpadeo.

Y siempre la música, un eco persistente que reflejaba los latidos de su corazón, el tamborileo de sus pulsaciones, la palpitación de la ciudad, de la bahía, de los brezales...

Dumm-dum.

Jodi sintió que se expandía para formar parte de todo, de ambos mundos, del pasado y del presente, alejándose cada vez más del momento, del peligro, de la Viuda y sus criaturas...

Dumm-dum.

La Viuda sacudió a Jodi haciéndole castañetear los dientes.

—¡Dime! —exclamó.

La sacudida devolvió a Jodi a la Tierra. Escrutó los fuegos que ardían en los ojos de la Viuda y se sorprendió al descubrir que ya no temía a esa mujer. La presión de las brujerías de la Viuda se le había borrado de la mente.

—No puedo decírtelo —respondió. Los ojos de la Viuda titilaron amenazadoramente—. Sólo puedo mostrarte...

Algo chisporroteó entre ambas miradas; un fuego más antiguo que la cólera.

Entonces la Viuda pudo ver el mundo tal como Jodi lo percibía y pudo oír el ritmo palpitante:

Dumm-dum.

Dos mundos que se fundían, la mezcla del pasado con el presente.

En un instante conoció todo lo que Jodi había sido. Y Jodi la conoció a ella. Conoció a Hedra Sorce, la niña que la Viuda había sido antes de perder la inocencia, antes de cambiar. Vio desfilar la vida de Hedra y oyó el susurro de las sombras que habían transformado a la Viuda en lo que era ahora.

Esas sombras espantosas que ahora se acercaban ávidamente. No las figuras danzarinas de los *sloch* que rodeaban a la Viuda, sino sombras más antiguas: las voces oscuras que susurraban al corazón de cada hombre y cada mujer, que se alimentaban de los celos, la rabia y el odio.

—Lo lamento tanto —murmuró Jodi.

Y era verdad. Le brotaron lágrimas de los ojos y le humedecieron las mejillas.

—No —dijo la Viuda con un hilo de voz.

Los vientos habían muerto. Aunque aún surcaban el cielo nubes oscuras los relámpagos habían cesado y el trueno había callado. La lluvia aguardaba.

Los muertos del mar regresaron al mar. Los *sloch* danzarines que la Viuda había fabricado con fango, sombras y partes de sí misma se derrumbaron en montones de lodo petrificado y vegetación putrefacta.

La Viuda cayó de rodillas.

Cosas oscuras se arrastraron desde los flancos de los edificios y las paredes donde la noche era más densa. Viejas sombras. Cosas malignas.

Jodi recordó que una bruja no podía llorar. Porque las lágrimas, con su sal, eran anatema para ella. Era lógico que una bruja se sometiera a un hechizo, un mecanismo de defensa para asegurarse de no poder llorar.

Pero la Viuda ya no era sólo ella misma. Una parte de ella era Jodi Shepherd, y otra parte era Hedra Scorce, la niña inocente que había sido. Esa parte de ella sollozaba al comprender en qué se había convertido.

Las lágrimas le cubrieron los ojos, cegándola. Se le derramaban como lava por las mejillas, escaldando la piel hasta el hueso. Las carnes humeaban impregnando el aire con un hedor espantoso. De rodillas, la Viuda agachó la cabeza hasta tocar los adoquines con la frente. Los músculos de las manos se le aflojaron, y Jodi se escabulló.

Retrocedió, pero no pudo alejarse mucho. Las viejas sombras que rodeaban a la Viuda le cerraban el paso. Susurraban y *reían.* Sus ojos codiciosos se regodeaban en el dolor y la derrota de la Viuda. Por ahora olvidaban el Mundo de los Túmulos y su puerta secreta. El momento inmediato era mucho más dulce.

La Viuda gimoteaba. Su doble le acariciaba el pelo maullando lastimeramente.

Las lágrimas aún ardían en sus ojos. La tez humeaba. Abrió la boca para gritar, pero las lágrimas le bajaron por el gaznate y sólo brotó humo. La garganta se movió por reflejo.

Ahora la Viuda ardía por dentro y por fuera.

Las sombras reían.

—¡Lucha contra ellas! —exclamó Jodi.

No se asombró de apoyar a su ex enemiga, pues, cuando la música primigenia le presentó la historia de la Viuda, Jodi comprendió que la culpa no era sólo de ella. Había sido débil, había escuchado el susurro maligno de las sombras y había permitido que su desazón y su pena le impidieran ver el error de sus actos, pero las sombras mismas eran el verdadero enemigo.

Con su susurro incesante.

Atrapando a aquellos cuya desesperación y debilidad los dejaban susceptibles al incesante parloteo de las voces.

Y sus falsas promesas...

Jodi las oía mientras miraba morir a la Viuda. Sus susurros le fustigaban la mente. Se le deslizaban entre los pensamientos, tentándola con un oscuro poder. Éstos le decían que ya no tenía por qué ser víctima de nadie. Ella tendría el dominio. Ella tendría el control. Que otros la temieran a ella...

Jodi pudo ignorar las voces. Pudo ahuyentarlas. No porque fuera más fuerte de lo que había sido la Viuda cuando aún se llamaba Hedra Scorce ni porque necesariamente fuera mejor persona, sino porque llevaba dentro la palpitación de la música primigenia.

Dumm-dum. Dumm-dum,

Ese ritmo revelaba que esos susurros eran engañosos. En la armonía de ese ritmo no quedaba espacio para la mentira. Los susurros sólo traían dolor y sufrimiento, mientras que la música primigenia curaba.

—Escúchala —le dijo Jodi a la Viuda.

Supo que la Viuda podía oír la música, que estaba dentro de ella tal como los recuerdos de la Viuda estaban en Jodi.

—Deja que la música te cure —añadió.

La Viuda irguió la cabeza para mirar a Jodi. Sus rasgos destrozados eran repugnantes. Asomaban huesos entre las carnes. La piel colgaba en pingajos de las mejillas y el mentón. Sus ojos ciegos se fijaban en Jodi sin verla.

Por un instante Jodi vio allí otro rostro —el de Hedra Scorce, el dulce y tierno semblante de una niña inocente—, pero la máscara deforme pronto reapareció.

—Es... demasiado... tarde —balbuceó la Viuda.

La voz era un graznido cascado. Más lágrimas le brotaron de los ojos quemándole la carne.

—¡Inténtalo! —exclamó Jodi—. ¡Por favor, inténtalo!

—No... puedo...

Las sombras rieron jovialmente mientras la Viuda se derrumbaba de nuevo sobre los adoquines. Volutas de humo le surgían de las carnes. El doble aulló y se arrojó sobre ella mientras una llamarada verdosa y fantasmal los consumía a ambos.

Jodi miraba horrorizada, sin poder desviar los ojos. Miró hasta que las llamas se extinguieron y de la Viuda y su doble sólo quedó un guiñapo de ropas vacías. Todo lo demás se había esfumado: carne, piel y huesos.

Al desaparecer la Viuda, las sombras se concentraron en Jodi. Ella apenas las oía. Avanzó a tumbos y cogió la capa de la Viuda hasta hallar los botones que estaban cosidos allí. Guiada por el infalible ritmo de la música primigenia, que aún vibraba dentro de ella, tomó el botón que le correspondía.

Cuando lo tocó, un dolor feroz le quemó el cuerpo. Cayó de rodillas, cegada por esa furia brutal. No podía respirar ni pensar. Sólo sentía ese dolor incesante.

Pasó largo rato hasta que pudo erguir la cabeza. Se encontró acuclillada sobre la ropa vacía de la Viuda. La música había desaparecido, aunque todavía resonaban los ecos. Las sombras habían huido a sus oscuros recovecos, aunque Jodi aún oía sus susurros como un

zumbido molesto en un rincón de la cabeza.

Se sentó lentamente.

—¿Necesitas ayuda, muchacha? —preguntó una voz.

Un pescador corpulento le ofrecía la mano. Era tan sólido, tan de aquí y ahora, tan de este mundo, que Jodi lo miró confundida. Los demás estaban en las cercanías. Jodi oyó jirones de conversación.

—Extraño viento, no hay quien lo dude.

—Se fue de golpe y porrazo, tal como vino.

—Es evidente que el otoño es época de tiempo raro.

—Mi viejo abuelo contaba que en una noche como ésta...

Jodi comprendió que no recordaban a la Viuda ni a sus criaturas. Ni la extraña fluctuación entre ambos mundos. Ni los fantasmas del pasado y los difuntos que habían vuelto entre parpadeos.

—Arriba pues —dijo el pescador, subiéndola con la mano—. ¿Te ha hecho daño el viento?

Jodi negó con la cabeza.

—Se te ha caído la ropa sucia —añadió el pescador—. El cesto ha echado a volar, pero puedes envolverla en esta capa. —El pescador lió las ropas de la Viuda y se las dio a Jodi—. ¿Necesitas ayuda para volver a casa? —le preguntó.

—No. Gracias.

—Creo que has pillado un resfriado —advirtió el pescador—. Será mejor que vuelvas a casa a beber algo caliente.

—Lo... haré... —tartamudeó Jodi.

Sonrió débilmente y echó a andar con paso vacilante, sin saber adonde iba hasta que llegó a la cima de la colina de Mabe, por encima de la ciudad, cerca de las ruinas del Creak-a-vose. Soltó el bulto que llevaba y se sentó en una piedra.

Se acercó las manos a los ojos y las estudió atentamente, comparando su tamaño con el de las moras secas de un arbusto.

Había recobrado su tamaño normal.

A menos...

Oh, rayos. ¿De veras había sido una Pequeña? Tal vez se había golpeado la crisma en medio de esa tormenta y sólo había soñado esa historia.

No. Todo parecía mucho más real que un sueño. Si escuchaba con atención, aún oía el ritmo tenue de la música primigenia, reflejo de sus latidos, aunque ahora era un sonido lejano.

Todo había ocurrido. Estaba segura de ello. Sólo que algo le hacía olvidar, tal como habían olvidado los pescadores del puerto.

Bien, ella no olvidaría. Se lo había prometido a Edern, ¿no? Despertar la música primordial en su propio mundo, aproximar de nuevo ambos mundos. Pero ¿cómo iba a conseguirle cuando las gentes presenciaban la magia cara a cara —como los pescadores— y luego la olvidaban como si nunca hubiera ocurrido?

Sintió abatimiento al pensar en ello.

No obstante, al menos había recobrado su tamaño. Y la Viuda ya no era una amenaza.

Eso no la hacía sentir mejor. Era un alivio volver a la normalidad y saber que estaba a salvo de la Viuda, pero no le complacía haber derrotado a la anciana. Los únicos vencedores parecían ser esas sombras susurrantes. Si se alimentaban con pena y desesperación, esa noche se habían alimentado bien con la Viuda.

Suspiró y miró el bulto de ropa. La desenvolvió para separar la capa de las demás prendas. Había una doble hilera de botones cosida en el interior. Tocó uno, y la imagen de un chico de Pingajos le acudió a la mente. Tocó otro y vio a Henkie Whale.

Pensó en los nuevos monumentos de piedra de las inmediaciones de Men-an-Tol. Se

dijo una vez más que la magia era real.

Lo bueno con lo malo. Con lo cual, había que tener cuidado con el susurro de las sombras. Pero estaba la música primigenia...

Dumm-dum.

Bastaba pensar en ella para sentirla más cerca. Aunque la presencia que acechaba en las sombras le había puesto la carne de gallina, ahora Jodi sentía un fulgor confortante que se propagaba desde el centro del pecho para envolverla en un blando capullo de tibieza.

Una cosa se equilibraba con la otra.

Se puso de pie, se echó la capa de la Viuda al hombro y emprendió la marcha por el brezal hacia donde sus amigos, piedras en la aulaga, esperaban ser rescatados.

Librodot

EL SILBIDO DEL ÁGUILA

Es preciso recordar que los artistas son seres mágicos. Son los únicos, aparte de los dioses, que pueden otorgar la inmortalidad.

MATT RUFF,
El loco de la colina

Félix sonrió cuando Janey extrajo el silbato de la bolsa y unió las dos piezas. La mera belleza de la música que afloraba en derredor también le hacía cosquillear los dedos con ansias de tocar un instrumento.

Captura la magia, pensó, al ver que Janey se llevaba el silbato a los labios. Pues era magia.

Se miró las manos, miró el agujero de la piedra donde el bolso había desaparecido en un relampagueo. Si no lo hubiera visto con sus propios ojos...

Su corazón cantaba. Sonreía como un bobo, pero no le importaba que lo vieran. El mundo había cambiado en un instante, transformándose en un sitio de posibilidades infinitas. Todas las maravillas eran posibles. Todos los misterios se podían revelar.

A lomos de esa música...

Todo se derrumbó con la aparición de John Madden.

La música huyó y con ella la maravilla, la magia.

Durante un largo instante, Félix escudriñó a Madden maldiciendo esa intrusión. Apenas reparaba en el fulgor de esos ojos, en el perro que escapaba de esa mirada estremecedora. Se puso en pie. La furia le tensó los músculos de los hombros hasta que sus ojos se cruzaron con los de Madden.

Se sintió caer.

La mirada de Madden lo devoró y Félix cayó en un abismo, con el estómago revuelto, la cabeza dando vueltas y los músculos flojos.

Es sólo un truco, se dijo. El hombre te está echando el mal de ojo, como al perro.

Luego toda la lógica huyó. Estaba atrapado en el resplandor súbito de un foco y ya no caía. Estaba sentado en un taburete, en un escenario. Tenía el acordeón sobre las rodillas y un océano de rostros delante.

Imposible... No obstante, sentía la dura madera del taburete bajo las nalgas, el peso familiar del acordeón, el sudor que le brotaba de la cara bajo el embate de ese foco cegador.

Librodot

El público era numeroso. No se distinguían rostros individuales, sólo una presencia en la oscuridad, frente al escenario. Como un animal agazapado, esperando...

A que él tocara.

Le temblaron las manos. Olvidó cómo había llegado allí. Ni siquiera se preguntó dónde estaba. Sólo sentía la fiera presencia del público y su propio pánico, un pánico tartamudo y aullante que lo dominaba como una pesadilla recurrente. Sintió una presión en el pecho. Fiebre, sudor frío. Los ruidos inquietos de los impacientes espectadores se esfumaban un instante y regresaban de pronto con dolorosa nitidez.

Ahora sentía el pecho cerrado, el corazón acelerado con un pulso irregular. Le costaba respirar. Los ruidos inquietos de los espectadores lo acosaban, batiéndole en los oídos en una estridente cacofonía de toses, susurros de tela, zapateos... y befas.

Lo saben, pensó. Saben que no puedo.

Una risa ahogada a la izquierda. Un tramoyista, con la mano en la boca y unos ojos donde temblaba una carcajada.

Félix sacudió la cabeza aturdido. Tenía la voz atrapada en el gaznate. Habló con los ojos.

Por favor. Yo...

Un tío grandote como tú, le susurró una voz burlona en el fondo de la mente. *¿Dónde están tus agallas?*

Yo...

Toca o muere, susurró la voz.

No. Yo...

Las piernas le temblaban. El acordeón se le habría caído de las rodillas si Félix no hubiera tenido aferradas las correas con desesperación.

Toca.

La risa se propagaba entre los espectadores. Félix sólo sentía que su alma se acurrucaba en posición fetal, con el pulgar en la boca...

Toca...

N-no puedo...

...o muere.

Estaba encorvado sobre el acordeón, con la frente sudada apretada contra la fresca superficie de la cubierta de plástico. Lo envolvió con los brazos y lo apretó contra el pecho.

Las risotadas rodaron en una ola de sarcasmo, gimiéndole en la cabeza y gritándole detrás de los ojos. Su corazón martillaba un redoble explosivo. Dolores desgarradores le atravesaban el pecho. Las visceras se le aflojaban.

Toca...

La risa era como un trueno. Gimió, tratando de articular palabras, al menos en la mente.

Yo.

...o muere.

Miles de cabezas que se echaban hacia atrás, risas rugientes y desdeñosas, dedos que lo señalaban. Los individuos se fundieron en una bestia acechante, azuzados por su pánico, regodeándose en su terror como vampiros hambrientos.

Yo... no puedo...

Hora del espectáculo, chico, se burló esa voz espantosa. *Hora de tocar o...*

Tendría que...

... morir.

2

Charlie Boyd cogió la nota que le dio su hijo en cuanto llegó a la casa del Vejete. Había ido solo, dejando a Sean y su hermana en casa, con Molly y Bridget. Sacó las gafas, se las acomodó sobre la nariz y leyó con expresión cada vez más sombría:

Querida superviviente:

He aquí el plan del juego. Tú tienes algo que yo quiero y yo tengo algo que tú quieres. Propongo un intercambio. Sin alarmas ni alborotos. Y sin policías. Si te pasas de lista, lo que tengo volverá en pedazos. Y luego me encargaré de ti. Ahora espera. Pronto tendrás noticias mías.

Después de leerla por segunda vez, Charlie dejó la nota en una mesa. Se quitó las gafas.

—¿Dónde la has encontrado? —preguntó.

—En la repisa.

—¿Y el Vejete?

—No había rastros de él, papá. Sólo la puerta de atrás... forzada.

—¿Ha llamado alguien por teléfono?

—Alguien que había equivocado el número —asintió Dinny—. Tenía acento americano... o muy parecido.

—También ha sido un americano quien nos ha llamado antes —dijo Charlie pensativamente.

—Ha de ser el mismo hombre.

—Eso parece.

—¿Qué hacemos ahora, papá?

—No tenemos opción. Debemos llamar a la policía.

—Pero la nota decía... —intentó Dinny.

—Sé lo que decía la nota, hijo. ¿Pero qué podemos hacer? No soy el condenado John Steed.

—Es sólo que... si algo le ocurre al Vejete por lo que hacemos... —Dinny miró dolorosamente a su padre—. ¿Cómo se lo diremos a Janey?

—¿Dónde está Janey?

—Se ha ido a alguna parte con Félix y Clare.

Charlie miró su reloj de pulsera.

—No podemos esperar a que regresen. Tenemos que encomendar esto a los profesionales, hijo. Les diremos lo que te ha contado Janey sobre Madden y dejaremos que ellos se encarguen.

Dinny asintió de mal talante. Su padre fue hasta el teléfono. Apenas había apoyado la mano en el auricular cuando el teléfono sonó. El súbito timbrazo los sobresaltó a ambos.

3

Clare se apoyó en el bastón, aunque creía que casi no lo necesitaba. La música que bañaba el Men-an-Tol le daba ganas de arrojar el bastón y ponerse a bailar. Bailar de veras, con total libertad, con absoluto abandono. Con el movimiento líquido de una bailarina de ballet o la animada espontaneidad de un jazzista moderno, en vez de arrastrar los pies en

una danza torpe.

Se balanceó embelesada por la magia. Por la música. Por el relampagueo de luz que había engullido el libro de Dunthorn. Por la absoluta maravilla de todo ello.

Sonrió cuando Janey cogió el silbato y lamentó no haber llevado el suyo, a pesar de que ella nunca lograría capturar esa magia como Janey.

Así que cerró los ojos y meció el cuerpo, dejando que la maravilla la bañara...

Hasta que un frío repentino la mordió como un cuchillada y todo cambió.

Se volvió para ver a John Madden al final del sendero, con los ojos fulgurantes. Kempy huía gimoteando. La música de Janey titubeó antes de empezar. Félix se levantó al otro lado de la piedra. Avanzó dos pasos hacia Madden y se derrumbó en el suelo, gimiendo y adoptando una posición fetal.

Clare quiso acercársele.

Félix, ¿qué?

Pero entonces cometió el error de hacer frente a los ojos fulgurantes de Madden. Cuando le clavó la mirada. Clare cayó igual que Félix. Cayó al suelo despatarrada, sin poder moverse. Hacía años que no sufría esa sensación: un vacío en las piernas. Nunca podría olvidarlo.

La falta de sensación la invadía. Los nervios estaban muertos, los músculos no respondían. Extremidades de cadáver unidas a un cuerpo.

Madden la había paralizado, pero no sólo en las piernas.

—N...no —gimió Clare con un hilo de voz.

Oh, no sólo las piernas, sino el cuerpo entero. Paralizada desde el cuello para abajo. Con esa mirada feroz, él la había transformado... no de nuevo en parapléjica. No. Ese horror era demasiado sencillo. Le había hecho algo peor: la había transformado en tetrapléjica.

Clare no lo soportaba. Le habían arrebatado todo control. Era mejor arrebatarle la vida. Mejor morir que tratar de convivir con ese horror.

No podía soportarlo.

Había sido fuerte. Había tenido que ser fuerte toda su vida. Pero no era *tan* fuerte. Nadie podía serlo. Nadie podía soportar lo que ella había soportado, recobrarse como ella se había recobrado, para que luego se lo arrebataran así.

—P...por... favor...

Sólo pudo volver la cabeza hacia Madden, suplicando. Su cuerpo era un monstruoso montículo de carne muerta, unida a él sólo mediante la carne y el hueso. No había conexión real. Ni nervios ni músculos. Nada.

No podía resistirlo.

—Esto... no...

Pero Madden ya se volvía hacia Janey.

4

Bett sonrió a su prisionero. Nadie podía verlos ni oírlos, pues estaban en el fondo de uno de los silos de la cantera que se encontraba a medio camino de Mousehole y Newlyn. Al parecer aún usaban esos viejos silos para embarcar la piedra hacia Alemania. Pero no los usaban de noche, al menos no los usarían esa noche. Bett se había cerciorado.

Y él sólo necesitaba una noche.

Había atado al viejo a una silla que había llevado con ese propósito.

Estaban los dos solos, allí en el filo. Andando sobre el filo.

—Somos tú y yo, viejo —le dijo.

Trató de imponer su voluntad al prisionero pero en balde. Tenía que reconocerle sus

méritos al viejo. Tom Little revelaba más resistencia al mesmerismo de la que Bett hubiera imaginado. No importaba. Tardaría un poco más; eso era todo.

Y tenían toda la noche.

—Sería una lástima que le echara el guante a esa nietecita simpática que tienes —amenazó Bett—. Le caigo bien... Lo he notado. Cree que yo soy su trampolín para la gran fama.

—¿Tú eres el reportero?

—En persona —respondió riendo—. A decir verdad, esperaba pillarla a ella y no a ti. Supongo que ella chillaría más pronto. Me gusta hacerlas chillar.

El Vejete le escupió, pero Bett aún rió con más ganas.

—He aquí el juego —explicó Bett—. Llamaremos una vez más a tu dulce nietecita. Si ella trae la mercancía, nos iremos de este lugar como amigos. Pero si no la trae... —Tocó uno de los tres bidones de gasolina que tenía al lado—. Si no la trae, habrá un espléndido asado en el menú, viejo.

—Tú...

—Y luego, aún le echaré el guante.

—Si yo...

—Ya, ya. Si tú estuvieras libre. Si yo te hiciera frente como un hombre. Despabílate, viejo gilipollas. El juego no funciona así. Ah, no —añadió cuando el Vejete abrió la boca de nuevo—. Es hora de hacer nuestra llamada.

Cogió el teléfono portátil de la mochila que había junto a los bidones y marcó el número de la casa de la calle Duck.

—Ahí tienes —dijo—. Está sonando. Ahora grita todo lo que quieras. Sólo le dará más... validez a la llamada. —Sonrió al ver la fina línea que formaban los labios del Vejete—. ¿Quién habla? —preguntó en cuanto atendieron.

—Charlie Boyd —fue la respuesta.

—Respuesta equivocada —replicó Bett. Colgó y guardó el teléfono. Con un exagerado suspiro, se levantó y meneó la cabeza—. Vaya, lo lamento de veras, viejo. Pero ahora la pelota está en tu cancha.

Abrió la tapa del bidón, se acercó a la silla y derramó gasolina sobre una de las piernas del Vejete. Demostrando gran cuidado, llevó la lata al lado de las otras y regresó para plantarse frente a su prisionero.

—¿Hay algo que quieras decirme? —preguntó, extrayendo un encendedor del bolsillo.

Aunque el Vejete tenía los ojos redondos de miedo, negó con la cabeza.

Bett suspiró de nuevo. Tenía que admitir que ese veterano tenía agallas.

Lamentaba no tener a la chica. Ella no habría aguantado ni quince minutos. Le rociabas la cara con un poco de gasolina y le explicabas cuan bonita iba a quedar cuando el fuego le mordiera la piel...

Los tíos siempre querían demostrar que eran duros; incluso un viejo como éste.

—No estás actuando como un valiente —le reprochó al Vejete mientras prendía el encendedor—. Sólo como un estúpido.

El Vejete clavó los ojos en la llama. Bett notó que el mundo del viejo se angostaba, reduciéndose a ese borrón de luz fluctuante.

Acercó la llama al pantalón empapado de gasolina y rió cuando el Vejete cerró los ojos con una mueca. Entonces apagó el encendedor.

—Oye, cómo nos divertimos, ¿verdad? —dijo cuando el Vejete abrió los ojos para fulminarlo con la mirada.

Bett disfrutaba del miedo del prisionero.

—De acuerdo. Esta vez va en serio.

Abrió de nuevo el encendedor y giró la ruedecilla de acero.

La llama brincó en la mecha más de tres centímetros de altura.

Librodot

5

Janey tuvo un aviso que no tuvieron sus compañeros.

Su versión de la novela de Dunthorn preveía esa situación, desde la magia del Men-an-Tol hasta la llegada de Madden. Aunque no a la perfección, pues los detalles variaban. Con todo, Janey olía un hedor de pantano en el aire y casi veía a los *sloch* de la Viuda caracoleando en los brezales detrás de la alta figura del intruso.

El melódico silbido le tembló en los labios y se acalló.

Vio que Félix caía, enroscándose como un erizo amenazado, y que era seguido por Clare, que actuaba como si los músculos se le hubieran transformado en gelatina. Cuando iba a acercarse a ellos, notó que la siniestra mirada de Madden se volvía hacia ella. La magnética intensidad de la voluntad de Madden se concentró en ella, provocándole un escalofrío acerado en la espalda y petrificándole el corazón, hasta que oyó una vocecita que le llegaba de lejos, desde un sueño.

No le mires los ojos. No escuches lo que dice.

Y recordó al hombrecillo del libro de Dunthorn. El Pequeño...

Antes de que la mirada magnética de Madden le dominara la voluntad, logró apartar la cabeza y llevarse el silbato a los labios.

Nunca le había gustado demasiado ese silbato marca Eagle; lo había comprado por capricho, porque se separaba en dos piezas y era fácil de llevar en el bolsillo o la cartera, más que por su modulación. Aunque andaba bien en los registros bajos, en los altos era estridente, por mucho que ella controlara el soplido. Si ya era difícil controlarle el tono, mucho más tocar una melodía.

Sin embargo, en ese momento lo importante era que el silbato tocaba, por defectuosas que sonaran las notas altas. Janey sólo necesitaba la música. No tendría la magia de esa otra música —la música primigenia, para llamarla como los personajes del libro de Dunthorn—, pero mientras le impidiera oír a Madden y mirarle a los ojos sería magia suficiente.

Inició una versión de *The Foxhunter's Jig,* una ágil jiga en 9 x 8 que sonaba mucho más crispada de lo que Janey estaba en ese momento. Sopló las largas notas en si de la segunda parte, lamentando no tener la gaita para curvar de veras la nota, y notó que funcionaba.

La presencia de Madden era un zumbido por debajo de la música. Madden hablaba, pero Janey no le oía. Y mientras no le mirase los ojos...

La melodía resbaló al pasar a las notas altas de la tercera parte. El defecto del silbato aguzaba las notas, pero no sólo era culpa del instrumento.

Estaba Madden.

Janey no le oía. Rehusaba mirarlo. Con todo, notaba que se aproximaba. Su presencia era una presencia oscura en la mente, un desagradable bordoneo. Introducía una discordancia, no sólo en la música, sino en la noche misma.

Janey notaba que se acercaba, paso a paso.

Y no sabía qué hacer.

Abordó la secuencia de la cuarta parte de la melodía, que regresaba al registro más bajo. Y oyó...

—... a mí. Me mirarás.

Concentró la atención en la música y rodeó la piedra, para alejarse de esa presencia. Pero ahora había una fisura en su concentración. Un agujero en la música.

La mirada de Madden penetraba por ese agujero.

Janey trató de imaginar que tenía un pentagrama delante.

Esa mirada ardiente penetraba.

Librodot

Janey pasó a un ritmo *4x4,* más rápido. *The Foxhunter's Reel:* la danza del cazador de zorras.

Los ojos de Madden eran los sabuesos y ella era la zorra; la voluntad de Madden era la escopeta del cazador, que la encañonaba.

La melodía se resquebrajó, y Janey empezó a saltear notas.

Oyó de nuevo la voz de Madden, un acuciante sonido sin palabras. Sus dedos vacilaron sobre los orificios del silbato. La melodía cesó de golpe.

Entonces miró a Félix, tendido casi a sus pies, aún encorvado en posición fetal. Clare estaba tirada como un pez muerto a poca distancia. En el fondo de su mente Janey oía el gimoteo de Kempy, aunque ignoraba dónde se había escondido el collie.

Aunque no oía las palabras de Madden, el tono de esa voz le estaba obligando a volver el rostro, y los ojos la atraían como si Janey fuera un tiburón que hubiera mordido la carnada de caballa y fuera arrastrado hacia el bote pesquero.

A pesar de que aún tenía la boquilla en los labios, no lograba juntar aliento para soplar de nuevo. Tenía la garganta seca, áspera como lija.

Podía correr. Huir por el brezal hacia la oscuridad. Él no podría alcanzarla porque no podía ser tan ágil. Además el miedo la impulsaría.

Pero no podía abandonar a Félix y Clare.

Agachó la cabeza y miró el suelo mientras su traicionero cuerpo se volvía hacia Madden. Rehusó alzar la vista.

Piensa, se dijo. ¿Qué ocurría en el libro?

Si tantos elementos de la trama le acontecían ahora, tenía que haber una pista. No obstante la voz del Pequeño callaba.

Sal, recordó. Usaban sal.

Pero Janey no tenía sal y dudaba muchísimo que la sal pudiera neutralizar los poderes paranormales de Madden.

Su cabeza se iba alzando lentamente.

Lágrimas, pensó. Al invocar la música, la bruja había muerto por sus propias lágrimas. Pero eso era volver a la sal. Por otra parte ella no compartía los recuerdos de Madden. Tampoco podía invocar la música. Se necesitaba calma, una mente relajada. Un acople de los latidos de su corazón con el antiguo ritmo de la música...

Dumm-dum. Dumm-dum.

...sólo que el corazón le bombeaba sangre en las venas a toda marcha. No era una danza antigua y lenta, sino un frenético ritmo Eurobeat.

Cálmate, se dijo. Y obligó a su pie a zapatear sobre la tierra apisonada que rodeaba el Men-an-Tol.

Pat-pat. Pat-pat.

Casi llegaba al ritmo atinado. Una cadencia sencilla, engañosamente sencilla, porque ahora que empezaba a captarla no entendía cómo podía haberla olvidado. ¿Era el Pequeño del libro de Dunthorn o Peter Goninan quien había dicho algo sobre...?

La magia del mundo es mucho más sencilla de lo que suponemos.

Oía la voz en la cabeza. Y un eco de música. Esa música. Palpitando con su ritmo de cascos trepidantes.

Dumm-dum. Dumm-dum.

La cabeza se le alzaba cada vez más. Ahora miraba la barbilla de Madden, los finos labios fruncidos, la nariz de halcón... Cada detalle, cada pequeño vello, cada poro del cutis descollaba con nítida claridad, a pesar de la oscuridad. Casi veía, debajo de la piel, cómo circulaba la sangre por venas y arterias, el tirón de los músculos en las mandíbulas, la tensa telaraña de los nervios.

El ritmo palpitante de la música primigemia se apaciguó dentro de Janey. Los acordes de la melodía susurraban a lo lejos, flotando sobre la suave comba del brezal del Men-an-Tol. A la vuelta de un recodo de la mente. Brotando del profundo pozo de magia que era el

Librodot

Mundo de los Túmulos y llegando a este Mundo del Hierro donde el encantamiento estaba casi olvidado.

Procuró cerrar los ojos, dejar que la magia la colmara, pero no atinaba a juntar los párpados. Era como si se le hubieran atascado.

Entonces la mirada de Madden se trabó con la de Janey. La cabeza de ésta se llenó con una chachara de voces que ahogaron la música.

Dime, dime, dime...

Qué has hecho...

Dame el secreto.

DIME

La voz de Madden le vibraba en la cabeza. Se multiplicó cien veces, transformándose en una algarabía ensordecedora. Amplificada y resonante le horadaba la mente y la arrastraba hacia él.

Dime, dime...

Trató de combatirlo, pero era como tratar de contener una borrasca con un cedazo. Las olas de esa voz le barrían la mente con furia huracanada, feroces, exigentes. Sin darle un momento de respiro.

Janey cayó de rodillas, sin sentir el brutal impacto del suelo. Su cabeza se alzó, con la mirada aún atrapada, aún enganchada con la de Madden. La música se perdía ahora bajo el rugido de la voz tonante. Y con ella la esperanza.

De Janey sólo quedaba un núcleo diminuto, agazapado en un rincón de la mente. Escondido, mientras la voluntad de Madden derribaba sus frágiles defensas. Sepultado en esos pocos recuerdos que Madden aún no había tumbado en su rabiosa búsqueda, oculto tal como el misterio de Dunthorn durante tantos años. Pero no por mucho tiempo.

Janey sabía que no podía durar.

Así que se dejó ir. Se dejó caer dentro de Madden, tal como la heroína del libro de Dunthorn se había dejado transformar en parte de la bruja que la atormentaba. Y encontró...

No la vida de Madden, desfilando ante ella en capas de memoria, como a Jodi le había ocurrido con la bruja, sino el mundo tal como Madden lo percibía a través de sus sentidos agudizados. Janey se volvió parte de la conexión de Madden con el antiguo latido de la Tierra y vio que la telaraña de los secretos y misterios de la Tierra trazaba un dibujo, aun en su aparente confusión, que creaba una armonía, a pesar de las diferencias..., *a causa* de las diferencias.

La flotante Janey —un espíritu desencarnado atrapado en una mente ajena— comprendió al fin a qué aludía Peter Goninan al mencionar la discrepancia entre sueño y vigilia. Si así se sentía al estar casi despierta, en un equivalente exacerbado de ese momento que divide al sueño de la vigilia, cuando cualquier cosa era posible...

¿Qué más puedes querer?, preguntó a su captor.

El secreto, exigió Madden. *El secreto de Dunthorn.*

Ya lo tienes, replicó Janey.

Pues Janey veía algo que Madden no veía: que él, a pesar de sus manipulaciones y su egoísmo, ignoraba la genuina verdad de ese misterioso trazado que subyacía al mundo. Era el pentagrama de la música primigenia, y cualquiera que lo percibía podía leerlo.

Escucha, le dijo.

¿Qué?

Increíble, pensó Janey. Madden estaba sintonizado a la existencia del significado oculto que resonaba con la música primigenia. Lo había estado durante años, pero no atinaba a oírla. Captaba retazos y fragmentos y los usaba para dominar la voluntad de otros, para acaparar poder, pero jamás había reconocido, jamás había adivinado, jamás había oído...

¡La música!

Janey la invocó.

Dumm-dum. Dumm-dum.

El ritmo grave y profundo resonó como el antiguo trueno en el primer día del mundo. Las cuerdas de las arpas tañían un contrapunto etéreo contra un estridente sonido de violines, flautas y silbatos. Y por encima de todos los instrumentos, tomando la melodía e imbuyéndola con un poder que Janey jamás habría podido reproducir, una gaita; sus roncones profundos y gruñones sonaban como el lenguaje de las montañas, piedra chirriando contra piedra, laderas de roca hablando desde los flancos de colinas redondeadas por el tiempo; el canuto gemía como si todos los vientos del mundo atravesaran su orificio con perfecto control; una melodía dulce y amarga a la vez, ritmo veloz y aire lento, toda la música destilada en un solo sonido sin mácula.

Janey no tenía miedo de entregar la música primigenia a Madden, porque sabía que, aunque él hubiera logrado manipular fragmentos y retazos que había pedido o robado a través de los años, era imposible que un solo ser la controlara. Se requería el acorde conjunto de cada ser, de cada parte del mundo.

Quizá de mundos.

Como el mundo que aguardaba más allá del agujero del Men-an-Tol.

Aflojar la música dentro de Madden era como despertar magia en el Mundo de los Túmulos. La música lo recorría frenéticamente. Cuanto más se resistía Madden, más se fortalecía la música y más lo desequilibraba.

Por el contrario, Janey, al dejarla fluir dentro de sí, al aceptarla y al acogerla en vez de intentar controlarla, tiritaba con el don de esa belleza.

Al principio, flotó en la mente de Madden, sin ser afectada por la tormenta contra la cual él combatía. Pero, al cabo de un tiempo, Janey se visualizó en su propio cuerpo y fue caminando por los oscuros pasadizos de sombras fluctuantes que conformaban la mente de Madden. En las habitaciones que bordeaban los pasadizos —bolsillos de memoria o pensamiento— se topó con nódulos y tinieblas, patrones sinuosos que Janey aflojó y liberó.

En uno de esos bolsillos halló el espíritu de Kempy. El collie estaba atrapado en un sueño. Lo rodeaban hombres que cuando intentaba moverse para romper su cerco, lo pateaban y lo obligaban a volver al centro.

Janey se deslizó entre las figuras fantasmagóricas de esos hombres y cogió al perro en brazos. Cuando se volvió para abandonar el círculo, los hombres se habían esfumado. Sólo quedaba el brezal. Posó a Kempy en el suelo y le dijo:

—Puedes irte.

Pero el perro le restregó la cabeza contra la pierna y la siguió por el pasadizo.

Entonces hallaron a Clare.

Su amiga estaba tendida en un paisaje desnudo, despatarrada en el suelo. Parecía muerta. No obstante su mirada siguió los movimientos de Janey, que se agachó a su lado y acarició la cabeza de Clare, apartándole el pelo de la frente.

—¿Qué ocurre, Clare? —preguntó.

—No... puedo... moverme. No sólo... las piernas. Nada. Sólo... la cabeza...

La antigua sabiduría de la música primigenia aún cantaba en la mente de Madden, aún colmaba a Janey.

—No es verdad —replicó Janey—. Es sólo que Madden te lo hace creer.

—¡No puedo moverme! —repitió, conteniendo las lágrimas.

—Escucha —dijo Janey, mientras seguía acariciando con ternura su cabello—. Escucha la música.

—No puedo...

—*Escucha* —insistió Janey, con suavidad pero con firmeza.

Cuando Clare oyó al fin los antiguos acordes, Janey le ayudó a levantarse. Ella ni siquiera notó lo que hacía hasta que estuvo en pie junto a su amiga. Se pasó las manos ante los ojos, se tocó los brazos y se abrazó el cuerpo.

Librodot

—Yo... —empezó, pero las palabras le fallaban.

Janey le sonrió y le rodeó el hombro con el brazo.

—Vamos —la animó—. Aún debemos hallar a Félix.

Lo encontraron sentado a solas en un vasto escenario, donde un numeroso público lo abucheaba, le atrojaba latas de cervezas y frutas podridas mientras él, abrazando el acordeón, se encorvaba en una silla. Kempy le gruñó al público mientras los tres se abrían paso en medio de los desperdicios del escenario, pero los espectadores reían cada vez más.

Janey entregó a Clare su silbato.

—Toca una melodía —le pidió—. Algo sencillo. Algo antiguo.

Al volverse Clare hacia los espectadores, el foco la cegó. Se volvió hacia Félix y en ese momento Janey vio reflejado el amor de Clare por él. Un amor profundo y desesperanzado.

—Pero... —comenzó Clare.

La música primigenia insufló su sabiduría en Janey.

—Lo lamento —confesó—. No lo sabía. Pero él también te ama, Clare. No del mismo modo, pero...

Ni siquiera la sabiduría de la música primigenia alcanzaba para esto.

Clare contuvo las lágrimas y asintió despacio.

—Lo sé.

Se llevó el silbato a los labios y comenzó *The Trip to Sligo,* una de las jigas favoritas de Félix. Su ritmo saltarín casi se perdía entre las befas de la multitud. Clare trastabilló. El silbato, con su defectuoso registro alto, no le facilitaba las cosas. Janey la alentó con un cabeceo mientras se agachaba junto a Félix.

Clare siguió tocando.

La melodía cambió a medida que ella continuaba. La ejecución cobró mayor firmeza a medida que la música primigenia se adueñaba del instrumento y cantaba a través de él.

Janey acercó los labios al oído de Félix y murmuró frases tranquilizadoras. Le apartó las manos del acordeón y cogió el instrumento entre las suyas. Le dijo que eran manos fuertes, que le gustaba la ternura con que la tocaban. Que él era mejor que todos los espectadores juntos. Le recordó que la música era importante por el modo en que él quería tocarla, no por el modo en que otros querían oírla. Le aseguró que no importaba si él jamás tocaba en ningún escenario, mientras estuvieran juntos. Para no perder lo que acababan de recobrar.

—Escucha —dijo Janey—. Escucha a Clare.

Le posó la mano en el hombro y lo estrechó. Félix tiritaba, a causa de un temblor febril que le recorría todo el cuerpo.

—Janey... —murmuró.

—Aquí estoy.

—Ellos... ellos... yo no puedo...

—Todo esto es una mentira —le aclaró—. No hay escenario. No hay público. Es sólo Madden.

La música ahogó al fin los abucheos del público. Clare, alta y erguida, hacía aletear los dedos sobre el silbato. Janey nunca había oído ese instrumento sonar tan bien. Nunca había oído a Clare tocar tan bien. Apartó el brazo del hombro de Félix. Recogió el acordeón y lo apoyó en el suelo. Luego lo tomó del brazo y lo ayudó a levantarse.

—Vamos —dijo—. Nos largaremos de aquí.

—¿Por qué me pasa esto? —preguntó Félix, alzando la cabeza.

—No lo sé, Félix. No importa. Esto no es real.

—Es tan real como lo que me pasa cuando subo a un escenario —protestó él.

—Esta vez es sólo obra de Madden. Vamos, Félix. Esa gente no importa.

Señaló con la cabeza a los espectadores, que ahora guardaban silencio. Estaban tan callados en la oscuridad que daba lo mismo que no existieran.

—Yo podría tocar esa música —replicó Félix—. En cualquier otro sitio. En un barco, en una sesión, en una esquina... ¿Por qué no puedo tocarla aquí?

—No sé —dijo Janey—. No tiene importancia.

—Sí la tiene —repuso Félix.

Se zafó el brazo y recogió el acordeón.

Janey iba a protestar, a decirle que no lo intentara de nuevo, pero se contuvo. Sabía que él podía hacerlo. Simplemente algo le provocaba un bloqueo. Aunque intentarlo de nuevo ahora podía agravar las cosas, Janey sabía que no lograría disuadirlo. Quizá la música primigenia ayudara. Quizá nada cambiara. Tal vez fuera demasiado esperar que el temor de toda una vida se disipara en unos instantes. Fuera cual fuese la raíz del problema, tenía que ser algo más complejo de lo que podían curar unos pocos compases.

Pero entonces recordó. *La magia del mundo es mucho más sencilla de lo que suponemos.*

—Te amo, Félix —murmuró Janey cuando él se sujetó el acordeón.

Se alejó de la silla. Félix irguió la cabeza y se puso frente al resplandor del foco, tratando de mirar hacia la oscuridad. Janey comprendió que estaba tratando de concentrarse en una sola persona. Tratando de convencerse de que tocaba para esa sola persona; de que no había nadie más allí.

Ella había hecho lo mismo la primera vez que se asustó en el escenario al comienzo de su carrera.

Félix pasó la mano izquierda por la correa, cerca de los botones de acompañamiento, y la apoyó en el teclado. Apretó el botón del aire con el pulgar y estiró el fuelle.

Janey deseó que lo hiciera.

Pero no podía tocar. El sudor le perló la cara ya reluciente. Las manos le empezaron a temblar. Trató de tocar junto con Clare, pero las notas brotaban en un entrevero discordante. Todas a destiempo.

Janey no soportaba que le sucediera de nuevo.

Antes de que el público atinara a reaccionar, antes de que él quedara petrificado una vez más, se le acercó por detrás, apretó el pecho contra el respaldo de la silla y rodeó a Félix con los brazos.

—Escucha —le susurró—. La música. Lo que toca Clare.

—Yo...

—No trates de tocar. Sólo escucha. Deja que la música te colme. Cierra los ojos. No estás aquí. No estás en ninguna parte. Sólo está la música. Siente el ritmo... Es igual que el de tu corazón. La melodía es simple como la respiración. —Le acarició las sienes—. ¿A quién le importa quién está escuchando? —dijo Janey—. Lo importante es la música... Y esta música...

—Esta... música... —repitió Félix con lentitud.

—Es magia.

Titubeando, movió el fuelle y tocó un sencillo acorde de dos notas apoyando la mano derecha en los botones melódicos. Ya no importaba si la melodía que tocaba Clare estaba en una clave menor o mayor. El acorde parcial encajaba.

—Eso es —lo alentó Janey, mientras él ejecutaba el acorde y pasaba a otro, como lo requería la melodía.

Él titubeó ante el próximo cambio, pero pronto lo captó.

—Magia —susurró Janey.

—Magia —repitió Félix, como si la palabra fuera un talismán.

El próximo cambio fue más natural. Y aún más los que siguieron. Félix añadió algunas notas de acompañamiento para llenar los espacios intermedios. Janey le notaba la tensión en los brazos. Los músculos estaban nudosos como alambre trenzado. Los friccionó notando que se aflojaban gracias a sus cuidados y la creciente confianza de Félix, que ahora seguía la melodía a tientas, dividiendo dos notas en tres, como cuando tocabas en una

Librodot

sesión y aprendías una melodía nueva imitando a los demás músicos, dejando que ellos sobrellevaran la carga mientras tú aprendías.

Félix se enderezó en la silla. El acordeón empezó a botar en la rodilla mientras él movía el pie. Las notas brotaron con mayor rapidez. La música cambió, arrastrando al acordeón y el silbato en los vivaces compases 4 x 4 de una melodía galopante.

Janey reconoció la melodía y sonrió. Era *Miss Mcleod's Reel,* aunque ella y Félix la conocían como *The May Day.* Una melodía de primavera, para invocar el verano, como la vieja canción *Hal-an-Tow,* la canción que cantaban el Pequeño y Denzil en el libro de Dunthorn. Una promesa de nuevos comienzos. La rueda giraba, el ciclo del año se renovaba.

Y la música primigenia formaba parte de ella, formaba parte de todas las melodías. Entonaba una contrastante armonía de maravilla y sabiduría y magia.

De esperanza encontrada.

La música era inmortal, pero necesitaba a los ejecutantes para mantenerse con vida. Así como el mundo necesitaba a sus moradores para que el latido de su corazón siguiera cantando.

Alguien silbó en el público. Algunas personas comenzaron a batir las palmas. Cuando la melodía volvió a la primera parte, todos los espectadores batían las palmas al son de ese ritmo contagioso.

Cuando la música terminó, el aplauso fue estruendoso. Cuando la luz del foco se atenuó, Janey miró por encima del hombro de Félix y vio miles de rostros alegres. Lo abrazó con orgullo.

—Yo... —murmuró él.

—Lo has conseguido —exclamó Janey.

Félix dejó el acordeón en el suelo y se volvió con una sonrisa. Se levantó de la silla y alzó a Janey en un abrazo. El aplauso moría a sus espaldas.

No, comprendió Janey. Se esfumaba. Como el escenario. Ahora sólo quedaban ella y Félix. Clare estaba en las cercanías, con el silbato Eagle en la mano y Kempy sentado a sus pies. Notó que el cuerpo de Félix se le evaporaba en los brazos. Clare y Kempy se disolvían, lo mismo que aquél. Y ella...

Abrió los ojos y se encontró de rodillas junto al Men-an-Tol. El silencio, después de la presencia constante de la música primigenia, después del estruendoso aplauso en la sala de conciertos, parecía ensordecedor. Janey alzó una mano, se tocó el hombro y se acarició el brazo.

¿Había sido real?

Entonces vio a John Madden, arrodillado junto al dolmen, con el rostro apretado contra la piedra, mientras una mano atravesaba el agujero y colgaba yerta al otro lado. Félix se levantaba, mirando confusamente en derredor. Clare sostenía el silbato de hojalata que Janey tenía en las manos antes de que Madden la arrastrara a su mente.

Por imposible que pareciera, tenía que haber sido real.

—¿Qué... qué ha ocurrido? —preguntó Clare—. He tenido un sueño espantoso, pero de pronto se ha vuelto... dorado...

—Hemos vencido —respondió Janey. Recogió la cartera y se puso de pie—. Hemos escondido el libro, de modo que nadie puede hallarlo —continuó—. Y aunque Madden ha tratado de valerse de sus poderes mentales conmigo, de nada le han servido. Hemos sido más fuertes que él.

Excepto que aún estaba la gira cancelada. Y la granja de los Boyd. Y...

No, se dijo Janey. No pienses en eso ahora. Aférrate a la victoria y afronta el resto cuando llegue el momento.

Clare y Félix miraban a Madden, pero el hombre no se movía.

—¿Está muerto? —preguntó Clare.

—No lo sé —dijo Janey. Le dio una palmada a Kempy cuando el perro salió de la

aulaga donde se ocultaba y apoyó el hocico en la pierna—. En realidad no me importa —añadió.

—Pero no podemos dejarlo aquí...

—¿Por qué no? —replicó Félix—. No le debemos nada.

Janey pensó que estaría recordando lo que Madden le había hecho. Se acercó a Clare, le cogió el brazo y le dijo:

—Vamos a casa.

—Y bien que lo hemos derrotado, ¿verdad? —exclamó Clare, dejándose llevar.

—Lo hemos derrotado —repitió Janey.

—Juntos —corroboró Félix.

—Juntos —convino—. Los tres... Está bien, los cuatro —añadió cuando Kempy se le restregó contra la pierna—. Nosotros cuatro y la música.

—La música —jadearon Félix y Clare al unísono, recordando. Callaron mientras regresaban hacia el coche de Janey por el sendero.

6

Madden no podía moverse. Se apoyó en el Men-an-Tol, con la cara apretada contra la áspera superficie y un brazo colgando en el agujero. El mundo lo había asfixiado. Intentaba cerrar la mente, pero el secreto...

El secreto de Dunthorn, que Janey Little le había entregado con tanta desenvoltura...

Esa maldita música...

Le circulaba por la cabeza, excediendo la capacidad de su mente para procesar la información. Era consciente de todo. Cada sonido, olor, visión, sabor y emoción que existía en el mundo y más allá le anegaba la mente.

Ya no podía controlar el torrente de datos, así como un hombre no podía dejar de respirar y seguir con vida.

Era consciente de *todo.*

Desde la roca derretida que fluía muy por debajo de la corteza terrestre hasta un susurro en las antípodas del mundo.

Desde el azucarado cereal que un mocoso de nariz mugrienta consumía en un suburbio de Chicago hasta la caída de un árbol en un pluvioso bosque brasileño.

Desde un panorama de estrellas desconocidas, allende el alcance del más poderoso telescopio de la Tierra, hasta un insecto arrastrándose por un poste hinchado de humedad en una ribera de Camboya.

Desde un viento del Himalaya hasta el cerebro embotado de un borracho tirado en un callejón de Melbourne.

Los detalles —la inmensa vastedad de detalles borrosos— lo anegaban.

Desde el trote desmañado de un elefante de Kenia hasta el zumbido de un mosquito en los pantanos de Florida.

Desde una riña conyugal en una de las casas residenciales cercanas a su hogar de Victoria hasta el estridente alarido de una banda *heavy metal* en un pequeño club londinense.

Desde la vastedad de los vacíos y silenciosos espacios interestelates hasta...

Cogió ese diminuto fragmento y lo aferró.

Calma, se dijo. Calma. Apacigua la mente. Aferra ese silencio.

Quería gritar.

Aferra el silencio. Permite que se propague. Aquí, allá y más allá...

Lentamente recobró el control de su aptitud para focalizar y encauzar los estímulos

Librodot

externos. Cuando al fin pudo levantarse, echó una mirada al brezal y casi rió.

Había sido un necio.

Era verdad. Dunthorn había abierto una puerta hacia el poder ilimitado. ¿Pero de qué valía si era imposible controlarlo? ¿Cuando a lo sumo podías adaptar fragmentos a tus propias necesidades, tal como él había hecho desde siempre?

¿Pero por qué Janey Little salía incólume? ¿Cómo lograba ella, sin estar disciplinada, afrontarlo tan fácilmente?

Sin duda había algo más que lo que él le había hallado en la mente: un libro en que cada persona creaba su propia trama; una puerta a otro mundo en el agujero del dolmen; gente pequeña del tamaño de un ratón.

Ésos eran cuentos de hadas.

¿Y si eran reales? Dunthorn debía de tener buenas razones para dejarse morir antes que permitir que el libro cayera en manos de Madden. Y esa tal Janey Little...

Tendría que dejar ese misterio para otro día. Esa noche apenas podía conservar el equilibrio apoyándose en el dolmen. Esa noche se conformaría con haber sobrevivido para aprender la lección.

No dejaba de ser un desperdicio. Tantos años buscando el secreto de Dunthorn, siguiendo sus propias sendas arcanas, sólo para descubrir que buscaba algo imposible de poseer. Para descubrir que era sólo la vibración armónica a la que respondía cada elemento del universo.

Un conocimiento tan simple. Cosas que sabía un mero estudiante de bachillerato. Estudiante que, aunque tampoco podía controlarlo, al menos lo *sabía.*

Madden negó con la cabeza.

Un desperdicio.

Era demasiado viejo para empezar otra vez. Y, con Michael en su contra, ya no tenía un heredero a quien legar los conocimientos que esa noche había adquirido tan dolorosamente.

Lo más irónico era que había forzado las cosas y ahora ni siquiera podría utilizar las fuerzas que había dominado por su cuenta. No podía abrir la mente, no podía descuidar las defensas un instante, a riesgo de permitir que el mundo lo anegara como un torrente. Tendría que andar sordo, mudo y ciego por el mundo, junto con las demás ovejas.

Hundió las manos en los bolsillos y regresó lentamente por el sendero que iba desde el Men-an-Tol hasta el pasaje donde había dejado el coche.

Tenía que hallar un modo de recobrar lo perdido. La muchacha Little no le serviría de nada. Dunthorn estaba muerto. Pero quedaba Peter Goninan. Por lo que había entrevisto en la mente de Janey Little, Goninan parecía saber más de lo que Madden creía. Como el abuelo de Little, Madden no había advertido que Goninan y Dunthorn habían sido amigos íntimos.

Hablaría con Goninan. Sin su poder para obligar a Goninan a decirle lo que necesitaba, tendría que contentarse con los bocados que Goninan se dignara entregarle...

Madden suspiró.

La simple verdad era que podía planear y tramar cuanto quisiera, pero eso no cambiaba nada. Había abierto una puerta que no se debía abrir —al menos, no de ese modo— y, como todos los chapuceros temerarios en la historia de quienes estudiaban los secretos herméticos, él también debería pagar un precio.

El diablo tendría su parte.

Madden no creía en una deidad benévola ni en su opuesto malévolo.

Pero creía en el Infierno.

El Infierno era saber que pasaría el resto de su vida siendo tan parte del rebaño como los demás habitantes de este mísero mundo.

No, peor aún. Ellos dormían sin saber que dormían.

Pero él lo sabía. Había estado despierto y ahora debía dormir.

Librodot

Dormir o volverse loco.

7

Ted Grimes se enderezó junto al seto donde aguardaba cuando oyó voces en el camino. Las estudió. Eran tres voces, pero ninguna pertenecía a su presa. A menos que Madden guardara silencio, no venía con ellos.

Pero había un perro.

La invisibilidad era otro truco de cazador que Grimes conocía bien. Era fácil con la gente y la mayoría de los animales. Te quedabas quieto. No los mirabas, pues un sexto sentido los ponía sobre aviso cuando se sentían observados. Te fundías con el paisaje.

No estaba seguro de qué pasaría con el perro. Pero al menos el viento soplaba hacia él. Si no se movía, si no los miraba...

—Aún creo que no teníamos que haberle dejado ahí —decía una mujer.

—¿Querrías tocarle? —preguntó otra mujer.

—No lo creo.

Grimes casi se delató. Estaban hablando de Madden. Si algo le había ocurrido a Madden, si le habían arrebatado su venganza, los perseguiría uno por uno...

Después de tanto tiempo en la oscuridad, su visión nocturna se había agudizado. Había suficiente luz de luna para distinguirlos y estudiarlos por el rabillo del ojo. Indirectamente. Sin hacerse notar. Sin respirar siquiera.

Había una mujer con un bastón, y una mujer más baja la ayudaba. El hombre era fornido, un tío alto de hombros anchos. Y el perro...

El perro ni siquiera miró hacia donde estaba Grimes. Animal idiota.

—Tengo ganas de dejarle las llantas sin nada de aire —comentó el hombre.

—¿Para qué molestarse? —replicó la mujer más baja—. Ya le hemos dejado sin aire a él.

—¿Qué ha sucedido, Janey? —preguntó la mujer del bastón.

Sí, pensó Grimes. ¿Qué ha sucedido?

El chirrido de la portezuela del coche sofocó la respuesta de Janey.

Entraron en ese carricoche de tres ruedas, el perro incluido. El silenciador del coche carraspeó, el motor arrancó al fin y el silencioso brezal vibró de pronto con el ruidoso traqueteo. Grimes cerró los ojos cuando los faros se encendieron, pues no quería perder su visión nocturna.

Los siguió con el oído, escuchando mientras retrocedían por el camino hasta la carretera. Cuando se detuvieron, Grimes miró camino abajo y tan sólo vio que soltaban el perro en la granja por donde él había pasado antes. Arrancaron de nuevo y pronto se perdieron de vista, aunque Grimes siguió oyendo el motor del coche mientras continuaban hasta la carretera.

Cuando llegaron al final del pasaje y viraron hacia la carretera Grimes miró hacia el brezal.

Te daré diez minutos, Madden, pensó, y luego iré a buscarte.

No se molestó en preocuparse por lo que acababa de oír; no pensó en nada. Madden vendría, o él iría a buscarlo. Así de simple. De nuevo se hundió en la invisibilidad de la noche.

Aún no habían transcurrido diez minutos cuando oyó pasos que venían desde el portón que conducía al brezal.

Ahora tuvo cuidado, más cuidado que cuando se aproximaban los otros tres.

El dolor de la mano amputada le recordaba de lo que era capaz Madden. Si te clavaba

Librodot

esos ojos de vudú, incluso en la oscuridad, podías despedirte. Grimes no pensaba permitir que eso se repitiera.

Dio a Madden todo el tiempo que necesitaba para recorrer el sendero y no se movió hasta que oyó abrir la portezuela del coche. Entonces Grimes se deslizó como un fantasma, rápido y silencioso. Le rodeó el cuello con el brazo, hundiéndole la prótesis en las carnes, estrelló al viejo contra el flanco del coche ante de que pudiera adivinar quién era y apoyó el cañón del 38 en la sien de Madden.

—Hola, John —dijo—. ¿Te acuerdas de mí?

Madden se puso rígido.

—Tú., tú eres el hombre de Sandoe.

—Aja. Tu enviado despachó bien al viejo Phil. Agradecí no tener que devolver el anticipo por haber fracasado. Pero... —hundió la prótesis en la piel de Madden— no agradecí esto.

—¿Qué quieres?

El aplomo de Madden enfureció a Grimes, quién recurrió a toda su fuerza de voluntad para no apretar el gatillo sin más rodeos.

—Sé que te gustan los juegos, John... Como ése en que me obligaste a cortarme mi propia mano. Bien, ahora tengo un juego para ti. Se llama ruleta rusa. ¿Tienes ganas de jugar?

—No tiene importancia.

¿Qué cuernos significa eso? No tiene importancia. ¿Ese tío se creía que tenía un as en la manga? ¿Creía Madden que iba a permitir que se girara para dejarle usar esos ojos de vudú? Quizá creía que le entregaría el arma para que él mismo apretara el gatillo.

Calma, se dijo Grimes. Tú tienes ventaja. Sólo quiere asustarte.

Y lo está haciendo muy bien.

—Este revólver tiene seis cámaras —continuó Grimes, con una voz que apenas delataba su nerviosismo—, pero sólo una de ellas contiene una bala. Hice girar el tambor después de cargarlo esta noche; así que ni siquiera yo sé cuál es.

—De acuerdo.

—Quizá mueras aquí mismo —replicó Grimes, para ver si reaccionaba de una vez.

—No tiene importancia —repitió Madden.

Al cuerno con todo, pensó Grimes. Apretó el gatillo. Madden se inclinó. La bala le abrió un orificio en la sien izquierda y salió por la sien derecha.

Grimes retrocedió y dejó caer el cuerpo. Disparó de nuevo, vaciando el revólver en el cuerpo de Madden.

—En cuanto lo que te expliqué de una bala —le dijo al cadáver—, mentí.

Miró el cadáver y oyó un eco susurrante de la voz del viejo.

No tiene importancia.

Está muerto, se dijo Grimes. Dijiste que le harías pagar por lo que hizo y cumpliste tu palabra. Pero no sentía nada.

No tiene importancia.

Sólo una oquedad por dentro.

Dos años de esperar ese día, de imaginar cómo sería, concibiendo mil posibilidades hasta que Bett se puso en contacto y le aconsejó que tuviera paciencia, que él le entregaría a Madden, sin ningún problema. Así que tuvo paciencia y esperó a que Bett llamara.

Y Bett llamó.

No tiene importancia.

Y ahí estaba ahora. El tío estaba muerto y él no sentía nada. Cero.

Tenía que haber algo más.

Limpió el arma y la puso en la mano de Madden. Suicidio, imaginó sonriendo. Hasta es posible que los palurdos locales se lo crean.

Se enderezó, aguardando aún alguna satisfacción, pero sólo sentía esa oquedad.

No tiene importancia.

Era como si el tío hubiese querido morir. Como si no le interesara. ..

No tiene importancia.

Todavía le dolía la mano amputada. No había alivio para esa necesidad que le quemaba por dentro.

El muy bastardo ha ganado, pensó mientras echaba a andar hacia el coche. Lo he liquidado y sin embargo gana.

No tiene importancia.

Porque quería morir.

Grimes se detuvo para mirar atrás. Se apoyó la prótesis en el pecho. El dolor se agudizaba.

¡Cualquiera lo entiende!, exclamó para sí. Y continuó la marcha camino abajo.

Librodot

PIEDRA DE TOQUE

Una iglesia es un diente de piedra en la mandíbula del suelo. Por eso el frío muerde. El dolor de muelas de la antigüedad, los estertores del tiempo. Una iglesia te prepara para el ataúd.

IAN WATSON,
«The Mole Field», *The Magazine of Fantasy and Science Fiction,* diciembre de 1988

Jodi no se sorprendió de que el recuerdo de la magia de la Viuda se borrara tan pronto de la memoria de sus amigos. Ya había tenido una advertencia con el pescador del puerto en la noche de la tormenta. Aunque Denzil y los demás tardaron más en olvidar, se necesitó menos de una semana.

Que Denzil olvidara tan fácilmente no era asombroso. Como sus pensamientos circulaban por carriles lógicos, cualquier senda tortuosa que lo desviara hacia lo extraordinario se volvía sospechosa. Jodi había esperado más de Taupin, que ahora era menos propenso a las divagaciones que antes del comienzo de todo este asunto. Y, aunque no conocía tanto a Lizzie como para formarse una opinión de cómo reaccionaría, Jodi se sorprendió de que Henkie Whale —quien, a fin de cuentas, mantenía el cuerpo de su amigo muerto en el subterráneo del depósito y conversaba con ese cadáver— también olvidara con tanta facilidad.

Los chicos de Pingajos aún hablaban del asunto, pero más como si fuera un cuento que habían oído que algo que les hubiera ocurrido personalmente. Sólo Rata Friggens —a quien el amuleto de la Viuda había traído de vuelta desde el aire mismo, y no desde una piedra como los demás—, aún parecía afectado por la severa prueba, aunque no quería hablar de ello. Las raras veces que aparecía, tenía los ojos desencajados y guardaba un huraño silencio.

Al transcurrir el tiempo, a Jodi le resultó cada vez más difícil recordar. Los detalles se le embrollaban en la mente, se esfumaban y se enredaban con fragmentos de cuentos de hadas que había oído en la infancia. Al fin ella misma llegó a dudar.

Incluso la música la había abandonado. Recordaba la existencia de la música, pero no la música misma. Cuando se escuchaba los latidos, sólo oía un pum-pum en el pecho. Ningún ritmo le respondía, sus pulsaciones no reflejaban una cadencia antigua.

No vio mucho a Taupin en esos días. Sus vagabundeos lo llevaban más lejos de

Librodot

Bodbury que de costumbre y por más tiempo. Henkie y Lizzie sólo la reconocían vagamente cuando se cruzaban en la calle, y los chicos de Pingajos guardaban un extraño silencio. Denzil demostraba menos paciencia que nunca cuando Jodi intentaba hablar del asunto: «Un dislate total. Si continúas llenándote la mollera con esas fantasías, pronto no te quedará una pizca de espacio para el sentido común.»

Jodi se dedicó a deambular por las calles de Bodbury a todas horas del día y de la noche, buscando algo que se le volvía cada vez más escurridizo. A menudo se sorprendía frente a la casa de la viuda Pender, que estaba tapiada y presentaba el único misterio que las gentes de Bodbury estaban dispuestas a comentar.

¿Adonde había ido? ¿Qué se había hecho de ella?

Tenían cien teorías, a cada cual más ridícula, pero ninguna se aproximaba a lo que en verdad había ocurrido.

Sólo Jodi sabía, pero nadie quería escuchar.

Así que se detenía frente a la casa, recordando cómo ella y Edern habían bajado del alféizar de la ventana y habían atravesado la ciudad colgados del collar de Guapo. Ya no se preguntaba qué había sido real y qué no. Sólo agradecía los recuerdos que aún poseía, pues día a día se desdibujaban, volviéndose tan imprecisos que se sentía como uno de los chicos de Pingajos, como si recordara un cuento en vez de algo que le había ocurrido.

Las ventanas tapiadas de la casa la deprimían. Le recordaban las mentes tapiadas de sus amigos y el modo en que estaba tapiando su propia mente. Era como si hubiera pasado la vida entera medio dormida y hubiera despertado apenas un instante de amodorrarse de nuevo. Los recuerdos se desvanecían como sueños en la luz de la mañana.

La casa de la Viuda era el mejor sitio para evocar claramente esos recuerdos, o al menos con la mayor claridad que podía obtener. Se quedaba allí, recordando y pensando. Pensando que había sido una Pequeña. Recordando a Edern y el Mundo de los Túmulos y la música primigenia. Recordando a la Viuda y pensando que sus malas elecciones le habían arruinado la vida.

Jodi siempre se alejaba sintiendo pesar por la Viuda y fingiendo que no oía el susurro de las sombras en el seto del jardín y cerca de las paredes de la casa abandonada. Cuando veía los rasgos destrozados de la Viuda y la niña inocente que por un instante había aparecido sobre esos rasgos antes de su muerte, los ojos se le llenaban de lágrimas.

A veces se preguntaba cómo podía sentir compasión por una persona tan maligna como aquélla y ser tan impaciente con sus propios amigos. Sabía que no era culpa de ellos si olvidaban. Era este mundo donde vivían el que disipaba la magia y acentuaba la lógica; del mismo modo como la lógica estaba ausente del Mundo de los Túmulos. Pero no podía evitar enfurecerse con ellos.

A fin de cuentas, habían visto la magia con sus propios ojos. A fin de cuentas, ellos mismos habían sufrido un hechizo.

Un día, después de una frustrante mañana de discutir con Denzil, se encontró caminando por colina de Mabe rumbo a las ruinas de Creak-a-vose, donde las piedras se amontonaban bajo el cielo de la tarde. Las ropas de la Viuda ya no estaban donde ella las había dejado después de coger la manta con los botones que había necesitado esa noche; alguien las había usado —vestido, medias y demás— para vestir un espantajo, y ahora estaban grises de polvo. Jodi las miró un largo instante, luego entró en la iglesia en ruinas y se sentó en una columna caída.

Se sentía deprimida. Había cavilado durante días y sabía por qué. No era porque todos se olvidaran de la magia, ni siquiera porque sus propios recuerdos se deshilacharan hebra por hebra.

Era la promesa que había hecho a Edern Gee acerca de la música primigenia; que la mantendría viva en este mundo para que ambos mundos volvieran a acercarse.

Había derrotado a la Viuda, había rescatado a sus amigos, había recobrado su tamaño, pero lo más importante aún no estaba hecho. En el gran esquema de las cosas, en los ecos

Librodot

que aún lograba evocar, Jodi también recordaba lo que se había perdido con la música. No sólo la magia, la maravilla o el misterio, sino la perfecta simetría de la Tierra misma, que se desquiciaba lentamente a medida que ambos mundos se distanciaban. Si Jodi cerraba los ojos, recordaba la sensación...

Especies extinguidas.

Esperanzas marchitas. Tierras devastadas.

Yermos y páramos en el mundo y en el corazón de sus habitantes.

Aunque ya no la *sentía.*

Edern tendría que hallar a otra persona, pensó. Tendría que introducirse en los sueños de otro.

¿Y si no podía? ¿Y si Jodi era su última oportunidad?

Al pensar eso, se sentía peor.

Se le ocurrió que estaba en el lugar más apropiado. En una iglesia en ruinas con un túmulo debajo. Un abandonado lugar de culto construido sobre los huesos de antiguos difuntos. Un lugar donde mueren las esperanzas.

Se sumió cada vez más en su abatimiento. Miró en torno y todo le pareció pálido y opaco, como si alguien le hubiera echado una mortaja encima y sólo pudiera ver a través de esa tela que adormecía los colores. Nada tenía sentido.

¿Música primigenia? Mejor llamarla música perdida: la música perdida para siempre.

¿Y si la hallaba de nuevo? ¿De qué le serviría? ¿Quién la oiría? ¿Quién la recordaría el tiempo suficiente para que sirviera de algo? Si ella, que había estado atrapada en sus tonantes compases en el Mundo de los Túmulos, viviendo y respirando su ritmo y el poder de sus cadencias..., si ella podía olvidar *eso,* si eso dejaba de ser algo que sentía y conocía para convertirse en una evocación borrosa, como el recuerdo de su primera visita al zoológico de Denzil, ¿cómo podía esperar que otros la recordaran? A lo sumo podría invocar un eco tenue.

¿Y de qué serviría eso?

Había tenido la oportunidad de hacer algo importante con su vida, como siempre había deseado. Hacer algo que tuviera significado. Y se le había escabullido.

Perdido.

Como la música.

Era frustrante recordar sin recordar. Evocaba la lógica de lo que había experimentado, pero no la emoción. Era como esa proverbial palabra que se tiene en la punta de la lengua: parece estar a un palmo, pero bien puede estar a mil kilómetros.

Si tan sólo...

Irguió la cabeza al oír un sonido. El corazón le dio un brinco, pues Jodi pensó que la música regresaba, pero no era eso. Tampoco era el viento. Era un susurro suave y burlón, risas oscuras procedentes de las sombras...

Miró los recovecos donde las sombras eran más profundas.

—Adelante —les dijo—. Podéis reíros. A fin de cuentas, habéis ganado...

Ganado, ganado, ganado.

Los ecos se mofaban de ella.

Jodi se detuvo a pensar en sus palabras. Las sombras habían ganado. ¿Ganado qué?

Aquí el problema no eran las sombras —como en el caso de la Viuda— sino ella misma. Las sombras no se mofaban porque hubieran ganado, sino porque ella había desistido.

Sintió un cosquilleo al comprenderlo.

Se levantó y abandonó la penumbra de la iglesia para salir a la luz del sol. El paso que dio, de las sombras a la luz, fue como el chasquido de un interruptor en la cabeza. Miró a su alrededor *de veras* y se preguntó cómo había podido caer en ese enfermizo desánimo.

Dondequiera que miraba todo parecía maravilloso. Los setos, los brezales, los tejados de la ciudad, las viejas ruinas de Creak-a-vose..., todo tenía una claridad cristalina que le

Librodot

quitaba el aliento. ¿Por qué los hombres adoraban en iglesias, encerrándose en la oscuridad, cuando el mundo se extendía allende sus puertas en toda su gloria?

Maldita sea. Lo único que no tenía sentido eran sus propias cavilaciones. ¿Qué importaba que Denzil y los demás no recordaran? Ella recordaba, ¿no? Si no todo, lo suficiente para mantenerlo con vida.

Parecía tan puerilmente simple. Casi oyó la voz de Edern.

La magia del mundo es mucho más sencilla de lo que suponemos.

La música no estaba perdida. ¿Cómo podía estar perdida si ella la llevaba siempre en su interior? Jodi no la había descubierto en el Mundo de los Túmulos. La había *redescubierto.*

—¡Gracias! —dijo a las sombras que se acurrucaban dentro de las ruinas.

Como las sombras no respondieron, Jodi atravesó un seto y se dirigió por los brezales hacia el Men-an-Tol. Tal vez tampoco hubiera oído aunque hubieran respondido. El corazón le desbordaba, rebosante de la simple alegría de estar viva. No podría haber explicado por qué se sentía tan afligida en un momento y tan viva en el siguiente. Mientras avanzaba entre las flores amarillas de la aulaga, sólo sabía que había vivido los últimos días como si estuviera sorda, muda y ciega.

De nuevo podía oír: el roce de sus pantalones contra la aulaga, el susurro de sus pisadas en el suelo, el canto distante de un pájaro, el resuello del viento entre los helechos secos; podía cantar: con cierta discordancia, pero llena de euforia mientras se dejaba impulsar por su propia letra y su propia melodía; y podía ver: el ondulante mar de aulaga amarilla y verde, los helechos pardos y los capullos rosados del brezo.

Cuando llegó al dolmen estaba mareada y sin aliento. Se desplomó en el suelo junto a la piedra agujereada y se apoyó en ella para escrutar el cielo, donde un cernícalo se perfilaba contra una nube blanca y polvorienta recortada contra un océano de azul.

—¡Hola! —gritó, saludando al pájaro.

¿Y acaso no ladeó el pájaro las alas un instante, en respuesta, o fue sólo su imaginación?

No importaba. ¿Acaso la mitad de la vida no consistía en eso, en imaginar posibilidades y explorarlas? Y lo que iba a imaginar —lo que iba a hacer— era lograr que el Men-an-Tol cantara. Allí en el brezal. Cantaría y nunca dejaría de cantar. Así, quien pasara por allí oiría la música y se la llevaría consigo. El viento mismo la arrastraría a otras tierras hasta que un día todo el Mundo del Hierro oyera y recordara esa música.

La música primigenia.

Se levantó y se encaramó a la piedra. Se montó a horcajadas, con los codos al frente, la cabeza alzada y las piernas colgando a ambos lados. Entonces se quedó muy quieta y trató de acallar su mente.

No pienses en nada. No pienses.

Trató de absorber la antigua quietud que estaba oculta en las honduras de la piedra, una quietud que era como...

una antigua danza

... y se concentró en los latidos del corazón, en su ritmo, en su sangre que al circular reflejaba esa...

música oculta

... hasta que flotó en ese estado intermedio entre el sueño y la vigilia, en que todas las cosas son posibles.

Y entonces oyó...

Dumm-dum, Dumm-dum.

... un ruido remoto, como un trepidar de cascos, que se acercaba. Y Jodi flotaba, alejándose...

Los rasgos de Edern le acudieron a la mente. Estaba en el Mundo de los Túmulos, frunciendo el ceño con preocupación.

Librodot

—¿Qué estás haciendo? —preguntó.

—Soñando —respondió Jodi—. Soñando la magia.

Dumm-dum. Dumm-dum.

La preocupación de Edern se convirtió en alarma.

—Nunca volverás a ser la misma —advirtió.

—Lo sé. Pero la música continuará.

—El Mundo de los Túmulos también quedará cerrado para ti, a causa de tu sangre del Mundo del Hierro.

—Lo sé.

Dumm-dum.

—Me transformaré en la música —añadió Jodi— y nunca permitiré que se disipe de nuevo.

—Es un precio demasiado alto... —replicó Edern.

—No moriré —interrumpió Jodi—. Continuaré para siempre.

—Pero cambiada —dijo él.

—Cambiada —convino ella.

—Yo no te he pedido que hagas esto.

Dumm-dum.

—Yo he escogido hacerlo —aseguró Jodi.

—Pero...

Dumm-dum. Dumm-dum.

La música se la llevaba. Partes de ella se disolvían para alimentar la música, que ahora cantaba con la voz de Jodi. No la voz discordante con que habitualmente procuraba cantar, sino los tonos puros y claros que llevaba por dentro, el eco de sus latidos. Era como disolverse en el Men-an-Tol, transformarse en parte de él. Siguió las raíces del misterio que se propagaban desde el centro del agujero de la piedra, hundiéndose en los latidos de la tierra. El viento la llevó por brezales, bosques y por encima de Bodbury hasta el mar.

—Adiós, Edern —se despidió Jodi—. Recuérdame.

—¿Cómo podría olvidarte? —preguntó Edern mientras la grieta entre ambos mundos se disipaba y Jodi se perdía de vista.

Pero la música persistía, reverberando para siempre, a través del Mundo de los Túmulos y más allá. Esta vez no provocaba tempestades. Aplacaba la tierra, llevando el don de la lógica al mundo de Edern y el don de la magia al mundo de Jodi.

Sosteniendo el misterio, para que reverberase para siempre, hasta la eternidad.

2

Aunque tarde Denzil no podía concentrarse. Seguía pensando en Jodi y en la insensata discusión que esa mañana le había hecho salir airadamente del altillo. Los animales estaban inquietos desde que Jodi se había ido. Inquietud que se traducía en una sensación turbadora que Denzil ya no podía ignorar.

Al fin dejó su trabajo. Comprendió que había sido demasiado tajante. Jodi era joven, y la juventud tenía derecho a las fantasías. ¿Quién era él para poner freno a su sentido de la maravilla? El mundo mismo se encargaría de eso demasiado pronto. Y entonces quizá Jodi descubriera que había otra clase de magia en el mundo; no una magia de cuento de hadas, pero magia al fin. ¿Pues qué eran, sino magia, las maravillas de la naturaleza?

Pero ella tenía que comprenderlo por su cuenta. Hasta entonces, ¿qué clase de amigo era él si constantemente le señalaba los errores de su pensamiento? Llegaba un punto en que la ayuda se transformaba en una crítica fastidiosa que no beneficiaba a ninguno de los dos.

—Ven conmigo, tú —le dijo a Ollie mientras se ponía la chaqueta y el sombrero.

El macaco saltó del respaldo de la silla, donde tiraba melancólicamente de un jirón de relleno flojo, y se acurrucó bajo la chaqueta de Denzil.

—Veamos si podemos encontrarla —añadió Denzil.

Una vez en la calle, no supo por dónde empezar. Esa extraña sensación turbadora regresó, pero esta vez era la sensación de haber hecho lo mismo antes.

Había tenido un sueño —un sueño que jamás debió comentarle a Jodi, pues ahora ella no hablaba de otra cosa— en que la viuda Pender la transformaba en Pequeña y todos iban al Viejo dolmen del brezal...

Tuvo la certeza de que Jodi había ido allí.

Refunfuñando, echó a andar por la colina de Mabe. Cuando llegó a los brezales, más allá de las viejas ruinas de Creak-a-vose, Ollie se puso cada vez más inquieto bajo la chaqueta.

—Deja de alborotar —le ordenó Denzil, aunque él también empezaba a sentirse inquieto.

Era como si se aproximara una tormenta. Cosa que era manifiestamente imposible porque el cielo estaba despejado, a no ser por un borrón de nubes deshilachadas al oeste. Ollie salió de debajo de la chaqueta y trepó al hombro, parloteando con insistencia y tirando del pelo de Denzil como para que se diera prisa. Había un sonido en el aire, una extraña palpitación semejante a un tambor tocando al ritmo de un latido por encima de una ráfaga de viento que parecía música.

Denzil creía reconocer una melodía, una melodía que recordaba de la infancia y que solía cantar su padre. Siempre había sido la canción favorita de Denzil. Hoy lo colmaba de presagios.

Apuró el paso, sintiendo la misma urgencia que Ollie, una insistente necesidad de llegar cuanto antes al Men-an-Tol.

Cuando llegó allí, lamentó haber ido.

Ollie chilló y saltó al suelo para correr los últimos metros que los separaban de la piedra agujereada. Brincó a la cima de la piedra y se volvió hacia Denzil con ojos acongojados.

—Oh, Jodi —dijo Denzil—. ¿Qué has hecho?

Ollie cogió las ropas que estaban en la cúspide de la piedra, olisqueando la camisa y los pantalones que Jodi usaba al marcharse airadamente del taller. La chaqueta estaba en el suelo junto a la piedra. Había un zapato a cada lado. Pero no había rastro de Jodi.

El mono gimoteó mientras entregaba la camisa a Denzil, que estaba petrificado, escuchando la música.

Recordando.

Un momento de locura. Una noche, un día, otra noche... de magia. De Pequeños y de cadáveres reanimados. De brujas y de piedras...

Especialmente de piedras.

Un monumento, de piedra.

Él había sido un monumento de piedra, por el hechizo de la Viuda...

—Oh, Jodi —repitió en un murmullo.

La sobrecogedora música cantaba en derredor. Denzil se meció al son de su ritmo, con lágrimas en los ojos. Oía a Jodi en esa música. Sabía que ella se había sacrificado para despertarla

—*Es preciso oírla* —había procurado explicarle más de una vez en esa semana—. *Sin la música, ambos mundos están condenados.*

Denzil le había dicho que era un disparate. No existía un Mundo de los Túmulos.

—*¿No recuerdas nada de lo que ocurrió?* —le había gritado Jodi—. *¿Cómo puedes estar tan ciego?*

—*No estoy ciego* —le había replicado Denzil—. *Veo que el mundo está*

perfectamente bien.

—*Sólo ves el mundo como lo vería un sonámbulo* —había respondido Jodi esa mañana, en el último capítulo de esa discusión permanente.

Y luego había salido hecha una furia, dejando sólo el eco de sus palabras.

Como lo vería un sonámbulo.

Le corrían lágrimas por las mejillas. Denzil no sabía cómo, pero Jodi se había *transformado* en la música. Para probar que era real. Para probárselo a él y a los demás sonámbulos.

Cuando una mano le tocó el hombro, Denzil no se sobresaltó. Se volvió lentamente y se encontró con Taupin.

—Ella... se había ido —murmuró Denzil—. Hacia la música.

Los ojos de Taupin también relucían.

—Lo sé —asintió—. Yo... caminaba por aquí... pensando. Entonces la oí y recordé...

—Yo me equivocaba —dijo Denzil—. La he tratado mal... sin respeto. Parecía tan descabellado todo lo que ella decía...

—Yo la he tratado peor —replicó Taupin—. Siempre lo supe, pero, de alguna manera..., lo olvidé...

—Y ahora es demasiado tarde. Ella se ha ido.

Taupin apoyó el hombro en los encorvados hombros de Denzil y murmuró:

—Hacia la música.

Su voz estaba transida de asombro y aflicción.

Hacia la música, se repitió Denzil.

Escucharon, abrazados para confortarse, mientras el sonido los bañaba. Les vibraba en la médula de los huesos, agudo y dulce, desgarradoramente plañidero, rápido como una jiga, lento como el aire más tristón. Los corazones se les henchían con esa belleza y ese misterio. Con todo lo que revelaba y todo lo que ocultaba.

No podían moverse, no podían hablar. Sólo podían abrazarse y mirar la piedra agujereada con esas prendas encima.

Sólo podían escuchar.

Entonces la música se disipó lentamente, reduciéndose a un murmullo suave que se transformó en el soplido del viento a través del orificio del Men-an-Tol. Un viento que aún contenía un eco de esa música, pero que les permitió moverse una vez más, para lanzar un triste suspiro.

Denzil alzó la manga y se enjugó las lágrimas. Miró la piedra donde Ollie estaba sentado, aferrando la camisa de Jodi. El macaco se apretó la tela contra el pecho y se balanceó tristemente. Denzil se acercó para recoger el resto de la ropa de Jodi.

De pronto Ollie miró hacia el lado del Men-an-Tol que permanecía oculto a los ojos de Denzil y Taupin. Arrojó la camisa a un costado y saltó de la piedra, aterrizado excitado por la chachara que llegaba del otro lado.

—¿Jodi...? —preguntó Denzil.

Sintió euforia al rodear la piedra y abatimiento cuando no vio indicios de Jodi. Ollie tenía algo en la mano. Parecía como un ratoncito rosado que chillaba y agitaba las patitas.

Denzil advirtió que un ratón no tenía esas patas. Ni un mechón de pelo rubio. Enseguida distinguió lo que decía la criaturilla:

—Bájame. ¡Bájame!

Se arrodilló y abrió al zarpa de Ollie. Una diminuta y desnuda Jodi Shepherd le cayó en la palma, cubriéndose con las manos. Denzil apartó los ojos, sonrojado, hasta que Taupin sacudió la pelusa de un pañuelo que extrajo de uno de sus voluminosos bolsillos y lo ofreció a la diminuta Jodi. Denzil la miró una vez que ella se hubo cubierto.

—¿Me creéis ahora? —preguntó con su voz chillona.

Denzil asintió.

—¿Qué... qué te ha ocurrido? Pensaba que la Viuda estaba muerta.

Librodot

—O sea que lo recuerdas.

—Desde que he oído la música —dijo Denzil.

—Bien, la Viuda está muerta —declaró Jodi.

—¿Entonces cómo...?

—¿Me he vuelto así? He cedido parte de mí para que la música viva. Ahora lo único que queda de mí es una Pequeña.

—Pero... ¿puedes...?

—No puedo volver a transformarme —respondió—. No es igual que cuando me encogió la Viuda. Ella conservaba esa otra parte de mí en la capa. Yo la he cedido.

—A la música —aventuró Taupin.

—A la música —confirmó Jodi, sonriendo.

—¿Pero qué haremos contigo? —preguntó Denzil.

—Llevarme a casa, espero. De lo contrario, me espera una larga caminata.

Ollie extendió la zarpa para tocarla y ella le propinó un golpe juguetón.

—Pero ni sueñes con exhibirme en algún congreso científico —advirtió Jodi.

—O peor —añadió Taupin con una sonrisa—, en un circo.

Jodi demostró su flamante madurez sacándole la lengua.

—No podemos hablar a la gente sobre mí. Sólo sobre la piedra. Todos deberían venir a escuchar la música de la piedra.

—Pero tu tía... —comenzó Denzil.

—Oh, podemos contárselo a cierta gente, por supuesto —concedió Jodi—. Pero tendremos que ser cautos.

Denzil asintió con la cabeza.

—Piensa cuánto podré ayudarte ahora con tus experimentos.

—Puedo explorar el bolsillo de Taupin. Puedo hacer cientos de cosas.

—Estás loca —exclamó Denzil mientras regresaban a Bodbury por el brezal—. ¿Cómo has podido hacer semejante cosa?

—Escucha —dijo Jodi, señalando la piedra.

Denzil y Taupin se detuvieron y miraron hacia atrás. Aún oían el viento en la piedra. Había en él un eco de esa música primigenia, sólo un susurro, apenas un vestigio, pero suficiente. Suficiente para que el viento la esparciera por el brezal y quizá, con el tiempo, por el mundo.

—¿No crees que vale la pena? —preguntó Jodi.

Denzil y Taupin asintieron.

—Pero no dejéis que construyan una iglesia ni nada parecido alrededor.

Necesita estar libre para obrar su magia.

HAY QUIEN DICE QUE EL DIABLO HA MUERTO

Los dioses que están muertos son simplemente los que ya no le hablan a la ciencia ni al orden moral de su época... Todo dios que está muerto puede ser invocado para regresar a la vida.

JOSEPH CAMPBELL,
El camino de los poderes animales

Charlie Boyd colgó el auricular y se volvió hacia su hijo.

—Era él —dijo.

—¿El mismo que telefoneó esta tarde a la granja? —preguntó Dinny.

Charlie asintió.

—Considerando lo que me ha dicho, es una voz que no olvidaré fácilmente.

—¿Qué te ha dicho?

Charlie repitió sus palabras.

—¿Y qué significa «respuesta equivocada»? —preguntó Dinny.

—Que es hora de telefonear a la policía —contestó Charlie.

—Pero la nota decía...

—Lo sé, hijo. No es una decisión que me agrade. Pero Janey no está aquí y alguien tiene que tomarla.

Dinny suspiró y se dirigió a la puerta delantera mientras su padre llamaba a la policía. Contempló la noche. Nada se movía en Chapel Place, excepto un gato que se lavaba la cara en medio de la calle. Las ventanas de las casas que bordeaban la angosta calle arrojaban cuadrados de luz a la acera: aquí el tenue fulgor amarillo de una lámpara de lectura, más allá el parpadeo blanco azulado de un televisor.

Parecía otra noche apacible en Mousehole. La vida continuaba. Sólo que en alguna parte de esa misma noche, un loco había tomado a un amigo como rehén.

Dinny meneó la cabeza. Era una situación que uno podía esperar en Irlanda del Norte o el Medio Oriente. No aquí, en Mousehole.

Su padre se le acercó después de telefonear y le apoyó la mano en le hombro. Tal vez iba a decir algo, pero sólo suspiró como Dinny. Ambos se quedaron allí, esperando. Tratando de no pensar en el Vejete ni en lo que le dirían a Janey.

Dinny sintió angustia al ver los faros que bajaban desde Paúl por la abrupta colina.

Poco después Janey aparcaba el Reliant Robin junto a la camioneta amarilla del Vejete.

—Creo que nuestros problemas han terminado —comentó Janey al apearse del pequeño coche.

Se les acercó con un andar saltarían que titubeó al ver el semblante sombrío de los Boyd.

—¿Qué pasa? —preguntó—. ¿El abuelo...?

—No está bien —respondió Charlie.

Aún no había atinado a explicarse cuando llegó el alguacil local. El policía interrumpió a Charlie antes de que pudiera avanzar mucho en su relato, para llamar a la subdivisión de Penzance y pedir refuerzos. Cuando terminó su llamada, se volvió nuevamente hacia Charlie.

—Muy bien —dijo—. Empecemos otra vez desde el principio.

2

El Vejete había pasado por situaciones difíciles: durante la guerra y a menudo en la bahía, cuando las borrascas empujaban el mar contra los acantilados y arrastraban consigo los botes. No se consideraba un hombre especialmente valiente. Sólo hacía lo debido cuando era debido. Cuando el salvavidas *Solomon Brown* se hundió en 1981, intentando salvar a la tripulación del *Union Star,* que se había estrellado contra los acantilados de Boscawen, él estuvo allí con los demás hombres de la aldea, sin pensar en el peligro y sin pensar si era valiente o cobarde; simplemente haciendo lo debido.

En todo caso, había sido valiente al afrontar la situación después de la muerte de Addie y su hijo. Eso requería más coraje del que había necesitado en las playas de Dunkerque o en Mount's Bay. Janey lo había ayudado en esa época. Y sólo pensando en Janey podía afrontar este mal trago.

Debía resistir por ella. Pues cuanto más tiempo su captor se ocupara de él, más tardaría en pensar en ella. El Vejete esperaba que para entonces Janey habría tenido la sensatez de telefonear a la policía.

La policía le brindaría protección.

Hasta entonces necesitaba ganar tiempo, y pagarlo con una valiosa moneda.

El olor a gasolina impregnaba el aire. Tenía la pierna del pantalón empapada de ese líquido. Le dolían los brazos por la firmeza con que lo habían amarrado a la silla. A la luz de la lámpara eléctrica que había llevado el americano, vio el extraño destello de los pálidos ojos de ese hombre cuando le acercó el encendedor por segunda vez.

No eran los ojos de un hombre cuerdo. Eran los ojos de un hombre que se complacía en el dolor, el dolor ajeno. El dolor que infligía a los demás.

El Vejete no pudo contener un grito cuando la gasolina del pantalón estalló en una llamarada. La gasolina se encendió con un borbotón de fuego azul. El Vejete echó la cabeza hacia atrás mientras el calor le chamuscaba las cejas y el pelo. Tiró de sus ligaduras, arqueando la espada contra la silla para hacer palanca, pero las cuerdas que le sujetaban brazos y piernas apenas le permitían moverse. Lo envolvió una repentina nube de humo negro y el hedor de la tela chamuscada y el pelo quemado. Sintió el calor en la pierna y cómo la piel se le ampollaba...

Bett le arrojó una manta sobre la pierna, que sofocó las llamas.

Pero el dolor persistía.

Y los ojos de Bett prometían más dolor.

Con vergüenza, el Vejete comprendió que se le había vaciado la vejiga, mojándose los pantalones. El sudor le perlaba la frente. La camisa húmeda se le pegaba a la espalda.

Librodot

El miedo le enviaba un calor febril por el cuerpo, que era al mismo tiempo como hielo que se endurecía en un abrazo glacial sobre el pecho.

Los relámpagos de frío y calor le provocaban espasmos.

Parpadeó para apartarse el sudor de los ojos, sin querer mirar a su captor, pero sin poder mirar hacia otro lado.

El miedo se agudizaba. No sólo temía por él, sino ante todo por Janey. Por lo que este loco le haría.

Porque sin duda iría tras ella. Ocurriera lo que ocurriese aquí, Bett iría luego tras Janey.

El Vejete no soportaba la idea. Si iba tras ella muy pronto, antes de que Janey pudiera llamar a la policía.

—Te digo que ya no lo tenemos —intentó de nuevo.

—Quizá sí, quizá no —replicó Bett, encogiéndose de hombros—. Pero sabéis dónde está.

—Está...

El Vejete tuvo que cerrar la boca cuando Bett le vació un bidón en la cabeza, vertiéndole gasolina en todo el cuerpo. Le irritó los ojos. Las vaharadas lo sofocaron y el estómago se le revolvió de náusea. Tiritó violentamente cuando una ráfaga de aire fresco le sopló en la ropa húmeda.

Bett arrojó el bidón vacío a un lado y buscó otro. Abrió la tapa. Se detuvo al oír el ulular de una sirena en el camino de Newlyn a Mousehole. Miró al Vejete y meneó la cabeza.

—Alguien está haciendo lo que no debe —murmuró.

—¿Por... por qué?

El Vejete trastabilló con las palabras, tratando de disimular el alivio que sentía. Al menos Janey estaría a salvo.

—Dije sin policías. La gente nunca escucha, ¿verdad? Como tú, viejo. Te estoy dando una oportunidad, pero ¿acaso me oyes?

—Yo...

—¿Sabes qué pienso? Pienso que *quieres* arder.

Por favor, Dios mío, pensó el Vejete. Si he de morir de este modo, al menos déjame llevar a este demente conmigo.

Tiró de nuevo de las ligaduras, pero los nudos eran muy firmes.

Bett rió mientras dejaba el segundo bidón en el suelo.

—Creo que ya estás bastante mojado para lo que tengo en mente —dijo. Se acercó al Vejete, que forcejeaba en vano contra las ligaduras—. ¿Cuánto crees que durarás? ¿Te irás cuando el dolor te haga parar el corazón? ¿O cuando tus pulmones absorban las llamas? —Sacó el encendedor del bolsillo—. Sólo una cosa os salvará a ti y a esa bonita nieta que tienes. Debes decirme...

Sonó un estruendo. El Vejete se encogió y cerró los ojos ante el rugido de la gasolina.

Pero su dolor no aumentaba.

Ni había calor.

Abrió los ojos y vio que el encendedor se había caído de la mano de su captor. Bett estaba tirado en las piedras, aferrándose la pierna. Le brotaba sangre entre los dedos. Miraba hacia la escalerilla apoyada en la pared de piedra del silo.

—T-tú... —masculló Bett.

El Vejete siguió la mirada de Bett. La luz mortecina de la lámpara eléctrica le dificultaba identificar al hombre que estaba allí. Era un sujeto corpulento, de tez pálida y cabello desgreñado. Un vendaje tosco y ensangrentado le cubría un hombro. Llevaba un brazo encogido contra el pecho y la mano calzada en el cinturón. En la otra empuñaba un arma.

—Tú estás... muerto —balbuceó Bett.

Librodot

El hombre aún bajaba torpemente por la escalera. Dio la vuelta, apoyándose en el marco de madera, y encañonó a Bett con mano trémula.

Cuando el hombre se acercó a la luz, el Vejete advirtió que se traba de Davie Rowe. Parecía estar en las últimas. ¿Bett había dicho que estaba muerto...?

Al meter éste la mano en el bolsillo, Davie disparó de nuevo. Bett aulló cuando la bala le perforó la otra pierna.

El balazo retumbó con más fuerza ahora que Davie estaba más dentro del silo.

—Te... seguí... —le dijo Davie a Bett—. Estás en mi… cabeza... no te puedo... sacar...

La voz le resbalaba. Era obvio que Davie estaba muy dolorido. Contrajo la cara mientras descendía los últimos peldaños. Se apoyó débilmente en la escalerilla cuando llegó abajo y se volvió hacia el Vejete.

—Lo... liberaré... en...seguida... señor... Litt...

No debió haber desviado los ojos.

El pistoletazo fue como un trueno.

La bala le dio en el pecho y le aplastó contra la escalera. Un segundo disparó lo apartó de la escalera, pero no lo tumbó.

Bett había desenfundado su revólver. La cara le temblaba de dolor. Luces enloquecidas le llameaban en los ojos furibundos. Disparó por tercera vez.

—¡Muere, maldito seas! —gritó.

Estaba tendido en el suelo, apoyado en un codo, con ambas piernas inutilizadas. La sangre manaba de las heridas formando una mancha oscura en los pantalones. El tercer disparo dio en pleno pecho de Davie. Sin embargo, el hombre no caía.

—¿Por qué no mueres? —chilló Bett**.**

—No puedo... —murmuró Davie.

Su pecho era un guiñapo. Le broraba sangre de la comisura de la boca, pues se había mordido la lengua. Tambaleándose, avanzó paso a paso, acercándose a Bett con el arma alzada. El Vejete no entendía cómo Davie aún estaba en pie y mucho menos cómo lograba moverse. Antes de que Bett pudiera disparar por cuarta vez, Davie apretó el gatillo. Un agujero apareció junto a la nariz de Bett: la bala había entrado por allí y le había reventado la parte trasera del cráneo.

Davie le clavó los ojos, tambaleándose sobre los talones.

—A... cada... perro... —dijo, ahogándose con su sangre mientras procuraba articular las palabras— le... llega.

Vació su arma en el cuerpo. El cadáver se retorció con cada disparo.

Era sólo por el impacto de las balas, pues Bett había muerto por ese tiro en la cabeza.

—Es... mi… día... —murmuró Davie.

Siguió apretando el gatillo mucho después que se le terminaron las municiones. Ecos dolorosos vibraban en la cabeza del Vejete, que siguió oyendo el chasquido seco del percutor hasta que Davie arrojó el arma a las piedras.

Se movió hacia el Vejete y sacó una navaja del bolsillo. Cayó de hinojos al llegar a la silla, con el torso sobre el regazo del Vejete. Alzó lentamente la navaja, pero no tenía fuerzas para cortar las sogas. Tosió sangre. Su cuerpo se estremeció con violentos espasmos contra las piernas del Vejete.

—Siempre... quise... —intentó.

Y al instante murió.

El Vejete tardó largo tiempo en apartar el cuerpo de Davie. Aunque cada movimiento le arrancaba relampagueos de dolor en la pierna quemada, trató de superarlo. Empujó con los pies hasta que la silla se alejó del peso del cadáver lo suficiente para permitirle completar la tarea.

Volcó la silla, boqueando de dolor cuando dio con el hombro contra las piedras. Los nervios quemados de las piernas chillaron. Durante un largo instante se quedó tendido,

Librodot

sofocado por las efluvios de la gasolina. Luego movió la silla muy despacio, palmo a palmo, hasta coger la navaja. Tardó siglos en abrirla y más siglos en cortar las sogas.

Cuando al fin estuvo libre, no salió del silo. Se arrastró hasta Davie Rowe y acunó la cabeza del hombre en su pierna sana, apartándole el pelo de la frente con ternura.

—Se lo contaré, pajarito mío —murmuró—. Ten por seguro que les contaré que eras un buen hombre.

Aún abrazaba el cuerpo cuando llegó la policía.

3

Peter Goninan fue la única persona a quién Janey contó toda la historia.

Los días que siguieron a ese domingo por la noche fueron agobiantes. Janey y los demás pasaron hora tras hora en interrogatorios policíacos: los alguaciles locales, el Departamento de Investigación Criminal e incluso Scotland Yard. Los entrevistaron por separado y tuvieron que repetir sus historias una y otra vez, hasta hartarse. En un momento, como Félix no tenía empleo, era extranjero y el único sospechoso con un motivo razonable, la policía se empeñó en arrestarlo por el homicidio de Madden. Pero un sargento del distrito de Devon y Cornualles —un sobrino de Chalkie que conocía a Félix por sus anteriores estancias en Mousehole— intercedió por él. Al fin lo pusieron en libertad y al final los dejaron a todos en paz. El homicidio de Madden quedó sin resolver.

El Vejete sólo tuvo que pasar un día y medio en el hospital. Las quemaduras, aunque dolorosas, eran casi todas superficiales. Si Bett hubiera aguardado unos segundos más antes de extinguir el fuego... Pero ninguno de ellos quería pensar en eso.

La amenaza contra la granja de los Boyd nunca se cumplió, ni la concerniente al empleo de Clare en la librería. La gira de Janey se restauró tan misteriosamente como se había cancelado. No obstante Janey la hizo postergar. A esas alturas no le interesaba afrontar una actuación, así como ya no soportaba a esos buitres de Fleet Street que descendían en la aldea y fisgoneaban en sus vidas con tan manifiesto regodeo.

Una semana después de la noche de las muertes, ella, Félix y Clare viajaron a la granja de Goninan. Janey aún necesitaba una explicación exacta sobre lo ocurrido y no sabía a quién más acudir.

Goninan los estaba esperando. Una Helen mucho menos huraña los condujo a la casa y, con ayuda de Félix, preparó té para todos.

—¿Fue real? —preguntó Janey cuando terminó de referir lo que había ocurrido en el Men-an-Tol.

—Depende de lo que usted llame real —replicó Goninan.

—No, hablo en serio. Él nos hipnotizó a todos junto a la piedra, ¿verdad?

—Aleister Crowley —respondió Goninan sonriendo— definía la magia como «la ciencia y el arte de causar cambios en conformidad con la voluntad».

Hubo un instante de silencio mientras todos esperaban que se explayara sobre esa definición, pero Goninan se limitó a beber té.

—¿Está diciendo usted que sí ocurrió? —preguntó al fin Félix.

Goninan meneó la cabeza.

—Yo no estuve allí, así que no puedo aseverar qué ocurrió. Sólo puedo decirles que Madden, al igual que Crowley, a quien tanto admiraba, como muchos otros, era un gran mago. Podía obrar lo que nosotros consideraríamos milagros.

—¿Y usted...? —preguntó Janey.

—Yo no soy un gran mago.

—¿Por qué todos son malignos? —quiso saber Clare.

Librodot

—Eso no es cierto —dijo Goninan—. Hay muchos grandes magos que han trabajado para el bien del mundo y sus gentes. Hombres como Gurdjieff, de quien hemos hablado, y Ouspensky. Rudolf Steiner..., el aborigen americano, Trueno Rodante... o Spyros Sathi, el chipriota más conocido como Daskalos. Ellos sólo hacen buenas obras. Procuran elevar el espíritu de la humanidad hacia un destino más elevado. Y no aceptan recompensas por lo que hacen.

—Ellos no son magos... —replicó Clare—. Son filósofos.

—Los mejores magos lo son, pues no es la magia lo que los conduce a sus estudios, sino la necesidad de comprender el mundo y su propio lugar en él. En eso difieren de hombres como Madden. Este pensaba sólo en sí misino, trabajaba sólo para sí mismo. Su perdición, como la de muchos otros magos que se descarrían, fue el egoísmo. No podía concebir que un hombre o una mujer normal fueran sus iguales. Por esa razón subestimaba a quienes consideraba «ovejas».

—El desenlace parece tan redondo —comentó Janey.

—Ésa es la belleza de la magia —siguió explicando Goninan—. Se apoya en coincidencias y sincronismos. Así es como el subconsciente del mundo, lo que Jung denominaba memoria racial, procura despertarnos de nuestro sueño. Enseña a hombres como Madden que hay un equilibrio armónico y enseña a los no iniciados, en este caso nosotros, que la vida es algo más que la penumbra donde mucha gente se siente enjaulada.

—¿Pero entonces por qué se difumina? —quiso saber Janey—. ¿Por qué no podemos tener pruebas? Yo no tengo nada... Sólo jirones de recuerdos y bruma, que estoy perdiendo. Da la sensación de que todo hubiera sido un sueño. Si la magia ha de enseñarnos algo, ¿por qué se esfuma?

—No se esfuma la magia, sino nuestro interés por ella. Vivimos en un mundo práctico. Mejor dicho, lo hemos transformado en un mundo práctico. Queda poco espacio para las maravillas antiguas o los fenómenos mágicos. Estamos tan atareados con los aspectos prácticos y cotidianos de la vida que no tenemos tiempo para prestar atención a otras cosas que nos rodean.

«Pero si nos sumergimos en el estudio... Cuanto más tiempo pasamos en esa atmósfera y con esas creencias, más propensos somos a experiencias y encuentros insólitos. Si mantenemos la distancia, los fenómenos hacen lo mismo y eventualmente se disipan.

«Existen... pero no para nosotros.

—Todo parece tan... aclarado —dijo Janey, disculpándose con una sonrisa.

—Supongo que sí. A decir verdad, en algunos sentidos la magia es irrelevante. Lo mismo que nuestro interés en la vida después de la muerte, el espiritismo y demás monsergas. Lo importante es utilizar al máximo nuestro potencial como seres humanos, que es muy grande.

—Estar despiertos —apuntó Janey.

Goninan asintió.

—Y entonces descubrimos, comprendemos, que todo está conectado. El pasado, el presente, el futuro. Nosotros como individuos y el mundo donde vivimos. La vida y lo que haya más allá cuando nos vayamos. Nuestro potencial no tiene fin. El problema es que nos concentramos en lo que no poseemos y no en lo que hacemos. Debemos aprender a reconocer lo que ya poseemos en su plano potencial.

—Eso me recuerda el budismo —opinó Clare.

—Todo está conectado —repitió Goninan sonriendo—. Creo que fue Colin Wilson quien señaló que aceptamos el momento presente como si estuviera completo en sí mismo. Pero el momento presente siempre es incompleto. El logro más básico de nuestra mente consiste en completarlo. En establecer todas las conexiones. Si uno no desea que la magia se esfume, debe aprender a despertar y permanecer despierto.

—¿Pero cómo se hace? —preguntó Janey.

Goninan señaló su atiborrada casa, abarcando con un ademán el caos de anaqueles,

Librodot

aves embalsamadas y vitrinas.

—Observar pájaros no es mala idea —respondió.

4

No habían estado más de una hora en la casa de la calle Duck cuando sonó la campanilla. Todos estaban sentados en la cocina —bebiendo el segundo té de la tarde, esta vez provisto por el Vejete, con crema cuajada, bizcochos caseros y mermelada de zarzamora— y votaron rápidamente para decidir quién atendería. Aunque perdió Janey, sonreía de buen talante al ir a abrir la puerta. Sin embargo, frunció el ceño al ver quién aguardaba en el umbral.

—Tú —dijo.

—No espero una bienvenida —replicó Lena Grant, apesadumbrada.

—Haces bien.

La nueva y perfeccionada Janey tenía grandes dificultadas para ser cortés; ni que hablar de ser amistosa. Quería dar un portazo en las narices de esa mujer, pero se contuvo. No le resultó fácil.

—¿Qué quieres? —preguntó.

—Disculparme.

Janey no pudo contener una carcajada, tan áspera que le raspó los oídos.

—Nada que digas podrá remediar lo que has hecho —le advirtió al cabo de un momento.

—Lo sé.

Eso desconcertó a Janey, que estudió a Lena con la mirada. La mujer adoptaba una actitud humilde que no congeniaba con la imagen que tenía de ella.

—¿Entonces qué quieres? —preguntó con más suavidad. Aún no era amistosa, pero la nueva y mejorada Janey al menos intentaba escuchar.

—Ya te lo he dicho. Sólo pedir disculpas. No bastará con decir que no sabía lo que hacía. Lo sabía. Pero no pensaba en ello. Pienso cambiar y sólo quería... dar las gracias.

—¿Darme las gracias a mí? —replicó Janey, pestañeando sorprendida.

—A ti y a Félix... por mostrarme cómo la gente puede conducir su vida.

—Tú eres la que arregló las cosas, ¿verdad? La gira, la granja de los Boyd...

—Cuando despertamos, cuando despertamos de veras... —empezó Lena.

Janey oyó las palabras de Peter Goninan en la mente.

Aprender a despertar y mantenerse despierto.

—…y entendimos lo que hacía Madden, no sólo con nosotros, sino con todos quienes le rodeaban, y lo que nosotros hacíamos con quienes nos rodeaban a nosotros... Simplemente diré que papá y yo nos cercioraremos de que haya algunos cambios.

—¿En la Orden?, —preguntó Janey.

—Eso no se puede cambiar desde adentro —explicó Lena—. La Orden te succiona. Hemos renunciado a ella. Ahora haremos lo posible para desacreditar la organización y sus influencias.

—No te envidio —objetó Janey.

Notó que Lena leía un doble sentido en esa simple frase.

—Félix —murmuró Lena—. ¿Le pedirías disculpas por mí?

—El no sabe lo que hiciste —respondió Janey, cediendo sin poder evitarlo.

—¿Por qué no se lo dijiste?

—Al principio, por él mismo. Y ahora..., no viene al caso, ¿no crees?

—¿Quién es? —preguntó Félix desde adentro.

Janey estudió a Lena un instante, suspiró y dijo:

—¿Por qué no entras? No puedo fingir que seré tu amiga, pero si quieres decirle que lo lamentas...

—No podría encararme con él —protestó Lena—. Apenas puedo... hacerlo contigo. —Extrajo una tarjeta del bolsillo y la puso en la mano de Janey—. Si alguna vez puedo ayudarte, en cualquier cosa, llámame.

Dio media vuelta y echó a andar, justo cuando Félix llegaba a la puerta. Lena aún cojeaba un poco al andar.

—Janey... —musitó Félix—. ¿No es...?

—Lena Grant —convino Janey. Félix entornó los ojos, pero Janey lo arrastró hacia adentro—. Vino a pedir disculpas.

—¿Disculpas? ¿Cómo puede esperar que la creamos?

—No lo esperaba. —Janey miró de nuevo la tarjeta y se la guardó en el bolsillo de los téjanos—. Pero creo que era sincera —dijo, cerrando la puerta.

Librodot

CODA

Todas las cosas son conocidas, pero la mayoría de las cosas son olvidadas. Se requiere una magia especial para recordarlas.

ROBERT HOLDSTOCK,
Lavondyss

El camino que nos llevará hacia adelante es también el camino que nos llevará hacia adentro.

COLÍN WILSON,
Más allá del ocultismo

Librodot

ABSURDA BUENA NUEVA

Para mí, su música cifraba las agrestes colinas y brezales.

BILL CHARLTON,
fundador de Northumbrian Gathering, aludiendo a Billy Pigg.

—Me pregunto qué les ocurrió después —dijo Jodi cuando Denzil cerró el libro.

Estaba sentada en el alféizar, repantigada en un diminuto sillón de vaina de judías que Denzil le había confeccionado en medio del entusiasmo por los muebles en miniatura que lo había dominado cuando la Jodi de tamaño de ratón se mudó al altillo. La mesa de trabajo estaba atiborrada de mueblecitos a medio terminar, mientras que en el resto de la habitación sus afanes habían facilitado la vida a la diminuta Jodi.

Con una caja de madera le había construido un dormitorio que ahora descansaba en el estante inferior de una biblioteca. Una multitud de escalerillas brindaban acceso a varias mesas y al alféizar, donde actualmente Denzil trabajaba en un ascensor que le permitiría subir y bajar a gusto, aunque le preocupaba muchísimo que ella anduviera sola por las calles. Temía que una persona de tamaño normal la pisara, por no mencionar a los muchos gatos de Bodbury.

Por el momento, Jodi sólo salía en el bolsillo de uno de los chicos de Pingajos, o bien con Denzil o Taupin. Dedicaba sus días a hacer excursiones y a ayudar a Denzil en su labor; tenía el ojo y el tamaño adecuado para las tareas artesanales más delicadas, aunque no el entusiasmo adecuado, para consternación de Denzil. Lo que más le gustaba era remolonear y pedir a Denzil que le leyera, como había hecho esa noche.

El libro que acababan de terminar era un viejo volumen encuadernado en cuero que Taupin había hallado en los brezales, cerca del Men-an-Tol, y luego había regalado a Denzil y Jodi. «Sois los únicos que conozco capaces de apreciar cabalmente sus extravagancias», declaró Taupin, guiñándoles el ojo.

—Espero que hayan vivido felices para siempre —comentó Jodi.

—Muchos de ellos sí.

—Taupin dice que las historias continúan sin cesar, formemos parte de ellas o no. Que tienen vida propia. Cuando abrimos un libro, el relato se congela... pero sólo mientras lo estamos leyendo.

Denzil refunfuñó. El y el filósofo campestre continuaban con sus largas discusiones

Librodot

—que Jodi consideraba insensatas—, aunque ahora se centraban en los pormenores de ciertos aspectos de las maravillas tradicionales y sus propiedades, más que en la realidad de la magia.

Dos noches atrás, durante la última visita de Taupin, habían pasado horas perorando sobre el whisky, preguntándose si era una cura real o si llamarlo «agua de vida» meramente simbolizaba el estado mental alterado que el alcohol inducía en el bebedor.

—Sois como dos guisantes en una vaina —le dijo Jodi a Denzil—. No sé cuál de vosotros es peor.

—Mide tus palabras o te guardaré en un jarro.

—Escucha —observó Jodi, sonriendo y ladeando la cabeza—. Allí está de nuevo. ¿Oyes?

—Oigo algo...

Pero lo que para Denzil era borroso, para Jodi era claro como el cristal. El viento traía acordes de la música primigenia desde el brezal del Men-an-Tol. En sus compases, elevándose sobre los demás instrumentos etéreos, sonaba la voz saltarina de una pequeña gaita, que gorjeaba como un coro de pájaros contra el bordoneo de los roncones.

—Me pregunto si Taupin se habrá acordado de llevarlo a la piedra —dijo Jodi.

Denzil sabía a qué se refería. Casi no hablaba de otra cosa desde que habían terminado de labrar ese pequeño broche de hojalata, réplica perfecta de la cubierta del libro que Taupin había hallado junto a la piedra.

—Brengy cumple con su palabra —admitió Denzil. Tenía a Ollie enroscado sobre el regazo, profundamente dormido. Rascó la cabecita del macaco—. Quizá se olvide por un par de semanas, pero al fin cumple con su palabra.

—Me pregunto qué pensará ella cuando lo obtenga —dijo Jodi.

—Tal vez escriba un libro para contárselo —repuso Denzil.

—O tal vez componga una melodía —añadió ella sonriendo.

Anochecía en Bodbury. El viento traía una música cautivadora desde las colinas y la arrastraba por las callejas hasta el mar. En sus compases sonaban los pasos de una antigua danza, el susurro de un misterio, un eco que se expandía por los brezales, por el mar, de colina en colina y de ola en ola, hasta la eternidad.

Librodot

SATISFACCIÓN ES RIQUEZA

Te conocí hace mucho,
pero no pudiste saberlo
pues tú no estabas allí.
Sólo tu fantasma.
El fantasma que se escabulló
de uno de tus libros para conocerme.

JACK DANN,
«Encuentros nocturnos»

Un año después Janey Little se hallaba nuevamente en el brezal del Men-an-Tol, llevando bajo el brazo el estuche donde guardaba su gaita de Nortumbria. A menudo iba allí. A veces de noche, a veces de día; a veces con Félix, a veces sola. Se sentaba cerca de la piedra y tocaba el silbato, tratando de despejarse la mente, tratando de recordar. Esa noche, el primer aniversario, miró el dolmen y lamentó más que nunca su ineptitud para evocar aquella otra noche con la nitidez y el detalle que trataba de capturar cada vez que iba allí.

La oscuridad persistía. Recordaba a John Madden y todo lo que les había hecho. Recordaba lo que había contado el abuelo acerca de sus ordalías con Michael Bett y el pobre Davie Rowe. Pero la magia y la música... Los recuerdos eran borrosos y distantes. Especialmente los de la música.

Era tal como ocurría en el libro de Dunthorn, al menos en la versión de Janey.

Nadie recordaba. El asunto había cobrado un aire de ensueño a medida que transcurrían los meses; todos olvidaban poco a poco los diversos aspectos de la maravilla que había acontecido. Excepto ella.

A veces se llevaba esa foto de la abuela y miraba al Pequeño encaramado en el brazo del sillón. Era un hombrecillo —hubiera jurado que lo era y que estaba tocando el violín— o al menos lo había sido esa noche, cuando lo encontraron, aunque ahora a menudo le parecía un mero borrón de luz.

Esa noche habría una sesión en la granja de los Boyd, para homenajear a Janey y Félix, que acababan de regresar de una gira otoñal por California. Félix aún no tocaba en el escenario, excepto para añadir un poco de ritmo con el *crowdy crawn* hacia el fin de una

Librodot

velada. En general trabajaba en la armonización —Janey sabía que él le había mejorado el sonido del violín— y tocaba luego en las sesiones.

Poco a poco lo iría consiguiendo. Se notaba. Si no se decidía a actuar con el acordeón en la próxima gira, lo haría en la siguiente. Janey podía ser paciente, pero la nueva y mejorada Janey Little aún era firme en sus resoluciones.

Félix había intervenido en casi todos los temas del tercer álbum. Hasta el extremo de que la única discusión que habían tenido ese último año se debía a que Janey quería que figurase entre los músicos principales, pero él rehusaba, alegando que así el público esperaría que tocara en el escenario en las nuevas giras. Prefería figurar sólo entre los otros músicos invitados, como Clare, Dinny y los otros participantes de las sesiones que habían tocado en un par de temas. La nueva y mejorada Janey no había insistido más de la cuenta.

El LP había tenido éxito. Las ventas eran interesantes en Inglaterra y en el extranjero, donde lo vendían fuera del escenario en los intervalos y después del espectáculo. Naturalmente, lo habían titulado *El país pequeño.* Un comentarista de la revista *Folk Roots* opinaba que *«pequeño»* ere una alusión a Little, el apellido de Janey, o bien que el título definía al *«país en pequeño»* que Cornualles era para cierta gente. Sólo quienes se habían liado con el libro de Dunthorn conocían el verdadero origen del nombre y lo mantenían en secreto.

En el último año se había producido otro cambio importante en la vida de Janey: su madre había empezado a escribirle. Janey no había hecho caso de la primera carta, que estaba plagada de confusas disculpas. A fin de cuentas, ¿qué le debía a esa mujer? Pero la correspondencia seguía llegando, una vez por mes. La desordenada letra de la madre nunca insinuaba una reprimenda por la falta de respuesta. Eran cartas chismosas que comentaban los cambios en la vida de su madre. Que se había mudado de Nueva York. Que se había ido a Nueva Inglaterra para actuar en teatro de repertorio, como siempre había querido. Que era pobre pero feliz. Que había comprado todos los álbumes de Janey y estaba muy orgullosa de ella.

Todas terminaban con un pomposo «Tu afectuosa madre, Connie».

Esa tarde Janey se había decidido a responder. Cerró el sobre y lo llevó a la oficina de correos antes del té. Al despachar la carta, notó que se aliviaba de un peso en el que jamás había reparado.

Como se sentía algo confundida, decidió ir a Men-an-Tol antes de la sesión.

A solas.

Al despuntar la luna.

Con la gaita.

Kempy se puso eufórico al verla y brincó de aquí para allá con entusiasmo. Ahora la observaba tendida al lado del dolmen, con la lengua colgando. Janey abrió el estuche y sacó la gaita. La armó, conectando el fuelle al odre con un tubo y al canuto con el otro. Antes de soplar, la apoyó en la tapa del estuche y, mirando a Kempy con una sonrisa de embarazo, caminó hasta la piedra.

La luna despuntaba.

Janey echó un vistazo al oscuro brezal. Tras comprobar que nadie miraba excepto el collie, que de todos modos era medio chiflado, pasó por el agujero de la piedra. Salió caminando y se metió otra vez. Y otra. Nueve veces en total.

No trataba de internarse en ese otro mundo. Sólo quería verlo. Saber que era real.

Pero la niebla no se elevó desde el brezal. No hubo relampagueos de luz.

Ni música.

Sólo el silencio de la noche. Los astros titilando en un cielo asombrosamente diáfano. La luna despuntando.

Se rió de sí misma por el intento. De pie en el otro lado del Men-an-Tol, después de pasar nueve veces por el agujero redondo, se sacudió el polvo de piedra de la cazadora.

Eso se llama desesperación, pensó.

Librodot

Estaba decepcionada, aunque no sorprendida. A fin de cuentas, si la magia se pudiera invocar tan fácilmente, cualquiera podría ir hasta la piedra y probar que semejante cosa existía. Y, como había dicho Peter Goninan, la magia era algo más secreto.

Era...

Se sorprendió cuando palpó un objeto desconocido que llevaba pinchado a la cazadora. Sacó del bolsillo la linterna que había traído desde el coche y se alumbró el pecho.

Llevaba pinchado un broche que no estaba allí cuando había salido de su casa. Lo palpó con curiosidad. Parecía estar hecho de pesada hojalata, como las casitas y faros en miniatura que vendían en Penzance y la aldea como recuerdo para los turistas, dos veranos atrás. Tenía forma de libro y el diseño de la cubierta.

Tanteó las palabras del título con un dedo, cada vez más atónita.

El país pequeño.

Sintió una estremecedora calidez. Alzó los ojos y creyó ver a un hombre sentado en la cúspide del Men-an-Tol, meciendo las piernas y chocando los talones contra la piedra. Lo reconoció. William Dunthorn. No como lo conocía de las viejas fotos del abuelo, sino con el aspecto que habría tenido si hubiera vivido hasta ese día. Le sonreía con una honda mirada rebosante de misterios.

Janey pestañeó y la imagen se esfumó, pero no la calidez. Ni el recuerdo de Dunthorn sentado en la piedra.

Ni el broche.

Apagó la linterna y recogió la gaita. Se abrochó el fuelle y se apoyó los roncones en el brazo izquierdo. Hinchó el odre apretándolo con el codo. Los roncones emitieron un suave bordoneo. Inspirada, Janey arrancó una nueva melodía al canuto, compuesta allí mismo. Usó como título esa sensación que le cantaba en las venas, un regocijo que «valía dos Billys», como decían con el Vejete, siguiendo el profundo ritmo de los latidos de su corazón...

Dumm-dum. Dumm-dumm.

...que parecía reverberar allí en el suelo y más allá, en el brezal.

Se sentía mareada como si hubiera recibido una absurda nueva y necesitara gritarla al mundo con su música.

Una jiga sencilla que era un eco de la música primigenia. En sus compases sonaban los pasos de una antigua danza, el susurro de un misterio, un eco que se expandía por los brezales, por el mar, de colina en colina y de ola en ola, hasta la eternidad.

La sesión en casa de los Boyd fue un éxito rotundo. Hasta el extremo de que después muchos amigos —entre ellos algunos que vivían en lugares tan lejanos como St. Ivés y Land's End— afirmaron haber oído la música que les llegaba desde la granja.

Pero Janey sabía qué música habían oído.

Era un eco de la música primigenia, según explicó a Félix y Clare al día siguiente.

La música de ese *País Pequeño* que cada persona llevaba oculto dentro de sí.

Librodot

APÉNDICE 1

MELODÍAS DE JANEY LITTLE

Las siguientes tonadas se han compuesto para violín, pero resultan muy adecuadas para una amplia variedad de instrumentos. En todos los casos, el copyright es © 1991 by Charles de Lint; todos los derechos reservados.

APÉNDICE 2

CITAS Y CANCIONES

El autor agradece la autorización para utilizar citas de los siguientes textos.

Robin Williamson: *Five Denials con Mer/in 's Grave,* Pig's Whisker Music Press, 1979.

James P. Blaylock: *Land ofDreams,* Arbor House, 1987.

Paul Hazel: *Undersea,* Atlantic Little, Brown, 1982.

Carrie Fisher: *Postcards from the Edge,* Simón & Schuster, 1987.

Margaret Mahy: *Memory,* J. M. Dent & Sons, 1987.

Hilbert Schenck: *Chronosequence,* Tor, 1988.

Tom Robbins: *Jitterbug Perfume,* Bantam, 1984.

Susan Palwick: *«The Last Unicom: Magic as Metaphor»,* en *The New York Review of Science Fiction,* febrero 1989.

Russell Hoban: *The Medusa Frequency,* Viking, 1987.

Matt Ruff: *Fool on the Hill,* Atlantic Monthly Press, 1988.

Ian Watson: «The Mole Field», en *The Magazine of Fantasy and Science Fiction,* diciembre 1988.

Robert Holdstock: *Lavondyss,* Victor Gollancz Ltd., 1988.

Colin Wilson: *Beyond the Occult,* Bantam Press, 1988.

Jack Dann: «Night Meetings», en *Velocities: A Magazine of Speculative Poetry,* nº 4, verano de 1984.

He aquí el nombre de las piezas musicales que dan título a cada capítulo del libro.

La gaitera pendenciera: «The Quarrelsome Piper»

La vida es abigarrada: «Life Is All Chequered»

El regreso del marinero: «The Sailor's Return»

El ratón rastrero: «The Creeping Mouse»

La cacería: «The Hunt»

¿Qué demonios te duele?: «What the Devil Ails You?»

¡Allá se nos va!: «Off She Goes!»

Saca el cuchillo y húndelo de nuevo: «Paul the Knife and Stick It Again»

Perros entre los arbustos: «The Dogs Among the Bushes»

La taza de té infortunada: «The Unfortunate Cup of Tea»

Los engranajes del mundo: «The Wheels of the World»

Librodot

La aflicción de la gaitera: «The Piper's Despair»
El pantano ambulante: «The Moving Bog»
Cuatro piernas desnudas que se tocan: «Four Bare Legs Together»
Viejo mentecato: «Silly Old Man»
El enigma: «The Conundrum»
¿Te apetece el té cuando te sientes mal?: «When Sick Is It Tea You Want?»
Tócame si te atreves: «Touch Me If You Dare»
Espíritu de frontera: «Border Spirit»
El trato ha terminado: «The Bargain Is Over»
Abracadabra: «Leppadumdowledum»
Billy el Constante: «Constant Billy»
El hombre que murió y renació: «The Man Who Died and Rose Again»
Conque hallábame allí... «So There I Was»
Hogar inestable: «Tottering Hame»
Aciaga fortuna: «Fortune My Foe»
Enfréntate con el mundo: «Kick the World Before You»
El silbido del águila: «The Eagle's Whistle»
Piedra de toque: «The Touchstone»
Hay quien dice que el diablo ha muerto: «Some Say the Devil Is Dead»
Absurda buena nueva: «Absurd Good News»
Satisfacción es riqueza: «Contentment Is Wealth»

Librodot

ÍNDICE

Presentación
Nota del autor

PRIMERA PARTE: EL PUEBLO OCULTO.

La gaitera pendenciera
La vida es abigarrada
El regreso del marinero
El ratón rastrero
La cacería
¿Qué demonios te duele?
¡Allá se nos va!
Saca el cuchillo y húndelo de nuevo
Perros entre los arbustos
La taza de té infortunada
Los engranajes del mundo
La aflicción de la gaitera
El pantano ambulante
Cuatro piernas desnudas que se tocan
Viejo mentecato
El enigma

SEGUNDA PARTE: LA MÚSICA PERDIDA

¿Te apetece el té cuando te sientes mal?
Tócame si te atreves
Espíritu de frontera
El trato ha terminado
Abracadabra
Billy el Constante
El hombre que murió y renació
Conque hallábame allí
Hogar inestable
Aciaga fortuna
Enfréntate con el mundo
El silbido del águila
Piedra de toque
Hay quien dice que el diablo ha muerto

CODA

Absurda buena nueva
Satisfacción es riqueza

Apéndice 1: Melodías de Janey Little
Apéndice 2: Citas y canciones

Charles de Lint nació hace poco más de cuarenta años en Holanda. Viajero involuntario por la profesión de su padre, vivió en Yukon, Turquía, Líbano y Canadá. En la actualidad reside en Ottawa y tiene la nacionalidad canadiense.

Ha sido músico profesional (compositor, intérprete y profesor) durante catorce años y aún se le puede ver participando en sesiones de música celta, tanto tradicional como contemporánea. Asimismo es propietario y editor de Triskell Press, una pequeña editorial.

Especializado en cierta forma en la que él mismo llama «fantasía contemporánea», sus relatos suelen mezclar lo fantástico con lo cotidiano, a menudo ambientado en Ottawa y su mundo canadiense. Ha obtenido el William Crawford Award como Mejor Nuevo Autor de Fantasía en 1984 y el Casper, el premio canadiense a la mejor obra de ciencia ficción y fantasía, por su novela JACK, THE GIANT-KILLER *(1988) que recrea el clásico cuento infantil.*

Empezó a publicar en 1978, tantos relatos cortos como poemas. Sus primeros relatos se recopilaron en DE GRIJZE ROOS *(1985), aparecido en Holanda. Su abundante producción novelística empezó a publicarse en 1984 con* MOONHEART: A ROMANCE, *a la que seguirían:* THE RIDDLE OF THE WREN *(1984),* THE HARDP OF THE GREY ROSE *(1985),* MULENGRO: A ROMANY TALE *(1985),* YARROW: AN AUTUM TALE *(1986),* JACK, THE GIANT-KLLLER *(1987),* WOLF MOON *(1988),* SVNHA *(1989),* THE FAIR IN EMAIN MACHA *(1990), hasta llegar a la más destacada de sus obras:* EL PAÍS PEQUEÑO *(1991).*

Además también ha colaborado en algunas novelas incluidas en series colectivas. Ejemplo de ello son THE VALLEY OF THUNDER *(1989) y* THE HIDDEN CITY *(1991), volúmenes tercero y quinto respectivamente de la serie «Philip José Farmer's The Dungeon».*

Aunque el horror ya suele ir asociado a la interconexión entre fantasía y realidad propia de esa fantasía contemporánea de la que De Lint es un gran especialista, sus novelas más claramente centradas en el tema del terror se publican con el pseudónimo Samuel Key.

Librodot